3 1761 03990 9742

ual P.1-50 P.2

LUIS CALLEJA
ENCUADERNACION
MADRID
1.º-CAMPOMANES-1.º

LUIS CALLEJA
ENCUADERNACION
MADRID
1.º-CAMPOMANES-1.º

LUIS CALLEJA
ENCUADERNACION
MADRID
1.º-CAMPOMANES-1.º

FLORINDA
Ó
LA CABA.
URRABIETA

FLORINDA

ó

LA CABA,

NOVELA HISTORICA

original de

D. JUAN DE DIOS DE MORA.

SEXTA EDICION.

202406
30. 4. 26

MIGUEL PRATS

EDITOR.

CALLE DE CARRETAS, 45, SEGUNDO.

MADRID.

La primera edicion de esta novela fué censurada en Madrid á 30 de Noviembre de 1852.

PROPIEDAD DEL EDITOR.

Madrid.—Imprenta de C. Gonzalez, S. Vicente alta, 52.

CAPITULO I.

Los rivales.

L declinar el sol de una tarde del mes de febrero del año 713, dos ginetes caminaban á buen paso hácia la imperial ciudad de Toledo, corte y asiento á la sazon de los monarcas godos. Ambos caminaban en silencio, y el uno, que iba algun tanto adelante, parecia ser un gran personage, á juzgar por el brillo de sus armas, su poderoso corcel de raza cordobesa, y la respetuosa distancia á que constantemente le seguia el otro ginete, que era sin duda su escudero.

Al dominar una pequeña cuesta descubrieron un ameno valle que se extendia ante sus ojos como un encantado panorama. Multitud de frondosos árboles sobre un suelo entapizado de verdura, cortaba los rayos del sol que al trasluz del follage penetraban en el bosque, inundándolo con esa opaca claridad que ilumina las selvas en la hora del crepúsculo de la tarde. En el fondo del valle se elevaba magestuosamente la abadía de *Valdecaba*, monasterio de monges Benitos, y hácia el cual parecian dirigirse nuestros dos caminantes.

El gótico edificio, sombrío y severo en la soledad de aquel valle, aparecia como un seguro puerto contra las tempestades del mar proceloso de la vida. Tal era la atmósfera apacible que se desprendia de su magnífico conjunto. Era verdaderamente un cuadro delicioso, á que servia de complemento el Tajo, que como una anchurosa banda de plata ceñia aquel mágico horizonte de gigantes olmos y de risueñas praderas.

La última claridad del dia habia desaparecido, algunos truenos empezaron á resonar lejanos, y sin cesar se oia el canto de los gallos en los caseríos y del mochuelo en el bosque. Todo anunciaba una próxima tempestad. Nuestros caballeros pusieron al trote sus caballos.

—En verdad, señor, dijo el que parecia escudero, que no nos aviene mal que nos haya sorprendido la tormenta tan cerca del monasterio.

—Precisamente vamos allá.

—Allí tendremos un asilo, y podrán descansar nuestras cabalgaduras, que á fé que lo necesitan.

—Aunque no lloviese ni tronase, nos llegaríamos á *Valdecaba.*

—Y con más razon, segun lo tempestuosa que se presenta la noche.

—En cuanto á eso, Ferrandez, mucho te engañas; no debemos dormir sino en Toledo.

No pareció el escudero muy satisfecho de esta noticia.

Pocos minutos despues ambos caballeros se apeaban en la abadía de Valdecaba.

Y en un soportal que habia en un gran patio se quedó Ferrandez con los caballos de la brida, en tanto que su señor penetraba en lo interior del monasterio.

En aquellos solitarios cláustros encontró el caballero á un monge, á quien le preguntó por el abad Ervigio. El monge le hizo seña de que le siguiese, y en efecto, lo condujo á la celda del abad.

—¡Oh, hijo mio! exclamó este lleno de gozo, noble hijo de Favila, amado Pelayo, gracias á Dios que habeis venido.

El jóven caballero era efectivamente el noble don Pelayo, el que despues fué el ínclito restaurador de España.

—¡Reverendo padre, repuso el jóven besando respetuosamente la mano de Ervigio, reverendo padre, cuánta necesidad tenia de vuestros paternales consejos en la crítica situacion en que me encuentro!

—Vamos, sentaos, hijo mio. ¿Qué sucede? ¿Ha ocurrido alguna novedad despues que nos vimos la última vez?

—No, no, padre mio; pero cada dia me convenzo más de que el rey Rodrigo, mi primo, mi amigo en otro tiem-

po, me aborrece mortalmente, y es lo más cruel que ignoro la causa.

El venerable anciano permaneció algunos momentos abismado en profundas reflexiones.

Despues, alzando lentamente la cabeza, dijo:

—¿Ignorais la causa? Pues yo la sospecho.

—¡Oh! Decid, decid, venerable Ervigio, exclamó don Pelayo.

—El rey está poseido de una pasion vehementísima...

—¿Y cómo habeis podido saberlo?

—Hace tres horas que se marchó de aquí, adonde le trajo la cacería, habiéndose detenido en el convento para comer. En la mesa estaba pensativo y pálido: sus ojos extraviados, su frente ceñuda, sus palabras vagas é incoherentes, todo anunciaba en él una gran pasion combatida, y que su pensamiento estaba muy lejos de nuestra presencia. Despues bajó á la huerta; yo le seguia á muy corta distancia, y le oí varias veces murmurar un nombre con delirante acento...

—¿Y qué nombre era ese? ¿Lo escuchásteis claramente? ¡Oh! Decídmelo, exclamó don Pelayo con ademan suplicante.

Un pensamiento habia cruzado por la mente del jóven. un pensamiento de celos y desesperacion.

—¿Y si yo me he equivocado? repuso el anciano. Además, añadió, nunca pudiera revelaros este secreto, aun cuando estuviese muy convencido de que era evidentemente cierto todo cuanto os he dicho.

—¿Y por qué?

—Hay un obstáculo insuperable.

—¿Y me podreis decir cuál es?

El anciano guardó un instante de silencio.

—Nada puedo negaros, dijo al fin fijando una mirada de ternura en el mancebo, nada puedo negar al hijo de Favila, mi antiguo compañero de armas. ¡Oh tiempos felices! ¡Ya pasaron para siempre!

Y una lágrima se desprendió de los ojos de Ervigio.

Despues, como arrepentido de sus recuerdos mundanos, continuó:

—Perdon, Dios mio, perdon, si mi pensamiento recuerda los dorados dias de mi juventud y se olvida del presente y del porvenir.—Oid lo que voy á deciros.

—Ya os escucho, padre. ¡Sois un santo!

—Sabeis que segun la antigua costumbre de los godos, las hijas de los nobles se educan en palacio para servir y acompañar á la reina, y que lo mismo sucede con los hijos, los cuales sirven y acompañan al rey.

—¿Y qué quereis decir?

—Entre las hermosísimas doncellas que sirven á la reina Egilona hay una principalmente, á quien el rey ha requerido de amores con suma instancia...

—¿Y ella? preguntó el jóven palideciendo.

—Ella le ha rechazado con el más profundo desden.

Los ojos del jóven lanzaron una llamarada de alegría.

—¿Y quién es esa doncella? preguntó.

—Eso es precisamente lo que no puedo deciros; es un secreto inviolable, un sacramento.

Don Pelayo comprendió que era imposible sondear más aquel abismo; solo se atrevió á decir tímidamente:

—Yo os he revelado todos mis pensamientos...

—Yo puedo saber, interrumpió vivamente el anciano Ervigio con una actitud verdaderamente pontifical, yo puedo saber los secretos de todos; pero ninguno puede saber por mi boca los secretos de los demás.

Y en efecto, Ervigio poseía el secreto de la jóven, sabia el amor del rey y la pasion de don Pelayo, y temblaba de que se descubriesen tales misterios, y que se encontrasen frente á frente la dama y los dos rivales, porque entonces creía inevitable la ruina de don Pelayo, del hijo de su antiguo compañero de armas.

Ervigio continuó:

—Por lo mismo que conozco vuestro corazon lo mismo que vuestras afecciones, os aconsejo que no os dejeis llevar de la ligereza propia de vuestra juventud. Estad alerta, hijo mio, recataos del rey, y desconfiad del deudo y de la íntima amistad que os habeis profesado. El rey, aunque en el fondo es bueno, cuando alguna pasion le domina, es como un mar airado que no respeta diques, y que todo lo arrolla con su furia. Venidme á ver á menudo, contadme todo lo que os suceda, y si, como yo me temo, alguna vez os veis en peligro, este claustro solitario os dará un asilo seguro.

—¿Mas qué tienen de comun las pasiones del rey con nuestro parentesco y nuestra antigua amistad?

—¿Quién sabe?—Nadie mejor que vos mismo podrá comprender ó adivinar la causa de su desvío.

—La ignoro absolutamente.

—¿Mas no sabeis á qué atribuirla?

—Tampoco.

—Pues bien, vivid alerta; á esto se reducen todos mis

consejos. Que no sepa el rey que esta noche vais á Toledo.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó ruborizándose don Pelayo.

—Vuestra conducta, repuso el abad.

—¿Y por qué lo he de ocultar?

—¡Insensata juventud!—¿Si os tiene ódio y sabe que entrais de incógnito en Toledo, en palacio, en la habitacion de una dama de la reina, no veis que, si quiere, esto bastará para perderos?

Don Pelayo miró con asombro á Ervigio. En efecto, el anciano le habia traducido con maravillosa exactitud todos los pensamientos de su alma.

—Procurad que tampoco sepa el rey, continuó el abad, que vos venís á este sitio con frecuencia; es preciso preveerlo todo. Ya os lo he dicho; si por algun evento os viéseis en peligro, aquí podeis encontrar un asilo seguro, y en tal caso es mejor que lo ignoren.

—Gracias, gracias, padre mio. En efecto, añadió el jóven asomándose á la ventana de la celda, en efecto aquí estaría seguro y tranquilo lejos del bullicio de la corte. ¡Cuán agradable retiro! Aquí no se oye más que el murmullo del Tajo y el de las copas de los árboles que mece el viento. Todo es aquí apacible y misterioso.

—Como la entrada en la otra vida, repuso el abad con su voz grave y solemne.

—¡Qué contraste! murmuró el jóven. ¡Mi corazon tan agitado por las pasiones, y este recinto, que respira tan dichosa quietud, tan solemne calma!

—Aquí no hay pasiones, hijo mio, no hay pasiones en las tumbas, y si las hay, son como una antorcha debajo

de un celemin. El mundo acaba en estos muros. Mas suena la hora del oficio. Adios, Pelayo; no olvideis mis consejos.

El jóven besó respetuosamente la mano del abad, y fué donde Ferrandez le aguardaba algun tanto impaciente, porque aún faltaban dos leguas para llegar á Toledo.

Y ambos se lanzaron al galope como voladoras apariciones al través de la oscuridad.

Fácil es de concebir que solo un enamorado sería capaz de seguir su camino á aquellas horas con la lluvia, el viento y el trueno. ¿Mas qué importaban al caballero tales obstáculos, si al fin le aguardaba el premio de una mirada, de una sonrisa, de una palabra de amor? ¿Quién no atravesará el desierto por llegar al Eden?

El palacio del rey don Rodrigo confinaba precisamente con los muros de Toledo. En la misma muralla habia un pequeño postigo al modo de la poterna de una torre, el cual comunicaba con el ala septentrional del palacio. Como á unos cincuenta pasos del postigo se detuvieron nuestros caballeros.

Don Pelayo echó pié á tierra, y entregando las bridas de su caballo á Ferrandez, le dijo:

—Aguárdame en donde sabes.

El escudero se marchó á las ruinas de un castillo cercano á donde tenia costumbre de esperar á su señor, que con frecuencia hacia semejantes escursiones.

Don Pelayo se dirigió al postigo de la muralla, sacó una llave, y abriendo muy recatadamente, desapareció cerrando la puerta detrás de sí.

Un callejon estrecho y tortuoso se presentó ante sus

ojos, por el cual anduvo algun tiempo hasta llegar á una segunda puerta, que estaba entornada y que daba paso á un jardin. Ultimamente, despues de atravesar varias calles de árboles, cuyas copas mecidas por el viento esparcian en perlas la reciente lluvia, llegó á otra puerta que conducia á una escalera de caracol estrecha y oscura, la cual desembocaba en una de las galerías del piso principal. Alli se detuvo como para orientarse del sitio en que se encontraba ó aguardar alguna seña. Así permaneció algun tiempo inmóvil como una estátua.

De repente turbó el espacio una música dulcísima, pero lejana, vaga y misteriosa, cual si alguna hada invisible, despues de la tempestad, entonase un himno de triunfo á la luna, que en aquel momento, como una reina que recobra su trono, acababa de aparecer coronada de estrellas.

A la encantada melodía de un arpa siguió muy pronto una voz femenina, dulce y armoniosa, que cantaba la siguiente letra:

De noche serena
Anhelo el imperio;
Su dulce misterio
Es grato á mi amor.
Trocára del dia
La luz importuna
Por cándida luna
De tímido albor.

—

¡Oh, diosa apacible!
Tu luz vacilante
Aguarda el amante
Con triste inquietud.
Que son más preciadas
Las brisas, las flores,
Las citas de amores
Que alumbra tu luz.

—

Si adverso el destino
Mis horas serenas
Turbó con las penas
De horrible afliccion,
Al menos no impide
Se acerque la hora
De ver al que adora
Mi fiel corazon.

El gallardo caballero, estático, absorto, con una emocion profunda habia escuchado la amorosa trova, cu-

ya última vibracion acababa de extinguirse en el espacio.

Despues, como impelido por un resorte, se dirigió rápidamente hácia donde habian sonado aquellos melodiosos ecos. El silencio volvió á apoderarse de aquel sitio; mas no por eso dejó el mancebo de continuar su marcha con planta segura, como quien estaba muy acostumbrado á aquella espedicion nocturna.

Por fin llegó al extremo de la galería, en donde habia un aposento cuyos habitantes velaban sin duda, á juzgar por la luz que se irradiaba por la puerta, mal encajada probablemente con intento de que penetrase alguno con el mayor recato posible.

Don Pelayo se deslizó como una sombra, y penetró en el aposento palpitante de emocion.

Una jóven de maravillosa hermosura, aunque un tanto pálida, estaba muellemente reclinada en un sitial, y á su lado se veía el arpa de la cual los torneados dedos de la jóven habian hecho brotar poco tiempo antes tan angélica armonía.

Su hermosa trencha de cabellos negros partida sobre su frente de marfíl, su nariz griega, su boca delicada, sus ojos de gacela, amorosos y tímidos, y su talle esbelto como la palma, formaban un conjunto de belleza tal, que solamente Murillo pudiera concebir en sus horas de inspiracion.

Sin embargo, á pesar de la tinta melancólica que como un ligero velo cubria su semblante, y de la ternura infinita que respiraba su mirada, notábase en ella, así como en sus cejas, vigorosamente trazadas, un no sé qué de in-

trépido y varonil. Su fisonomía tenia cierto carácter *grandioso,* como las estátuas antiguas, no obstante su timidez virginal.

Ella fijó sus hermosos ojos en el gallardo caballero, que tambien la contemplaba en silencio.

Así permanecieron algunos instantes sumidos, absortos, embriagados en la magnética corriente de aquella mirada de amor.

No hay palabras en el idioma humano capaces de pintar la grata emocion, el feliz arrobamiento, la dicha suprema de aquellos dos séres hermosos, jóvenes, y que en alas de los ensueños de oro del primer amor se remontaban á un cielo de halagüeñas esperanzas bislumbrando un porvenir de flores.

—He tenido el placer de escuchar tu linda trova... dijo al fin don Pelayo con esa timidez propia del amor verdadero.

—Pues la he cantado por desahogar la tristeza que me oprimia.

—¡Tu tristeza!... ¡Estás pálida, Florinda!... ¿Qué tienes?

—Has venido... ya no tengo nada.

—¡Es posible! ¿Y me amas y guardas reserva conmigo? Yo que estoy esperando el verte para estar triste ó alegre... ¿Qué debo yo pensar? Díme, amada de mi corazon, díme la causa de tu tristeza.

—No, Pelayo, yo no estoy triste, si no en tanto que tú estás ausente, dijo Florinda con su voz de ángel.

—Háblame con franqueza, alguna cosa extraordinaria te ha sucedido. Yo veo tu alma toda como el sol al tras-

luz de un cristal. Ninguna sombra puede oscurecerle sin que se note, ningun pensamiento se escribe en tu semblante que yo al punto no lo lea. ¿Qué tienes, pues? Habla. Si tus ojos me miran serenos y claros, el mundo entero está para mí sin nubes. ¿Qué te aflige, amada mia?

Florinda miró un instante en silencio á su amado, y luego suspirando tristemente, dijo:

—¡Ay, Pelayo! Si tú pudieras comprender el efecto que tus palabras hacen en mi corazon... ¡Si yo fuese una aldeana y jamás hubiese penetrado en un palacio! Aquí todo lo que es jóven se envejece pronto, todo lo que es puro se mancilla y se corrompe.

—¿Y qué quieres decir? preguntó el jóven con voz trémula. Habla por piedad; si es cierto que tú me amas, ¿por qué no me confias tus pesares? Cuando yo estoy junto á tí, toda mi inteligencia se absorbe en una mirada de tus hermosos ojos, y cuando estoy lejos, solo vivo con tu recuerdo. ¡Y te atreves todavía á tener misterios para un corazon que te ama tanto!

Y en los ojos del caballero brillaba una expresion inefable de ternura.

Florinda, cubriéndose el bello rostro con su mano temblorosa, exclamó con voz entrecortada por sus sollozos:

—En vano quieres apartar mis ojos del abismo cubierto de flores que el hado envidioso ha puesto en nuestro camino. Yo miro el porvenir al través de un velo fúnebre. Pelayo, entre tu pecho y el mio hay un puñal, un abismo nos separa.

—¡Nos separa un abismo! exclamó el jóven como he-

rido de un rayo. ¿Qué ha podido inspirarte ese horrible pensamiento, amada Florinda? ¡Un abismo nos separa! ¿Quién podrá romper el lazo de nuestros corazones? Es tan difícil como separar la luz de los rayos del sol. Tú eres descendiente de Witiza, hija del conde don Julian; yo soy hijo de Favila, primo del rey don Rodrigo, y estoy demasiado cerca del trono para que nadie tenga el poder de contrariarme.

—¡Nadie! ¿Ni el mismo rey don Rodrigo?

El jóven caballero inclinó su cabeza como si un monte se hubiese desplomado sobre él.

Reinó un instante de silencio.

Al fin don Pelayo, acordándose de las palabras del anciano Ervigio, exclamó:

—¡Ah! ¡Mis presentimientos!... Todo, todo lo comprendo ahora.

Y se quedó abatido y trémulo pensando en su poderoso adversario.

Pero casi en el mismo punto don Pelayo levantó su cabeza, fiero y altivo como el cedro á quien el huracan en la alta cumbre conmueve hasta las raices, que despues de vacilar un instante, levanta al cielo su empinada copa, desafiando el furor de los aquilones.

—Pues bien, dijo, veremos si la voluntad del rey es más poderosa que la ley de amar impuesta al universo por el Creador; que el decreto del cielo escrito para mí en los ojos de Florinda: «Esta mujer es para este hombre.»

En aquel instante sonó un ruido sordo como si algunas personas anduviesen recatadamente en la galería.

Florinda, señalando á la puerta, dijo:

—Yo me temo...

—Yo no temo nada, interrumpió el fogoso amante, nada temo sino los límites de tu amor, que tu pasion no sea infinita como la pasion que me abrasa el alma.

—¿Y dudas de mi amor, Pelayo? dijo Florinda con una voz que resonó en el oido del dichoso amante como una música deliciosa.

—¡Oh, cuán feliz soy! exclamó don Pelayo. ¿Qué obstáculos podrá haber superiores á nuestro amor? Yo sabria, como los Titanes, hacinar las montañas y escalar el cielo para volar á los brazos de mi Florinda. ¿Qué me importa el rey? Yo desafío todo su poder.

En aquel momento se abrió la puerta bruscamente, y apareció un hombre de elevada estatura, rebozado en su capellina ó capuchon y seguido de dos espatarios.

El hombre de la capellina se adelantó lentamente, como la estátua del *Comendador* cuando asistió al sacrílego convite de *don Juan*, y se interpuso entre los dos amantes descubriéndose el rostro.

—¡Rodrigo! exclamaron á la vez ambos jóvenes petrificados de espanto.

Era en efecto el rey, el cual hizo una seña á los espatarios, y se precipitaron sobre don Pelayo, que en vano intentó defenderse.

Florinda cayó desplomada en su sitial.

Su amante despues de desarmado fué conducido á una prision.

El rey no era ya el amigo de don Pelayo. Eran rivales.

«¡Rodrigo!—esclamaron á la vez ambos jóvenes petrificados de espanto.»

CAPITULO II.

El narcótico.

En un suntuoso aposento del magnífico palacio de los reyes godos se paseaba un hombre con inequívocas muestras de inquietud y descontento. Era alta su estatura, su boca inquieta y expresiva, y sus cabellos negros como el ébano caían sobre sus hombros en largos bucles, indicio entre los godos de nobleza y soberanía. En todo su aspecto se revelaba una voluntad de hierro capaz de superar todos los obstáculos y cierto aire de resolucion y de dominio, propio de quien está habituado á ser ciegamente obedecido.

La fiebre de la impaciencia se reflejaba en sus ojos negros y brillantes. Al más mínimo rumor interrumpia su marcha y aplicaba el oido como el ciervo perseguido en el bosque enmarañado suspende su carrera, creyendo escuchar los lejanos ladridos de la jauría. Sin duda aquel hombre aguardaba la hora de una cita en extremo importante.

De repente se abrió la puerta y apareció un jóven como de veinte y cinco á veinte y seis años, de aspecto sombrío y melancólico, si bien en su semblante manifestaba cierto fondo de astucia y agudeza. Vestía el trage propio de los judios.

—Gracias á Dios que al fin has venido, perro, dijo el que aguardaba.

—Señor, repuso el recien llegado haciendo una profunda reverencia, no ha estado en mi mano venir antes; aunque apenas ha anochecido, y si no estoy equivocado, al anochecer era la cita.

—Es que no hay prisa que no parezca dilacion á la impaciencia de que estoy poseido.

—Bien, señor, ya podeis disponer de vuestro esclavo.

—¿Tú te llamas Daniel? preguntó el caballero dejándose caer en su sitial.

—Sí, señor, Daniel es mi nombre.

El caballero durante un breve espacio pareció reflexionar profundamente.

—¿Tú eres médico? preguntó al fin.

—Sí, señor, repuso el hebreo.

—¿Y cómo está Florinda?

—Bastante más aliviada, señor.

—¿Y sabes tú lo que tiene?

—No, pero lo adivino.

El rey, pues este era el caballero, fijó en el judío una mirada aguda como un puñal.

—¿Que lo adivinas? preguntó.

—Sin duda alguna.—Ella debió recibir anoche alguna fuerte impresion que ha afectado terriblemente su sistema

nervioso.—Toda la noche la ha pasado delirando, sin poder reposar ni un solo instante.

—Me parece que le convendria dormir, dijo el rey con cierta inflexion de voz que solo el judío podia comprender.

—Seguramente; pero ya está más sosegada.

—Me han dicho, repuso el rey despues de un momento de reflexion, me han dicho que tú sabes hacer un filtro que proporciona un letargo profundo.

—Y no os han engañado.

—¿Por qué no se lo administras?

—Porque parece que V. A. (1) se interesa mucho en su salud, y queria consultar conmigo el modo y forma de administrarle ese medicamento, que puede tener muy graves consecuencias.—Así me lo han dicho al menos, añadió el judío fijando en el rey una mirada que significaba

—«Y ya sabeis que para tratar de eso he venido.»

El rey comprendió perfectamente aquella mirada.

—Y bien, preguntó don Rodrigo, ¿cómo y cuándo pensais suministrarle ese filtro?

—Es muy difícil de preparar y muy costoso de hacer, dijo el judio refrenando á duras penas el gozo que le causaba el que la conversacion hubiese tomado el giro que él apetecia, es decir, que se hablase de cantidades.

---

(1) El tratamiento que realmente se daba á los reyes godos era el de *Su Serenidad* ó *Sublimidad*; pero nos hemos conformado con la costumbre general, tanto porque en el fondo quiere decir lo mismo, cuanto por evitar confusion en la abreviatura, que pudiera equivocarse en el dia con el tratamiento destinado al Papa (S. S.).

El rey se sonrió al ver la ingeniosa codicia del hebreo, codicia característica en todos los de su raza.

—¿Pero para cuándo podrá estar preparada y á cuánto podrá ascender el coste de vuestra pócima? preguntó el rey.

—Todo puede estar dispuesto para mañana en la noche; en cuanto á precio, señor, ya os he dicho que es muy caro.

—¿Pero á cuánto asciende? decid.

—A doscientas libras de oro, repuso el Iscariote procurando leer en el semblante del rey si esta suma le parecia excesiva.

El rey por toda contestacion se levantó de su sitial, se dirigió á un grande armario, especie de edificio de madera, y mostrando un gran talego al judío, cuyos ojos brillaban de codicia, dijo:

—Ahí tienes cuatrocientas libras de oro, es decir, el doble de lo que me pides.

Daniel se quedó estupefacto. Se restregaba los ojos para convencerse de que no era un sueño tanta felicidad.

—Señor... murmuró, yo no pido tanto.

—Pues yo, repuso el rey, te doy todo esto; pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó no sin cierta inquietud el judío.

—Ante todo, dijo el rey, sepamos exactamente las virtudes de tu específico.

—Producir un letargo profundo, cuya duracion depende absolutamente de mi voluntad, segun la dósis, contestó sin vacilar el médico.

—¿Sin el menor peligro?

—Sin el menor peligro.

—Tu cabeza me responde, judío.

—Respondo con mi cabeza, señor.

—Ahora bien, la condicion que te impongo es que en lugar de administrárselo mañana, quiero que se lo dés esta noche.

El semblante del Galeno se iluminó con una sonrisa. Comprendió que le era muy fácil ganarse las cuatrocientas libras de oro, suma, para aquellos tiempos, digna de ser envidiada por el mismo Creso en persona.

—Vamos, continuó el monarca, ¿qué me respondes?

—Señor, que estoy decidido á servir á V. A.

—¿Y á qué hora podrá ser?

El judío pareció meditabundo.

—Lo más pronto á las doce, respondió despues de un momento.

—¿Vas ahora á visitarla?

—Sí señor.

—¿Podrás hacer que tú solo te quedes esta noche velando en el aposento inmediato al suyo?

—Nada más fácil, anoche me quedé.

—Pues bien, repuso el rey, mañana puedes venir con gente de tu confianza para llevarte tu dinero.

El judío hizo un gozoso signo de asentimiento.

—¿Conque es cosa convenida, continuó el rey, de que esta noche á las doce Florinda dormirá profundamente?

—A las doce y quince minutos pudiera desplomarse el palacio sin que ella lo sintiese.

—¿Y cuánto deberá durar su sueño?

—Seis horas.—Al romper el dia despertará.

El rey se levantó con las megillas inflamadas y los ojos centellantes, y empezó á pasear por la estancia como dominado por un pensamiento que absorbia su existencia.

—Bien, dijo al médico, retírate.

El judío hizo una profunda reverencia, y se disponia á salir cuando el rey le dijo:

—Escucha, Daniel, si á media noche oyes algun ruido, no te inquietes, y permanece en tu lecho.

—Descuidad, permaneceré como un muerto.

El judío desapareció rápidamente, sin duda para preparar el narcótico filtro.

El rey, presa de la más violenta agitacion, continuó en sus paseos enfurecido de que no estuviese á su alcance estrechar el tiempo. Las horas que faltaban para la media noche se le antojaban una eternidad; pero una eternidad de martirio, de insomnio, de frenesí.

Poco á poco fué serenándose algun tanto, y reclinándose en su sitial como en un banco de tormento, parecia dispuesto á resignarse á que el lento transcurso de las horas le trajese el momento apetecido.

De repente se abrió la puerta, y una figura vestida de blanco penetró en el aposento, y con una actitud fatídica y solemne se detuvo ante don Rodrigo.

—¿Qué quereis, señora? ¿A qué venís? preguntó el rey como si tuviese un espectro delante de sí.

La dama exhaló un doloroso suspiro, y retorciendo sus hermosas manos, dió rienda suelta á su llanto.

El rey la contemplaba en silencio, aunque esforzándose en vano por ocultar la ternura que le inspiraban las lágrimas de la hermosa.

—Pero decid, ¿qué causa os ha podido traer aquí á estas horas? preguntó al fin el rey afectando indiferencia.

La dama cesó de llorar en aquel instante, y cruzando sus manos con desesperacion, alzó sus ojos al cielo y despues miró al rey de alto á bajo como Dido miró á Eneas antes de lanzar su terrible imprecacion.

—¿Qué causa me ha traido, preguntais? ¡Hombre sin corazon! ¿Habeis olvidado la noticia que me habeis hecho saber por medio de vuestro primo don Sancho? ¡Ah, Rodrigo! ¿Así olvidais las horas de amor y de ventura que en más felices tiempos nos concedió el destino? ¿Os acordais, Rodrigo? Era una noche de verano, yo estaba en el jardin de mi padre, vos estábais á mis piés, la luna brillaba en el cielo, y á su moribunda luz me jurásteis un amor eterno. Yo os contemplaba con éxtasis, vuestro acento apasionado, vuestras ardientes miradas ¡ay de mí! ablandaron mi corazon. Yo os escuché, yo os creí... ¿Y quién pudiera pensar que tanto amor, tantas lágrimas y tantos juramentos fuesen mentira? Vos entonces estábais proscrito, perseguido por Witiza; yo tampoco era entonces más que la hija de un poderoso duque... Ni vos érais rey, ni yo era reina. Entonces me interesábais por vuestros infortunios, y érais amigo del noble don Pelayo, y ahora... ¡Oh! ¡Pluguiese al cielo que jamás os hubiéseis ceñido una corona, si bajo su peso se habia de endurecer vuestro corazon para el amor y la amistad! ¡Pluguiese al cielo fuéseis eternamente desdichado, si en la prosperidad consiste que hayais dado al olvido aquella noche dichosa! ¡Quién creyera, Rodrigo, quién creyera en vos tanta mudanza!

—Callad, señora, callad, que estais por demás impertinente.

—¿Pero habeis reflexionado que vuestra resolucion?...

—Mi resolucion, interrumpió el rey levantándose, mi resolucion irrevocable es la que os ha participado don Sancho.

—¿Conque no hay esperanza? preguntó la reina con ademan suplicante.

—Sabeis que no estoy acostumbrado á que se contraríe mi voluntad, y ni menos á variar mis resoluciones.

—¡Conque me repudiais!

—Os repudio.—Mañana mismo saldreis de mi corte.

La reina permaneció algunos instantes en un doloroso silencio. Parecia la estátua del dolor, pero bella y llorosa como una Magdalena.

Al fin su dignidad de mujer y su altivez de reina se levantaron en su pecho al ver tanta dureza en el que habia sido objeto de su ternura.

—¡Mónstruo! exclamó. ¿Pensais que no comprendo la causa de vuestra conducta? ¿Pensais tal vez que el manto real que os cubre os pondrá á cubierto de la justicia divina, ya que así despreciais á los hombres? Acordaos de Theudiselo y de Ágila, cuyos tronos pulverizó el pueblo cansado de sus desmanes. Quien á hierro mata, á hierro muere. ¡Acordaos del torreon de Santa Leocadia, en donde murió Witiza envenenado! ¿Y sabeis quién le envenenó? Rodrigo. ¡Acordaos de la esposa deshonrada del virtuoso Ervigio. ¿Y sabeis quién la deshonró? Rodrigo. ¡Acordaos de Pelayo vuestro amigo, vuestro primo, el más ilustre campeon de los godos, que llora en una

prision! ¿Y sabeis quién es su verdugo? Rodrigo. Y últimamente, ¿sabeis quién ha intentado seducir en este mismo alcázar á la más bella y virtuosa de mis damas, á la angelical Florinda? Rodrigo.

El rey estaba pálido y trémulo bajo el peso de las terribles palabras de su esposa, que le recordaban todos sus crímenes; empero afectando serenidad con una sonrisa capaz de hacer erizar los cabellos, contestó:

—¡Vive Dios, señora, que sois ingeniosa y elocuente! ¿Os habeis encargado de hacerme por los ofendidos la gran notificacion de mi sentencia? ¡Qué lástima que no seais varon! Seríais un predicador excelente...

Y estalló en una estrepitosa carcajada.

—¿Os burlais? continuó la reina inflexible; pues temblad, que el dia de la venganza se acerca tanto más terrible cuanto más tardío, que el cielo al fin se cansa de tanta tiranía; al fin el pueblo godo derribará á vuestros piés hecha pedazos vuestra corona cuando sepa la prision de su ídolo el noble don Pelayo, el desventurado amante de la infeliz Florinda... ¡Qué! ¿Temblais? ¡Rodrigo! ¡Rodrigo! Vuestro nombre será repetido por las generaciones venideras como un padron de ignominia, vos sereis el último rey de vuestro nombre, jamás volverá á existir en España otro rey que, como vos, se llame Rodrigo, nombre que será eternamente execrado.

Y en efecto, la prediccion se ha cumplido, aun cuando hace ya cerca de doce siglos que se pronunciaron estas terribles palabras.—Jamás un rey de España se llamará Rodrigo.

—¡Ira de Dios! exclamó furioso el rey; salid pronto de aquí, huid de mi presencia... ¡Yo lo mando!

La reina, como arrepentida de la severidad de sus palabras y cediendo á un impulso de ternura, segun con frecuencia acontece en los momentos de mayor exaltacion, dijo:

—Lo manda mi esposo... Obedezco.

—No es ya vuestro esposo, es vuestro rey quien lo manda, replicó vivamente don Rodrigo.

—Perdonad si he podido ofenderos...

—¡Retiraos! dijo el rey con voz de trueno.

La infeliz reina ya no podia más.

Al paroxismo de la cólera, los celos y la desesperacion, siguió bien pronto la ternura de la mujer ofendida, pero enamorada.

Y prorumpió en llanto como una fuente cuyo venero largo tiempo comprimido revienta al fin con mayor ímpetu.

El rey la contemplaba en silencio.

Egilona clavó en don Rodrigo una mirada de infinita ternura. Aquel era el momento solemne y decisivo de una separacion tal vez eterna. El rey bajó los ojos.

—¡Quedad con Dios! dijo al fin la reina con voz tristísima y ahogada en llanto.

Y lentamente desapareció de la estancia, oprimido el corazon y convencida de que para siempre habia perdido el amor de su esposo.

Al salir volvió el bello rostro inundado en lágrimas; pero el rey ni la miraba siquiera. Iracundo, jadeante como un hombre que ha subido una ágria cuesta, se desplomó

en su sillon, comprimiendo con ambas manos su cabeza, próxima á estallar.

Y en esta actitud permaneció largo tiempo como petrificado, á juzgar por su inmovilidad absoluta.

Ya era mucho más de la media noche, y el rey no parecia notarlo, absorto como estaba en profundas y dolorosas reflexiones.

De pronto, iluminado por una idea súbita, como impelido por un resorte, se levantó murmurando:

—¡Florinda! ¡Florinda!

Y se precipitó hácia la puerta, en cuyo dintel al mismo tiempo apareció un hombre, pálido el rostro y con muestras de la más viva agitacion.

—¡A estas horas! ¿Qué buscais? preguntó don Rodrigo.

—Señor, á estas horas tengo que hablaros.

—¿Y no pudiérais diferir?...

—Es muy importante lo que tengo que deciros.

—Pues ahora es imposible, dijo el rey queriendo salir.

—Señor, ved que peligran vuestra vida y vuestra corona, repuso el importuno sin moverse de la puerta.

El rey necesitó que le hablasen nada menos que de perder su vida y su corona para que renunciase á su firme propósito de salir.

El hombre que tan intempestivamente habia turbado el designio del rey, era su primo don Sancho Iñigo, el mismo que habia participado á la reina la infausta nueva de su próximo divorcio. Don Sancho habia sabido ganarse completamente la íntima confianza del rey, y en especial desde que don Pelayo habia caido en desgracia. Tenia

habitacion en palacio junto al cuarto del rey, que gustaba mucho de su compañía.

—Y bien, primo don Sancho, preguntó el rey, ¿qué nuevas tan fatales son esas que me traeis?

—Ante todo os deberé anunciar que cumpliendo con vuestras órdenes, he participado ya á la reina que es repudiada por vos.

—En cuanto á eso, don Sancho, no os canseis, ya lo sé todo. ¿No ocurre otra cosa de nuevo? Me parece que si no teneis más que decirme, son harto infundados vuestros temores.

—Señor, se ha hecho pública, no sé cómo, la prision de don Pelayo; varios nobles mal contentos y antiguos parciales de Witiza, se han reunido con intento de poner en libertad á toda costa al hijo de Favila...

—Pues bien, primo, interrumpió el monarca, mañana trataremos de evitar el golpe.

—¡Mañana! exclamó don Sancho; mañana ya será tarde.

—¿Pues qué ha sucedido? ¡Vive Dios! Decid pronto lo que sepais.

—¡Qué horror, Dios mio! ¡Qué horror!...

—¡Voto á mil dèmonios! exclamó el rey dando una fuerte patada en el pavimento; deponed esos temores, ó creeré que sois una dueña, segun estais asustadizo. Decid.

—Señor, repuso don Sancho con voz trémula, sabeis que tengo costumbre de dar todas las tardes un paseo solitario...

—Sí, sí, lo sé; pero decid pronto, tengo aun mucho que hacer esta noche.

—Esta tarde, al anochecer de vuelta para Toledo, pasaba yo cerca de ese maldito palacio encantado que llaman de *Harpalús*, cuando de repente ví cruzar ante mis ojos dos sombras que se dirigian hácia la única puerta que tiene el palacio, y la cual está abierta constantemente de par en par. Aguijado por la curiosidad, dirijo tambien mis pasos hácia el terrible alcázar, resuelto á averiguar el objeto de aquellos dos hombres que habian penetrado en él. Yo me lanzo tras de ellos sin recelar el peligro á que me esponia, y hé aquí que á poco la noche cubrió con su manto de tinieblas aquel lúgubre recinto impidiéndome distinguir los dedos de mi mano. Yo desprecio como absurdas las patrañas de vestiglos y encantamientos que se cuentan de ese palacio; mas cuando me ví perdido dentro de aquella mansion funesta, fué tal la turbacion y el espanto que se apoderó de mí, que ni me atrevia á dar un paso temiendo dar con mi cuerpo en alguna sima. Os aseguro que se me erizan los cabellos solo de pensarlo.

Don Sancho se detuvo; el rey, lleno de curiosidad, dijo:

—Seguid, primo, seguid.

—De pronto, continuó don Sancho, me pareció oir el ruido sordo de algunos pasos, y el eco de una conversacion misteriosa que cada vez sonaba más próxima. Yo extendí mis manos á tientas, y por todas partes no encontré más que la frias piedras del muro. Mi corazon se hallaba oprimido como si una montaña de hielo se hubiese desplomado sobre mí. Luego aparecieron varios hombres vestidos con una especie de túnica y cubierta la cabeza con un capuz de forma extraña y caprichosa...

—¿Y no pudísteis saber quiénes eran? interrumpió el rey.

—A la escasa luz de una linterna que llevaban, pude entrever las facciones de los condes Elipando y Osmundo, los antiguos y poderosos defensores de Witiza.

El rey al oir este nombre palideció horriblemente.

—¡Witiza! exclamó; ¡Witiza! ¡Siempre ese nombre maldito! ¡Siempre su espectro está sentado sobre mi trono! ¡Siempre!

Y el desdichado rey temblaba como la hoja en el árbol.

Reinó un instante de silencio, que al fin rompió don Rodrigo diciendo con voz débil:

—Continuad, don Sancho.

—Yo, con harta razon temia ser descubierto; mas felizmente, al siniestro resplandor de la luz que ellos traian, pude reconocer que el sitio en que me encontraba era una especie de galería cruzada transversalmente por otra como á unos veinte pasos de distancia. Osmundo y sus secuaces se dirigieron por aquel punto dejando la línea en que yo estaba, por decirlo así, incrustado en el muro, y bien pronto volví á quedar sumergido en la misma oscuridad y silencio que antes.

—¿Y entonces qué hicísteis?

—Entonces experimenté un vehementísimo deseo de saber el objeto de aquella reunion misteriosa, no dudando que algun secreto importante para el reino y para el rey, se encerraba en aquel tenebroso recinto.

—¡Oh! exclamó don Rodrigo, diera todos mis tesoros por saber ese secreto.

Una sonrisa de satisfaccion brilló en los labios de don Sancho.

—Pues lo sabreis, señor, dijo.

El rey abrió desmesuradamente sus ojos negros y centellantes, y se dispuso á oir sin pestañear las palabras que brotasen de los labios de su primo, que continuó:

—Con la luz que trajeron los aparecidos habia logrado orientarme lo suficiente para dirigirme con seguridad hácia el sitio por donde se habian retirado, que era, como os he dicho, una galería á cuyo fin me encontré detenido por un obstáculo invencible. Con el auxilio de mis manos pude comprender que habia un cuerpo ménos frio y más liso que la muralla. Era una puerta, que empujé con cautela y que se abrió fácilmente.

—¿Y qué vísteis? preguntó don Rodrigo, cuya impaciencia no podia dejar de interrumpir á cada instante la narracion de don Sancho.

—Nada, repuso este. La oscuridad más completa reinaba en aquel sitio, que parecia la morada del silencio. Por fin me decidí á continuar adelante; mas echando un paso, el vacío circundó mi pié por todas partes, me faltó tierra y retrocedí horrorizado, creyendo fuese algun pozo ó trampa, abierta allí de propósito para sumergirme en ella. Despues, arrastrándome por el suelo y tactando con las manos, distinguí que era una escalera; y cuando ya me disponia á bajar brilló de pronto una luz y ví algunos hombres que subian lentamente hablando entre sí. De aquel coloquio solo pude percibir algunas palabras sueltas, como chispas desprendidas de una hoguera en la oscuridad.

—¿Y cuáles fueron esas palabras?

—*Rodrigo... Muerte... Pelayo... Libertad.*

—¿Y cómo interpretais eso?

—Yo entonces me retiré apresuradamente, y convencido de que era muy peligroso permanecer dentro de aquella mansion infernal, me dije á mí mismo con la rapidez del pensamiento: «Ellos tarde ó temprano tienen que salir de aquí; lo mejor es emboscarme y aguardarlos á la puerta.» Y tomada esta prudente resolucion, pude encontrar la salida, aunque no sin trabajo.

—¿Y por fin los vísteis salir?

—Al cabo de mucho tiempo.

—¿Y cuántos eran?

—Cinco.

—¿Y los conocísteis?

—A todos.

—Pronto, pronto, sus nombres.

—Los condes Osmundo y Elipando, Ferrandez, el escudero de don Pelayo, Ebba y Sisebuto, los hijos de Witiza.

—¡Los hijos de Witiza! exclamó el rey como herido de un rayo.

Un silencio sepulcral reinó en la estancia durante algunos minutos, que al fin rompió don Sancho diciendo:

—Ahora comprendereis las palabras: «Rodrigo.... Muerte... Pelayo... Libertad.»

—En ellas se encierra toda una conjuracion.

—Inminente y terrible.

—¿Pero los hijos de Witiza, no estaban en Gibraltar?

—Pues han venido.

—¿No estaban en una prision bajo la custodia del conde Requila?

—El conde Requila les habrá dado libertad.

El rey, fiero y ceñudo, pareció reflexionar profundamente.

—¿Y vísteis si entraron en Toledo? preguntó al fin como iluminado por una feliz idea.

—Los que conspiran, señor, son muy desconfiados. Si hubiesen entrado en la ciudad, ya estarian á vuestra disposicion.

En aquel momento se oyó un rumor de voces y armas que cada vez sonaba más cercano.

—¿Qué es eso? preguntó el rey.

—¡Los conjurados! dijo don Sancho.

—¡Ira de Dios! exclamó don Rodrigo.

—¿Quereis que vaya á informarme?

—Sí, alistad mi guardia, y corra la sangre á torrentes.

Al salir don Sancho para cumplir las órdenes de don Rodrigo, se presentó un oficial de palacio gritando:

—¿En dónde está el rey? ¡Alarma! ¡Alarma!

—¿Qué sucede? preguntaron á la vez el rey y don Sancho.

—Toledo, respondió el oficial, está en completa alarma. Los nobles y los pecheros enfurecidos rodean el palacio y el torreon de Santa Leocadia, diciendo que don Pelayo está preso, que su vida está en peligro, y que quieren verle.

Don Sancho y el rey se miraron estupefactos.

—Pues si no es más que eso, dijo don Sancho al rey

despues de un momento de reflexion, yo me encargo de desvanecer al instante el tumulto.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente.

El oficial desapareció á un signo del rey.

—¿Qué harías, pues, para calmar la asonada?

—Hacer que él mismo Pelayo hablase á los conjurados, que le idolatran, y que serán obedientes á su voz.

—¡Oh! dijo el rey para sí casi delirante de celos y de despecho, Pelayo reina sobre mi pueblo lo mismo que sobre el corazon de Florinda. Yo debia amar á ese hombre, y ¡oh fatalidad! tú te empeñas en que yo sea su más implacable enemigo.

Y dirigiéndose á don Sancho,

—Primo, dijo, haced lo que más os plazca; corred, volad y apaciguad ese alboroto.

—El medio que se me ha ocurrido y os he manifestado es infalible.

—Teneis confianza en Pelayo?

—Vos mismo sabeis muy bien que es vuestro vasallo más leal, por más resentimientos que pueda tener de vos.

El rey pareció muy conmovido.

—¿Y los hijos de Witiza? preguntó.

—Razon de más; Pelayo es su enemigo, y los mismos conjurados los aprisionarán si Pelayo se lo aconseja.

—Pues bien, marchad.

Don Sancho desapareció.

Cuando el rey se encontró solo dió rienda suelta á su furor, tanto tiempo reprimido. Pensó en que ya estaba

amaneciendo, y que muy pronto iba á despertar Florinda.

Y á pesar del estruendo imponente de las armas y de las voces, y de tantas y tan diversas emociones, mil imágenes de deleite venian en confuso torbellino á agitar su corazon palpitante de deseos.

—¡Maldicion! exclamó. ¡Es muy tarde! ¡Verme turbado así esta noche con tantos obstáculos! ¿Qué me importa morir mañana? Vea yo hoy á Florinda, y que mi trono salte en astillas. ¿Qué importa? ¡Habré sido feliz!

Y así diciendo, delirante, convulso, echando fuego por los ojos, se dirigió rápidamente hácia el aposento de Florinda.

Vió en la primera pieza al judío, que al parecer dormia profundamente; siguió su camino, y por fin llegó al santuario de su ídolo. Contempló su hermosa cabeza, que caida en un lánguido escorzo hacia resaltar su garganta de alabastro; vió palpitar su blanco seno, y admiró sus torneados brazos y su negra y rizada cabellera. Y cuando vió todo esto á la dorada luz del alba, en un aposento solitario, sintió circular plomo derretido por sus venas, sus manos se crisparon, y un profundo extremecimiento recorrió todas sus vértebras.

La jóven dormia soñando, como siempre, con Pelayo.

Don Rodrigo se deslizó junto á ella, y aplicó un beso de fuego sobre aquella boca sonrosada.

Súbito la jóven despertó de su letárgico sueño, y al ver aquel rostro tan cercano al suyo que la abrasaba con su aliento, sus párpados volvieron á cerrarse de terror.

—¡Oh! dijo con voz articulada apenas: ¡el rey!

Y entonces comprendió todo su infortunio. La infeliz quiso gritar, pero no pudo.

El rey se retiró como el tigre que ha devorado su presa. Sus labios impuros habian mancillado el casto seno de la vírgen.

CAPITULO III.

La carta.

Los condes Elipando y Osmundo, ricos y poderosos, desairados por don Rodrigo, y antiguos y leales partidarios de Witiza, á cuyos hijos habian consagrado despues toda su adhesion, tenian particulares motivos de encono y resentimiento contra el nuevo monarca. Ya hacia mucho tiempo que conspiraban, para lo cual habian hecho venir secretamente á Toledo á los hijos de Witiza, Ebba y Sisebuto, á quienes el rey don Rodrigo creía tener asegurados. Esperaban que los repetidos desmanes del rey les proporcionarian una ocasion favorable á sus intentos. Y hé aquí que en la prision de don Pelayo se les presentó un pretexto magnífico para encubrir de una manera plausible sus planes trazados muy de antemano.

Ferrandez, el escudero de don Pelayo, estuvo aguardando á su señor en el sitio acostumbrado; pero inútilmente. Y como el fiel escudero era depositario de los se-

cretos de su señor, no vaciló un instante en introducirse al dia siguiente en palacio y penetrar hasta el cuarto de Florinda. Hallóla pálida, turbada y enferma por la brusca é inesperada separacion de su amante en la noche anterior. Y ella refirió al escudero cómo el rey habia mandado prender á don Pelayo en su misma estancia. Era cuanto sabia la desdichada.

Ferrandez, por su parte, tomó muy pronto su resolucion. Incapaz, en circunstancias normales, de conspirar contra don Rodrigo, era tambien incapaz de abandonar á su señor en la desgracia. Y conociendo, como conocia, las tendencias é influjo del conde Elipando, de quien era deudo, le participó al punto lo ocurrido, con la esperanza de encontrar medios y ayuda para que don Pelayo pudiese recobrar su libertad. Y así se explicará fácilmente el lector la misteriosa reunion del palacio encantado donde se halló Ferrandez, y de la cual hemos oido á don Sancho dar cuenta al rey.

Pero las miras de los conspiradores iban más lejos que á dar simplemente la libertad á don Pelayo. Aspiraban nada menos que á destronar á don Rodrigo, y por lo tanto su plan era más vasto y necesitaba más tiempo para realizarse.

Así, pues, el tumulto, rápido, momentáneo, en el mismo dia, no fué, ni pudo ser la obra de los condes Elipando y Osmundo, como creyeron el rey y don Sancho; fué producido por la noticia de la prision de don Pelayo, que con actividad increible hizo circular Ferrandez por todos los ámbitos de la ciudad, que, alarmada, pero sin concierto, pedia á gritos la libertad del noble hijo de Favila.

Fácilmente se comprenderá que un tumulto de esta naturaleza, que no era más que la expresion de individualidades aisladas sin direccion ni gefes, fácilmente, repetimos, se comprenderá que la victoria no estaria dudosa un solo momento para las armas de don Rodrigo, hábil y valientemente conducidas por su primo don Sancho, que conoció no era necesario que Pelayo interviniese, temiendo por otra parte que á su aspecto se exaltase la multitud y se aumentase el peligro, en vez de disminuirse. A la vista de las tropas reales la asonada se desvaneció como las nieblas á los rayos del sol.

Al dia siguiente el rey, seguido de una lucida y numerosa cabalgada, fué de cacería á Valdecaba, como tenia de costumbre casi cuotidiana, pues la caza era su pasion favorita.

Todos pudieron notar cierta tinta de júbilo en su semblante, que de mucho tiempo atrás siempre habia estado ceñudo. Sus ojos brillaban con una expresion indefinible de ternura, sus megillas rosadas y su continente apuesto y arrogante, todo revelaba en él al hombre que está gozoso por haber realizado algun vehemente deseo de su corazon.

El rey habia recobrado toda su antigua alegría, la naturaleza parecia reanimarse á sus ojos, y el canto del ruiseñor, el perfume de las flores, la verdura del prado, la magestad del torrente, el curso apacible del rio, el misterioso encanto de la selva y el bullicio de la cacería, escitaban sus nervios, conmovian su espíritu y llevaban á su corazon mil armoniosos acentos de esa ternura, de ese suave anhelo propio de la juventud, que no fatiga y que

nos impulsa á vivir, á gozar y á crearnos risueñas ilusiones para el porvenir. Su alma se habia rejuvenecido volviendo á los encantos, á los sueños de oro, á las esperanzas lozanas de la edad primera. Todo le hablaba de amor, en todas partes veía la imágen de su adorada envuelta en una radiosa nube como si el mundo entero hubiese tomado para él la figura de Florinda. Le lisonjeaba la esperanza de ser amado, y porque este pensamiento fuese una realidad, por una sonrisa, por una mirada de amor, hubiese dado el infeliz monarca su manto real, su cetro, mil coronas.

Infatigable don Rodrigo, armado de un venablo, tendido sobre su espumoso corcel, como el árabe del desierto, perseguia á las fieras al ronco estruendo de los caracoles, de las voces de los monteros y de los ladridos de la jauría.

Y en medio de tal animacion y tanta exuberancía de vida en aquella alma agitada por el amor, no brotaba ni un pensamiento, ni un recuerdo para la infeliz Egilona, afligida y abandonada como otra Dido por su ingrato Eneas.

El rey, seguido de sus sabuesos, se habia cebado en la persecucion de un corpulento jabalí, alejándose considerablemente del resto de la cabalgada. Los más esforzados habian renunciado á seguirle al través de los precipicios por medio de los cuales se lanzaba don Rodrigo sobre su caballo *Orelia* á un frenético galope, semejante á uno de esos caballeros encantados de las leyendas alemanas.

De pronto se encabritó el corcel, resonó en el aire el

zumbido de una flecha, el rey dió un grito espantoso, y cayó en tierra pálido y ensangrentado.

Y al mismo tiempo salió de entre la espesura á carrera tendida un guerrero cubierto el rostro con su celada, el cual gritó:

—Ya están vengadas Florinda y Egilona.

¡Cuán desdichada era su suerte!

En una habitacion del palacio de don Rodrigo en Toledo, se hallaba la reina cercada de esclavos judios que espiaban todas sus acciones por órden de su esposo. Era la habitacion cómoda, y aun santuosa; mas no obstante, á juzgar por el aire de vigílante inspeccion que se notaba en los siervos, podia creerse que aquella estancia era más bien una prision que un aposento régio. Y efectivamente, la reina estaba prisionera.

De pronto se abrió la puerta y apareció un personage á cuyo aspecto los esclavos dieron las mayores muestras de sumision y respeto.

El recien llegado era el médico Daniel, que ya conocemos, y el cual tambien era el gefe de aquella tropa de carceleros por encargo especial del rey.

Daniel hizo un profundo saludo á la reina, á que contestó esta desdeñosamente sin curarse de ocultar la repugnancia invencible que le causaba estar entre aquellas gentes, es decir, entre judíos, raza por extremo envilecida y odiada por los godos.

—Señora, dijo respetuosamente Daniel, perdonad si tal vez vengo á turbar vuestro reposo; pero comprendiendo la situacion cruel en que os hallais...

—Huye de aquí, infame judío, interrumpió la reina,

huye de aquí, y no profanes con tu inmunda planta el lugar en que respiro.

—Señora, repuso el hebreo, os suplico que perdoneis á un desgraciado que, conociendo que V. A. padece tambien, intenta endulzar algun tanto, en lo poco que puede, vuestras penas.

La reina lanzó al judío una mirada de sorpresa que concluyó por ser de agradecimiento.

—El rey, continuó Daniel, está hoy de cacería, y si quiere V. A. puede salir á espaciar el ánimo al jardin. Es lo único que puedo hacer por vos.

Y el sombrío rostro del médico, que contemplaba á la reina con idolatría, se iluminó con una tinta de inefable felicidad.

Egilona, arrepentida de su dureza para el único que se interesaba por ella en su desgracia, dijo modulando su voz con el acento de la más tierna gratitud:

—¿Era esa tu intencion? Yo te agradezco el interés que mis padecimientos te inspiran, y acepto la proposicion de salir algunos instantes de esta habitacion, porque en efecto me hará mucho bien respirar el aire libre y ver el cielo y las flores.

—Yo, señora, no puedo ser indiferente para los que lloran, y mucho menos cuando la hermosura y la inocencia padecen. Yo, que soy muy desgraciado sin tener la culpa de mi infortunio, estoy siempre dispuesto á curar las llagas de los corazones destrozados.

El judío estaba transfigurado completamente.

La expresion de astucia y de codicia que hemos visto en su semblante en otra ocasion, se habia convertido

ahora en sinceridad y abnegacion, su voz era vibrante, y en sus ojos brillaba una ternura infinita.

—¿Pues tan desgraciado eres? preguntó la reina.

—¡Ay, señora! Yo soy el más desdichado de todos los mortales: desde antes de nacer mi destino era llorar, y mi frente, aun no herida por los rayos del sol, estaba sellada con una marca de infamia. Yo, señora, soy un mísero judío, y no tengo ni el triste derecho de llorar mis penas, porque todos se rien de ver llorar al perro judío. Un calabozo fué mi mansion primera, y solo y errante por el mundo, jamás he disfrutado las caricias de una madre, ni los consejos de un padre, ni los abrazos de un hermano. He visto hermosas doncellas que miraban con una sonrisa de ángel al tierno objeto de su amor, y ninguna de estas miradas se ha fijado en mí. He visto padres rodeados de sus hijos, cual tiernos lirios que brotan al pié de una encina, y ningun mancebo me ha llamado hermano, y á ningun anciano he podido decirle: «¡Padre mio!» ¡Ay, señora! Vos que sois reina, no podeis comprender toda la amargura del desdichado que se vé solo, sobre la tierra.

—¡Infeliz! murmuró Egilona con los ojos preñados de lágrimas.

—Yo, continuó Daniel, soy el fruto de un amor criminal: mi madre, á quien no conocí, era una esclava judía, y mi padre un conde de los más poderosos entre los godos. Y todo lo que me queda de los que me dieron el sér, es una prenda con una misteriosa cifra á cuyo dueño no he encontrado, á pesar de mis desvelos por conseguirlo.

Y así diciendo Daniel, mostró á la reina un rico puñal

en cuya empuñadura primorosamente cincelada se leia en letras de oro este nombre: «*Raquel.*»

—¿Y quién era Raquel?

—Mi madre, señora.

—¿Y qué significa ese puñal?

—Cuando haya encontrado á su dueño, habré encontrado á mi padre.

—Que es cristiano, segun dices. ¿No es cierto?

—Sí, señora.

—¿Y por qué no has abrazado la religion de tu padre?

—Porque un médico hebreo me recogió desde niño y me educó en la santa creencia de los israelitas, en la religion de mi pobre madre, á quien él decia haber conocido. Yo era el único que le servia, y aunque me trataba mal, me enseñó la medicina, con cuya profesion me busco la vida, si bien envilecido y despreciado por vuestra raza, que tanto ódio profesa á la mia.

—Pues en tu mano está el hacer que no te traten con desprecio. ¿Por qué no te haces cristiano?

—¡Ay, señora! ¡Direis que es obstinacion y ceguedad; pero en medio de nuestra horrible desgracia, es tan hermoso esperar! ¡Y se encierra tanta esperanza en el antiguo Testamento!...

La reina hizo un ademan de disgusto.

El judío continuó vivamente:

—Sin embargo, señora..... No hablemos más de este asunto, temo irritar la sombra de mi madre y hacer traicion al Dios de Israel.

—¿Y por qué?

El judio fijó una mirada indescriptible en el bello ros-

tro de la reina. Y mudo, inmóvil, absorto en aquella mirada; la contempló durante algunos momentos, hasta que al fin dijo:

—¿Por qué, preguntais? ¡Ay, señora! Porque lo que no han podido hacer los sacerdotes de Cristo, lo podrá hacer V. A. Vos sois mi única religion, y lo que vos querrais que yo crea... eso creerá vuestro esclavo.

Y Daniel cayó de hinojos besando los piés de la reina casi con religiosa idolatría.

Al ver tales demostraciones, Egilona adivinó, como á la luz de un relámpago, el volcan de una pasion inmensa.

—Tú deliras, judío, dijo la reina con voz severa, pero en que se traslucía cierto acento de compasion.

Y luego añadió con gravedad:

—Retírate, Daniel, retírate.

El judío se levantó rápidamente como impulsado por un resorte.

—Pero, señora, dijo, ¿no quereis ya bajar al jardin?

—No: quisiera ir acompañada...

—Yo os acompañaré, interrumpió vivamente Daniel.

—Con alguna de mis damas, dijo la reina terminando la frase comenzada.

—Eso es imposible.

—Ya lo sé. Mi esposo no me ha dejado una dama siquiera para asistirme.

—El rey lo ha prohibido absolutamente: siento mucho no poder complaceros proporcionándoos la compañía de alguna de vuestras damas.

La reina durante algunos minutos permaneció silenciosa, como absorta en una vaga meditacion.

Al fin, como iluminada por una idea súbita, exclamó:

—¿No me has dicho que eres médico?

—Sí, señora.

—¿Y efectivamente Daniel es tu nombre?

—Sin duda alguna.

—¿Entonces tú eres el médico que á asiste Florinda?

—Yo soy, repuso el hebreo palideciendo horriblemente.

—¿No pudieras conducirla á mi presencia?

—Es de todo punto imposible; no se lo permite el estado de su salud.

—¿Y yo no pudiera verla?

El judío reflexionó algunos momentos.

—Para eso, dijo al fin, es necesario que V. A. vaya á su aposento, y si el rey llega á saberlo...

—¿No dices que hoy está de cacería?

—¿Y qué cosa puede estar oculta en un palacio? Todo lo sabrá cuando vuelva.

—Entonces tambien pudiera saber que yo habia bajado al jardin, y tú mismo no has tenido reparo en proponérmelo.

Esta razon era contundente y decisiva: el judío vaciló algunos instantes, hasta que al fin murmuró:

—Si sospechase algo... ¡Oh! Me odiará eternamente, me despreciará como á un reptil inmundo.

Y se agitó su cabeza temblorosa con un movimiento que significaba

—¡No! ¡no la verá!

—Vamos, ¿te decides? preguntó Egilona.

—¡Oh, reina! Pedidme hasta la última gota de mi san-

gre, y no vacilaré un solo segundo en derramarla en obsequio vuestro; mas no me hableis de ver á Florinda.

El acento con que el judío pronunció estas palabras produjo en Egilona la mayor sorpresa. Sospechó algun terrible misterio; mas siempre estuvo muy distante de la espantosa realidad.

Daniel entre tanto, con ojos de delirio, los cabellos erizados y lívido el semblante, murmuraba:

—¡Me odiará! ¡Me odiará! ¡Ella es un ángel!... ¡Y yo soy un espíritu del infierno!

Y arrojándose á los piés de la reina, exclamó:

—¡Oh, mujer celestial! Una mirada de vuestros ojos decretará mi vida ó mi muerte: el corazon de este esclavo os pertenece todo entero, y aunque estais en una prision, mandad y sereis obedecida como jamás lo ha sido reina alguna; pero ¡Florinda! ¡Florinda!... Ese nombre es funesto; no me hableis nunca, nunca, de Florinda.

Y pálido y turbado desapareció rápidamente de la prision, cuya puerta cerró tras de sí, volviendo otra vez á ocupar sus puestos los cuatro esclavos judíos, impasibles y silenciosos como estátuas.

Egilona, pensando en aquel hombre extraordinario y en sus espantosas palabras, para ella incomprensibles, quedó abismada en un mar de confusiones.

Otra escena, no menos interesante para nuestra historia, ocurria casi al mismo tiempo en el alcázar de don Rodrigo.

En un aposento situado en un extremo del palacio estaba escribiendo una mujer de maravillosa hermosura, pero pálida y desmelenada, y con todas las señales del

más profundo dolor. Su trage, completamente negro, estaba en perfecta armonía con la expresion melancólica de su rostro. Lágrimas abundantes se desprendian de sus ojos borrando los caractéres trazados con mano trémula en el pergamino.

Concluida su tarea leyó la carta, y el más vivo carmin coloró sus megillas. Despues alzó sus ojos al cielo, y cruzando sus manos convulsas, bañado en llanto su rostro de ángel, pareció dirigir al Eterno alguna ardiente súplica.

Luego con voz llorosa y débil llamó:

—¡Clotilde!

Presentóse una jóven.

—¿Qué mandais? dijo.

—¿Has avisado á Gumildo?

—Ya hace media hora que aguarda vuestras órdenes.

—Bien; dile que entre.

La jóven desapareció, y á poco volvió á entrar seguida de un bizarro mancebo que saludó cortésmente á la dolorida dama, por la cual fué recibido con cariñosa gravedad.

—Mi fiel Gumildo, dijo, tienes que hacer un gran viaje.

—Bien sabeis, señora, que siempre he deseado complaceros. Mandad, estoy dispuesto para ir aunque sea al fin del mundo.

—Gracias, Gumildo, gracias. Yo no podré nunca recompensar cumplidamente el servicio que vas á prestarme en esta ocasion.

—Yo no necesito más recompensa que la satisfaccion de poderos ser útil.

—Vas á correr grandes peligros.

—Yo los acepto.

—Se necesita para el encargo que voy á darte fidelidad y discrecion á toda prueba.

—Desde tiempo inmemorial está mi familia al servicio de la vuestra; jamás ninguno de los mios ha sido traidor, jamás ninguno ha cometido indiscrecion alguna perjudicial á sus amados señores.

—Por eso te he llamado. Sé que tú harás por mí cualquier sacrificio.

—Y si no fuera por vos, señora, seria por el conde vuestro padre, mi señor, y si no fuera por él, lo haria... por mi querida Clotilde.

Gumildo y Clotilde cambiaron una mirada que solo pueden comprender los amantes.

—Ya veis, señora, continuó el jóven, que todos los afectos de mi corazon se interesan en serviros. Con este objeto me mandó permanecer en Toledo vuestro padre cuando partió para su gobierno de Ceuta.

—Pues precisamente vas á ver mi querido padre.

—Me alegro mucho, señora.

—Pero es necesario que todos ignoren el verdadero objeto de tu partida, y que durante tu marcha nadie, nadie sepa que te diriges á ver al conde don Julian.

—Estad segura de que lo haré así.

—Toma el mejor corcel de las caballerizas de mi padre, haz los preparativos que creas convenientes, y procura salir esta misma noche de Toledo.

—Sereis puntualmente obedecida.

En aquel instante resonaron en el patio del alcázar

relinchos de caballos, ladridos de perros y voces de hombres.

—¿Qué ruido es ese?

Clotilde y Gumildo se asomaron á un balcon.

—Es el rey, dijeron, que vuelve de la cacería.

—Y por cierto, añadió Gumildo, que el rey viene pálido como un espectro y adusto como un Neron.

Y no han tocado los caracoles como de costumbre, observó Clotilde.

—Habrá muerto algun caballero en la montería, repuso su amante.

La enlutada se desplomó en su sitial pálida y trémula de ira y de temor en pensar en don Rodrigo.

Despues, recobrada algun tanto, tomó la carta, que estaba concebida en estos términos:

AL CONDE DON JULIAN.

«Ojala, padre y señor, la tierra se me abriera antes »que verme en condicion de escribiros dándoos tan triste »nueva que os ponga en quebranto y perpétuo duelo. »Avergüénzome de decir lo que no me es lícito callar. »¡Oh, triste suerte, que ha puesto á vuestra hija en el caso »de sonrojarse cruelmente, cuando pone el pensamiento »en su padre! En una palabra, vuestra hija, vuestra san»gre y de la alcurnia real de los godos, por el rey don »Rodrigo, al que estaba encomendada como la obeja al »lobo, con una maldad increible ha sido afrentada. Vos, »padre mio, hareis que el gusto que tomó de nuestro da»ño se le torne en ponzoña y no pase sin castigo la burla »y befa que hizo á nuestro honor y á nuestro linage.»

«FLORINDA.»

La jóven luego que lo hubo repasado dobló el pergamino fatal, y envolviéndolo en una tela de seda color de rosa, lo puso en manos del fiel Gumildo, diciendo:

—Mucho fio á tu cuidado; mi honor y mi vida están en tu poder.

—Yo os probaré que soy digno de vuestra confianza, repuso Gumildo guardando en su seno la interesante epístola.

—Así lo espero, dijo Florinda; mas supuesto que ha venido ya el rey, parte al punto antes que sobrevenga algun contratiempo.

Despidióse afectuosamente de Florinda el fiel escudero, á quien Clotilde, toda pálida y llorosa, acompañó hasta la puerta.

Allí se dieron los dos jóvenes un ligero apreton de manos, signo por medio del cual se aseguraron mútuamente de su amor y constancia durante su ausencia.

CAPITULO IV.

El torreon de Santa Leocadia.

La noche habia extendido su enlutado crespon sobre el campo y la ciudad.

A corta distancia de los muros de Toledo se levantaba el torreon de Santa Leocadia como un gigantesco fantasma entre las sombras.

Solo turbaba el silencio de aquella hora el cantar lejano de algunos gallos, ó el murmullo de una fuente ó el fiel ladrido de los perros, y ese ruido medroso, inmenso, dilatado, vago, que en medio de la oscuridad de la noche oimos confusamente, como perdidos preludios de acentos misteriosos, que parecen imitar el lenguage extraño de mil genios invisibles, escondidos en el viento. Alguna que otra luz dudosa se distinguia en aquel océano de tinieblas, á la manera que se divisa alguno que otro agostado arbusto en la árida llanura del desierto. Una de estas luces brillaba en la cabaña de un pastor situada á bas-

tante distancia de la atrevida torre de Santa Leocadia, en la cual se veía tambien otra luz opaca y moribunda, como la que suele tener un prisionero, cuando la tiene.

Casi al mismo tiempo se vieron en la oscuridad salir dos hombres, uno á pié de la cabaña del pastor, el otro á caballo, de la ciudad. Ambos, rebozados y encubiertos, caminaban con lentitud y precaucion, y aunque eran opuestas sus direcciones, es decir, que el uno iba y el otro venia, llegó un momento en que los dos se encontraron en la misma línea á cuatro pasos de distancia.

Ambos se detuvieron.

—¿Elipando? preguntó el de á pié.

—No es Elipando, repuso el otro poniendo mano á la espada.

—¡Gumildo! ¿Es posible? Os he conocido por la voz.

—¡Ferrandez! No os habia conocido.

Ellos eran en efecto.

—¿Y adónde vas por aquí á estas horas?

—A tí, querido Ferrandez, no tengo inconveniente en decirte que voy á cumplir un encargo de mi señora. ¿Y tú?

—Yo tambien estoy ocupado en asuntos de mi señor.

Y maquinalmente se volvieron sus ojos hácia la luz del torreon de Santa Leocadia.

—¡Infeliz don Pelayo! exclamó Gumildo. ¿Y cuándo recobrará su libertad?

—Esta misma noche.

—¿Estás en tí, Ferrandez?

—Te digo que esta misma noche estará libre don Pelayo, y si quiere podrá ver á su adorada Florinda; así

como tambien te aseguro que mañana saldrá la reina de su prision.

—¡Imposible! No permitirá el rey...

—El rey ha muerto, interrumpió vivamente Ferrandez.

—¡Ha muerto! ¿Y cuándo?

—Hoy en la cacería.

Gumildo comenzó á creer que el escudero de don Pelayo habia perdido el jucio.

—¡Qué delirio! dijo.

—No deliro; te juro que el rey ha muerto hoy en el monte. ¿Es posible, Gumildo, que ignores una noticia tan importante?

—¿Pues no la he de ignorar? Estás diciendo un absurdo.

—¿Por qué?

—Porque yo mismo al anochecer he visto al rey; es verdad que un poco pálido y no poco sério, pero bueno y sano.

—Tú sí, Gumildo, que has perdido el seso, repuso Ferrandez, algun tanto colérico por saber que el rey vivia.

—¡Cómo!

—Yo sé, dijo Ferrandez, que he visto caer al rey pálido y ensangrentado en el bosque.

En aquel instante se oyó el rumor de algunos pasos cerca de los contendientes, que vieron cruzar una sombra.

Ferrandez apareció tan tranquilo y alegre, como inquieto y receloso se manifestó Gumildo.

—¿Qué es eso? preguntó.

—No hay nada que temer, si es lo que yo imagino, repuso Ferrandez.

Gumildo comprendió que acaso su presencia pudiera molestar á su compañero, por cuya razon se separó de él diciendo:

—Amigo Ferrandez, no tengas duda en que el rey vive, sea cual fuere tu negocio, y adios, que yo tambien me voy al mio.

—A fé, repuso Ferrandez, que eres tenaz é incrédulo como un judío; mas de todos modos te agradezco mucho tu buena voluntad. Adios.

No bien Gumildo se hubo separado, cuando aproximándose la sombra al escudero de don Pelayo, exclamó:

—¡Ferrandez!

—¡Elipando! Gracias á Dios que habeis venido. Ved la luz de la prision en que se encuentra mi señor...

—Que ya no recobrará su libertad tan pronto como imaginábamos, interrumpió Elipando.

—¡Qué estais diciendo! exclamó sorprendido Ferrandez.

—Todo se ha perdido. ¡Huid!

—¿Pues y el rey?

—La flecha no le causó más que una leve herida en un brazo.

—¡Ira de Dios!

—Nuestro plan ha sido desbaratado completamente.

—Maldita flecha, que así erró el blanco.

—Salvaos, amigo Ferrandez, no perdais un tiempo precioso en inútiles quejas. Yo he venido á participaros el mal éxito de nuestra empresa por no haceros aguardar

aquí, y al punto me vuelvo á nuestra ignorada mansion en el castillo encantado. Seguidme, y allí tendremos un asilo seguro é inaccesible.

Ferrandez, como absorto en un pensamiento único, murmuraba:

—¡Ah! Bien decia Gumildo. El rey vive, ¡oh furor!

—Dejaos de eso, y seguidme. Tal vez sospechen de vos.

—No lo creo; yo iba cubierto con la celada.

—¿Y quién sabe? Los monteros, aunque á larga distancia, os vieron galopar cuando salísteis á la llanura, y entonces pudo muy bien alguno reconoceros por el aire del cuerpo, por el caballo...

—Ayer lo monté por vez primera, interrumpió Ferrandez.

—Con todo, insistió Elipando, nunca sobran precauciones, y vos estais obligado á guardarlas, si no quereis renunciar al placer de contribuir á la libertad de don Pelayo en otra ocasion, supuesto que esta ya se ha perdido.

Esta consideracion pareció de mucho peso al leal escudero.

—Bien, dijo, confieso que teneis mucha razon; pero aun tengo que volver á la choza de ese buen hombre (y señaló á la cabaña del pastor), para recoger mi caballo y arreglar ciertos negocios que nos pueden ser de suma importancia, en lo cual invertiré gran parte de la noche. Así pues, al romper el dia me reuniré con vos.

—En ese caso, tomad, dijo Elipando entregándole una llave.

Y luego añadió:

—Creo que no necesitareis mas.

—No, repuso Ferrandez; conozco perfectamente todas las entradas y salidas.

Y ambos se separaron en opuestas direcciones.

Ferrandez no podia resignarse con la idea de que su señor no recobrase su libertad aquella misma noche como se habia imaginado.

Absorto en este pensamiento, caminaba, fijos los ojos en la torre donde estaba el prisionero.

De pronto llegó á su oido, hendiendo el espacio, en el silencio de la noche el eco de un sonoro bandolin y los acentos lejanos y melancólicos de la siguiente

Cancion.

Cuando oculta el sol su frente
Del crepúsculo en la hora
Misteriosa
Y la brisa blandamente
A las flores enamora
Cariñosa,
Cuando en la enramada umbría
Revuelan enamorados
Ruiseñores,
Que en deliciosa armonía
Suelen cantar inspirados
Sus amores,
Cuando el ánima doliente
En sus antiguas memorias
Embebida,
Pensando está tristemente
En las efimeras glorias
De la vida,
¡Cuántos recuerdos devora!
¡Cuánto grito de amargura
Lastimero
Exhala el triste que llora
En eterna noche oscura
Prisionero!

¡Cuánta esperanza forjada
Y por el alma creida
Con empeño!
¡Cuánta ilusion nacarada
Mira al fin desvanecida
Como un sueño!
Si el sol en la azul esfera,
Lanza de zafir y oro
Resplandores,
Si la alegre primavera
Prodiga ufana el tesoro
De sus flores,
Y si la luna velada
Por la transparente nube
Ya destella
Su opaca luz plateada,
Cual pudoroso querube,
Triste y bella,
¿Qué le importa al desdichado
Que no sabe si es de dia
En sus dolores?
¿Qué le importa al que encerrado
Ver no puede en su agonía
Sol ni flores?

¡Oh! ¡Feliz quien atesora
De la libertad preciada
Las delicias,
Y de la mujer que adora
Allá en la noche callada
Las caricias!
De las godas la más linda
Es mi bien, mi dulce encanto,
Mi tesoro.

Volad, decidle à Florinda,
Auras leves, que en mi llanto
Yo la adoro.
«¡Ay cuántas penas devora!
¡Cuánto grito de amargura
Lastimero,
Exhala el triste que llora
En eterna noche oscura
Prisionero!»

El acento melancólico y sombrío del nocturno cantor conmovió profundamente á Ferrandez, que atento habia escuchado y reconocido á su señor. De pronto, como asaltado por una idea súbita, se dirigió rápidamente hácia la choza del pastor.

Nosotros entretanto penetraremos en la prision de don Pelayo.

La torre de Santa Leocadia era de construccion romana; pero sobre su antigua cubierta resaltaba entonces cierto barniz de arquitectura gótica. Era el edificio cuadrangular, y en cada piso tenia ventanas ó por mejor decir, tragaluces con travesaños de hierro.

En el último piso habia una habitacion no muy espaciosa, en la cual se hallaba prisionero don Pelayo. La confusion y el desórden reinaban en aquel aposento. Veíanse acá y allá esparcidos varios manuscritos en pergamino, que contenian los diversos tratados de la grande Obra del ilustre arzobispo de Sevilla que más adelante sirvieron de texto al monge Alcuino para formar los extractos que hacia aprender á Carlo Magno.

A la sazon don Pelayo solia encontrar algun consuelo en los ratos que dedicaba á la lectura del libro de las Sentencias ó del Sumo bien. Tambien se veía sobre el desor-

denado lecho un bandolin, con cuya suave melodía acostumbraba el prisionero distraer sus horas de amargura.

Ya vemos que don Pelayo no estaba encarcelado con todo el rigor de la palabra, y que más bien podia decirse estaba recluso, si se atiende á que no le negaban las dos cosas más gratas para el que vive encerrado, la música y la lectura.

Tales consideraciones manifestaban evidentemente que el rey no abrigaba rencor hácia su deudo y antiguo amigo, y que no se habia olvidado del todo la elevada categoría de don Pelayo, si bien este habia comprendido que no le sería muy fácil por entonces recobrar su libertad.

¡Cuántos terribles pensamientos se agolpaban en tropel á la mente del enamorado caballero! Recordaba con amargura las misteriosas palabras del anciano Ervigio; y contínuamente se presentaba á su memoria la inesperada escena de su arresto en el cuarto de su amada en la funesta noche en que por la fatídica aparicion del rey fueron turbados los amantes, como dos pajarillos arrebatados por el milano de la florida rama en que se requerian de amores.

Y estos recuerdos solian algunas veces levantar en el alma del jóven una tempestad de dudas, un infierno de celos y desesperacion. Y entonces rugía cual fiero leon aprisionado en la inclemente trampa que le separa de su amada compañera.

Otras veces atribuía su prision á cualquiera otra causa que al amor y los celos, recordando la amistad y la nobleza del corazon de don Rodrigo. Y perdido en una vaga y melancólica meditacion recordaba los dorados dias en que oyó el primer «te amo» de la angelical Florinda,

y casi gozando en su misteriosa locura, entonaba dulces trovas de amor. El alma con frecuencia siente en medio de sus pesares un agradable tormento que la impulsa á lanzarse á la esperanza, en cuyos campos de flores se finge mil ensueños de oro templando su pena así, como el caminante con sed abrasadora en el desierto, goza con la ilusion de una cristalina fuente á la fresca sombra de hospitalarias palmeras.

Y abismado en sus esperanzas pensaba en Florinda y en los medios de recobrar su libertad; pero pronto inclinó su cabeza con actitud dolorosa, convencido de la imposibilidad de verse al aire libre gozando de la luz y de la vista de su amada.

En aquel mismo instante, como para responder á sus pensamientos y alentar su pálida esperanza, oyó lejanamente en el campo los armoniosos preludios de un laud, y poco despues las brisas suaves llegaron á su oido la siguiente letra:

Suele á veces la tormenta
de rayo y trueno preñada,
talar los fértiles campos
del labrador esperanza.
Las aves despavoridas,
lastimeros trinos lanzan,
y hácia el caro nido vuelan
do seguro asilo hallan.
Suele el agosto abrasado
marchitar las verdes galas
con que primavera hermosa
el monte y el prado esmalta.
Sigue despues el otoño,
cuya frente coronada
de pámpanos y de frutos
ya marchita se desmaya,
al impulso de aquilon
que del alta sierra baja,
seguido del viejo invierno
que á flores y aves espanta,
sacudiendo en la llanura
su cabellera de escarcha.
La fragorosa tormenta
hasta nos sirve en su saña,
los aires purificando,
trayendo fecundas aguas.
Todo se muda y en todo
consoladora esperanza
para consuelo del triste,
el Señor tiene encerrada.
Así el que hoy prisionero
lejos llora de su amada
su perdida libertad
recobre acaso mañana.

Ni una sílaba perdió don Pelayo de la letra antecedente, no dudando un solo momento que á él iba dirigida. Su sentido era la expresion más completa de sus íntimos pensamientos. Atónito, y agradablemente turbado, entrevió en aquella música un rayo de esperanza; alguno se interesaba por su libertad, él se lo agradecia, sabia ya quién era, pues habia reconocido la voz de su escudero.

Ferrandez habia ido á la cabaña y habia vuelto provisto de un laud para manifestarle á su señor que por él se desvelaba, y acaso no estaba lejos el momento de conseguir la suspirada libertad.

Y en efecto, Ferrandez, una vez destruida su primera esperanza, habia concebido un plan atrevido, pero de éxito no dudoso.

Ya empezaban á oirse los primeros trinos de las aves que saludaban la venida de la aurora, cuando el triste prisionero se recogió en su lecho murmurando los últimos versos de la cancion.

«Así el que hoy prisionero
lejos llora de su amada,
su perdida libertad
recobre acaso mañana.»

Aquel dia fué más tranquilo su sueño, durante el cual cruzó por su mente la fúlgida figura de Florinda.

Ferrandez, despues de examinar escrupulosamente todas las cercanías de la torre, desapareció, combinando los medios de llevar á cabo su atrevida empresa.

CAPITULO V.

Tres preludios en un laud.

Transcurrieron algunos dias, durante los cuales el prisionero habia vuelto á caer en su antiguo abatimiento. Nadie parecia ocuparse de su desgracia, á no ser para aumentarla, pues le habian anunciado que iban á trasladarlo al castillo de Brihuega. Encarcelado en Santa Leocadia, tenia al menos el consuelo de saber que no muy lejos respiraba su Florinda en la imperial ciudad, cuyo rumor venia casi á estrellarse al pie de su prision. Ahora la distancia aumentaba sus pesares é inquietud, teniendo menos probabilidad de aprovecharse de algun favorable acontecimiento. Por otra parte daba el último golpe á su esperanza la idea de que, ignorando Ferrandez su paradero, nada podria hacer en su favor, por más buenos que fuesen sus deseos.

La víspera del dia señalado para la partida de don Pelayo, un hombre cuidadosamente rebozado se paseaba al

anochecer alrededor del muro de Toledo, mirando tenazmente hácia el torreon de Santa Leocadia que se descubria á lo lejos. En su movilidad incesante daba bien claro á conocer que se hallaba poseido de la más viva impaciencia. Efectivamente, á poco llegó otro embozado, al cual sin duda esperaba el primero.

—¿Qué has resuelto, Bermudo? preguntó el que aguardaba.

—Que es imposible serviros.

—¿Y has venido solo para decirme eso?

—Me parece, señor, que la cosa es muy delicada; yo quisiera evitar todo género de conexion entre el verdugo y mi cabeza.

El desconocido lanzó á Bermudo una mirada de soberano desden.

Despues, haciendo un gesto de satisfaccion, dijo con maliciosa sonrisa:

—¿Conque, segun eso, lo que tú temes no es más que tener intimidad con el verdugo?

—Y me parece que es un temor muy racional.

—Pero yo creo, Bermudo, que no necesitas hacer lo que te he propuesto para tener muy justos motivos de temor.

—¿Qué quereis decir? preguntó Bermudo palideciendo.

El desconocido guardó un instante de silencio.

—Bermudo, tienes muy poca memoria, dijo.

—No comprendo...

—Pues yo te lo explicaré. Hace tres años... y algunos dias, que tres hombres llegaron una noche, por cierto muy tempestuosa, á un convento de monjas situado en un yer-

mo, demandando hospitalidad, que de muy buen grado les fué concedida. Los tres huéspedes eran individuos dispersos de una partida de bandidos poco antes derrotada. Ya era más de la media noche, que, como he dicho, era espantosa, y el rayo, el trueno y la lluvia aumentaban su horror, cuando el principal de los tres recien llegados dijo á los otros: «Se me ha ocurrido una buena idea para que no podamos decir que hemos perdido el dia; seguidme.» Y sin más se dirigieron á donde estaba el sacristan del convento, al cual amarraron de pies y manos, y despues de haberse apoderado de las llaves, penetran en el claustro y se precipitan en las celdas de las religiosas, las cuales, espantadas como una bandada de palomas al aspecto del milano, gritan, se lamentan é imploran, aunque en vano, la piedad de los foragidos, que amenazando á la abadesa con la muerte, le arrancaron todo el dinero y alhajas que poseia la comunidad.

—¿Pero á dónde vais á parar, señor?

—No contentos los infames salteadores, continuó inflexible el desconocido, no contentos con haberlas robado todo cuanto poseian, se atrevieron á cometer toda clase de desórdenes, de cuyas resultas algunas infelices murieron á poco de vergüenza y de dolor.

—¿Y quién ha podido deciros?...

—Concluiré, amigo Bermudo. Aquella misma noche habia acertado á pasar por allí otro caminante que tambien se habia refugiado en el convento, el cual oculto pudo presenciar el horrible atentado que acabo de referir, habiendo reconocido además al gefe de los bandidos por un paisano suyo, hijo de un honrado pechero antiguo ami-

go de su padre. El dolor y la indignacion se apoderaron del ánimo de aquel testigo invisible y providencial; mas comprendiendo que si le descubrian era perdido sin remedio, tuvo que resignarse á ponerse en fuga sin ser notado de los foragidos, ya que no le era posible remediar en nada aquel crímen espantoso.

—¿Y quién era él?

—Aguarda, que ya voy llegando al desenlace. El que presenció aquella terrible escena lloró en su corazon la desgracia de su compatricio y amigo de infancia, y resolvió guardar eterno silencio sobre un acontecimiento que tanto podia perjudicarle, dejando á la justicia del cielo la venganza de su crímen. Han transcurrido tres años, durante los cuales ha ignorado completamente su paradero, hasta que hace muy pocos dias supo que se hallaba en Toledo de ayudante del alcaide del torreon de Santa Leocadia. Ahora bien, Bermudo, el gefe de los bandidos eras tú, el que lo presenció todo fuí yo.

Bermudo inclinó su cabeza como si un rayo se hubiese desplomado sobre él.

—¡Oh! murmuró crispando los puños de cólera; ¡es dueño de mi secreto! pero yo me vengaré.

Reinó un instante de silencio, que al fin rompió el desconocido diciendo:

—Conque vamos, ¿te convences de que no es necesario que me sirvas para que estés en peligro de tener una entrevista bastante séria con el verdugo?

—¡Oh! sí, murmuró lleno de espanto Bermudo.

—Por otra parte, continuó su interlocutor, yo sé muy bien que eres en extremo aficionado al dinero...

—No lo niego, repuso el antiguo bandido, casi del todo tranquilizado á esta interesante insinuacion.

—Pues bien, yo te propongo tres cosas que deben interesarte en sumo grado.

—Decid.

—La primera y principal es prometerte solemnemente no revelar jamás á nadie tu aventura del convento; la segunda es darte cincuenta libras de oro; y la tercera que hagas una buena obra, acaso la primera que hayas hecho en tu vida. Ya ves que te ofrezco seguridad, dinero, y la satisfaccion de hacer un bien. No es mal partido, me parece. ¿Te decides?

—Me decido, respondió resueltamente Bermudo; mas decidme lo que debo hacer.

—Una cosa muy sencilla; pero antes respóndeme á lo que te pregunte. ¿Es cierto que el alcaide de Santa Leocadia es un anciano?

—Allá del tiempo del rey Wamba.

—¿Y es verdad que eres tú el carcelero de don Pelayo?

—Ya os dije ayer que sí.

—¿Y eres tú quien le lleva la comida?

—Todos los dias en una gran cesta.

—Muy bien; es cuanto queria saber.

Y así diciendo, el desconocido sacó de debajo de su manto un paquetito envuelto en pergamino, y atado cuidadosamente con varias tiras de cuero ó correas.

—Toma, dijo entregando á Bermudo el pequeño bulto, todo tu trabajo está reducido á poner esto sobre la mesa del infeliz don Pelayo, lo cual debe serte muy fácil colocándolo en la cesta en que le llevas la comida.

—¿Y no tengo que hacer nada más?

—Nada más. Y para que veas que yo sé cumplir religiosamente lo que ofrezco, toma tu dinero con anticipacion.

Y alargó una bolsa llena de oro á Bermudo.

—Ahora bien, ¿cumplirás fielmente tu promesa?

—Os juro que lo haré todo como deseais.

—Mira, Bermudo, ten presente que á ambos nos importa igualmente. Mi cabeza guarda la tuya.

—Me ofende que tengais esa duda de mí. Yo me llamo Bermudo.

—Pues no olvides que me llamo Ferrandez. Adios.

Y ambos desaparecieron.

Hacia mal Ferrandez en desconfiar de Bermudo, pues existe una extraña probidad entre los criminales, los que tienen cierto funesto orgullo en cumplir sus empeños con tanta más exactitud cuanto son más terribles; mas por fortuna ahora se trataba de hacer un bien.

En efecto, Bermudo se dirigió al torreon de Santa Leocadia, en donde llamó, y reconocido como de casa, penetró sin la menor dificultad.

En seguida, para tomar órdenes, se dirigió al aposento del alcaide, anciano de larga barba que estaba dormitando gravemente reclinado en su sitial junto á la lumbre.

—¿Teneis alguna cosa que mandarme, señor? preguntó Bermudo.

—Nada, repuso el alcaide restregándose perezosamente los ojos, nada, sino que cuideis de hacer lo más llevadera posible la suerte de ese infortunado infante, hijo del mayor de los héroes godos.

Y al recuerdo de Favila, una lágrima brilló en los ojos del anciano pensando en los tiempos de su juventud.

—Descuidad, que ya procuraré aliviar su situacion; ahora voy á subirle la cena, dijo Bermudo.

—Mañana, repuso el alcaide, á pesar de mi debilidad, iré á hacerle una visita, que acaso sea la última, pues el rey ha dispuesto trasladarlo al castillo de Brihuega.

Bermudo se retiró á una señal del anciano, que volvió á acomodarse en su poltrona para anudar su interrumpido sueño.

El carcelero se dirigió á su cuarto, en cuyas paredes se veian colgados varios manojos de llaves. No era Bermudo el solo dependiente de la misma clase que existia en el castillo: otros dos jóvenes se le presentaron, los cuales parecian mirarle como á su inmediato gefe. Este, pues, tomó una llave, y abriendo una pequeña puerta que estaba en el mismo aposento, penetró en una especie de dispensa-cocina, de donde sacó algunas cestas con viandas, que entregó á sus cólegas.

Bermudó se quedó el último, y luego que hubo colocado en el fondo de la cesta el bulto que le habia entregado Ferrandez, provisto de una linterna, se dirigió por un largo corredor, y despues de atravesar un verdadero laberinto de habitaciones y de puertas guarnecidas con planchas de hierro, empezó á subir una interminable escalera de caracol hasta llegar por fin al último piso de la torre, en cuyas largas galerías, así como en la plataforma, veíanse de vez en cuando cruzar algunos centinelas.

Por fin se detuvo ante una puerta, la cual abrió, penetrando en la prision, débilmente iluminada por una

lamparilla pendiente de unas yares ó cadena de hierro.

El carcelero se dirigió á una mesa, donde colocó los manjares que en la cesta llevaba, así como tambien el consabido bulto.

Aquella era la prision de don Pelayo, el cual con la cabeza inclinada sobre el pecho y con todas las muestras de estar ensimismado en una profunda meditacion, se paseaba por la estancia sin curarse mucho, al parecer, de los preparativos de la cena.

Bermudo, como de costumbre, volvió á salir en silencio despues de haber hecho una señal al prisionero como invitándole á que se sentara á la mesa.

Al ruido que hizo la puerta al cerrarse fué cuando don Pelayo pareció recobrar completamente el sentimiento de la realidad. Y entonces, suspirando tristemente, se aproximó á la mesa, y lo primero que llamó su atencion fué aquel bulto tan cuidadosamente atado y envuelto, lo cual daba bien á entender la importancia de su contenido.

De pronto, en la cubierta, á la dudosa luz de la lamparilla le pareció distinguir algunas letras entre las cuales mediaba cierta distancia, pero que habiendo logrado juntarlas, leyó esta palabra, mágica para un prisionero: «*Libertad.*»

Y lleno de impaciencia y de emocion, se puso á abrir el misterioso presente.

¡Cuán grata fué su sorpresa!

Su pecho respiró con la fuerza de un fuelle de fragua, el júbilo brilló en sus ojos, y sus megillas, un momento antes tan pálidas, se tiñeron con el carmin de la alegría.

Su esperanza no era ya un sueño, su esperanza era una

realidad bajo la figura de una carta, una lima sorda y una escala de seda. Tales eran los objetos contenidos en el paquete.

Y miró y examinó aquellos venturosos instrumentos con éxtasis.

Luego se apoderó de la carta como de una presa, y leyó.

«Amado señor:

»Os envio esos útiles que creo necesarios para que »proporcioneis vuestra tan de mí apetecida libertad. Ma»ñana á las doce de la noche, que dará la luna en la ven»tana de vuestra prision, debereis dirigir vuestra vista »hácia la cabaña del pastor que está en frente, en donde »vereis una luz. Cuando la veais desaparecer, aplicad la »mano á vuestro corazon, y por el número de pulsaciones »que conteis hasta que vuelva á aparecer la luz, podreis »inferir el dia designado para vuestra fuga; yo tendré »dispuestos los caballos y todo lo necesario. La luz debe»rá brillar de nuevo algun tiempo hasta que ocultándose »segunda vez, el número de pulsaciones que conteis en »este segundo intérvalo, os indicará la hora de la noche »á que estareis preparado para seguirme. Es inútil adver»tiros que en los dias que medien desde mañana, debereis »haber limado los hierros de vuestra ventana dejando solo »uno, de modo que pueda fijarse en él la escala que os »remito. La noche convenida, cuando oigais tres prelu»dios en un laud, podreis afirmar la escala y deslizaros »por ella libre de todo temor.

»Adios, señor: vuestro humilde siervo,

»FERRANDEZ.»

P. D. «Estad seguro, aunque os lo digan, de que no os trasladan al castillo de Brihuega.»

Figúrese el lector, si puede, la impresion que haria esta carta en el ánimo de don Pelayo. Solo quien se hubiese encontrado en semejantes situaciones podrá concebir, aunque débilmente, todo lo que sintió con tan inesperada nueva el corazon del enamorado caballero.

Mas ¡ay! que como ordinariamente acontece, muy pronto se despeñó desde el cielo de su felicidad al abismo de la más cruel desesperacion. Es cierto que tenia los instrumentos necesarios; ¿mas cómo llegar hasta la ventana, que estaba junto á la bóveda?

El infeliz prisionero, al ver disipada su esperanza como un hermoso sueño, experimentó tan cruel agonía cual si la losa de un sepulcro le oprimiera el corazon.

Y abismado en hondas meditaciones se esforzaba por encontrar un medio para conseguir su intento. Era imposible.

Súbito se animaron sus ojos, y dirigiéndose á su lecho lo puso debajo de la malhadada reja, y encima colocó la mesa subiéndose en seguida armado de la lima y de la escala. Pero á pesar de su estatura de héroe y de los aparatos de que se habia valido para aproximarse, aun estaba muy distante la fatal ventana.

Por último, despues de esfuerzos inauditos, logró enganchar la escala á un hierro, con lo cual se reanimó su esperanza y su alegría.

Y trepando por la escala con la rapidez del rayo, empezó su trabajo de limar los gruesos barrotes con una actividad febril.

Aquella noche limó por la parte de afuera las dos extremidades de uno de los barrotes dejándolo sustentado en un hilo, puede decirse, con el doble objeto de que no se notase la falta de los hierros, y de que llegado el caso, con dos minutos bastase para vencer el obstáculo.

Ya era cerca del dia cuando abandonó su tarea, y volviendo á colocar todo de la misma manera que estaba antes, se recogió en su lecho, despues de haber guardado cuidadosamente sus preciosos instrumentos.

La bella imágen de Florinda le sonrió en su sueño tranquilo y delicioso aquel dia.

A la noche siguiente, despues que le llevaron la cena, volvió á empezar su trabajo con el mismo ardor, hasta que al penetrar por la ventana los primeros rayos de la luna, súbito vió aparecer en la cabaña la misteriosa luz, emblema de su esperanza.

La luz, despues de brillar un buen espacio, se eclipsó de repente, durante cuyo eclipse el prisionero contó diez pulsaciones, lo cual queria decir que dentro de diez dias deberia verificarse la anhelada fuga.

Otra vez volvió á ocultarse, durante cuya desaparicion contó doce pulsaciones, lo cual significaba que á las doce de la noche.

—¡Dentro de diez dias á las doce de la noche! exclamó lleno de júbilo.

Y no era su alegría tanta por verse precisamente libre, sino porque á la idea de libertad asociaba él la de amor. Para él la vida sin Florinda hubiese sido la condenacion sobre la tierra. Agregábase á esto el presentimiento de que su amada padecia, y de que padecia por causa

del rey, por su rival, es decir, que eran celos rabiosos los que experimentaba el desdichado amante. Cualquiera en su lugar hubiera sentido otro tanto.

Así es que el bello ideal de sus sueños era verse en campo abierto, oprimiendo un noble corcel, con una leal espada á la cintura y llevando á su amada entre sus brazos, huir, huir donde pudieran amarse eternamente, aunque fuese en una cabaña, pero lejos de don Rodrigo.

El desdichado no sabia ni podia comprender que los presentimientos de Florinda se habian cumplido de una manera mucho más dolorosa aún que ella habia imaginado. El destino, en efecto, habia puesto un muro de diamante entre aquellos dos corazones tan tiernos y apasionados.

Transcurrieron los diez dias.

La madre cariñosa que vuela al puerto para abrazar al hijo de su corazon que ha llorado perdido, no siente lo que sintió don Pelayo cuando vió aparecer la luz bienhechora que, cual faro de salvacion, reverberaba en lontananza agitada por el viento.

¡Qué azaroso placer, qué agradables temores se experimentan en situaciones semejantes!

El prisionero habia limado completamente los barrotes, afirmado la escala y echádola hácia la parte exterior. Todo estaba listo, no faltaba más que la señal.

Por fin turbó el espacio un armonioso preludio que resonó en el corazon del prisionero como un himno celestial.

Luego sonaron los otros dos cada vez más próximos.

Cuando la última vibracion aun se agitaba en las alas del viento, empezó don Pelayo á deslizarse con planta se-

gura por la escala, que exactamente tenia la medida del descenso que debia practicarse.

Don Pelayo bajó felizmente.

Un hombre al pié de la torre se distinguia en la oscuridad con dos caballos asidos de la brida. Aquel hombre era el leal Ferrandez.

Don Pelayo abrazó con toda la efusion de su alma á su fiel servidor.

Un ligero rumor se sintió entonces en la parte no iluminada por la luna junto al muro, luego apareció una sombra, y despues se dejó oir el zumbido de una flecha.

El ¡ay! de un moribundo se perdió en el espacio.

CAPITULO VI.

El palacio encantado.

La reina Egilona continuaba en su prision. Daniel, poseedor de la íntima confianza del rey desde el atentado fatal, era tambien, como hemos dicho, el encargado de vigilar á la reina, que en vano habia implorado una audiencia de su esposo.

Sola y abandonada de todos, Egilona pasaba sus tristes dias en el horror de una prision. ¡Y sufria tanto la infeliz! ¡Habia amado con tal ternura al ingrato que ahora la desdeñaba!

No obstante, la Providencia bienhechora ha dispuesto sábiamente que el corazon humano no pueda contener más que cierta cantidad de amargura. Llegando á la cúspide el sufrimiento, el alma, ó se embota, ó empieza á consolarse. Nuestro espíritu helado por el viento de la adversidad, suele, como el árbol, florecer al soplo de la esperanza, aunque sean sus flores pálidas y marchitas, una vez perdido el encanto de las primeras ilusiones. El alma

siempre tiene necesidad de amar, y cuando esta aspiracion se extingue, puede decirse que la vida no es más que la vegetacion, esto es, la inercia, la verdadera muerte, por más que la materia sobreviva. Así es que la reina, en medio de su total aislamiento, no podia menos de mirar con cierto interés las tiernas y respetuosas atenciones del judío, que casi enloquecia de júbilo cuando Egilona por un signo, una mirada, una sonrisa, por ejemplo, le manifestaba su gratitud ó benevolencia.

Tambien debemos decir que no era Daniel el solo que merecia la confianza del rey. Ya hemos manifestado que Egilona por disposicion de su esposo estaba servida por cuatro esclavos hebreos, no habiéndole permitido que la acompañase en su prision ni una sola dama. Uno de los cuatro judíos era el que merecia singularmente el aprecio y distincion de don Rodrigo.

Inexplicable y extraña era la impresion que aquel esclavo producia en el ánimo del monarca, que, pálido y turbado, como si tuviese un espectro delante de sí, deponia su natural altivez al mirar frente á frente el rostro pálido y sombrío del esclavo hebreo.

¿Seria esto un fenómeno magnético? ¿Habria algo de imponente y severo en la mirada de aquel esclavo que hacia humillar la frente de un rey?

Con frecuencia suele acontecer en la vida que encontremos simpatías ó antipatías sin causa alguna conocida, y cedemos al misterioso impulso de una fuerza magnética, como la que hace que ciertos hombres valerosos huyan despavoridos de una serpiente, ó que el leon se espante del canto del gallo.

Todas estas reflexiones habia hecho para sí el médico Daniel, que habia observado, no sin curiosa admiracion, el efecto que el esclavo ejercia sobre el rey.

Pero Daniel no era hombre capaz de ser seducido fácilmente por las apariencias, antes por el contrario, siempre buscaba y examinaba el fondo de las cosas. Y como el esclavo amaba sinceramente al médico por haberle curado de una penosa dolencia, solia algunas veces entrar en íntimos coloquios con Daniel, única persona en el mundo á quien el pobre esclavo no miraba con desden ó con ódio.

De estos coloquios pudo inferir el médico que algun misterio terrible se ocultaba entre el esclavo y el rey.

Daniel por su parte profesaba tambien cariño y aun respeto al anciano Benjamin.

El médico era muy dado á la astrología judiciaria, y gran parte de la noche la pasaba ocupado en observar las estrellas ó leer las obras de Zoroastres y de los Magos de Oriente.

Todo dormia sumergido en profundo sueño y silencio en el alcázar del último rey godo.

Una sombra se deslizó de la prision de la reina dirigiéndose á una escalera situada á un extremo del palacio.

Subió la sombra hasta lo más alto, donde habia un pequeño aposento, en el cual resplandecia una luz.

El que con tanto recato habia subido llamó muy suavemente á la puerta. Una voz respondió:

—¿Quién?

—Soy yo, abrid.

—¿Benjamin? respondieron dentro.

—Sí.

La puerta se abrió inmediatamente.

Era curioso el aspecto que presentaba la habitacion, iluminada por un candelabro de siete brazos, pero no tenia encendida entonces más que una luz.

Sobre la mesa, así como sobre un baul inmenso, veíase una multitud de manuscritos en latin y en hebreo, y entre otros, las obras de Salomon, Pitágoras, Zoroastres, Hipócrates, Galeno y Celso, revueltas con un astrolábio y una esfera.

Rodeaba las paredes un armario, en cuyas separaciones habia yerbas y frutos secos de todas clases, que esparcian en la estancia un aroma extraño compuesto del aroma particular de aquellas diversas plantas.

Al pie del armario se notaban apiñadas varias redomas de diferente figura y tamaño, de las cuales unas contenian líquidos, otras polvos, y algunas ungüentos y azufre.

Ultimamente, en un rincon habia una especie de pecera, en la que ostentaban sus caprichosos y brillantes matices álgunas serpientes. En el ángulo opuesto habia un hornillo apagado, y un fuelle pendia de la pared. Añádase á todo esto los rótulos en griego y en latin que decoraban el armario y las redomas, y nos formaremos una idea, aunque débil, de aquel extraño laboratorio, de aquella biblioteca singular que recordaba á la vez al médico, al metalúrgico, al astrólogo y al mago. Aquella era una especie de botica más reducida, pero muy semejante á la del mago Fiton.

—A fé mia que no os esperaba á estas horas, dijo cer-

rando su libro el misterioso y sábio habitador de aquella estancia.

—Ha ocurrido, ó mejor dicho, va á ocurrir un gran suceso. ¿No sabeis nada?

—¿De qué?

—De la reina.

El médico pareció extraordinariamente conmovido.

—¿Y qué es ello? preguntó.

—Que la reina de órden de su esposo va á ser conducida á Jerez.

—¡De veras!

—Como os lo estoy diciendo.

—¿Y cuándo habeis sabido eso?

—Esta misma noche.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El rey.

El médico pareció reflexionar profundamente. Al fin, como tomando su resolucion, dijo:

—¿Y cuándo es la partida?

—A punto fijo no lo sé, es probable que sea muy pronto.

—Querido Benjamin, exclamó el médico, yo tengo un grande interés...

—Lo sé muy bien, interrumpió el esclavo.

—¿Qué sabeis? preguntó Daniel fijando sus penetrantes ojos en los de Benjamin.

—Que en efecto os interesais mucho por la reina, repuso Benjamin haciendo un gesto que significaba

—Todo lo he adivinado.

—¡Oh! murmuró el médico, puede perderme si quiere.

Y luego, procurando en vano disimular su disgusto, añadió:

—Y bien, ¿qué hallais de malo en que me inspire interés una pobre reina abandonada y prisionera?

—¡Oh! repuso Benjamin, no seré yo quien se meta en pediros cuenta de vuestra conducta. Lo que sí debo decir, para que os tranquiliceis, es que he venido á participaros esta nueva, porque he comprendido que en ello os complacia.

—¡Gracias! ¡gracias, Benjamin! exclamó Daniel agradecido.

Empero casi en el mismo instante se despertó en su mente una sospecha, y abandonando las manos del esclavo, que en su efusion habia estrechado entre las suyas, dijo:

—En nombre de Israel, Benjamin, yo os conjuro solemnemente á que me digais la verdad. ¿Es eso todo cuanto sabeis de la partida de la reina? ¿No os ha dicho nada más el rey?

Y fijando una mirada escrutadora en el esclavo, decia para sí:

—«¡No haberme dicho el rey nada!... Aquí hay algun misterio.»

—Pues bien, repuso Benjamin, sois el único hombre que merece mi confianza, y el único digno de que le haga la importante revelacion que voy á haceros.

Daniel abrió desmesuradamente sus ojos, disponiéndose á escuchar con la más profunda atencion.

—Os voy á referir, continuó Benjamin, las mismas palabras de don Rodrigo.

—Decid, decid.

—«¿Te acuerdas del Torreon de Santa Leocadia? Sí, señor, le respondí. Pues bien, continuó el rey, desde entonces, Benjamin, reconozco en tí uno de mis más leales servidores, y ahora voy á probártelo confiándote un negocio de la mayor importancia. La reina es preciso que sea conducida por tí á Jerez, en cuyo punto recibirás mis órdenes para que obres con arreglo á ellas. Has merecido mi eleccion, considerando que, á pesar de tu condicion humilde, has guardado una reserva y discrecion absolutas respecto al terrible misterio que tú y yo sabemos solamente. Los años que han trascurrido han sido para tí una honrosa prueba, para mí una prenda segura de tu lealtad incorruptible. Ahora bien, mi recompensa no se limitará, como entonces, á un puñado de oro, sino que te daré tu libertad y elevaré tu condicion.» Tales fueron las palabras del rey.

—Confieso que son para mí muy enigmáticas, repuso Daniel despues de un momento de reflexion.

—¿Y por qué?

—Porque todo el razonamiento del rey está fundado sobre un hecho que absolutamente desconozco. Por otra parte, ¿cuáles serán las intenciones del rey? ¿Qué órdenes serán las suyas con arreglo á las cuales debereis obrar? Esto es precisamente lo que yo desearia saber.

El esclavo permaneció silencioso algunos instantes.

—El acontecimiento que vos desconoceis, dijo al fin, tiene relacion con la tenebrosa muerte de Witiza...

—¡Oh! interrumpió Daniel, ya comprendo.

Con las últimas palabras de Benjamin, entrevió el

médico, como á la luz de un relámpago, el lazo misterioso y sangriento que unia al rey con el esclavo. Así pudo explicarse lo que habia creido un fenómeno magnético, por lo que realmente era, es decir, la horrible fraternidad del crímen.

—¿Y no adivinais, insistió Daniel, si el objeto del rey será tal vez?...

—¿Deshacerse de la reina?

—Eso queria decir.

—No me parece probable; aunque á mí tambien se me ha ocurrido esa misma idea.

—¿Y qué ha podido inspirárosla?

—El haber invocado el rey el recuerdo de Witiza, que...

—Murió envenenado en la torre de Santa Leocadia. ¿No es esto?

El esclavo miró con terror al médico, que continuó:

—Precisamente, Benjamin, precisamente ese mismo recuerdo es el que me ha hecho entrar en sospecha.

—Pues bien, Daniel, sospechas y nada más es todo lo que podemos tener.

—¡Oh! Eso seria una infamia inaudita. ¡Pobre reina!

Hubo un instante de silencio, que al fin rompió el esclavo diciendo:

—En nombre de Israel, yo tambien os ruego solemnemente que guardeis un silencio eterno respecto á lo que acabais de saber por mi boca, una vez que por complaceros he faltado á mi habitual discrecion. Vos habeis adivinado más...

—¿De lo que queríais decirme? interrumpió Daniel.

El esclavo hizo un signo de asentimiento.

—Os juro, Benjamin, no revelar á nadie ni una sílaba de lo que aquí se ha hablado esta noche, dijo Daniel mirando de un modo extraño á su interlocutor.

—¡Gracias, Daniel! Estoy seguro de que cumplireis vuestra palabra, exclamó Benjamin respirando con fuerza como si su corazon se hubiese desahogado de un peso enorme.

—Yo sí que os agradezco el aviso que acabais de darme.

—Me alegro mucho.

—Solo quisiera que me hiciéseis un favor.

—¿Cuál?

—Que me participeis todo cuanto el rey os diga acerca de la reina. Una vez que solamente de vos se ha fiado, vos sereis, pues, el único que ha de saber el dia de su partida, si el rey insiste en alejarla de la córte. ¿Me lo prometeis así?

—Prometido.

—Pues bien, ya sabeis que á estas horas no hay riesgo alguno de que nos observen. Todas las noches podeis venir para ponerme al corriente de lo que ocurra; durante el dia deberemos tratarnos con la más completa indiferencia.

—Descuidad, que lo haré así.

El médico volvió á sus meditaciones, en tanto que el esclavo desapareció rápidamente.

Al pasar por la galería donde estaba situado el aposento de Florinda vió dos hombres, uno incrustado, por decilo así, en el dintel de la puerta, y otro que, al pare-

cer, aguardaba al primero á algunos pasos de distancia.

El esclavo detuvo su marcha comprimiendo su fatigosa respiracion, lleno de espanto. Así permaneció á la espectativa hasta que á poco, el que estaba en la puerta se unió á su compañero, el cual preguntó:

—¿No la podremos ver?

—Creo que será imposible sin prévio aviso. He llamado varias veces muy suavemente, y nadie me ha contestado.

—¡Ira de Dios! ¿Y por qué no habeis llamado fuerte?

—¿Estais en vuestro juicio? Si nos oyen somos perdidos irremisiblemente.

—Ha sido una fatalidad no haberle avisado.

—¿Y por quién? Tan imposible es lo uno como lo otro.

—Conde Requila, estais insufrible; pero es preciso confesar que por desgracia teneis mucha razon.

—¿Y qué haremos?

—¡Pardiez! Irnos por donde hemos venido.

—Eso es, no hay más remedio que volvernos al palacio de Harpalús.

Y en efecto, ambos desaparecieron casi rozando con Benjamin, que oculto en la oscuridad habia podido oir aquel diálogo tan rápido, como para él ininteligible.

Tenia el esclavo necesidad de pasar cerca de la cámara del rey, en la cual sonaba el rumor de algunas voces.

De pronto se abrió la puerta dando paso á varios hombres embozados, de los cuales el que iba delante salia diciendo:

—Me he empeñado esta noche en sondar el misterio

del palacio de Harpalús. Si no quereis seguirme, yo iré solo.

—¡El rey! murmuró Benjamin sobrecogido de terror.

Era el rey en efecto.

El esclavo huyó despavorido procurando evitar aquel peligroso encuentro, y dando al diablo á tanto importuno como en aquella noche se le ocurria ir á la mansion funesta de Harpalús.

El rey, seguido de su escasa comitiva, se dirigió hácia una pequeña puerta situada en la misma galería, y empezó á bajar por una escalera de caracol que desembocaba en un jardin, que daba á un callejon estrecho y oscuro, el cual últimamente comunicaba con un pequeño postigo practicado en el muro, y por el que hemos visto penetrar á don Pelayo la noche de su prision en el aposento de su amada.

Don Rodrigo, pues, se dirigió al misterioso palacio encantado, en el cual se suponian existir inmensos tesoros ocultos por los reyes antepasados. Igualmente se conservaba la tradicion de que en un aposento del mismo alcázar llamado la sala de los candados, habia un cofre que encerraba en su seno gran riqueza, y que á quien se atreviese á abrirlo le serían revelados por misteriosa ciencia los arcanos del porvenir.

Pero la misma tradicion, como correctivo de esta brillante promesa, indicaba que el rey que fuese osado á profanar aquel lúgubre recinto, perderia el trono y la vida, y la España sería invadida por extrangeras gentes.

Así, pues, todos los monarcas godos á su advenimiento al trono, tenian la costumbre de añadir un nuevo canda-

do á la puerta de la habitacion en donde estaba el arca, como para impedir que se realizase el pronóstico fatal. Por esta razon la susodicha estancia llamábase la sala de los *candados*.

Y si bien algunos monarcas, llenos de curiosidad y codicia, habian intentado descifrar aquel misterio, habian muy luego desistido de tan temeraria resolucion, cediendo á los consejos del clero y la nobleza, que consideraban una accion semejante como el más inaudito sacrilegio, del cual infaliblemente deberia originarse la total perdicion de España.

El rey don Rodrigo, si bien liberal y aun pródigo, era avaro de riquezas. Y no se crean incompatibles estas dos cualidades: antes por el contrario son forzosa consecuencia la una de la otra. Ambos quieren poseer, con la diferencia de que el pródigo disipa, en tanto que el avaro atesora.

Ya en varias ocasiones y de una manera oculta por no esponerse á reconvenciones, siempre enojosas, habia querido intentar don Rodrigo el reconocer el misterioso arcon y apropiarse los supuestos tesoros en él contenidos, de los cuales se hablaba con frecuencia en la cámara real, así como tambien de mil siniestros acontecimientos acaecidos en aquella terrible mansion de los espíritus infernales.

Era cosa muy recibida que en aquel palacio habitaba un formidable gigante, mago ó encantador llamado Harpalús, cuya boca, como un horno encendido, respiraba fuego, y cuya cabellera, como la de Medusa, estaba erizada de silbadoras serpientes.

Todos los sábados, contaban algunos villanos, se oían en las torres más altas del palacio chirridos de cuervos y lechuzas, relinchos de caballos, silbos de reptiles, y baladros de mónstruos que en desacordado estrépito espantaban la comarca.

Igualmente se aseguraba, algunos decian haberlo visto, que en estos aquelarres ó reuniones semanales se veia vagar por las almenas un enjambre de formas diversas, de vestiglos, trasgos, agoreros, ánimas en pena y fantasmas cabalgando en machos cabríos, en sierpes, en cuervos y en palos de escoba, todos presididos por el terrible gigante montado sobre un mónstruo, á la manera de un inmenso cocodrilo con alas.

No habia vieja ni muchacho en Toledo, que ignorase que los infelices que penetrasen en aquella mansion servian de pasto á los espíritus que les rapaban el pelo, les chupaban la sangre y arrojaban despues al Tajo los cadáveres de las víctimas.

Los campesinos que veian desvastadas las viñas y los sembrados con la piedra y el trueno, tenian por cosa averiguada y fuera de toda duda, que de aquel maldito alcázar salian las tormentas, así como la peste y todas las públicas calamidades. Empero nadie era tan osado que se atreviese á pensar siquiera en penetrar en aquel recinto ó derruir aquella mansion infernal hácia la que hemos visto dirigirse al rey don Rodrigo en las altas horas de una noche de invierno, lóbrega y fria, y acompañado solamente de su primo don Sancho, del conde Gudila y de un capitan de su guardia.

Aquella noche se habia hablado en la cámara real, con

más interés que de costumbre, del palacio de Harpalús, refiriendo nuevas y extrañas historias de tesoros y encantamientos, lo cual sirvió solamente para despertar en el corazon del rey su no extinguido deseo de penetrar aquel misterio.

Cuando se hubo quedado solo con las tres personas que hemos dicho le acompañaban, les propuso la extraña expedicion que ya el lector conoce.

El espanto se pintó en todos los semblantes, si bien ninguno de los tres queria ser el primero en manifestar su temor y oposicion á proyecto tan temerario. Al fin don Sancho se aventuró á calificar de insensata la proposicion y de peligroso en extremo el efectuarla. Irritado don Rodrigo de verse así contrariado, insistió con más ardor en su propósito, segun era de esperar en un hombre de su carácter, y mucho más siendo rey, llegando hasta decir, como ya hemos oido, «que él iria solo si se negaban á acompañarle.»

No habia medio de resistir; sin embargo, don Sancho propuso al rey que á lo menos le siguiesen algunos soldados de su guardia.

—Quiero el más absoluto sigilo, repuso el rey, teniendo en cuenta las mil razones que hemos apuntado para no malquistarse con el pueblo.

—Pero, señor, respondió don Sancho, acordaos de la última cacería en el bosque de Valdecaba. Algun enemigo encubierto...

Muy juiciosa pareció á don Rodrigo esta observacion, que aludia á la malograda intentona de Ferrandez.

—Yo creo, insistió don Sancho, que todo puede conciliarse, el secreto y nuestra seguridad.

—¿Y cómo?

—Emboscando algunos soldados á cierta distancia sin que entiendan nuestro verdadero objeto.

—¡Vive Dios, que teneis razon! Capitan, emboscaos con algunos de los vuestros, donde mejor os parezca, no muy lejos del palacio, por si fuese necesario vuestro auxilio.

—¿Y cómo podré saber si hace falta mi presencia? observó el capitan.

El rey reflexionó un momento.

—Dadme vuestro caracol.

Y así diciendo, el rey asió el cordon de seda del cual llevaba pendiente el capitan un caracol, segun era costumbre de los campeones de la edad media.

—Que no se os olvide, añadió el rey, tener preparados tres caballos. En tanto que no oigais sonar el caracol permaneced oculto.

El capitan marchó á cumplir estas órdenes, y don Rodrigo con firme planta se dirigió seguido de don Sancho y de Gudila al funesto palacio sito á corta distancia extramuros de Toledo.

La noche estaba fria, lóbrega, tempestuosa, como una noche de marzo.

Dos hombres seguian constantemente la marcha del rey y sus compañeros desde que salieron del alcázar de Toledo.

Grande interés sin duda debian tener aquellos dos embozados en saber adónde se dirigia el rey, á juzgar por la exquisita diligencia con que seguian todos sus pasos, y el cuidado no menor que ponian para no ser vistos.

Aquellos dos hombres que tanto llaman nuestra atencion, eran precisamente los mismos que habia visto Benjamin en la galería junto al aposento de Florinda. El lector recordará que tambien se encaminaban al mismo punto que don Rodrigo, esto es, al palacio de Harpalús.

Si el rey hubiera estado más próximo, hubiese podido oir el diálogo de aquellos dos hombres, para él asaz interesante.

—Conde Requila, dijo el uno, parece que Dios me ha oido; sus crímenes y su estrella fatal le conducen adonde yo pueda saciar mi venganza.

—En efecto, creo que se dirige tambien al palacio.

—¡Oh, qué dicha! Jamás pude esperar que la fortuna amiga me brindase una ocasion tan favorable.

—Buena ocasion á fé, si llega á entrar, para buscarle con vuestra daga el corazon.

—No, Requila, yo no asesino jamás; frente á frente y con la espada en la mano es como intento saciar en él mi rencor. Empero aceleremos el paso, que se han alejado mucho.

—Vamos, sí; no perdamos la pista.

Y ambos se apresuraron á colocarse á la distancia conveniente para no ser vistos, y no temer que se les ocultasen por algun evento los tres personages que les precedian.

Téngase presente que era sábado, y por consecuencia aquella noche, segun las hablillas, debia celebrarse su correspondiente *aquelarre*.

Mas contra todas las probabilidades, cuando se aproximaron el rey y sus compañeros no oyeron gritos, bala-

dros, ni ahullidos, como esperaban; sino por el contrario, una música deliciosa á que se mezclaban cánticos de suavísima armonía en una lengua desconocida, pero con la entonacion de una solemnidad religiosa.

Así era en efecto.

El salon principal del palacio de Harpalús donde estaba colocada el arca, y el cual hemos dicho se denominaba la sala de los *candados*, estaba á la sazon abierto é iluminado con siete antorchas. El arca estaba colocada en una especie de tabernáculo sobre una gradería de mármol y cubierta con un velo. Algunos ancianos de luenga barba revestidos con ropas pontificales tenian en sus manos un pequeño haz de leña prosternados ante un ara en la cual ardia el fuego sagrado. Una tropa de gallardos mancebos, vestidos de blanco y coronados de flores, entonaban al son de melodiosas arpas los salmos de David, en tanto que el más anciano de todos, el príncipe de los sacerdotes, armado de la sagrada cuchilla inmolaba un cordero más blanco que la nieve en holocausto al Dios de los ejércitos. A la humeante sangre de la víctima mezclábase el humo del incienso y la mirra y de los más exquitos aromas del Oriente.

La oscuridad de la noche, el eco lejano de algunos truenos, la imponente masa de granito de aquel edificio formidable, el eterno murmullo del Tajo, los infinitos soplos del viento mezclándose á la armonía interior como inmensos órganos, hacian aquel espectáculo más tonante, más solemne, más augusto.

De pronto una figura vestida de negro con un trage talar armada con un chuzo, se llegó al sumo

pontífice murmurando algunas palabras en su oido.

—¿Estás seguro de que es el rey? dijo el gran sacerdote.

—Sí, señor, estoy seguro, lo he visto, lo he oido hablar; antes de cinco minutos estará aquí.

—¿Qué hado funesto le conduce á esta mansion? Vuelve al punto á tu puesto, y espía todos sus pasos...

Sonó el confuso murmullo de tres hombres que hablaban.

—¡Ya están ahí!

En el mismo momento se apagaron las luces, cesaron los cánticos, y todos desaparecieron por una puerta secreta sin haber tenido tiempo de cerrar la puerta de cien candados.

Ya hemos dicho que la noche era tempestuosa; el trueno y el huracan aumentaban cada vez más el horror de las tinieblas.

Un trueno espantoso, tal vez presagio de la cólera celeste, resonó en el espacio al mismo instante en que el rey puso la planta en el recinto funesto.

Don Sancho y Gudila parecieron petrificados de espanto. El rey tambien se detuvo indeciso; mas sujetando sus terrores á su voluntad de hierro.

—¡Adelante! exclamó.

—¡Qué oscuridad tan espantosa! murmuró don Sancho.

—Señor, es una temeridad, dijo Gudila.

—Estoy resuelto. Primo don Sancho, ¿tragísteis la antorcha?

—Y lo necesario para encenderla.

A los pocos momentos se internaban con ánimo osado

el rey y Gudila, precedidos por don Sancho, que llevaba la luz.

Todas las faces de la arquitectura se veían confundidas, separadas, pero á la vez identificadas en aquel edificio misterioso que en tiempo de los fenicios habia sido templo consagrado á no sé qué sangrienta deidad.

Los muros, que tenian el color de los siglos, estaban llenos de grietas, en las cuales al vacilante resplandor de la antorcha veíase multitud de plantas parietarias retorcerse como reptiles de verdinegros colores.

Desques de atravesar un gran patio cubierto de yerba y de maleza, se dirigieron á la escalera principal.

El más completo silencio reinaba en aquellos vastos salones, en aquellas inmensas galerias. No se oía más ruido que el de los pasos de los caballeros que el eco remedaba sobre el sonoro pavimento. Aquello parecia un inmenso sepulcro.

De vez en cuando, no obstante, se turbaba aquel eterno reposo, ya al estampido del trueno, ya al choque del huracan en alguna puerta desmantelada.

Por fin llegaron al salon de los candados.

Al ver la puerta de par en par, se detuvo don Sancho como un hombre á quien le obligaran á atravesar un abismo sobre el filo de una espada.

Entonces Gudila y don Sancho, como impulsados por un movimiento simultáneo, cayeron de hinojos á los piés del rey con los cabellos erizados, y pálidos los semblantes de terror.

—Es una impiedad, un sacrilegio, dijo don Sancho.

—¡Oh! No paseis de aquí, señor; acordaos de la terri-

ble prediccion que pesa sobre el impío que se atreva á profanar este recinto. Perderá el trono y la vida, y la España caerá bajo el yugo de extrangera gente. ¡Señor! ¡Mi rey! ¡No paseis de aquí!

—Sí, sí, volvámonos, añadió don Sancho.

Y ambos nobles se arrastraban por el suelo estrechando las rodillas del rey, persuadiéndole á que no pasase adelante, convencidos de que el rayo aniquilaría sus cabezas, si daban un solo paso más.

Una sonora carcajada, nerviosa, calenturienta, infernal, fué la contestacion que obtuvieron los dos supersticiosos magnates. El eco, como si fuera un sér inteligente, devolvió aquella carcajada más lúgubre, más prolongada, más delirante, más infernal, helando de espanto al mismo rey que la habia lanzado.

Don Rodrigo permaneció algunos minutos en el dintel, inmóvil, petrificado, como si hubiese echado raices en el suelo.

Empero la facultad más poderosa de su organizacion era la fuerza de voluntad; así es que pasado el primer momento, exclamó con altivez:

—¡Vive Dios que sois cobardes! Más que hombres pareceis dos dueñas. Retiraos, yo iré solo, ya os lo he dicho.

—¡Abandonaros! Nunca, nunca, dijeron á la vez los dos leales caballeros.

—Pues entonces, seguidme, y que caiga el castigo en mí solo, si acaso mi deseo es criminal, dijo el rey asiendo con una mano la antorcha que llevaba don Sancho, y desenvainando con la otra la espada.

Y denodadamente penetraron en la estancia.

—¡Dios mio! exclamó Gudila; ¡sangre! ¡sangre!

—¡Qué horror! exclamó don Sancho.

—¡Qué terrible misterio! murmuró el rey al ver sobre el pavimento un gran lago de sangre, caliente aun.

Tal vez no haya necesidad de advertir á nuestros lectores que aquella sangre era de la víctima poco antes allí inmolada.

El rey, tendiendo sus ojos espantados por aquel lúgubre aposento, exclamó repentinamente:

—¡Hélo aquí! ¡Hélo aquí!

Y se precipitó hácia el funesto arcon objeto de su curiosidad.

—¡Qué riqueza! dijo apartando el velo que lo cubria. ¡Está todo cubierto de planchas de oro! Una inscripcion en lengua extraña... ¡Oh! ¡No poderla descifrar!... ¿Qué contendrá este misterioso cofre? ¡Vive Dios!... ¡Está cerrado! exclamó dolorosamente.

Gudila y don Sancho contemplaban mudos de estupor los esfuerzos del rey por descifrar los caractéres hebreos esculpidos en la cubierta del arca.

—¡Cuánto pesa! ¡Oh! ¡Diera mi corona por encontrar la llave de este maldito candado! Primo don Sancho, colocad por ahí la luz, y vamos á ver si podemos derribar el arca de esta gradería. Tal vez con el golpe consigamos abrirla.

Don Sancho tomó la luz que le alargaba el rey, y la colocó en un ángulo de la habitacion.

—Venid, venid, dijo el rey viendo que titubeaban sus compañeros, que al fin se acercaron, y con un violento empuje lograron derribar el arcon produciendo un estrépito terrible.

Un grito ahogado, sordo, lúgubre, que nada tenia de humano, retumbó en los inmensos confines de aquella mansion.

Reinó un instante de silencio, durante el cual los actores de aquella escena permanecieron sobrecojidos de terror.

—Me parece haber oido caer al suelo una cosa metálica, dijo al fin don Sancho.

—Son unas monedas que han caido, repuso el rey.

—Veamos, añadió Gudila tomando del suelo una moneda, que entregó á don Rodrigo.

—¡Cosa más rara! dijo este. ¡Es una moneda de este mismo año!

Y en efecto, en ella se veía esculpido el busto del rey armado, y cubierta la cabeza con un yelmo.

—Tal vez será posible separar una tabla con mi puñal, dijo el rey.

—No es difícil, añadió don Sancho; el arca se ha quebrantado mucho con el golpe.

Don Rodrigo, pues, sacó un rico puñal que pendia de su cintura, é introduciendo la punta por la union de dos tablas, logró despues de grandes esfuerzos separar una.

Juzgue el lector del pasmo y la sorpresa del rey y sus compañeros, cuando en vez de los soñados tesoros solamente encontraron una moneda de cada uno de los reyes godos desde los tiempos de Alarico II.

El rey volvió á examinar el fondo del arca.

—¡Un pergamino! exclamó: mirad, mirad qué extraña pintura.

Ciertamente que la pintura era rara, cabalística, simbólica, y para nuestros caballeros, incomprensible.

En un gran círculo veíanse los doce signos del zodiaco, y multitud de extrañas figuras de hombres y animales. Debajo de los doce signos se veían pintados doce hombres con ropas talares, luengas barbas y fisonomía augusta y venerable. Igualmente rodeaban el círculo en forma de estrella doce triángulos, en los cuales estaban grabadas doce inscripciones en lengua desconocida.

—¿Tal vez en estas letras estarán escritos los arcanos del destino, que la tradicion supone encerrarse en este misterioso arcon?

—Tal vez, murmuraron don Sancho y Gudila con evidentes muestras de terror.

El rey permaneció abismado en una profunda reflexion.

Despues, sacudiendo su altiva cabeza con un extremecimiento nervioso como para desechar de sí alguna idea dolorosa, exclamó:

—Veamos hasta el fin.

Y así diciendo, se dispuso á examinar el resto de lo que el arca contenia.

—¡Otra pintura! dijo; ¡es una tabla!... ¡Cielos! ¿Qué miro? ¿Será posible? ¡Es ella! ¡Florinda!

—¡Su retrato! exclamó don Sancho atónito.

—¿Quién ha podido traer aquí esta pintura? Pero, mirad, primo, cuánta belleza. ¡Yo la adoro! ¿Mas por qué el destino impío me separa de tí? ¡Ella me desprecia! ¿Qué vale un trono comparado con tu amor?

Y el rey en su amoroso delirio estampaba ardientes besos en la graciosa imágen de la jóven.

Ya iba á dejar la tabla en el suelo para continuar su

tarea, cuando reparó que en el reverso habia otro retrato que representaba á un gallardo guerrero.

—¡Pelayo! exclamó retrocediendo espantado.

Era su retrato en efecto.

—Parece que me mira con ojos irritados, continuó el rey con delirante acento: ¡sí! Yo te he robado tu tesoro, y he desgarrado tu corazon... Perdona, noble Pelayo, perdona, que el amor nada respeta. ¿Mas qué es eso? ¿Te revelas contra mí? ¿Te insolentas porque has logrado burlar mi vigilancia? ¿Qué significa esa mirada de desprecio? ¡Infame! Humíllate ante mí... ¿No me oyes? ¡De rodillas!... ¡Soy tu rey!

Un vértigo de sangre, de remordimientos, de celos y desesperacion se habia apoderado de Rodrigo, que prorrumpió en una risa insensata.

—¡Oh! Es su retrato, dijo, y yo creí que era él.

Gudila y don Sancho contemplaban al rey con miedo, con horror.

—¡Qué suplicio nos está haciendo pasar el rey! dijo Gudila.

—¡Oh! exclamó don Sancho. ¡Qué situacion tan terrible! ¿No le veis? Está delirando.

Y aterrorizados con las miradas fulminantes que el rey disparaba en torno de sí, se retiraron á un ángulo del aposento, precisamente donde estaba la puerta secreta por la que habian desaparecido los que celebraban su reunion al entrar don Rodrigo y sus compañeros.

El rey, en tanto, impulsado por la irresistible fuerza del destino, quiso apurar de una vez aquel terrible arcano. Y pasando su mano temblorosa por su frente inunda-

da de un sudor frio, se decidió á mirar en el fondo del arca. Ya no quedaba más que un rollo, el cual sacó inmediatamente.

—¡Otro pergamino! exclamó. ¡Qué espantosas figuras! ¿Qué quiere esto decir? Parece que representan batallas... ¡Qué trages tan extraños! Y los de este bando parecen godos en sus gestos y armaduras... ¡Qué rostros tan tostados los del otro ejército! ¿Serán judíos? Todos tienen la barba larga... No; parecen africanos más bien. ¡Esto es incomprensible!

Mas en tanto que el rey contemplaba absorto el misterioso pergamino, la especie de fantasma á quien vimos avisar al príncipe de los sacerdotes la llegada del rey, apareció acompañada de otro con el mismo trage negro, con una larga cola, cubierto el rostro con un antifaz y armados con un chuzo.

Como el pajarillo fascinado por la serpiente, quedaron inmóviles, petrificados, á la inesperada aparicion de aquellos fantasmas nuestros dos caballeros. Don Sancho intentó poner mano á la espada; pero era tal el pánico de que estaba poseido, que no fué dueño de realizar su pensamiento. Por otra parte, ¿contra los espíritus sirven las espadas? Y como don Sancho y Gudila no estaban muy distantes de creer que eran espíritus los que tenian delante de sí, se resignaron estóicamente á permanecer mudos é inmóviles. Pero este terror subió de punto en nuestros aturdidos nobles, cuando vieron que con un ademan soberanamente imperioso les hicieron seña de que les siguiesen.

—¡Cómo! ¿Qué quereis? murmuró Gudila en voz apenas inteligible.

—¡Oh!... ¡Qué!... quiso hablar don Sancho.

—Venid, dijo una de las apariciones.

—¡Silencio! añadió la otra antecogiendo con el chuzo á ambos caballeros. Y desáparecieron los cuatro por la puerta secreta que ya conoce el lector.

El rey que nada notó de esta escena casi muda, continuaba observando el funesto pergamino con una exaltacion verdaderamente febril.

—Aquí hay una inscripcion: «*Toleto pius...*» ¡Oh! ¡Las letras de mi dosel holladas por los bridones de estos guerreros! ¿Qué tiene que ver mi trono con esta gente? ¡Cuántas banderas! ¡Cuánto cadáver ensangrentado! ¡Cuánto bélico trofeo!—Mas hay otra inscripcion debajo tambien en latin: «*Per hos Hispania peritura.*» ¡Por estos ha de ser España destruida! Unos están señalando con sus lanzas las letras de arriba, en tanto que los otros contemplan con fiereza la otra inscripcion, que es una sentencia de muerte para mi trono, para mi pátria. ¡Y estos que parecen godos huyen despavoridos! ¡Dios mio! ¡Conspiradores contra la España!... ¡Ira de Dios!

Al decir esto don Rodrigo, se apagó repentinamente la luz de la antorcha que habia dejado don Sancho junto á la puerta secreta. Todo quedó entonces sumerjido en una oscuridad y un silencio cavernosos. El infeliz monarca, casi desfallecido de terror, cerró los ojos, y cuando volvió á abrirlos le pareció que veía delante de sí un círculo fantasmagórico de rostros pálidos, de blancas calaveras que fijaban en él sus ojos vidriosos los unos, y sus miradas candescentes las otras. Pensó morir de espanto. No obstante, haciendo un esfuerzo supremo y llamando en su

auxilio todo el valor de que era capaz en situacion tan crítica, empezó á llamar:

—¡Don Sancho! ¡Gudila!

Nadie respondió.

La voz, perdiéndose en el espacio, fué repetida por el eco como la exclamacion de un moribundo.

—«¡Don Sancho! ¡Gudila!»

Y el rey vagaba perdido, espirante, casi ahogado en aquel Océano de tinieblas; y los latidos de su corazon resonaban como el martillo que hiere la campana de un reloj.

—¡Qué terrible afan! exclamó. ¿Qué fatal estrella ha guiado mis pasos aquí? ¡Quiera el cielo que encuentre la salida de este alcázar maldecido!

—Yo os la enseñaré, rey de España; pero antes tendreis que hollar mi cadáver ensangrentado, dijo una voz de trueno en la oscuridad.

Si el esclavo Benjamin hubiese estado presente, habria reconocido en aquella voz la de uno de los dos embozados que encontró junto á la puerta del gabinete de Florinda, y que, como hemos visto, habian seguido todos los pasos de don Rodrigo, don Sancho y Gudila. El rey, sin embargo, la reconoció tambien.

—¡Don Julian! exclamó estupefacto.

Era en efecto el conde don Julian, el padre de Florinda deshonrada por la impura pasion del rey, el cual comprendió que aquel estaba informado de todo, teniendo presente la furibunda amenaza que acababa de lanzar.

—¡Conde! dijo el rey. ¡Vos escondido en esta horrible mansion! ¿A quién buscais aquí?

—A vos.

—¿Y habeis abandonado el gobierno de una provincia que acaso está en peligro?

—¿Y os parece, monarca vil y aleve, que no tengo razones para ello?

—¡Conde!

—Escuchad, prosiguió este articulando con aquellos arranques breves y desalentados que revelan profundas borrascas interiores, escuchad. Yo tenia una hija más bella que la sonrisa de los ángeles, inocente y pura como el alma de un recien nacido... Este lugar es muy á propósito para hablar de esto.—¡Oidme! Su madre habia muerto; ella era todo lo que me quedaba en la tierra, mi alma se dilataba en ella como un pajarillo extiende sus alas á los rayos del sol... Mil vidas que tuviérais no bastarian á espiar tan espantoso crímen.—Hoy, precisamente hoy hace seis meses que al ir al gobierno que tengo de la provincia Tingitana, me dejé en compañía de vuestra esposa á mi Florinda.—Vos habeis marchitado ese lírio vírgen, vos habeis llenado de cieno mi cándida azucena, vos os habeis atrevido á saciar vuestra sed de impureza en aquella copa de pudor, vos habeis cubierto de opróbio mi noble frente, y habeis faltado á la hidalga confianza que hice de un caballero con diadema, cuando deposité en vuestro alcázar el tesoro de mi ternura, mi bien, mi cielo... Vos lo habeis trocado en un infierno. ¡Vos la habeis deshonrado!... ¡Y yo he combatido por vos, y he derramado mi sangre! ¡Qué horror! ¡Qué horror!

Despues de una breve pausa, continuó:

—¿Y pensais que yo pudiera olvidar la venganza de

«Envainad, conde, y seguidme.»

esta afrenta? No, por Dios; tengo honra en el alma y espada en el cinto, y afrentas como la mia solo con sangre se lavan. Los dos estamos solos, venid y lidiaremos.

Y el conde asió al rey del brazo, y pugnaba por arrastrarlo tras de sí.

—¡Don Julian! puesto que lo quereis, aguardad la luz del dia, y entonces lidiaremos.

—¡Oh! no puedo estar en presencia vuestra sin pensar al punto en mataros.

Y así diciendo el conde desenvainó su espada, y se disponia á acometer al monarca á pesar de las tinieblas que les rodeaban.

—¡Me han vendido! exclamó el rey; me han entregado al furor de mi enemigo que intenta asesinarme.

—¡Mentís! rey de España.

—Vos, ruin y cobarde, habeis apagado la luz para que no pueda yo defenderme.

—¡Mentís! Cuando yo he venido estaba este sitio tan oscuro como ahora. Son vanos vuestros efugios. Venid, venid.

En aquel momento aparecieron repentinamente, seguidos de otros varios, los dos fantasmas que se llevaron á don Sancho y á Gudila.

Todos iban armados con un chuzo en una mano y una antorcha en la otra.

Uno de los aparecidos, el que parecia gefe, dirigiéndose á don Julian, dijo con voz severa:

—¡La espada en la mano! ¡Y en este sitio! Envainad, conde, y seguidme.

¡Cosa extraña! don Julian en medio de su furor obedeció sin resistencia al enmascarado.

Entonces salió otro del grupo de los fantasmas, y con una entonacion en que visiblemente se conocia disfrazaba la voz, dijo dirigiéndose al rey:

—Don Sancho y Gudila os están aguardando al otro lado del rio. Hay quien vele por vos, á pesar de que no lo mereceis; pero en fin...

El desconocido exhaló un profundo suspiro como si le costase mucho trabajo el proteger al rey.

—¿Estoy despierto ó soñando? Esa voz... ¿Quién sois? ¿Quién sois?

Y don Rodrigo se adelantó hácia el enmascarado procurando descubrir sus facciones.

—¡Deteneos! gritó el incógnito conteniendo con férreo brazo al rey. Salid fuera, añadió, aquí correis gran peligro.

—Pero, ¿quién sois? ¡Decídmelo! insistió don Rodrigo.

—Dia llegará en que lo sepais, repuso el enmascarado.

CAPITULO VII.

La entrevista.

Los últimos rayos del sol doraban la ermita de Santa Elena, situada en la vertiente septentrional de la cordillera que forman los montes de Toledo. Un espeso bosque de añosas encinas rodeaba el santuario al modo de las sagradas selvas que circuían los templos paganos. Contiguo á la ermita veíase un pequeño huerto donde el solitario ermitaño cultivaba algunas legumbres y frutales, que constituían su único alimento. Una cristalina fuente que manaba de unas peñas, convidaba al descanso y á la meditacion con su frescura y su murmullo. El cantueso, el tomillo y el almoradux poblaban aquel recinto y embalsamaban el ambiente. Allí el alma parecia desprenderse de los grillos de la materia, y agitarse suavemente en la atmósfera, luminosa á un tiempo y sombría, de ese afan vago de ternura y de dolor, que es á la vez nuestra dicha y nuestro tormento.

En el verde césped, delante de la puerta del santuario,

sobre un pedestal formado por cuatro ó cinco gradas circulares, se elevaba una cruz de piedra cuyos brazos parecian estenderse convidando á la quietud y á la oracion, á los escasos caminantes y á los numerosos bandidos que en todos tiempos han encontrado un asilo seguro en aquellas montañas. Desde aquel sitio se descubria un hermoso horizonte. El cielo se confundia á lo lejos con la tierra entre una bruma luminosa, entre mil líneas prismáticas, vagas, sin contorno, infinitas como las ideas que despertaban su aspecto.

Más próximo veíase el Tajo, que como una luciente banda de plata ceñia el monte que sirve de pedestal á la ciudad augusta, corte de los reyes godos, la imperial Toledo.

Y allá en el ocaso el sol ocultaba sus rayos dejando en pos de sí una ancha zona de púrpura con impintables matices y gradaciones; en tanto que por el Oriente comenzaba á alzarse la blanca luna, como la diosa protectora de las amorosas citas, para esparcir su luz de nácar sobre el misterio de la noche.

Absorto é inmóvil, sin duda contemplando este espectáculo, estaba sentado, ó mejor dicho, reclinado al pié de la cruz un jóven caballero de una hermosura perfecta y varonil.

Poco á poco fueron las sombras estrechando el círculo del horizonte y robando gran parte de los objetos á las miradas del jóven, hasta que al fin la noche lo envolvió todo en su manto, menos los rayos de la luna que se destacaba en el azul del cielo, vagando ligera como un bajel de plata por un mar de aire.

Desde entonces los ojos del caballero se fijaron tenazmente en la senda que blanqueaba en la oscuridad y conducia á la ermita.

Muy pronto descubrieron sus ojos un ginete que con lentitud subia por la empinada cuesta.

Sin duda estaba convenido de antemano que el jóven aguardase al pié de la cruz, adonde sin vacilar se dirigió el ginete, que hizo un profundo saludo al caballero.

—¿Le has hablado? preguntó este.

—Si, señor.

—¿Y cómo está?

—Mucho debe de padecer, á juzgar por su pálido semblante.

—¿Accedió á lo que le propusiste?

—Sí, señor; pero...

El jóven al oir esta respuesta afirmativa, se levantó lleno de júbilo diciendo:

—¿Pero qué?

—Me parece que no se alegró tanto como yo esperaba.

El júbilo del jóven se eclipsó en una marcada expresion de amargura á la manera que el sol se esconde súbitamente detrás de una nube.

—Pero en fin, preguntó el caballero, ¿concedió la entrevista?

—¡Oh! Sí, señor.

—¿Y á qué hora?

—Despues de media noche.

—Pues bien, al punto vamos.

Y así diciendo ambos se encaminaron hácia el huerto,

donde en una especie de cobertizo habia un soberbio caballo. Era del jóven caballero.

Miraron despues por uno y otro lado, hasta que al fin descubrieron al pié de una corpulenta encina á un anciano venerable. Vestía un sayal con una capucha que caía sobre su calva frente. Su luenga barba, más blanca que la nieve, le caía hasta el pecho. Su continente era magestuoso y elevada su estatura; y en sus ojos se notaba cierto suave dominio, pero de una magestad irresistible. Tal era el ermitaño, que denotaba haber sido en el siglo un alto personage.

Siempre que miraba al jóven que hemos visto al pié de la cruz, una lágrima se desprendia de sus ojos, al parecer de ternura; pero un observador experimentado habria podido notar un no sé qué de remordimiento y amargura en aquella lágrima.

—Adios, padre mio, dijo el jóven; rogad al cielo por mí en vuestras oraciones.

—¿Os vais?

—Ahora mismo.

—El Señor os lleve en paz.

Y sin más desaparecieron despues de besar la mano al solitario, que les echó su bendicion.

Al pasar por detrás de la ermita, el jóven se dirigió á un laurel que á fuerza de años se habia hecho tan corpulento como no es muy comun en esta clase de vegetales.

En el tronco del laurel estaban escritos dos nombres, un juramento de amor y una fecha de esas que nunca se olvidan. El caballero sacó su daga y añadió estas palabras:

—«Hoy lo mismo que entonces.»

Y cuando hubo grabado estas letras se volvió á su compañero diciendo con los ojos preñados de lágrimas y señalando al laurel:

—Aquí, al pié de este árbol sagrado, han trascurrido los momentos más felices de mi vida.

En seguida montó á caballo despues de haber ayudado á cabalgar á su compañero, que estaba herido en el brazo izquierdo, á juzgar por su manga descosida que dejaba entrever el vendage.

Y á toda prisa se encaminaron á Toledo, adonde llegaron poco despues de la media noche, precisamente á la hora de la cita.

Ambos caminantes se detuvieron en el postigo del alcázar del rey que daba al muro, y que ya sobradamente conocen nuestros lectores.

Y apeándose el jóven entregó las riendas de su caballo á su compañero, que se retiró á ocultarse en las ruinas de cierto castillo poco distante de que ya hemos hablado en otra ocasion. Estamos seguros de que el lector habrá reconocido en estos dos personages á don Pelayo y á su escudero Ferrandez, el cual habia sido demasiadamente confiado con el carcelero Bermudo, al referirle minuciosamente su proyecto.

Bermudo, ya lo hemos dicho, jamás dejaba de cumplir lo que ofrecia. Así, pues, favoreció la fuga de don Pelayo, á quien miraba con veneracion; pero en cambio tenia un interés muy directo en imposibilitar á Ferrandez para que jamás descubriese el fatal secreto que habia sorprendido de la aventura del convento; y en consecuencia no halló

otro medio más espedito para poner término á sus temores, que asesinar al que era dueño de su destino.

Enterado como estaba por Ferrandez de la hora y modo en que habia de verificarse el escalamiento, se apostó en la sombra al pié de la torre, provisto de un arco, espiando el momento crítico para dar seguro el golpe. Pero á pesar de su destreza, y de que Ferrandez estaba en la parte iluminada por la luna, el tiro no fué tan certero como el ódio de Bermudo hubiera deseado.

Ferrandez en efecto recibió una herida muy profunda, pero nada peligrosa por haber sido en un brazo. Todo lo adivinó el leal escudero, y ya veremos más adelante que era hombre de muy buena memoria para olvidar tamaña ofensa.

Mientras que Ferrandez meditaba en los medios de realizar su venganza, su señor habia penetrado en el alcázar, y se dirigia trémulo de placer y de emocion al aposento de la encantadora Florinda. Aguardábale esta con amorosa impaciencia, y al mismo tiempo con inesplicable afliccion, pálido el semblante y los ojos escaldados de su llanto. Era terrible para ella, que tan ciegamente amaba á don Pelayo, era terrible, repetimos, ocultarle la ponzoñosa llaga que su afrenta abriera en su corazon; y por otra parte la idea de revelar su deshonra al objeto de su ternura, la hacia sonrojarse y desfallecer de dolor y de vergüenza. De todos modos, la infeliz Florinda sufria horriblemente comprendiendo que habia desaparecido para ella la esperanza de un amor dichoso. Sus más gratas ilusiones, sus más queridos ensueños de amor eterno al lado de su amante se habian desvanecido para siempre desde el funesto

lance del narcótico del judío y de la audacia del rey. Despues de esto, ¿podia Pelayo amarla con igual idealismo, con la misma pureza, con la misma abnegacion? Tal era el pensamiento roedor que sin cesar la atormentaba. Aquel amor primero, tan cándido y tan puro, habia perdido su aroma como la rosa desprendida de su tallo que arrebata el huracan. De esta contrariedad de sentimientos, su amor por una parte y su vergüenza por otra, resultó que la jóven anhelaba tanto como temia la presencia de su amante. Por eso el leal escudero dijo á su señor, que Florinda no se habia alegrado tanto como lo esperaba, al proponerle una entrevista de parte de su amado.

En el silencio de la noche, cuando el alma se recoge dentro de sí misma, la triste jóven, palpitante y llena del impaciente anhelo con que se aguarda una amorosa cita, recordaba las hermosas noches en más felices tiempos consagradas á las sabrosas pláticas de amor. Ella entonces podia presentarse á los ojos de Pelayo con todo el atractivo de sus gracias, con todo el encanto de su inocencia, ufana y digna. Ahora se le figuraba que su amante podria leer en su frente su deshonra, apareciendo á su vista llorosa y humillada. Aquella noche que deberia ser para ella de felicidad infinita, lo iba á ser de insoportable tormento.

La puerta estaba entornada segun la antigua costumbre, algun tiempo interrumpida por la inesperada prision de don Pelayo.

Florinda aguardaba reclinada en su sitial, el oido atento, fatigosa la respiracion y con ansiedad indecible.

La puerta se abrió, en fin, y el caballero apareció en el dintel.

—¡Florinda de mi corazon! exclamó.

—¡Pelayo! repuso con cierta reserva la jóven.

—Llegó por fin el feliz momento en que otra vez pudiera estrechar esta mano querida.

Y así diciendo el jóven, cubria de ardientes besos la mano de su amada.

—¿Qué haces, Pelayo? No hables tan alto, refrena tu delirio, y piensa en que tal vez espían nuestros pasos...

—¡Oh! Déjame por piedad, Florinda mia, deja que mi alma toda se abandone sin reserva á la incomparable dicha de verte; no turbes con imágenes sombrías el momento más feliz de mi existencia. ¿Mas qué tienes, Florinda? ¿Permaneces insensible á la ventura que el cielo nos concede en este instante? ¡Es posible! ¡Ah! ¿Estás llorando?

Y en efecto, dos gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de la jóven, que revelaba en su semblante el más profundo dolor.

—¡Qué afan, Dios mio, qué afan tan cruel! murmuraba.

—Ya estoy libre, Florinda amada, ya puedo hablar á tu padre, y tal vez pronto llegue el dichoso dia en que la antorcha de himeneo luzca para nosotros. Saldremos de la corte; aquí se respira un ambiente emponzoñado; lejos de aquí, lejos de don Rodrigo podremos encontrar la verdadera felicidad de los mortales, que consiste en repetir un nombre querido, en estrechar un corazon ardiente, enagenado de amor y de placer, aunque sea en un desierto, en una cabaña. Por ventura, ¿no brillarán tus ojos del mismo modo para mí en las abrasadas arenas del Africa

que entre los hielos del polo? El amor es mi universo, y mi patria estará en donde yo pueda adorarte, Florinda de mi corazon. Ven, ven, amada mia; allí donde solo tendremos por testigos los amantes ruiseñores, donde el soplo suave del céfiro llevará á tu oido mi cancion, allí tejeré guirnaldas de flores para engalanar tu frente, y allí al misterioso fulgor de la luna yo guardaré tu amoroso sueño...

—Huye, Pelayo, huye de aquí antes que puedan oirnos; el rey puede venir...

—¡Ira de Dios! ¡El rey! ¡Siempre el rey! ¿Y cómo te ha tratado durante mi encierro? ¿Ha insistido?...

—No, no, repuso la jóven pálida como la muerte.

—¡De veras! ¡Oh placer! En ese caso no debo atribuir á los celos la causa de mi prision. ¡Ah! Bien lo decia yo. Alguna intriga de corte me ha hecho perder la gracia del rey. Ese don Sancho... Pero todo me importa poco en no tratándose de arrebatarme tu amor. ¡Cuánto me alegro que el rey no sea mi rival!

Tales palabras desgarraron el corazon de la desdichada jóven, que sin atreverse á fijar los ojos en su amante, respondió:

—Tú no puedes tener rivales.

—Gracias, amada mia, gracias por tu adhesion. ¿Pero por qué ese llanto y esa mortal palidez que cubre tu hermoso rostro?

—¡Ah! ¿Te has propuesto afligirme? Si llegan á sorprenderte...

—¿Es posible, Florinda, que no quieras consagrar ni un momento al amor cuando voy á separarme de tí acaso para siempre?

—¡Qué suplicio, Dios eterno! Ya sabes que desde la infancia están unidos nuestros corazones, y que nada bastará á arrancar tu imágen de mi pecho...

—Pero esos ojos llorosos, y ese pálido semblante, cuando debieras estar alegre y satisfecha, ¿qué me dicen, qué debo yo pensar, amada mia?

—Piensa... ¡Soy muy desgraciada! Tal vez llegue un dia en que comprendas toda la horrible extension de mis dolores, y entonces dirás que tenia razon tu infeliz Florinda en llorar tan amargamente.

Y así diciendo, la jóven con ambas manos se cubrió el rostro escandecido como si pretendiese sustraerlo á las miradas profundas de su amante, asombrado de aquel misterioso lenguage.

—¿Mas no merezco yo saber de tu boca la causa de tu tormento? preguntó con voz trémula don Pelayo.

—¡Nunca! ¡nunca! repuso la hermosa como arrepentida de haber dicho demasiado.

—¡Pero ese misterio!... insistió tímida y dulcemente el caballero.

—Vete, Pelayo, tiemblo por tí.

—¿Conque así me despides despues de mi prision, y en el momento mismo en que vengo á despedirme para una larga ausencia?

—¡Oh! ¡Tú tambien me abandonas!

—¡Pues tú misma no acabas de decirme?...

—Sí, sí, vete, dijo la jóven retorciendo de dolor sus manos.

—¡Ah! ¡Florinda! Si me amas, ¿por qué me atormentas así?

—No me preguntes, por Dios.

Don Pelayo permaneció mudo algunos instantes, despues palideció horriblemente, vacilaron sus piernas, y sus ojos se inyectaron en sangre.

—¿Será tal vez que amas á otro? preguntó con voz trémula.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué lucha tan cruel! murmuró la jóven.

—¡Florinda! ¡Florinda! exclamó don Pelayo, no destroces mi corazon con ese silencio fatal que me sumerge en el abismo de la más dolorosa incertidumbre. Yo que desde mi tierna infancia te he querido como una necesidad de mi vida, y tu amor, como un sentimiento infuso en mi alma, nació y creció conmigo siempre unido á mi sér, y cuando todas mis esperanzas y todos mis proyectos se han encaminado siempre á poseer tu corazon, ¿será posible que ahora, despues de tantos años en que ninguna noche me he entregado al reposo sin consagrarte mi pensamiento, en que ninguua mañana me he levantado sin pronunciar tu idolatrado nombre, será posible, repito, que ahora te vea ingrata ó veleidosa? ¡Oh! El dia en que el corazon de una mujer fuese capaz de despreciar la llama inextinguible de un amor como el mio, creeré que las montañas podrán desmoronarse y convertirse en mares los cielos, y retroceder su curso los rios. ¡Ser tuyo! ¡Llamarte mia! ¿Comprendes tú, mujer adorada, cuánta felicidad inefable se encierra en este pensamiento de amor? ¿Y será esto nada más que un sueño desvanecido?

Florinda escuchaba aquellas dulces palabras ébria de felicidad; pero muy pronto su semblante se nubló recor-

dando su afrenta, que para siempre la separaba de aquel hombre tan amado de su corazon.

—¡Ah! ¿No me amas? preguntó con abatimiento don Pelayo.

—Eso sí, eternamente.

El caballero estrechó con efusion la mano de la jóven, y permaneció algunos instantes silencioso, y como abismado en una honda meditacion.

—Si es verdad, dijo al fin animándose súbitamente, si es verdad, Florinda amada, que correspondes á mi amor, ahora me darás una prueba irrecusable accediendo á la demanda que voy á hacerte en este instante solemne. ¿Me la negarás, Florinda?

—¿Qué cosa habrá en el mundo que, siendo digna y posible para mí, no te conceda al punto?

—Pues bien, sígueme, repuso el joven con voz grave y disponiendose á salir.

—¡Adónde! respondió asombrada Florinda.

—A casa del arzobispo Urbano, que bendiga nuestra union.—Despues, si quieres, puedes seguirme, ó quedarte, si así lo deseas. En este último caso todo será obra de una hora; Urbano es un santo sacerdote, es además mi confesor, y no le sorprenderá, conociendo nuestra situacion, el que vayamos á estas horas á pedirle que en nombre del cielo una para siempre nuestros corazones, que de antemano se adoran.—Ningun inconveniente se opone á la ejecucion de este proyecto tan sencillo como halagüeño para mí, aunque por el momento yo solo tenga que huir de la cólera del rey.—Vamos, pues, idolatrada Florinda, sígueme.

Un rayo que se hubiera desplomado sobre su cabeza no habria aterrado tanto á la jóven como esta inesperada proposicion de su amante.

—Sígueme, Florinda, sígueme. No quiero abandonarte sin dejarte á cubierto de toda tentativa criminal. Cuando el rey se ponga en tu presencia y tal vez te requiera de amores quiero que le respondas: «Pelayo es mi esposo.» El título de esposa te escudará.—Sígueme, ¡Florinda! insistió el caballero.

—Y la maldicion del cielo y la deshonra nos seguirán tambien. ¡Jamás! Yo no puedo seguirte sin ser criminal, y tengo el valor suficiente para perderte.

Don Pelayo, con el rostro descompuesto y mordiéndose los labios, exclamó:

—¡Tú me abandonas!

—No, no. ¿Y he podido decirlo? Mírame, querido Pelayo, no rechines los dientes de esa manera que me hace temblar, no me mires así, amado mio; déjame que yo sola sea la heroina y la víctima en esta lucha cruel entre mi destino y tu amor.—Mi desgracia es un castigo... que no merezco; mas déjame la dulce ilusion de que hago un sacrificio, y de que al hacerlo te amo cual ninguna mujer amó jamás... ¿Quieres arrebatarme esta última y dolorosa dicha? ¡Pelayo! En este momento necesitamos toda nuestra firmeza, porque es el momento de una eterna separacion.—Comprendo, querido Pelayo, cuánto padeces; tu amor es ardiente como la juventud y sin límites como lo infinito; mas guárdalo para alguna otra mujer noble y digna de tí. ¡Ay! Ella no tendrá nada que envidiar á las más dichosas.

Don Pelayo escuchaba mudo de estupor: la jóven, comprimiendo sus lágrimas, continuó:

—Ya no volverás á verme; la infeliz defraudada en sus esperanzas llorará su dolor en un claustro solitario, y nadie se inquietará por sus lágrimas; mi porvenir se enlutó para siempre; mas no obstante podré respirar alguna vez el perfumado ambiente de la flor marchita de mis recuerdos; este será el único consuelo que me quede en mi soledad.

Y cubriéndose el bello rostro inundado de lágrimas con una mano, alargó la otra trémula y convulsiva á su amante en señal de despedida.

—Adios, querido Pelayo, adios, dijo.

—¿Y es verdad, repuso el caballero saliendo de su estupor, y es verdad, Florinda, lo que oigo? Yo me ausento y te propongo seguirme ó quedarte con el derecho de llamarte mi esposa. ¿Y no aceptas ni lo uno ni lo otro?

—Mi deber me ordena quedarme y sufrir, dijo la jóven juntando las manos con desesperacion.

Pelayo, con el semblante azul de ira y ardiendo el corazon en celos, exclamó:

—Tú me engañas, serpiente; alguna otra causa poderosa que me ocultas te encadena á este palacio.

—¡Oh! Créelo así, repuso Florinda con acento del más profundo dolor, créelo así, y tal vez serás menos desgraciado pensando que solo soy digna de tu ódio ó tu desprecio.

Pelayo en tanto murmuraba:

—¡Hablarme friamente del deber cuando se trata de la hoguera de mi amor! ¿A quién convencerán sus razones

pueriles?—El rey... Pero no. ¡Imposible! Ella tambien dice que no...

Y fijando una mirada amenazadora en la jóven, exclamó con voz de trueno:

—¡Florinda! ¡Florinda! Algun otro amor tal vez... Un rival... ¡Ay de tí y de él, si mis sospechas se confirman!

Y así diciendo desapareció rápidamente loco de furor y de celos.

CAPITULO VIII.

La astucia vence al amor.

Cuando don Pelayo se precipitó fuera del aposento de Florinda, fué detenido de repente en la galería por una mano de hierro y desarmado antes que pudiese prepararse á la defensa. En vano el confiado caballero rugía de furor como el leon súbitamente aprisionado en la inesperada trampa. Difícilmente lograron sujetarle cuatro hombres que estaban escondidos en las tinieblas, acompañados de otro que parecia ser su gefe,

—Llevadle, dijo este, á la sala de armas del rey, y vigiladle cuidadosamente hasta nueva órden.—Vos, Benjamin, sois el responsable de la seguridad del preso.

Estas disposiciones, que fueron puntualmente obedecidas, las daba nuestro antiguo conocido médico Daniel, que habia sido invisible testigo de la mayor parte de la escena relatada en el capítulo que antecede.

Tal vez no haya olvidado el lector que era cosa con-

venida entre Benjamin y Daniel verse todas las noches á deshora, y así era muy fácil que el esclavo viese á cualquiera que penetrase en el aposento de Florinda, por cuya puerta necesariamente tenia que pasar todas las noches. Ya en otra ocasion, como el lector sabe, habia visto en la galería al conde don Julian y á Requila, aunque sin conocerlos; y habiéndolo participado al dia siguiente á Daniel, este le encargó que otra vez le avisase en el acto, si algun otro encuentro se le presentaba. Aquella noche, pues, habia visto y reconocido á don Pelayo, y en virtud de este mandato, voló á participar á Daniel la inesperada nueva.

Asombrado el médico de la temeridad del ex-prisionero, creyó y no sin razon, que podria agradar tal noticia al rey, á cuya cámara se dirigió, dándole cuenta del suceso.

Ordenó don Rodrigo que preso y desarmado condujesen á don Pelayo á la sala de armas, y ya hemos visto que sus órdenes se ejecutaron fielmente, habiendo avisado á sus tres compañeros el esclavo Benjamin.

Daniel marchó en seguida á dar cuenta de haber desempeñado exactamente su comision.

Hallábase el rey medio vestido, ó por mejor decir, cubierto con una especie de túnica de terciopelo negro forrada de pieles, y paseándose por su cámara con muestras de la más viva agitacion, cuando apareció Daniel con el aire satisfecho de quien ha desempeñado hábilmente un importante encargo.

—Señor, ya está puesto en seguridad en la sala de armas, dijo el judío.

—Bien, repuso don Rodrigo con despecho; yo soy rey,

yo puedo tenerle encarcelado y separarle de su vista; pero no puedo separar sus corazones. ¡Ira de Dios!

Y el rey se paseaba furioso al considerar su impotencia para destruir lo que el amor habia edificado. Entonces, por la primera vez de su vida, pensó que los poderes de la tierra nada valen contra la voluntad de los hombres, si estos se empeñan en hacerla intangible á su dominio.—Las almas no se encadenan.

Daniel contemplaba al monarca con una expresion de superioridad que parecia decir:

—«Cuánto más que vos no valdria yo para rey.»

Un pensamiento se le habia ocurrido que su ingenio calificaba de excelente y sublime inspiracion.

Sin duda nuestros lectores recordarán que Daniel, tanto por naturaleza como por su calidad de judío era horriblemente aficionado al dinero.

Así, pues, no es extraño que estuviese muy satisfecho de su delicioso *impromptu*, que le podia proporcionar algunas libras de oro.

—¿Me permitireis, señor, que os hable con toda franqueza? dijo.

—Habla cuanto quieras, repuso el rey dejándose caer en un sitial.

—Me parece, señor, que el consejo que voy á daros vale, por lo menos, tanto como el narcótico que tuve el honor de preparar de órden de V. A.

—Si es bueno tu consejo, juro que te lo pagaré en el mismo precio.—Habla, pues, habla, añadió el rey prestando toda su atencion, como sucede siempre que lisonjean nuestras pasiones.

—Hace poco, señor, os quejábais de que siendo rey, y á pesar de vuestro inmenso poder, no os era factible separar el corazon de dos amantes.

—Sí, sí, repuso el rey, es muy cruel y me humilla que no esté á mi alcance el conseguir una cosa que tan vivamente deseo.

—Pues bien, continuó el judío; si V. A. quisiese seguir el plan que voy á indicaros, me atrevo á asegurar que lograreis el que esa jóven os ame, ó que á lo menos la aborrezca don Pelayo.

—Con eso me bastará; con solo que se aborrezcan seré yo el más feliz de los mortales.—¿Hay quizás algun filtro ó brevage que pueda producir ese efecto? No lo dejes por costoso que sea, mis tesoros están á tu disposicion.

Una sonrisa brilló en los labios del médico, no sabemos si producida por la necia credulidad del rey, ó por la brillante recompensa que veia en perspectiva.

—V. A., señor, continuó el astuto hebreo, debiera haber obrado en este negocio como general prudente que no ataca de firme al enemigo sino despues de haber sembrado la discordia en el ejército contrario.

—¿Y qué quieres decir? ¿Cómo se podrá hacer eso?

—De la manera más sencilla; yo os respondo del buen éxito con mi cabeza.

—Estoy impaciente por saber...

Daniel respondió:

—Ó yo entiendo muy mal el termómetro del alma, ó don Pelayo es tan terrible en sus sospechas como fogoso en su amor. Despertemos, pues, sus sospechas.—Un gra-

no de levadura basta en la ocasion presente para ponerlo todo en una destructora fermentacion.

—¿Y dónde encontrar ese grano de levadura?

—En vos y en mí.—Ante todo, señor, deseara saber hasta qué grado importa á V. A. que esta division se verifique...

—¡Oh! interrumpió el rey; me importa tanto como la vida.

—Pues entonces conseguireis vuestro objeto.—Con don Pelayo deberemos emplear la astucia, en tanto que con Florinda llamaremos en nuestro socorro á todo vuestro poder.—Le dictaremos un billete amoroso dirigido á una tercera persona, y despues haremos que el tal billete vaya á manos del amante.

El rey permaneció algunos minutos pensativo; pero muy luego, conociendo la imposibilidad de realizar semejante proyecto, murmuró:

—¡Locura! ¡Locura!—Ella jamás se resolverá á escribir tal billete.

—Lo escribirá, señor, lo escribirá siempre que V. A. me deje obrar libremente.—Ella ama con pasion á don Pelayo; pues saquemos partido de esa misma pasion que es la causa de vuestros pesares. Casi siempre se encuentra el antídoto en la misma planta venenosa; el alacran aplicado á su misma picadura, es el remedio más eficaz que conoce la medicina.—Florinda, por lo que he podido oir, le ha despedido con cierta indiferencia...

—¡Oh! Y yo adivino perfectamente la causa de esa abnegacion sublime, exclamó el rey.

—Bien; pero esa causa, continuó el judío con su in-

flexible lógica, no la comprende ni puede comprenderla don Pelayo, quien al salir furioso y desatentado del aposento de su amada, manifestó á esta sus sospechas de que algun otro preferido amante será la causa de su frialdad tan súbita como incomprensible.

—¡Conque él manifestó esos recelos! exclamó gozoso el rey. Esto, añadió, nos viene á las mil maravillas para el proyecto del billete.

—Precisamente voy á parar ahí. Obrando como yo he dicho, se da consistencia á sus temores, que se convertirán en rabiosos celos.

—Pero la dificultad está en que ella escriba la carta.

—No lo niego, señor, que este sea el lado más espinoso de la trama; pero...

—¿No pudiera falsificarse su letra? exclamó el rey con alegría por tan feliz inspiracion.

El judío, intrigante de mucha más intencion que el rey, reflexionó algunos momentos, diciendo al fin:

—Eso pudiera hacerse en último caso; pero convenvendria más que Florinda escribiese el tal billete, y aún que se lo dijese ella misma á su amante.

—Pero eso es de todo punto imposible.

—¡Eh! señor, no lo es tanto como parece.

—¡Pues explícate, vive Dios!

—Como ya os he dicho, debemos sacar partido de su misma pasion; ella ama con locura á don Pelayo, y es capaz de cualquier sacrificio, por costoso que sea, para salvarle.

—¿Y bien?

—Hagámosle creer que su amante corre evidente pe-

ligro de muerte, y que el único medio de salvacion consiste en que ella escriba la susodicha carta. Esta es la intriga en globo, que en cuanto á sus pormenores, ya verá V. A. que será admirablemente ejecutada.

—¿Y qué haremos de don Pelayo?

—Ponerlo en libertad.

—¡Cómo en libertad!

—Es lo más acertado que podeis hacer, señor.

—No lo comprendo. ¿Qué conseguiremos con dejarle libre? que se descubra al fin nuestra trama.

—Nada menos que eso, señor, repuso el judío con el tono del maestro.

—Pero si ellos hablan...

—No hablarán de darse explicaciones, y si se las da Florinda, es seguro que no le negará haber escrito ella misma la carta; y una vez hecha esta confesion, es inútil que se empeñe en disculparse, pues don Pelayo, celoso, no la crreerá porque ya tiene sospechas, que ahora se convertirán en evidencia innegable.

El rey contemplaba con admiracion al judío.

—La verdadera cuestion, continuó este, consiste en determinar la persona á quien haya de dirigirse el amoroso billete.

—A mí por ejemplo, repuso el rey.

El judío reflexionó un momento.

—Sería más diestro, que no apareciese vuestro nombre en esta trama.

—Pues entonces, ¿á quién deberá dirigirse?

—Me parece que á nadie mejor que á don Sancho, y tengo para pensarlo así una razon muy poderosa.

—¿Cuál?

—Que don Pelayo y don Sancho se aborrecen de muerte, y no hay más horrible martirio que tener por rival á un hombre á quien antes de serlo aborrecemos como á nuestro mortal enemigo. El ódio del corazon humano se agota entonces, y no hay palabras, aunque las pronuncie un ángel, capaces de calmar nuestra sed de venganza.

—Pues entonces no se podrá evitar entre los dos un reto.

—Tanto mejor, si don Sancho le mata. En ese caso, habremos conseguido en nuestra obra toda la perfeccion posible.

—Explícate, judío.

—Si el duelo se verifica y don Pelayo sucumbe, claro está que queda suprimido el principal obstáculo de vuestros amores, con la ventaja de que habiéndole dado V. A. la libertad, apareceis á los ojos de Florinda como noble y generoso en medio de vuestros celos, y con esto ya teneis mucho adelantado para poseer su corazon. Durará el llanto dos, tres dias; pero al cabo una mujer que tiene por amante á un monarca, se consuela en breve, y más si cree deberos alguna gratitud, porque con las mujeres es necesario valerse de la misma traza que se usa para cazar los elefantes.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quieres decir?

—Digo, señor, que conviene mucho que Florinda crea que no ha tomado V. A. más parte en este negocio que la de poner en libertad á su amado.—Los cazadores de elefantes se dividen en dos bandas, de las cuales la una

los persigue con encarnizamiento, en tanto que la otra se lanza contra los perseguidores, simulando un combate y apareciendo como defensores del pobre animal que, rendido, jadeante y próximo á sucumbir, se refugia en la banda protectora, y conociendo con su admirable instinto, casi igual á la inteligencia, el beneficio recibido, lo agradece siguiendo expontáneamente á los que fingieron tomar su defensa. Del mismo modo V. A. debe aparecer generoso á los ojos de Florinda, y siguiendo mi plan, habremos conseguido indisponer á los amantes, tal vez deshaceros para siempre de don Pelayo, y la ventaja de sustituir á este en el amor de la jóven, sin que vuestro nombre figure en lo más mínimo en esta intriga. V. A. será en secreto el constructor de la máquina, sin tomarse despues más trabajo que dejarla caminar ella sola.

El rey miró con asombro á Daniel.

—Verdaderamente, exclamó, es de una finura admirable el tejido de esa trama.

—¿No es cierto, repuso Daniel, que vale, por lo menos tanto como el narcótico?

—Desde luego puedes contar con las cuatrocientas libras de oro.

—Gracias, señor, gracias, exclamó gozoso el avariento judío.

—Ahora lo más importante es conseguir que ella escriba la carta.

—Descuidad, eso corre de mi cuenta.

Y sin más, se despidió del rey muy ufano por el lucrativo negocio que se le habia presentado, y cuya explotacion creia ya tan fácil como segura.

Mas aunque era bien de dia cuando Daniel salió de la cámara real, no por eso se entregó al reposo, como parecia probable; antes por el contrario, se dedicó á madurar detenidamente su proyecto, á fin de encontrar un medio infalible para obligar á Florinda á que escribiese el anhelado billete, base y cimiento de su diabólica trama.

No tardó mucho su imaginacion fecunda en disponer las cosas de modo que era casi imposible no conseguir su intento.

Impaciente por poner manos á la obra, procuró matar el tiempo, ya leyendo sus autores favoritos, ya pensando en la situacion de la reina Egilona, de la cual á toda costa queria hacerse amar, ya paseándose por su aposento, hasta que al cabo de algunas horas, creyó que ya era tiempo de dirigirse á la cámara de Florinda. No hacia esta más que levantarse, y envuelta en un brial de seda, especie de túnica más blanca que la nieve, cuya albura hacia resaltar el negro azabache de sus hermosos cabellos, que negligentemente caian sobre su espalda, semejaba á una sacerdotisa de Irminsul.

La tinta del dolor palidecia su semblante, y sus ojos, enrojecidos de llorar, daban harto á entender cuánto sufria aquel corazon, tan cruelmente herido por el crímen del monarca, que para siempre le cerraba las puertas de la esperanza de ser feliz con el objeto de su primer amor.

Daniel saludó profundamente á la hermosa y dolorida jóven, que al verle se sobrecogió, como si una víbora se hubiese levantado de entre sus piés.

—¿A quién buscas aquí, judío? preguntó.

—A vos, señora; quisiera hablaros un momento.

—Huye de aquí, infame.

—Señora, si he venido aquí, es solo por vuestro bien, repuso impasible el hebreo.

—¿Vienes tal vez de parte de tu infame señor?

—Vengo de parte de vuestro amante.

—¡Mi amante! ¿En dónde está Pelayo?

—Prisionero en la sala de armas del rey.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Otra vez en una prision, y tal vez por mi causa!

—En efecto, al salir anoche de vuestra estancia, fué aprisionado de órden del rey, ó por mejor decir, de don Sancho.

—¡De don Sancho! ¿Pues qué derecho tiene él para prender á Pelayo?

—Me explicaré, señora. Ya sabeis que don Pelayo se escapó del torreon de Santa Leocadia, burlando la vigilancia del rey, que, ciego de furor al saber su fuga, mandó á don Sancho que diese las órdenes necesarias para perseguirle y aprisionarle donde quiera que fuese hallado. Todas las diligencias practicadas habian sido inútiles hasta anoche, que don Pelayo estaba en vuestro aposento, y en virtud del encargo que le habia hecho el rey, dispuso las cosas de modo que al salir de aqui vuestro amante, fué arrestado en la galería, y conducido provisionalmente á la sala de armas.

—¡Por mi causa! ¡Por mi causa! ¡Bien me lo temia! murmuraba la jóven con el mayor desconsuelo.

—No os aflijais, señora; aun os queda una esperanza.

—¿Cuál? Dí pronto.

El judío fingió que meditaba.

—Habla, por Dios, exclamó la hermosa jóven juntando ambas manos con ademan suplicante.

Daniel guardó silencio un breve espacio, hasta que al fin lo rompió, diciendo:

—Me parece que el rey aun no tiene noticia de la prision verificada cerca del amanecer, y por lo tanto, si don Sancho quisiese está en su mano el poner en libertad á don Pelayo.

—¿Y quién podrá decirle?...

—¡Vos misma!

—¡Yo!

—Vos, señora; y precisamente para hablaros de eso he venido.

—¿Pero cómo podremos avisar á don Sancho?...

—De una manera muy sencilla, interrumpió Daniel asaz gozoso de ver que Florinda se ponia completamente en sus manos.

—Veamos.

—Vos debereis escribirle una carta dándole una cita.

—¿Para dónde?

—Para vuestro aposento. Solamente aquí le podreis hablar de un asunto tan delicado, y creedme, consentirá en dejar libre á don Pelayo.

—¿Pero cómo es posible que consienta en ello don Sancho, cuando deberán saberlo varias personas?

—Solamente yo le acompañaba para prenderlo.

—¡De veras!

—Como os lo estoy diciendo, añadió con imperturbable sangre fria.

—Luego si no ha dado cuenta al rey...

—Don Pelayo muy en breve estará libre, si escribís la tal carta, advirtiéndoos, que como caiga vuestro amante en manos del rey segunda vez, temo mucho por su vida, dijo Daniel, conociendo que esta consideracion seria decisiva en el ánimo de la jóven, que palideciendo horriblemente, exclamó:

—Sí, sí, voy á escribir á don Sancho ahora mismo.

Y aproximándose á una rica mesa de mármol, tomó un pedazo pequeño de pergamino, blanco y flexible, sobre el cual se dispuso á escribir; mas deteniéndose de pronto, exclamó:

—¡Dios mio! Yo no sé qué decirle.

—Dos palabras, señora; si gustais, yo os las dictaré.

Florinda hizo un signo de asentimiento, que llenó de alegría el corazon de Daniel, si bien su semblante permaneció impasible.

—«*Esta noche á la una,*» dictó el judío.

—¡Cómo! ¡Tan tarde! dijo Florinda.

—Señora, tened en cuenta que es preciso que nadie sospeche esta entrevista, pues en ese caso todo se habrá perdido.

La jóven pareció rendirse á esta razon poderosa.

—Ya está, murmuró despues de haber escrito.

El judío continuó dictando.

—«*Os aguardo con impaciencia... y será muy penoso... para mi corazon... el que falteis á la cita.*»—«*Vuestra.*»—Ahora firmad, añadió el judío.

Florinda puso su nombre al pié de la carta.

—¿Veis cómo es una cosa muy sencilla? dijo el astuto

Daniel. Con este billete yo respondo de la libertad de don Pelayo.

—¡Oh! ¡Cuán dichosa soy en prestarle este servicio! Pero no pierdas tiempo; corre, vuela á ver á don Sancho antes que le hable á don Rodrigo. Díle tú de palabra el objeto de mi cita, para que durante el dia no participe al rey la prision del infeliz Pelayo. Anda, no pierdas tiempo.

—Descuidad, señora, aun no se ha levantado el rey.

—¡Tanto mejor! dijo la jóven entregando el pergamino al judío, que se apoderó de él como de una presa.

Y desapareció rápidamente, en concepto de Florinda para llevar su billete á don Sancho, pero en realidad para dirigirse á la cámara del rey, á quien manifestó la suspirada carta.

Refiriróle muy por menor todo lo que acaban de oir nuestros lectores, salvo algunas pequeñas modificaciones, pues que ocultó á don Rodrigo que Florinda, para escribir la carta, solamente cedió al temor de que el rey tratase de atentar contra la existencia de don Pelayo.

Y Daniel con aire de triunfo presentó el billete á don Rodrigo, el cual leyó:

—«*Esta noche á la una os aguardo con impaciencia, y será muy penoso para mi corazon que falteis á la cita.—Vuestra.*

Florinda.»

—¡Oh! exclamó el rey estupefacto despues de haber leido; ¿y cómo has conseguido que ella escriba esto?

El judío meditó un instante su respuesta, comprendiendo que no le convenia manifestar el verdadero resorte de que se habia valido; así es que se limitó á decir:

—Le hice entender que don Sancho podia decidir el

ánimo de V. A. á usar de dulzura con don Pelayo, y que para hablar acerca de esto convendria que le diese una cita en su habitacion. Y en efecto, se dispuso á escribir el billete, que le dicté yo mismo, y que haremos pasar por epístola amorosa en concepto de don Pelayo.

El rey, lleno de júbilo porque el principal obstáculo estaba ya vencido, preguntó:

—¿Y ahora, qué haremos para que esa carta llegue á manos de don Pelayo?

—Llevársela yo ahora mismo á su prision.

—¡Cómo! ¿Y qué le has de decir?

—Que Florinda me ha encargado lleve á don Sancho este billete amoroso, y que yo, compadecido é indignado de que tan vilmente le engañen, he creido oportuno darle cuenta de todo é interceptar este pergamino.

Don Rodrigo contempló á Daniel con una admiracion en que revelaba cierto terror.

—Muy bien, dijo; comprendo perfectamente tu intencion.

Ya el judío se disponia á salir cuando el rey le preguntó:

—¿Y cuándo deberemos poner en libertad á don Pelayo?

—Mañana en la noche.

—¿Y por qué hoy no?

—Porque será muy conveniente que pase toda una noche devorado por las sospechas; porque cuanto más rencor atesore su corazon, tanto más seguro es el éxito de nuestra empresa. ¿No considerais que sus celos le presentarán esta noche cada hora, cada minuto, cada instan-

te en que su amada infiel estará dirigiendo á su rival una palabra, una mirada, una sonrisa ó un suspiro de amor? ¡Y todo esto lo pintan los celos tan bien! ¡Con tanta verdad! Como si se estuviera viendo.

—Pero no adivino cuál sea tu objeto...

El judío miró al rey de una manera que significaba:

—«Pues es muy fácil de adivinar.»

Despues dijo:

—¿No comprende V. A. que, padeciendo toda esta noche el martirio de los celos, mónstruo de cien ojos que le hará ver mil imposibles, mañana no creerá la sencilla explicacion del hecho, por más que Florinda se lo jure? Con esto se logra que su ódio sea implacable, sordo á las disculpas, y por consiguiente, definitiva su separacion.

Y para que hiciesen sus palabras más profunda impresion en el ánimo del rey, que miraba al judío asombrado de tanta astucia, este se dispuso á salir de la estancia.

—Vuelve pronto á participarme el resultado, dijo el rey.

El judío hizo un signo de asentimiento, y desapareció con direccion á la sala de armas, donde se hallaba don Pelayo prisionero.

Daniel atravesó una estensa sala, cuyas paredes estaban entapizadas con multitud de armas de todas clases, formando mil pabellones y caprichosas figuras de hombres, de animales y edificios. En seguida penetró por otra puerta que daba paso á una habitacion, en que se veía una rica y suntuosa coleccion de soberbios paramentos y jaeces expléndidos de varios colores, y tachonados de pe-

drería y bordaduras, de exquisito gusto y trabajo. Ultimamente, aplicando su mano al muro de aquella estancia, rechinó un resorte de acero, y un lienzo de pared pareció desplomarse á esta presion, dando entrada al judío, que volvió á dejar la puerta tras sí, como estaba antes, esto es, invisible y misteriosa.

En aquella tercera y última estancia, que era un salon inmenso, descubrió en la penumbre á don Pelayo sentado en un sitial, cerca de una mesa, sobre la cual apoyaba sus manos convulsas, que sostenian su frente como abrumada por mil desesperados pensamientos.

En el ángulo opuesto, y por consiguiente á bastante distancia, habia un centinela de vista, grave é inmóvil como una figura de mármol sobre un sepulcro.

Aquel centinela era el esclavo Benjamin.

En cuanto al noble don Pelayo, parecia dormir profundamente; pero al ruido de los pasos de Daniel, volvió su rostro pálido y desencajado.

—Señor... murmuró el judío.

—¿Qué quieres? dijo el caballero con acento breve y conciso.

—Vengo á participaros una nueva... balbuceó el judío con expresion del más profundo dolor.

—¿Tal vez intenta el rey quitarme la vida? repuso el caballero sin inmutarse.

—No es nada de eso, señor. Acaso sea más triste aún la noticia que vengo á daros.

—¿Quién te envia? preguntó don Pelayo lleno de curiosidad.

—¿Conoceis la letra de Florinda?

—¿Por qué me preguntas en lugar de responder? Habla pronto, judío, habla pronto. ¡Vive Dios! ¿Por que pronuncias ese nombre?

Daniel sacó lentamente el fatal pergamino, y se lo entregó al caballero, limitándose á decir:

—Tomad, señor, leed.

Don Pelayo, despues de haber leido, estrujó la carta con mano convulsa, y horriblemente lívido el semblante, desencajados los ojos, fatigosa la respiracion, y trémulo como la hoja en el árbol, cruzó ambas manos sobre su agitado pecho, como para retener su corazon, palpitante de celos y de furor.

Hay momentos, cuando el corazon humano recibe ciertas impresiones, en que si permaneciésemos en la inaccion, estallaria nuestra cabeza como una máquina de vapor. Así es, que el noble caballero se levantó despues del primer momento, y empezó á correr por la estancia ciego de furor, delirante, como Orestes agitado por las furias.

—¡Imposible! ¡Imposible! exclamó. Bajo un aspecto de ángel, es imposible que se encubra un corazon tan satánico. ¿Quién no la creyera, á juzgar por las apariencias, pura é inocente como el primer ensueño de amor? ¡Hé aquí descubierta la causa por qué se oponia tan tenazmente á mi proyecto de fuga! Por eso queria permanecer aquí. ¡Oh Dios! Ahora yo despierto y todo se descubre... ¡Esta era la abnegacion, este es el heroismo de que hacia alarde para renunciar á un amor tan puro, tan ardiente, tan inmenso como el mio!

Así decia el infeliz amante, corriendo por la estancia

loco y desatentado, maldiciendo aquellos inexorables muros, que oprimian su corazon como un manto de piedra.

Luego, deteniéndose de pronto, continuó:

—¡Comprender de tal modo mi corazon! Responder á cada amoroso latido, á cada emocion secreta y tímida, envolverme en sus lágrimas, acompañarme hasta la cúspide escarpada de la pasion... ¡Y luego abandonarme al borde del abismo del desengaño!... ¡Dios mio! ¿Y todo esto no era más que una ficcion? ¡Cómo palideció cuando le hablé de unirme á ella para siempre! ¡Mentira! ¡Todo mentira!

Y así diciendo, el dolorido jóven se desplomó en un sitial desmelenado y furioso, como Aquiles se sentó en su tienda cuando perdió su idolatrada esclava.

Daniel, que con semblante hipócrita habia presenciado tales extremos de dolor, supuso que lo más prudente que podia hacer era retirarse en silencio, una vez asegurado el golpe.

Mas el caballero advirtió su retirada, y con voz de soberano imperio, gritó:

—¡Aguarda!

El judío obedeció.

—¿Cómo ha llegado á tus manos esta carta? preguntó don Pelayo.

—Florinda en persona me la ha entregado.

—¿Para quién? di pronto, ¿para quién?

—Para don Sancho.

—¡Esto más! exclamó crispando sus puños el airado caballero. ¡No bastaba ser pérfida é infiel, sino amar á mi mayor enemigo! ¡Una espada! ¡Una espada! ¡vive Dios!

Y el jóven se levantó llevando su mano á su cintura, y precipitándose hácia la puerta; pero estaba desarmado y prisionero. Entonces llegó al colmo de su desesperacion, pues ni aun le era dado saciar su celosa rabia en su enemigo.

Hubo un momento de silencio, que al fin rompió el judío diciendo:

—Yo, señor, siento vuestra desgracia; pero no he podido ver sin indignacion que os burlasen tan villanamente, y esta consideracion me ha decidido á poner la carta en vuestras manos.

Don Pelayo clavó una profunda mirada en el judío; pero este sostuvo impertérrito aquella mirada.

—¡Oh! ¡Si yo pudiera salir de aquí! exclamó el caballero.

—Creo que saldreis muy pronto, repuso Daniel.

—¿Pues no estoy preso de órden del rey?

—Mejor diríais de don Sancho.

—¿Pues cómo?

—Don Sancho tenia la órden de perseguiros, despues de vuestra evasion de la torre de Santa Leocadia, y como sabeis, habian sido inútiles todas sus pesquisas. Mas anoche, no sé cómo, recibió aviso de que habíais penetrado en el aposento de Florinda, y entonces dispuso inmediatamente la manera de arrestaros; así que, segun yo entiendo, quien os ha indispuesto en el ánimo del rey y os ha traido á esta prision, ha sido don Sancho, es decir, vuestro mayor enemigo.

—¡Dios de las venganzas! exclamó furioso don Pelayo; ¡ayúdame á encontrar un nuevo género de muerte para ese hombre aborrecido!

Daniel continuó:

—El rey, por consejo de don Sancho, parece que ha dispuesto salgais desterrado de la corte.

—¡Eso es! Tratan de alejarme; mas yo saciaré antes mi venganza. ¿No sabes cuándo saldré?

—Mañana, si no estoy equivocado.

—¡Oh! ¡Y esta noche podrán verse y hablarse, mientras que yo aquí moriré de desesperacion! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué tormento tan cruel!

—Señor, dijo despues de un momento con aire compungido Daniel, no puedo negar que me interesa vivamente vuestra desgracia, y por lo tanto, estad seguro de que os daré aviso de todo cuanto pueda saber.

Don Pelayo volvió á mirar fijamente al judío; pero aquella mirada fué de gratitud.

—Gracias, gracias, dijo; algun dia te recompensaré.

—Solamente de una manera, repuso el médico, pudiérais recompensar, no mis servicios, que nada valen, sino mi buen deseo.

—Explícate, dijo el caballero.

—Señor, solo quisiera que empeñáseis vuestra palabra de honor de no revelar á nadie que os he entregado la carta, y que os he dado las noticias que acabais de oir.—Yo soy un pobre judío, y la venganza de don Sancho, si llegase á saberlo, sería tan pronta como terrible.

—Por mi honor te juro que tu secreto morirá conmigo, repuso el noble y engañado caballero.

Una diábolica sonrisa brilló en los labios pálidos y delgados de Daniel, que desapareció seguro de la lealtad de don Pelayo.

CAPITULO IX.

El padre y la hija.

Era la noche siguiente á aquella en que se habia verificado la cita dada por Florinda á don Sancho. Este, prevenido de antemano por el sagaz judío, no habia dejado concebir á la dolorida jóven la más mínima esperanza de salvacion con respecto á don Pelayo. Figúrese el lector cuánta seria la angustia de la dama, cuya afrenta impedia la union de los infelices amantes, como uno de esos imposibles que la fatalidad arroja en el camino de la vida, produciendo en el corazon de los mortales todo un infierno de dolores, tanto más desesperados, cuanto que son inevitables. Son horribles maldiciones que el destino escribe con sangre en su libro misterioso, y el hombre es demasiado mezquino é impotente para detener su incontrastable fuerza.

La infeliz Florinda habia tendido una mirada hácia el porvenir, y solo vió un abismo de desesperacion, ante el

cual retrocedió horrorizada. Ella habia tratado de engañarse á sí misma con la idea de cambiar sus ensueños de amor por un claustro solitario. Mas habiendo sondado su corazon, comprendió que la vida sin amor era más horrible aun que la misma muerte. Y entonces un pensamiento extraño, tal vez terrible, brotó en su mente, derramando en todo su sér cierta calma, muy semejante al reposo de un cementerio.

Insomne y desesperada en su aposento, apoyaba en ambas manos su frente tan jóven y ya encorvada por el dolor, como la rosa de la mañana que el ábrego marchita por la tarde.

De pronto, elevó al cielo sus hermosos ojos, cruzó las manos sobre su pecho alabastrino, y sus labios sonrieron, como si hubiese encontrado el medio de conjurar toda su desventura.

Y á impulsos de aquel pensamiento que habia hecho brillar en sus labios una sonrisa más amarga que un doloroso llanto, se aproximó á una mesa, y en un pergamino trazó con mano trémula algunas palabras. Luego que hubo cerrado cuidadosamente el pergamino, tocó con un martillo de plata en una plancha de metal, y al sonoro llamamiento acudió al punto su doncella.

—¿Qué mandais, señora mia? dijo.

—Clotilde, repuso Florinda con extraño acento, nunca he dudado de tu fidelidad, y por lo tanto voy á confiarte una comision que espero desempeñarás con exactitud.

—Podeis mandar lo que querais, señora mia; yo siempre estoy dispuesta á obedeceros.

—Pues bien, Clotilde, ya comprenderás la inquietud

de que me hallo poseida, ignorando como ignoro, si recibió mi amado padre la carta que confié al fiel Gumildo.

Al oir este nombre, Clotilde exhaló un suspiro.

Florinda miró á su doncella, como dando á entender que comprendia lo que pasaba en su corazon de amante.

—Tal vez en un camino tan largo y peligroso... murmuró Clotilde.

—Así lo temo, repuso Florinda con los ojos preñados de lágrimas; luego continuó:—Sea lo que quiera, mi amado padre vendrá tarde ó temprano, y por si acaso yo no estuviese aquí, te encargo que guardes cuidadosamente este billete, y se lo entregues cuando venga.

Y así diciendo, Florinda puso en manos de su doncella el misterioso pergamino que poco antes habia escrito.

Clotilde, cediendo á un poderoso impulso de curiosidad y cariño, no pudo dejar de decir:

—¡Que no estareis aquí! ¿Y no merezco yo saber vuestra resolucion?

Florinda reflexionó un momento; despues dijo:

—Yo no lo he afirmado, Clotilde; pero por cualquier evento pudiera suceder que yo no permaneciese en este alcázar.

La jóven notó cierto aire extraño en su señora, que la miraba con una expresion de ternura, como si quisiese despedirse de ella; pero obligada á obedecer sin réplica, no insistió, á pesar de sus deseos, en profundizar más aquel arcano, y solo se limitó á decir:

—Esta bien, señora, sereis puntualmente obedecida.

Y guardó el pergamino que le habia entregado Florinda para su padre.

—Ahora hazme el favor de dejarme sola.

—Señora mia, procurad no afligiros.

Florinda, sonriéndose amargamente, despidió con un cariñoso ademan á su doncella, y volvió á entregarse á sus dolorosos pensamientos.

Aquella misma noche debia tambien recobrar su libertad el noble don Pelayo, que sufria en su prision el horrible martirio de los celos.

Pero dejemos á los dos amantes para prestar nuestra atencion á tres caballeros que, rebozados en sus capellinas y á favor de las tinieblas, se acercaban á más andar hácia los muros de Toledo. A cierta distancia seguian otros tres ginetes, que eran escuderos sin duda.

—¿Conque estais seguro, Samuel, de que aceptarán nuestra proposicion? decia uno de los caballeros.

—Tan seguro, que ya tenemos empezadas las negociaciones.

—¿Pues cómo?

—Tambien nosotros, como sabeis, tenemos muchas cosas que vengar.

—En ese caso, quiere decir que nos ayudareis, añadió el tercero, que hasta entonces habia permanecido silencioso.

—¡Vaya si os ayudaremos! repuso Samuel.

—Señores, se aproxima el momento de separarnos, y por lo tanto conviene quedar en lo que ha de ser definitivamente.

—Creo que ya está todo dicho, respondió el llamado Samuel.

—¿Conque es decir, que yo os aguardaré en Consuegra?

—Vos, dijo el silencioso, partís para vuestro estado de Consuegra y vivís oculto en vuestro castillo, procurando alarmar á todos los señores feudales, vuestros amigos, así como tambien á todos vuestros numerosos vasallos.—Nosotros entre tanto, añadió bajando la voz, trabajaremos por nuestra parte, y para la noche del 3 de abril nos aguardareis con todos los conjurados en el monte que ya sabeis (1).

—Pues entonces nada más hay que decir.—¿Y vos, Samuel, concurrireis á la cita?

—Sin falta, repuso lacónicamente Samuel.

Los caballeros volvieron á guardar silencio durante un breve espacio, resonando solo las pisadas de sus cabalgaduras en medio de las tinieblas.

El viento silbaba con violencia, el frio era intenso, y el cielo encapotado de nubes, hacia la noche lóbrega y temerosa.

—¿Y respecto á mi hijo, me podreis dar algunas noticias? preguntó el taciturno caballero de que hemos hecho mencion, dirigiéndose á Samuel.

—Puedo aseguraros, repuso este, que nos será fácil averiguar su paradero, siempre que no haya desaparecido de la corte un cierto médico, antiguo amigo mio.

—¿Conque creeis probable su descubrimiento?

---

(1) Monte que despues fué llamado *Kalderino,* que en árabe significa de la traicion, situado no lejos de Consuegra.—En este monte es fama que se reunieron los descontentos más principales de los godos para acordar, como en efecto lo verificaron, el llamamiento de los sarracenos.

—Casi seguro.

—¡Gracias, Samuel, gracias!

—Ahora, conde, lo que os aconsejo es que seais cauto y prudente.

—Descuidad.

—El rey puede vengarse á mansalva de la aventura de la otra noche, si os sorprende en el alcázar.

—Si no hubiese sido por vuestra intercesion, que impidió el duelo, aquella misma noche habríamos acabado de una vez.

—Os ruego que no os propaseis á tanto; tened en cuenta que al fin es vuestro rey.

—Ya trataremos de que deje de serlo.

Aquí llegaban nuestros caminantes, cuando un rumor monótono y lejano pareció poner fin á este coloquio.

Era el eterno murmurio del Tajo que corre al pié de la gótica cuidad.

Los caballeros fijaron sus ojos en una masa informe y fantástica que se delineaba confusamente entre los negros vapores de la noche. Alguna que otra luz se divisaba en todo aquel misterioso fondo de la ciudad, á la manera que alguna que otra estrella suele brillar en una noche nebulosa.

Los quebrados ecos de algunas voces humanas se oían de vez en cuando, como gritos lastimeros de fantasmas nocturnos que cruzasen el espacio.—Era la voz de algunos centinelas colocados en las torres del alcázar de don Rodrigo.

Los caballeros contuvieron el paso de sus cabalgaduras y empezaron á caminar con la mayor precaucion.

El diálogo interrumpido volvió á anudarse, si bien en voz baja y misteriosa.

—Señores, exclamó uno de los caminantes, estamos cerca de Toledo, y por lo tanto llegó el momento de separarnos.

—Pues adios, conde, repuso el taciturno; feliz viaje y buena fortuna en vuestro negocio.

—¿Conque hasta el 3 de abril en el monte Kalderino?

—Hasta el 3 de abril á media noche, repuso Samuel y su compañero.

—Solo la muerte podrá impedirnos concurrir á esta cita solemne.

—Solo la muerte, repitieron como un eco los otros dos caminantes.

En aquel punto la senda que llevaban se dividia en tres, una hácia el palacio encantado, otra hácia Castilla, y la tercera espiraba en las mismas puertas de Toledo.

Cada uno de los tres caballeros desapareció por una de las tres sendas, seguido de su page ó escudero.

Ahora creemos inútil decir al lector quiénes eran los tres caminantes. Uno era el conde Requila, otro el anciano Samuel, gran sacerdote de los judíos, y el tercero el conde don Julian.

Requila partió para su estado de Consuegra, Samuel para el palacio de Harpalús, y el conde don Julian se dirigió al pequeño postigo practicado en el muro que ya conocemos, y por donde, acompañado de Requila, lo vimos salir la noche que fué espiando los pasos de don Rodrigo hasta llegar al palacio encantado.

Don Julian tenia poderosísimas razones para no sola-

mente respetar, sino aun amar al buen Samuel, cuya intercesion, como ya hemos oido, impidió que se verificase el duelo contra el rey la célebre noche de la aventura del alcázar de Harpalús. El gran sacerdote de los judíos fué uno de los dos misteriosos enmascarados que tomaron al rey bajo su proteccion, y al gran sacerdote nada podia negarle don Julian por causas que más adelante conoceremos.

El conde, temeroso de que el rey hiciese algunas pesquisas en aquella mansion que con atrevida planta habia profanado, y no creyéndose muy seguro en ella, habia vivido algunos dias entre la aspereza de los montes denominados de *Toledo.*

Los judíos por su parte tambien hacian sus tenebrosos preparativos para desalojar aquella mansion, por lo que pudiese ocurrir.

Empero ningun mortal, ni aun entre los judíos mismos, excepto los ancianos, conocia el misterioso objeto de sus reuniones nocturnas.

Ya no se oían cánticos, ni se celebraban sacrificios. Solamente se reunian de noche los ancianos, los cuales, con el mayor sigilo posible, sacaban sobre sus hombros mil varios objetos, sin duda para ellos de inestimable valor. Por lo demás, durante el dia habitaban en cuevas disimuladamente practicadas en los montes y solo de ellos conocidas.

Pero volviendo á don Julian, debemos decir que deseando vivamente ver á su hija, habia resuelto poner término á sus temores, hasta cierto punto infundados, puesto que el rey á nadie habia hablado de su pavorosa aven-

tura, cuyo recuerdo le hacia extremecerse de terror y remordimientos. Más aún, llegó hasta el extremo de prohibir severamente á don Sancho y á Gudila quienes le habian acompañado, el que á persona alguna hablasen de tal acontecimiento.

El crímen siempre pesa, aun en pechos de diamante, y así es que la sombra del irritado conde, aparecido en tan terribles circunstancias, seguia por donde quiera al rey, que, por otra parte, no era de mala índole, si bien de carácter enérgico, cual caballo desbocado, solia despeñarse en pos de sus pasiones fogosas y desordenadas.

Ya hemos dicho que Florinda, desvelada aquella noche, se entregaba á sus tristes pensamientos, y solo la idea de la muerte le brindaba algun reposo, porque vivir sin amar á Pelayo, era insoportable para aquel corazon tan apasionado.

Ahora añadiremos que la desdichada jóven no omitia precaucion alguna á fin de que no pudiese repetirse una escena semejante á la de aquella terrible noche, en que el rey profanó el aposento de una doncella. Estaba segura de que habia sido víctima de un brebaje que le habia producido aquel letárgico sueño, á favor del cual se habia cometido tan infame atentado. Tambien comprendió que con intencion siniestra y bajo un especioso pretexto, habia sido alejada aquella noche la fiel doncella que la servia. Así es que, desde entonces, no tomaba más alimento que el que ella misma se preparaba ó hacia disponer en su presencia á Clotilde, su servidora, la cual, incorruptiblemente fiel, velaba siempre en su antecámara.

En tal disposicion de espíritu se hallaba la reina de

las hermosas entre las godas, cuando apareció ante sus ojos el noble y afligido conde don Julian.

—¡Mi padre! ¡Gran Dios! exclamó la jóven corriendo hácia el conde.

—¡Florinda! ¡Hija mia!

Hubo un momento de silencio, durante el cual entre sollozos quedaron abrazados el noble padre y la desdichada hija.

Despues el conde se separó bruscamente murmurando:

—¡Hija mia! ¡Florinda! Este dulce nombre que antes formaba todo mi encanto, y ahora...

—Padre de mi corazon, la culpa no es mia. Ese mónstruo...

—¡Maldito sea! interrumpió el desdichado conde llevando convulsivamente su mano á la empuñadura de su daga.

Florinda clavó en su padre una de esas miradas que dicen más que un largo discurso, una mirada en que á la vez se revelaba la vergüenza y el dolor más acerbo.

Don Julian en tanto paseaba por la estancia comprimiendo con ambas manos su cabeza, en la que se habia despertado un pensamiento de sangre, pero que desgarraba su corazon paternal. Sus ojos se fijaron en la jóven con una expresion á la vez tierna y amenazadora.

De pronto el conde sacó su daga y dió un paso hácia su hija, cuya vida estaba amenazada, porque el infeliz padre pensaba con horror en que podia repetirse, ó tal vez se habia repetido, el atentado del rey. Y al recordar su nombre exclarecido, torpemente mancillado, sentia hervir su generosa sangre en un santo furor, llegando hasta el

extremo de creer que amaba menos á su hija, despues de su inaudita afrenta. El noble caballero sentíase capaz de ser parricida, sacrificando aquella hija tan amada á la causa del pudor, del mismo modo que Virginio, sublimemente cruel, cuando ensangrentó sus manos en el casto seno de su hija Virginia, deshonrada en los brazos del impuro Decemviro.

Florinda contemplaba serena la actitud siniestra y amenazadora de su padre, que, á vista de tal resignacion, de tan sobrehumana belleza y de infortunio tan inmenso, sintió flaquear sus fuerzas, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y la daga cayó de su mano desfallecida.

Una mirada sublime brilló entonces en los ojos de la jóven, que con un acento de irresistible majestad, dijo:

—Vuestro designio es grande, padre mio, y digno de vos. Si he de recibir la muerte que deseo, como el único remedio de mis males, de ninguna mano mejor que de la vuestra podré recibirla. Las generaciones venideras repetirán con respeto vuestro nombre, mancillado por ese mónstruo que llaman rey; pero tambien heróicamente vengado por vuestra propia diestra. Y este sacrificio hecho á vuestro honor, no será costoso para mí, puesto que la vida deshonrada es un eterno suplicio. Yo nada espero ya, mi porvenir se ha cubierto de luto, mi destino sobre la tierra ya se ha cumplido, que era solo el ser la más desdichada de las hijas de los godos. Yo no puedo ya creerme digna del cariño del más noble de los padres, ni puedo esperar tampoco ser amada del más virtuoso de los hombres. Pelayo...

Al llegar aquí la jóven pareció ruborizarse, y su fiso-

nomía tomó la expresion de la más terrible angustia.

—¡Pelayo! ¡Infeliz! ¿Y lo sabe él? exclamó el conde.

—Me parece que no, repuso Florinda.

Un silencio sepulcral reinó en la estancia durante algun tiempo, silencio solamente interrumpido por la angustiosa respiracion del conde y de su hija.

La frente de don Julian, cada vez más ceñuda, parecia cargada de pensamientos sombríos, y otra vez sus ojos chispeantes de furor volvieron á fijarse en la infeliz Florinda, que leyendo lo que pasaba en el corazon desgarrado de su padre, le contemplaba con una ternura infinita, pero sin dar muestras de temor, á vista del peligro que le amenazaba; antes por el contrario, impulsada por el ciego cariño que profesaba á su padre, fué la primera que rompió aquel silencio prolongado y terrible, diciendo con su voz de ángel:

—¡Padre mio! ¿Es posible que mireis con desden á vuestra única hija, culpable solamente por haber sido desdichada?

Y así diciendo, con toda la efusion del amor filial se arrojó á los brazos de su padre, que permaneció inmóvil.

—Retírate, repuso el conde con torvo ceño, retírate, Florinda; es muy peligroso que yo te estreche en mis brazos, porque pudiera ahogarte en ellos. La locura, el frenesí del más rabioso furor, se apodera de mi alma cuando recuerdo mi ofensa, que solo con sangre puede lavarse.

—Y si es necesaria la mia, estoy pronta.

—Sí, sí, correrá á torrentes, exclamó el conde con delirante acento; la España se convertirá en un sangriento lago, y la posteridad tal vez recuerde con horror mi nom-

bre; pero yo me habré vengado del tirano.—Retírate, Florinda, que yo no te vea, porque haré un desatino, añadió don Julian corriendo desatentado por la estancia en el más alto paroxismo de cólera y de dolor.

—Padre mio, exclamó Florinda con el acento resignado de una mártir, padre mio, comprendo vuestra amargura, y para que veais que el sacrificio que os hace extremecer es para mí poco costoso, os voy á enseñar una carta que he escrito esta misma noche, despues de haber tomado mi resolucion solemne, irrevocable.

Y así diciendo llamó:

—¡Clotilde!

La doncella apareció, y solo el respeto debido á su señor y lo grave de la situacion por otra parte, pudo contenerla para que no preguntase al conde noticias de su amado el escudero Gumildo.

—¿En qué puedo serviros, señora?

—La carta que te encargué entregases á mi padre, si venia y no me encontraba en este alcázar.

—Aquí está, repuso Clotilde sacando el pergamino.

—¿Y pensabas huir de este sitio? preguntó el conde lleno de curiosidad.

—Ahora os enteraré cumplidamente de mi designio, repuso Florinda alejando con un ademan á su doncella.

Cuando se hubieron quedado solos, el conde volvió á preguntar.

—¿Y cuál es tu proyecto, hija mia?

—Se ha dicho, contestó Florinda despues de un momento de reflexion, que nuestro sexo es débil y frágil; no lo creais jamás. Cualquier cosa pesa en nosotras como

una montaña; pero á veces una montaña suele no pesar más que un grano de arena en nuestro corazon, que desafia resuelto á los peligros, y hasta á la misma muerte.—La eternidad, padre mio, es la única esperanza de los que padecen como yo padezco.

—¿Pero adónde vas á parar?

—A daros una buena noticia. Debo deciros que vuestra hija, en lo que cabe, está contenta, repuso Florinda con una sonrisa indescriptible.

—¡Cómo! ¿Estas en tí? dijo el conde pensando que su hija habia perdido el juicio.

—Yo he temido que el rey pudiese repetir su atentado...

—Y yo tambien he pensado en eso mismo. ¿Ha sido cierto por ventura? preguntó el conde vivamente agitado.

—No es cierto que se haya verificado; pero imagino que el rey piensa en ello.

Don Julian crispó los puños de furor.

—¡Vil tirano! exclamó.

—Yo seré más astuta que él, yo engañaré al tirano; el amor es más sutil y más atrevido que la maldad.—La muerte, padre mio, está por cima de todos los poderes y todas las asechanzas.

—¡Hija mia! ¿Qué quieres decirme? preguntó alarmado el conde.

—Quiero decir, padre mio, que soy de vuestra misma opinion. Yo leo lo que pasa en vuestro corazon, y debo advertiros que mis deseos son los mismos, como podreis verlo por esta carta.

Y así diciendo, entregó al conde el pergamino que acababa de arrancar de las manos de Clotilde.

Don Julian leyó:

—«Querido padre:—En vano os he aguardado, des»pues que os envié mi carta con el fiel Gumildo; yo aquí »estoy espuesta á ser víctima de nuevos atentados, sin »que nadie pueda valerme contra el rey, á no ser el Tajo, »en cuyas aguas pienso encontrar á la vez mi seguridad »y mi reposo eterno. La muerte es preferible á la des»honra.—A Pelayo, al hombre elegido por vos mismo »para mi esposo, decidle que hay otro mundo mejor, »donde los desgraciados se regocijan y los amantes se re»conocen.—Adios, padre mio, y perdonad mi resolucion, »tal vez extraña, pero la única que puede asegurar la »tranquilidad y el honor de vuestra hija.

FLORINDA.»

—¡Oh Dios mio! murmuró cayendo sobre un sitial el amoroso padre, que se extremeció al pensar cuán desgraciado sería, si hubiese cedido al primer movimiento de su sanguinario furor, sacrificando á su hija.—¡Morir tú! añadió. ¡Morir! Eso es terrible, Florinda mia; solo al pensarlo tiemblo de horror.

—No, padre mio, es un terror vano el que inspira la palabra muerte. Ella nos ofrece un lecho tranquilo donde la aurora extiende sus dorados tapices, y en donde la primavera esparce guirnaldas de flores.—No es bajo la figura de un esqueleto como aparece la muerte á mis ojos, sino como una vírgen tímida y modesta, como un genio compasivo y silencioso que ofrece el apoyo de su brazo al alma fatigada del peregrino, como un ángel misterioso y

triste que nos desnuda del lodo y... nos arrebata al cielo.

—¿Pero cuál es tu proyecto, hija mia? ¿Quieres cometer el crímen de atentar contra tu vida?

—¿Es un crímen, por ventura, el huir de un lugar donde no quiero estar por más tiempo desterrada, donde ninguna esperanza me sonríe?

El conde, religioso como todos los caballeros de la edad media, á pesar de la fiereza de sus costumbres, fijó en Florinda sus ojos con una expresion inefable de ternura paternal.

—El suicidio, hija mia, dijo al fin, el suicidio es el más espantoso de todos los crímenes... el único en que no cabe arrepentimiento, porque la muerte y el crímen llegan á un mismo punto.

Florinda se extremeció.

Todos sus sentimientos religiosos se levantaron en su corazon para reprobar su proyecto.

—Padre mio, ¿pero es un crímen amar? murmuró entre sollozos.

—Si tú amas á Dios sobre todo, nunca un amor terreno podrá ser un crímen. ¿Mas no comprendes, hija mia, la locura que es despreciar al Criador por tu ídolo, que, como tú, es una débil criatura?

El conde se detuvo contemplando á su hija, y estrechando amorosamente sus manos entre las suyas, añadió:

—¿Y luego, hija mia, tan poco valgo yo para tí?—Tu ofensa te ha arrebatado la felicidad que en la tierra te prometia el amor, y á mí me ha conducido á la desesperacion; pero no hablemos de esto, no quiero agravar la herida que emponzoña tu alma.—Escucha, Florinda, si

tú tienes todavía en tu corazon un lugar para tu padre... Tú eres todo para mí; si yo te pierdo, hija mia, nada me quedará en la tierra sino dolor y desconsuelo.—Mis cabellos ya empiezan á encanecerse, y me voy aproximando á esa edad en que el vacío cerca al corazon del hombre... Murió tu madre; pero me quedabas tú para embellecer mis dias y ser el báculo de mi vejez; y ahora, ¿serás capaz de arrebatarme esta esperanza, Florinda? ¿Quieres tú tambien la muerte de tu padre?

Florinda, con una violenta agitacion cogió entre las suyas la mano del conde, que llevó á sus lábios con tierna expresion de cariño y de respeto.

—No, no, padre mio, yo no quiero vuestra muerte, porque vos aun podeis vivir para gloria de los campeones godos; pero yo... Si me permitis que abandone este mundo de miserias, será el más grande beneficio que pudiérais dispensar á mi corazon, herido y cerrado para siempre á la esperanza. Además, ¿vos mismo no hace poco que estábais dispuesto?...

—No acabes por Dios, hija mia. Perdona si en un momento de delirio he podido pensar que me era posible vivir sin mi Florinda. Perdona que haya pensado un momento en sacrificarte á mi ofensa y á mi furor, impulsado por la idea tal vez brillante, pero falsa, de un bárbaro heroismo. ¿Comprendes tú, hija mia, el horror que encierra para el corazon de un padre la palabra *muerte* cuando se trata de su hija única?

Y el noble conde, con los ojos preñados de lágrimas, tendió los brazos á la jóven, que se precipitó en ellos aterrorizada con el fantasma de su intentado crímen.

Don Julian la estrechó cariñosamente contra su seno, y con voz suplicante continuó:

—¡Florinda! ¡Hija mia! Reflexiona sériamente sobre lo que voy á decirte.—Yo no puedo velar por tí; si yo te arrebato un puñal, tú podrás arrojarte al Tajo; si yo te preservo del veneno, tú podrás extrangularte con el ceñidor bordado de oro que llevas en tu cintura; todo cuanto yo pueda hacer será inútil; yo no podré salvarte sino en tanto que haya logrado convencer tu voluntad... Tal es nuestra naturaleza; no somos dueños de nacer, pero lo somos de morir... ¡Morir!—¡Florinda! ¡Florinda! Yo no puedo hacer más que ilustrar con mis consejos paternales tu corazon, extraviado por la desgracia y por la idea de un amor, ya imposible.—¿Tan obcecada estás? ¿Te has olvidado de un Dios, terrible vengador del que viola sus leyes? ¿No te extremeces al pensar en tu destino futuro, si llegas á verificar semejante atentado? ¿Tan egoista será tu dolor que te haga abandonar á este anciano infeliz, que es tu padre?—La pasion que te domina es un sentimiento grande, inmenso, pero insensato é injusto; es un vértigo criminal; una venda nebulosa que ciega los ojos de tu alma, que se precipita por el camino de los réprobos. Reflexiona, hija mia, ahora que aun es tiempo de retroceder ante el abismo. ¿Aguardarás á que tu engañosa ilusion se desvanezca ante sus ojos en el terrible instante que encadena el tiempo á la eternidad? Entonces en vano implorarás la misericordia divina, será ya tarde... Entonces... ¡Desgraciada!

Y el conde asió á su hija de un brazo, la miró fijamente, despues por un brusco movimiento se alejó de ella

de pronto y empezó á pasearse por la estancia durante un breve espacio en que reinó el más profundo silencio.

Al fin don Julian, deteniéndose delante de su hija, continuó:

—Ahora... ya no sé más que decirte.—Mira, Florinda, yo no soy más que un guerrero que no sabe otra cosa que manejar la espada por su Dios y por su patria. Yo quisiera poseer la sabiduría infinita para convencerte y hacer que comprendieses lo que en este momento piensa mi alma y siente mi corazon de padre, y que mi lengua ruda no alcanza á explicar.

Y alzando sus brazos y sus ojos al cielo, exclamó:

—¡Héme aquí delante de tí, Dios justo! Yo no puedo hacer ya más para evitar un espantoso crímen; en tus manos, ¡oh Dios! pongo su vida y mi destino. Hágase tu voluntad, Señor.—Y tú, hija mia, no olvides que si te empeñas en realizarlo, tu criminal proyecto arrancará al infierno un himno triunfal en tanto que los ángeles del cielo lanzarán horrorizados un gemido de dolor... He cumplido mi deber, te he hablado de Dios y de mí, de esta vida y de la otra; te he mostrado el bien y el mal; si la serpiente te seduce, yo añadiré mi maldicion, como hizo Dios con el primer hombre; tu voluntad es más grande que yo, es libre y tan grande como el Eterno; segun usares de este privilegio de tu alma, te condenarás ó te bendeciré... Ya eres libre de hacer lo que quieras, aquí tienes mi daga, da el golpe mortal, hiere tu corazon y... el corazon de tu padre.

Y dichas estas nobles palabras, inspiradas por el augusto carácter paternal, el anciano guerrero se retiró

sollozando amargamente á un extremo de la estancia.

Florinda corrió tras de su padre.

—¿Qué debo yo hacer?... dijo; yo no puedo vivir sin su amor... ¿Qué debo yo hacer?

—Si el amor de Pelayo es más ardiente que las lágrimas de tu padre... ¡Muramos!

La jóven, presa de un violento combate, consideraba que para ella habia terminado la vida desde el momento en que su amor era imposible; pero tambien el amor filial le dictaba el deber de sacrificarse á la felicidad, ó al menos, al consuelo del desdichado conde, que en aquel momento conmoviera á un corazon de mármol, cuanto más al de su hija.

Al fin, como quien hace un violento esfuerzo, exclamó:

—¡Padre mio! ¡Cuán desgraciada soy! ¡Qué lucha tan cruel me desgarra el corazon! ¡Pero al fin... Aunque yo quisiera... Vos sois mi padre!

Y así diciendo, se precipitó en los brazos del conde.

Luego continuó:

—¡Pelayo! ¡Pelayo! ¿Puedo yo acaso aumentar la amargura de mi infeliz padre? ¡No, no, jamás!

É hizo pedazos la carta que tenia en sus manos.

Don Julian, embriagado de gozo, se arrojó al cuello de la jóven, y exclamó:

—¡Esta es mi hija!—Es cierto que pierdes á tu amante, mas tambien haces dichoso á tu padre. Grande es nuestra ofensa; pero yo podré soportarla con la idea de una venganza terrible é inaudita, en tanto que si llegase á perderte, ¿quién enjugaría mis lágrimas?

—Pero huyamos de aquí, repuso Florinda; abandonemos para siempre esta hermosa ciudad, testigo de nuestra afrenta. Huyamos lejos, muy lejos de estos lugares, donde tantos recuerdos nos hablan de nuestra felicidad perdida. Vamos lejos, si es posible, más allá de los mares, donde...

—Donde tú quieras, hija mia, interrumpió el conde participando del entusiasmo de su hija. Con mi caballo y mi lanza yo sabré conquistar un trono para tí. Disponlo todo esta misma noche para nuestra partida, yo voy á avisar á mi leal escudero, que me está aguardando al pié de las murallas. Dentro de poco volveré y, si tú quieres, nos iremos al último rincon del mundo.

—Y allí tambien me seguirá la imágen adorada de Pelayo, murmuró Florinda.

CAPITULO X.

El amante.

No bien hubo desaparecido el conde, Florinda llamó á su doncella, que atónita recibió la órden de la partida tan súbitamente resuelta. Ambas, con silenciosa prisa, empezaron á recoger lo más indispensable y precioso de sus trages y alhajas.

Mas de repente fué interrumpida su tarea por un hombre que, abriendo la puerta, se detuvo en el dintel inmóvil como una estátua y pálido como un muerto.

Florinda fijó en él sus espantados ojos, que muy pronto tomaron una expresion de alegría mezclada de pesar.

—¡Es él! exclamó. ¡Es él en persona, que viene en este momento crítico para retraerme de mi propósito!

El aparecido se aproximó lentamente, se detuvo delante de Florinda, y fijó en ella una mirada penetrante como si pretendiese leer en el fondo de su alma.

Así la contempló en silencio un largo espacio, hasta que al fin dijo:

—Buenas noches, Florinda. ¿No me esperabas? Parece que te sorprende mi presencia.

—En efecto, me sorprende; pero es la más grata sorpresa que podia esperar mi corazon.

—¡Oh! No dudo de que así sea, dijo don Pelayo con equívoca sonrisa.

Despues añadió:

—¿Conque no me esperabas, eh?

—En vano habia implorado el favor de que me concediesen tu libertad: fueron vanas mis súplicas; no encontré más que dureza para mi llanto, y encono para tí.

—¿Y á quién le pedistes ese favor?

—A don Sancho, dijo sencillamente Florinda.

Don Pelayo se extremeció de ira y de dolor al oir el nombre del que creia su rival.

—¿Conque es decir que á tu amigo don Sancho debo yo mi libertad? preguntó don Pelayo despues de un momento.

—Esa es precisamente la causa de mi sorpresa; te veo libre, y don Sancho me negó el favor que le pedia.

—¡Oh! No concedió esa gracia, pensó para sí don Pelayo, porque tenia interés en que yo permaneciese encerrado. ¡Don Sancho es mi rival, y yo crei que era el rey!

Luego añadió en voz alta:

—Pues yo vengo á sacarte de la duda, y á participarte una alegre nueva.

El semblante de Pelayo expresaba, al parecer, el más vivo gozo; sus palabras estaban de acuerdo con su fisonomía.

Florinda, pobre mujer enamorada, á pesar de su fuer-

za de carácter, olvidó en aquel momento su resolucion de alejarse para siempre de Toledo, ni se acordó de don Julian, ni de su proyecto de suicidio; nada vió, en nadie pensó sino en el jóven guerrero, que apareció ante sus ojos libre, alegre, enamorado, como el pintado jilguerillo que rompe los hierros de su cárcel, y extiende al sol sus alas, y canta, y trina, y revolotea embriagado de luz, aire y aromas.

—Por fin, continuó don Pelayo, por fin llegamos al objeto de nuestros más ardientes votos. El rey consiente y aprueba nuestro himeneo, el destino deja de perseguirnos, y una estrella de ventura brilla sobre nuestras frentes, tanto tiempo encorvadas por insuperables obstáculos. Así, pues, Florinda amada, yo vengo á cumplir mi promesa, y á conducir mi prometida al altar.

—¡Dios justo! exclamó la jóven juntando sus manos con amargo desconsuelo. ¡Dios justo! ¿Por qué me ofreceis tanta felicidad que nunca disfrutaré? ¡Oh! ¡Cuán cruel sois en dejarme entrever un paraiso de ventura, cuando la puerta está cerrada irrevocablemente á mis plantas!

—¡Cómo! ¿Es posible, amada Florinda, que el deseo de toda nuestra vida sea irrealizable en el momento mismo en que todos los obstáculos acaban de desaparecer?

Y al decir esto una sonrisa de indescriptible ironía vagó por los labios del jóven.

—No creo que sea cierta tanta dicha, dijo Florinda.

—¿Dudas de mí? ¿Piensas acaso que me burlo? A fé mia, te juro que mis palabras son tan ciertas como el amor de mi Florinda, y yo las tengo por tan sagradas como ella ha tenido sus juramentos. ¿Mas dudas todavía?

El júbilo aun no colora las megillas de mi bella esposa... ¡Ciertamente que es extraño!... Tal vez la mentira será aquí la moneda corriente, puesto que la verdad encuentra tan poco crédito; pero si es que de ese modo desconfias de mis palabras, sin duda no podrás menos de creer á este escrito.

Y así diciendo con acento sardónico, arrojó sobre la falda de Florinda el billete dirigido á don Sancho, que le habia entregado el judío Daniel.

La jóven le abrió con ansiedad, y pálida como la muerte, inclinó su cabeza cual si un rayo la hubiese herido.

Un silencio sepulcral reinó en la estancia durante un largo espacio.

Don Pelayo al fin rompió el silencio.

—Díme, Florinda, aunque sea una terrible verdad, díme por Dios si tú has escrito esa carta.

Florinda alzó su hermosa cabeza, y fijando sus ojos en su amante, contestó sencillamente:

—Yo la he escrito.

—No, Florinda, no, repuso aterrado don Pelayo; tan cierto como mi alma existe, tú mientes. Tú tal vez, no sin razon, te has ofendido de mis sospechas... La inocencia á veces y el orgullo tambien, carga con la culpa de crímenes que no ha cometido. Mi exigencia, lo conozco, ha sido harto violenta... ¿No es así, Florinda, no es cierto que tú has dicho que sí, porque mi pregunta te ha ofendido?

—Te he dicho la verdad.

—No, por Dios, tú no lo has escrito. Esa no es tu le-

tra, y... aun cuando lo fuese, no es más dificil falsificar una carta que perder un corazon. Dime la verdad, Florinda; bien que no; no me hagas caso, tú pudieras decir que sí, y yo entonces seré perdido sin remedio, seré el más desdichado de los hombres. ¡Una mentira, Florinda, una mentira! ¡Si supieses cuánto te amo! ¡Si pudiese disiparse del cielo de tu rostro la nube de mis sospechas! ¡Si tú pudieses convencer mis oidos y mis ojos y mi corazon de que están horriblemente engañados!

Y luego añadió con voz trémula el guerrero:

—¿De veras has escrito ese billete?

—Te he dicho que sí.

Don Pelayo permaneció un momento silencioso con la expresion del más profundo dolor.

—¡Florinda! ¡Florinda! exclamó al fin, tú no comprendes que eres todo para mí, que eres mi bien, mi paraiso en la tierra, mi ángel bueno. No hagas, pues, que el paraiso se trueque en infierno, y que el ángel se convierta en Luzbel. Una palabra de tu boca tiene en este momento la misma fuerza para mí que la palabra de Dios cuando dijo «*Sea la luz,*» y la luz fué. De tus labios depende ahora el que mi alma se sumerja para siempre en las tinieblas de los condenados, ó que remonte sus alas á la esfera celestial. No arranques la venda de mis ojos, deja aun que el amor me ciegue; y aunque sea cierto, engáñame por piedad, Florinda; no me digas que has escrito ese billete. ¿De quién, de quién fiarse ya si Florinda es infiel? ¿Qué juramento podrá haber sagrado é inviolable, si Florinda es perjura? Perseguido por el rey, sin asilo, juguete de la fortuna, burlándome de los riesgos que me cercan,

apenas escapado sucesivamente de mis prisiones, como el náufrago libre de la tormenta acude al santuario, como el pajarillo escapado de las redes del cazador vuela al bosque para buscar á su compañera, como la mariposa gira en torno de la luz, así he volado yo á tu aposento, buscando la luz de tus ojos ¡ay! que me han abrasado, pobre é insensata mariposa, con el relámpago sombrío de la traicion y el perjurio.

Florinda miró atentamente un breve espacio al celoso amante, y despues con acento reposado, pero lleno de la resignacion más sublime de que es capaz la mujer en el colmo del infortunio, contestó:

—Te perdono, amado Pelayo, te perdono la injusticia con que tratas á este pobre corazon que... siempre ha sido tuyo. ¿Pero es posible que así te enojes, y me ofendas porque sencillamente te haya dicho que escribí una carta á don Sancho?

—¿Y te ofendes porque, como prueba de tu conducta, te traigo un billete amoroso escrito de tu mano á mi mayor enemigo? ¿No comprendes, Florinda, que esto es muy cruel?

—¡Un billete amoroso! exclamó la jóven en extremo sorprendida. ¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Me parece, repuso don Pelayo, que un billete en el que con tanta instancia das una cita á un caballero, en tu aposento á la una de la noche...

—¿Y qué?

—Creo que un semejante billete merece muy bien la calificacion de amoroso.

Las megillas de la jóven se coloraron con el más vivo carmin.

—Ya te he manifestado por qué causa escribí á don Sancho, dijo Florinda bajando los ojos.

—¡Ah! ¿Para que me pusiesen en libertad? ¿No es eso?

—Ese favor le pedí, y...

—No te lo concedió.

—Puedo asegurarte que me fué muy sensible su negativa.

—Gracias, Florinda, gracias por tanto interés como te inspiraba mi situacion, repuso don Pelayo con irónica sonrisa. Pero, díme, ¿era necesario para interesarte en mi favor citar á don Sancho en tu aposento á la una de la noche?

—Tales precauciones parecieron necesarias, puesto que si don Sancho no habia participado al rey tu prision convenia obrar con reserva á fin de que este, sin que el rey lo entendiese, pudiera dejarte libre.

—¿Y no sabias que don Sancho es mi más mortal enemigo?

—Creo que el rey lo es todavía más.

—Te engañas.

—¿Por qué?

—Porque don Sancho, segun dices, te negó la gracia que le pedias, y el rey ha dado órden para que me pongan en libertad. ¿Qué dices á esto?

—Digo que es un enigma que no comprendo.

—Y yo te aseguro que mi verdadero enemigo es don Sancho, y á él debo, segun me han informado, esta órden firmada por el rey.

Y así diciendo don Pelayo, puso en manos de Florinda un pergamino con el sello y armas reales.

—¡Una órden de destierro! exclamó la jóven despues de haber leido.

—Sí, respondió el guerrero, me destierran y seguramente á instancias de don Sancho, que tiene interés en alejarme.

—Debemos advertir que así se lo habia manifestado Daniel al enamorado caballero al anunciarle su libertad y entregarle la órden de destierro, que deberia cumplimentar aquella misma noche.

—No comprendo por qué don Sancho quiera alejarte.

—Pues yo sí.

Florinda se encogió de hombros.

—Ahora, continuó don Pelayo fijando una mirada escrutadora en la jóven, ahora ya no habrá obstáculos para que don Sancho tenga citas nocturnas con las damas de la reina. Yo parto, y...

—Y yo tambien, repuso Florinda con severo laconismo.

Don Pelayo quedó desconcertado, creyendo desconcertar á su amada.

—¡Conque tú tambien te ausentas de Toledo! exclamó.

—Sí.

—¿Y á dónde vas?

—No lo sé.

—¡De veras!

—De veras, repuso Florinda.

Y revistiéndose de toda la magestad de su sexo, continuó:

—Con tus quejas importunas no me has dejado lugar

para anunciarte que mi padre ha penetrado esta misma noche en el alcázar, y que juntos partiremos de Toledo.

—¿Y cuándo?

—Dentro de breves instantes.

—¡Cómo!

—Cuando tú llegaste acababa mi padre salir de aquí á tomar sus disposiciones para nuestra partida, y comunicar algunas órdenes á su escudero, que le aguardaba con los caballos al pié de las murallas. Muy pronto estará de vuelta, y en seguida marcharemos.

Don Pelayo inclinó la cabeza como si el golpe hubiese sido demasiado para él.

En efecto, el edificio de sus sospechas se derrumbaba por la base, pues él habia creido que la órden de destierro habria sido provocada por don Sancho, y tal vez de acuerdo con Florinda, con objeto de alejarlo de la corte.

Pero todas estas suposiciones se habian desvanecido como el humo ante el proyecto de marcha en que Florinda, al parecer, tenia no pequeña parte. Así es que el mancebo, completamente desorientado, no sabia á qué atenerse, y si bien sus sospechas no se habian desvanecido del todo, tampoco le era lícito dudar en vista del candor, de la franqueza, y, sobre todo, de la última resolucion de Florinda.

Don Pelayo permaneció confuso y silencioso hasta que al fin, como asaltado por una idea súbita, exclamó repentinamente:

—Una palabra no más, Florinda, y estoy tranquilo...

—Dí.

—¿Quién te inspiró la idea de escribir á don Sancho? ¿Cómo supiste mi arresto?

Don Pelayo habia acertado esta vez en el blanco.

—El judío Daniel fué quien me anunció tu prision como obra exclusiva de don Sancho, y quien, interesándose por tí, me propuso, como el único medio de salvarte, que le escribiese á don Sancho dándole una cita en mi aposento á la una de la noche con el fin de que nadie sospechase que se trataba de burlar al rey, á quien, segun el judío, aun no habian participado la noticia de tu arresto.

—¡Daniel te aconsejó que escribieses á don Sancho! exclamó el jóven estupefacto.

—Sí, Daniel.

Don Pelayo permaneció pensativo sin saber si estaba despierto ó soñando. En aquella revelacion inesperada, su espíritu habia entrevisto, como á la luz de un relámpago, toda una trama horrible é infernal. Era indudable que el judío, de acuerdo con el rey ó don Sancho, habia tratado de indisponerle con su amada, excitando sus celos por medio del billete escrito por Florinda con un honroso objeto y hasta lisonjero para él, supuesto que la intencion de aquella habia sido salvar á su amante.

Y esta carta, escrita con tal intento, habia sido interpretada por él como epístola amorosa, gracias á las pérfidas é infames sugestiones del judío.

Todos estos pensamientos se agolparon en tropel á la mente del caballero, que ya se disponia á hacer algunas preguntas á Florinda con objeto, no de desvanecer sus sospechas, que ya no existian, sino de averiguar la horrible trama de que habia sido víctima.

Pero en aquel momento, un rumor sordo se dejó oir en el interior del aposento.

Los amantes cambiaron una mirada de sorpresa, y ambos se precipitaron hácia el punto en que habia sonado el ruido.

¡Cuál fué su estupor cuando despues de oir el seco crujido de dos ó tres muelles de acero con que quedó completamente oculta la entrada, vieron ante sus ojos á un hombre que se adelantaba encubierto y rebozado en su manto!

La más viva sorpresa se pintaba en el semblante del desconocido, que no esperaba encontrar despierta á Florinda, y mucho menos acompañada de don Pelayo.

Ya hemos dicho que la jóven, así como su padre el conde don Julian, habia recelado una segunda tentativa del monarca, el cual, ardiendo en impuros deseos, habia mandado construir secretamente, durante las altas horas de la noche, una puerta que se abria por medio de la presion de un muelle de acero.

No eran infundados los temores que habian asaltado al conde y á su hija, supuesto que el hombre que acababa de aparecer era el rey don Rodrigo, que intentaba sorprender á la jóven durante su sueño.

Hubo un instante en que reinó en la estancia el silencio más profundo.

Todos nuestros personages, inmóviles como estátuas, estaban embargados por la sorpresa y el espanto.

Don Pelayo, resuelto á todo y colocándose al lado de Florinda, miró si su espada salia con facilidad de la vaina.

El rey fué el primero que rompió aquel prolongado

silencio, dirigiéndose á don Pelayo con mal reprimida cólera.

—¡Cómo! ¿Y estais en mi palacio todavía? ¿Así cumplís las órdenes de vuestro rey?

—Señor, yo debo velar por la mujer que adoro, cuyo honor, calumniado por una horrible trama que acabo de descubrir, me impone la obligacion, como amante y caballero, de no apartarme un punto de su lado.

—¡Qué! ¿Sabeis?... murmuró el rey palideciendo y pensando que don Pelayo sabria tal vez la afrenta de Florinda.

—Sé que en este alcázar, repuso el caballero, hay personas infames que interpretan con siniestra intencion las acciones más inocentes de una noble doncella.

El rey se tranquilizó comprendiendo que don Pelayo aludia á la trama del judío, y que de seguro ignoraba su atentado de la noche del tumulto.

—Yo ignoro completamente esas calumnias.

—Pues lo extraño.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que quien sabe mandar construir puertas como la que acaba de daros paso á este aposento, no debe ignorar nada de lo que ocurra en su palacio.

—Vos no teneis el derecho de juzgar mi conducta.

—Pero tengo la facultad de pensar que no es digna de V. A.

—¿No puedo yo entrar aquí?

—¿Y no podíais hacerlo de una manera menos misteriosa?

—A veces el secreto es necesario.

—Para despertar en mi alma sospechas, que habia tenido la hidalguía de creer delirios mios, antes que desmanes vuestros.

—¡Silencio!

—Ya no son solamente las calumnias...

—Os repito, interrumpió el rey con voz de trueno, os repito que ignoro completamente esas calumnias; pero dado caso de que fuesen ciertas, debíais saber que aquí queda vuestro rey para velar por la seguridad del inocente y castigar al culpable; y en este supuesto ya que he sido clemente con vos, á pesar de vuestra evasion, deberíais haber obedecido mejor mis órdenes, saliendo esta misma noche desterrado de Toledo.

—No adivino la causa por qué he estado preso, y ahora soy desterrado; pero si es que V. A. me echa en cara su clemencia, yo tambien os recordaré que si hubiese estado cierta noche en el torreon de Santa Leocadia, tal vez no hubiérais salido del palacio de Harpalús.

A este recuerdo el rey se extremeció visiblemente.

—¿Conque vos fuísteis?...

—El que os salvó aquella noche.

—Me dijísteis que algun dia lo sabria...

—Y hoy ha llegado el caso de que lo sepais.

Don Pelayo fué en efecto el que, disfrazando la voz y cubierto el rostro con un antifaz, protegió al rey contra la agresion del conde don Julian en el palacio encantado, atribuyendo aquel su enojo á otra causa, pues el discreto conde se guardó muy bien de manifestar á Pelayo su deshonra.

El rey inclinó la cabeza, y no pudo menos de agrade-

cer en su corazon la nobleza de don Pelayo, á quien no aborrecia, y hasta se felicitó de la fuga de su primo, sin cuya circunstancia tal vez hubiera sido víctima de encubiertos enemigos en aquella mansion funesta. Así es que don Rodrigo sentia vivamente y le mortificaba, que la fatalidad hubiese abierto un abismo entre Pelayo y él, á consecuencia de la pasion que Florinda habia inflamado en su pecho. Y solo el recuerdo de su amor, que hace al hombre cruelmente egoista, pudo impedir en aquel instante que don Rodrigo no tendiese sus brazos á don Pelayo, antes por el contrario, con faz severa é imperioso acento, dijo:

—Aquella noche no hicísteis más que cumplir con la obligacion del leal vasallo, todos los demás fueron traidores á su rey, y yo os juro por mi corona que no ha de quedar piedra sobre piedra en este alcázar, guarida de mis más encarnizados enemigos. En cuanto á vos, me doy por satisfecho, gracias á vuestra conducta, con que ahora mismo salgais á cumplir vuestro destierro.

—Pues yo no me separo de aquí, repuso friamente don Pelayo.

A esta negativa, los ojos del rey se inyectaron de sangre, y la ira coloró de azul su rostro.

—Salid de aquí, yo lo mando, dijo furioso el rey poniendo mano á la espada.

—He dicho que no saldré, contestó resuelto el amante.

—¡Señor! murmuró Florinda saliendo de su estupor é interponiéndose con ademan suplicante entre ambos contendientes.

—¡Tal desacato á vuestro rey! Yo castigaré vuestra

loca audacia, exclamó don Rodrigo adelantándose hácia el jóven.

—Señor, repuso este, no me obligueis á sacar la espada.

—¡Contra mí la espada!

—Contra vos. Aquí somos dos hombres; no hay vasallo ni rey.

Don Rodrigo, ciego de cólera, se precipitó sobre el jóven guerrero, que desenvainando rápidamente, apenas tuvo tiempo de hacer una parada en cuarta.

El lance indudablemente iba á ser sangriento; pero en aquel instante resonó en la estancia una voz de trueno que decia:

—¡Infame! ahora no os escapareis de mi venganza.

Y así diciendo el conde don Julian, que era el recien venido, se precipitó espada en mano sobre el rey, estupefacto con aquella inesperada aparicion.

—Defendeos, vil tirano, causador de mi afrenta; vos habeis deshonrado á mi hija, y ahora pagareis con vuestra sangre tan nefando crímen.

El rey, pálido y demudado, como si tuviese un espectro delante de sí, envainó la espada y se cruzó de brazos, no osando levantar los ojos en presencia del noble é irritado conde.

—Defendeos, gritaba este, si no quereis que os mate como á un perro.

Don Pelayo empezó á comprender toda la horrible extension de su desgracia, cuando oyó las palabras de don Julian.

El enamorado caballero sabia ó sospechaba las tenta-

«¡Oh tierra!—esclamó D. Pelayo.—¡Ábrete, y trágame en tu abismo!»

tivas del rey, y habia creido por un momento que don Sancho era su rival; pero nunca, nunca pudo imaginar que el rey de España, tan noble, tan su amigo en otro tiempo, llegase hasta el extremo de cubrir de opróbio la noble frente de la más bella y pura de las vírgenes godas.

Es imposible pintar lo que el infeliz amante experimentó cuando adivinó que aquel amor, aquella mujer que él habia deificado erigiéndole un altar en su pecho, aquella blanca azucena, símbolo de pureza, habia sido encenagada por el rey, que aquel terso cristal habia sido empañado por su impuro aliento; es imposible, decimos, porque lo que padece el corazon humano en tales situaciones, lo siente, pero no puede explicarse.

El infeliz mancebo, pálido el semblante, oprimido el corazon, y con mil fantasmas de sangre en torno de sus ojos desencajados, tuvo necesidad de sostenerse contra la pared para no desplomarse en tierra como una masa inerte. Aquella idea le trituraba las entrañas, le enloquecia de ira, de celos y desesperacion.

Una lágrima de fuego abrasó su megilla, y un prolongado gemido resonó en las cavidades de su pecho destrozado.

—¡Oh tierra! exclamó mesándose sus cabellos. ¡Ábrete, y trágame en tu abismo!

Y como el tigre se lanza sobre su presa, así espada en mano se arrojó don Pelayo sobre el rey, que, inmóvil y trémulo como el reo en presencia del juez, aguardó aquella vigorosa acometida.

Don Pelayo entonces se detuvo, miró al rey de alto abajo, y envainando su acero, murmuró:

—Su muerte solo aumentará sin aliviarlo el peso de la amargura que oprime mi corazon; yo faltando á la ley de vasallo, olvidaria mi deber de caballero.

Y dirigiéndose á don Rodrigo, exclamó:

—¡Que os avergüence mi conducta, si queda algun resto de pundonor en vuestro corazon de tirano!

Florinda en tanto contemplaba á su amante con ansiedad indecible, y fijos en él sus ojos, parecia querer expresarle toda su ternura, y al mismo tiempo todo el martirio y el rubor que le causaba la crueldad de su destino.

Tambien los ojos del desdichado jóven se encontraron con los de su amada con una expresion tal, de amor y de tristeza, que parece imposible que el semblante humano tenga en sus movimientos tan significativa elocuencia.

Era aquella la mirada de la amante esposa que moribunda se despide para siempre de su esposo, ó la postrer mirada, inexplicablemente dolorosa, del padre que en el lecho de muerte abandona á su hijo, todavía inexperto, que necesita del apoyo del que le dió el ser. No hay palabras capaces de explicar el torbellino de encontrados afectos que se revelaron los desgraciados amantes en aquel momento supremo en que una mirada de amor y una lágrima de fuego agotó el diccionario del lenguaje del sentimiento.

—¡Adios, Florinda! ¡Hasta el cielo! exclamó don Pelayo entre sollozos.

—¡Adios! repuso la hermosa jóven llorando amargamente. ¡Adios! Pelayo.—Adios.

Y cayó desmayada en los brazos de su padre, que acudió á sostenerla.

Don Pelayo se alejó silenciosamente de aquella estancia, tumba de sus más queridas ilusiones.

Al salir lanzó al rey una mirada de relámpago que le hizo extremecerse hasta la punta de sus cabellos.

Don Julian, tomando en sus brazos á la infeliz Florinda, que habia perdido completamente el sentido, fué á colocarla en su lecho, no sin disparar al aturdido monarca una mirada oblícua, que daba bien á entender el rencor de que estaba impregnada su alma.

Instantes solamente tardó el conde en dejar á su hija bajo el cuidado de Clotilde; pero por rápida que fué su ausencia, cuando se volvió hácia el rey con intento de buscarle el corazon con su espada, ya don Rodrigo habia desaparecido como una sombra.

Ciego de furor el conde registró, aunque inútilmente, todo el aposento, y en seguida salió á la galería, desde cuyo extremo se volvió al lado de su hija, ardiéndole en ira el corazon por la inutilidad de sus pesquisas.

Florinda, que empezaba á volver en sí de su desmayo, le indicó á su padre que el rey habria desaparecido por la puerta secreta, cuya existencia acababa de saber aquella misma noche.

En vano, apartando las colgaduras, intentó el conde encontrar los resortes de la misteriosa puerta.

Por fin, desistió de su propósito, recelando alguna nueva asechanza del rey, la cual pudiera ser un obstáculo invencible para su proyectado viaje, que, á toda costa y á pesar del estado de Florinda, debia verificarse sin dilacion alguna. En efecto, no se equivocaba don Julian; la más mínima tardanza podia ser en extremo peligrosa.

Pocos momentos despues resonó el galope de dos caballos que se alejaban de los muros de Toledo.

En ellos cabalgaban el conde y Gumildo, el primero llevando en sus brazos á su hija, y el segundo á su amada Clotilde.

CAPITULO XI.

El hábito no hace al monge.

La noche estaba oscura y fria.

Un hombre se deslizó como una sombra por una de las calles más apartadas de la ciudad de Toledo. En la extremidad de la calle veíase delante de un crucifijo una lamparilla que esparcia en torno una luz agonizante y trémula. A los dudosos rayos de aquella luz podia distinguirse por su hábito, que aquel hombre era un monge que iba sin duda á auxiliar á algun moribundo. Así al menos se lo dijo al centinela que guardaba las puertas de la ciudad, el cual, no dudando de la verdad de sus palabras, dejó salir al monge sin más explicaciones.

Grande fué, al parecer, su gozo al verse libre en el campo. Entonces volvió sus ojos impacientes hácia las torres del alcázar de don Rodrigo, y así permaneció por mucho tiempo inmóvil como una estátua y fija la mirada en un punto.

Mil fantasmas brillantes, mil halagüeños delirios cruzaban por su mente, que infundian en su pecho nuevo aliento y firme resolucion para llevar á cabo una de esas árduas empresas de vida ó muerte en que las pasiones, ó el destino, más poderoso que ellas, suele empeñar á los hombres sin facultad de retroceder y sin dejarles más esperanza que vencer ó morir en la demanda.

Ya se contemplaba ufano y alegre transportado á los deliciosos vergeles que baña el Guadalquivir, donde, teniendo por bóveda aquel cielo de zafiro y por alfombra prados de esmeralda sobre los que formaban expléndidos mosáicos los varios y ricos colores de blancas azucenas, rosas purpurinas y morados lirios, estrechaba contra su corazon á la estrella de su cielo, al sol de su noche, al ídolo de su amor, respondiendo latidos á latidos sus senos palpitantes de felicidad.

Ya se nublaba su frente bajo el peso de un pensamiento sombrío. Creía verse en un oscuro calabozo herido y moribundo, mientras que otro hombre más afortunado gozaba del amor y las caricias de su adorada. Y esta idea le aterraba como un espectro ensangrentado, le oprimia el corazon como la losa de un sepulcro, la sangre se helaba en sus venas, y sentíase desfallecer de terror y de amargura.

Empero sacudiendo su cabeza con un ligero extremecimiento y pasando su mano por su turbada frente, dijo para sí:

—De mi actual resolucion depende el destino de mi vida.

Y tranquilizado, al parecer, con esta reflexion, todas

las imágenes, ora brillantes, ora sombrías, que habian agitado su espíritu, desaparecieron de su mente, recuperando el sentimiento de la realidad.

Era evidente que aquel extraño personage, á tales horas, en semejante sitio, aguardaba alguna señal misteriosa que fuese como la voz preventiva para llevar á cabo su peligroso intento.

Pero las horas pasaban y la señal no aparecia.

Era la hora en que el avaro hace la guardia á su amado tesoro esperando con ansia la luz del nuevo dia. Era la hora en que tambien el enamorado caballero ronda las rejas de su dama entonando dulces cántigas de amor; ó en que el bandido, ayudado de las tinieblas y el sueño, espera receloso y atrevido saciar su codicia de riquezas y tesoros. La dicha y el dolor, el crímen y la virtud velan juntos en el silencio de la noche.

Pero si las pasiones estaban despiertas é irritadas en el agitado corazon de los míseros mortales, la naturaleza en cambio yacia sumergida en el reposo y el misterio. Ni un ruiseñor cantaba, ni un insecto se movia, ni una brisa suspiraba entre las flores.

La noche, acompañada de sus antiguos hijos, la soledad y el silencio, como un Dios disfrazado y cubierto el augusto semblante con velos de tinieblas, sentada en su trono de ébano, extendia el pesado cetro del olvido sobre el Universo callado, cual si la naturaleza hubiese hecho una pausa en el eterno movimiento que la anima.

El monge no podia menos de comparar la borrascosa turbacion interna que le devoraba, con la solemne calma y quietud apacible que el orbe dormido le ofrecia.

De repente sus ojos lanzaron una llamarada de júbilo.

Una luz habia aparecido en una de las más altas torres del real alcázar. Aquella luz era la señal convenida, tanto tiempo esperada, y que brillaba para él como una estrella de esperanza, como un faro salvador.

Pocos momentos despues sonó el lento y compasado rumor de las pisadas de dos caballerías. Este rumor se aproximaba cada vez más, hasta que por fin el que estaba de aguardo descubrió otro hombre tambien con hábito de fraile, el cual era sin duda su lego. Este llevaba del diestro dos poderosas mulas.

—¿Por fin se realiza el viaje esta noche? preguntó el monge.

—Muy pronto deberán pasar por este sitio, repuso el lego.

—Convendria ocultarnos. ¿No te parece?

—Creo que será muy prudente tal precaucion.

Y así diciendo, se dirigieron hácia un lado del camino, en donde habia unos frondosos olmos cuya espesura hacia aquel lugar muy á propósito pára una encubierta cita.

Habian andado como unos cien pasos, cuando deteniéndose el lego, dijo:

—Este es el sitio señalado.

—Perfectamente elegido, repuso el monge.

—Desde aquí podemos ver sin ser vistos todos los que pasen por el camino.

—Oye, la luz ha desaparecido, dijo el monge fijando sus ojos en la elevada torre.

—Eso es señal de que muy pronto se nos reunirá Bermudo.

—¿Sabe él que le aguardamos fijamente en este lugar?

—Sin duda alguna.

Ambos permanecieron silenciosos y como absortos en sus pensamientos; pero en realidad no hacian otra cosa que mirar atentamente por el camino, que blanqueaba en la oscuridad enfrente de ellos.

Mucho tiempo estuvieron en acecho sin que nada pudiese indicarles la aproximacion de las personas á quienes aguardaban, segun se deducia del anterior diálogo.

Ya comenzaban á impacientarse, cuando una masa negra se destacó vigorosamente en el camino. Aquella masa parecia dotada de movimiento, y se adelantaba rápidamente hasta llegar á emparejar frente por frente del sitio en que observaban ocultos el monge y el lego.

Entonces pudieron distinguir una especie de litera muy semejante en su forma á las que usaban los romanos los cuales las preferian por su comodidad y buena forma á las literas construidas en España.

Detrás del carruage seguian cinco hombres á caballo.

—¡Ellos son! exclamó gozoso el lego.

—¡Ella es! dijo el monge radiante de alegría.

Y volviéndose al lego, exclamó:

—¡A caballo! ¡A caballo!

—Pero, ¿y Bermudo? observó el lego.

—¡Vive Dios! Tienes razon. ¿Pero tardará mucho?

—Pronto deberá llegar.

—¡Oh! ¡Si perdemos la pista!

—No os inquieteis; Bermudo debe tardar muy poco, y ademas él sabrá adónde se dirigen.

—Es cierto; esperemos.

Casi al concluir de pronunciar estas palabras resonó el galope de un caballo, que separándose del camino, se dirigia recto como una bala hácia el sitio donde se hallaban los religiosos.

—Buenas noches, caballeros, dijo el recien llegado.

—Dios os guarde, Bermudo, respondieron los monges.

—¿Habeis visto pasar la litera?

—Sí, y á fé que ya os estábamos echando de menos.

—Pues no he tardado, á fé mia.

—¿Y adónde va por fin?

—No he podido saberlo.

—¡Cómo! ¿Es posible?

—Han sido tan reservadas las órdenes que ha recibido Benjamin, que á nadie ha querido participarlas.

El monge pareció muy descontento al oir tales palabras.

—Pero no os inquieteis por eso, añadió Bermudo.

—¿Pues no me he de inquietar? ¿No conoces que todo nuestro proyecto viene á tierra con ese contratiempo?

—¡Bah! Hay remedio para todo.

—No comprendo...

—Es muy fácil. Si no lo sabemos á la primera jornada, lo sabremos á la segunda.

—¿Y quién ha de preguntarlo?

—Yo.

—¡Vos!

—Sí, señor, yo. Habeis de saber que no habiendo podido conseguir que Benjamin se expontaneára respecto al

punto y objeto de la marcha, he podido lograr siquiera ser nombrado uno de los dos escuderos que deben acompañarla.—Es verdad, añadió, que soy el segundo y que voy bajo sus órdenes; pero no hay cosa como un camino para que la gente hable y diga más de lo que nosotros necesitamos.

—¿Vos sois lugarteniente de Benjamin?

—Sí, señor.

—Si es así, eso ya es otra cosa. Pero, ¿cómo habeis venido aquí sin que os echen de menos?

—Fingí que se habian aflojado las cinchas de mi caballo, eché pié á tierra para apretarlas haciendo la entretenida, y cuando ví que se habia alejado bastante la litera, empecé á andar muy despacio...

—Pues si habeis venido á galope, interrumpió el religioso.

—No importa eso para haber venido muy despacio hasta cerca de este sitio. Cuando distaba como unos cuatrocientos pasos de aquí, puse el caballo á galope para que, si por casualidad me veían ó se habian detenido esperándome, creyesen que mi caballo en la velocidad de su carrera se habia apartado del camino. Esto es muy frecuente y muy natural.

—Perfectamente. ¿Pero ahora, qué deberemos hacer?

—Vosotros debeis seguirnos á cierta distancia hasta que llegue el momento de obrar; por lo que á mí toca, voy á incorporarme inmediatamente á la litera antes que puedan entrar en sospechas.

—¿Y cómo sabremos cuándo llegará el momento oportuno?

—Yo procuraré daros aviso, y quedad con Dios, que se hace tarde.

Y sin más Bermudo partió al galope á reunirse, como habia dicho, con la extraña comitiva que le precedia.

El monge y el lego cabalgaron en sus mulas, y empezaron tambien á caminar en la misma direccion, si bien muy despacio.

No es nuestro propósito seguir exactamente los pasos de los personages que acabamos de poner en escena. Así, pues, nos limitarémos á decir que, despues de muchos dias de viaje, se detuvo la litera delante de un magnífico palacio situado á orillas del Guadalquivir junto á una hermosa ciudad, predestinada para ser muy en breve el emporio de las ciencias y las artes, la Roma musulmana, la Atenas de Occidente, que admiró al mundo con sus guerreros y lo ilustró con sus sábios.

No es dificil que adivine el lector que hablamos del famoso palacio que á orillas de Bétis mandó construir Theodofredo, padre de don Rodrigo y duque de Córdoba, en cuya ciudad murió el desdichado en una prision, despues de haberle sacado los ojos de órden del rey Witiza.

Aquel suntuoso palacio, cuya memoria ha llegado hasta nosotros, fué aumentado y ornado expléndidamente por don Rodrigo, haciendo de él una mansion encantadora, de esas que nos describen los libros de caballería.

Allí se alojó la noche á que nos referimos la misteriosa dama que iban siguiendo nuestros monges.

La luna rielaba sus rayos nacarados sobre el líquido cristal del sereno rio.

Al norte levantaban su frente coronada de eterna verdura los famosos montes Marianos.

Por manera que la ciudad puede compararse á una hermosa odalisca que reclina su cabeza en la florida falda de la sierra, y cuyos piés besa humilde el rey de los rios, *en fama claro, en ondas cristalino* (1), segun la bella expresion de un poeta cordobés.

Dos dias llevaba de descanso en Córdoba la misteriosa cabalgata que hemos venido siguiendo desde su salida de Toledo.

Era más de la media noche, y densas nubes encapotaban el firmamento iluminado de vez en cuando con la fosfórica luz de algunos relámpagos.

Un hombre se deslizó junto á la iglesia de San Jorge, edificada en el mismo sitio en que habia estado el templo de Jano en tiempo del Paganismo, y en donde ahora está la célebre y maravillosa mezquita árabe.

El hombre se dirigió hácia el puente de Julio César, y habiendo pasado al otro lado del rio, penetró en un parage solitario donde proyectaban sus sombras multitud de gigantescos pinos de la especie llamada *alerce*, de que en lo antiguo fueron muy abundantes aquellas inmediaciones.

El desconocido vaciló algun tiempo, hasta que orientándose, pareció buscar un sitio determinado de antemano. A los pocos pasos se detuvo ante un enorme pino, y recostado en su tronco, tomó la actitud resignada de un hombre que aguarda una cita.

---

(1) Góngora.

Pocos momentos despues aparecieron dos sombras en la oscuridad, que se adelantaron lentamente hácia el punto en que aguardaba el solitario personage. Inútil es decir que los recien llegados no eran otros que el monge y su lego.

—A fé que habeis sido puntual, Bermudo, dijo el religioso.

—Tengo grandes noticias que daros, repuso el escudero.

—Decid, amigo Bermudo, decid.

—Anoche me manifestó Benjamin que en el palacio donde ahora habitamos habia conservada una jaula de madera con grandes barras de hierro, en la cual habia perecido el duque Theodofredo. Me propuso si queria verla antes de que fuese ocupada de nuevo, puesto que el rey habia condenado á una persona á que eternamente viviese allí prisionera...

—¡Os ha dicho eso! interrumpió el monge.

—Así me lo ha dicho.

—¿Y no sospechais quién será esa persona condenada á tan cruel suplicio?

—Ya podeis adivinarlo.

—¡Ella!

—No tengo duda.

—¡Oh! Me ha vendido, exclamó el religioso, Benjamin me ha engañado; pero yo me vengaré.

Los tres misteriosos interlocutores permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

De repente sonó un ruido sordo de pasos y palabras pronunciadas en voz baja, que los sacó de su distraccion.

Temiendo ser espiados, pasearon en rededor sus ojos inquietos, y procuraron ocultarse en la espesura á favor de los gigantescos pinos que decoraban aquel recinto.

Los aparecidos, que eran dos, pasaron casi rozando con nuestros tres interlocutores.

Cuando los nuevos personages se hubieron alejado algun tanto, sin interrumpir su conversacion, exclamó Bermudo:

—Que me ahorquen, si no es Benjamin uno de los que iban hablando.

—Yo tambien lo he conocido, dijo el religioso.

—Él es sin duda alguna, añadió el lego.

—¿Qué significará esta conferencia?

—Es una casualidad admirable.

—Pues yo me decido á saber el objeto de esta entrevista, dijo el monge.

—Debe ser muy importante, observó Bermudo.

—¿Y cómo se puede saber su intento? preguntó el lego.

—Muy fácilmente. Mirad, mirad, allí se han detenido al pié de aquella peña. Aguardadme aquí, yo daré la vuelta y procuraré colocarme detrás de ellos para oir todo lo que hablen.

Y así diciendo, el monge se dirigió rápidamente á emboscarse detrás de Benjamin y su compañero sin que mediase más espacio que la peña, de modo que podia oir sin temor de ser visto.

—¿Pero cómo has sabido mi paradero, Benjamin? preguntaba al esclavo del rey su compañero, que, segun todas las trazas, hablaba como un antiguo conocido.

—Desde Toledo sabia yo que estabas en Córdoba, amigo José.

—¿Y cómo es que has prosperado tanto?

—El rey como ya te he dicho, me honra con su confianza, encargándome ciertas comisiones que son de algun provecho.

—Pues te felicito sinceramente por tu buena fortuna.

—Te lo agradezco mucho, y en prueba de ello quiero hacerte partícipe de mi buena estrella.

—¿Y cómo podrás hacer tal milagro?

—Para ello necesito contar con tu lealtad y discrecion.

—Y con la mia, refunfuñó el monge.

—Nada tengo que decirte, repuso, José, sino que ya me conoces mucho tiempo hace.

—Pues escucha...

Benjamin se detuvo, paseó alrededor una mirada investigadora, y convencido de que nada tenia que temer á tales horas, y en semejante sitio, se dispuso á continuar su importante revelacion.

Inútil es decir que el monge estaba todo hecho oidos.

—Has de saber, continuó Benjamin, que el rey don Rodrigo ha confiado á mi vigilancia un alto personage sobre el cual tengo mis instrucciones, y además recibí el encargo de hacer ciertas diligencias para descubrir si existe en buen estado una jaula de hierro...

—¡Ah! Ya comprendo, interrumpió José; se trata de la jaula en que murió el duque Theodofredo.

—Lo has adivinado. El rey tiene grande interés en saber esto y otras cosas, de las cuales le doy cuenta por

medio de una carta. Ahora bien, yo necesito un mensagero fiel que ponga en las reales manos la mencionada epístola, y creo que nadie mejor que tú pudiera desempeñar un encargo semejante, que te podrá valer algunas libras de oro, á más de la gracia del rey.

—Estoy dispuesto á servirte.

—Además, quisiera que entregases otra carta á nuestro gran sacerdote Samuel.

José pareció algo turbado á esta noticia.

—¿Sabes tú tambien de lo que se trata? preguntó.

—¿No soy ante todas cosas israelita? repuso Benjamin.

—Nosotros hemos recibido estos dias un mensage oculto, encargándonos que estemos preparados á tomar las armas cuando llegue el momento oportuno.

—Y todos los judíos de España habrán recibido á estas horas un mensage igual al que refieres.

—Pero segun yo imagino, Benjamin, el rey no deberá saber nada de esto.

—Precisamente te iba hacer la misma observacion.

—Como tú estás tan entregado á su servicio...

—Como tú lo has estado tambien en otro tiempo...

—Pero ahora es muy distinto, puesto que se trata nada menos que de nuestra nacionalidad, de nuestra independencia.

—Pero ahora tambien se trata nada menos que de ganar algunas libras de oro, lo cual en nada puede impedir que deseemos ardientemente romper nuestras cadenas.

—¡Ah! Ya he comprendido tu manera de ver este asunto.

—Veamos.

—Es decir que una de tus cartas debe ser presentada al rey, el cual deberá ignorar de todo punto que yo soy portador de otra carta para el príncipe de los sacerdotes.

—Lo has entendido perfectamente.

—Con lo cual no somos traidores, y...

—Y ganamos dinero.

—Serviremos al rey y á nuestra causa.

—¡Eso es! Serviremos al rey hasta que su trono se hunda para siempre, dijo en tono profético Benjamin.

—¡Hola! pensó para sí el monge, esta gente es más despierta de lo que parece, pues intentan comer á dos carrillos.

—Ahora bien, continuó Benjamin, ¿estás dispuesto á ser el portador de las susodichas cartas?

—Ya te he dicho que sí, repuso José.

—Pues es preciso que salgas esta misma noche para Toledo.

—¡Pardiez! Mucha prisa es esa.

—Es indispensable.

—Pues si no hay remedio, sea así.

—Es inútil repetirte que se necesita proceder con la mayor circunspeccion; y la prueba es, que te he traido á este lugar apartado y solitario para que el sigilo más absoluto cubra para siempre nuestros designios.

Una sonrisa imposible de describir contrajo los labios del monge cuando oyó tales palabras.

Benjamin volvió á decir:

—Toma esta bolsa para el camino y las cartas; la que

está escrita en hebreo es para el gran sacerdote Samuel; la otra, como ya sabes, es para el rey.

—Está muy bien.

—Ahora yo te proveeré de un magnífico caballo. Mira, me parece que sería oportuno el que te disfrazases de guerrero.

—Si me das la armadura no hay inconveniente.

—Descuida sobre eso.

Y sin más, ambos personages se dirigieron á buen paso hácia la ciudad, dejando atónito al monge, que no habia perdido ni una sílaba de aquel importantísimo diálogo.

Y saliendo de su escondite marchó en seguida á reunirse con sus compañeros, esto es, Bermudo y el lego, que le aguardaban ya impacientes por saber el resultado de aquella extraña aventura.

—¿Qué tenemos de nuevo? preguntó Bermudo.

—Que es indispensable que yo entre esta noche en el palacio de Theodofredo, dijo el monge.

—Pues es cosa más difícil de lo que pensais.

—Nada hay dificil para la astucia ó la audacia, repuso resueltamente el religioso.

—¿Pero no considerais que podrán reconoceros?

—La santidad del hábito que visto me abrirá un camino por medio de todas las dificultades.

—¿Y de qué manera? ¿No veis que es imposible?

—¡Imposible! ¿Pues qué, se atreverán á impedir á la reina que confiese?

Excusado es decir que la reina era la misteriosa dama de la litera.

—¡Ah! exclamó Bermudo casi vencido; pero al instante objetó:

—¿Y quién le ha de decir á S. A. que es necesario que se confiese esta misma noche?

—Vos.

—¡Yo! ¿Y si sospechan?

—Son vanos vuestros temores; vos podeis ver á la reina, y explicarle en dos palabras la necesidad que tengo de hablarle; pronunciad mi nombre, y estad seguro de que dará su permiso. El trato es trato, amigo Bermudo; os habeis comprometido á servirme, y es preciso que hagais lo que acabo de proponeros. Vamos, vamos.

No habia medio de resistir á las razones del monge, que comenzó á andar resueltamente hácia el palacio, seguido del atónito Bermudo y de su impasible lego.

—Ellos, decia el monge para sí, tienen por precision que detenerse algun tiempo en preparar el caballo, buscar la armadura, que será de las mismas que hay en el palacio, limpiarla, vestírsela el mensagero, en fin, durante estos preparativos, es indispensable que yo esté á solas diez minutos con S. A.

Tales raciocinios eran efectivamente muy exactos, y el monge tenia la suficiente fuerza de voluntad para llevar á cabo su atrevido intento. Por otra parte, si su conversacion con la reina era más larga de lo que pensaba, su dignidad, y sobre todo, la capucha de su hábito, lo ponian á cubierto de toda sospecha y de toda mirada investigadora.

Así, pues, ordenó á Bermudo que se adelantase á prevenir á la reina, conviniendo antes en el punto en que debia esperar su contestacion.

Bermudo atravesó el puente, y siguiendo la corriente del rio por la márgen derecha, llegó en breves instantes al palacio de Theodofredo, donde encontró á la reina Egilona, que acababa de dar sus órdenes para recogerse.

El monge en tanto seguia el mismo camino, acompañado de su lego y sumergidos ambos en el más profundo silencio. Por fin se detuvieron como á unos cincuenta pasos del palacio en el sitio convenido de antemano con el escudero Bermudo.

No se hizo este esperar mucho tiempo, pues salió á los pocos momentos muy satisfecho de su comision á participar la nueva feliz al monge, que inmediatamente siguió al escudero que debia servirle de introductor y de guia en aquel portentoso palacio.

El lego permaneció oculto en el mismo sitio con la consigna de espiar las personas que entrasen ó saliesen durante la ausencia del monge, tan previsor como resuelto.

Bermudo y el monge subieron por la escalera principal, y atravesando una série de magníficos salones expléndidamente adornados con cuantas preciosidades inventó el lujo y la molicie llegaron cerca del aposento de la reina, sin haber encontrado alma viviente.

—¿Le habeis dicho mi nombre, Bermudo? preguntó el monge.

—No, repuso el escudero; solamente os he anunciado como un religioso que queria hablarle, y se ha manifestado S. A. muy complacida por esta nueva.

Bermudo se adelantó para anunciar á la reina la llegada del ministro del Altísimo que debia esparcir en

aquella estancia el consuelo, la paz, y la tranquilidad de la religion, bálsamo suave para todas las amarguras de la vida.

El aposento de la reina, que era un espacioso salon, tenia todo el aspecto de un oratorio.

Hallábase Egilona reclinada en una otomana, vestido un blanco brial de seda, cubierta la cabeza con un velo negro, y con actitud pensativa y triste. Frente por frente de donde se hallaba sentada, veíase un devoto crucifijo de marfil sobre una mesa de mármol, delante de la cual pendia una lámpara de oro de exquisita labor, en cuyo seno nadaba una luz que esparcia sus trémulos rayos en la suntuosa morada.

Bermudo, despues de haber introducido al religioso, permaneció en las antecámaras observando si aparecia el temible Benjamin.

—Bien venido seais, padre, dijo la reina con piadoso acento.

—Señora, repuso el religioso, siento interrumpir á V. A. en sus meditaciones; pero la naturaleza del caso que me trae á vuestros pies, no permite la más mínima dilacion.

El monge se arrodilló y besó la mano de la reina con una emocion tan profunda que no dejó de chocar á Egilona, que dijo:

—Levantaos, padre, y decid la causa de esta visita inesperada.

El religioso se levantó diciendo:

—El tiempo vuela, señora; bien pronto volverá ese odioso esclavo Benjamin, ciego instrumento de la cólera

de un esposo que es vuestro verdugo. Antes que puedan sorprendernos, escuchad la manera cómo he conseguido averiguar la terrible desgracia que os amenaza.

—Padre mio, soy muy desventurada, no puedo negarlo; he sido repudiada por mi esposo, pero no sé qué nuevos peligros puedan amenazarme. Ya he agotado toda la amargura del infortunio.

—¿Qué nuevo peligro preguntais? El más terrible, el más inaudito, el más inminente. No contento vuestro esposo con haberos humillado hasta el extremo, intenta condenaros á una prision eterna, es decir, á enterraros viva, y para despues de algun tiempo os tiene reservado el mismo fin de Witiza en la torre de Santa Leocadia.

—¡Qué horror! exclamó la reina. ¡Qué horror!

Y permaneció algun tiempo aterrada por aquella espantosa revelacion.

La infeliz Egilona nunca esperaba que llegase su esposo á tal extremo de crueldad con la que en otro tiempo habia sido el objeto de sus adoraciones.

—¡Imposible! ¡imposible!—Perdonad, padre mio si me parecen demasiado terribles vuestras palabras.

—Son ciertas, repuso solemnemente el monge; acabo de oir una conversacion entre el esclavo Benjamin y otro judío, y han hablado de cierta jaula de hierro funestamente célebre y destinada por órden del rey para servir de tumba á otra persona.

La reina, de pálida que estaba, se puso lívida al vislumbrar el terrible porvenir reservado á su amor, á su hermosura y juventud.

—En este mismo momento, continuó el religioso, va

á salir un mensagero con dos cartas, una para el rey y otra para el sumo sacerdote de los judíos. En esta última Benjamin hace traicion al rey.

—¿Y cómo habeis sabido todo eso?

El monge refirió á Egilona punto por punto todo lo que habia sorprendido en la misteriosa conferencia que ya conocen nuestros lectores.

—Debeis temerlo todo de vuestro esposo, añadió el monge, teneis pruebas irrecusables. Además, V. A. no conoce, como yo, un terrible secreto relativo al esclavo Benjamin.

—¿Qué secreto?

—V. A. habrá oido decir que el rey Witiza murió envenenado en la torre de Santa Leocadia; pues bien, Benjamin, de acuerdo con vuestro esposo, fué su envenenador.

—¿Y ahora temeis?...

—Temo con sobrada razon que sus tenebrosos manejos se dirijan á hacer lo mismo con V. A.

—¿Y creeis que se atreva á cometer un semejante atentado? ¡El! ¡Rodrigo, mi esposo, el más rendido de los amantes en otro tiempo!

—Se atreverá, no lo dudeis.

—¿Y mis deudos no tomarán mi defensa?

—Será tardía.

—¿Y no temerá que el pueblo godo despedace su corona?

—El pueblo godo está tan envilecido como su rey.

La reina permaneció algun tiempo silenciosa.

Despues dijo:

—No, padre mio, en vano temeis tales peligros; la solicitud de vuestro fiel corazon es la que os inspira ese inútil terror. ¿No me ha separado ya de su mesa y de su lecho? ¿Qué más quiere? ¿Por qué ensañarse más contra una pobre y débil mujer que, á pesar de todo, aun le perdona y le ama?

El monge suspiró dolorosamente al oir estas sentidas palabras.

—¿Por qué atentar contra mi vida? continuó la reina sollozando.

—¡Oh! Descuidad, señora, que en tanto que yo viva no han de lograr su criminal intento.

—¿Y no considerais que os exponeis á una muerte segura.

—¿Y no sería una dicha para mí dar la vida por vuestra libertad?

—Sería un sacrificio inútil: ni la fuerza ni la astucia podrán salvarme, si se empeñan mis verdugos en perderme. El poder está en sus manos, nada conseguiremos con la violencia, solo la voluntad de mi esposo podrá devolverme mi decoro y mi libertad.

—No la espereis jamás de don Rodrigo.

En ese caso solo un hombre pudiera salvarme.

—¡Oh! Nombrádmelo, señora.

—El conde don Julian.

A este nombre pareció el monge visiblemente sorprendido.

—¡Don Julian! exclamó retrocediendo.

—Pero, añadió la reina mirando fijamente al religioso, resuelvo no luchar con mi destino; si está determina-

do que yo sucumba al veneno ó al puñal, el cielo perdone á mi esposo como... yo le perdono.

—¡Muger sublime! murmuró el monge.

—Si buenamente puedo evitar mi desgracia lo haré, pero nada más.

—¿Quereis defenderos y no ofender?

—Sí.

—Loable resolucion.

—Pero para defenderme necesitaba estar al corriente de todo lo que se maquina en torno mio. ¡Si yo tuviera cerca de mí al médico Daniel!

—¿Os enteraria de todo, no es verdad?

—Sin duda alguna.

—Pues descuidad, señora, que yo os juro velar por V. A. Como el querubin de Dios guarda la puerta del Paraiso, así guardaré yo vuestra preciosa existencia.

—Entonces decidme vuestro nombre para que yo sepa á quién debo agradecer tanta lealtad.

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció Bermudo todo pálido y demudado, el cual hizo al monge una seña que significaba:

—«Salid pronto de aquí, si no quereis que os descubran.»

El monge comprendió perfectamente aquella seña.

—Adios, señora, dijo; sería peligroso permanecer por más tiempo en este palacio.

—¿No me decís vuestro nombre?

—He tenido la sin par ventura de oirlo pronunciar á V. A. hace muy poco tiempo.

Y así diciendo, el venerable religioso echó atrás la

«¡Daniel exclamó la reina reconociendole.»

capucha, y arrancándose la blanca y espesa barba postiza que le cubria el rostro, preguntó:

—¿Me conoceis?

—¡Daniel! exclamó la reina estupefacta.

—Sí, Daniel, que vela siempre por vos; tened confianza en mí.

Y volviéndose á cubrir el rostro, desapareció rápidamente.

CAPITULO XII.

El mensagero.

Cuando Daniel salió del palacio de Theodofredo acababa de oirse el galope de un caballo, circunstancia que hizo entrar á Bermudo para avisar al monge de que muy pronto llegaria Benjamin. Así sucedió en efecto.

No bien hubo llegado el monge al sitio en que le aguardaba su lego, cuando vieron cruzar una sombra que penetró en el palacio. Era el esclavo Benjamin, que acababa de despedirse de su amigo y correligionario el mensagero José.

Daniel se informó de su lego acerca de la direccion que habia toma el portador de las dos epístolas.

Y en seguida se marchó á su alojamiento, se vistió una finísima cota de malla, se ciñó una magnífica espada de Toledo, y mandando preparar un soberbio caballo, se dispuso á partir en seguimiento del mensagero, no sin dejar antes ámplias instrucciones á su lego, á quien por tal hemos tenido hasta ahora.

Aun no se conocia el sistema actual de carreteras, así que el principal vehículo de comunicacion en aquella época consistia en el noble bruto consagrado al estruendo de la guerra. El caballo era un accidente, mejor diríamos, un atributo, una necesidad para el noble ó el guerrero. En aquellos tiempos la veneracion á los caballos llegaba á un extremo tal, que difícilmente comprenderíamos hoy. Y así como en algunas tríbus de la India sacrifican las mujeres y esclavos más queridos de los príncipes y magnates, dejándose abrasar en la misma pira que ha de devorar el cadáver de su esposo y señor, del mismo modo, cuando acontecia la muerte de un campeon, su caballo de batalla solia ser enterrado á la par que su dueño, despues de haberle acompañado hasta la tumba, despalmados los cascos, vertiendo sangre por ellos, y adornado con fúnebres paramentos.

No existian entonces tantos caminos como ahora; pero los pocos que habia cruzaban el mundo del uno al otro confin. Hablamos de las antiguas vias romanas.

En la época de nuestra historia, á pesar de las irrupciones de los bárbaros del norte, que como un torrente asolador todo lo destruyeron, aun se conservaba en buen estado la antigua vía *emeritense*, que atravesando los montes Marianos, se dirigia á la ciudad de Mérida, convento jurídico de los más insignes en tiempo de los romanos. Este fué el camino que tomó el judío enviado por Benjamin.

Daniel, muy conmovido por la conversacion que habia tenido con la reina, no podia apartar de su memoria la imágen de aquella mujer tan hermosa como desdichada.

Recordaba con delicia que ella pensaba en él, que habia pronunciado su nombre, y que habia manifestado que el médico podia serle útil.

A la verdad que tal manifestacion no daba lugar, ni remotamente, para concebir la más mínima esperanza de ser amado; pero bastaba que esta pensase en Daniel para que este se creyese el más dichoso de los hombres.

No consideraba la distancia inmensa que separaba al uno del otro, la virtud de Egilona, en fin, la imposibilidad de su amor. La pasion es tanto más ciega cuanto son más desatentadas é irrealizables sus pretensiones.

José, entre tanto, aprovechando la oscuridad de la noche que le permitia ganar terreno sin despertar sospechas, se entregaba con delicia al galope de su caballo, porque la rapidez de una carrera, el viento que zumba en nuestros oidos, y esa ilusion óptica en que parece vemos todos los objetos agitarse y confundirse, tienen su voluptuosidad especial, que excita, conmueve y entusiasma.

Daniel, que, á fuer de enamorado, llevaba muchas ideas en la cabeza, iba meditabundo, y como meditando no se puede correr, dejó su caballo al paso.

Siguiendo una antigua costumbre en él, lo primero que hizo fué trazarse un plan de operaciones á fin de conseguir más fácilmente su intento. Cuando, despues de haberse preguntado y examinado á sí mismo con toda la severidad que pudiera hacerlo un juez, hubo satisfecho á sus preguntas, disipado sus dudas y aprobado los medios de que pensaba valerse, entonces, no teniendo nada en que pensar, ó dando tregua á sus pensamientos, fué cuando naturalmente se le ocurrió poner al galope su caballo,

es decir, despues de haber caminado media hora sumergido en profundas reflexiones.

Fácil es adivinar que un hombre de la estofa de nuestro Daniel, no gastaría en vano media hora sin haber concebido un proyecto útil á su bolsillo ó á sus amores, únicos polos en que se agitaba aquella alma, á la vez tan apasionada y envilecida.

Dotado de alta inteligencia, su corazon estaba viciado por las contrariedades de su destino. Ambicioso de gloria, solo podia aspirar al desprecio. Soñando siempre con lauros y riquezas, solo podia aguardar un puñado de oro en recompensa de un crímen.—A un judío no le era dado esperar otra cosa entre los godos.

La desgracia y la infamia son, una de dos, ó el crisol en que se purifican las almas, ó el ambiente ponzoñoso que para siempre las mancilla.

Hemos dicho que Daniel se lanzó al galope en busca del mensagero.

Cada rumor excitaba su curiosidad, todos los árboles que á alguna distancia vislumbraba en el camino, se pintaban en su imaginacion con los contornos y el semblante del hebreo, hasta que, aproximándose, desaparecia como un fantasma el objeto de sus pesquisas.

Por fin el alba apareció en el cielo bañando con su luz la tierra, y en vano Daniel tendió los ojos por la llanura del valle de los *Pedroches*, llamado antiguamente *Osintiade*, para ver si distinguia alguno que le pudiera inspirar esperanzas de encontrar al que buscaba.

Así caminó todo el dia sin detenerse más que á echar un pienso á su caballo.

A cuantos preguntaba dando las señas del guerrero que buscaba, le respondian que le llevaba dos horas de delantera, así que Daniel juzgó que antes de la noche podria alcanzarlo. ¡Vana esperanza! La noche al fin tendió su manto de tinieblas, y cansado y mohino por la inutilidad de sus pesquisas, se dirigió hácia un monasterio situado en una pequeña colina.

Eran entonces los monasterios el lugar adonde se encaminaban todos los que, sorprendidos por la noche en despoblado, no hallaban comodidad de otro mejor alojamiento.

Así, pues, Daniel se resolvió á aceptar el asilo que le ofrecian los hospitalarios muros.

Llamó á la portería del convento, y un robusto lego, mofletudo y de apacible fisonomía, salió á abrirle. Daniel le expuso su peticion, que se reducia á que le dieran posada por aquella noche, peticion que al punto le fué piadosamente concedida.

Y penetraron en un gran patio cuadrangular flanqueado por todas partes de un claustro ó galería decorada con dos puertas, una enfrente de la otra. La de la izquierda daba paso á la *hospedería*, ó lugar destinado á los caminantes, y la de la derecha conducia á la caballeriza, hácia la cual se dirigió Daniel, precedido del lego.

El judío colocó á su caballo á la entrada por lo que pudiera suceder, y al primer golpe de vista conoció que no era el solo que aquella noche se alojaba en el convento, á juzgar por el número de cabalgaduras que habia en la caballeriza.

En seguida el lego lo condujo á la hospedería. Era

esta un salon espacioso que servia á la vez de cocina y comedor. Su adorno consistia en una mesa, casi tan larga como la habitacion, y unos bancos de madera que la circundaban. Completábase el mueblage con una lámpara en el centro de la estancia, y un sillon de nogal que estaba junto á la chimenea, provista abundantemente de leña, y que era el asiento preferente ocupado por el lego, que hacia los honores de la casa y de la mesa en semejantes ocasiones.

Pendiente de unas yares ó cadenas de hierro, veíase una gigantesca olla de cobre estañado que bañaba su extremidad inferior en las llamas de la hoguera, y que exhalaba un olorcillo asaz simpático para los caminantes, prometiéndoles una refaccion tanto más agradable, cuanto era más económica.

Como habia sospechado el astuto Daniel, eran varias las personas que aquella noche habian buscado hospitalidad en el monasterio.

No bien hubo penetrado en la hospedería, cuando se puso á examinar muy minuciosamente los semblantes de los que allí se hallaban. Llamó principalmente su atencion un hombre vestido con un sayo morado que le llegaba hasta las rodillas, y ceñido con un cinturon, del cual pendia una espada. Llevaba la cabeza cubierta con un birrete de velludo, y su barba poblada y negra le caia hasta el pecho. Tal era el hombre que llamó la atencion de nuestro Daniel. Este no dejaba de observar todos los movimientos del desconocido, que, sentado en un banco y retirado del grupo de los demás viajeros, apoyaba su cabeza en ambas manos, á guisa de un hombre sumergido en profundas reflexiones.

Como es natural en tales casos, la conversacion se habia hecho general entre los viajeros sentados á la lumbre.

Ya se hablaba de brujas y encantamientos, ya de los milagros de una piadosa imágen muy venerada en la comarca; uno daba noticias de una famosa banda de ladrones; otro referia la aparicion de un fantasma que durante la noche vagaba por la almenas de cierto castillo cercano; un tercero contaba las hazañas de algun campeon; en fin, cada cual hablaba lo que más le venia en deseo para entretener el tiempo hasta la hora de la cena.

Empero el hombre del sayo morado permanecia tenazmente silencioso y alejado del grupo de los narradores.

Excusado es decir que Daniel tomó tambien parte en la conversacion, y que, dominado por la idea de encontrar á José, aventuró algunas preguntas, dando por señas que el caballero que buscaba llevaba vestida una armadura; mas desgraciadamente nadie supo darle razon.

El desconocido parecia indiferente á todo cuanto en torno de él pasaba.

Ya hacia algun rato que estaba ocupado en trazar algunas figuras en la mesa con un carbon que habia tomado del fogaril.

Ninguno de los presentes reparó en tal circunstancia, excepto Damiel.

A poco de haber hecho este sus preguntas, se levantó el hombre del sayo morado, y salió al patio con objeto, al parecer, de dirigirse á la caballeriza.

Poco tiempo despues se oyó el galope de un caballo y el ruido de una puerta que se cerraba. El hombre del sayo morado habia desaparecido.

El lego entró en la hospedería diciendo:

—¡No está mala humorada la de ese hombre!

—¿Por qué? preguntaron algunos.

—Porque se le ha puesto en la mollera el marcharse ahora mismo.

—Eso no es extraño; yo tambien soy muy antojadizo, dijo Damiel que experimentaba igual deseo de irse.

—Podia haberlo dejado para despues de cenar, observó un obeso campesino que se calentaba á la lumbre.

—Y una noche horrorosa que se prepara, repuso el lego; oid, oid cómo silba el viento. Dentro de una hora le cogerá la tormenta por esos campos de Dios.

No dejó de chocar á Daniel la repentina salida de aquel hombre que, sin poderse explicar la causa, habia llamado tan vivamente su atencion.

En seguida el médico se dirigió instintivamente á la mesa en que con un carbon habia estado el incógnito, como entretenido en ajustar una cuenta ó resolver un cálculo.

Efectivamente, Daniel vió trazadas en la mesa algunas letras y estos números romanos, que eran los conocidos en la época: «*XV... hoy... XXXV... Dos dias y una noche.*»

Súbito brillaron sus ojos, y su respiracion dificil, su pecho levantado, su boca entreabierta daban á conocer esa febril agitacion que se apodera del alma, cuando asaltada por un tumulto de ideas igualmente verosímiles, lucha por fijarse en la más luminosa, por descifrar el sentido de la que más fácilmente nos pueda conducir á la verdad.

—¡El es! exclamó de pronto dándose una palmada en la frente.

Luego se despertó en su mente una sospecha, y como casi siempre suele suceder, despues de aquella sospecha otra y otras ciento, de modo que se vió engolfado en esa contrariedad de ideas y de sentimientos, en ese mar insondable, en esa dolorosa indecision que se llama *duda*.

—Pero estos misteriosos números, decia para sí Daniel, esa marcha repentina... Sí, sí... Evidentemente es *él*... ¿Quién sabe?... No trae la armadura...

Y con la cabeza entre las manos permaneció algunos minutos sumergido en hondas meditaciones.

Daniel estaba en la conviccion profunda de que aquel hombre era el mensagero de Benjamin; aunque bien examinado, no tenia ningun dato positivo en que fundarlo.

El médico se hallaba en una de esas situaciones en que el instinto presiente lo que la razon desconoce, y á cuyos impulsos solemos dar el nombre de *corazonadas*. Misteriosa analogía del corazon y la cabeza, que se comprende mejor que se describe.

—¡Mi caballo! gritó.

—¿Os marchais tambien? preguntó atónito el lego.

—Ahora mismo.

—Pero podíais cenar...

—Me es imposible detenerme.

—La noche está oscura y fria y tempestuosa...

—Es cierto, padre mio; pero necesito partir al punto.

—Vaya unos huéspedes caprichosos y testarudos que nos han venido esta noche, murmuró el lego disponiéndo-

se á condescender con los deseos de Daniel, que inmediatamente sacó su caballo.

Diez minutos despues se entregaba á un frenético galope; mas luego que hubo satisfecho el primer ímpetu, dejó ir su corcel al paso, y se puso á reflexionar de nuevo para ver si conseguia explicarse aquellas misteriosas palabras, que se habian grabado en su mente con caractéres de fuego.

Comprendió que podia muy bien molestarse inútilmente, por más que el hombre del sayo morado apareciese á sus ojos como un sér extraordinario. Ya empezaba á arrepentirse de haberse dejado dominar, acaso con sobrada ligereza, de un primer movimiento, convencido de que siempre la imaginacion nos finge lo que más nos halaga, mayormente cuando hasta entonces habia obrado por un presentimiento poderoso sí, pero que á pesar de eso podia ser falso.

Por consecuencia se dedicó á discutirse á sí mismo con aquella sagacidad y lucidez que ya le conocemos.

—Vamos, vamos, se decia, el aire libre aclara mis ideas... ¡Qué necedad! ¡No haber dado en ello antes!... Es cierto, evidente... «XV... *Hoy.*» Quiere decir que ha caminado quince leguas... ¿Pero el número XXXV, qué diablos significa?

El judío se acordó que de Córdoba á Toledo, por aquel camino, habia cincuenta leguas.

—Está muy claro. Quince y treinta y cinco, cincuenta.

Daniel respiró con delicia el aire de la noche.

—Pero aun falta y quizá sea lo mejor... «Dos dias y una noche.»

La más franca sonrisa de júbilo animó sus lábios.

—¡Eso es! ¡Eso es! exclamó; ha estado ajustando el tiempo que tardará en hacer su viaje, es decir, *dos dias y una noche* en andar treinta y cinco leguas.

Y tan gozoso como Arquimedes cuando halló la resolucion de su problema, se lanzó al galope repitiendo: «¡Es él! ¡Es él!»

Así caminó como unas dos leguas sin oir más ruido que el galope de su caballo, y convencido de que las cartas serían suyas antes de amanecer.

La noche estaba oscura y tempestuosa.

Un terrible aguacero, acompañado de truenos y relámpagos, hizo que Daniel moderase el ímpetu de su carrera, y pensase sériamente en guarecerse de la tempestad, pues era imposible que no hiciese otro tanto el mensagero, cuyas huellas seguia.

De repente divisó á lo lejos una luz en la oscuridad, y hácia ella dirigió sus pasos creyendo encontrar albergue en alguna ermita, castillo ó cabaña.

Poco tiempo despues llegó á una especie de pórtico en donde ardia una hermosa hoguera, cuyo resplandor le habia servido de guia. Inútil es encarecer cuánto agradó á nuestro médico un tal hallazgo en ocasion semejante.

En el pórtico habia un postigo que daba paso á una habitacion en el piso bajo, rodeada en toda su extension de un poyo de una vara de alto, y sobre el cual se veía una linterna encendida.

La habitacion estaba desierta, así como tambien un inmenso patio que se dejaba entrever por una puerta frontera á la de la entrada.

Era aquel edificio una torre, cuyos muros desmantelados, y almenas destruidas, daban á conocer la imposibilidad de estar habitada.

No obstante, la hoguera y la linterna eran signos evidentes de que, por aquella noche al menos, alguna ó algunas personas se habian albergado en aquel lugar.

Daniel, despues de haber atado su caballo á una columna del pórtico, penetró en la habitacion y empezó á llamar á grandes voces.

El eco solamente le respondió con acento lastimero.

El judío, confuso y receloso, se decidió á practicar un reconocimiento, tanto por curiosidad, cuanto por saber á qué atenerse con respecto á su seguridad propia.

Y con la espada desnuda en una mano, y la linterna en la otra, recorrió animosamente toda la planta baja de la torre, sin que nada pudiese darle á entender que allí habitaba persona alguna viviente.

No se oia en aquel pavoroso recinto más rumor que el de la lluvia que saltaba en el patio, el del viento que bramaba en las almenas, y, de vez en cuando, el agorero chirrido del siniestro cárabo que remedaba en las tinieblas el acento de la voz humana.

La tempestad aumentaba su horror cada vez más.

Daniel vaciló un momento si pasaria allí la noche; mas bien considerado, nada tenia que temer, por lo que se resolvió á esperar á lo menos á que cesase la tormenta.

Y embozado en su capuz, se aproximó á la lumbre con esa complacencia propia del que oye la tempestad al abrigo de ella.

Ni el sitio ni la ocasion eran á propósito para entre-

garse al sueño; pero el cansancio por una parte, y por otra, el agradable calor de la hoguera en una lluviosa noche de invierno, hicieron al médico caer en la tentacion si no de dormir decididamente, al menos de echar alguno que otro interrumpido sueñecillo.

De pronto, y cuando más de veras habia comenzado á gustar las delicias de Morfeo, oyó un ligero rumor, y despertándose, vió ante sus ojos un viejo de pequeña estatura, calva frente, barba blanca, y cuya nariz, prominente y encorvado en extremo, venia casi á besar su boca tan sumida, como lo está una boca sin dientes.

El viejezuelo fijó en Daniel sus ojillos burlones durante un breve espacio, hasta que al fin desapareció rápidamente, dejando fascinado y atónito al judío, que en el mismo instante experimentó un vehementísimo deseo de conocer quién era aquel extraño personage.

Y tomando su linterna, que habia tenido la precaucion de guardar junto á sí, la encendió en la hoguera, y cubriéndola con su capuz, penetró en el patio del castillo al mismo tiempo que el viejo desaparecia por un postigo practicado á la izquierda del átrio.

Daniel se lanzó sin vacilar por la misma puerta, que comunicaba con una especie de huerto, en el que habia debajo de un soportal hasta más de veinte caballos, todos perfectamente enjaezados y dispuestos para servir al instante, en caso de necesidad.

El viejo abrió otra puerta que daba paso á un callejon largo y estrecho que terminaba en un arco de vara y media de alto, en cuya abertura, semejante á una caverna, se hundió el viejo, á quien, no sin espanto, seguia tenaz-

mente nuestro Daniel. Era la bóveda tan baja que no podian andar sino muy encorvados.

Al fin de aquel segundo callejon habia una reja de hierro dividida en dos partes, es decir, formando las hojas de una puerta.

El anciano se detuvo, sacó una llave, abrió la reja y volvió á continuar su camino.

Felizmente se dejó la reja abierta; gracias á lo cual, el judío pudo esperar ver el fin de aquella escursion tan extraña como misteriosa.

Ya hacia largo rato que en la oscuridad habia desaparecido el viejo á los ojos de Daniel, cuando de pronto resonó un ruido metálico, semejante al que produciria una maza de hierro que con violento impulso se descargase sobre una inmensa campana.

El ruido se dilató en mil sonoras ondulaciones por las cavidades de aquella caverna.

Daniel, sin embargo, lleno de curiosidad continuó adelante con el auxilio de su linterna, y despues de atravesar la reja notó con sorpresa que el techo se levantaba á una altura considerable, y que una espaciosa galería, que se presentó á su vista, estaba decorada á uno y otro lado con multitud de estátuas y columnas. El pavimento era de mármol.

Es imposible decir cuántas suposiciones se agolpaban á la mente del judio para explicarse de una manera satisfactoria aquella extraña aventura.

Que el castillo estaba habitado, era cosa indudable, á juzgar por los caballos enjaezados que acababa de ver en el huerto.

¿Mas quiénes podian ser los misteriosos habitantes de aquella mansion?

Perdido en estos pensamientos iba Daniel, cuando llegó al término de la galería, en el que habia una puerta formada de grandes planchas de bronce, y situada sobre una escalinata de seis gradas de mármol blanco.

A cada lado de la puerta veíase una estátua colosal tambien de bronce, cuyos ojos brillaban como carbunclos, cubierta la cabeza con un birrete del mismo color de grana, que el manto que cubria sus hombros.

Cada una de las estátuas estaba apoyada sobre una ferrada clava.

Todo aquello, en el silencio y soledad de la noche, y al siniestro resplandor de la linterna, producia un efecto inesplicable.

El judío, pospuesto todo temor, se resolvió á subir las gradas; mas ¡oh sorpresa! Al pisar el primer escalon, los inmóviles guardas de aquella misteriosa puerta, como si hubiesen recobrado movimiento por mágico conjuro, levantaron á la vez sus formidables clavas con la misma actitud amenazadora que nos pintan á Hércules.

Un sudor frio regaba la frente de Daniel, petrificado de espanto.

En aquel mismo instante le pareció oir detrás de la puerta un confuso rumor de hombres y armas.

Luego llegó á su oido una voz cascada, que era sin duda del viejo, que decia:

—Están durmiendo, y os podeis apoderar de ellos fácilmente.

—¡Cuántos son!

—Ya os he dicho que dos, el uno está dormido en el huerto debajo del soportal, y el otro junto á la hoguera que yo encendí esta noche cuando llegásteis.

Daniel comprendió entonces que se hablaba de él, y de algun otro que, obligado por la tempestad, se habia refugiado allí aquella noche.

En aquel momento se oyó relinchar un caballo en el patio.

El judío, asaltado por una idea súbita, se explicó con la rapidez del rayo todo aquel enigma, gracias á su buena memoria é indisputable perspicacia.

—Los de adentro son ladrones, y el de afuera es José, murmuró el médico recordando las hazañas de los bandidos, que habia oido contar en la hospedería del monasterio.

Y como para confirmar su pensamiento oyó una voz bronca en la misteriosa habitacion, que decia:

—¿Creeis que será buena presa?

—Al menos tienen muy buenos caballos, repuso la voz cascada.

—Vamos, pues, vamos al punto, volvió á decir la voz imperiosa.

Daniel no aguardó más. Ligero como una exhalacion volvió piés atrás, espoleado á la vez por el temor de los ladrones y el deseo de alcanzar al mensagero de Benjamin.

Mas apenas Daniel habia bajado la grada, volvió á resonar en aquel antro tenebroso el mismo ruido lúgubre y metálico que hemos escuchado poco antes.

El médico se explicó perfectamente aquel fenómeno.

—Eso es, dijo para sí, que los bandidos tienen estos dos centinelas de bronce que no son tan fáciles de corromper como los de carne. Un resorte les hace levantar y descargar la maza sobre las planchas de la puerta que produce este ruido.

Trémulo y desatentado llegó Daniel al pórtico, temiendo no encontrar á su troton, que felizmente permacia en el mismo sitio.

Entonces entre las tinieblas de la noche oyó clara y distintamente el galope de otro caballo, y ya no dudó que aquel era el mensagero.

Inmediatamente cabalgó, y se disponia á seguirle cuando una flecha pasó zumbando por su oido. Los bandidos venian ya por el patio exterior.

El médico entonces clavó sin compasion los acicates al noble bruto, que se lanzó á una frenética carrera.

La tempestad habia pasado; la luna brillaba en el cielo, y su coro de estrellas habia vuelto á aparecer.

Una legua escasa habia andado el judío cuando emparejaron ambos caballeros; mas el nuevo ginete no llevaba vestido el famoso sayo morado, como esperaba Daniel, que quedó mudo de estupor.

No obstante, hizo un gesto que significaba: «Allá veremos.»

Luego murmuró:

—«Tal vez se haya quitado el sayo para que no le reconozcan.»

Y sin mas saludó al ginete en hebreo.

Daniel, al saludar al caballero en idioma hebreo, le tendia diestramente un lazo peligroso.

El caballero cayó en él contestando en el mismo idioma.

Daniel entonces se convenció hasta la evidencia de que aquel era José.

El desconocido fijó sobre Daniel sus ojos, que despidieron un relámpago.

El médico observó aquella mirada en que se revelaba tanto ódio como sorpresa.

—Él es, pensó, me ha reconocido, y sospecha por las preguntas que me oyó hacer en la hospedería del monasterio.

Un rumor siniestro se oyó en el caballo del desconocido.

Otro ruido no menos imponente sonó debajo del capuz del judío.

Los dos habian desenvainado sus espadas.

—¿Conque vais á Toledo? preguntó insolentemente Daniel.

—Sí; pero si vos lo sabeis, no se lo direis á nadie más, repuso el caballero trémulo de cólera y asestando una furiosa cuchillada al insolente que así se mezclaba en asuntos que no le competian.

Daniel observó el movimiento, y pudo esquivar el golpe; pero no tanto que pudiera evitar una herida, aunque leve, en el brazo izquierdo.

Está brusca explicacion convenció al médico de que el desconocido era indudablemente José, el cual, no olvidando los prudentes consejos de Benjamin, se habia disfrazado vistiéndose el sayo morado por no haber encontrado armadura á propósito, y porque el judío era todo menos guerrero.

El médico, lanzando un rugido como el de un tígre, tiró una cuchillada tan formidable á la cabeza de José, que lo derribó sin sentido en el suelo.

Daniel echó pié á tierra; mas ya se habia incorporado el aturdido mensagero.

—Ríndete, exclamó el médico, y entrégame las cartas que llevas.

—¡Ah, infame! ¡Toma! y así diciendo le asestó una furiosa puñalada con una daga que llevaba oculta, y que habia sacado sin que Daniel lo advirtiera.

El arma se embotó en la acerada malla que llevaba vestida el médico, habiendo solo penetrado la punta, que hizo asomar una gota de sangre semejante al coral.

Daniel furioso le contestó con una estocada que atravesándole el pecho cayó exánime en tierra.

El médico se aproximó al mensagero, cuya mano convulsa abandonó la daga, se agitaron trémulos sus lábios, y un ronco estertor salió de su pecho.

Daniel lo creyó muerto.

En seguida, registrando en sus bolsillos, encontró una bolsita en la que habia dos rollos de pergamino atados con una cinta de seda, que guardó cuidadosamente, despues de haberse convencido de que todos los pergaminos del mensagero estaban contenidos en ella.

Luego, lanzando una última mirada á su enemigo, murmuró:

—Qué demonio de judío tan testarudo. ¡Uf!... Cómo me duele el brazo; pero carillo le ha costado.

Y vendándose con un pañuelo su nada peligrosa he-

rida, se alejó rápidamente de aquel teatro sangriento en direccion opuesta á la que parecia natural, es decir, que en vez de retroceder, una vez dueño de las cartas, siguió adelante.

CAPITULO XIII.

De cómo al fin se sabe quién era el pájaro destinado para la famosa jaula de hierro.

Hemos dicho que los hijos de Witiza, acompañados de los condes de Elipando y Osmundo, tenian ordinariamente su guarida en el famoso palacio de *Harpalús*, centro donde se fraguaba la conspiracion más transcedental que recuerda la historia en la dilatada carrera del tiempo.

El rey don Rodrigo, en tanto que la tempestad bramaba sobre su cabeza, no se ocupaba de otra cosa que de sus malaventurados amores.

Las imágenes terribles de guerra y de esterminio por extrañas gentes, se habian borrado poco á poco de su alma, dando lugar á las nacaradas ilusiones y ensueños de oro, que le inspiraba su pasion tan ardiente como funesta.

Así, pues, el rey, si alguna vez pensaba en conjuraciones, no se le ocurria otra cosa más verosímil sino que los hijos de Witiza, de acuerdo con los descontentos, conspiraban para destronarle.

Y confirmaba tales sospechas la evasion de Ebba y Sisebuto de la prision en que yacian en Gibraltar, bajo la custodia del conde Requila que, amigo y deudo de don Julian, se habia declarado tambien su partidario.

Pero habia otra causa superior que despertaba en gran manera los temores del monarca.

Estos temores procedian de haberse descubierto un secreto importantísimo, en el cual descansaba la seguridad del trono.

Un judío llamado Jacob, recientemente convertido al cristianismo, fué el que hizo la revelacion que tanto alarmaba al rey.

Era la estacion de las flores.

Don Rodrigo habia ido aquel dia á caza, ejercicio en que ya hemos dicho encontraba este monarca su más agradable pasatiempo.

Imposible es decir la pompa y magnificencia que se desplegaban en estas cacerías.

En aquella época de valor y supersticion, de ternura y de combates, de repente veíase inundada la selva por un torbellino deslumbrador de armas y caballos. Nada comparable con este bullicio, con esta animacion y movimiento, á que se mezclaba el ronco estruendo de los cazadores que, envueltos en una polvorosa nube, perseguian los ciervos y jabalíes, cual si fuesen encarnizados enemigos.

Volaban los corceles, el sol reflejaba en los venablos, y palpitaban de entusiasmo los corazones como en medio del furor de una batalla.

A la cacería á que nos referimos no habian concurrido

más que los monteros del rey y los *condes* (1) indispensables para su servicio.

Esto quiere decir que aquella cacería se dispuso con un objeto muy distinto del de cazar, si bien hacia algun tiempo que el rey no se entregaba á esta diversion.

Nuestros lectores recordarán que Ferrandez, el escudero de don Pelayo, en la última cacería practicada en el bosque de Valdecaba habia disparado una flecha contra el monarca, que le habia herido en un brazo, aunque muy levemente.

Fueron inútiles cuantas pesquisas se practicaron para descubrir al agresor, por lo que, no sabiéndose nada de cierto acerca de este acontecimiento, recayeron las sospechas en los hijos de Witiza ó sus parciales los condes Osmundo y Elipando.

Don Rodrigo, á instancia de sus leales servidores don Sancho y Gudila, no habia vuelto á salir de cacería desde este fatal incidente, temeroso de otra asechanza, acaso más peligrosa.

Pero circunstancias tan imprevistas como imperiosas, habian obligado al rey á valerse del pretexto de una cacería para conseguir la captura de un personage asaz inofensivo, pero del cual se decia que estaba en inteligencia con los conspiradores que se abrigaban en el misterioso palacio de Harpalús.

---

(1) Condes ó *Comites*.—Esta palabra no tenia entonces extrictamente el mismo sentido que ahora.—Significaba una persona que tenia á su cargo algun ramo especial en la servidumbre del rey, pues habia conde de los *Notarios* ó Secretarios; de los *Camareros* ó Gentiles hombres; de los *Patrimonios* ó Administradores, etc.—Tambien se daba el título de *Condes* á los gobernadores de las principales ciudades.

Ya hemos dicho que los judíos recelando de la cólera del rey desde la noche de su encuentro con don Julian, ó por otros fines, habian desalojado completamente aquella tenebrosa mansion, ocupada por ellos durante siglos enteros.

En esta cacería, como siempre, acompañaban al rey su primo don Sancho y el noble Gudila, los cuales habian tomado ciertas disposiciones, emboscando en varios parages del monte algunos espatarios. (1)

Mientras que toda la comitiva real se lanzaba á escape tras de un corpulento ciervo, el rey, seguido de don Sancho y Gudila, se dirigia por un oculto sendero hácia la ermita de Santa Elena, situada en los montes de Toledo, y de la cual recordarán nuestros lectores que ya se ha hecho mencion en esta historia.

Al avistar la ermita, el rey detuvo las riendas de su caballo, y palideció horriblemente.

Así permaneció algun tiempo inmóvil y silencioso, hasta que volviéndose á los caballeros, exclamó:

—¡Vedle allí! No nos han engañado.

—Pero tal vez no será, dijo Gudila con voz trémula.

—Acaso sea otro, murmuró don Sancho.

—No, no. Es él. Le conozco muy bien.

El rey pareció meditar profundamente.

—Gudila, dijo, ¿habeis cumplido mis órdenes?

—Si señor.

—Pues conducidle preso con el mayor sigilo á la sala

---

(1) *Spatarios*, soldados de la guardia del rey.—Llevaban espadas más anchas y más largas que las de los romanos.

de armas del alcázar, mientras que nosotros nos reunimos con los caballeros ocupados en la cacería, para que nadie se apercibe de este acontecimiento.

El noble Gudila se inclinó en señal de obediencia, y ya se disponia á cumplir el mandato del rey, cuando este, volviéndole á llamar, le dijo:

—Evitad, Gudila, que nadie absolutamente hable con él.

—Descuidad, señor.

Gudila partió hácia la ermita de Santa Elena, y seguido de algunos soldados espatarios, se apoderó del inofensivo personage que hemos hablado, es decir, del ermitaño.

Don Rodrigo y don Sancho permanecieron inmóviles en el mismo sitio hasta que vieron á lo lejos conducir á la ciudad al misterioso conspirador.

—Ya hemos logrado el objeto de nuestra cacería, dijo el rey.

—Ahora convendria reunirnos á los demás cazadores.

—Sí, sí; antes que nuestra prolongada ausencia les dé causa para sospechar.

En aquel instante vieron venir á un ginete que á rienda suelta se adelantaba hácia ellos.

—¿Quién será este caballero? preguntó el rey.

—No le conozco, repuso don Sancho; al parecer viene de Toledo.

—Tal vez sea un mensagero de alguno de nuestros Duques (1).

(1) Esta palabra, derivada del latin *Duces*, significaba entre los godos capitan general, ó más propiamente correspondia al cargo de virey entre nosotros.—Los *Duques* eran los gobernadores de provincia, bajo cuya dependencia estaban los *Condes* ó gobernadores de ciudades.

Mucho erraban las suposiciones de don Rodrigo y don Sancho, acerca del incógnito ginete que, llegado á la presencia del rey, se habia descubierto y echado pié á tierra.

—¡Daniel! exclamó el rey en extremo sorprendido.

Era él en efecto.

—¿Por qué has desaparecido de mi alcázar?

—Señor, repuso el judío, he hecho en muy pocos dias un viaje de más de cien leguas.

—¿Y con qué motivo?

—Es cosa muy larga de contar.

Y Daniel hizo un gesto que significaba:

—«Es asunto reservado.»

El rey comprendió perfectamente aquel gesto.

—¿Y cuándo has venido? preguntó.

—Esta misma mañana llegué á Toledo, donde supe que habia venido V. A. de cacería, y al punto dirigí mis pasos á este sitio.

El rey comprendia muy bien que cuando Daniel no se explicaba más, era porque verdaderamente la naturaleza del asunto lo exigiria así; pero, dominado por un sentimiento irresistible de curiosidad, deseaba al menos saber de qué se trataba, si de política ó de amor.

Los nombres de Florinda y Pelayo, cuya suerte ignoraba completamente, fueron los primeros que ocuparon su imaginacion, como de ordinario acontece á todas las personas poseidas de una pasion profunda ó dominadas por un pensamiento único.

Así es que el rey, con objeto de descubrir alguna luz para saber á qué atenerse, preguntó:

—¿Y has olvidado que estando á mi servicio, es un

crímen imperdonable haberte ausentado sin mi permiso?

—Es que durante mi ausencia he podido prestar á V. A. servicios que me hubiera sido imposible prestar permaneciendo en Toledo, sin caminar cien leguas y sin recibir además una estocada en este mi brazo izquierdo, que no me dejará mentir.

Y así diciendo, Daniel mostró al monarca su brazo vendado con un pañizuelo salpicado de sangre.

El astuto judío conocia demasiado bien lo que pasaba en el interior del monarca, y con su contestacion solamente habia conseguido picar en el más alto grado la curiosidad de aquel.

Hemos dicho que el judío no era un hombre vulgar, lo cual se comprueba en esta ocasion por la discreta reserva con que pretendia guardar sus noticias, para hacerlas valer á su tiempo y cambiarlas á peso de oro.—Esta era la primera parte del proyecto que habia concebido su imaginacion, tan fecunda como atrevida.

La segunda se reducia á captarse por completo la confianza del rey, vengarse de Benjamin, cuya traicion podia patentizar, manifestando la carta escrita en hebreo á Samuel, sustituirle en su cargo, y poder ser útil ó, al menos, no separarse un solo momento de Egilona, á quien amaba con tan ciega idolatría.

Vemos que el plan era de una buena cabeza, y que, en su mayor parte, habia sido valientemente ejecutado.

Solo debemos añadir, que si en la actualidad Daniel odiaba á Benjamin, era á causa de la reserva que este habia guardado últimamente con respecto á la partida, ó por mejor decir, destierro de la reina.

Benjamin habia prometido á Daniel tenerlo al corriente de cuanto pudiera ocurrir, y aun secundarle en sus proyectos; mas como el esclavo faltó á su promesa, hé aquí la causa del ódio.

Pero volviendo á don Rodrigo, cuya impaciente curiosidad se habia aumentado con las evasivas respuestas del médico, diremos que poco despues de haberse reunido á sus cortesanos, dió por terminada la cacería, y se dirigió á Toledo, pretestando una ligera indisposicion.

No bien el rey se hubo instalado en su cámara, cuando apareció el noble Gudila para darle cuenta de haber desempeñado su comision exactamente.

El rey, despues de comunicarle sus instrucciones, le despidió afectuosamente, mandando entrar en seguida al médico Daniel, cuyas revelaciones presentia que deberian ser harto importantes.

El médico se presentó con aire de triunfo.

Don Rodrigo lo recibió con tanta curiosidad como inquietud.

—Vamos, Daniel, ya es ocasion de que me hables de ese asunto, cuya importancia has ponderado...

—No tanto como se merece, señor.

—¿Pero qué es ello?

—Que he descubierto toda una conspiracion.

El rey palideció ligeramente, temiendo que el judío hubiese podido adivinar el verdadero objeto de la cacería.

—¿Y de qué manera has hecho ese descubrimiento? preguntó.

—La casualidad, señor, es la verdadera diosa Fortuna.

—Explícate.

Daniel comprendió muy bien que debia omitir muchas cosas, y que su relato era indispensable se apartase no poco de la exactitud histórica.

—Señor, dijo, ya sabe V. A. mi aficion á la medicina...

—¿Y qué tiene que ver la medicina con una conspiracion? interrumpió impaciente el rey.

—¡Oh! Ya verá V. A. que tiene mucha analogía, repuso Daniel con imperturbable calma. Es el caso, señor, que como yo me dedico al estudio de la medicina, necesito tambien conocer las plantas para la confeccion de algunos medicamentos... Pues bien, la otra noche, ya era un poco tarde, me retiraba á la ciudad de vuelta de una expedicion botánica, y sintiéndome fatigado, me senté á descansar en un seto, al pié de unos frondosos olmos, cuando hé aquí que al poco tiempo oí el rumor de los pasos y las palabras de dos hombres, que vinieron á sentarse á mi espalda precisamente, en términos que solo el vallado nos separaba.

El rey hizo un gesto de impaciencia.

Daniel continuó:

—La conversacion de estos personages, aunque un tanto enigmática, no dejó de interesarme, habiendo podido comprender que se trataba de V. A.

—¿Y qué dijeron de mí?

—¡Oh! No pude oir claramente más que una sola palabra, pero que yo me abstendré de pronunciar en vuestra presencia.

—Habla con toda libertad; cuanto menos me impa-

cientes, mayor será mi recompensa. ¿Qué dijeron?

El rey habia acertado esta vez á hablar el lenguage con que se debia tratar al judío, tan astuto como avaro.

—Despues de hablar largo rato de mil terribles proyectos, empezaron á murmurar de vuestra conducta, segun pude colegir por lo que despues dijeron...

—¿Qué? Yo te lo mando.

—Que V. A. era un tirano, dijo al fin Daniel, mirando hácia la puerta, por si estaba franca la salida.

—¡Bien! repuso el rey despues de un momento, ¡bien! Yo te doy veinte libras de oro por esa noticia.—Ya haré yo ver á toda España quièn yo soy.

El judío se inclinó muy afectuosamente en señal de que aceptaba las veinte libras.

—¿Y despues qué hiciste? preguntó el monarca.

Daniel, con el tono más placentero, y frotándose las manos de alegría, dijo:

—Despues, señor tirano...

—¡Yo tirano! ¿Has perdido el juicio?

—¡Perdonad, señor; pero yo todavía tengo necesidad de ganar otras veinte libras de oro.

A esta salida del hebreo, no pudo el rey menos de sonreirse, á pesar de hallarse gravemente preocupado.

—Y bien, dijo, conque despues...

—Cuando se alejaron de aquel sitio, salí de mi escondite, y ví que marcharon á reunirse con otras personas que iban por el camino.

—¿Y no los conociste?

—Al uno de ellos perfectamente.

—¿Quién era?

—Vuestro leal Benjamin, dijo irónicamente Daniel.

—¡Imposible! Es el hombre más fiel que conozco.

—¿Tiene V. A. pruebas?

—Incontestables.

—Pues me parece que está V. A. muy equivocado.

—¡Calla, Daniel! Eso es una calumnia.

El judío se sonrió como un hombre que está seguro de probar lo que dice.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Daniel pensó en la revelacion que cierta noche le habia hecho Benjamin sobre la muerte de Witiza, en la cual habia tenido parte el esclavo.

El médico conoció muy bien que al hablar el rey de la incorruptible fidelidad de Benjamin, aludia indudablemente á este hecho.

Daniel sacaba partido hasta de las más mínimas circunstancias, y por lo tanto se dispuso á batir en regla á su enemigo, diciendo:

—¿Cree V. A. que Benjamin es leal?

—Lo sé por experiencia.

—¿Tal vez porque ha guardado un secreto relativo á cierto acontecimiento ocurrido en la torre de Santa Leocadia?

—¿Quién te ha dicho?... preguntó el rey palideciendo.

—El mismo Benjamin.

—¡Él!

—Sin duda alguna. ¿Quién si no él ha podido decírmelo?

—¡Oh! Tienes razon.

—Pero de eso ya hace mucho tiempo, y no creo que sea su mayor delito.

—Pues qué, ¿hay más? ¡Infame! ¡Me ha vendido!

—Por fortuna esa terrible revelacion la hizo á un hombre discreto...

—Sí, sí, eres tan leal como entendido.

—Ahora bien, señor, ¿se convence V. A. de que estaba muy equivocado? preguntó triunfante Daniel.

—¡Quién lo creyera!

—Pues bien, señor, hasta aquí eso no ha sido más que una indiscrecion, imperdonable sin duda, pero no criminal.—Oid lo que sucedió despues, y así comprenderá V. A. la causa de mi repentina desaparicion.

—Ya te escucho.

Daniel, con algunas modificaciones, refirió al rey todo lo que ya sabe el lector, hasta el punto en que se apoderó de las cartas que traía el mensagero de Benjamin.

—¡Las cartas! exclamó el rey; dame esas cartas.

—Señor, no puedo complacer á V. A., dijo Daniel con imperturbable sangre fria.

—¡Cómo! ¿Te burlas de mí? repuso furioso el rey.

—No lo permita el cielo; pero yo no puedo dar esas cartas á V. A.

—Pues entonces quiere decir...

—Que si no puedo darlas podré venderlas, interrumpió el judío con encantadora sonrisa.

Ya se disponia el rey á satisfacer la ingeniosa codicia del hebreo, cuando apareció en la estancia el conde de los camareros todo turbado.

—¿Qué sucede? preguntó el rey.

—Señor, un hombre pálido, ensangrentado, casi moribundo, demanda el permiso de hablar á V. A. al instante.

—Pues dejadle entrar.

Daniel se extremeció á pesar suyo.

Consideró de muy mal agüero aquella interrupcion en el momento mismo en que el rey iba sin duda á ofrecerle una magnífica recompensa por sus preciosas cartas.

El hombre entró sostenido por dos espatarios de la guardia del rey, porque se habia desmayado al echar pié á tierra.

Los cabellos de Daniel se erizaron, el rostro se le tornó de color de azufre, y con los ojos extraviados, como si tuviese delante de sí un espectro, murmuró con el acento de una persona delirante:

—¡Él es! ¡Él es!

Efectivamente, el recienvenido no era otro que el mismo José en persona, el cual, habiendo vuelto en sí pidió socorro á unos caminantes que pasaron por acaso, y despues de haber sido curado en una cabaña de pastores, se obstinó en marchar á Toledo con toda la tenacidad propia de las organizaciones, vigorosas cuando se hallan en cierto grado de exáltacion, que conduce á algunos individuos á hacer milagros de fatiga y de valor, y que es el último esfuerzo de la resistencia humana.

Así es que José, excitado de este modo, logró su intento, aun cuando llegó casi moribundo.

El mensagero miró á Daniel, y habiéndole reconocido, articuló las mismas palabras que su contrario.

—¡Él es! ¡Él es!

La única diferencia que pudo notarse en esta doble é

idéntica exclamacion fué, que el uno la profirió con estupor, el otro con una expresion de ódio irreconciliable.

—¿Qué significa esto? preguntó el monarca, que aturdido no podia comprender aquella horrible pantomima, pues el médico le habia dicho que el mensagero habia muerto á sus manos.

—Esto, señor, significa que este caballero es el que me ha causado estas heridas, dijo José animándose de una manera extraña para su estado de debilidad.

Daniel hizo un gesto que podia traducirse en estas palabras:

—«Yo creí que habia muerto.»

—Señor, continuó José, este hombre es un traidor, que me acometió en el camino, arrebatándome una carta importantísima que traia para V. A. de parte de vuestro leal Benjamin.

Daniel se sonrió al oir hablar de la lealtad de su enemigo, ya completamente desconceptuado en el ánimo del rey.

—Todo eso es muy cierto, dijo el médico dirigiéndose al mensagero. ¿Pero habeis olvidado que traiais otra carta para Samuel, el gran sacerdote de los judíos?

José pareció un poco turbado con esta salida; pero considerando que la carta en cuestion estaba escrita en hebreo, se tranquilizó con la esperanza de que no podria ser leida ni por el monarca, ni por su adversario.—En su estado de debilidad, José habia olvidado sin duda que el médico le habia saludado en aquel idioma.

—¡Y bien! ¿Qué tienes que responder á esto? preguntó don Rodrigo.

—Que no niego que tambien traia otra carta para Samuel, repuso el mensagero.

El rey comprendió muy bien que, caso de existir el secreto de la conspiracion de que le habia hablado Daniel, deberia estar contenido en la carta escrita al sumo sacerdote, por cuya razon dijo:

—Dame la carta de Samuel.

—Aquí está, respondió gozoso el médico, que esperaba este mandato para confundir á su adversario.

Este por su parte, convencido de que ninguno de los dos interlocutores entendian el idioma hebreo, estaba completamente tranquilo.

El rey, despues de haber fijado sus ojos un momento en la carta, para él ininteligible, la devolvió al médico diciendo:

—Sepamos su contenido.

Daniel se dispuso á obedecer al rey.

El mensagero comprendió entonces que se habia engañado lastimosamente al pensar que no seria entendida la carta, la cual, traducida por Daniel, decia así:

«*Al hijo de Manasés, al gran Samuel Jehú, Príncipe de los* »*sacerdotes, de la tribu Leví,*

»*Salud en el Señor.*»

«Llegados son los dias anunciados en las escrituras en »que la diestra del Dios de los ejércitos librará á los hijos »de Israel de su vergonzosa esclavitud. ¡Gloria á Dios en »las alturas! Porque hasta los mismos sacerdotes de los »soberbios godos ayudan los designios de los hijos de »Jacob.

»El arzobispo don Oppas, conforme á vuestro aviso,

»pasó por esta ciudad á reunirse con los nuestros en To-
»ledo; ya él os dirá por su boca cómo los fuertes de Israel
»están dispuestos á sacudir el yugo.

»Cuatro mil combatientes de esta region estarán en
»las inmediaciones de Jerez el dia designado para las ven-
»ganzas. ¡Dios es varon de lid, Adonaí es su nombre! El
»que echó en la mar á Faraon y su hueste, con el espí-
»ritu de su ira y de su boca sabrá barrer de la tierra co-
»mo ligeros tamos que arrebatan los vientos á los enemi-
»gos de Israel.—Os envia salud,

Nepthalí, *sacerdote.*»

Un silencio sepulcral sucedió á la lectura de esta carta.

El rey estaba ceñudo y espantosamente pálido.

José, trémulo como la hoja en el árbol, habia tenido necesidad de sentarse en un sitial, á pesar de hallarse en presencia del rey. Tal era su debilidad, aumentada más y más por el terror de verse descubierto.

—¿Y quién te ha dado esta carta? preguntó al fin don Rodrigo.

—¡Señor!... Perdóneme V. A... Yo soy un simple mensagero, que ignoraba lo que traia... Señor!...

—Díme quién te ha entregado esa carta, insistió el rey con tono amenazador.

—Vuestro servidor Benjamin.

—¿Conque el infame está en inteligencia con vuestros sacerdotes?

—¡Señor!... Yo no sabia...

José no pudo continuar; sus heridas y, sobre todo, la sorpresa que le causó el haber encontrado, cuando me-

nos lo esperaba, quien tan correctamente supiese el hebreo, le desconcertaron de tal modo, que cayó en el suelo sin sentido.

Cuando se hubieron quedado solos, el rey preguntó á Daniel:

—¿Y la otra carta de Benjamin?

—Aquí está, repuso el médico entregándola.

El rey fijó sus ojos sobre la mencionada epístola, que solo se reducia á manifestarle el esclavo que habia cumplido exactamente sus órdenes con respecto á Egilona, y que en la actualidad se hallaban en el palacio de Theodofredo, donde existia en buen estado la famosa jaula de hierro en que espiró el desdichado duque de Córdoba, privado de la vista.

Don Rodrigo, despues de leer, permaneció algun tiempo meditabundo, como reflexionando acerca del partido que deberia tomar en tales circunstancias.

Daniel en tanto, pensaba en la manera más conveniente de hacer que el rey le confiase el cargo de Benjamin, cuya sustitucion era el principal objeto de su plan.

De pronto la frente de Daniel se nubló.

Una sospecha terrible habia brotado en su mente.

Sospechó que acaso Benjamin, instruido como lo estaba de su insensato amor hácia la reina Egilona, habia participado al rey, ó al menos indicado esta circunstancia, que echaba por tierra todos sus proyectos.

Empero el rey vino á desvanecer sus dudas, diciendo:

—Daniel, no puedo menos de reconocer tu valor é inteligencia, y por lo tanto necesito valerme de tí en esta ocasion. ¿Podré contar con tu lealtad?

—Hartas pruebas os he dado; pero si aun no son bastantes, disponed de mi vida, que sacrificaré gustoso por servir á V. A.

—Lo creo así, Daniel; pero te advierto que es un misterio el que voy á confiarte; un secreto terrible, semejante á esos venenos violentos que rompen el vaso en que están contenidos. A la menor indiscrecion el rayo de mi cólera aniquilará tu cabeza.

Terribles eran estos preliminares; no obstante, Daniel respondió:

—Señor, habeis tenido la bondad de elogiar más de una vez mi inteligencia; yo debo añadir ahora que á nadie temo, que nadie me engaña, y que á nadie, sino á V. A., deseo servir. Aquí teneis un leon, una serpiente y un perro.—Disponed, pues, de mi valor, de mi astucia, de mi lealtad.

—Pues bien, hé aquí el secreto.

Acercóse el rey al oido de Daniel, y hablóle en voz muy baja, echando una mirada inquieta de un extremo á otro de la habitacion hasta la puerta, cual si pretendiese recatar sus misteriosas palabras aun de las paredes mismas.

Luego que hubo acabado, el médico contestó con voz serena:

—Bien está; sereis obedecido.

Pero Daniel estaba pálido como la muerte.

—Mide bien la expresion de tu semblante, dijo el rey con voz solemne; que tu cabeza no entienda jamás lo que encierra tu corazon; sé como el eco en las montañas, que recibe el sonido y lo vuelve sin comprenderlo.

En seguida el rey trazó en un pergamino algunas palabras, y despues de haber firmado, lo cerró sellándolo con las armas reales, y entregóselo á Daniel diciendo:

—Aquí tienes una órden para el duque de Córdoba; es la sentencia de Benjamin, que al punto deberá ser preso y degollado secretamente.—Tú le sustituirás en su cargo, para cuyo desempeño te daré mis instrucciones.

—Muy bien, señor, dijo gozoso el médico.

—Observa todo cuanto ocurra de particular, y dame el correspondiente aviso.

—Descuidad, señor, que lo haré así.

—Mi recompensa será magnífica.

—¡Oh, señor! teneis un corazon verdaderamente régio.

—En cuanto al ermitaño, te prohibo absolutamente que hable con nadie, ni aun contigo mismo.—Tú le conducirás á Córdoba, y allí ya sabes cuál es su prision, es decir, su sepulcro.

—Sí, la famosa jaula de hierro.

—Pues disponte para partir esta misma noche.

—Estoy á las órdenes de V. A.

CAPITULO XIV.

Una esperanza y un desengaño.

En un aposento de una suntuosa casa considerada con honores de palacio en la villa de Consuegra, estaba un caballero delante de una mesa, con la cabeza apoyada entre las manos, y como si un gran pesar ó una profunda meditacion le dominara.

Aquel hombre era de elevada estatura, de tez morena y facciones muy pronunciadas: su barba era negra, y á usanza de los godos, le caía hasta la mitad del pecho; sus bigotes, ya entrecanos así como sus cabellos, indicaban que habia pasado de los límites de la edad viril, y que se hallaba en la pendiente de la vejez, si bien todavía sus movimientos y, sobre todo, su mirada de águila, revelaban tanta fuerza como valor.

Largo rato permaneció el caballero en aquella actitud, dolorosamente meditabunda, hasta que le sacó de ella la aparicion de cuatro guerreros que penetraron en la estancia.

Bien se dejaba ver por el lujo de sus armas y por la altivez de su apostura, que los recien llegados pertenecian á la primera nobleza de los godos.

El caballero los saludó con un ademan lleno de afectuosa gravedad, que contrastaba con el júbilo que se pintaba en el semblante de los campeones.

—Preparaos, conde don Julian; llegó el momento en que vuestra venganza sea tan grande como la afrenta que habeis recibido, dijo uno de los caballeros.

—El gran sacerdote Samuel deberá llegar muy en breve, y con su eficaz auxilio podremos intentarlo todo, añadió otro.

—A estas horas ya estarán en el castillo los dos moros enviados por parte de Muza para informarse acerca de nuestras proposiciones, observó el tercero.

El último de los recien llegados, así como el conde don Julian, permaneció silencioso. Se traslucia en ambos un no sé qué de tristeza en aquel momento crítico, cuya llegada, sin embargo, habian aguardado con tanta impaciencia. ¿Serían tal vez esos vagos presentimientos que lanzan una luz siniestra en las misteriosas profundidades del porvenir? ¿Temerian acaso comprometerse locamente en una lucha abierta contra el rey? A la verdad, no era valor lo que faltaba en el conde don Julian y en el silencioso caballero. Era, sí, un temor vago como un sueño, doloroso como un remordimiento, el que agitaba sus corazones.

Don Julian rompió al fin el silencio, diciendo con voz reposada para ocultar su inconsolable dolor:

—Todos vosotros conoceis la antigüedad de mi lina-

ge, mis abuelos han sido iguales á los vuestros, y vosotros sois hijos de un rey.

Los cuatro caballeros á quienes se dirigia don Julian eran los condes Elipando y Osmundo, acompañados de Ebba y Sisebuto, hijos de Witiza.

—Mis mayores, continuó don Julian, han sido siempre gloria y orgullo de los campeones godos; las fembras de mi raza han sido el modelo de todas las virtudes: el honor era en nuestra familia hereditario, así como la nobleza y el poderío.—¿Habrá alguno que se atreva á decir lo contrario?

—Nadie puede negarlo, respondieron.

—Yo soy el último de mi raza; mi esposa ha muerto; mi hija, pues, era toda mi esperanza, mi consuelo, mi paraiso en la tierra. Teniendo necesidad de partir para mi gobierno de la Tingitania, la dejé bajo la custodia de la reina ¡ay! muy ageno de mi desventura. Ya no puedo tener otra hija, mi nombre se extinguirá... He perdido para siempre á mi Florinda... ¡Mi raza es infame! gritó el desdichado conde con un acento desgarrador. Ved si es grande mi afrenta y mi amargura.

Don Julian fué interrumpido por la repentina aparicion de un gallardo caballero que penetró en la estancia, armado de punta en blanco, calzadas las espuelas, y todo cubierto de polvo, como quien acaba de hacer un largo viaje.

Es imposible describir la maravillosa belleza del recien llegado.

Parecia tener de veinte y cinco á veinte y ocho años, y era de elevada estatura, rebosando en su actitud un conjunto encantador de fuerza y elegancia.

Su cabeza, hermosa y de un gran carácter, estaba coronada por una abundante cabellera de color castaño oscuro que caía sobre sus hombros: su nariz, perfecta y de una ligera curva, revelaba á la vez energía y exquisita sensibilidad: su rostro ovalado era notable por sus líneas poderosas y severas que no excluían, sin embargo, una admirable expresion de inefable bondad, y sobre todo, de una tristeza resignada, irresistiblemente simpática.

La más viva sorpresa se pintó en todos los semblantes á la inesperada aparicion del jóven guerrero.

El conde don Julian, fuera de sí de gozo, se precipitó en sus brazos.

—¡Hijo mio! exclamó, permíteme que te dé este dulce nombre: ¡hijo mio! Demasiado bien sabia yo que no me abandonarías, á pesar de que ignoraba tu paradero.

—Sí, padre mio, yo estaré siempre á vuestro lado para defender la causa de la inocencia y el pudor, dijo el jóven con voz profundamente conmovida.

—¡Eres un valiente! exclamó el conde entusiasmado. —Y luego añadió con doloroso acento: ¡Ojalá pudieras aun ser mi hijo!

El jóven ahogó un doloroso suspiro.

—¿Y ella? preguntó con voz tímida y enjugando una lágrima.

—¡Ella! Aquí está, hijo mio, en esta misma casa.

Hubo un instante de silencio.

El guerrero parecia luchar violentamente entre sus deseos de ver á la hija de don Julian, y la pena que deberia causarle necesariamente esta entrevista.

Era tan sincero el dolor, tan inmensa la amargura

pintada en el semblante de Pelayo, que Ebba y Sisebuto lo contemplaban con un enternecimiento profundo, á pesar de la secreta enemistad que siempre habia existido entre ellos. El rey Witiza habia matado de un bastonazo en la cabeza á Favila, duque de Cantabria y padre de Pelayo. La enemistad entre estos jóvenes se habia transmitido como una herencia de los padres á los hijos.

Pero todos estos sentimientos de rencor habian desaparecido en aquel momento ante aquella varonil belleza, á la cual el dolor comunicaba un encanto y prestigio irresistibles.

Don Pelayo, animándose súbitamente, exclamó con voz terrible:

—¿Por qué nos detenemos? ¿Es este el sitio de la reunion?

—¿Quién ha podido revelaros nuestro proyecto? preguntó el conde Elipando con inquietud.

—Estad tranquilo, repuso el jóven: el buen Samuel, que no tardará en llegar, es quien me ha revelado el objeto y sitio de vuestra reunion.

—¿Y en dónde has permanecido desde la última noche que nos vimos en el alcázar de don Rodrigo? preguntó don Julian.

—Como sabeis, salí de allí con el alma traspasada de dolor, y no pudiendo ocultarme, como antes, en el palacio de Harpalús, que ya estaba desalojado por los judíos, me refugié al asilo que en el monasterio de Valdecaba me ofrecia el nunca desmentido afecto del abad Ervigio.

Los hijos de Witiza se extremecieron al oir este nombre. El que entonces era abad, habia sido el enemigo

más encarnizado de su padre desde que este asesinó á su compañero de armas el desdichado duque de Cantabria.

En aquel momento se abrió la puerta, dando paso á un anciano de luenga barba, y que por su trage manifestaba pertenecer á la raza hebrea.—Era un médico, pues en aquella época la medicina, puede decirse, estaba vinculada en los judíos.

El anciano se aproximó á don Julian, y le dijo en voz baja:

—Acabo de examinar á vuestra hija; nuestros temores se han realizado, Florinda es madre.

Si un rayo hubiese caido á los pies del conde, no hubiera este sentido una conmocion más violenta, más profunda. Palideció, cubrióse su frente de un sudor frio, y con los ojos extraviados, permaneció durante algunos segundos inmóvil, silencioso, petrificado.

Despues, saliendo de repente de este estupor efímero, por un movimiento de energía terrible, cogió al anciano convulsivamente del brazo, y le dijo con un acento de horrible desesperacion:

—¡Mi hija! Conducidla aquí inmediatamente.

Todos permanecieron mudos y asombrados espectadores de esta escena, que no acertaban á comprender.

El anciano obedeció todo aturdido al ver la espantosa cólera del conde, que permaneció en un obstinado silencio despues que hubo salido el médico.

Don Pelayo, como los demás conjurados, no habia entendido una palabra de la nueva fatal comunicada al conde por el anciano en voz baja y misteriosa.

El jóven guerrero habia marchado á Consuegra con

intencion de asociarse á los enemigos de don Rodrigo para vengar la afrenta de don Julian, que tambien era la suya.

El lector recordará tal vez que la noche en que don Pelayo supo todo el horror de su desgracia, se despidió para siempre de la infeliz Florinda.

Pero cuando el alma se ha penetrado profundamente y por mucho tiempo de un sentimiento de amor sublime, es muy dificil arrancarlo de nuestro sér, ora nos halague con dorados resplandores, ora nos arrastre al abismo de la más cruel desesperacion entre un torbellino de punzantes dudas y amargos celos.

El corazon humano, siempre exigente é insaciable, limita, sin embargo, sus exigencias á medida que una fatalidad invencible se opone á la realizacion de sus deseos. Poco á poco, una triste y cruel experiencia, como una pesa de plomo, impide al alma remontar su vuelo, y entonces... ¡adios, ilusiones brillantes, mágicos ensueños, encantadores delirios, frescas mañanas de Mayo, serenas noches de estío, amorosas fantasías, adios! ¡Adios para siempre! Entonces... bien venidos sean los helados desengaños, porque estos hacen entrar nuestros sentimientos en el mezquino círculo de lo real, de lo posible.

Mucho habia padecido don Pelayo. Su alma habia perdido el encanto de la primera edad, como una flor pierde su primer aroma á impulso de una violenta lluvia, desde el momento en que la fé de su amor recibió el rudo golpe de un desengaño tan cruel. En un minuto habia envejecido su corazon diez años.

Así, pues, el noble caballero que antes no hubiese po-

dido siquiera concebir la más leve mancha en el terso y puro cristal de su amorosa ilusion, ahora, á pesar de lo que ya sabia, enamorado ardientemente como lo estaba, aun esperaba ser amado de Florinda, habiendo vuelto á reverdecer la esperanza en su pecho destrozado.

Hay otra cosa tan bella como la memoria, que en vez de avivar los recuerdos, los debilita y aun extingue... El olvido!

Don Pelayo, pues, respecto á su amor se hallaba casi tranquilo, abrigando la esperanza de ser aun feliz con Florinda. Una sola duda le atormentaba. ¿Habria tal vez cedido su amada al prestigio deslumbrador de una corona? ¿Habia luchado desesperadamente? Pelayo ignoraba el modo y las circunstancias del hecho. A haber sabido la atroz violencia y la pérfida astucia del monarca, se hubiera creido todavía dichoso, supuesto que el corazon de Florinda aun le pertenecia.

Sumido en estas reflexiones, el jóven aguardaba tener una entrevista con su amada.

Don Julian, al fin, rompió su prolongado silencio, diciendo:

—Ilustres godos, ya sabeis cuánta era mi amargura; pues bien, amigos mios, creyendo haber agotado toda la hiel de mi destino adverso, ahora se ha aumentado de una manera espantosa.

—¡Qué decís! exclamaron todos. ¿Es posible por ventura?

—No, no parecia posible, y sin embargo... nada hay más cierto, respondió don Julian con voz ahogada á la vez por la cólera y el dolor.

No bien hubo concluido el conde, cuando abriéndose la puerta, apareció Florinda, acompañada del anciano médico.

La jóven estaba pálida y triste; pero en medio de su palidez y su tristeza, siempre bella y seductora.

Don Julian le indicó con un signo que tomase asiento sobre una especie de sofá, cuyos cogines eran de una tela de seda carmesí.

Florinda obedeció.

De pronto la jóven ahogó un ligero grito, cubriéndose el rostro con ambas manos.—Acababa de ver á su amante.

Este, profundamente conmovido, la contemplaba con una mezcla indefinible de ternura, de respeto y compasion.

Florinda, comprimiendo sus sollozos, llena de rubor por la presencia de su amante, aterrada por las consecuencias de su infortunio, temiendo los furiosos transportes de un padre irritado, presentaba la imágen viva de la mayor desolacion que puede destrozar el corazon de una mujer.

Don Julian, en medio de la iracunda rabia de que se hallaba poseido, levantó los ojos hácia su hija, y adivinando todos sus tormentos, la piedad descendió hasta el fondo de su corazon paternal.

—No te desesperes, hija mia; estos caballeros son buenos y valientes, y lloran, como tú, la desgracia que pesa sobre nosotros.

Y dirigiéndose á los caballeros, añadió:

—Amigos mios, no os asombre un crímen tan atroz;

el tirano que oprime á toda España es muy capaz de violentar á una noble doncella.

Don Pelayo lanzó un rugido de dolor.

—¡Venganza! exclamó fuera de sí.

—¡Venganza! repitieron todos.

Un silencio terrible sucedió á estas furiosas exclamaciones.

Don Julian se levantó como para abrazar á su hija; mas de pronto un fuego sombrío animó sus ojos y retrocedió murmurando:

—No, no seré débil; yo buscaré el medio de alimentar mi furor, y de obligarme á mí mismo á una venganza inaudita.

Y empezó á medir la estancia á largos pasos, silencioso y pensativo.

De pronto se detuvo, y exclamó alzando los ojos y los brazos al cielo:

—Sí, yo comprendo tus designios, sábia Providencia, tú quieres libertar á España por medio de mi Florinda.

Y quitándose lentamente el manto que le cubria, y colocándolo sobre su brazo, se adelantó hácia la jóven, y con voz solemne, dijo:

—No brillará un rayo de luz sobre tus mejillas hasta que la sangre del tirano no haya lavando la mancha de tu honor.

Y así diciendo, el conde cubrió con su capa el rostro escandecido de su hija.

Luego, extendiendo la mano sobre la cabeza de Florinda, continuó con voz de trueno:

—¡Maldito sea el aire que respiras y el reposo de tu

«No brillará un rayo de luz sobre tus megillas hasta que la sangre del tirano haya lavado la mancha de tu honor.»

sueño, y maldita toda figura humana que mires con agrado en medio de tu vergüenza! Gime, llora y toma tu dolor por pasatiempo en el retiro de esta casa solitaria. ¡Que tu vida sea el movimiento convulsivo de un reptil espirante! ¡Y que esta maldicion pese sobre tí hasta que el tirano haya exhalado el último suspiro entre torturas espantosas, y que su cuerpo yazga insepulto presa de las aves carniceras!

Un silencio sepulcral siguió á esta escena aterradora.

El espanto y el horror se pintaban en todos los semblantes.

—¡Padre cruel! ¿Qué habeis hecho? dijo al fin don Pelayo, rompiendo el silencio general. ¿No os extremeceis de horror por haber pronunciado esa terrible y monstruosa maldicion contra una hija inocente?

—Tienes razon, hijo mio. ¿No es verdad que esto es horrible? ¿Pero cuál de vosotros, añadió levantando la voz, cuál de vosotros se atreverá á culparme antes de oirme?—El destino de la España entera reposa sobre mi Florinda; mi ternura paternal es una garantía de mis deberes de caballero, y estoy seguro de que ninguno de vosotros dejará de sentir una noble indignacion por mi afrenta, y á la vez un vivo deseo de rescatar á mi pobre hija del círculo de hierro que le han trazado mis palabras. Yo no tendré piedad de ella, sino cuando haya saciado la hidrópica sed de mi venganza en la sangre de don Rodrigo.—Estais pálidos... me mirais sorprendidos... No creais que son vanas amenazas. Te lo repito, Pelayo; esta resolucion terrible es para mí una prenda segura de que todos nosotros combatiremos al enemigo comun. Con este

hilo precioso he atado tu deber, el mio, el vuestro. Así, pues, ó el tirano sucumbe, ó no hay esperanza para mi hija.

—Pues sucumbirá, repuso don Pelayo con airado acento.

Y dirigiéndose á Florinda, que sollozaba inconsolable en el sofá, le dijo con un enternecimiento profundo:

—Yo te juro, amada mia, que tu afrenta será vengada; pero prométeme tambien que aun puedo esperar ser tuyo para siempre. Una desgracia no es un crímen capaz de extinguir nuestro amor.

La jóven al oir estas palabras hizo un movimiento tal de angustia y desesperacion, que el pobre caballero se quedó estupefacto, sin saber cómo explicarse aquella especie de negativa que jamás hubiera esperado.

Y creyendo que solo la maldicion de su padre causaba en tanto grado la tristeza de Florinda, se dirigió al conde, á quien con tono de reconvencion, dijo:

—¿Por qué hasta hoy no habeis dicho á vuestra hija esas palabras execrables que han destrozado su corazon? ¿Acaso no teneis hoy las mismas razones que ayer para quejaros?

—No, repuso secamente don Julian.

—Sin duda alguna, añadió el conde Elipando, vos habeis recibido alguna funesta noticia que... no quereis participar á vuestros mejores amigos.

—¿Es una reconvencion la que me dirigis? repuso don Julian.

—Lejos de eso, es un deseo muy natural de conocer la causa de vuestros pesares; hasta ahora nada nos habeis

ocultado, y ya sabeis que nuestros resentimientos tienen mucha relacion con nuestra peligrosa empresa. No existiria esta conjuracion si no existiesen afrentas que vengar. Cada uno tiene las suyas.

—Teneis razon, Elipando. Hace poco que os dije se habia aumentado cruelmente mi amargura y os pareció imposible, puesto que habia agotado todo el cáliz del infortunio.—Pues bien, voy á participaros la nueva razon que tengo para quejarme, y conocereis que no he exagerado.

Florinda al oir tales palabras lanzó un gemido desgarrador.

El conde fijó en ella una mirada de infinita ternura, y murmuró:

—¡Pobre hija mia! Comprendo tus temores.

Y haciendo una señal al anciano médico, este se dispuso á sacar de allí á la desolada jóven.

Pelayo nada comprendia de esta escena, absorto como estaba en sus pensamientos consoladores para el porvenir. —La esperanza sonreia á este corazon destrozado, como despues de una noche tempestuosa brilla para el navegante el sol de la mañana.

Cuando Florinda hubo desaparecido acompañada del anciano, el conde, pálido y trémulo, dijo con voz alterada:

—Mi hija lleva en su seno el fruto de su desgracia.—Ved ahora si hay un padre más desdichado.

El noble conde ya no podia más; dos lágrimas ardientes, harto tiempo comprimidas, arrasaron sus ojos.

—¡Esto más, Dios mio! exclamó don Pelayo en el

colmo de la desesperacion, y llevando las manos á su frente. ¡Ah!... ¡Esto es demasiado!... ¡Nací con mala estrella!

Y cayó anonadado en un sitial, cubriéndose el rostro con ambas manos.

CAPITULO XV.

Fatalidad.

A las grandes emociones sigue siempre una reaccion.

Don Pelayo, tan cruelmente defraudado en sus amorosas esperanzas, pasó rápidamente del abatimiento más completo á los más vivos transportes de furor.

Era cerca de la media noche del 3 de abril del año 713 para cuya época, como ya sabemos, se habian dado una cita solemne é infalible don Julian, el conde Requila y el anciano Samuel.

Esta cita debia verificarse en el monte que despues se llamó Kalderino.

La villa de Consuegra está situada en la falda de este monte, que la circuye de Este á Oeste, dando el centro hácia el Norte en forma de anfiteatro.

En la cumbre del cerro existe un famoso castillo tan antiguo, que á juzgar por las figuras esculpidas en la torre principal, fué edificado por el emperador Trajano.

Este castillo pertenecia en la época de nuestra historia al conde Requila, cuyos dominios feudales muy extensos, radicaban principalmente en Consuegra.

Don Julian, acompañado de los principales gefes de la conjuracion, se dirigió hácia el sitio de la cita, que era en la cumbre del monte, poco distante del mencionado castillo.

Antes de partir, don Julian encomendó la guarda de su hija al anciano médico, ordenándole dijera á su escudero Gumildo, cuando volviese de haber llevado ciertas cartas á algunos caballeros de la comarca, que su señor le aguardaba en el castillo del conde de Requila.

En el momento en que salian los conjurados de la casa habitada por don Julian, tres hombres en la esquina opuesta hablaban en voz baja, y parecian consultarse mirando á la misma casa.

Dos de aquellos hombres parecian pertenecer á la más alta nobleza, á juzgar por el lujo de sus armas y vestidos.—El otro parecia como escudero.

Uno de los hidalgos preguntó á este:

—¿Ha vuelto Gumildo?

—No, señor.

—¿Estás seguro?

—No me he movido de aquí en toda la noche.—Puedo asegurar que no ha vuelto.

—Segun eso, ¿estará el viejo solo con ella en la casa?

—Es muy probable.

Los dos caballeros cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Y Theodomiro? preguntó uno de ellos.

—Está con los caballos dispuesto.

—¿En dónde?

—Oculto entre unos árboles que hay en ese arroyo cercano.

—Perfectamente.

—¿Sabeis, dijo uno de los caballeros, que me choca esta misteriosa salida de don Julian con tanto acompañamiento? ¿A dónde irán?

—¿Quién sabe? Pero lo que nos importa es dar el golpe antes que vuelva el conde ó Gumildo.

—Teneis razon.

Y los tres desaparecieron.

Don Julian en tanto habia llegado á la cumbre del monte Kalderino, acompañado de su ilustre comitiva.

El conde aplicó á sus labios un rico cuerno de caza, y un sonido ronco se dilató por todos los confines de la montaña.—Aquella era la señal convenida.

Pocos momentos despues apareció Requila, seguido de algunos caballeros de la comarca y de dos moros, cuyos blancos alquiceles se destacaban entre las tinieblas de la noche.

Ambos condes, Requila y don Julian, que se amaban tiernamente, se saludaron de la manera más afectuosa.

—¿Y Samuel? preguntó don Julian.

—Aun no ha venido, repuso Requila.

—¿Faltará?

—No lo creo.

—¿Y si algun incidente?... ¿Si el rey ha sabido?...

—Es de todo punto imposible. Solamente nosotros estamos en el secreto de esta conjuracion.

—Hay muchos traidores, Requila. ¿No os habeis confiado á esos caballeros? añadió don Julian en voz muy baja.

—Estos caballeros, respondió Requila en el mismo tono, son todos de la mayor confianza, y todos tienen del rey particulares motivos de resentimiento. Su propio interés es una garantía de su fidelidad.

—¿Y son muy poderosos?

—Todos poseen en estas inmediaciones sus castillos, son señores de pendon y caldera, y pueden disponer de fuerzas considerables.

—¡Amigo mio! Gracias por vuestra adhesion y actividad, exclamó gozoso el conde estrechando la mano de Requila con efusion.

—¿Y esos dos moros que os acompañan? volvió á preguntar don Julian despues de un momento.

—Son dos enviados por los generales Muza y Tarif para que se informen de nuestras proposiciones, y vean si pueden aceptarlas para prestarnos su auxilio.

La frente de don Julian se nubló, y permaneció algunos minutos silencioso.

—¿Quién los ha llamado? preguntó al fin.

—Samuel.—¿Pero qué es ello? Mirad, conde, mirad, dijo vivamente Requila señalando hácia el pié del monte.

—¡Vive Dios, que es cosa extraña! exclamó don Julian mirando con inquietud.

Y luego añadió con voz en que se revelaba la mayor ansiedad:

—¡Requila! ¿Estaremos vendidos?

Requila no contestó.

Pálido y trémulo no se atrevia á apartar sus ojos del punto en que habia visto brillar de pronto una luz por la falda de la sierra.

Aquella luz, vacilante á impulsos de las ráfagas del viento, se aproximaba cada vez más.

Todos los conjurados, inquietos y recelosos, se pusieron en observacion, no acertando á explicarse la aparicion repentina de aquella luz misteriosa que se acercaba lentamente, cual si estuviese dotada de movimiento, como un hombre cuyos ojos brotasen llamas.

Pocos minutos despues un extraño y confuso rumor de voces llegó á sus oidos. Este rumor lejano, monótono, y que el viento solo dejaba oir á intérvalos, era semejante al rezo que la Iglesia tiene consagrado á los difuntos.

El terror de los conjurados llegó á su colmo.

Cuando ya la luz estuvo más próxima, creyeron distinguir á su dudoso resplandor algunas sombras con blancas vestiduras, que se agitaban como espectros que arrastrasen sus mortajas.

Ocho de aquellas figuras llevaban en unas andas una especie de ataud.

Los conjurados se miraron llenos de estupor.

—¡Un entierro! murmuraron.

De repente la luz pareció haberse detenido.

El rezo tambien habia cesado, y algunas de aquellas extrañas figuras empezaron á adelantarse rápidamente hácia la cumbre del monte.

Súbito resonó en el espacio un estrépito terrible.

Este ruido era semejante al estruendo sonoroso de algunas bocinas.

El conde Requila estrechó entonces la mano de don Julian, diciendo con aire satisfecho:

—Él es! Nos hemos salvado; nuestra empresa será coronada por el triunfo.

No bien dijo estas palabras Requila, cuando un anciano, seguido de otros cuatro, se adelantó magestuosamente hácia el grupo de los conspiradores.

—¡Samuel! exclamaron á un tiempo Requila y don Julian.

El anciano sacerdote tendió afectuosamente sus manos á los dos campeones godos, á quienes trataba con particular estimacion.

—Habeis sido muy puntuales, dijo.

—No así vos, que nos habeis hecho aguardar algun tanto, respondió Requila.

—¿Y me quereis decir, querido Samuel, qué aparato es ese, con el que nos habeis puesto en gran confusion? preguntó don Julian.

Samuel se disponia á contestarle; pero en aquel momento acababa de llegar á la cumbre precedido por la la luz de un hachon todo el séquito del gran sacerdote.

Este, pues, se adelantó á recibir las andas con muestras del más profundo respeto.

En seguida mandó colocar en tierra aquel misterioso y sagrado depósito.

Los judíos obedecieron, y á imitacion del Príncipe de los sacerdotes, se prosternaron con los ojos y las manos elevadas al cielo, y recitando una breve, pero fervorosa oracion en idioma hebreo.

Magnífico era aquel espectáculo.

Aquellos ancianos, con las frentes humilladas en el polvo, presentaban una ceremonia augusta, solemne, bíblica.—Tenian por ara la cumbre de un monte, por templo el universo, y por bóveda la inmensidad de los cielos tachonados de estrellas.

Godos, moros, judíos, permanecieron en un religioso recogimiento.

La idea de Dios está indeleblemente escrita en el corazon de todos los hombres.

Concluida la plegaria, Samuel, mostrando á don Julian el arca que hemos visto en el palacio encantado, dijo:

—Esta es la arca del Viejo Testamento; en ella se encierran todas las esperanzas del pueblo de Israel.—Desde el palacio de Harpalús, donde ha estado oculta más de un siglo, la hemos conducido aquí de noche, y así la conduciremos por extraviadas sendas hasta Jerez, cerca de cuyo punto se verificará el desembarco de las tropas del gran Miramamolin.

—¡Pardiez! repuso el conde; sea enhorabuena; pero os aseguro, Samuel, que estábamos asaz recelosos, y no podíamos atinar con la causa de tan extraña procesion á estas horas y en tal sitio.

—Señores, exclamó Requila, me parece que ya es tiempo de tratar del asunto para el cual nos hemos reunido.

Y dirigiéndose á Samuel, añadió:

—Haced que conduzcan el arca al castillo, y allí podrá pasar la noche vuestra gente.

Samuel hizo un signo de asentimiento.

Los ancianos colocaron el arca sobre sus hombros, y

se dirigieron al castillo, seguidos de Samuel y de algunos otros.—Aquellos eran los principales sacerdotes de los judios.

Detrás de esta especie de procesion iban don Julian, Requila, los dos moros y los demás conjurados.

Pocos momentos despues se hallaban instalados en el salon pricipal del castillo, débilmente iluminado por una lámpara colocada en el centro y pendiente de una cadena de hierro.

Al principio todos estaban silenciosos.—Parecia una reunion de estátuas.

Aquel silencio terrible era la calma siniestra que precede á la tempestad.

Bajo aquella tranquilidad aparente se agitaba un torbellino de encontrados sentimientos.—El volcan hierve en las entrañas del Etna, y su cumbre está coronada de nieve.

Poco á poco empezaron á oirse algunos rumores.

Los enviados de Muza, los hijos de Witiza y algunos otros caballeros empezaron á entablar varios diálogos en voz baja.

Lo mismo hicieron Requila, Samuel y don Julian.

—¿Y con qué objeto han venido estos moros? preguntó este.

—¿Habeis olvidado, repuso Samuel, que al separarnos junto á los muros de Toledo la noche que nos dimos esta cita, os dije que ya les habíamos hecho nuestras proposiciones?

—¿Y á qué se reducen?

—A que nos envien un ejército aguerrido y numeroso para destronar á don Rodrigo.

—Yo creía siempre que esas proposiciones solo se limitaban á que nos abasteciesen de armas y de dinero; pero en ninguna manera de soldados.—Es un baldon que los moros pisen la España. ¿Por ventura no bastaremos nosotros para destronar al tirano? Además, me agitan crueles presentimientos al pensar en estos africanos, á quienes llamamos como amigos, y acaso acabarán por ser nuestros opresores.

—¿Y qué piden en cambio de sus servicios? preguntó Requila.

—Una cosa, á mi parecer muy justa, respondió Samuel.

—Veamos.

—Que se les ceda la Mauritania Tingitana, que poseen los godos al otro lado del Estrecho.

—¡Ira de Dios! exclamó furioso don Julian. ¿No os lo decia? Estos advenedizos están devorados por una ambicion insaciable de dominio.—Luego, estoy seguro, extenderán sus miras para apoderarse de nuestra amada patria.

—¿Pero, y los tratados? observó Samuel.

—Sí, sí, necesariamente deberán establecerse condiciones que cumplir por ambas partes, añadió Requila.

—Delirais, amigos, delirais.—Vosotros no conoceis, como yo á los moros: son valientes; pero por desgracia muy traidores y ambiciosos. Yo he vivido entre ellos mucho tiempo, y además mi gobierno de la Tingitania me ha proporcionado mil ocasiones para conocerlos muy á fondo.—Creedme, amigos mios, el corazon me dice que esta intervencion será muy funesta á nuestra patria.

Hablaba don Julian con tal conviccion, que sus temo-

res no dejaron de impresionar tambien á Requila, el cual, sin embargo, dijo:

—Pero advertid, conde, que sin el auxilio de esos africanos, es poco menos que imposible realizar nuestros proyectos.—No por eso me opongo á que estemos sobre aviso y se tomen todas las precauciones que parezcan necesarias para impedir cualquier abuso ó perfidia.

Samuel hizo un signo de aprobacion.

Don Julian movió tristemente la cabeza con aire de duda.

Este diálogo, sostenido en voz casi imperceptible, fué interrumpido por la entrada en el salon de varios caballeros de los que estaban alojados en el mismo castillo.

—Me parece que ya no falta ninguno, dijo Requila á Samuel.

—Un personage... un poco importante, es el que echo de menos, repuso el judío.

—¿Quién?

—El arzobispo don Oppas.

—¡Es verdad! ¿En qué consistirá su tardanza?

—No encuentro inconveniente, dijo Samuel, en que se empiece la discusion: todo estará reducido luego á enterarle de lo que se haya resuelto definitivamente.

—Teneis razon.

Y Requila salió á dar sus órdenes al que guardaba las puertas de las piezas anteriores.

En seguida se oyó por tres veces un sonido metálico, compasado, lúgubre.—Se diria que era el toque de la campana mortuoria para toda España. Era la señal para empezar aquella terrible conferencia.

Al rededor de una mesa situada en un testero del salon, se colocaron don Julian, Requila, Samuel y los dos moros enviados por los generales del gran Miramamolin Ulit.

En aquel momento penetró en la estancia un hombre alto, pálido, de repugnante fisonomía y vestido con ropas clericales.

Era don Oppas, arzobispo de Sevilla, hijo bastardo del rey Witiza, y por consiguiente hermano natural de Ebba y Sisebuto.

—No podíais haber llegado á mejor ocasion, dijo Requila; precisamente vamos á empezar á tratar de nuestros proyectos.

—Ya estamos todos reunidos.

Y así diciendo, el arzobispo tomó asiento en rededor de la misma mesa.

Hubo un instante de silencio que al fin rompió don Julian diciendo:

—¡Ilustres godos! No necesito recordaros el eterno baldon y oprobio que cubre mi nombre; pero basta que recordeis para horrorizaros que yo mismo ayudé á colocar en el trono ¡oh mengua! al causador de mi deshonra. —Y vosotros tambien habeis combatido por el tirano. ¿Cuál ha sido la recompensa? A unos ha usurpado sus bienes, á otros ha desterrado, y tratado á todos con el desprecio más insultante y la más horrible ingratitud.—Díganlo si no el valiente Alarico perseguido, el noble Wifredo despojado, y el hijo de Favila, el gran Pelayo, errante, fugitivo y afrentado.—Cadenas y sangre, violencias y persecuciones, es el premio que guarda para sus servi-

dores más leales. Felices nosotros, si no tuviéramos que lamentar más que despojos, destierros, prisiones y sanguinarias venganzas! ¡Ay! Estas al menos eran injusticias que podian soportarse.—¡Pero hollar nuestras honras y mancillar nuestros tálamos! ¡Hacer víctimas de sus torpes apetitos á nuestras hijas!... ¡Oh, godos! ¿No sentís hervir la sangre en vuestras venas? ¿No se abrasan vuestros rostros de ira y de vergüenza? ¿Seremos capaces por más tiempo de obedecer al mónstruo que así se burla de nuestros derechos y escupe en nuestras frentes? No, no, mil veces no... Quitarle el trono y darle muerte no será venganza, sino justicia.

—¡Muera el tirano! ¡Muera! prorumpieron los conjurados, en quienes habia hecho bastante impresion el discurso de don Julian.

—Ahora bien, dijo Requila despues de un momento, lo que importa es combinar los medios para destronar á don Rodrigo.

—Yo puedo presentar cien lanzas mañana mismo, dijo uno de los condes amigos de Requila.

—Ya podemos contar, repuso este, con más de diez mil peones y mil caballos.

—Pero el poder de don Rodrigo es inmenso en comparacion de nuestros recursos, observó Elipando.

—Tambien podemos contar por aliados al infinito número de israelitas que obedecen á Samuel, respondió don Julian.

—Señores, dijo don Oppas, que hasta entonces habia estado pensativo y silencioso, muy buenos serán vuestros deseos, que son tambien los mios; pero hablando franca-

mente; no creo podamos llevar á cima nuestra empresa sin el auxilio del gran califa Ulit.

—Solo Dios es grande, mi nombre es Alcama, este sacerdote ha dicho la verdad, dijo uno de los moros señalando al arzobispo, que continuó:

—Con las escasas fuerzas de que disponemos, ¿qué hemos de intentar contra don Rodrigo, que puede presentarnos un ejército de cien mil combatientes?—Rodrigo, es cierto, se ha entregado á la molicie y al desenfreno desvirtuando así sus grandes cualidades; pero si bien en su palacio es voluptuoso é indolente, en el campo de batalla es robusto, fiero y experimentado.

—Es mi más encarnizado enemigo; pero le hago justicia.—El rey es valiente y experto en la guerra, dijo don Julian.

—Pero tiene muchos y poderosos enemigos, observó Osmundo.

—Tambien tiene parciales, respondió el arzobispo.

—¿Entonces quereis decir que debemos sufrir el yugo?

El arzobispo repuso con cierto acento de superioridad:

—Quiero decir que si no podemos triunfar por la fuerza, porque es materialmente imposible, deberemos valernos de la astucia.

—¿Y cómo?... Explicaos.

—El auxilio del gran califa nos podrá ser útil en extremo; pero sin tomar ciertas disposiciones, es preciso confesar que este auxilio tampoco es suficiente...

—¿Y qué disposiciones son esas? interrumpió don Julian.

—Muy sencillas.—Mis hermanos, continuó don Oppas

señalando á Ebba y Sisebuto, han estado presos por órden del rey; yo tambien estoy perseguido; pero á pesar de esto, como podeis comprender, nuestro nombre tiene alguna importancia. Pues bien, cuando Rodrigo sepa el peligro que le amenaza, es seguro que tratará de ganarse amigos y satisfacer descontentos, y yo sé á punto fijo que no seremos nosotros los últimos á quienes recurra para que, reconciliados con él, abracemos su partido en nombre de la patria.

—¿Y bien?

—Entonces mis hermanos cederán en apariencias á una reconciliacion, por cuyo medio obtendrán forzosamente algun mando principal en el ejército de don Rodrigo.—Entre tanto, nosotros dispondremos de todos nuestros medios de accion, los que unidos á los que nos proporcionen Tarif y Muza, creedme, asegurarán un éxito completo.

—¿Y qué se conseguirá con que vuestros hermanos militen en el ejército contrario? preguntó Requila.

—Ahí es precisamente adonde yo voy á parar. Cuanto más numeroso sea el ejército del rey, tanto mejor. El anciano Samuel deberá encargarse de aumentar considerablemente el número de los soldados de don Rodrigo.—En esto consiste la victoria.

—No comprendo... murmuró el judío.

—Es muy fácil de comprender.—Todos los israelitas que se encuentren en estado de tomar las armas, deberán alistarse en las tropas del rey...

—Pero eso es absurdo, interrumpieron varias voces.

El arzobispo se sonrió casi desdeñosamente al oir

aquellas objeciones, y despues de un momento continuó con el más perfecto aplomo:

—Ahora bien, supongamos que mis hermanos mandan las dos alas del ejército, en el cual se encuentran muchos millares de israelitas.—Supongamos igualmente que hemos recibido el socorro de los africanos, los cuales, unidos á nuestros soldados y caballeros, forman un ejército algun tanto respetable.—Llega, pues, el dia de la batalla, y don Rodrigo, peligrosamente confiado en la superioridad numérica de sus tropas, acepta el combate seguro de la victoria.—Mas hé aquí que en lo más recio de la pelea, á una señal convenida, mis hermanos, sus parciales, y todos los judíos se pasan de repente al ejército contrario, cuya victoria entonces es infalible.—Con esta maniobra, el terror y el desórden se apoderan de las tropas de don Rodrigo, que pierde el trono y probablemente tambien la vida.

Un silencio profundo sucedió á estas palabras.

—¿Vamos, qué decis ahora? ¿Veis cómo mi plan no es tan absurdo? preguntó don Oppas con aire triunfante.

—¡Tan infame traicion! ¡Nunca! ¡Nunca! exclamó un jóven pálido y triste que hasta entonces habia guardado un absoluto silencio.

Era el noble don Pelayo.

—Sí, es una infamia á la cual nunca me prestaré, añadió Sisebuto, el hermano menor de los hijos legítimos de Witiza.

Don Oppas era de mucha más edad.

Don Julian dijo:

—La espada esgrimida francamente y á la luz del sol, anuncia á los héroes.

—Y como vos conoceis que el heroismo es una imprudencia, por eso os ocultais en las tinieblas. ¿No es así? interrumpió vivamente don Oppas con el acento incisivo que le era peculiar.

—Si yo hubiese querido, me hubiera sido muy fácil asesinar cobardemente al rey la noche que le encontré solo en el palacio de Harpalús, repuso don Julian con altivez.

—Pues si lo hubiérais hecho así, nos hubiéramos ahorrado el trabajo de conspirar, contestó cínicamente don Oppas.

—Basta, señores; ese lenguage no es digno de nosotros, dijo Requila dirigiéndose al arzobispo con cierta severidad.

—Lo que importa es convenir en la contestacion que hemos de dar á los enviados del general Muza, puesto que su auxilio es indispensable, observó Samuel.

—Sí, sí, eso es lo más importante, y dejémonos de una traicion tan inícua, añadieron algunos nobles.

—Pues bien, dijo resueltamente don Pelayo, yo creo que ni aun debemos admitir la ayuda de los moros.

—Es indecorosa esta intervencion para nosotros, añadió Sisebuto, que, acaso por la primera vez de su vida, cambió una mirada de simpatía con don Pelayo.

—Siempre han bastado los godos para elegirse sus monarcas sin ayuda de extraños, dijo don Julian.

—Pero es preciso confesar que ahora es imposible destronar á don Rodrigo entregados á nuestras propias fuerzas, insistió Samuel con cierta ansiedad por la oposicion que encontraba respecto á la alianza con los africanos.

—Yo convengo, dijo Requila, en que las fuerzas del rey son muy superiores á las nuestras.

—Una pregunta, conde don Julian, dijo el arzobispo.

—Decid.

—¿Por qué os oponeis á mi plan?

—Porque es una traicion indigna.

No por esto se desconcertó don Oppas, que habia previsto esta respuesta; antes por el contrario, insistió diciendo:

—¡Muy bien!—Pero decid: ¿vos quereis que nuestras tropas combatan con los del rey?

—Sí.

—Y entonces ¿qué más dá que nuestros soldados sean africanos ó godos, cuando de estos solo podremos reunir muy escaso número?

Esta razon era tan contundente, que varias voces dijeron:

—Dice muy bien.—Es verdad.

Don Julian, despues de un momento, con aire sombrío, articulando lentamente, y sin cuidarse de la presencia de los moros, respondió:

—¿Sabeis lo que exigen Muza y Tarif en recompensa de sus servicios?—Que se les ceda nada menos que una de las más ricas posesiones de los godos, la provincia Tingitana.

—Nada más justo, dijeron á un tiempo Samuel y don Oppas.

—Pues bien, continuó don Julian, yo presiento que esta intervencion nos será funesta.—Ahora quieren apo-

derarse de la Tingitania, despues intentarán esclavizar nuestra patria.

—¿Y quién hace caso de presentimientos? dijo desdeñosamente don Oppas.

—¿Y los tratados? añadió Samuel.

—Faltarán á ellos, respondió el conde.

—Se exigirán rehenes, observó Requila.

—Es claro que se extenderá un convenio con todas las condiciones que aseguren su mútuo cumplimiento por ambas partes, dijo el arzobispo.

Y luego añadió con su inflexible lógica:

—Además, conde don Julian, decid francamente si creeis que solo con nuestros propios recursos podremos triunfar del tirano; apelo á vuestra misma lealtad y á vuestros conocimientos militares.

El conde, reconociendo la triste verdad de esta observacion, inclinó la cabeza y ahogó un suspiro.

Samuel y don Oppas cambiaron una mirada de inteligencia, y ambos se sonrieron con aire satisfecho.

—¡Nazarenos! Creed á este sacerdote, dijo entonces Alcama señalando á don Oppas, nuestro auxilio es indispensable para el triunfo de vuestra causa; por lo demás, no debeis dudar de nuestra fé, los hijos de Ismael saben siempre cumplir lo que prometen.

—¡Jamás! gritó don Pelayo, jamás desnudaré mi espada al lado de los enemigos de mi patria y del nombre cristiano.

—Ni yo, dijo Sisebuto.

—Nosotros solos lucharemos desesperadamente, y si es preciso, sabremos morir con gloria, exclamó

don Julian saliendo súbitamente de su abatimiento.

Y don Pelayo, Sisebuto y el conde, por un movimiento simultáneo, se estrecharon las manos, como si hubiesen querido jurar que su resolucion era irrevocable.

La discusion habia llegado á su último punto, y presentaba un aspecto verdaderamente alarmante.

De repente se abrió la puerta, y el escudero que estaba de guardia apareció en el dintel con muestras de la más viva agitacion.

—¿Qué sucede? preguntó Requila con inquietud.

—Señor, dijo el escudero con voz alterada, acaba de llegar un hombre trémulo y abatido que quiere penetrar en esta habitacion, y como me habeis dado la consigna de que no deje entrar á nadie...

—Pues dile que pase.

El escudero volvió á salir.

Todos los conjurados cambiaron una mirada de indecible terror.

Despues, creyéndose ya descubiertos, se levantaron, y poniendo mano á las espadas, se aprestaron á la defensa.

A los pocos momentos, un hombre, todo pálido y demudado, penetró en la estancia.

—¡Gumildo! ¡Mi escudero! exclamó don Julian.

—¡Señor!...

—¿Pero, por qué lloras? preguntó el conde palideciendo.

—Ha sucedido una gran desgracia.

—Habla, Gumildo, habla por Dios, exclamó don Pelayo.

—Señor, cuando volví de llevar á su destino las cartas que me entregásteis, encontré de par en par las puertas de la casa, entro lleno de inquietud, y juzgad cuál sería mi sorpresa al encontrar atado de pies y manos al anciano médico, á cuyo cuidado dejásteis vuestra hija...

—¡Dios mio! ¡Qué horror, Dios mio!... Continúa, dijo don Julian, dejándose caer en su asiento.

—Despues que le desaté, el médico me contó cómo durante nuestra ausencia habian penetrado tres hombres, y apoderándose de vuestra hija...

—¡Oh, furor! exclamó don Pelayo aproximándose á Gumildo, que continuó:

—Los hombres, despues de atar al anciano, desaparecieron llevándose á Florinda y... á Clotilde, que acudiendo á los gritos de su señora, reconoció á uno de los raptores, por cuya causa sospecha el médico que se la llevaron tambien con objeto de que no pudiese revelarnos el nombre de esos infames.

Y así diciendo, el leal Gumildo sollozaba tristemente por la pena de su señor y por la desaparicion de su querida Clotilde.

Despues de un momento el arzobispo preguntó:

—¿Y ahora, qué decís? ¿Tendreis todavía escrúpulos en aceptar la cooperacion con que nos brinda Muza?—Porque tened entendido, conde don Julian, que en todo esto anda la mano del rey.

—¡Oh! Es demasiado cierto... sollozó don Pelayo.

—¡Fatalidad! ¡Fatalidad! murmuraba el desdichado conde con la cabeza entre sus manos, ¡yo no queria, no!... Y sin embargo, añadió levantándose de pronto ardiéndole

en ira el corazon, y sin embargo, por vengarme de ese mónstruo olvidaré mi patria, y seré asesino, traidor, y... hasta parricida... ¿Qué importa?

—¡Venganza! ¡Venganza! exclamó don Pelayo.

El conde, dirigiéndose á los conjurados, con la mirada fija y ardiente, dijo con voz ronca de rabia:

—Contad conmigo para todo; muertes, guerras, traiciones, torrentes de sangre, no bastarán á saciar mi sed de venganza.

Don Pelayo murmuraba en tanto estas palabras con aire sombrío:

—¡Somos arrastrados á pesar nuestro!... ¡Fatalidad! ¡Fatalidad!

CAPITULO XVI.

El peregrino.

Al dia siguiente del rapto de Florinda, dos apuestos caballeros se paseaban altivos por las avenidas del palacio de don Rodrigo, delante del cual se extendia una ancha plaza plantada de frondosos álamos, y adornada con una hermosa fuente en el centro.

A esta plaza tenian costumbre de acudir los toledanos para solazarse al sol en el invierno, y á la sombra de los álamos durante la estacion del verano.

—Necesitamos un hombre seguro, decia uno de los caballeros.

—Y sobre todo, desconocido, repuso el otro.

—Y que nos sirva sin saberlo.

—Teneis razon, porque si no, es fácil que se deje sobornar.

—Ya hace algun tiempo que estoy mirando atentamente á muchos de esos villanos, y no encuentro una fisonomía que me cuadre.

—Guardaos bien de elegir á ninguno de esos.—Todos son toledanos, y sin duda nos conocerán.

—¡Oh! ¡Si pudiéramos encontrar un forastero!

—Es una idea excelente.

Aquí llegaban nuestros caballeros, cuando una porcion de curiosos se aproximó hácia el centro de la plaza, como si algun objeto hubiese llamado su atencion.

Los caballeros notaron este movimiento, y volviendo sus miradas al sitio donde se habia acumulado el gentío, pudieron conocer muy pronto la causa de aquella curiosidad, que era por cierto bien insignificante.

Algunos soldados espatarios de á caballo que se dirigian al alcázar todos brillantes de armas, joyeles y penachos, fueron los que llamaron en un principio la atencion general; pero despues todas las miradas se fijaron en un hombre de extraña catadura, vestido con algunos harapos, y calzados sus piés con unas sandalias que dejaban descubrir la caña elegante de sus piernas bien formadas, aunque musculosas y tostadas por el sol, el agua y el viento.—Contra la costumbre general de los godos, aquel extraño personage, en señal de humildad, llevaba el cabello muy atusado á la manera de los monges.

Una gorra de pieles cubria su cabeza, y sobre sus hombros llevaba una especie de manto ceniciento de anascote basto, muy raido y con multitud de remiendos de todos los colores conocidos, de manera que aquella capa se parecia algun tanto á un tablero de damas.—Esta, sin embargo, era la mejor prenda de su equipage, el cual se completaba con algunas conchas de diferentes tamaños que formaban tres semicírculos en rededor de sus hom-

bros y espaldas, y un rosario de cuentas enormes que, así como un gran crucifijo de madera, pendia de su cuello.

El desconocido caminaba lentamente apoyándose en un báculo de acebo, fuerte y ñudoso y coronado en su parte superior por una calabaza sujeta con una correa.

Si añadimos á este extraño atavío, que aquel hombre, que no llegaba á los treinta años, era de buena estatura, más bien huesoso que lleno, de agradables facciones y de negros ojos, inquietos y sagaces, tendremos una idea completa del peregrino.

Este, dirigiéndose hácia el palacio, recibia en su gorra las limosnas que le echaban muchos de los curiosos de la plaza.

Pero los que más atentamente examinaban al peregrino, eran nuestros antiguos conocidos don Sancho y Gudila, es decir, los dos caballeros que hace poco hemos visto pasearse junto al alcázar.

—¡Pardiez! exclamó Gudila de repente, parece que el Señor me ha oido.

—¿Qué quereis decir? preguntó don Sancho.

—Que ya encontramos al forastero que ciegamente puede servir de instrumento á nuestro plan.—Este es el hombre que nos conviene, dijo Gudila señalando al peregrino.

—¡Vive Dios, que teneis razon!

—¿Os parece que le hagamos nuestras proposiciones?

—Sí; pero es preciso hablarle en el campo.

—Pronto partiremos.—Nuestros escuderos ya no deben tardar en traer nuestros caballos...

—Mejor seria que tardasen un poco para no tener testigos, interrumpió don Sancho.

—En efecto, es un asunto tan delicado, que no debemos fiarnos aun de nuestros escuderos.—¿Pero qué hacer?

—Es muy sencillo.—Uno de nosotros irá á las caballerizas del rey, y mandará ensillar dos caballos, dejando órden á nuestros escuderos que permanezcan en Toledo...

—Eso es, dijo vivamente Gudila, citamos al peregrino en el campo, le hacemos nuestras proposiciones, y acepta, y entre los tres...

—Perfectamente.—Me habeis comprendido.

En esto el peregrino llegaba al pórtico del alcázar, cuando ya Gudila se disponia á partir para mandar ensillar los caballos.

Este entonces se detuvo haciendo una seña á don Sancho, indicándole que el forastero se acercaba.

El peregrino sorprendió aquel signo de inteligencia, sus facciones se contrageron horriblemente, y su mirada reveló tal expresion de ódio al descubrir á don Sancho y á Gudila, que estos habrian retrocedido espantados, si hubiesen podido notar esta llamarada sombría, rápida como un relámpago.—El semblante del peregrino en menos de un segundo volvió á serenarse, recobrando su expresion habitual, bondadosa y sencilla.

Don Sancho se adelantó hácia el desconocido, y tocándole familiarmente en el hombro, le dijo:

—¿Adónde bueno, peregrino?

—Voy en romería á visitar el cuerpo del glorioso apóstol Santiago, en expiacion de mis muchos pecados, respondió el peregrino humildemente.

—¿Y de dónde venís?

—De Roma, señor.

Don Sancho y Gudila cambiaron una mirada de satisfaccion al saber que viniendo el peregrino de lejanas tierras, no era fácil que tuviese amigos peligrosos en la córte.

—¿Y qué tal, hermano, volvió á preguntar don Sancho, se ha recogido buena limosna?

—Así, así, señor.

—¿No estais contento con vuestra suerte?

—Nadie lo está con la suya.

—Decís muy bien, y veo que sois tan piadoso como entendido.

—Gracias, señor, no merezco...

—Sí, interrumpió don Sancho, mereceis mi proteccion; y si quereis aceptarla, os será fácil reunir una buena suma que alivie en algun tanto las penalidades de vuestra larga peregrinacion.

—¡Oh, señor! ¡Qué buen corazon teneis! exclamó el peregrino juntando las manos; Dios os conceda un lugar en su santa gloria.

—Pero en cambio tengo que pediros un favor.

—¡Vos! ¡A mí! exclamó el peregrino con una admiracion perfectamente fingida.

—Sí, yo quiero suplicaros una gracia.

El peregrino, que hasta entonces habia tenido sus ojos bajos, clavó en don Sancho una penetrante mirada.

—Decid, señor, respondió al fin, en qué puede serviros este humilde pecador.

—No es este sitio á propósito para hablar de mi negocio.—¿Tendreis inconveniente en aguardaros en el campo?

—Ninguno, señor, mi deseo es obedeceros.

—Pues bien, esperadnos fuera de la puerta de la *Via Sacra* (1).—Dentro de breves instantes nos volveremos á reunir.

En efecto, el peregrino, algo sorprendido de este encuentro, pero con visibles muestras de satisfaccion, dirigióse al punto designado, donde no se hicieron aguardar mucho tiempo los dos caballeros, que conteniendo el paso de sus cabalgaduras, comenzaron á caminar lentamente llevando en medio al peregrino. Este, á consecuencia de aquel encuentro, habia llegado sin duda á prometerse una de esas buenas venturas con que la suerte acostumbra á favorecer á los hombres por los medios más originales y en los momentos menos esperados.—Así es, que aguijado por la curiosidad más viva, se aventuró á preguntar:

—¿Adónde vamos, señores?

—En este momento iba á decíroslo, respondió don Sancho, cuyo semblante tenia la misma expresion, á la vez impaciente y meditabunda, de un geómetra empeñado en hallar la cuadratura del círculo.

El peregrino lanzó una mirada recelosa á los caballeros.

Don Sancho, con las cejas fruncidas é inclinada la ca-

(1) Llámase la *Sagra* á una gran parte de la campiña de Toledo situada al Norte, y á la puerta por donde se sale á ella, que es hácia Madrid, la denominan de *Visagra*.—Mucho difieren los etimologistas acerca de la derivacion de este nombre: unos fundan la etimología en el árabe *Bab Sahra*, que significa puerta del Campo, y otros, con más visos de razon, la derivan del latin *Via Sacra* que existia en Toledo como la habia en Roma, en donde era una de las Urbanas que desde Clivio Capitolino, ó sea subida del Capitolio, atravesaba por el Foro Boario, al Anfiteatro de Vespasiano.—Nosotros seguimos esta última opinion, á la que parece no se opone el doctor Pisa en su historia de Toledo, tratando de esta misma puerta.

beza, continuó algun tiempo silencioso, hasta que levantando su semblante contristado, dijo con voz dolorida:

—¡Ay amigo mio! si vos quisiérais, está en vuestra mano hacer una buena obra que Dios os pagará en el cielo y yo en la tierra.

—¿Pero qué puedo yo hacer, el más infeliz de todos los mortales?

—¿Acaso no sois dueño de deteneros algun tiempo en vuestra peregrinacion?

—Sin duda puedo detenerme en donde y cuando me plazca. Mi voto ya está cumplido, y solo por devocion me dirijo otra vez á visitar al glorioso apóstol.

—¡Cuánto me place que así sea! Sin duda ya podeis aceptar mi proposicion.

—Veamos.

—Habeis de saber que nosotros somos unos hidalgos de esta comarca que rara vez solemos venir á la córte, y que cuando así lo hacemos, es para visitar á un nuestro deudo, señor muy poderoso, á quien acaba de sucederle la más terrible desgracia.

—¿Y puedo yo remediarla por ventura?

—Ya vereis que sí.

El peregrino hizo un movimiento de estupor.

Don Sancho continuó:

—El tal pariente nuestro, señor de muchas tierras y castillos, tenia por esposa á una hermosísima dama que era la perla de Toledo y las delicias de su esposo.

—¿Ha muerto tal vez? preguntó el peregrino vivamente interesado.

—No; pero un triste suceso ha afligido á su esposo tanto

y aun más que pudiera causar su muerte.—Oid: habiendo estado ausente algun tiempo desempeñando el gobierno de una provincia que le habia conferido el rey, el noble caballero lloraba el mal de ausencia tanto más amargamente cuanto que le era imposible llevar consigo á su esposa, á causa de que contínuamente estaba combatiendo á los enemigos del rey, que eran en su mayor parte antiguos partidarios del difunto Witiza.

El peregrino pareció redoblar su atencion.

—Es excusado decir que los esposos se escribian cuantas más veces les era posible, aliviando sus amorosas penas con la esperanza próxima de verse.—Pero hé aquí que un dia el infeliz caballero recibe una carta anónima avisándole que su honor corria gran peligro, si al punto no venia á reunirse con su esposa, á la que tal vez ya encontraria deshonrada...

—¿Y pudo averiguar quién era el autor de esa carta?

—Casi puedo asegurarlo, á pesar de que es poco menos que imposible separar de esta clase de terribles verdades ciertas sospechas más terribles todavía.—En resolucion, debo deciros que abandonándolo todo, exponiéndose á la cólera del rey, caminando sin tregua dia y noche, llegó por fin á Toledo, donde encontró á su adorada esposa, siempre bella, siempre inocente, siempre amante; pero como nunca triste y desconsolada, y admirándose de la repentina aparicion de su esposo, á quien por último le manifestó cómo el rey, durante su ausencia la habia requerido de amores y aun amenazado que si resistia á sus instancias, aprovecharia cualquier ocasion oportuna ó él mismo la buscaria para perder á su esposo.

—¡Qué infamia! exclamó el peregrino.

—Al oir semejante revelacion, continuó don Sancho, una idea súbita cruzó por la mente del desdichado esposo, creyendo con fundamento que aquella terrible carta le habia sido dirigida por el rey mismo tal vez con intento de perderlo; pues como era de esperar, vendria en busca de su esposa, abandonando el gobierno del rey, por cuya razon este podria dirigirle los más severos cargos.—Entonces comprendió que era víctima de un lazo infame, y tembló á la vez por él y por su esposa.—No se equivocaba: apenas el rey supo su venida, tomó las disposiciones necesarias para aprisionarle.

—¿Y él qué hizo? interrumpió el peregrino.

—Felizmente estando como estaba sobre aviso, pudo salvarse, así como tambien su esposa, la cual habita en una casa de campo oculta entre los bosques, adonde él va alguna vez á visitarla con mucha precaucion, temeroso siempre de las pesquisas del rey.

Don Sancho guardó silencio durante algunos minutos fijando una mirada escrutadora en el peregrino, que estupefacto al oir aquella historia, preguntó al fin:

—¿Habeis concluido ya?

—Sí.

—Pues, señor, yo no veo en dónde pueda ser necesaria mi ayuda en una cuestion semejante.—Es en verdad muy sensible que ese noble señor viva con tales temores; ¿pero yo qué puedo hacer?

Y así diciendo, el peregrino hizo un movimiento como para continuar su marcha.

—¿Es posible, preguntó don Sancho, que no os haya

inspirado esta historia un vivo interés hácia esos desgraciados esposos?

—Sin duda alguna.—No puedo menos de temblar por su suerte, amenazados como están de perder á cada instante la vida y, lo que es más cruel, la honra.

—¡No! ¡Yo no me equivocaba! exclamó don Sancho con un entusiasmo perfectamente fingido.

Y alargando un bolsillo lleno de oro al peregrino, añadió:

—Sois un hombre de nobles sentimientos; la honra vale más que la vida.—Tomad, y permitid que os manifieste de este modo mi ardiente simpatía.

—Pero, señor...

—Hacedme el favor de admitir este corto obsequio.

—Confieso, señor caballero, que no acierto á comprender vuestra extraña conducta, dijo el peregrino lleno de confusion.

—Pues voy á explicárosla ahora mismo.

—Decid, decid.

—Segun habeis manifestado, parece que no teneis inconveniente en fijar vuestra residencia en cualquier punto, siempre que pueda conveniros.

—No tengo el menor obstáculo.

—En ese caso podreis admitir una colocacion algun tanto lucrativa, y en la que al mismo tiempo os será fácil satisfacer vuestros generosos instintos.

—No puedo negar que me reputaria muy dichoso obteniendo un empleo semejante.

—Pues haced cuenta que ya sois dichoso.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Porque habeis obtenido el empleo que apeteceis.

—Pero es incomprensible que os hayais fijado en mí con preferencia á tantos otros como sin duda conocereis, capaces igualmente de desempeñar la misma comision de que me hablais.

—Así parecerá á primera vista; mas solamente vos reunis los requisitos necesarios.

—¿Pues qué se necesita para eso?

—Dos cosas muy difíciles de hallar, y que hubiéramos buscado inútilmente sin la feliz casualidad de haberos encontrado.—Se necesita un hombre absolutamente desconocido y dotado además de una sincera adhesion hácia estos desgraciados esposos.—Ahora bien yo creo que puedo lisonjearme de que en vos concurren estas dos circunstancias.

—Sin duda alguna; pero en fin, ¿qué debo yo hacer? preguntó algun tanto impaciente el peregrino.

—Es muy sencillo, repuso don Sancho; todo se reduce á que os instaleis en la casa de campo donde habita la señora de que os he hablado solamente acompañada de una doncella que la sirve, sin necesidad siquiera de que vos la veais; pues vuestra obligacion estará limitada á rondar los jardines de noche y guardar fiel y celosamente la puerta, no permitiendo la entrada á nadie, excepto á un caballero, que os designaré yo mismo, y que es el esposo de la referida dama.

El peregrino pareció reflexionar profundamente acerca de aquella proposicion tan extraña como inesperada.

Despues, como asaltado por una idea súbita, su rostro, poco antes tan sombrío, se iluminó de repente por

una llamarada de alegría; pero este cambio fué tan rápido, que el observador más lince no hubiera logrado percibirlo.

—¿Aceptais? preguntó don Sancho despues de algunos momentos y con cierta ansiedad.

—Acepto, repuso el peregrino resueltamente.

Los caballeros cambiaron una mirada de indecible júbilo, respirando con la fuerza de un fuelle de fragua, como si su corazon se hubiese descargado de un enorme peso.

—Pues entonces, dijo al fin Gudila, nos dirigirémos á la casa de campo.

—Vamos, pues.

Y sin más, dando un pequeño rodeo, se encaminaron hácia las fértiles márgenes del aurífero Tajo.

CAPITULO XVII.

Coincidencias.

Como unas tres horas caminaron nuestros tres personages siguiendo la corriente del rio.

Era una hermosa tarde del mes de abril.

Un paisage de una ideal belleza se desarrollaba ante sus ojos.

La dorada luz del sol de Castilla iluminaba el horizonte con ese juego encantador de luces y sombras que solo sabe manejar la naturaleza.

Un resplandor rosado comenzaba á esparcirse hácia occidente en las vaporosas cumbres de los lejanos montes, en que multitud de gigantescos pinos mecian sus plumeros de esmeralda.

Los mirlos y los ruiseñores gorjeaban dulcemente el concierto de la tarde despidiéndose del astro del dia, á la manera que entona su cancion el labrador sencillo al volver de sus faenas.

Añosos olmos y ramosas encinas engalanaban el valle alfombrado de verde grama y blancos lirios.

Multitud de antiguos sáuces inclinaban sus dolientes ramas sobre las aguas cristalinas del Tajo, que reflejaban el límpido azul del cielo, á la vez que todo un mundo de elegantes insectos de carmin y oro surcaban en mil caprichosas evoluciones las transparentes ondas del rio.

Todo, en fin, anunciaba la rica pompa de vegetacion, aromas y colores de que se engalana la creacion al soplo de los céfiros de la primavera.

Las aves y los insectos, los árboles y las flores arrulladas por las brisas, respiraban la animacion, el movimiento, la vida, propia de la estacion de los amores, despertando en el alma esas emociones íntimas que la impregnan de una ternura inefable.

Un palacio de pórfido, de rara magnificencia, se divisaba entre un bosque de naranjos en la ribera del Tojo.

Tres hombres se detuvieron á la puerta de aquel palacio.

Eran don Sancho y Gudila acompañados del peregrino.

—¿Es esta la casa de campo que decís? preguntó este.

—Aquí es, repuso don Sancho, donde se encuentra la señora que muy pronto ha de serlo vuestra.

En aquel momento se abrió la puerta del palacio por una mano invisible.

Don Sancho entró el primero, seguido de Gudila y el peregrino, tras del cual volvió á cerrarse la puerta.

Es indecible la magnificencia, la riqueza de mármoles y columnatas prodigadas en aquel edificio, cuya suntuosidad contrastaba siniestramente con la soledad y el silencio más profundos.

Los caballeros dejaron en el patio sus cabalgaduras, cuyas pisadas resonaron lentas y compasadas, como si alguna persona las condujese á las caballerizas.

Don Sancho y sus compañeros se dirigieron á una habitacion situada en una especie de pórtico interior, cuyas ventanas, pequeñas y enrejadas con enormes barrotes de hierro, daban al campo.—Aquel era el aposento destinado al guardian del palacio.

El peregrino contemplaba aquel edificio con un asombro creciente, considerando su aventura cada vez más extraordinaria.

—¿Qué tal os parece este aposento? preguntó don Sancho dirigiéndose al peregrino.

—Magnífico, señor, repuso este.

—Pues aquí debereis habitar desde hoy, mirando siempre quién viene para abrir la puerta con precaucion y en silencio.

—Descuidad, señor caballero, que ya haré todo lo posible por llenar debidamente mi obligacion.

No bien hubo concluido estas palabras el peregrino, palideció espantosamente, permaneciendo con la mirada fija, trémulo, aterrado como si tuviese un espectro delante de sí.—Tenia razon el peregrino.

Una figura extraña, horrible, espantosa, acababa de aparecer en el marco de la puerta.

Pero mientras que el peregrino estaba lleno de asombro, don Sancho manifestaba la mayor complacencia entablando por medio de signos un misterioso diálogo con el recien llegado.

Era este un hombre de estatura gigantesca, de cabeza

desmesurada y cubierta con un enmarañado bosque de cabellos negros y lanudos. Sus ojos de reptil giraban en sus órbitas como espantados; su nariz, arremangada y poco ó nada cartilaginosa, estaba provista de dos inmensos agujeros parecidos á las concavidades de una calavera; su labio inferior, colgante hasta la barba, parecia el borde de una tinaja, y su enorme boca, hendida como si le hubiesen dado un hachazo de oreja á oreja, ostentaba unos dientes de chacal cuya blancura contrastaba ferozmente con el color de su tez.—Era un negro.

Nada podia imaginarse más siniestro que aquella horrible pantomima, que aquel diálogo inarticulado entre don Sancho y el negro, que para colmo de desgracia y deformidad era sordo-mudo.—Concluida esta conversacion tan rápida como ininteligible para el peregrino, desapareció el negro á una señal de don Sancho, el cual, volviéndose á sus compañeros, dijo:

—Aquí está.

—¿Quién? preguntó tímidamente el peregrino.

—El esposo de la dama, repuso don Sancho cambiando una mirada de inteligencia con Gudila.

Y dirigiéndose al peregrino, añadió:

—¿Conque estais contento?

—¡Oh, señor caballero! Nunca os agradeceré bastante vuestra proteccion.

—Aquí estareis perfectamente alojado, ganareis al mes quince libras de oro...

—¡Señor!... ¡Tanta prodigalidad! interrumpió el peregrino cada vez más admirado.

—Nunca son suficientemente recompensados los ser-

vidores fieles, respondió don Sancho; en cuanto á la comida, os la dispondrá ese esclavo que habeis visto, el cual tambien os acompañará de noche para hacer vuestras rondas.

—Pero, señor, he advertido que ese esclavo no habla.

—Es cierto, el pobre es sordo-mudo; pero os será fácil entenderos por señas; él comprende maravillosamente el lenguage de accion, es tan inteligente como fiel.—Ahora permaneced aquí cuidando de la puerta, pues ya sabeis que tal es vuestra obligacion, y que á nadie, fuera de nosotros y nuestro pariente, debeis permitir la entrada en este palacio.

—Pero yo no conozco á ese caballero.

—Yo os lo mostraré cuando bajemos, pues ahora vamos á subir á verle.

Los caballeros salieron dejando al peregrino estupefacto.

En el primer tramo de una suntuosa escalera de jaspe encontraron los dos nobles godos al negro, que bajaba.

Don Sancho, deteniéndole, se llevó á sus ojos los dos dedos índice y anular haciendo un gesto muy significativo.

El esclavo inclinó la cabeza afirmativamente en señal de haber comprendido lo que se le decia, esto es, que vigilase sin cesar á su nuevo compañero.

Hecha esta prevencion, don Sancho y Gudila continuaron su camino y penetraron en una estancia resplandeciente de lujo y de riqueza.

Un hombre de alta estatura y magestuosa presencia les salió al encuentro con el semblante entre irritado y afligido.

—Iba á buscaros en este instante, dijo el caballero.

—¿Quién os ha participado nuestra llegada?

—Vuestro esclavo, segun he podido entender por sus pantomimas.—¿Es ese el sordo-mudo de que me habeis hablado?

—Sí, señor, ese es el negro que compré á los moros cuando estuve en Africa en la provincia Tingitana.

—Parece que está dotado de gran valor y destreza.

—Es un prodigio de vigor, de inteligencia y fidelidad. —Nunca olvidaré que me salvó la vida dando la muerte con un arrojo temerario á un gran leon que me acometió en Sierra Leona en ocasion que, habiendo caido mi caballo, me encontraba en la imposibilidad de defenderme.

—Pues un hombre de esa estofa nos viene de molde.

—Valiente, leal, y sobre todo, sordo-mudo, puede prestarnos incalculables servicios.

—En la ocasion presente es un tesoro, dijo Gudila.

—Ahora Agar, que así se llama el negro, tiene un compañero que acabamos de traerle.

—¡Cómo! ¿Habeis cumplido ya mi encargo?

—Sí, señor, ya tenemos un servidor incapaz de ser sobornado ó seducido para que comparta el trabajo con ese pobre núbio, que bien necesitaba tener quien le ayudase.

—¿Y estais seguro de que ese hombre desconoce completamente á nuestros poderosos enemigos?

—Tan seguro estoy, que baste decir que acaba de llegar de Roma, y que pasando por Toledo, se dirigia en peregrinacion á visitar el cuerpo glorioso del apóstol Santiago.

—¿Es tal vez un peregrino?

—Justamente.

Y don Sancho refirió á su deudo todo lo que ya sabe el lector respecto á la manera con que habia hecho conocimiento con el peregrino, concluyendo este por aceptar sus proposiciones.

El caballero respondió al fin:

—A pesar de todo, no sé por qué tengo desconfianza...

—Descuidad, señor, interrumpió don Sancho, que por lo que pueda suceder, ya he encargado á Agar que vigile incesantemente á su compañero; aunque imagino que será diligencia inútil.

—Dios lo quiera, dijo el caballero con aire de duda.

—Además, respondió Gudila, que nosotros podemos venir de noche cuando menos lo esperen y celar su conducta.

—Y aun rondar el palacio sin que ellos lo sepan, añadió don Sancho.

—No será mala precaucion, contestó el caballero; pero la noche se acerca, y ya sabeis cuanto nos queda aun por hacer.

—Cuando gusteis podemos partir.

—Pues marchemos al punto.

—Y los tres caballeros bajaron la escalera dirigiéndose al patio.

Don Sancho sacó un pito de metal, y dió un prolongado silbido, que repitió por tres veces.

—¿Qué haceis? preguntó el caballero.

—Llamar al esclavo.

—¿Pues no es sordo-mudo?

—Sí; pero oye este sonido, por cuya razon entregué anoche á esas damas otro silbato igual, por si acaso necesitaban á deshora de los servicios del negro.

—Gracias, amigo mio; sois muy previsor.

En este instante Agar se presentó con tres caballos del diestro.

El peregrino, en tanto, parecia sumergido en profundas reflexiones, de las que vino á despertarle la voz de don Sancho, que decia:

—Aquí teneis á nuestro muy amado primo, al cual debereis reconocer con el objeto que ya os he indicado.

El peregrino se inclinó con humildad, aunque estuvo á punto de venderle un brusco movimiento que al fin fué dueño de dominar.

—¡Oh! ¡No me habia engañado! murmuró con voz sorda.

Los tres caballeros desaparecieron en seguida, y mientras que el negro cerraba la puerta, el peregrino, dándose una palmada en la frente, exclamó con diabólica sonrisa:

—Sí, sí... Es el rey!

El pretendido esposo de la reclusa dama era, en efecto, don Rodrigo.

Agar entró en la estancia donde estaba sentado el peregrino al fuego casi extinguido del hogar, y tendiéndole la mano, el negro manifestó por esta señal que admitia con gusto en su amistad á su nuevo compañero.

Este clavó una mirada penetrante en el negro, y no pareció muy satisfecho de su exámen.—Tal era la expresion intrépida y á la vez inteligente de su mirada.

En el momento en que el peregrino se disponia á en-

tablar por medio de signos un diálogo de los más diplomáticos con objeto de aclarar ciertas dudas, le pareció oir un grito desgarrador en las inmediaciones del palacio.

Fué tal la sorpresa y el espanto que se pintó en el semblante del peregrino, que su compañero no pudo menos de interrogarle con una señal la causa de aquella súbita mutacion, la cual, comprendida por el negro, se encogió de hombros con la mayor indiferencia.

Segunda vez volvió á oirse el mismo lastimero grito, y una voz que pedia socorro.

Entonces el peregrino se decidió á salir, aun cuando fuese contrariando la voluntad de Agar, quien no se hallaba muy dispuesto á abrir la puerta por tan poca cosa.

No obstante, el peregrino le hizo notar que el que imploraba socorro acaso sería alguno de los caballeros que se habian marchado poco antes, y esta consideracion pareció decisiva en el ánimo del negro, que, abriendo la puerta, salió con su colega en busca del doliente.

Y á los poco pasos encontraron un hombre al pie de un árbol, con el rostro todo ensangrentado, y apretando convulsivamente en su mano derecha las bridas de su caballo, que, como de noble raza, permanecia inmóvil junto al ginete.

El peregrino cogió en brazos al malaventurado caballero, y lo condujo á su estancia, seguido de Agar, que llevaba del diestro la cabalgadura.

La noche habia envuelto al mundo en su manto de tinieblas.

El corazon del peregrino latía violentamente asaltado

por un vivo presentimiento que le inspiraba la presencia de aquel desconocido, cuyas facciones en vano habia intentado reconocer en la oscuridad.

No bien hubo llegado á su habitacion, iluminada por una lámpara, trató de examinar el rostro de aquel hombre; pero no pudo distinguir de sus facciones, cubiertas de sangre.

Mientras que Agar conducia el corcel á la caballeriza, prodigaba el peregrino los primeros auxilios al herido, á quien limpió la sangre con un paño ligeramente humedecido.

Es imposible pintar la sorpresa y el gozo que experimentó al descubrir completamente el semblante del caballero, que, ya repuesto del todo, participó tambien del asombro y júbilo de su bienhechor.

Le parecia un sueño, dudaba de sí mismo, era un encuentro providencial en aquellos momentos en que el peregrino estaba abrumado por sus terribles sospechas y desconsolador aislamiento.

Y precipitándose en brazos de su huésped, radiante y transfigurado, el peregrino exclamó con voz trémula de emocion:

—¡Ferrandez!

—¡Gumildo!

—¿Quién te ha hecho esa herida?

—Hace poco estaba parado no lejos de este edificio por ciertas razones que ya te diré, cuando de repente pasaron tres caballeros á galope rápidos como una exhalacion; yo me sorprendo, mi caballo se espanta haciendo un brusco movimiento que no esperaba, y hé aquí que

perdiendo el equilibrio, dí con el santo en tierra causándome esta herida.

—¿Y no conociste á los caballeros?

—Era imposible, mi buen Gumildo; pero ¿no me explicarás la razon de hallarte en este sitio y con ese trage de peregrino?

—Es cosa larga de contar.

—No acabo de admirarme de semejante transformacion.

—Pero dime pronto, Ferrandez, ¿por qué examinabas este edificio?

—Ya sabes lo que sucedió en Consuegra, y gracias á las señas que daba el anciano médico, adiviné quiénes eran los raptores...

—Lo mismo me sucedió á mí.

—Pues bien, yo he visto á los campesinos seguir las huellas de hombres y animales por espacio de muchas millas...

—¡Ah! ¡Ya comprendo! interrumpió Gumildo, has seguido el rastro de los raptores.

—Sí; pero desgraciadamente lo he perdido en estas cercanias.

—¡No habérseme ocurrido á mí eso!

—Pero cuéntame por qué has abandonado á tu señor.

—No perdamos el tiempo inútilmente; antes que venga ese negro que Dios confunda, pongámonos de acuerdo.

—¿Sobre qué?

—Sobre los medios de libertarlas; pero por Dios, cuando venga el esclavo, finge que no me conoces, pues de lo contrario todo se habrá perdido.

—¿Y ese esclavo?

—Es muy astuto, y aunque no oye, si nos ve hablar, puede concebir sospechas, y entonces es imposible salvarlas.

—¿Pero sabes tú dónde están?

—Estoy seguro de no equivocarme; se encuentran aquí... ¡Silencio!

En aquel momento entró Agar sonriendo maliciosamente y clavando alternativamente sus ojos de reptil en ambos escuderos.

Gumildo se puso entonces á vendar la herida de Ferrandez, afectando la mayor indiferencia.

CAPITULO XVIII.

Descubrimientos.

La España se encontraba al borde del precipicio.

Los últimos descendientes de aquellos godos indomables, que desde las nebulosas selvas de la Escandinavia habian dilatado su imperio hasta las abrasadas arenas del Africa, se hallaban ahora divididos en bandos, afeminados por la molicie de una larga paz, é implorando de los moros, sus más encarnizados enemigos, auxilio y proteccion para vengar sus afrentas ó realizar sus ambiciosos planes.

Ya hemos visto cómo por una fatalidad lamentable don Julian y don Pelayo fueron impulsados á asociarse con los demás descontentos, que opinaban debia aceptarse la humillante cooperacion de los moros.

Los enviados de Tarif y Muza manifestaron á los conspiradores que seria conveniente se reunieran en Jerez y sus inmediaciones para estar prontos á obrar con el

mejor acierto, y segun las instrucciones de los generales africanos.

Aceptadas estas condiciones, don Julian y don Pelayo, lo mismo que todos los principales conjurados, debian encaminarse sin dilacion hácia Jerez, segun el plan concertado.—Así, pues, la angustia y el tormento del desdichado padre y del amante infeliz no tenian límites, obligados como estaban á partir inmediatamente de Consuegra.

El honor, la palabra empeñada, y por último, una rabiosa sed de venganza, los impelia á dejar abandonada en el misterio de una maquinacion infame á una hija querida, á una mujer idolatrada. ¡Cuán cruel para ambos era este sacrificio!

Don Julian, así como tambien don Pelayo, se habian trasladado al castillo del conde Requila, en cuya fortaleza vivian ocultos y seguros los principales cabos de la conjuracion.

El gran sacerdote de los judíos, Samuel, habia permanecido igualmente en compañía de los magnates godos, si bien aquella misma noche deberia ponerse en marcha con los principales sacerdotes y los ancianos que constituían el Consejo ó Tribunal de los judíos, los cuales habian de llevar el arca en que se custodiaban las tablas de la ley con toda la pompa y solemnidad compatibles con el misterio, caminando á jornadas cortas, de noche y por extraviadas sendas.

En un aposento del castillo, pequeño, pero en el que se notaba ciertaba magnificencia tanto en sus muebles como en su techo artesonado de ricos enmaderamientos de ensambladuras sembrados de rosetas de hermoso color

de púrpura y verdegay, estaban dos hombres de extraños ropages hablando misteriosamente sentados en dos sillones de tijera en rededor de un mesa.

En el momento en que acabamos de introducir al lector, el aposento estaba opacamente iluminado por una lamparilla que ardía en el centro de la habitacion.—Ya era completamente de noche.

El uno de ellos tendria cuando más cuarenta y cinco años; era robusto, moreno, y su barba, negra y larga hasta la cintura, le daba cierto aspecto, á la vez melancólico é imponente.

El otro era un anciano de fisonomía austera y venerable, de miembros descarnados y elevada estatura, con dos ojos como chispas cargados de largas cejas.—Ambos vestían el trage propio de los hebreos; el anciano era Samuel, el otro era un esclavo del rey llamado Efraim, recien venido de Toledo.

—Mucho me holgara, Efraim, de que nos siguieses, decia el gran sacerdote.

—Pero debo recordaros que es imposible, repuso el esclavo.

—¿Por qué?

—Porque nadie podrá espiar los pasos del rey, si yo me ausento.

—¿Pues y tu hermano Jacob?

—¡Ah! Se me ha olvidado deciros que mi hermano ha desaparecido hace algunos dias del palacio de don Rodrigo.

—¡Cómo! ¡Es increible!

—Nada hay más cierto.

—¿Y no se sabe dónde está?

—Se ignora absolutamente su paradero; sin embargo, la circunstancia de haberse ausentado á la vez que el médico Daniel, me hace sospechar que han marchado juntos.

—¡Daniel tampoco está en Toledo! exclamó muy sorprendido el sumo sacerdote.

—Ha vuelto á la corte despues de algunos dias de ausencia; pero ha desaparecido segunda vez de un modo asaz misterioso.

Samuel pareció reflexionar profundamente; despues dijo:

—Tu hermano Jacob, lo mismo que Benjamin, poseía sin duda grandes secretos del rey.

—No lo sé; pero lo cierto es que mi hermano y Benjamin se aborrecian mortalmente.

—¡Ellos! ¡Es extraño!... Hubo un tiempo en que los dos fueron íntimos amigos, y en aquella época debieron ganar mucho dinero.

—¿Qué quereis decir?

—Digo que entonces acababa el rey don Rodrigo de subir al trono despues de una batalla formidable contra las tropas de Witiza, en la cual este fué completamente derrotado, habiendo hecho cundir la voz de que habia muerto en el combate; pero en realidad estaba preso, si bien poco despues se confirmaron los rumores de su muerte, gracias á la intercesion de un carcelero que se llama Benjamin, y de un cocinero llamado Jacob.

—¡Mi hermano! exclamó Efraim estupefacto.

—Sí, tu hermano y Benjamin fueron los cómplices de

don Rodrigo en el envenenamiento del monarca destronado; porque el rey Witiza murió envenenado.

—¡Dios de Israel! ¡Qué misterio!

—Y aun añaden que un hijo de Witiza fué la causa de su perdicion, abrigando el criminal intento de ceñirse la corona de su padre; aunque el cielo no permitió que el impío cogiese el fruto de su maldad.

—¿Y cuál de sus hijos cometió tamaña infamia?

—El bastardo don Oppas, el cual trató de valerse de don Rodrigo, como instrumento el más á propósito para aniquilar á su padre, revelando deslealmente á las tropas contrarias las más secretas disposiciones del ejército de Witiza.—Y mientras que tan vilmente vendia á su padre, en el momento de ser vencido y aprisionado, para completar su odiosa trama, un hombre se introdujo en la tienda del victorioso don Rodrigo, y precipitándose sobre él, trató de asesinarle; mas no habiendo logrado su intento, murió al punto degollado, no sin confesar antes que era enviado por don Oppas, que desde entonces ha andado siempre fugitivo.

—¡Qué horror!... Pero no comprendo por qué deseaba asesinar á don Rodrigo, á quien él mismo habia ayudado, segun decís.

—Es un hombre diabólico; oye y admírate.—Vencido Witiza por don Rodrigo, y asesinado este á su vez, morian los dos aspirantes á la corona, en cuyo caso él sería el elegido, segun todas las probabilidades, puesto que los hijos legítimos de Witiza eran á la sazon niños de corta edad.—Tal era el objeto de su tenebrosa maquinacion.

—¡Qué astucia tan infernal! Y lo que más me admira

es cómo vos habeis podido saber tan á fondo esas terribles intrigas.

—¡Eh! Yo tengo para eso cierta habilidad, amigo Efraim, repuso el anciano con singular sonrisa; pero volvamos á nuestro propósito; ¿no has podido averiguar qué razones han movido á tu hermano para abandonar el palacio, esponiéndose como se espone, á una muerte segura?

—Me parece que en esa parte estais equivocado, puesto que el rey no se ha sorprendido de su ausencia, y aun creo que está actualmente en mayor privanza que nunca.

—¡Cómo! ¿Será cierto?

—Os digo la verdad, y así lo reconocereis vos mismo cuando os revele una circunstancia...

Efraim se detuvo como embarazado penosamente por lo que tenia que decir.

—Vamos, acaba. ¿Qué circunstancia es esa? preguntó no sin curiosidad el Príncipe de los sacerdotes.

—Señor... Es una cosa terrible... Mi hermano debe ser mirado con horror por todos los hijos de Israel; Jacob no solamente es un asesino, como habeis dicho, sino tambien un apóstata.

—¡Qué estás diciendo! ¡Efraim, tú deliras!

—¡Ah! Por desgracia es harto verdadera la noticia que acabo de daros: Jacob se ha convertido á la ley de Cristo.

—¡Jacob converso! ¡Maldicion sobre él! exclamó el gran sacerdote con todo el fanático encono que le inspiraba su religioso celo.

—Yo sospecho, dijo Efraim despues de un instante de

silencio, que Daniel y Jacob están ocupados en alguna tenebrosa comision del rey.

—Es muy posible, si se tiene en cuenta la venida de Daniel y su repentina desaparicion...

—Además, señor, la reina no está en palacio.

—Sí, ya lo sé.

—Tambien han preso, y no ha vuelto á saberse más de él, á un israelita llamado José.

—¡José! exclamó Samuel palideciendo. ¿Y no sabes por qué lo han preso?

—Lo ignoro absolutamente.

—¿Y no has podido inquirir de dónde es natural?

—Tampoco.

Samuel tomó la actitud de un hombre que procura reunir sus recuerdos, y sacando una bolsita de cuero, tomó uno de los varios pergaminos que contenia, y se puso á leer con cierta inquietud.

Despues murmuró como hablando consigo mismo:

—¿Quién sabe?... Puede ser otro... pero es casi seguro... aunque José vivia en Córdoba... ¡Oh! Si el rey llega á sospechar...

Y guardando otra vez el pergamino, que era una especie de empadronamiento de la poblacion judáica, volvió á preguntar á Efraim:

—¿Y no sabes más acerca de ese prisionero?

—Solo sé que entró en el alcázar pálido, ensangrentado, moribundo; y que despues de haber hablado algunos momentos con el rey, este mandó que le prendiesen. Esto es lo que me han referido, pues yo aquel dia habia ido al palacio encantado para cumplir vuestras órdenes.

Samuel inclinó la cabeza sobre el pecho con dolorosa resignacion, casi convencido de que el rey no ignoraba la conjuracion tramada.

De repente todas sus dudas se disiparon y desarrugó su frente, poco antes tan ceñuda.—Pensó en que si el rey hubiese sabido el intento de sus enemigos, pudiera muy bien haberlos sorprendido en su asamblea, con cuya reflexion quedó completamente tranquilizado.

—Es necesario, dijo al fin, es necesario que al momento partas á Toledo, y que espíes dia y noche los pasos de don Rodrigo, y que me avises de todo, especialmente si averiguas que el rey llega á saber algo de nuestros proyectos: en esta parte exijo la mayor exactitud.

—Descuidad, señor, que nada dejaré de hacer por conseguir nuestro objeto.

—Así lo espero, Efraim.—En cuanto á la correspondencia, ya lo sabes, todos los meses en el palacio encantado te aguardará uno de los nuestros, que te dará por escrito mis instrucciones, y á quien entregarás la contestacion. Ahora bien, ¿cumpliste mis encargos?

—Sí, señor; las puertas están perfectamente cerradas; y en la cueva se han escondido las armas, las riquezas, los vasos sagrados, las vestiduras pontificales de oro y sirgo, los divinos libros de Moisés, todo se ha depositado allí: la entrada está cegada con tierra y maleza, de modo que aunque se atreviese el rey á allanar el palacio, nada encontraria.

El semblante de Samuel se dilató de júbilo.

Efraim sacó una llave, que entregó á Samuel diciendo:

—Tomad, esta es la llave del subterráneo donde están los tesoros.

—Bien, Efraim, el Dios de Israel premie tu lealtad, repuso Samuel guardando la llave.

—Ahora, señor, llegó la hora de partir; la noche va adelantando, y por la mañana temprano necesito estar en Toledo para que no noten mi ausencia.

—¡Es verdad! respondió Samuel con amarga sonrisa, parte, pobre esclavo; pero abriga la esperanza de que muy pronto brillará el dia de tu libertad y la de todo el pueblo de Israel.—Nosotros tambien partiremos despues de media noche... Anda, pues, recibe mi bendicion, y el Dios de Abraham sea contigo y te bendiga á tí y á tus hijos hasta la última generacion... ¡Adios!

Efraim con los ojos preñados de lágrimas se hincó de rodillas, besó la mano al gran sacerdote con el más profundo respeto, y desapareció.

En seguida, Samuel se dirigió lentamente al aposento en que estaba el arca, piadosamente custodiada por cuatro ancianos, y despues de tomar un cajoncito de madera de cedro como de una vara en cuadro que estaba en un ángulo de la habitacion, volvió á salir, encaminándose á la morada del afligido conde don Julian.

Este se hallaba á la sazon en su aposento sentado delante de una mesa con la cabeza apoyada en su brazo, como si estuviese durmiendo, en tanto que colocado á su espalda, inmóvil, de pié y con el semblante triste, le contemplaba en silencio el conde Requila.

Samuel se adelantó sin que don Julian se apercibiese de su llegada, y habiendo puesto el cajoncito con mucho

tiento sobre un sitial, cambió algunas palabras con Requila, que al punto salió de la estancia.

El judío entonces se colocó delante de don Julian, el cual, despues de algunos momentos, saliendo de su distraccion, se levantó bruscamente, y al ver un hombre delante de sí, no pudo reprimir un ligero movimiento de sorpresa; pero habiendo reconocido á Samuel, pasó su mano temblorosa por su pálida frente, como si pretendiese ahuyentar de su memoria algun doloroso recuerdo, é invitó al judío con un afectuoso ademan á que tomase asiento.

Samuel, correspondiendo á esta invitacion, sentóse en frente del apenado caballero, y despues de una breve pausa, dijo:

—Dad treguas, conde don Julian, á vuestro tormento, pensad en que muy pronto llegará el dia de la venganza...

—Sí, sí, exclamó el conde animándose súbitamente, esa esperanza me sostiene, sin ella la vida me fuera insoportable; yo quiero, yo necesito una venganza ruidosa, inaudita, tan grande como mi afrenta.

—Y la tendreis, conde. Dios siempre es justo, y tarde ó temprano castigará al culpable, á ese mónstruo, que contra todos los respetos humanos y divinos se atrevió á emponzoñar con su aliento la pureza de Florinda.

—¡Hija de mi corazon! ¡Cuánto me pesa haberla afligido dirigiéndole palabras harto crueles!... Pero era tal mi dolor, que me cegaba hasta el punto de haber proferido una maldicion terrible... No obstante, así estimularé más, si es posible, el rencor implacable que me devora...

Mi hija está perdida para siempre, ya no me queda más que vengarme y... morir.

Y al pronunciar estas palabras, era tal la mezcla de amargura y furor que revelaba el semblante á la vez hermoso y marcial del desdichado conde, que inspiraba terror y compasion profunda á un mismo tiempo.

—¡Morir! repitió Samuel en tono de afectuosa reconvencion. ¿Y vuestro hijo? ¿Por ventura habeis olvidado que el cielo os guarda aun dias de felicidad?—Es cierto que habeis perdido una hija pura y hermosa, que era vuestro consuelo y vuestra esperanza, y que á no ser porque Dios lo ha dispuesto de otra manera, vuestro linage desapareceria de la tierra, como una planta maldita, envilecido y mancillado vuestro nombre por el pérfido monarca.

—¡Oh! ¡Yo soy el último de mi raza!... ¡Cuán desgraciado nací!

—Felizmente no sucederá como vos pensais; recordad que teneis un hijo hermoso, jóven, tal vez sabio, valiente sin duda, lleno de esperanza y de entusiasmo, capaz de ser un héroe ilustrando su nombre hasta ahora oscuro, y sin otro deseo que el de encontrar un hombre á quien estrechar contra su corazon, y decirle «¡Padre mio!»

—¡Oh! Tanta felicidad no se ha hecho para mí; yo nunca podré abrazar á mi hijo, y si no habia logrado vengarme cuando cerrase mis párpados el sueño de la muerte, decirle: «Ahí tienes al tirano que afrentó las canas de tu padre y deshonró á tu hermana... Venga mi afrenta y protege á Florinda.» ¡Ay! Yo entonces moriria contento, y creería en la justicia de Dios y no blasfemaría de la Providencia.

—¿No es verdad, conde, que nada hay sobre la tierra más bello, más tierno, más santo, que ver á un hermoso mancebo, robusto, enérgico y valiente, prodigar afectuosos cuidados á su débil y anciano padre?

Y así diciendo, una sonrisa espantosa, una sonrisa de condenado dilató los lábios pálidos y delgados de Samuel, que continuó clavando en el conde miradas casi delirantes.

—Yo estoy privado para siempre de este inefable consuelo, conde don Julian... Y yo tambien tenia un hijo... ¡Y me lo asesinaron!—Pero yo tambien me vengaré de una manera espantosa del asesino de mi hijo... No sois vos solo el que tiene afrentas que vengar.

—¡Infeliz padre! exclamó don Julian en extremo afectado; nadie como yo puede comprender vuestra amargura, y sois dueño de contar conmigo para saciar vuestra venganza.

—¡Vaya si contaré! repuso el judío con una sonrisa indescriptible; precisamente vos sois el primero cuya cooperacion necesito, pues sin vos me seria imposible realizar mi intento.

—¿Y qué pensais hacer?

—Ya os lo avisaré á su tiempo; es una venganza á mi modo; pero creedme, tan terrible, que ni el infierno pudiera abortarla igual.—¡Yo soy el verdadero ángel de las venganzas!

Y Samuel pronunció estas últimas palabras con un acento tal de rencorosa arrogancia, que don Julian sintió á pesar suyo erizarse sus cabellos.

Ambos interlocutores guardaron por un largo espacio el más profundo silencio.

Durante este tiempo la fisonomía espantosamente alterada de Samuel volvió á serenarse recobrando su habitual expresion.

El conde fué el primero que rompió aquel prolongado silencio diciendo:

—Amado Samuel, ¿no sabreis darme noticias de mi hijo?—Acordaos de que me habeis prometido averiguar su paradero.

—Puedo aseguraros que vuestro hijo se unirá á los demás conjurados en Jerez.

—¡De veras!

—He tomado todas las disposiciones necesarias para que le encuentren, y si así sucede, estad convencido de que se reunirá á nosotros.

—¡Oh, venturoso dia! Yo me creeré capaz de olvidar la desgracia que me abruma, en el momento que el cielo piadoso me conceda la sin par ventura de abrazar al hijo de mis entrañas.

—Vivid con esa esperanza, que sin duda se realizará; pero se acerca la hora de nuestra partida...

—¿Y por qué no os deteneis algunos dias?

—Ya sabeis cuán penosa y lenta debe ser nuestra marcha por sendas ignoradas y caminando de noche; así es que nosotros llegaremos probablemente despues que los demás conjurados, que pueden caminar libremente en poderosos corceles.—¿Y vos cuándo partís?

—Aun pienso detenerme algunos dias, por si consigo encontrar algun rastro de la suerte de mi pobre hija, respondió el conde suspirando tristemente.

—Es terrible, á la verdad, vuestra situacion.

—Y es lo más cruel que mi leal Gumildo ha desaparecido tambien; tal vez lo hayan aprisionado. ¿Quién sabe? El pobre muchacho estaba enamorado de Clotilde, y acaso en su desesperacion haya terminado violentamente su existencia.

—No tendrá nada de extraño.

—Por otra parte Ferrandez, el escudero de Pelayo, ha marchado á Toledo, adonde parece se dirigia la huella de cuatro caballos, pertenecientes sin duda á los raptores de Florinda y Clotilde.

—¿Y se ha conseguido averiguar algo?

—Nada, pues aun no ha vuelto Ferrandez, y estamos tambien temiendo por su suerte.

—Aquí os traigo un encargo para don Pelayo.

—¿Y puede saberse qué es ello?

—Ahora lo vereis; es un objeto de grande estima para él, y... para vos, cuya custodia me encomendó al refugiarse al palacio encantado despues de su evasion de la torre de Santa Leocadia.

Y Samuel abrió el cajon que habia puesto sobre un sitial, y sacó una tabla, en la cual el conde con los ojos arrasados en lágrimas, estampó un beso que rayaba en religioso.—Sobre aquella tabla estaba pintado el retrato de Florinda, y por el otro lado estaba el de don Pelayo, cuyos retratos, guardados por Samuel para mayor seguridad en el arca misteriosa y profanada por el rey, habian producido en éste tan profunda impresion, que casi le habian hecho delirar de espanto la noche en que tan osadamente se habia atrevido á descorrer el velo de los terribles arcanos que encerraba la pavorosa mansion de Harpalús.

Don Julian contemplaba con estática adoracion la hermosa imágen de su hija infortunada.

—¿Y en dónde está don Pelayo? preguntó el gran sacerdote.

—Hoy ha salido al bosque á distraer su amarga pena ejercitándose en la caza, á la cual es muy aficionado, como sabeis.—Al fin es jóven, y necesita agitacion y movimiento, porque estas paredes le oprimen.

—Es valiente y noble como pocos: don Pelayo es un gran auxiliar para nuestra causa.

—¡Infeliz! ¡Cuánto ha sufrido!

—Pero yo no quisiera partir sin despedirme de una de las personas á quien más estimo.

—Ya es demasiado tarde para que no haya vuelto: estará probablemente en su aposento, donde pasa largas horas sumergido en la más profunda y dolorosa distraccion.

De repente se abrió la puerta y apareció don Pelayo, radiante de alegría, y seguido de un hombre cubierto de polvo y con la frente vendada.

Era el leal Ferrandez.

CAPITULO XIX.

La cita.

Despues que don Pelayo hubo recibido con el más vivo agradecimiento el retrato de Florinda, tan fielmente guardado por Samuel, este se despidió de ambos caballeros, pues ya era cerca de la media noche.

A los pocos momentos rechinaron las ferradas puertas, se oyeron bajar los puentes levadizos, y el patio del castillo apareció iluminado por el vacilante resplandor de una antorcha.—La comitiva de los hebreos acababa de ponerse en camino, conduciendo el arca sagrada en la misma forma que ya en otra ocasion la vieron nuestros lectores subir por la falda del monte Kalderino.

Don Pelayo y el conde don Julian se habian quedado solos con el buen Ferrandez, y aguardaban impacientes (en particular el último, menos enterado que el mancebo) les explicase el motivo de la alegría pintada en su rostro, no obstante su palidez y su herida.

—Tú fuiste mi salvador en la torre de Santa Leocadia, querido Ferrandez, y creo que ahora tambien debemos cifrar toda nuestra esperanza en tu valerosa lealtad, dijo don Pelayo al escudero haciéndole sentar amigablemente, á pesar de su resistencia.

—Sí, Ferrandez, añadió don Julian, disipa nuestra incertidumbre... ¿Qué noticias has podido adquirir?

—Las más satisfactorias en la ocasion presente.

—Eso es lo que ya me has dicho, respondió don Pelayo; pero cuéntanos todos los pormenores.

—Y la causa de esa herida, porque sin duda has tenido que batirte, añadió el conde.

—No ha sido en combate; pero á esta herida precisamente se deben las buenas noticias que traigo. No hay mal que no pueda convertirse en bien. Ya sabeis que fuí siguiendo la huella de los cuatro caballos á la ventura; pues bien, así caminé como unas seis leguas, hasta que, desorientado completamente por ser ya de noche, me encontré cerca de un suntuoso edificio situado á orillas del Tajo...

—¡La casa de campo del rey! interrumpieron á la vez ambos caballeros.

—Justamente, repuso Ferrandez. Allí estaba detenido y vacilando sobre el camino que deberia adoptar, cuando hé aquí que de repente salieron del bosque cercano á la casa tres caballeros á galope tendido; mi caballo se espanta, caigo al suelo, y entonces fué cuando me causé esta herida, que si ahora no es peligrosa, en aquel momento casi me hizo perder el sentido...

—¡Pobre Ferrandez! exclamó don Julian.

—Y en medio de un campo... y de noche... dijo don Pelayo en extremo afectado.

—El dolor que sentia, continuó el escudero, era tan vivo, que llamé dos ó tres veces pidiendo socorro, teniendo en cuenta que podrian oirme desde el cercano edificio, y fuí tan afortunado, que á poco vinieron dos hombres y me condujeron á la casa de campo del rey.

Y Ferrandez refirió á los caballeros punto por punto todo lo que ya sabe el lector hasta el encuentro del escudero Gumildo transfigurado en peregrino, sin omitir la extraña manera con que habia ido á desempeñar el oficio de portero en la casa de campo.

—¡Ah, buen Gumildo! exclamó el conde con los ojos bañados en lágrimas.

—Solamente el amor puede dar tanta astucia y resolucion, añadió don Pelayo.

—Gumildo, enamorado de Clotilde y comprendiendo que el rapto era obra del rey, el cual indubitablemente se habria valido de sus consejeros don Sancho y Gudila, determinó marchar á Toledo para adquirir alguna noticia de su señora y de su amada. Y como era muy fácil le conociesen en la corte, adoptó el disfraz de peregrino que tan admirablemente sirvió á sus proyectos, gracias á la feliz casualidad de su encuentro con don Sancho y Gudila.

—¿Y cómo supiste, preguntó el conde, que allí se encontraban Florinda y Clotilde?

—Como he dicho, despues de habernos reconocido, yo permanecí allí aquella noche, aguardando una ocasion propicia para ponernos de acuerdo; pero el maldito negrazo de que os he hablado no se apartaba un punto de noso-

tros, así que fué preciso resignarnos á afectar la más completa indiferencia por no infundir recelos. Sin embargo, habíamos tenido el tiempo necesario para cambiar algunas palabras, y entonces me aseguró Gumildo que no le cabia la menor duda de que en aquel palacio se encontraban reclusas Florinda y Clotilde. En vano aguardamos que saliese de la estancia ó se acostase el demonio del sordomudo, que es más ladino de lo que parece, encontrándonos en la necesidad de contener nuestros deseos de hablar, tanto más vehementes, cuanto eran más contrariados por la presencia de aquel importuno cancervero.

—¡Terrible situacion!

—De pronto, en la parte de afuera, y á espaldas de la puerta principal, se oyó un sonido metálico y prolongado, y al mismo tiempo resonaron las pisadas de algunos caballos que se detuvieron al pié de los muros de la casa. No bien hubo sonado aquella especie de señal, cuando el negro, rápido como una exhalacion, se precipitó de un brinco fuera del aposento y se dirigió, segun supimos despues, á un postigo situado en los jardines del palacio. Nosotros, atentos solamente á no desaprovechar aquella ocasion para hablarnos, nos cuidamos muy poco de aquel incidente, mucho más importante de lo que creimos al principio. Por desgracia, fué muy corta la ausencia del negro, que parecia tener el cargo de vigilarnos cuidadosamente, segun las miradas investigadoras que nos lanzó á su regreso.

—De manera que el negro, repuso el conde, será un verdadero inconveniente...

—Es el principal obstáculo que hay que vencer para

conseguir la libertad de las prisioneras, dijo Ferrandez.

—¿Pero se sabe de fijo que están allí? preguntó don Pelayo.

Ferrandez por algunos momentos pareció dolorosamente afectado y meditabundo, como si tratase de descartar su relato de algunas circunstancias demasiado penosas.

Luego continuó:

—Como iba diciendo, nuestra indignacion subió de punto cuando nos vimos interrumpidos segunda vez por el esclavo; y lo que más nos entristecia, era considerar que á la mañana siguiente debia yo partir sin remedio, pues el sordo-mudo habia anunciado por señas que era imposible dilatar mi permanencia allí despues de haberme prestado los primeros auxilios. Nuestra ansiedad era grande, pero se aumentó todavía más cuando oimos pasos en la puerta del aposento y la voz de don Sancho que llamaba á Gumildo.

—¿Le descubrieron tal vez? preguntaron á un tiempo el conde y don Pelayo.

—No, felizmente; mas no por eso era menor mi apuro, pues don Sancho me conoce, y si me descubria estaba perdido irremisiblemente, lo cual hubiera sentido mucho, no por mí, sino por las personas á quienes hubiera dejado de ser útil.

—¡Gracias! ¡Gracias!

—¡Leal corazon!

—El negro le habia dicho á don Sancho que tenian un huésped, y por esta razon fué á informarse; aunque nada receló, pues encontró muy plausible la explicacion

que le dió el peregrino, que así llamaba á Gumildo. No obstante, hubo un momento en que temblé como pocas veces me ha sucedido, y fué cuando don Sancho se aproximó al lecho en que yo descansaba para verme.

—Y tenias razon para temblar, Ferrandez; era un momento terrible, dijo don Pelayo.

—Por fortuna la venda que me habia puesto Gumildo me cubria gran parte del rostro, y además fingí que estaba durmiendo: don Sancho se aproximó, me contempló un instante en silencio, y desapareció despues completamente tranquilo, dirigiéndose á la escalera principal del palacio. Figuraos la mirada que cambiamos Gumildo y yo despues de disipado este inminente peligro, mientras el negro acompañó á don Sancho hasta la puerta.

—Pero, segun nos has referido, los tres caballeros que al salir del bosque causaron tu caida, no eran otros que el rey, don Sancho y Gudila, observó don Julian.

—Sí; pero habian vuelto y entrado por la puerta del jardin.

—¡Eran ellos! ¿Y adónde irian?

—Sin duda se habian encaminado hácia Toledo; pero alguna nueva resolucion les hizo retroceder, á lo que imagino.

La frente de don Julian se nubló con un espantoso ceño, sus ojos brillaron como dos ascuas, y su mano convulsa se dirigió maquinalmente al pomo de su espada.

En cuanto á don Pelayo, hacia ya mucho tiempo que parecia absorto en una vaga meditacion; mas no era difícil conocer en sus ojos centelleantes, en sus lábios trému-

los y en la palidez de azufre de su rostro, que mil pensamientos de sangre bullian en su cabeza.

Varias veces el infeliz mancebo habia llevado sus manos al pecho para comprimir los latidos de su agitado corazon, desde que Ferrandez habia anunciado la vuelta del rey y don Sancho.

—Continúa, Ferrandez, continúa, dijo el conde con voz sorda.

—Ya habia transcurrido como una hora en el más profundo silencio, cuando de repente oimos el silbato de metal, á cuyo sonido, como impulsado por un resorte, se levantó el negro Agar, y acudió al llamamiento, veloz como una flecha. Entonces fué cuando pudimos hacer nuestra combinacion y darnos la seña para un caso necesario.

—Pero aun no sabemos de fijo si están allí, observó el conde. Lo que don Sancho dijo á Gumildo respecto á la esposa de un caballero perseguido por el rey, fué sin duda una fábula; pero no se deduce de ahí que Florinda y Clotilde se hallan encerradas en aquel palacio.

—¿Pues quiénes han de ser?

—La reina Egilona, que estaba en una prision en el mismo alcázar de Toledo, y nada tiene de extraño que el rey la haya trasladado á esa casa solitaria.

—Sí, sí, exclamó don Pelayo saliendo de su silencio; esa suposicion es muy acertada, y casi me atrevo á asegurar que la reina y alguna de sus damas son las que con tantas precauciones habitan la casa de campo del rey.

—No, no, dijo resueltamente Ferrandez, no es la reina la que llora en aquel encierro: escuchadme. Poco des-

pues bajó el negro cabizbajo, abatido y como un hombre que ha cometido una gran torpeza. Gumildo le preguntó la causa de su descontento, y entonces nos dió á entender que quien le habia llamado eran las señoras; pero que su amo, irritado, le habia hecho volverse, diciéndole que no hiciese caso del silbato si otra vez sonaba, mientras ellos estuvieran arriba.

—¡Ira de Dios! exclamó don Pelayo.

—¡Oh! Es imposible... ¡Quiero creer que es imposible! dijo don Julian con acento tan dolorido, que el buen Ferrandez permaneció largo rato silencioso, temiendo renovar la llaga cruel del afligido padre y del amante desolado.

—¡Es preciso salvarlas! respondió don Pelayo con voz vibrante, pero reposada y llena de ese valor resignado que inspiran el deber y la desgracia á las almas de vigoroso temple. Ya hemos sufrido bastante para temer nuevas impresiones de dolor. Continúa, Ferrandez, y no nos ocultes nada.

—Nada más tengo que añadir, sino que despues se oyó un grito desgarrador, en el cual Gumildo reconoció positivamente la voz de Clotilde, y ciego de cólera se lanzó fuera de la habitacion para volar en su defensa y la de su señora; pero el negro con vigoroso brazo le detuvo...

—¡Se ha vendido! interrumpió don Julian. Si le han descubierto, ya no podrá ayudarnos para libertarlas. ¡Pobre Gumildo!

—Yo entonces me incorporé sobre mi lecho, y mientras ambos forcejaban, lancé una mirada á Gumildo que

le detuvo como por encanto, mucho más eficazmente que los hercúleos brazos de Agar, haciéndole comprender que no era prudente aventurarnos en aquel momento á perderlo todo. Por fortuna pudimos hacer que el negro atribuyese la conducta de Gumildo lisa y llanamente á un sentimiento de curiosidad, inspirado naturalmente por aquellos gritos inesperados.

—¿Pero en semejantes casos, quién puede contenerse? dijo don Pelayo.

—Sin duda necesitó hacerse suma violencia, especialmente cuando oimos una voz suave y armoniosa, pero irritada y resuelta, que decia:—«Si dais un solo paso más, me arrojo por el balcon.» Era Florinda, que así logró poner á raya á don Rodrigo.

—¡Hija mia! Yo te reconozco por tu noble audacia... ¡Tú eres digna de mí! exclamó el conde con una especie de doloroso entusiasmo.

—¡Florinda amada! ¡Oh!... Cuán desgraciado soy! dijo don Pelayo cubriéndose el rostro con las manos.

—Pocos momentos despues, continuó el escudero, salió del palacio el rey acompañado de sus inseparables don Sancho y Gudila, con lo cual nos tranquilizamos del todo.

—Es preciso que tales escenas no se repitan, dijo don Pelayo levantándose; condúcenos, Ferrandez y las libertarémos, ó perecerémos en la demanda. ¿Qué nos importa la vida despues de tanta afrenta?

—¡Salvarlas y vengarme!... ¡Y despues ya puedo morir! Vamos, hijo mio, vamos, añadió don Julian asiendo de la mano á don Pelayo.

Ferrandez, aunque enternecido á vista de esta resolucion, permaneció inmóvil y mudo.

—Vamos, Ferrandez, vamos, no perdamos tiempo, volvió á decir el jóven caballero.

—Pero antes es necesario convenir en la forma que hemos de conducirnos para lograr nuestro objeto, amados señores, observó juiciosamente el leal escudero.

—Dices bien, respondió el conde: tú que conoces mejor los medios de que podemos disponer y la localidad del palacio, serás nuestro guia y consejero. Habla, pues, que la impaciencia me consume.

—He reconocido en efecto el palacio, y nuestro asalto debe verificarse por la puerta ó las tapias del jardin; pero es indispensable de todo punto para el buen éxito de nuestra empresa prevenir antes á Gumildo, á fin de que se apodere del negro...

—Tienes razon, Gumildo puede servirnos de mucho.

—Tanto, que sin su ayuda no conseguirémos más que sacrificar estérilmente nuestras vidas. Igualmente, continuó el escudero, es necesario anunciarle el dia, ó por mejor decir, la noche y la hora en que pensamos ir, y que él nos participe para nuestro gobierno si se encuentran ó no allí el rey y sus satélites.

—¿Y cómo se puede avisar á Gumildo sin infundir sospechas? preguntó don Pelayo.

—Todo está ya previsto y arreglado de antemano; pero...

—Habla, Ferrandez; ¿qué quieres decir?

—Quisiera pediros un gran favor.

—Desde ahora lo tienes concedido.

—Pues bien, señor, la merced que imploro encarecidamente de vos y del conde don Julian, es que desistais de venir conmigo para esta empresa.

—¡Cómo! ¿Tú solo podrás salvarlas? preguntó don Julian muy sorprendido.

—No, señores; pero pueden acompañarme el conde Requila y su escudero.

—¡Ferrandez! exclamó el pundonoroso don Pelayo. ¿Estás en tí? ¿Quieres que vayamos á pedirles se expongan por nosotros á un peligro que es deber nuestro el arrostrar?

—En ese caso, que me sigan dos hombres de armas del castillo, respondió Ferrandez muy contrariado, y reconociendo, á pesar suyo, las incontestables razones de su señor.

—Nunca, nunca, repuso este.—Pero al menos dinos qué causa te mueve para obrar de esa manera. Jamás creí que quien debe mirar por mi honor me aconsejase dar un paso semejante.

—Señor, respondió Ferrandez angustiado, yo debo mirar tambien por vuestra vida cruelmente amenazada, si por acaso cayéseis en manos del rey.

—¡Bah! ¿Y qué me importa morir? dijo con indiferencia el noble caballero.

—Ferrandez tiene razon, añadió don Julian; quédate, hijo mio; esta empresa me corresponde á mí solo, y... si acaso sucumbiese, entonces tienes tiempo de esponer tu preciosa existencia para vengar á un hombre que te quiso como un padre, y á una mujer siempre digna de nuestro amor, á pesar de su infortunio.—Abrázame, hijo mio, y... adios!

—¡Padre mio! exclamó don Pelayo arrojándose en los brazos del conde; os perdono que hayais pensado que soy capaz de obedeceros en la ocasion presente... Habeis padecido tanto, que no es extraño os hayais olvidado de mi carácter hasta ese extremo... No, no consentiré jamás que el padre de Florinda, mi padre, se esponga al furor de ese tirano, que á mansalva lo inmolará á su venganza. Vos correis un gran peligro, como ha dicho muy bien Ferrandez; el rey no olvidará nunca la escena del palacio encantado, ni que tuvo necesidad de evadirse por una puerta secreta la noche que sacásteis á Florinda del alcázar de Toledo, y de seguro, os sacrificará á su encono si caeis en su poder en el momento mismo en que trateis de arrebatarle su inocente víctima.—Inerme y afrentado, se burlará de vuestra debilidad y de vuestra afrenta, y luego... acordaos de vuestra hija abandonada, sin un padre que la bendiga antes de morir; ella, culpada sin culpa, necesita ser restituida á la gracia paternal, y... ¿sereis capaz de negarle este consuelo, que vos mismo le arrebatásteis? Vuestro dolor era grande, vuestro dolor era justo; pero vuestro deber es santo.—Permaneced, pues, aquí... Yo os lo ruego en nombre de vuestro deber, de de vuestra hija, y de este corazon, que os pertenece y os respeta.

Y el acento del noble jóven era tan persuasivo, su mirada tan suplicante y sus razones tan poderosas, que no pudieron menos de impresionar vivamente el ánimo del esforzado conde, que estrechando la mano de don Pelayo, respondió:

—¡Hijo mio!... No debo, no quiero quedarme; pero al

menos iremos juntos... es cuanto puedo concederte... Los dos padecemos de un mismo modo, los dos deseamos vengarnos, tenemos el deber de salvar á dos séres débiles y oprimidos, y ambos aborrecemos nuestra amarga vida; pues bien, lloraremos juntos, combatiremos unidos, entre ambos las salvaremos, y, si es necesario, muramos juntos los dos; mas no perdamos tiempo, hijo mio... ¡Vamos!

El buen Ferrandez contemplaba esta escena profundamente conmovido, si bien temblaba de espanto al pensar en el inminente peligro que amenazaba á su señor y al conde, si, por un acaso harto posible, se apoderaba de ellos el rey.

El leal escudero conocia muy bien que aquella resolucion era irrevocable; mas tanto terror le causaba la venganza de don Rodrigo, que se aventuró á decir:

—Amados señores mios, yo os suplico con lágrimas en los ojos, de rodillas, que no os arrojeis tan ciegamente al abismo; vuestra muerte es segura, porque además de todo, es muy probable que el rey haya traslucido algo de la presente conjuracion; considerad la suerte de la infeliz Florinda, que sin apoyo, abandonada, morirá de pesar y desesperacion cuando sepa que le faltan los únicos séres capaces de amarla y protegerla... Yo os lo ruego, amados señores, porque el corazon me anuncia una gran desgracia, y creedme, nunca me han engañado mis presentimientos... Nosotros solos podremos salvarlas, y si por acaso nos prendiesen... ¿qué importa? ¿Es nuestra existencia tan importante como la vuestra? ¡Oh, amados señores! Permaneced aquí... No me levantaré de este sitio hasta que me hayais concedido esta gracia.

Y el buen Ferrandez regaba con sus lágrimas los piés de su señor.

Don Julian y don Pelayo, en extremo sensibles á tanta lealtad y abnegacion, tendieron afectuosamente sus manos levantando al escudero, que sin cesar repetia:

—¡Oh! ¡Permaneced aquí!

El conde y don Pelayo cambiaron una mirada y se comprendieron mútuamente.

—Es cosa decidida, dijeron ambos á la vez.

—¿Irrevocablemente? preguntó con angustia el escudero. ¿No hay esperanza?

—No hay esperanza... pero por Dios, Ferrandez, no te aflijas, añadió cariñosamente don Pelayo.

—Pues bien, sea... Tengamos valor y pensemos en nuestra expedicion, dijo el escudero con voz resignada, aunque entera.

—A tí te toca ahora arreglar la partida.

—Yo debo marchar al punto, respondió Ferrandez.

—¡Cómo! ¿Y con qué objeto?

—Para pasar por la mañana á vista de la casa de campo del rey; Gumildo está todo el dia de atalaya; yo pasaré á cierta distancia, y agitaré unas cuantas veces un lienzo blanco.

—¿Y qué quiere decir esa señal?

—Que por la noche tenga abierta, si puede, la puerta del jardin, y esté preparado.

—¿Y nosotros dónde te encontraremos?

—Oculto en el bosque cercano á la casa hácia el rio. Desde el anochecer colgaré una esquila al cuello de mi

caballo, cuyo rumor, nada sospechoso en un campo, os servirá de guia.

—¿Y cómo penetraremos en el palacio, si Gumildo no puede abrir?

—Ya sabeis que en habiendo escalas...

—¡Oh! Lo sé muy bien por experiencia, gracias á tu adhesion, dijo don Pelayo.

—¿Y á qué hora daremos el asalto? preguntó don Julian?

—Probablemente, despues de media noche.

—Pero nosotros estaremos en el bosque al anochecer, dijeron los caballeros.

—Como gusteis; pero no teneis necesidad de molestaros, en cuatro horas podeis llegar allá.

—¿Y entonces por qué te adelantas tanto?

—Porque necesito estar por la mañana frente del palacio, como ya he tenido el honor de decíroslo.—Amados señores... ¡adios!

—¿Hasta el anochecer?

—Hasta la noche.

CAPITULO XX.

La casa de recreo del rey don Rodrigo.

A cuatro leguas de Toledo y seis de la villa de Consuegra, se alzaba junto á las márgenes del Tajo un soberbio alcázar, opulenta creacion del arte.

Este suntuoso edificio no era un castillo, pero tampoco era un palacio. Era una mezcla de una cosa y otra, porque en la edad media los templos, los palacios y hasta las más humildes casas tenian el aspecto de fortalezas.

El modelo ideal del edificio, la idea madre, el tipo universal (que se reproducia constantemente como círculos concéntricos de un círculo máximo) contenia dos elementos, uno de fuerza, otro de inteligencia: á este pertenecia la expresion de la idea religiosa, del simbolismo sacerdotal, el templo: á aquel correspondia la manifestacion del sentimiento, de la poesía, del dominio, el castillo feudal.

Pero no por eso dejaba de tener el templo algo del cas-

tillo, ni este algo del templo, como no puede separarse del hombre el sentimiento y la idea, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma.

La arquitectura participaba del dualismo de la naturaleza del hombre.

Así, pues, el alcázar en que se encontraban Florinda y Clotilde, no solamente era un castillo feudal, coronado de torres y almenas, sino tambien un palacio de hadas, resplandeciente de púrpura y oro, y rodeado de mágicos jardines, donde el aroma de las rosas y azucenas en bosques de mirtos y laureles se mezclaba al delicioso perfume del azahar y del sándalo.

Ya se descubrian en lontananza al fin de una calle de árboles las ruinas perfectamente simuladas de un templo romano, ó un arco triunfal de atrevida y elegante forma; ó ya se destacaban entre verdes arrayanes algunas estátuas ecuestres de esforzados paladines, que parecian animados, y dirigirse llenos de bélico ardor al estruendo del combate.

Aquí recreaba los ojos y dilataba el alma un cristalino lago, cuya superficie rizaban las perfumadas brisas ó surcaban cándidos cisnes como bajeles de pluma por un abreviado mar de líquida plata.

Allá se elevaba un mágico concierto por mil pintados pajarillos, que revoloteaban prisioneros en redes de oro y seda, fiando sus amorosos trinos á los céfiros primaverales.

Más lejos veíase una parlera fuente que formaba su armonía de cristales vertidos en una taza de alabastro, sobre la cual se ostentaba en actitud muelle y graciosa la

estátua de la deidad de Citherea, en su carro tirado por palomas de pórfido, bella como cuando salió de las espumas del reino de Neptuno, é ideal como la inspiracion de Praxiteles.

El murmurar de las fuentes, el susurro de las brisas, el aroma de las flores, el canto de las aves, todo inspiraba amor, todo hablaba al corazon de esa felicidad infinita, vaga y misteriosa, que en ciertos momentos nos revela el espíritu cuando desprendido del barro se remonta con sus áureas alas á un cielo refulgente de ilusiones.

Por último, era tal el encanto y tantas las maravillas de aquel delicioso recinto, que hubiera podido compararse á los mágicos departamentos de los jardines de Armida.

El bello alcázar ostentaba su mole de piedra bañada de ese hermoso color dorado, con que revisten los edificios que ilumina el sol en la límpida atmósfera de los paises meridionales, bajo un cielo de záfiro siempre sereno.

Atravesando la soberbia fachada blasonada de escudos y rosetones, despues de un ancho pórtico ó ingreso, en uno de cuyos lados estaba el aposento de Agar y Gumildo, se desembocaba en un ancho patio cuadrangular rodeado en todo su perímetro de una extensa galería formada por arcos de medio punto, agudos como pirámides, y sostenidos por enormes pilarotes de mármol.

Una suntuosa escalera de luciente jaspe conducia al piso principal, cuyos balcones daban por una parte al patio y por la otra al jardin.

Despues de una larga série de salones y retretes régiamente adornados, se llegaba por fin á la soberbia estancia, templo misterioso en que habitaba la deidad de aquel palacio.

Nada hay comparable al lujo y la magnificencia de aquel aposento deslumbrador.

Lámparas de oro pendian del rico artesonado de cedro, incrustado como á cincel, con maravillosa delicadeza, de mil exquisitas labores de color de púrpura azul.

Ricos tapices de Bagdad recamados de argentería vesvestian las paredes, sobre las que se veía multitud de grandes espejos de metal bruñido que multiplicaban la estancia con sus reflejos en confusion de luminosos rayos.

Alfombras de Persia cubrian el marmóreo pavimento; sillas de marfil, áureos sofás, expléndidos pabellones de tisú de oro, magníficas estatuas, bellas pinturas, adornaban la suntuosa estancia impregnada por dos ricos pebeteros del fragante aroma del ámbar y la mirra.

Pero lo que, á pesar de tan deslumbradora magnificencia, veíase en un testero como una joya de inestimable riqueza y superior á todas las maravillas de la industria humana, era una mesa (1) de esmeralda de extraordinario tamaño guarnecida en rededor de una vistosa franja de oro y pedrería incrustada formando nítidos mosáicos de perlas, diamantes y rubíes, que representaban caprichosas figuras del más esquisito gusto.

---

(1) Sabido es, y todas nuestras crónicas lo refieren, que uno de los regalos de más estima que hicieron los generales moros al Califa de Damasco ó Miramamolin, fué esta célebre mesa de esmeralda, la más preciosa joya del rico botin que sacaron de España los sarracenos.

Sobre la mesa estaban colocados dos magníficos jarrones de color de múrice, engalanados con ramilletes de flores.

Las puertas de aquella estancia, que eran de nácar con embutidos de oro, estaban completamente cerradas.

Una mujer vestida de negro estaba reclinada en un sofá con una actitud llena de gracia y melancólico abandono.

Bella como el primer ensueño de amor, pero pálida y triste, aquella jóven parecia la imágen de una halagüeña esperanza marchita por un desengaño.

Aquella belleza reposada, magestuosa, solemne, conmovia de una manera mucho más profunda é irresistible que las indiferentes beldades de rosadas megillas, alegres ojos y risueña boca.

Con la cabeza apoyada en su mano derecha contemplaba con una mirada profunda y angustiosa un bello rayo del sol poniente que penetraba por uno de los balcones, que daban al jardin, acariciado por las brisas de la tarde.

De todo aquel explendor, de tanta riqueza por allí esparcida, nada parecia interesar á la hermosa y dolorida dama, sino los moribundos reflejos del astro del dia que espiraba.

De pronto se levantó, y cruzando sus manos sobre su seno palpitante, una lágrima empañó sus hermosos ojos, pero una lágrima de ternura, como si evocase los gratos recuerdos de un tiempo más dichoso. Un pensamiento de amor ardiente, eterno, ocupaba su alma, mientras que la imágen adorada de Pelayo estaba indeleblemente grabada en su corazon.

La infeliz Florinda recordaba cuántas veces su gallardo caballero habia hecho caracolear á su caballo delante de sus balcones, cuántas veces las brisas de la tarde habian mecido el penacho del infanzon, cuyo casco resplandeciente al despedirse de su amada, habian herido los últimos rayos de aquel mismo sol que ahora iluminaba su dorado calabozo.

Dominada por estos pensamientos experimentó la necesidad de respirar el aire libre, porque sentíase desfallecer á la idea de renunciar para siempre á sus más queridos ensueños de amor, que la inexorable mano del destino habia trocado en las más espantosas realidades.

Y dirigiéndose al balcon dejó caer tras de sí la tupida y lujosa colgadura, y apoyándose en la balaustrada tendió sus ojos melancólicos por el jardin y el bosque cercano, cuyo misterioso encanto en la hora del crepúsculo hablaba tan elocuentemente á aquel corazon lleno de amargura.

Pensó en su vida pasada, en la inocencia de su infancia, en las ilusiones de su juventud, en su padre cubierto, como ella, de opróbio, en su amante entregado á la más cruel desesperacion, y que se hallaba prisionera en un alcázar opulento, pero solitario, sin nadie que la amparase, bajo el dominio de un tirano que abusando de su debilidad queria arrancarle violentamente un amor, cuyo tesoro ella habia entregado al que solo era digno de él, á su idolatrado Pelayo.

Y al comparar sus hermosos dias de amor, de inocencia y de felicidad con sus desgracias presentes, la pobre niña, á pesar de su energía, elevó sus ojos al cielo inundados de lágrimas. ¡Era muy desgraciada!

Era tan cruel, tan inmenso su infortunio, que no podia esperar nunca que se cerrasen las llagas de su corazon, y perder la esperanza es el colmo de la desventura, es perder la vida. Y en efecto, ¿podia esperar la infeliz consagrar toda su existencia al hombre que tan ardientemente amaba cubierta de afrenta, y ¡qué horror! guardando ya en su seno el fruto de su desdicha? ¿Podia tampoco esperar ver á su padre amado, encerrada tal vez para siempre?...

Pero al pensar en su padre, un recuerdo terrible, espantoso, habia puesto su hermoso semblante lívido de pálido que estaba. Habia recordado la terrible maldicion de su padre, á quien no obstante compadecia, comprendiendo la inmensidad de su dolor al pronunciar tan espantosas palabras.

Así permaneció largo tiempo embebida en sus meditaciones.

¡Qué contraste formaba la plácida calma de la naturaleza en aquellos momentos, con el tumulto de dolorosas reflexiones que se agolpaban en confuso tropel á la mente de la hermosa!

Las primeras sombras de la noche encapotaban el bosque y el jardin, algunas estrellas empezaban á tachonar el firmamento, y el canto lejano de algunos pastores se extinguia entre las brumas del Tajo.

La jóven abrumada por sus recuerdos quiso poner fin á este espectáculo tan doloroso ahora para su corazon, como grato habia sido en otro tiempo.

Y cerrando los cristales, descorrió la doble colgadura, y se halló frente á frente con un hombre.

La suntuosa morada estaba invadida por las sombras, así que no le era fácil á la jóven reconocer al misterioso personage ante cuya presencia se encontraba.

Florinda dió un grito y retrocedió llena de espanto.

—Nada temais, amada señora, mi objeto es prestaros un gran servicio, dijo el desconocido.

—Esa voz... ¿Quién sois? preguntó más tranquila la jóven.

—¿No me conoceis, señora?

—¡Gumildo! ¡Tú aquí! ¿Es posible?... ¿Pero qué trage es ese?

Florinda apenas podia creer lo que veian sus ojos.

—Amada señora, sería muy largo referiros cómo y de qué manera extraordinaria me encuentro en este sitio; baste solo deciros que el deseo de poderos ser útil es el que me ha movido á penetrar en este palacio.

—¿Y el esclavo Agar?

—Está durmiendo.—Hemos establecido que cada uno vele alternativamente una noche, y duerma de dia; y hoy me toca á mí velar...

—¿Pero tú qué haces aquí?

—Soy compañero de Agar.

—¡Es increible!

—No perdamos tiempo, señora mia; el negro puede despertar de un momento á otro, y el rey, que acostumbra venir á estas horas, ya no tardará...

—¿Pero y mi padre? ¿Qué noticias traes de don Pelayo? Habla por Dios, Gumildo.

—Señora, esta misma noche acaso los vereis.

—¡Oh, felicidad! ¿Han podido tal vez alcanzar del rey

que cese su tiránica opresion? ¿O acaso se han hecho respetar por sus maquinaciones? Explícame la causa de esa nueva feliz, ó de lo contrario no la creeré, porque me parece un sueño tanta dicha.

—No es otra la causa sino que vuestro padre, mi señor, vendrá esta noche acompañado de don Pelayo, para poneros en libertad.

—¡De veras! exclamó Florinda juntando las manos con la más viva expresion de júbilo.

—Como tengo el honor de decíroslo, repuso Gumildo.

—¿Pero á viva fuerza? volvió á preguntar la jóven palideciendo.

—Sin duda, no hay otro medio.

—¿Y cómo es posible realizar ese proyecto?... ¡Dios mio! Van á exponer su vida por salvarme.

Gumildo se disponia á dar algunas explicaciones á su señora, cuando de repente sonó el silbido particular, metálico y prolongado que ya conoce el lector. Era señal de que se aproximaba el rey, y casi podia asegurarse que ya habia despertado el negro.

—¡El rey! exclamó Gumildo con indecible angustia; todo se ha perdido si Agar ha notado mi ausencia ó sospechado esta entrevista. Tomad, señora mia, esta escala, y estad dispuesta para la media noche. Cuando oigais repetirse por tres veces el chirrido de la lechuza, es señal de que ya os aguardan vuestros libertadores. No os olvideis de Clotilde.

Y el escudero sin esperar contestacion, y dejando atónita á su señora con tan imprevisto acaecimiento, se apresuró á salir de la habitacion.

Clotilde, que estaba en el aposento contiguo, se interpuso al paso del leal Gumildo, el cual clavó en la doncella una mirada llena de pasion y de ternura.

—¡Amado mio! exclamó llorando de gozo la jóven.

Ambos amantes se estrecharon las manos en señal de amor y de constancia.

—¡Escucha! dijo Clotilde viendo partir al escudero.

—No puedo detenerme, amada mia... estad dispuestas, y asegurad bien la escala... ¿Oyes? ¡Dios mio! ¡Si me descubren!... ¡Adios! ¡Adios!

En efecto, acababan de oirse las pisadas de los caballos detenerse en la puerta, que al punto fué franqueada por el gigante negro.

Al bajar Gumildo la última grada de la escalera principal, penetraba en el pórtico el rey, seguido, como siempre, de don Sancho y Gudila.

Los caballeros se adelantaron hasta el patio, en donde descabalgaron, y Gumildo, con el aire más natural del mundo, se presentó al lado del negro para ayudarle á conducir los bridones á la caballeriza.

Felizmente, nadie habia podido notar la ausencia del escudero, por lo cual este parecia del todo tranquilizado.

El rey, grave, severo, imponente, se encaminó á la escalera principal acompañado de su primo y de Gudila, cuyos semblantes manifestaban tambien visibles síntomas de una sombría preocupacion.

En lugar de dirigirse, como acostumbraba, á la estancia de Florinda, aquella noche don Rodrigo continuó subiendo hasta el último piso al través de inmensas galerías húmedas, solitarias, lúgubres, y en las cuales no se oia

más ruido que el siniestro mugir de algunas ráfagas de viento.

Agar les precedia con una antorcha en la mano.

Aquellos hombres, semejantes á los misteriosos genios de los antiguos castillos, alumbrados sus rostros por la temblorosa luz de la antorcha, silenciosos como estátuas que tuviesen movimiento, se adelantaron por una escalera de caracol, estrecha y desgastada, hasta una pequeña habitacion modestamente amueblada, y sita en el piso más alto de un torreon contiguo al palacio.—Era un recinto de forma redonda entapizado con esteras de reluciente esparto, con su maciza bóveda por techo y adornado con algunos sitiales de nogal, una mesa y un crucifijo.

No habia más que una ventana pequeña, enrejada de alambres y de barras de hierro, y cubierta con magníficos vidrios iluminados, por los cuales penetraba la dudosa claridad de la luna velada por algunos nacarados celages.

El negro, despues de dejar la luz sobre la mesa, salió de la estancia dejando solos con el rey á los dos nobles personajes, que permanecian de pié en presencia de su señor, en tanto que este se habia desplomado sobre un sitial con la actitud de un hombre abrumado por mil dolorosos pensamientos.

Un silencio sepulcral reinó en la habitacion durante un largo espacio.

—Mucho siento, primo don Sancho, dijo al fin el rey, mucho siento que tengais que separaros de mí; pero es indispensable.

—Mi deseo es solamente complacer á V. A.

—Lo sé, primo, y por eso os distingo como veis. Vo-

sotros más bien que vasallos, sois amigos mios; nada os reservo, pues en mi corte sois los únicos testigos de lo que me hace padecer esa pasion funesta...

—Señor, dijo Gudila, procurad olvidaros de esas ideas que os atormentan demasiado... Siempre...

—Siempre, sí, interrumpió vivamente el monarca, siempre su imájen revuela ante mis ojos con azulados resplandores, su recuerdo me persigue, su amor me fascina, me enloquece y me subyuga. Si miro al cielo, cada estrella me recuerda sus ojos; en el murmullo del rio, en el canto de las aves, en el susurro de las brisas, en todas partes oigo su nombre idolatrado. Si sueño, es con Florinda; si estoy despierto, Florinda es mi alma, mi sér, mi universo; mi espíritu, todos mis pensamientos nadan en el inmenso mar de delicias que me brindaria su amor... ¡Florinda! ¡Florinda!... Hé aquí mi existencia y mi trono... ¡Vivir sin ella!... ¡Ser rey sin amor!... Es un martirio insoportable... ¡Ah! ¿Por qué me ha dado Dios la inmensidad de su pensamiento para desear, y la impotencia de un mezquino gusano para conseguir mis deseos? ¿Por qué armar á un gigante con una caña?... ¡Irrision! ¡Irrision!

El rey permaneció abatido con la cabeza entre sus manos.

Don Sancho y Gudila lo contemplaban con un doloroso silencio.

Y era verdaderamente un espectáculo á la vez ruin y sublime, el ver quejarse de la miseria del hombre á un rey.

Luego continuó animándose por grados:

—He olvidado mi reino, he faltado á las leyes del ho-

nor, soy indiferente á la mágica palabra gloria que en otro tiempo hacia latir mi corazon, soy criminal, he caido muy bajo, lo conozco... Y sin embargo, no puedo arrepentirme de nada de lo que he hecho por causa de ella... Todo lo volveria hacer de nuevo, seré capaz de asesinarla antes que consentir en que sea de otro; pero... ¡sufro tanto!

—Pensad, señor, dijo don Sancho, en que tal vez muy pronto llegue el término de vuestros padecimientos.—Florinda está en vuestro poder, tarde ó temprano se rendirá á vuestra pasion, puesto que no podrá menos de modificar notablemente su carácter y sentimientos un suceso que no está distante.—Aguardad, pues, con confianza, y esperadlo todo del porvenir. ¿Es posible que así esteis abatido cuando os hallais dotado de todos los dones de la naturaleza, de todos los favores de la fortuna?—Juventud, belleza, un trono el más hermoso de la tierra, todo os sonríe, y si acaso habeis encontrado algunas espinas en vuestros amores, es para convertirse despues en rosas de inextinguible perfume.—Las dificultades son el encanto más agradable de los triunfos amorosos; un poco de paciencia, señor, y nada faltará á vuestra felicidad.

Vemos por este razonamiento que el bueno de don Sancho no era un cortesano vulgar; pues sabia perfectamente el arte de convertir para su señor los abrojos en flores, cosa que en las córtes no es de poca importancia.

Gudila, no queriendo ser ménos, añadió:

—Y de todos modos, V. A. debe considerar que, no obstante vuestros padecimientos, estais próximo á tener lo que tanto tiempo hace y con tanta impaciencia habeis deseado, un heredero de vuestro nombre y acaso de vues-

tro reino.—Aquí ve palpablemente V. A. que aun en la misma desgracia os mezcla la fortuna algun consuelo.

Estas palabras, parecieron producir una viva impresion en el ánimo del monarca.

—Oh! Teneis razon, dijo, todavía puedo esperar dias tranquilos y felices.—El cielo me ofrece una dicha que no ha querido concederme en Egilona. ¡Ay! ¡Si Florinda correspondiese á mi amor!... Jamás ningun mortal habria sido tan venturoso como yo, que amaria ciegamente á mi hijo y en él idolatraría tambien á su madre.

—Y ella á su vez os idolatraría al estrechar contra su corazon á su hijo, que lo será tambien vuestro, dijo don Sancho.

—Será una prenda de mútuo cariño, añadió Gudila, y creo que V. A. debe tranquilizarse con respecto al porvenir de sus amores.

Las facciones del rey se animaron de repente con una expresion de inefable alegría.

—Sin duda alguna, exclamó; ó las leyes de la naturaleza faltarán, ó Florinda me amará algun dia con la misma pasion que yo la adoro, y entonces... ¡Oh, Providencia divina, yo te bendeciré porque habrás hecho nacer de mi espantoso crímen mi felicidad suprema!—Tú, oh Providencia, brazo del Omnipotente, ojo del Eterno, enemiga de la ciega fatalidad, tú sola eres capaz de sacar bien del mal, tú sola sabes hacer que como el fuego busca el éter, las almas se remonten siempre al cielo, á pesar de la inercia que las oprime.—No es un deseo lo que ahora experimento hácia Florinda, porque no admiro su hermosura, es una pasion sublime que me inspiran sus virtudes, por-

que ahora pienso en su nobleza, en su dignidad de mujer, en la santidad de su augusto carácter de madre, porque ella será madre de mi hijo... Y estos sentimientos dulcifican el corazon humano... ¡Oh! Bendito seas, espíritu del mundo, llama creadora, irresistible aspiracion de todos los séres, amor, venturoso amor, bendito seas, porque tu santo fuego ha convertido en oro el fango de mi corazon, tú me has purificado y has hecho un ángel de luz del ángel de las venganzas.

Y el rey se levantó transfigurado, vívidos los ojos, con el rostro ardiente como el sol del mediodia, y repitiendo sin cesar:

—¡Ella me amará! ¡Yo seré feliz!

Para calmar su agitacion tuvo necesidad de dar algunos paseos por la estancia, en tanto que don Sancho y Gudila le comtemplaban estupefactos por aquel súbito cambio.

Durante algun tiempo no se oyó en la estancia más ruido que el de los pasos del rey, en tanto que en la parte exterior silbaba el viento con violencia.

Ya hemos dicho que el rey, si bien generoso y bueno en el fondo, era de carácter arrebatado y hasta inhumano y cruel, especialmente cuando sus pasiones le dominaban.

Aquella naturaleza ardiente, jóven, impresionable, y que participaba del antiguo vigor de su raza, se hallaba dotada de la movilidad del azogue.

Así es que siempre impetuoso é inconstante, en el espacio de una hora solia aparecer ángel, hombre ó demonio, segun la impresion de que se hallaba dominado.

Pero sus cortesanos, acaso sin saberlo, habian herido aquella noche la cuerda más sensible de su corazon; pues

el rey hacia mucho tiempo anhelaba vivamente tener un heredero como si presintiera que él habia de ser el último de los godos.

De repente se detuvo don Rodrigo con la expresion de un avaro que cree su tesoro descubierto, y dirigiéndose á don Sancho, preguntó:

—¿En donde estarán don Julian y don Pelayo? ¿Es posible que ignoremos su paradero?

—Segun las noticias que trajo mi escudero Theodomiro, parece que desde la noche del rapto de Florinda habian desaparecido de Consuegra.

—¿Y no pudo descubrir adónde se habian dirigido?

—Nadie supo darle razon.

El rey hizo un gesto de desagrado.

—¿Creeis, preguntó despues de un momento, creeis que el conde haya sospechado quiénes son los raptores de su hija?

—¿Quién sabe?—Pero aun cuando así sea, no es posible que averigüe dónde ahora se halla oculta.

—Sin embargo, bueno será tomar algunas precauciones, primo don Sancho; yo conozco á fondo el carácter de don Julian, y es hombre capaz de intentarlo todo por libertar á su hija... ¡Oh! y yo moriria de pesar si tal sucediese.—¡No verla!... A toda hora creeria que estaba junto á don Pelayo y... esta idea me enloquecería de celos.

—¿Y qué precauciones habremos de tomar despues del misterio con que hemos procurado rodear esta mansion?—Aunque su padre tuviese tantos ojos como Argos, y fuese además adivino, pudiérais estar seguro de que no le sería fácil arrebatárnosla.

—Es imposible de todo punto, dijo Gudila.

—Con todo, murmuró el rey, si llega á saberlo...

—Por otra parte, añadió don Sancho, el formidable Agar y su compañero no dejan de vigilar dia y noche, por lo cual aun cuando el conde llegase á saber que habitaba aquí Florinda, debemos estar tranquilos.

—Eso es en el supuesto de que viniese solo don Julian, que se guardará muy bien de dar semejante paso, á no ser acompañado de Pelayo y algunos más, y en ese caso nuestros dos centinelas no podrian resistir al número.

—Entonces entrarian; pero no por eso adelantarian nada en su pretension.

—¿Pues cómo?

—Habiendo previsto todas las eventualidades, he dado órden á Agar de que en el momento en que sospeche la mas mínima agresion hácia el palacio, conduzca á Florinda y á su doncella á los subterráneos de este torreon que comunican con la torre del Tajo, cerca de una legua de distancia; con que ya vé V. A. que no es temerario afirmar que es imposible de todo punto el que vuestra amada salga de vuestro poder.

—¡Excelente precaucion!—Y el secreto del subterráneo, añadió el rey, nadie lo sabe más que nosotros.

—Y el negro, á quien yo se lo he confiado, porque es la misma lealtad en persona.

—Sin contar con que nosotros casi todas las noches vigilamos á los vigilantes, añadió Gudila.

—En efecto, confieso que son infundados mis temores; pero vamos á otra cosa, primo don Sancho.

—Decid, señor.

—¿Para cuándo pensais arreglar vuestra partida?

—Para dentro de ocho ó diez dias, si antes no ocurre alguna novedad.

—Pues bien, mañana os daré mis instrucciones.

—Veremos qué nos dice Daniel.

—Estoy aguardando con impaciencia sus últimas noticias acerca de las tenebrosas maquinaciones de esos perros judíos.

—En efecto, la cosa parece digna de atencion.

—Sí, sí, es preciso no dormirse; ahora bien, yo voy á visitar á Florinda, y procuraré á fuerza de sumision borrar de su mente la penosa escena de la otra noche cuando me amenazó con arrojarse por un balcon, si penetraba en su estancia.

—Como ya estaba recogida...

—Pero se levantó en tan mal hora... Cuando yo la creí entregada al más profundo sueño... ¿No sabeis la causa de no haber hecho su efecto el brevage?

—Es muy sencilla.—Agar me ha dado á entender que no toca ninguno de los manjares que se le presentan, y que solo hace uso de pan y otros alimentos sencillos, que ella misma se prepara.

—¡Oh! ¡Son muy disculpables su desconfianza é indignacion! exclamó el rey; ya procuraré esta noche hablarle otro lenguage.

Y así diciendo, don Rodrigo se dirigió al aposento de Florinda, en tanto que don Sancho y Gudila fueron á pasar revista á los centinelas.

CAPITULO XXI.

Tentativas.

Era la media noche.

Un recio viento soplaba de la parte del norte remedando lúgubres lamentos en las almenadas torres del palacio. Este ruido era el único que turbaba el silencio universal.

La luna, como un cadáver arrojado en el vacío, caminaba envuelta en la pálida mortaja de algunas nubes que empujaba el huracan... Todo era sombras, soledad y horror.

Tres hombres cuidadosamente rebozados salieron misteriosamente del bosque, y se encaminaron hácia la puerta del jardin.

De pronto aquellos tres hombres se detuvieron como impulsados por un pensamiento idéntico y simultáneo.

Y elevaron sus ojos al cielo, y la ardiente plegaria de tres corazones generosos subió hasta el trono del Señor.

En seguida se estrecharon las manos afectuosamente,

y comenzaron á andar de nuevo con paso más firme que al principio.

Cuando estuvieron cerca de las tapias, su emocion subió de punto, y hubieran podido oirse los latidos de su corazon.

Entonces el más anciano, pudiendo apenas contener sus lágrimas, y con voz en extremo conmovida, dijo al más jóven de los tres encubiertos caballeros:

—Llegó el momento decisivo, amado Pelayo... Plegue al cielo ayudar nuestra santa empresa!

—El Dios de la inocencia y de la justicia no puede menos de ayudar al justo y al inocente.—Esta noche, ó Florinda estará libre, ó nosotros habremos sucumbido, respondió con voz resuelta el jóven caballero.

El anciano, dirigiéndose á Ferrandez, dijo:

—Ahora ya es tiempo de que hagas uso de tu habilidad.

En seguida se oyó el lúgubre chirrido de una lechuza.

—¡Pardiez! De muy mal agüero es la señal que has elegido Ferrandez, dijo don Pelayo con disgusto.

—Sí; pero es la más disumulada que hemos encontrado, repuso el escudero.

—¿Está muy distante la puerta del jardin? preguntó don Julian.

—Como unos doscientos pasos de aquí.

—¿Traes la escala? dijo don Pelayo.

—Sí, señor; aunque es probable que Gumildo haya abierto la puerta, así como tambien habrá avisado á su señora y á Clotilde, si no ha encontrado algun grave inconveniente.

—¡Oh, felicidad! exclamó el conde; ya no tendremos el dolor de dejar abandonado el ídolo de nuestro amor; esta noche es preciso á todo trance vencer ó morir, porque mañana será tarde.—Ya no podemos retardar mucho más tiempo nuestra marcha, pues el conde Requila y todos los demás conjurados partirán esta misma noche para Jerez.

—Sí, sí, es preciso llevar á cima nuestra empresa esta misma noche; nuestro honor nos impone el deber de seguir á los demás cuando puede haber algun peligro, respondió don Pelayo.

—Y especialmente cuando nosotros somos los más ofendidos, añadió don Julian.

—¿Y qué dirán de nosotros, si faltamos á nuestro compromiso? ¡Oh! ¡Nunca!... Nunca dejaremos de seguir á los que tan generosamente han tomado parte en nuestra causa.

—Pero si esta noche no nos fuese posible salvarlas... murmuró don Julian con indecible angustia.

—¡Oh! dijo el guerrero, ese pensamiento me hiela de horror... Mañana es necesario partir... Esta noche estará libre Florinda... Yo lo quiero, es necesario que así sea, nuestro honor lo manda... ¿Es posible, Dios mio, que os opongais á nuestro designio?

—No, no... de seguro venceremos, hijo mio; nuestra afrenta nos dará valor, la noche nos dará sus sombras, Dios nos prestará su auxilio.—¡Vamos!

Y se deslizaron como fantasmas en la oscuridad á lo largo de las tapias del jardin.

Pocos momentos despues Ferrandez se detuvo diciendo:

—Aquí está la puerta.

Los caballeros se dirigieron á ella con indecible ansiedad.

—¡Cerrada! exclamaron á un tiempo el conde y don Pelayo con dolorido acento.

Un silbido lúgubre y prolongado resonó en el espacio.

Ferrandez acababa de imitar segunda vez el agorero chirrido de la lechuza.

Durante algunos minutos, es decir, durante un siglo de agonía en aquellas circunstancias, aguardaron nuestros aventureros que Gumildo abriese la puerta.

Nadie apareció, la puerta continuó cerrada sin oirse más ruido que el de la lluvia y el viento.

—¿Qué habrá ocurrido? ¿Cómo es que Gumildo permanece sordo á la señal convenida? dijo don Pelayo.

—Es muy probable que no haya tenido ocasion de abrir la puerta sin ser notado, respondió Ferrandez.

—¿Y qué deberemos hacer? preguntó don Julian.

—Por fortuna este es uno de los casos previstos, dijo el astuto escudero sacando la escala, en cuya extremidad pendia un fuerte gancho de hierro.

En seguida el buen Ferrandez probó á enganchar la escala, pero inútilmente, porque las tapias eran de una altura considerable.

Los caballeros lanzaron un rugido de desesperacion.

Despues reinó un silencio aterrador entre todos los personages de aquella escena, que permanecieron inmóviles, pero con la inmovilidad del furor más espantoso.

De repente el escudero dió un salto como iluminado por una idea súbita, y exclamó lleno de júbilo:

—Amados señores, he hallado un medio seguro de salvar las tapias.

—¿Cómo?

—Habla.

—Vosotros me sostendreis, y ganando toda vuestra altura, me será fácil enganchar la escala.

Los caballeros por toda contestacion se aproximaron al muro, ofreciendo al escudero el pedestal de sus robustos hombros.

Ferrandez, añadiendo esta ventaja á su elevada estatura, ensayó inútilmente enganchar la escala una, dos veces, pero á la tercera el gancho quedó asegurado en el ángulo sólido ó lomo con declive á uno y otro lado, que formaba la pared.

—¡Ya están libres! exclamó con indecible gozo don Pelayo.

—¡Loado sea Dios! dijo don Julian respirando con la fuerza de un fuelle de fragua.

Inmediatamente, Ferrandez subió por la flexible aunque sólida escalera, y permaneció cabalgado en el muro, aguardando el ascendimiento de los dos nobles caballeros, que no tardaron en estar tambien en el caballete de la tapia.

El escudero entonces hizo la misma operacion en sentido inverso, es decir, que enganchó la escala, desprendiéndola hácia la parte interior del jardin.

Un momento despues, palpitantes de emocion y de júbilo, se encontraron nuestros aventureros en el recinto habitado por la infeliz Florinda y su doncella.

Por tercera vez se dejó oir el siniestro graznar de la

agorera lechuza, que el eco repitió como un lamento fúnebre.

La oscuridad era cavernosa, el silencio sepulcral, crítica la situacion.

Nuestros héroes no conocian el terreno, y era además muy aventurado internarse en aquella mansion sin un guia seguro, pues podian ser vistos por el negro ó extraviarse en aquellas interminables arboledas.

Pero lo que aumentaba su cruel incertidumbre sobre toda ponderacion, era la ausencia de Gumildo, tan leal y tan resuelto, y que por lo tanto, solo alguna causa poderosa y funesta á sus planes pudiera haberle detenido en unas circunstancias tan sérias, y cuando era su presencia necesaria, ó, por mejor decir, indispensable para el buen éxito de su atrevido proyecto.

Hubo un momento de terrible angustia para nuestros valientes espedicionarios, que se veían en la cruel alternativa de caminar á una muerte tan segura como estéril para las víctimas, ó de desistir de su empresa, que aquella noche precisamente debian llevar á cabo, porque el honor les llamaba á las filas de los conjurados sin pérdida de tiempo. La fatalidad habia escrito en aquella situacion espantosamente crítica este inexorable dilema: «*O aquella noche ó nunca.*»

Las angustias del padre, los temores del amante, la inquietud del escudero, todas las dudas, todas las incertidumbres desaparecieron ante esta consideracion suprema «aquella noche ó nunca,» que equivalia á decir en otros términos: «No nos queda más recurso que morir ó salvarlas.»

Aquellos tres corazones generosos, llenos de abnegacion y bravura, habian adoptado á un mismo tiempo la misma resolucion; pero el anciano don Julian fué el primero que rompió aquel silencio terrible, que tan elocuentemente expresaba su sombría desesperacion.

—Pelayo, hijo mio... ¡Abrázame!

—¡Padre mio! exclamó el jóven estrechando contra su corazon al noble conde.

Estas solas palabras bastaron para que ambos se entendiesen.

Despues don Julian, estrechando la mano del buen Ferrandez, dijo:

—¡Vamos!

En aquel momento, entre las negras sombras de la noche, se destacó una sombra más negra todavía, que se aproximaba cada vez más á nuestros caballeros.—La vision estaba tan cerca, que los tres desenvainaron las espadas.

Luego se oyó una voz misteriosa, que dijo:

—Seguid esta senda, que os conducirá á una puerta que dá al patio del palacio.—Los balcones que caen sobre esta puerta corresponden al aposento de Florinda, que os aguarda, pues ya habrá oido la señal.

—¡Gumildo! exclamaron todos llenos de alegría.

—No perdais ni un solo momento, continuó el amante de Clotilde, yo me vuelvo á mi puesto, para que no puedan notar mi ausencia.

Y así diciendo desapareció rápidamente por una espesa calle de árboles.

Admirados y gozosos nuestros escaladores siguieron

fielmente el itinerario que les habia indicado Gumildo, comprendiendo desde luego que el interés del buen éxito le obligaba á retirarse para no infundir sospechas.

Y juzgando por la buena estrella que hasta entonces los habia conducido tan felizmente, no dudaron que muy en breve estarian todos libres y seguros galopando en sus corceles, que habian dejado ocultos en el bosque.

Por último, llegaron á colocarse debajo de los balcones de Florinda, que estaban completamente cerrados.—Inútilmente aguardaron algun tiempo con la esperanza de que al fin se abririan para dar paso á la hermosa prisionera.

Entonces Ferrandez calculó muy prudentemente que acaso el ruido de la lluvia, que á la sazon habia cesado algun tanto, habria podido impedir el que Florinda oyese la señal convenida.—Y en consecuencia de este raciocinio, que era muy exacto, hizo por la cuarta vez alarde de su prodigiosa habilidad de imitar con una propiedad pasmosa el chirrido de la lechuza.

De pronto parecieron todos muy sorprendidos.

Un rumor como el de una voz apenas articulada, como un rugido, fué la causa que produjo esta sorpresa en el ánimo de nuestros aventureros.

—¿Qué ha sido eso? preguntó don Julian con la más viva inquietud.

—Yo creo que no sea nada, dijo don Pelayo, que, como más jóven era menos desconfiado.

—Pues á mí me pareció haber oido algo, respondió Ferrandez.

—En ese caso, vamos á salir de dudas, añadió don Julian.

—Permaneced vos aquí, dijo don Pelayo al conde, mientras Ferrandez y yo vamos á averiguar la causa de ese ruido.

Debemos advertir que delante de la puerta que comunicaba con el patio, la cual estaba abierta, habia una esplanada en forma circular, á modo de una glorieta, rodeada de frondosos árboles y espesos mirtos, detrás de los cuales habia parecido sonar el extraño rumor.

Don Pelayo y Ferrandez estuvieron examinando minuciosamente todos aquellos contornos, pero nada encontraron que pudiera alarmarles, ni mucho menos confirmar sus sospechas.

—¿Ves cómo no ha sido nada? dijo don Pelayo.

—Pues me alegro de haberme equivocado, repuso Ferrandez.

—Gumildo nos hubiera avisado si hubiese algun peligro.

—Teneis razon.

Y completamente tranquilizados con esta reflexion, se dirigian ya hácia la puerta donde les aguardaba don Julian, cuando otra vez resonó una voz inarticulada, como un quejido, como un lamento metálico, cavernoso, lúgubre.

—¿Oís? dijo Ferrandez con los cabellos erizados de terror.

—¡Oh! ¡Si somos descubiertos! exclamó dolorosamente el jóven caballero.

Ambos permanecieron inmóviles, petrificados de angustia... Sin embargo, á nadie vieron, nada volvió á sonar más que las copas de los árboles agitadas por una furiosa ráfaga de viento.

Don Pelayo y su escudero no se atrevian siquiera á hablar, temerosos de ser descubiertos, á cuya espantosa idèa temblaban, no de miedo, no de temor, sino por la suerte de la desventurada hermosura, que gemia prisionera bajo el poder de un tirano, capaz de cometer y repetir los atentados más horribles.

Pero como se prolongase demasiado aquella situacion penosa, determinaron salir de su incertidumbre, y se dirigieron resueltamente hácia el sitio en que habian oido claro y distinto aquel lamento aterrador y misterioso.

De pronto en la embocadura de una de las varias calles que espiraban en la referida esplanada, descubrieron á alguna distancia dos figuras á caballo inmóviles y silenciosas.

Nuestros caballeros, pospuesto todo temor, se lanzaron atrevidamente hácia la temerosa aparicion; aunque maldiciendo interiormente su mala estrella que se complacia en proporcionarles aquel terrible contratiempo, tan imprevisto como peligroso, en el momento mismo en que ya se creían próximos á salir airosos de su empeño.

Nunca con más razon que en el presente caso pudo aplicarse aquel dicho vulgar de que de noche hasta los *dedos parecen huéspedes*.

En efecto, las dos terribles figuras, los dos amenazadores campeones que habian causado la angustia y el terror de nuestros apurados caballeros, eran... de bronce, esto es, dos estátuas ecuestres de las muchas que hemos dicho antes decoraban aquel recinto.

Juzgue ahora el lector de la admiracion, del pasmo y, sobre todo, del júbilo que experimentarian don Pelayo y

su escudero al ver disipados tan inesperadamente sus temores. El reo que en el momento de subir al suplicio recibe su perdon, podrá comprender la alegría insensata que se apoderó de ambos.

Pero en el momento en que se entregaban á la más lisonjera confianza, una ráfaga de viento hizo que se repitiese por tercera vez el temeroso y lúgubre gemido casi debajo de sus piés, á un paso de distancia.

Entonces conocieron perfectamente la causa de aquel extraño fenómeno.

El viento que zumbaba en un cuerpo metálico, es decir, en la entreabierta boca del caballo de bronce, era el que producia aquel sonido lastimero.

Don Pelayo y Ferrandez tuvieron necesidad de comprimir violentamente sus músculos mastóideos para no prorumpir en una estrepitosa carcajada, en vista de la causa tan trivial y sencilla, que habia despertado en sus ánimos la impresion más profunda de terror.

Convencidos, pues, de que nada tenian que temer, fueron á reunirse con don Julian, que ya les aguardaba impaciente y receloso.

Explicáronle todo lo ocurrido, con lo cual completamente tranquilizados, llenos de confianza y de valor, continuaron su camino con las espadas en la mano y procurando amortiguar el ruido de sus pasos para mayor precaucion.

La noche, como hemos dicho, estaba espantosamente oscura, la bóveda del cielo se habia convertido en una inmensa nube que cubria la tierra, como una losa de mármol negro cubre una tumba, la lluvia caía á torrentes,

pálidos relámpagos lanzaban de vez en cuando su siniestro fulgor, y algunos truenos tableteaban en el espacio cual si fuesen la voz tonante del Señor de las tempestades. Todo infundia pavor... Era una verdadera noche de rapiña y de crímen; pero tambien la más á propósito para nuestros escaladores.

Estos, despues de haber penetrado por la puerta que estaba debajo de los balcones de Florinda que daban al jardin, continuaron adelante por una especie de galería á cuyo fin encontraron otra puerta tambien abierta como la anterior, por lo que les fué fácil franquearla. Esta última puerta, completamente frontera á la del jardin, estaba situada debajo de los balcones del aposento de la prisionera que tenian vista al patio del palacio. Allí se detuvieron los caballeros pensando con razon que sería muy espuesto extralimitarse del itinerario de Gumildo, del cual sin embargo ya se habian excedido en algun tanto.

—No debemos pasar de aquí, dijo don Julian.

—Ciertamente que sería una temeridad, repuso don Pelayo; pero ¿en qué consiste que Florinda ha permanecido sorda á nuestro llamamiento?

—Tal vez no nos haya oido, respondió el conde.

—Pero habiéndole avisado Gumildo, deberian estarnos aguardando, observó el jóven. ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! añadió con desconsuelo.

Esta consideracion era tan verdadera como aflictiva.

Todos permanecieron durante un breve espacio sumergidos en el más doloroso silencio.

—No hay por qué afligirse todavía, dijo al fin Ferrandez notando el abatimiento de los dos caballeros.

—¿Cómo no, si hemos repetido cuatro veces la señal inútilmente?

—No importa, ha sido á mucha distancia.

—La última vez ha sido debajo de sus balcones.

—Eso quiere decir, repuso sin desconcertarse el escudero, que solo entonces ha oido la seña, y que mientras Florinda cuenta una vez, nosotros contamos cuatro.

—O que acaso nos aguarde por estos balcones que dán al patio, temerosa de que puedan descubrirla por los otros sabiendo que ponen centinelas en el jardin, dijo don Julian, cuya explicacion pareció muy plausible á sus compañeros.

—De todos modos, añadió don Pelayo dirigiéndose á Ferrandez, conviene que repitas esa endiablada señal, que ya te he dicho es de muy mal agüero.

Ferrandez obedeció.

Pocos momentos despues se oyó un ligero rumor en el balcon situado encima de la puerta.

Los caballeros se extremecieron de alegria.

El ruido se fué aumentando poco á poco, hasta que evidentemente pudo conocerse que abrian las puertas de madera, luego las de cristales, y por último, apareció una figura envuelta en una ropa talar.

Tres personas casi á un mismo tiempo dijeron en voz baja:

—¡Hija mia!

—¡Amada Florinda!

—¡Señora!

No era Florinda como habian creido los caballeros desde el patio.

—¡Señor!... ¡Gracias á Dios que habeis venido! dijo una voz tímida y misteriosa, que nuestros caballeros reconocieron ser la de Clotilde.

—¿Y Florinda? preguntó el conde con el mismo recatado acento.

—Voy á avisarle al punto.

—¿Pues en dónde está?

—En el otro extremo del aposento en los balcones que dan al jardin, porque habiendo oido la seña nos hemos dividido para que por ambas partes pudiéramos entendernos.

Ferrandez, al oir estas palabras, hizo ese movimiento de satisfaccion, propio de todo aquel que pronostica una cosa que la experiencia confirma despues.

—Avísale al momento, dijo don Julian.

La jóven desapareció.

Imposible es pintar la emocion profunda que en aquellos momentos críticos experimentaban todos los actores de esta escena.

De pronto un estrépito terrible turbó toda la alegría de que se hallaban poseidos.

El estruendo habia sonado hácia la puerta del jardin.

Ferrandez, rápido como el rayo, se dirigió hácia aquel punto espada en mano, mientras que sus compañeros tambien ojo avizor aguardaban con indecible ansiedad la venida de las prisioneras y la vuelta del escudero.

Este no se hizo mucho de esperar.

—¿Qué ha sido eso? preguntaron á la vez el conde y don Pelayo.

—No ha sido nada; el ruido lo ha causado la puerta

del jardin al cerrarse violentamente á impulso de una fuerte ráfaga de viento.

—¡Oh! ¡Si vienen! exclamaron los caballeros aterrados.

—Gumildo lo impedirá, dijo Ferrandez; por lo demás no debemos tener cuidado de que se repita este maldito estruendo, que puede llamar la gente hácia este sitio.

—¿Pues qué has hecho?

—He colocado dos enormes peñas (que sin duda se habian olvidado de poner) al pié de cada una de las hojas de la puerta para que no vuelva á cerrarse, de modo que por aquí tenemos segura la retirada.

En esto se oyó una voz en el balcon que decia:

—¡Padre mio!

—¡Hija de mi corazon! exclamó don Julian embriagado de gozo.

Y volviéndose á Ferrandez, dijo:

—Procura enganchar la escala, y no perdamos ni un instante.

—No es necesario que os molesteis, repuso Florinda, yo tengo aquí otra escala que me ha dado Gumildo, voy á asegurarla al momento.

Nuestros valientes aventureros habian tocado el término anhelado en su peligrosa empresa. Palpitantes de emocion y llenos de ese azaroso júbilo que acompaña siempre á las situaciones arriesgadas felizmente vencidas, aguardaban con impaciencia el suspirado instante de verse en la campiña, respirando el aire libre y entregándose con delicia al volador galope de sus corceles en compañía de las hermosas prisioneras.

«No perdamos ni un instante.»

El conde don Julian considerábase feliz en aquel instante, y hasta el mismo don Pelayo, á pesar de sus crueles padacimientos, volvia á renacer á la esperanza convencido de que para él la vida, el amor, la felicidad solo se encontraban en el objeto de su ternura, en la desdichada Florinda. El porvenir le brindaba todavía, aunque al través de algunas ligeras nubes, mil dorados ensueños le hacian olvidar en aquel momento toda la horrible extension de su desgracia.

Embebido en tales pensamientos tenia fijos sus ardientes ojos en la encantadora Florinda que, habiendo asegurado la escala, se disponia á bajar llena de confianza y de valor á los brazos de su padre.

De repente se oyeron pasos en el patio, y varias voces exclamaron á un mismo tiempo:

—¡Bandidos!... ¡Cobardes!... ¡Traidores!

Dos gritos resonaron entonces en el balcon, dos gritos desgarradores lanzados por Florinda y Clotilde.

Luego nada más se oyó sino el choque de las espadas, que anunciaba un encarnizado combate.

CAPITULO XXII.

Vox populi, vox cœli.

En un suntuoso aposento del alcázar de los reyes godos en Toledo, se encontraban dos caballeros ocupados, al parecer, en asuntos de la más alta importancia. El uno de ellos tenia en su mano trémula un pergamino, cuyo contenido sin duda era la causa de su violenta agitacion, mientras que el otro contemplaba con una admiracion profunda los góticos caractéres de un volúmen manuscrito. Este último, á medida que avanzaba en su lectura, aumentaba su emocion y palidez hasta el extremo de semejarse á una de aquellas estátuas de mármol blanco que representan á los Santos Padres con un libro en la mano.

Ambos personages permanecieron así largo rato en la más completa inmovilidad, en el más absoluto silencio, el uno contemplando fijamente la carta, el otro sin apartar los ojos del misterioso libro.

Por último, el que tenia la carta fué el primero que rompió aquel prolongado silencio.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! exclamó con un acento en que se revelaba á la vez un temor y supersticioso espanto. ¡El destino me ha elegido por su víctima!... ¡Dios ha querido lanzar contra mí el rayo de sus iras!...

Y volvió á inclinar su cabeza con el más doloroso abatimiento.

—Señor, dijo tímidamente el que tenia el libro, todavía hay esperanza.

—¡Oh! No hay fuerza capaz de contrarestar lo que el destino escribe en su libro misterioso.

—Hay además de Dios otro poder superior al destino.

—¿Cuál?

—La voluntad del hombre.

—Eso es con respecto á nosotros mismos, es cierto, nadie puede obligarnos á torcer nuestra voluntad; pero en cuanto á los acontecimientos, ¿quién podrá detener su curso?... ¿Puedo yo acaso trasladar los montes al cielo, ó agotar el Océano, ó hacer que retroceda la corriente de los rios? ¡No! ¡No!—La ley del universo es omnipotente como Dios; en tanto que nuestra voluntad, osada como el génio é infinita como el alma, está sin embargo encerrada en el estrecho límite de nuestra miseria y pequeñez... No lo he creido hasta ahora; pero se realizará la funesta prediccion.

Un prolongado silencio siguió á estas palabras.

Luego continuó:

—¿Es posible que esa fatal tradicion sea inexorable?... ¡Delirio!... ¿Quién es capaz de rasgar el misterioso velo del porvenir?... ¡Locura!—¡Qué débil soy! añadió con singular sonrisa. ¿Una estúpida supersticion del vulgo ha de hacerme temblar?... ¡Nunca!

Y como para desmentir lo que decia el mísero monarca, temblaba como la caña agitada por el huracan.

Por último, haciendo un supremo esfuerzo, logró tranquilizarse algun tanto, despues de haber fijado por la centésima vez sus ojos atónitos en la terrible epístola.

—Esto que Daniel me escribe es una coincidencia extraña; aunque estoy convencido de que solamente debe atribuirse á la casualidad, dijo el rey.

—¿Pues qué dice? preguntó el otro personage, en el cual sin duda habrá reconocido el lector á don Sancho.

—Que la Mauritania Tingitana está en poder de los moros, respondió el rey suspirando.

—Ya la recobraremos; nosotros estamos en la posibilidad de oponerles un ejército bastante numeroso.

—Harto haremos con lanzarlos de España.

—¿Pues cómo?

—Daniel dice que un cuerpo de doce mil hombres ha pasado el Estrecho, y que talan y saquean todas las villas y lugares de la costa.—Es necesario, primo don Sancho, que partais al momento.

—Mañana mismo.

—¡Oh! ¡Si supiérais cuánto me preocupan estas tristes noticias!—La idea de que son moros los enemigos de la España me llena de terror... No puedo apartar ni un punto de mi memoria las espantosas figuras de aquellos cuadros terribles que vimos en el palacio encantado. Aquellos feroces guerreros que arrollaban con su furia á los escuadrones godos, vestian el trage y atavío de los moros... Esa funesta prediccion... ¿Qué insensato furor me condujo á profanar aquel recinto? Porque la tradicion

existe, primo don Sancho; yo la he leido muchas veces, varios ancianos me la han referido, y tambien se dice en algunos cantares antiguos que he escuchado muchas veces...

—Señor, no debeis dar crédito á tales hablillas, dijo don Sancho, aunque se conocia muy bien por su gesto que participaba de la opinion y de los temores del monarca.

—No son hablillas, ahora lo conozco... Yo he leido hace mucho tiempo esa tradicion en un antiguo libro de profecías traducido del hebreo por un monge benedictino de la abadía de Valdecaba, y ese libro fatal que hoy he querido ver, es el mismo que teneis en la mano... ¡Oh! Leedme el pasage en que empieza esa terrible prediccion que me hace extremecer á pesar mio.

Don Sancho, pálido y profundamente conmovido, se disponia ya á leer, cuando el rey le interrumpió diciendo:

—¿Habeis avisado al arzobispo, como os previne?

—Sí, señor, ya no deberá tardar mucho.

—Está bien, ahora leed, y examinemos hasta qué punto esa tradicion puede ser una patraña ó una horrible verdad.

Don Sancho empezó á leer con voz trémula por el mismo sitio que estaba abierto el libro de la manera siguiente:

Palacio encantado el Tajo circunda
De antiguas murallas, de lóbrega luz,
Mansion de reptiles y de aves inmundas
Que habita en sus antros el mago Harpalús.
En ella se oculta recóndito arcano

Costoso á los godos, mortal á su rey,
Que afrenta y opróbio promete al cristiano
Y gloria y venganza promete á Israel...

—¿Lo oís? interrumpió don Rodrigo con los cabellos erizados de terror; *un arcano costoso á los godos, mortal á su rey.*

—Pero aquí no se entiende precisamente que sea V. A. el rey designado para esa desgracia.

—¡Ojalá que así fuese!—Continuad.

Don Sancho siguió leyendo.

Por años y siglos la torre encantada
Será del viandante espanto y horror,
Hasta que abierta la puerta candada
Anuncie las iras del Dios vengador.
Mas ¡ay del monarca que osado é impío
El triste palacio se atreva á pisar!
En justo castigo de tal desvarío
El trono y la vida le habrá de costar...

—¿Lo veis, primo don Sancho, lo veis? ¡Ah! ¡No hay esperanza! exclamó don Rodrigo con el más profundo desaliento.

—¡Oh! ¡Son muy terribles estas palabras! dijo don Sancho cerrando el libro violentamente y pálido como un muerto.

—No hay duda, yo soy el que anuncia esta profecía cruel, yo he profanado el misterioso recinto de la mansion de Harpalús, yo debo pagar mi crímen con mi corona

y con mi vida... ¡Funesto lienzo!... Aquellos rostros tostados, aquellas luengas barbas, aquellos trajes extraños están siempre delante de mí como fantasmas de muerte; sus soberbios bridones hollarán mi trono... ¡Sí! ¡Sí!—Mi débil corazon ha perdido toda su antigua energía, estoy al borde del precipicio y no tengo fuerza ni voluntad para retroceder... ¡Esta fatalidad que me sujeta con su mano de hierro!

Y don Rodrigo, delirante, como si tuviese un espectro delante de sí, empezó á medir la estancia á grandes pasos, mientras que don Sancho le contemplaba inmóvil, mudo y con una palidez marmórea.

—Me parece que venda mis ojos un mar de sangre, exclamó don Rodrigo en el más completo delirio. ¡Witiza!... ¡Sara!... ¡Ervigio!... ¡Su esposa!... ¡Pelayo!... Huid de mí, funestas sombras, dejadme por piedad... Y vosotros, infieles guerreros, que amenazais mi trono... ¿Qué os he hecho?... La España no es vuestra patria... Es mi reino, ¿lo entendeis? ¡Huid!... Huid, ó temblad de mi furor... Todavía soy rey... ¿No veis mi corona? ¿Os burlais? ¡Oh, mengua!... Yo sabré castigar vuestra loca audacia... ¿Pensais que mi brazo aun no es capaz de blandir la lanza ó esgrimir la espada?... ¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡A la lid! ¡A la lid!...

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un anciano de luenga y blanca barba, vestido con ropas talares y de fisonomía venerable é inteligente.—Era Urbano, arzobispo de Toledo.

La más viva sorpresa se pintó en el semblante del prelado al ver las descompuestas facciones del monarca, que

continuaba manifestando en todos sus ademanes la horrible inquietud que le inspiraban las imágenes sombrías de su espantoso delirio. Era una pesadilla que le oprimia, un sueño de sangrientas fantasmas que revolaban ante sus ojos, eran los remordimientos que, bajo la figura de sus víctimas, le roían el corazon.

Don Rodrigo, como hemos dicho, era una naturaleza que sentia más que pensaba; pero sabido es que el sentimiento y la imaginacion, ese sueño ligero de los sentidos, son más profundos, más sagaces, más sublimes que todos los esfuerzos del raciocinio, el cual ejercen de una manera implícita, rápida é inconcebible la imaginacion y el sentimiento.

Así se comprende que los grandes poetas presientan, acaso sin conocerlo, lo que despues el filósofo razona.

El monarca, pues, se habia propuesto resolver este funesto problema. ¿Sería cierta aquella tradicion fatal? ¿Pueden los hombres adivinar el porvenir?—Don Rodrigo temblaba porque veía todas las apariencias conjurarse en contra suya, todo le parecia amenazador, hasta las más mínimas circunstancias estaban perfectamente de acuerdo con las misteriosas predicciones conservadas por la tradicion.

El venerable arzobispo interrogó con una mirada á don Sancho acerca del estado de peligrosa exaltacion en que el monarca se encontraba.

El primo del rey no tuvo tiempo de contestarle, ni aun por un signo, de cuál era la causa de aquella preocupacion; pues el mismo rey, como respondiendo á su pregunta, se apresuró á satisfacer los deseos del arzobispo, diciendo con voz más reposada:

—Os he mandado llamar, venerable Urbano, porque como ministro de Dios quisiera consultaros ciertas dudas bastante penosas para mi corazon en estos momentos.

—¿Son tal vez vuestras dudas, repuso gravemente el prelado, con respecto á nuestra santa creencia?

—No, padre mio, yo creo en Dios uno y trino y en la Vírgen Madre de Jesucristo que murió por todos los humanos.

—¿Pues entonces qué duda V. A.?

Don Rodrigo guardó algunos momentos de silencio.

—Decid, señor, insistió el buen sacerdote, decid lo que os atormenta; el Señor iluminará mi espíritu y, creedme, vuestras dudas serán disipadas ante la divina luz del Evangelio, como á los rayos del sol se disipan las tinieblas.

Antes de proseguir nuestra narracion, bueno será advertir que en aquella época toda la ciencia humana se habia refugiado á los monasterios y á los ministros del altar.—Despues de las irrupciones de los bárbaros del norte, que como un mar embravecido arrollaron pueblos y naciones, hasta barrer los últimos restos del imperio de Occidente, solo se salvó del naufragio universal en la soledad de los claustros todo lo más precioso que nos habian legado la sabia Grecia y la soberbia Roma, porque la Providencia no puede permitir que ninguna idea útil, ningun pensamiento fecundo para la humanidad se extinga del todo, sino es despues de haber hecho su evolucion completa, dejando en su último precipitado un fondo de utilidad evidente é incontestable.—Tal es la ley del universo de las inteligencias. La humanidad caminará siem-

pre despejando incógnitas para el porvenir; pero restando del pasado y sumando con el presente.

Volviendo á nuestra historia, deberemos añadir que el arzobispo Urbano era uno de los hombres más eminentes de su tiempo en virtud y letras, y por lo tanto el más á propósito para serenar las tempestades que se habian levantado en el corazon del monarca.

Este, como hemos dicho, habia guardado un prolongado silencio, que al fin rompió diciendo:

—¿Habeis oido hablar de una funesta tradicion que dice, que el rey que se atreva á profanar el palacio encantado, perderá el trono y la vida?

—Es demasiado sabida esa tradicion para que yo la ignore.

—¿Y no habeis pensado nunca en su antigüedad y en su terrible importancia?

—Entregado á mi santo ministerio, nunca me he ocupado de una cosa que probablemente no sucederá.

—Pues bien, repuso el rey dirigiéndose á don Sancho, haced que el prelado lea esa terrible profecía.

Don Sancho abrió el libro y lo presentó al arzobispo para que leyese el misterioso pasage.

Urbano, despues de haber leido, con un aire de perfecta tranquilidad preguntó:

—¿Y bien?

—¿No os admira esa prediccion funesta que pesa como una maldicion sobre mi trono? dijo el rey en extremo sorprendido de la impasibilidad del prelado.

—No creo, señor, que haya motivo para admirarse, ni mucho ménos para temer. Todos vuestros antecesores

han reinado pacíficamente, sin embargo de haber existido esa misma tradicion.

—Pero observad que habla de un arcano terrible que ha de ser costoso á los godos y mortal para su rey, y que además aguarda opróbio y afrenta al nombre cristiano, dijo el monarca.

—Eso mismo há mucho tiempo que se dice, y nada ha sucedido ni sucederá, respondió el arzobispo.

—¿Lo creeis así? exclamó gozoso el rey.—Pero no... no... añadió despues con terror, estoy seguro de que se realizarán mis temores.

—¿Pero qué temeis?

—Que se cumpla la profecía. ¿No creeis que pueda haber un presentimiento, á veces casi seguro, de lo que ha de suceder, sobre todo si son desgracias?

—Creo que solo á Dios está reservado el conocimiento de lo futuro... Nada sucede en el Universo sin que precedan algunas señales. El relámpago es el mensagero del trueno, la aurora extiende su rosado manto antes que el sol asome por el oriente, el Bautista fué el precursor del Mesías.

Y el venerable Urbano, tomando una actitud inspirada, pontifical, continuó con el acento de un poeta:

—Respecto al terror que os inspira el opróbio del nombre cristiano, debeis estar tranquilo. Hace ocho siglos que la mano del Señor plantó de nuevo el árbol de la vida bajo la figura de una cruz en la pobre morada de los hombres que caminan á la reconquista del paraiso de donde fué arrojado Adan por haber tocado al árbol de la ciencia. La raza de Adan, antes desheredada, hace ya ocho siglos

que tiene el cielo por herencia, y el árbol de la vida extenderá sus ramas siempre verdes al través de las edades, porque la semilla del Evangelio ofrecerá eternamente á la humanidad sus frutos de bendicion, hasta tanto que el Universo, lanzado en el vacío por la mano del Omnipotente, sea otra vez aniquilado por un nuevo cataclismo.—La humanidad entre tanto, sucumbirá siempre bajo el peso de esta imágen sombría, y despues de un misterio que se llama *resurreccion*, renacerá del antiguo caos un nuevo órden de séres y de siglos en el nuevo cielo y en la tierra nueva.

La voz, la actitud del anciano arzobispo era la de un Samuel; sus ojos brillaban en aquel momento con el fuego sagrado de la inspiracion profética, de la caridad ardiente, de la profunda ciencia de un ministro de Jesucristo.

El rey y don Sancho guardaron un profundo silencio, porque sus almas se habian elevado á una region hasta entonces desconocida para ellos.

Al fin el rey dijo:

—Nuestra religion indudablemente será afrentada, si llegan á triunfar los moros, enemigos irreconciliables de la cruz.

—Si tal llegase á suceder, las victorias de los infieles, en lugar de afrentas, serian triunfos para nuestra santa religion. La cruz salió más triunfante de las catacumbas de Roma á pesar de Diocleciano, la sangre de los mártires fecundiza la divina semilla. ¡Insensato del que pretenda abrir con el hacha el santuario de las creencias! Yo os lo digo, rey de España, cuanto más desgraciados sean los cristianos, más fieles permanecerán al nombre de

Cristo... ¿Qué harian en su desgracia si no les fuese dado el invocarle? Las sombras de la noche hacen resaltar la claridad del dia, despues de una témpestad el cielo parece más azul, despues de una persecucion el Evangelio brillará en todo su resplandor.

El rey, dominado siempre por un pensamiento fijo, respondió:

—Deseara que me dijéseis francamente vuestra opinion. ¿Creeis que se realizará esa prediccion funesta?

—Sí, repuso lacónicamente el arzobispo despues de algunos momentos de reflexion en que pareció decidirse á no ocultar al rey, como antes lo habia hecho, su verdadera opinion sobre aquel punto.

—¡Qué habeis dicho!

—Lo que me parece cierto.

—¡De veras!

—De veras, tarde ó temprano se cumplirá.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—¿Pero por qué os afligís de esa manera? He dicho, y lo repito, que se cumplirá la profecía; pero solo cuando haya un rey tan insensato que se atreva á profanar el misterioso recinto del palacio de Harpalús.

—¡Oh! ¡Por piedad!...

—Pero V. A. no se encuentra en ese caso, por lo cual debeis dar al olvido esos tristes pensamientos; mas... ¿por qué os poneis tan pálido?

—Es porque... porque me hace temblar la idea de los males que han de sobrevenir tal vez á alguno de mis descendientes... ¡Oh! ¡Qué horror! exclamó el rey ocultando la cabeza entre sus manos.

El arzobispo sin saberlo habia herido rudamente el corazon del monarca, recordándole todos sus primitivos temores.

—¡Fatalidad! ¡Fatalidad! repetia don Rodrigo lívido de horror... ¿Es posible, venerable Urbano, que se cumpla inexorablemente esa sentencia? Pero... yo apelo á vuestra sabiduría; decidme cuál podrá ser el fundamento de esa misteriosa tradicion, cuyos lúgubres ecos se han dilatado como un canto fúnebre al través de los siglos.

El sacerdote, despues de un momento de profunda reflexion en que pareció reconcentrar todas sus ideas, respondió con voz solemne como la del destino, irresistible como la del sabio, augusta como la del profeta:

—Hay en el corazon de todos los hombres una luz misteriosa que no pueden extinguir jamás ni la degradacion del crímen, ni los sofismas de la impiedad, ni las tinieblas de la ignorancia; luz divina que atestigua la sublimidad de nuestra naturaleza, y que en ciertos momentos traspasa la grosera corteza de la carne, y se remonta por un incomprensible portento á la fúlgida region de la eterna sabiduría, vagando por un cielo semejante á un océano de luz desprendida del sol de las inteligencias. En estos instantes solemnes se extremece la tierra, rugen los mares, el huracan se desencadena, todos los ojos se alzan al cielo y todos los corazones laten con una fuerza extraordinaria. Y es que en tales momentos la humanidad presiente grandes desgracias ó descubre nuevos horizontes, y el espíritu de la humanidad, cuando sigue el curso trazado por el dedo del Señor, jamás se engaña.—Y en tales momentos se dibujan en su mente con una admira-

ble claridad todos los temores de su corazon, todas las esperanzas de su alma; aunque muy luego la luminosa vision desaparece, los vapores de la materia vuelven á turbar la inteligencia de los hombres, y solo les queda como un recuerdo vago, semejante á un presentimiento.—Pero una voz misteriosa recoge este recuerdo y lo repite de generacion en generacion, de dia en dia, todas las noches, como si génios invisibles vagasen en el espacio recordando á los mortales las calamidades que han de sobrevenir. —Y esta voz misteriosa es la voz de la humanidad, y la luz interior de que antes he hablado, es el reflejo de la antorcha de la divina inteligencia que arde en el corazon de todos los hombres.

—¿Y qué quereis decir? preguntó el rey pálido de terror.

—Quiero decir, repuso el arzobispo, que las consoladoras esperanzas de un porvenir más risueño, lo mismo que los funestos augurios y misteriosas tradiciones de un pueblo, son muy respetables porque una inteligencia superior las infunde, la conciencia universal las admite, la voz general las publica, y estas tres cosas son infalibles, señor; así que, debeis creerme, *vox populi*, *vox cœli*.—Voz del pueblo, voz del cielo.

Un rayo que hubiese caido á sus piés, no habria aterrado tanto al monarca como las últimas palabras del arzobispo.

El rey permaneció durante algunos minutos con la cabeza inclinada como si un monte se hubiese desplomado sobre él.

Pero aquella naturaleza enérgica y arrogante sacudia

con facilidad el peso de la desgracia, siendo tan intensa la reaccion que de repente se obró en su espíritu, que hasta se creyó capaz de destruir el fallo inexorable del destino.

—¿Por ventura, dijo, la fatalidad de los acontecimientos ha de ser más poderosa que mi voluntad de rey? Porque si los hombres, como habeis dicho y yo creo, pueden alguna vez presentir lo venidero, nos queda tambien la libertad de luchar contra los acontecimientos, y á veces puede conseguirse sobre ellos la victoria.

—Sin duda alguna. Si el hombre fuese inferior á los acontecimientos de una manera absoluta, no sería responsable ante el tribunal de Dios, que le habia puesto obstáculos insuperables á sus fuerzas.

—Pero ¡ay! las fuerzas del hombre muchas veces son ineficaces.

—Jamás. Nada hay que pueda obligar al hombre á obrar mal.

—No comprendo...

—La voluntad del hombre es infinita como Dios, y es la facultad más poderosa de que se halla dotado. Yo os lo repito, la voluntad del hombre es una palanca inmensa capaz de conmover el universo lo mismo para el bien que para el mal. Estos dos genios se dividen el mundo condenado eternamente á una perpétua lucha sin la cual no habria vida, ni libre albedrío, ni responsabilidad moral. Pero cuando el hombre obra el mal le ayuda el ángel de las tinieblas, y la Providencia, hija de Dios, que contempla el combate, derrama lágrimas de amargura, la Providencia, que presta todo su poderoso auxilio al mortal

cuando se afana por practicar el bien. Los grillos de la materia encadenan el espíritu; pero este siempre está dotado de la voluntad suficiente para quebrantar su cárcel y tender el vuelo á la sublime region de los espíritus.—Dios nos ilumina el camino; culpa nuestra es, si séguimos las sendas tenebrosas.

—Pero algunas veces una fuerza superior, una mano de hierro nos despeña, la fatalidad...

—La fatalidad, interrumpió el fogoso sacerdote, la fatalidad no existe sino fuera de Dios, que es la inteligencia suprema; la fatalidad es la ley inexorable de la materia ciega y bruta; pero donde hay inteligencia, rayo de la luz divina, no hay fatalidad; donde hay voluntad, hay eleccion; donde hay eleccion, hay libertad...

—Yo no os comprendo, venerable Urbano.

—Un ejemplo. El rey David era bueno y temeroso de Dios. Un dia el rey desde una de las torres más altas de su palacio, distraía sus ojos contemplando ya la campiña, ya los habitantes de la ciudad. De pronto sus ojos tomaron una expresion llena de fuego, y se fijaron tenazmente en una casa poco distante del palacio. Acababa de ver enfrente á una mujer que se estaba lavando, y que era hermosa en extremo. El rey se informó al punto de que aquella matrona, hermosa entre todas las israelitas, era la esposa de su fiel servidor Urías. Mas no pudiendo apartar de sus ojos aquella vision de deleite, se la mandó llevar á su alcázar. Y algun tiempo despues envió á Urías con una carta para su general, en que mandaba que le pusiesen á la frente de la batalla, en donde estuviese lo más recio del combate, á fin de que abandonado de todos

encontrase allí muerte segura. Hé aquí que el rey cometió adulterio en el tálamo de su más leal servidor, y no contento con la deshonra del buen Urías Hetheo, le puso además en el trance de que perdiese la vida.

Y así diciendo, el venerable Urbano clavó una mirada tan profunda en don Rodrigo, que parecia querer leer hasta lo más recóndito de su corazon.

El rey, pálido y anonadado, humilló los ojos ante la severa mirada del sacerdote, que continuó:

—David se entregó sin reserva á las impresiones de sus sentidos, y como la materia obedece imprescindiblemente á su propia ley, si no la contraría la voluntad, David forzosamente cometió un crímen. ¿Y por qué? Porque no hubo lucha ó no fué tan encarnizada como debió serlo para que triunfase la luz de de las tinieblas, el ángel bueno del ángel malo, la Providencia, que ve, de la fatalidad, que es ciega.

—¿Pero no podrá disculparse al hombre, cuando le arrastra al mal un funesto acaso?

—¿Y qué es el acaso sino un ministro de que se vale la Providencia? Si el hombre cumpliese siempre su mision sobre la tierra, esos mismos acasos que tan insensatamente moteja de funestos, le servirian para ostentar á mayor altura todas las cualidades sublimes de su naturaleza.

—Si David no hubiese visto á Bethsabé.

—Pero si habiéndola visto hubiera podido vencerse, habria llenado cumplidamente la intencion de Dios al crear al hombre.

Habia en las palabras del arzobispo tal acento de reconvencion, y en el ejemplo que citaba una coincidencia

tan singular, que don Rodrigo ya no dudó que su aventura era más pública de lo que creía.

El rey despues de algunos momentos de silencio, dijo:

—¿Conque no creeis que será un acaso, una casualidad funesta si llegan á venir esos extraños guerreros, y nos arrebatan nuestra patria?

—No puedo negar que sea una desgracia para nosotros.

—¿Y qué bien puede resultar á los hombres de una catástrofe tan terrible? ¿Podrá gozarse Dios en que se viertan mares de sangre, defendiendo los nuestros su hogar, su libertad, sus mujeres y sus hijos?

El arzobispo inclinó la cabeza é hizo un gesto como un hombre que oye con indiferencia todas las objeciones de su adversario.

Luego respondió con el acento de un Padre de la Iglesia:

—*Deus prævide et provide*, Dios prevé y provee.—Es cierto que los hombres son libres en sus actos, pero no por eso los abandona el Padre celestial, porque si así fuese, ¿qué sería en breve tiempo del pobre linage humano? Dios que es todo sabiduría, no obstante el libre albedrío, sabe todos los crímenes que han de cometer los hombres; pero como tambien Dios es todo amor, procura sacar bien del mismo mal que los hombres cometen.— Hé aquí el resultado de su prevision y de su providencia. *Deus prævide et provide.*

—¡Padre mio! exclamó el rey, vuestras palabras son un bálsamo suave que consuela mi lacerado corazon. Por más que yo haya cometido grandes faltas, Dios sabrá convertirlas en mi beneficio.

—Os engañais y blasfemais, señor, repuso gravemente

el sacerdote. Hay una ley superior á todo, y de la cual ni el mismo Dios quiso eximirse, la *expiacion*.

—¿Pues no decís?...

—Digo que la Providencia sabe sacar bien del mal; pero sin menoscabo de la justicia. Así que, de esas mismas guerras, asolamientos y catástrofes que tanto temeis, podrán resultar grandes bienes; pero vuestro poder y acaso vuestra persona, serán víctimas de esta lucha.

Al oir tales palabras, la fisonomia del rey, á pesar de su palidez, tomó una expresion sublime de abnegacion y magnanimidad.

—En buen hora, dijo, que yo sufra todo el peso de la desgracia; pero ¿no padecerán tambien muchos inocentes? ¿Puede esto ser justo, ó es acaso útil el luto de toda una nacion?

—Señor, esos son arcanos incomprensibles para nuestra ruin inteligencia. Existen en el universo animales monstruosos y espantables; en el cielo estallan pavorosas tormentas; furiosos terremotos conmueven nuestro globo en el que resuena sin cesar el ronco hervir de los volcanes, espanto de los hombres; y sin embargo, todo ha sido necesario para la armonía del mundo.

—Pero preguntadle por esa armonia á la madre que ve devorado su hijo por un cocodrilo, ó al labrador que mira asolados sus campos por la tempestad, ó destruida su cabaña por el terremoto, ó sepultada su ciudad bajo torrentes de lava.

No tendrán nada que responderme, sino que la humanidad ignora los divinos secretos de la Providencia, y que aquello que más puede convenir á la armonia univer-

sal, suele parecernos á nosotros, míseros mortales y sabios insensatos, una espantosa desgracia, porque nosotros referimos todo cuanto existe á nuestra conveniencia y pequeñez; pero el soberano artífice atiende en su desvelo paternal á infinita multitud de séres. Es una ley providencial que el hombre luche para desarrollarse, y ya que hay guerras y homicidios, la Providencia sabe utilizarlos hasta cierto punto armando alternativamente, y á una época dada, el brazo de las naciones que vienen á ser entonces un instrumento de la justicia divina, y á la vez un medio por el que suele triunfar cierto órden de ideas fecundas para la humanidad. Entre tanto, nosotros nada advertimos, y solo debemos inclinar la frente ante el Altísimo, que á pesar de nuestros extravíos jamás nos abandona.

Y así diciendo, el venerable Urbano se dispuso á salir de la estancia, pero el rey le detuvo preguntando con voz que revelaba profundo abatimiento:

—¿Y qué me aconsejais?

El anciano arzobispo se volvió y dijo con magestuosa gravedad:

—Os aconsejo penitencia.

El rey lanzó un suspiro.

—Tomad, leed esta carta, dijo el rey al sacerdote alargándole el misterioso pergamino que tanto habia llamado su atencion al principio de este capítulo.

El arzobispo tomó la carta y leyó:

«Muy prepotente señor: Segun pudo ver V. A. en la »carta interceptada dirigida á Samuel, no son los israeli»tas los que menos parte toman en la destruccion de Es»paña, y si bien nada se sabe de cierto, es muy probable

»que ellos hayan sido los que han llamado á los enemi-
»gos; esta al menos es mi opinion á pesar del impenetra-
»ble misterio que guardan los judíos y especialmente Sa-
»muel, cuyo paradero se ignora. Si son ciertas las últi-
»mas noticias que he recibido, hace dos dias que cerca del
»Estrecho han desembarcado más de doce mil mauritanos
»que todo lo llevan á sangre y fuego talando los campos,
»robando los ganados y cautivando á los habitantes próxi-
»mos á la costa. Nosotros permanecerémos aun en Jerez,
»segun vuestras órdenes; pero siempre sobre aviso para
»atender, en caso necesario, á la seguridad de la reina. Ya
»ve V. A. que el peligro es inminente, arrecia la tempes-
»tad, y ha llegado el momento de que vuestros caballeros
»salgan á campaña. Es cuanto puede deciros vuestro hu-
»mildísimo siervo,

»Daniel.»

El rey y don Sancho habian escuchado la lectura de aquella funesta epístola, cubiertos de una mortal palidez.

El arzobispo, dominado hasta lo sumo por los sentimientos religiosos de su época, y con la indignacion que le causaba la sola idea de que triunfasen los enemigos de la Cruz, gritó con voz de trueno:

—¿Conque así os dormís al borde del abismo? ¿Qué mucho es que perdais el trono y la vida, si sois indigno de vivir y de reinar?

—¡Urbano! exclamó el rey ciego de cólera.

—¿Qué es eso? ¿Sentís todo el peso de la verdad?

—La verdad es que me insultais, y nadie es tan osado que, como vos, se atreva á tanto. Yo no puedo permitirlo; tened presente que hablais á vuestro rey y señor.

El anciano arzobispo tomó una actitud de soberana magestad.

—Yo, dijo, represento aquí á un Señor más poderoso que V. A., y hablo á un hombre que es un mísero gusano como yo, y al cual no pretendo tributar adulaciones. Sin duda alguna, bien es menester que haga Dios un milagro para apartaros de la senda de vuestra perdicion; pero si mis palabras os enojan, ¿por qué me habeis hecho venir? ¿A qué consultarme, si han de ser inútiles mis consejos? ¿Quereis tal vez que apruebe vuestros crímenes y la vergonzosa inaccion en que yaceis en los momentos en que peligra la patria? Decid, señor, ¿me habeis llamado para que os diga libremente la verdad, ó para que os entone un himno de lisonjas?

—¡Oh! Esto es ya demasiado.

—Es demasiado poco en comparacion de lo que debiera deciros, señor.

—¡Retiraos de aquí!

—Enhorabuena; pero antes debo preveniros que sea cual fuere la suerte futura de vuestro reino, vos estais en la obligacion de volar en su defensa, y, creedme, señor, si está decretado que hayais de sucumbir en la lucha, al menos sucumbireis con gloria. Acordaos de los terribles guerreros de que habla la tradicion, y oponedle vuestros caballeros armados. No se conjuran tales peligros con estériles consultas.

—Descuidad, que no serán mis guerreros vencidos tan fácilmente; por lo demás, siento sobremanera haberme dejado dominar en un momento de debilidad por algunos vanos terrores, que no serán bastantes para amenguar en

lo más mínimo mi valor.—Retiraos, Urbano, añadió con altivo continente el rey, que habia recobrado toda su arrogancia característica.

—Adios, señor, respondió con dignidad el arzobispo; pero yo os predigo que muy en breve turbarán visiones espantosas vuestro sueño y volvereis á llamar, aunque tal vez inútilmente, á este anciano que ahora arrojais de vuestra presencia con tanto desprecio.

Y así diciendo desapareció el venerable Urbano, cuyas últimas palabras hicieron, al parecer, una impresion demasiado profunda en el ánimo del monarca, que quedó, durante algunos momentos, sumergido en honda meditacion.

Don Sancho le contemplaba pálido é inmóvil.

—Es preciso que partais inmediatamente á combatir á los enemigos, dijo al fin el rey rompiendo aquel prolongado silencio; Urbano, á pesar de todo, tiene razon; vuestra marcha no puede dilatarse ni un momento.

—Sereis obedecido, señor, respondió don Sancho, cuyo corazon agitaba un negro presentimiento.

Algunas horas despues el estruendo sonoro de los clarines, los bélicos relinchos de los corceles, y ruido de armas, y gritos de soldados, anunciaban que un ejército se disponia á partir de la ciudad de Toledo.

CAPITULO XXIII.

En el que se verá el buen partido que sabe sacar un médico de las situaciones más apuradas.

El rey se encuentra ausente, la ocasion es propicia, la disculpa fácil, el logro de mis deseos posible... Animo, pues, y manos á la obra. —¡Traicion!... ¡Remordimientos!... ¡Qué locura! ¿El atrevido vuelo de mi espíritu, ha de estrellarse tímidamente contra la barrera de un vano temor? ¡Diablo! Pero si Dios no me importa, no me sucede lo mismo con mi cabeza, la cual sabe combinar unos planes tan de mi gusto que... decididamente no sabria pasarme sin ella. Lo primero es atender á mi propia seguridad... ¡Oh! Si la reina al fin descubre mi atentado... Si yo pudiera hacer que ella consintiese... Basta de temores, ello ha de ser... de grado ó por fuerza...

Así discurria un hombre reclinado en un sitial, cuyos remates de oro estaban en armonía con el resto del mueblage, algun tanto lujoso, de una estancia situada en el piso inferior del castillo de Jerez.

Este edificio, cuya antigüedad se perdia en la dominacion de los romanos, ostentaba todavía sus torres fuertes y macizas, si bien sus muros sombríos, grietados y cubiertos de multitud de plantas parietarias, daban harto á entender, no solo las injurias de los siglos, sino tambien que aquella fortaleza, durante mucho tiempo, habia estado deshabitada.

El sol descendia á occidente, y las primeras sombras de la noche comenzaban á extenderse envolviendo el pueblo y el castillo en su gasa de tinieblas.

A tal hora, segun costumbre, se levantaron los puentes levadizos, las puertas se cerraron, y se mudaron los centinelas con todas las belicosas precauciones propias de aquellos siglos en que la guerra constituia la ocupacion más principal, por no decir exclusiva, del linage humano.

El alcaide, despues de cerrar las puertas y levantar los puentes, se retiró á su habitacion seguido de otro personage que le ayudaba en sus tareas, á juzgar por el manojo de llaves que pendia de su cintura, si ya no es que aquel fuese el carcelero; pues ambos empleos, independiente el uno del otro, solian existir en las antiguas fortalezas.

La conversacion entre el alcaide y su compañero, parecia muy animada, á la cual de vez en cuando venia á mezclarse como un lamento la voz de *alerta* de los centinelas.

—Paréceme, amigo Jacob, decia el alcaide, que si no se toman algunas disposiciones, vamos á caer bajo el dominio de esos malditos guerreros que dicen no beben vino.

—Grave defecto es en verdad, amigo Bermudo; pero,

segun he oido decir, parece que muy pronto llevarán su merecido.

—¿Cómo?

—Dicen que viene don Sancho, primo del rey, á la cabeza de un lucido ejército.

—Pero si no se dan prisa, creo que cuando lleguen los cristianos se habrán apoderado los moros de las principales poblaciones.

—Ya han tomado cuatro castillos.

—¡Pardiez! Observo que estais muy al corriente de todas las noticias. ¿Cómo habeis sabido eso?

Jacob pareció reflexionar un instante.

—De la manera más sencilla, respondió con una perfecta naturalidad. Como mi obligacion me permite el tiempo necesario para salir todos los dias á dar una vuelta por el bosque, encontré hoy en medio de un breñal dos caballeros extraviados que me suplicaron les enseñase el camino que conduce á Jerez; yo en efecto les serví de guia, y en el entre tanto les oí todo lo que acabo de referiros.

—Pues lo más extraño de todo, es la inaccion en que permanece nuestro gefe, á quien no deberán ocultársele los grandes acontecimientos que acaban de sobrevenir.

—Él, que es el responsable, sabrá lo que debe hacer.—Además, de que hasta ahora no hay temores fundados, que yo sepa, de que los moros se aproximan á Jerez, aunque todas sus escursiones no pasan de las costas de Tortosa (1), y es más probable que se dirijan hácia el interior de Vandalusía (2).

(1) Tarifa.

(2) Así se llamó la Andalucía despues de conquistada por los Wándalos.

—Pero si los moros llegan á saber que aquí se encuentra la reina Egilona, no será extraño que intenten apoderarse de ella con la esperanza de obtener un crecido rescate, lo cual les será facilísimo, si se atiende á la escasa guarnicion de este castillo.

—Convengo en que serían fundados vuestros temores á no ser por el impenetrable misterio que rodea á la persona de la reina; pues ni aun los mismos soldados que la custodian saben que se encuentra en esta fortaleza, así que, bajo ese aspecto, debemos estar tranquilos, amigo Bermudo.

—Allá veremos, refunfuñó el alcaide, que no las tenia todas consigo.

Aquí llegaban los dos interlocutores cuando se abrió la puerta de la habitacion, situada en un torreoncillo á un lado de la puerta principal.

Un hombre apareció en el dintel.

Aquel hombre era el mismo que no hace mucho hemos visto en una estancia del piso bajo, y en el cual es muy probable que haya reconocido el lector á nuestro antiguo conocido Daniel.

Del mismo modo debemos advertir que Jacob, cristiano converso, no era otro que el antiguo lego del médico disfrazado de fraile, y por lo que respecta al alcaide, era aquel Bermudo que habiendo favorecido, se entiende por el dinero, la evasion de don Pelayo, disparó una flecha contra su amigo y paisano el escudero Ferrandez, que poseia cierto secreto asaz peligroso para el carcelero de la torre de Santa Leocadia, convertido ahora en alcaide del castillo en que se encontraba prisionera la reina Egilona.

A la aparicion de Daniel, las facciones de Jacob y Bermudo se revistieron de esa expresion á la vez respetuosa é impasible, propia de los inferiores en presencia de su señor ó gefe.

El pálido rostro del médico, así como sus ojos centellantes, demostraban con evidencia esa viva agitacion que precede siempre á las grandes resoluciones.

Y despues de examinar atentamente á sus subalternos, dijo:

—Esta noche acaso tenga necesidad de vuestros servicios; estad dispuestos para cualquier hora, pues no será imposible que esta misma noche tengamos que salir de este castillo.

Y así diciendo, desapareció rápidamente dejando estupefactos al alcaide y á su compañero.

Daniel se dirigió por una escalera de piedra al aposento principal de la fortaleza, el cual estaba amueblado con todo el lujo de la época.

Cuatro esclavos judíos estaban inmóviles y silenciosos en la antesala, cuatro esclavos que constituían toda la servidumbre de la reina Egilona con arreglo á las severa órdenes de su esposo.

El médico atravesó la antesala, y abriendo una mampara, porque él solo tenia tal privilegio, se introdujo en la estancia principal, en la que se veía una mujer de una belleza todavía deslumbradora á pesar de la palidez que cubria su semblante.—Era la reina Egilona, es decir, la amada del judío Daniel.

La reina apareció agradablemente sorprendida de aquella visita.

Daniel se aproximó á ella con un continente que expresaba un estado violento y apasionado.

—¿Qué nuevas noticias me traes? preguntó la reina con ese tono de amabilidad que saben usar las mujeres hermosas.

—Traigo noticias muy funestas por cierto, respondió el judío afectando un aire misterioso de terror.

—¿Qué ha sucedido? Habla pronto, dijo la reina palideciendo.

—Que los moros se aproximan á más andar hácia Jerez.

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Ya comprenderá V. A. la inquietud que agita mi leal corazon, porque si vienen esos feroces guerreros que nada respetan y que en otros pueblos han cometido los más terribles atentados con las vírgenes y las matronas...

—Huyamos, huyamos pronto de aquí.

—Ay, señora! Ese ha sido mi primer pensamiento; pero ¿olvida V. A. que estamos sujetos á las órdenes de vuestro esposo, y que sin su consentimiento nos es imposible abandonar esta fortaleza?

—¿Y crees á mi esposo capaz, por más criminal que sea, de reconvenirte porque atiendas á mi seguridad, porque defiendas mi honor y mi vida de esos bárbaros guerreros?—Yo te lo mando, Daniel; es preciso que inmediatamente partamos de aquí, esta misma noche, mañana tal vez será ya tarde.

Al oir tales palabras, una llamarada de alegría insensata brilló en los ojos del judío, que, dominando á duras

penas su emocion, respondió afectando un aire de resignacion perfectamente fingido:

—Pues bien, señora y reina mia, aun cuando esta determinacion pudiera hacerme caer en desgracia del rey, esta misma noche partiremos de aquí, puesto que tal es la voluntad de V. A.

—¡Oh! ¡Gracias, Daniel!

—Pero, señora, la cuestion más grave es resolver adónde buscaremos un asilo tan seguro como ignorado.

—¿Sabe mi esposo la entrada de los moros?

—Sí, señora.

—¿Y aun no te ha contestado?

—Aguardo de hoy á mañana su contestacion.

—Pero el peligro es inminente, y no hay tiempo de consultarle para que designe el nuevo lugar de... mi prision, respondió la reina enjugando una lágrima con su pañizuelo.

—¡Oh! No lloreis por piedad... á pesar de que estais incomparablemente hermosa en vuestro llanto.

Y así diciendo Daniel, lanzaba miradas de fuego sobre los húmedos ojos de la reina.

—¿Y qué haremos en tal conflicto? dijo esta juntando sus hermosas manos.

Daniel en tanto meditaba, ó al menos fingia meditar.

—¿Adónde, volvió á decir la reina, adónde buscaremos un asilo que nos ponga á cubierto de los horrores de la guerra?

El judío completamente absorto parecia extraño á todo lo que le rodeaba.

La reina le contemplaba con indecible ansiedad.

Al fin el médico levantó su cabeza como cediendo á una luminosa inspiracion.

—¿No recordais, dijo que á algunas leguas de aquí, tenia vuestro padre un castillo situado entre malezas inaccesibles?

—¡Ah! Sí. El castillos de Amarga-cena; pero una funesta tradicion está unida á ese lugar...

—¿Qué tradicion?

—Se cuenta que uno de los antiguos señores del castillo descubrió en un banquete que quiso dar á sus amigos que su esposa le era infiel, y habiéndose separado esta bajo un pretesto, su esposo la siguió y la sorprendió en brazos de su amante.—Ambos fueron al punto asesinados por el ofendido caballero, los convidados se asombran, el banquete se trueca en luto y terror, y el esposo en aquel momento desapareció para siempre.—Desde entonces á causa de este incidente adquirió aquel edificio el funesto nombre del castillo de *Amarga-cena.*

La idea de aquel castillo manchado por un adulterio, produjo en el ánimo de Daniel una impresion inexplicable.

—Pues bien, dijo con mal reprimido júbilo, en ninguna parte pudiéramos encontrar mejor refugio que el que nos ofrece ese castillo.

La reina hizo un gesto de repugnancia.

—Señora, continuó Daniel, el peligro es inminente, y el único medio de salvacion que nos queda es retirarnos de incógnito á ese castillo, en el cual hasta el mismo misterio que le rodea podrá contribuir poderosamente á nuestra seguridad.

—Sea así como dices, respondió Egilona convencida, al parecer, por las razones del judío.

—Pues en ese caso, voy á disponerlo todo para partir esta misma noche.

En aquel momento sonó en la fortaleza un ruido inusitado á aquellas horas.

Las puertas y el puente levadizo habian rechinado, y el trote de un caballo acababa de sonar en el patio.

Solo algun acontecimiento extraordinario podia dar lugar á que se quebrantase de tal manera la consigna.

La reina lanzó al judío una mirada de indecible terror.

Daniel se precipitó en la antesala, y uno de los esclavos salió á su encuentro diciéndole:

—Señor, acaba de llegar un mensagero de la córte.

—¿Y qué dice? preguntó no sin inquietud el médico.

—Que quiere hablaros.

—Condúcele inmediatamente á mi habitacion.

El esclavo partió á obedecer este mandato mientras que Daniel volvió á participarle esta nueva á Egilona, de la cual se despidió rápidamente.

Y aun cuando Daniel aguardaba de un momento á otro órdenes del rey, por cuya razon no debia sorprenderle la llegada de un mensagero, con todo experimentó, como hemos dicho, la más viva inquietud.

El médico habia concebido y madurado un plan diabólico que pensaba realizar aquella misma noche, puesto que no habia encontrado el menor obstáculo; pero la llegada de nuevas órdenes del rey que pudieran contrariar su propósito, era ó podia ser un verdadero contratiempo y hé aqui la causa de su turbacion.

Cuando el judío llegó á su aposento del piso bajo, ya le estaba aguardando en él el recadero del rey.

Era este Theodomiro, escudero de don Sancho, y habia salido de Toledo á la par que su señor, si bien se habia adelantado algunas jornadas al ejército, para cumplir con su cometido.

El mensagero sacó de una bolsita un rollo de pergamino atado con cinta de seda, de cuyo lazo pendia un sello de cera verdo, y presentándoselo á Daniel, le dijo:

—Tomad ese mensage que el rey nuestro señor os envia.

Y Theodomiro se retiró algunos pasos mientras que el médico aproximándose á la luz de una lámpara que pendia en el centro de la habitacion, empezó á leer para sí la real epístola.

Cuando hubo terminado su breve lectura, es imposible pintar la mezcla indefinible de turbacion, de espanto y alegria que se pintó en el semblante del judio, que estrechaba convulsivamente contra su corazon el misterioso pergamino.

Pasados algunos momentos de esta violenta emocion, Daniel guardó la carta cuidadosamente, y dirigiéndose al mensagero, preguntó:

—Vos descansareis aqui esta noche ¿no es cierto?

—Os doy las gracias. No puedo detenerme más tiempo que el necesario para que me deis la contestacion á mi mensage, si es que la tiene. Por lo demás, debo partir sin dilacion alguna; pues tengo aun que cumplir esta misma noche varias órdenes del rey mi señor y de mi amo don Sancho.

Estas palabras despertaron en el médico un vivo sentimiento de curiosidad; pero comprendiendo que ninguna revelacion le era posible obtener del mensagero, se limitó á decir:

—Partid, puesto que hay esa circunstancia: el servicio del rey es lo primero.

Theodomiro partió en efecto, y entonces Daniel cerró la puerta deseando, al parecer, estar completamente solo.

Cuando pudo dejar correr libremente sus ideas, esclamó con una agitacion creciente:

—Bien, rey miserable; tú mismo te pones en mis manos... Yo habia buscado un camino más dificultoso para llegar á mi objeto, y tú te has anticipado para hacérmelo más fácil y para que se realicen mis planes, aun mucho más allá de mis deseos... Yo buscaba la felicidad de un instante... y tú me la prolongas tanto como pueda durar mi existencia.

Y una sonrisa insensata, diabólica, se pintó en los labios pálidos y delgados del judío.

Luego continuó:

—Yo he trazado en torno tuyo un círculo mágico, un círculo de maldicion del cual nunca te será posible salir... Valor, Daniel! hé aquí preso al rey en tus redes, en las redes del crímen; pero ¿qué importa, si Egilona tambien es tuya? La reina, la mujer que adoras te pertenece ya... ¿Y bien?—Tendremos que morir para el mundo, si es que nuestra vida ha de ser guiada por un mismo destino... ¡Mundo miserable! ¡Hombres estúpidos!... que cifrais en el acaso, en el ciego acaso del nacimiento, la importancia, el talento, la dignidad de otro hombre igual á los

más grandes de vosotros... Sí, yo tengo derecho para acusar á la naturaleza y á la fortuna .. ¿Por qué no he nacido yo hermoso y resplandeciente como los guerreros godos? ¿Por qué no he nacido cristiano, es decir, en la secta que domina en este pais maldito? Pero no, yo pobre judío, estoy condenado á vivir oscuro y escarnecido entre los hombres; yo, que habiera podido vivir feliz con una mujer idolatrada, con unos hijos queridos, si la naturaleza y la fortuna no me hubiesen sido contrarias negándome hasta lo que le concede á las fieras del desierto y á las avecillas del bosque.—Yo he subido á las cumbres de las montañas antes que los rayos del sol las alumbren, y he oido al pajarillo saludar la venida del nuevo dia con sus matutinos cantos bajo los arbustos floridos, y he visto á su amorosa madre llevarle el dulce alimento... ¡Lágrimas! corred á mares por mis megillas... ¡Ay! ¿Por qué no tengo yo madre? ¿Por qué no he encontrado un hombre á quien decirle «padre mio?» ¿Por qué no soy yo como el pajarillo cuyo nido se columpia en las ramas del olmo?... ¡Oh! He sido arrojado como una maldicion sobre la tierra... No he tenido ni aun cuna.

Y dos gruesas lágrimas, dos lágrimas de desesperacion, se desprendieron de los ojos de Daniel.

El hilo de sus pensamientos habia venido á terminar en la cuerda más sensible, ó por mejor decir, en la única cuerda sensible de su corazon.

Así como el infortunio suele ser algunas veces el crisol de todas las virtudes, sucede por el contrario en ciertas organizaciones enérgicas y violentas, que es el orígen de todos los crímenes.

El médico, con un corazon viciado, con grandes pasiones comprimidas, y con una inteligencia superior, era una especie de Luzbel que se revelaba contra su destino, era un demonio que lloraba en su impotente desesperacion.

Pero como si se hubiese arrepentido de haber dado en su alma cabida por un instante al dulce sentimiento filial, sus facciones se contrajeron horriblemente y continuó:

—No, no; la naturaleza no es tan injusta, no es tan parcial como á primera vista parece.—Ella me ha dado la inteligencia para conocer, la imaginacion para inventar, y yo, miserable judío, me burlo de un rey poderoso que ha contribuido sin saberlo á la realizacion de mis proyectos, que le arrebatan la honra y... ¿quién sabe?

La fisonomía de Daniel brilló con una alegría infernal, con una ambicion soberana.

—¡Oh! dijo, si Samuel capitulase conmigo ó dejase de existir... esto sería mejor y más seguro, en fin... allá veremos.—Las ambiciones son siempre combatidas por las ambiciones, lo que unos emprenden otros lo emprenden tambien, la fuerza es rechazada por la fuerza; pero... el derecho mejor es de aquel que sabe imponer el yugo á los demás... La cuestion es ser más ambicioso, más emprendedor, más fuerte que todos los que ambicionan, emprenden y pelean... El límite de nuestra fuerza es el límite de nuestros deseos... Valor, pues; yo quiero aniquilar todos los obstáculos que se opongan á mi ambicion... Si muere Samuel y los cristianos son vencidos por los moros... entonces los judíos podrán hacer que ella sea la esposa de un gran sacerdote, tal vez de un rey.

Daniel, que desde que estaba solo en su habitacion no

habia dejado de pasearse á grandes pasos, cayó en un sitial, fatigado, jadeante á causa de la tension de espíritu en que se encontraba.

Y permaneció largo tiempo con la cabeza apoyada en ambas manos, cual si estuviera sumergido en el mayor abatimiento ó en la reflexion más profunda.

De repente se levantó, y fuera de sí empezó á gritar con delirante acento:

—¡Envenenarla!... ¡Envenenarla yo!... ¡Jamás! ¡Rey miserable!—Yo sabré burlar tus mandatos...

Y tranquilizándose algun tanto, añadió:

—Pero ahora sin testigos leamos despacio esta carta. —«Llegó el caso de que te tengo hablado mucho tiempo hace.—Tan luego como recibas esta, dejará de existir, ya sabes de qué modo.—Despues del suceso haremos circular por todas partes la noticia de su muerte.—Nada más tengo que decirte, sino recomendarte obediencia y sigilo.

»Yo el rey.»

Daniel, cuyo semblante estaba cubierto de una palidez mortal, permaneció inmóvil como una estátua durante mucho tiempo.

Despues murmuró:

—Guardemos cuidadosamente esta carta, cuyas palabras encierran una sentencia de muerte.

Y dirigiéndose á la puerta, añadió con extraña sonrisa:

—Yo sabré sacar un buen partido de una situacion tan mala.

CAPITULO XXIV.

El castillo de Amarga-cena.

No muy lejos de los campos de Jerez, harto memorables en nuestra historia, se levantaba en la cumbre de un monte, como un inmóvil vigía, el melancólico castillo denominado de Amarga-cena.

Un profundo valle rodeaba el monte, que erguia su frente en la llanura como un inmenso túmulo druídico.—En su cima se veian las ruinas de una antigua abadía, y poco distante se elevaban las torres casi ruinosas del mencionado castillo, de cuyo abandonado recinto se referian en la comarca multitud de tradiciones absurdas y temerosas patrañas.

Así es que nadie solia aproximarse á aquellos abandonados muros, que ofrecian una hospitalidad dudosa y hasta amenazadora por el terror que generalmente inspiraban.

El castillo, circuido de rocas escarpadas, no tenia más que una subida tortuosa y difícil.

Negros nubarrones se mecian sobre las tostadas torres como una bandada de pájaros monstruosos y gigantescos.

El silbido del huracan que se lamentaba en las almenas y que mugía en el bosque, se mezclaba al espumoso hervidero de un torrente que de la cima del monte se lanzaba con estrépito en los brazos del valle agradecido por la fecundidad que le brindaban sus raudales.

Mucho tiempo hacia que aquel temeroso recinto no habia sido hollado por ninguna planta humana, si bien entre los pastores de la comarca habia corrido recientemente la voz de que habian visto varias veces subir á un hombre por la empinada senda al oscurecer.—Aquel hombre, jóven, de tez morena y pálida, y ataviado de extraña manera, decian, llevaba dos rocines cargados con algunos muebles y otros utensilios.

Fácilmente adivinarán nuestros lectores que no se habian engañado los campesinos, pues que aquel incógnito no era otro que el judío Daniel, el cual, teniendo concebidos ciertos planes de una importancia espantosa, como más adelante veremos, necesitaba para su realizacion amueblar algunas habitaciones de aquel abandonado castillo, cuya existencia conocia él de antemano; aunque despues, como ya sabemos, era tambien conocida de la reina, á cuyo padre habia pertenecido la terrible fortaleza.—El padre de Egilona poseía gran estado en Jerez, en cuya ciudad se habia educado la infeliz esposa del último rey de los godos.

El sol destellaba sus postrimeros rayos, pálidos y sombríos, á causa del nebuloso velo que envolvia su disco como un fúnebre cendal.

Las aves nocturnas habian madrugado aquella noche, anticipadas por la tormenta.

En los solitarios ámbitos de aquel castillo ruinoso no se oía ni la voz de los centinelas, ni las canciones del trovador, ni las consejas de los soldados en una noche oscura al amor de la lumbre.

Solo turbaba de vez en cuando el espacio el graznar de la corneja, el canto equívoco del cárabo, y el temeroso lamento del buho.

Aparte estos agoreros ruidos, el silencio y la soledad con su negro acompañamiento de sombras y terrores parecian solo habitar en aquel lóbrego recinto.

Sin embargo, á pesar del abandono y lobreguez en que yacia aquella especie de gigante granítico, no podia decirse que aquella mansion estuviese completamente deshabitada.

En el gran salon del castillo resplandecia una inmensa hoguera en una chimenea con encajes góticos.

No se veian en el salon más que los muebles extrictamente necesarios para una persona.—Estos consistian en algunos sitiales de nogal con remates de oro, una mesa de mármol, una lámpara de plata, un lecho bastante lujoso y una alfombra persiana tan magnífica, que contrastaba singularmente con el resto de la habitacion destapizada, ahumada y sin más muebles que los referidos.

Cerca del hogar estaba sentada una mujer, envuelta en un brial guarnecido de pieles, y demostrando en sus facciones marmóreas signos evidentes de tristeza y de cansancio.

Un hombre de pié é inmóvil la contemplaba en silen-

cio con una tenacidad extraña, con una adoracion casi idólatra, con un arrobamiento febril.

Todos los resortes de la vida de aquel hombre, todo el fuego de aquel corazon de veinte y cinco años, parecia estar reconcentrado en su mirada vívida, ardiente y llena de sensuales deseos.

La hermosa dama levantó la cabeza, y con un acento de amargura que sin embargo revelaba cierto fondo de altivez, exclamó:

—¡Qué vida, Dios mio! ¡Qué vida! ¡Oh! Todo lo he sufrido hasta ahora con resignacion; pero ya confieso que deseara verme vengada de quien me juzga con tanta injusticia y me trata tan bárbaramente... ¿Qué he hecho yo, Dios mio? ¿No he sido fiel esposa? ¿No he padecido en silencio el horror de los celos? ¿Y cuál ha sido el premio de mis humillaciones?... Verme repudiada y prisionera, sí, prisionera en esta mansion horrible, á pesar de mi inocencia... ¡Mónstruo! Tú ya no tienes sobre mí ningun derecho, yo quisiera huir, escaparme de tu tiranía insufrible.

Y la reina prorumpió en amargo llanto, mientras que el judío parecia querer devorarla con sus ojos, no obstante su silencio é inmovilidad.

Al fin Daniel, despues de un largo intérvalo, dijo:

—Si V. A. se dignara seguir puntualmente mis consejos, esta misma noche acaso pudiérais conseguir vuestra libertad.

La reina miró al judío con gozosa sorpresa.

—¡De veras! exclamó.

—Sin duda alguna, respondió el judío; V. A. tiene en su mano el verse libre de la tiranía de su esposo, y más

aun, de una muerte segura, porque, os lo repito, el rey no se verá contento hasta que no haya conseguido daros la muerte.

—¡Mónstruo de execracion!... ¿Y qué debo yo hacer?

—Reunir todas vuestras alhajas, y buscar un apacible retiro, donde podais vivir tranquilamente guardando el más rigoroso incógnito; yo os entregaré tambien cuantiosas sumas de dinero, porque yo soy rico, señora, añadió el judío, que en esto decia la verdad, pues como ya sabe el lector, entendia perfectamente el arte de vender al rey bastante caros sus narcóticos y sus secretos.

—Pero, ¿y tú? preguntó la reina.

—Yo, señora, si me lo permite V. A. me consideraré muy dichoso en acompañarla á cualquiera parte del mundo donde determine retirarse.

—Comprendo con placer y agradezco tu sincera adhesion.—Tú has sido el único que en mi inaudita desgracia, que en mi agonía indecible has permanecido fiel para tu reina; tú has procurado suceder en el cargo odioso de carcelero á Benjamin, solamente con la idea de poderme ser útil; y por último, tú, que eres el responsable de mi persona ante mi esposo, te ofreces hoy con una abnegacion sublime á proporcionarme mi ansiada libertad.— Yo te lo agradezco con todo mi corazon, Daniel; su gratitud es lo único que puede darte en este momento una pobre reina destronada y arrojada, aunque inocente, del tálamo nupcial.

—¡Ah, señora! exclamó apasionadamente el médico, una mirada halagüeña de vuestros ojos, una sonrisa de vuestros labios, una palabra, un pensamiento solo de vues-

tra alma, es la suprema dicha que pudiera anhelar un miserable judio como yo.

Y así diciendo se arrojó á los piés de la bella Egilona, en cuya nevada mano estampó un beso de fuego.

—Pero ¿no temes, dijo la reina, que si nosotros huimos, mi esposo, irritado satisfará su venganza en esos pobres esclavos, en el alcaide Bermudo y en el converso Jacob? ¿No pudieran acompañarnos todos?

—Señora, no es posible que tantas personas guarden un rigoroso incógnito, y mucho menos un secreto, un secreto que el rey compraria á peso de oro, y que alguno de ellos sería capaz de venderle.—Estamos rodeados de espías y de traidores.

—¿Pues entonces, cómo podrá realizarse tu proyecto? preguntó la reina exhalando un doloroso suspiro.

—Mi plan es el siguiente.—A media noche, cuando todos estén sumergidos en las delicias del sueño, asesinarlos procurando hacer el ménos ruido posible.—Es forzoso que no quede uno á vida, tanto para que no puedan oponerse á nuestra fuga, cuanto para que no revelen la ruta que hemos seguido.—Así pues, para que todo quede envuelto en el más impenetrable misterio, será tambien muy buena precaucion el arrojar despues sus cadáveres al torrente.

—¡Horrible! ¡Horrible proyecto! exclamó la reina con los cabellos erizados de terror.

—No hay otro remedio, señora.

—¿Y han de morir esos pobres esclavos judíos y correligionarios tuyos?

—Mi propia mano les dará la muerte.

—No, Daniel; antes que yo permita que tanta sangre se derrame por causa mia...

—¿Y qué vale la vida de todos los hombres en comparacion de V. A. y del ardiente amor que yo os profeso?—Que el mundo se parta por sus ejes, que un segundo diluvio ahogue en sus ondas todo cuanto respira, ¿qué importa si se trata de vuestra libertad y de mi amor?—Aunque me trague la tierra no renunciaré á mi proyecto.

Y al pronunciar estas palabras, Daniel estaba fuera de sí, deslumbrado, subyugado por la hermosura de aquella mujer abandonada, de aquella reina que se ponia en sus manos para encontrar su salvacion.

Empero en el rostro de Egilona acababa de pintarse la más viva sorpresa.

—¡Dios mio! exclamó retrocediendo. ¡Qué lenguage!... ¡Oh! Me turban, me espantan sus miradas.

—Sí, yo lograré mi objeto.

—¿Cuál?

—Aunque despues me desgarren cada miembro con unas tenazas candentes, me consideraré el más feliz de los hombres, si he podido estrechar contra mi corazon ese blanco y turgente seno que me promete un paraiso de delicias.

Y el judío se lanzó hácia la reina con los brazos extendidos.

—¡Insensato! exclamó Egilona retirándose. ¿Qué haceis? ¡Atrás!

—Yo quiero respirar la felicidad en esa boca que respira el amor.

—En nombre del cielo, Daniel. ¡Qué intentas! ¿Has perdido el juicio?

—Sí, yo soy un insensato, un loco; pero que sabrá aprovechar la suprema dicha que la fortuna ha puesto en sus manos.—Yo quiero salvarte, y aunque me cueste mil vidas, yo te salvaré, yo lo quiero; mas tambien te juro por el Dios de Israel que tambien quiero poseer tu amor, y... lo conseguiré.

—¡Miserable! exclamó la reina en el colmo de la indignacion. ¿Piensas acaso que porque soy débil mujer has de abusar de mi debilidad? ¿Has olvidado que, á pesar de todo, soy tu reina, y que puedo enterar al rey de tu infamia?—Sal pronto de aquí, yo lo mando, y si no, llamaré á mis esclavos para que te arrojen de mi presencia, y aun les diré el proyecto bárbaro y sanguinario que contra ellos abrigabas.

—Es inútil que os molesteis, señora; vuestros esclavos no acudirán á vuestra voz, respondió insolentemente Daniel.

—¿Y desde cuándo la voz de un mísero judío es más respetada que la de una reina de España?

—Desde que el mísero judío tiene en su mano el poder de cumplir su voluntad, que es tan firme como pueda serlo la de un rey.

Egilona, lanzando á Daniel una mirada llena de soberana dignidad, se precipitó hácia la puerta y empezó á llamar:

—¡Bermudo! ¡Jacob! ¡Ananías!

Nadie respondió.

La voz de la reina se perdió como un lamento fúnebre

en los dilatados confines de aquellas inmensas galerías.

La infeliz Egilona no vió más que las sombras de la noche, ni oyó más que los melancólicos silbidos del viento, y retrocedió horrorizada de aquel silencio sepulcral, de aquella oscuridad cavernosa.

Daniel entonces se adelantó hácia ella con los ojos inyectados de sangre, y en los cuales brillaba el deseo con la impureza del crímen.

—No os molesteis en llamar, dijo; los esclavos, Bermudo y Jacob, todos permanecen en la fortaleza de Jerez; los dos solos, ¿entendeis? solos los dos nos encontramos en este castillo.

—¡Oh, Dios mio! ¿Quién me protegerá si tú me abandonas? ¡Destino adverso, que se complace en arrojarme sin cesar de uno en otro terror!

—Yo te amo con idolatría, te adoro tanto como te aborrece el rey, que solo anhela tu muerte; pero no será así mientras que yo respire... ¡Ah! Consagra á la alegría, al amor, á los placeres, esa vida que yo habré libertado del sangriento furor de tu esposo implacable.—Embriaga á tu amante con esos encantos arrebatados á la muerte, y tus manos alabastrinas y los bellos rizos de tu hermosa cabellera enlacen para siempre á tu humilde esclavo.

—¡Oh! ¡Jamás esperé oir tales palabras!... Daniel, si tu reina no te inspira respeto, mi desgracia, mis sufrimientos debieran inspirártelo.

—Tu corona no es más que un recuerdo, y ya nada te queda de tu soberanía, y si acaso lo dudas, prueba á mandar, y verás cómo ningun amigo, ningun libertador se levanta á obedecer tus mandatos.—Tú ya no posees más que

tu fisonomía encantadora y el divino prestigio de la belleza.—Tu hermosura me hace desafiarlo todo, y por ella entregaria impávido y sereno mi cabeza al hacha del verdugo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Quién me librará de su furor? exclamó la reina retorciendo con desesperacion sus hermosas manos.

—Un gran servicio merece una grande recompensa... La vida es el primero de todos los bienes, y yo la espongo con gusto por librarte del cautiverio y de la muerte; pero antes mi cabeza reposará en tu ardiente seno.

Y al pronunciar tales palabras, el judío asió fuertemente del brazo á la desdichada reina, que con ademan suplicante y con un acento de irresistible reconvencion, dijo:

—¿Es esta la noble intencion que te impulsaba á ofrecerme tus servicios? ¡Daniel! ¡Daniel!... Entra en tí mismo, reflexiona en tu conducta y recuerda tus promesas, llenas, segun creí, de sinceridad y abnegacion... Ahora lo conozco, me he equivocado, y la última ilusion que me queda en mi infortunio, ha venido tambien á convertirse en una espantosa realidad; veo por mi desgracia que los hombres son más crueles que las fieras, y que si alguna vez parecen ó son generosos, no es por el placer de serlo, sino por conseguir á mansalva sus intentos criminales.—¿Puede haber mayor desgracia que verme reducida á huir del único hombre que me habia permanecido fiel y que pretende ser mi libertador.

El judío oyó este razonamiento inmóvil y como sonrojado, en tanto que Egilona añadió con acento en que se traslucia una resolucion irrevocable:

—Daniel, óyeme con atencion.—Me has dicho que estamos solos, y que en este castillo siniestro me veo privada hasta de la escasa servidumbre que me dejó la crueldad del rey; en todo esto, y en vista de tus palabras inesperadas, he creido penetrar un horrible misterio... Pues bien, yo misma buscaré mi sepultura en las aguas de ese torrente cercano al menor indicio de que insistes...

—¡Ah, señora! interrumpió Daniel con voz compungida y cayendo de hinojos á los pies de la reina, dispensadme por piedad una fascinacion de un momento, incomprensible y criminal, yo os lo ruego encarecidamente; perdonadme, señora, y estad segura de que jamás se repetirán semejantes escenas, y que solo encontrareis en mí lo que siempre he sido, vuestro más leal servidor, vuestro más leal esclavo... No trataré tampoco de negar á V. A. que mi pecho abriga sentimientos aun más vehementes, no puedo ocultarlo, puesto que un momento de delirio me ha hecho traicion; pero ¡ay de mí! merezco el desprecio y el ridículo... un pobre judío, un esclavo mísero y ruin... ¿No es verdad, señora, no es verdad que es una cosa digna de risa el que un miserable como yo tenga corazon? ¿No es verdad que es un crímen, un horrendo crímen el que yo, no más que por ser judío, me haya enamorado ardientemente de una mujer divina, que cuando se encuentra abandonada de todos, el pobre judío es el único que vela por ella, y la adora, y es capaz de derramar hasta la última gota de sangre por evitar que ella vierta una sola lágrima de sus hermosos ojos?... Burlaos de mí, señora, mi delito, á la par que espantoso, es tam-

bien ridículo; no me perdonarian vuestros cortesanos el crímen inaudito de tener un corazon sensible.

Habia en las palabras de Daniel tal acento de amarga ironía, y al mismo tiempo un dolor y un arrepentimiento tan sinceros, que la reina no pudo menos de disculparle algun tanto en su interior de su pasado atrevimiento.

Luego el médico añadió con voz aun más insinuante:

—Por lo demás, señora y reina mia, podeis tranquilizaros; si alguna vez mi destrozado pecho rebosa en sentimientos de ternura, no temais que ni una voz llegue á vuestros oidos, ni que vuestros ojos sorprendan ni una lágrima en los mios... Mi alma será el sepulcro de mi amor, y ya que no os puedo ofrecer el brillo y explendor de cien coronas, aceptad al menos este sacrificio, que es inmenso.—De hoy en más podeis disponer de vuestro esclavo más humilde, de un esclavo que os pertenecerá en cuerpo y alma.

Daniel guardó silencio con la cabeza inclinada y la actitud tan respetuosa como osada habia sido poco antes.

La reina, ya casi del todo tranquilizada, habia vuelto á tomar asiento junto al hogar.

—¿Y has dispuesto tú, preguntó al fin, que no me acompañe mi servidumbre?

—No, señora, no he sido yo.

—¿Pues quién? repuso Egilona no sin sorpresa.

—Vuestro esposo.

—¿Tal vez ha sido esa alguna de las prevenciones que te ha hecho en el último mensage que recibiste?

—Lo ha acertado V. A.

Egilona, que ya fuese por discrecion, ya por altivez,

jamás tenia costumbre de preguntar al judío nada que tuviese relacion con las órdenes secretas que este recibia, volvió á guardar silencio como absorta en una vaga meditacion.

Sin duda alguna ocupaba mucho su pensamiento la escena precedente.

Daniel en tanto, que era un excelente fisonomista, la contemplaba á hurtadillas con extremada complacencia.

Ya comprenderá el lector que un hombre como el médico, dotado de incontestable talento y, sobre todo de una sangre fria á toda prueba, habia cometido una imprudencia imperdonable al dejarse arrebatar tan indiscretamente de su amorosa pasion, que hasta entonces habia sabido velar en el más profundo misterio.—Así lo conoció él mismo, y era tal el amor propio de este hombre singular con respecto á sus maquinaciones, que no encontraba perdon para aquella inconcebible ligereza.

Sus tramas, sus intrigas, las telas que con una paciencia de araña iba tejiendo, las amaba él como el artista quiere á su obra; y todo lo que pudiera perjudicarlas, aunque lisonjease sus pasiones, le afligia, le mortificaba, le hacia padecer tanto como padeceria el escultor á quien le arrebatasen la cabeza de su mejor estátua, ó como el escritor á quien le obligasen á suprimir su pasage favorito.

Así, pues, luego que hubo reconocido su error, sin duda el más craso que habia cometido en su vida, se apresuró á enmendarlo, puesto que de ello dependia la posibilidad de un requisito indispensable de todo punto para llevar á cabo su maquiavélico plan; y ya hemos vis-

to con cuánta astucia, con qué muestras tan palpables de sincero arrepentimiento, y por último, con cuanta propiedad habia representado su papel, logrando tranquilizar, casi del todo, á la desventurada Egilona.

Es cierto que, como hemos dicho, Daniel habia parecido sonrojarse; pero la verdadera causa no era otra sino que en su interior se acusaba severamente de su torpeza, y aquí tenemos una prueba ínsigne de que el hombre más grave, travieso y sesudo está á pique de cometer mil locuras en tratándose de amoríos.

Daniel creyó oportuno, despues de un largo espacio en que los dos guardaron silencio, aventurar las siguientes palabras:

—Me parece que V. A. tendrá necesidad de tomar algun alimento.

—Efectivamente, me siento muy débil, repuso la reina, que permanecia junto al hogar con la megilla apoyada en una mano, y con aire melancólico y meditabundo.

Daniel salió rápidamente de la habitacion, y muy luego volvió á entrar cargado con un cajon grande de madera, en el que se encontraban sus provisiones de viaje.

Muy pronto la mesa estuvo cubierta con algunos manjares asados y fiambres, algunas pastas zacarinas á que era la reina muy aficionada, una copa pequeña de oro llena de vino, y otra mayor que contenia agua.

Daniel entonces hizo un signo invitando á Egilona que se aproximase á la mesa.

La reina, en efecto se aproximó, aunque lenta y distraidamente.

El judío se colocó en pie detrás de ella, y parecia es-

piar hasta sus más mínimos movimientos con una ansiedad tan marcada, que le hubiera sorprendido á Egilona, si esta no hubiese estado vuelta de espaldas.

Cuando la reina bebió agua, una sonrisa indescriptible vagó por los lábios del médico.

Pasados algunos momentos, la reina llevó apenas á su boca la pequeña copa que contenia el vino.

Daniel permaneció impasible.

Por último, al terminar Egilona su parca cena, habia apurado completamente la copa del vino lo mismo que la del agua.

El médico se precipitó á servirle, es decir, á rellenar las copas de sus respectivos líquidos; pero la reina ya habia concluido, y levantándose, volvió á sentarse, como al principio, cerca de la chimenea.

Daniel clavó una mirada investigadora en el semblante de la reina, cuya investigacion sin duda debió revelarle un estado muy satisfactorio, á juzgar por la expresion de júbilo que se pintó en el rostro del médico.

A breve rato Egilona respiraba con dificultad, y pidió un poco de agua á Daniel, que volvió á presentarle la funesta copa.

El médico estaba radiante de alegría; pues habia conseguido el que la reina, sin la menor desconfianza, hubiese verificado su cena, en lo cual consistia el requisito indispensable de que antes hemos hablado.

Desde aquel momento el judío no se apartó del lado de Egilona, observando con la más nímia atencion todos sus síntomas, que muy pronto se hicieron mortales.—Su respiracion se fué extinguiendo, su tez, de un matiz muy vi-

vo al principio, se fué cubriendo poco á poco de una palidez mortal, y por último, sus párpados se cerraron pesadamente; un profundo letargo se apoderó de ella, y á no ser por el judío, que la sujetó en el sitial, se hubiera desplomado sobre el pavimento, pálida, inmóvil y yerta.

Daniel la condujo inmediatamente al suntuoso lecho que habia en la misma habitacion, y apenas habia soltado el cadáver, cuando una voz extraña, lúgubre, prolongada como un lamento, hirió su oido.

Aquella voz, que nada tenia de humano, parecia haber pronunciado una palabra en un idioma desconocido y misterioso, pero que Daniel habia comprendido.

El médico lanzó una mirada imposible de describir sobre el cuerpo de Egilona.

Despues murmuró con aire sombrío estas palabras:

—«Ya están cumplidas las órdenes del rey... Ahora acudamos á esa cita que debe decidir de mi destino.»

Y salió rápidamente de la estancia, á tiempo que otra vez en el patio del castillo volvió á sonar la misma voz más lúgubre, mas dolorida, más prolongada.

CAPITULO XXV.

La penitente.

A la entrada del sombrío valle en el cual se levantaba el siniestro castillo de Amarga-cena, se veía en una pequeña eminencia cubierta de césped una solitaria cruz de piedra conocida en toda aquella comarca por el bello y triste nombre de la *Cruz del lloro.*

Aquel piadoso monumento era célebre hacia más de un siglo, y habia sido levantado por una pobre mujer, una gran señora en otro tiempo, que entregada á las pompas del mundo, habia sido sorprendida en brazos de su amante adúltero por su ofendido esposo, que clavó sin compasion su espada tanto en el mancebo como en la dama; pero aquel murió y esta se salvó casi milagrosamente, despues de una penosa y larga curacion en sus heridas.

El esposo, luego que hubo cometido su atentado y lleno el corazon de eterno luto, habia ido en peregrinacion á Jerusalen, donde habia sido sacrificado por los infieles.

La condesa Adosinda, es decir, la esposa criminal, la opulenta señora del castillo de Amarga-cena, cuando supo la trágica muerte de su esposo, en la cual tanta parte habia tenido ella, hizo varias fundaciones piadosas y abandonó todos sus bienes á los pobres, sin reservarse más que aquella cruz de piedra y una cueva que habia enfrente practicada en la roca viva de donde arrancaba el monte, sobre el cual estaba situado el funesto castillo, teatro de su infidelidad.—Allí, en aquella cueva y al pié de aquella cruz, quiso enterrarse viva en espantosa expiacion de su crímen, ahogando su eterno dolor en una penitencia tambien sin fin.—Y hé aquí el orígen de la *Cruz del lloro.*

Así pasó la desolada Adosinda treinta años esperando la muerte en aquella tumba anticipada, rezando dia y noche por el alma de su esposo, rogando á Dios por su perdon, durmiendo en el suelo con una piedra por almohada, vestida de tosco sayal y sin más alimento que algunas frutas secas, el agua de un arroyuelo cercano, y algunos mendrugos de pan que le ofrecia la caridad de los caminantes.

Cuando murió Adosinda legó aquel retiro, ó por mejor decir aquel sepulcro, á todas las esposas que tuviesen que expiar alguna falta terrible, á todas las madres que hubiesen abandonado sus hijos, á todas las doncellas cuya alma hubiese destrozado una pasion desgraciada, á todas las mujeres afligidas, á todos los pecadores, en fin, que tuviesen necesidad de llorar, de pedir, de rezar mucho para acallar sus remordimientos con los méritos de una penitencia áspera, expiatoria, incesante.

En la edad media era muy frecuente encontrar estas

Santas Rosalías, lo mismo que muchos *Job*, vestidos de cilicio y rogando al cielo en la soledad de los campos por sí mismos y por sus hermanos de las ciudades.—Queremos decir que en la época de nuestra historia, se encontraban muy á menudo séres desolados de uno y otro sexo que consagraban sus dias á un eterno llanto, al ayuno y á la oracion.

Así pues, cuando tal era la fé y el espíritu religioso de aquellos tiempos, no habia que tener miedo de que, como ahora, tales lugares consagrados á la penitencia se encontrasen desiertos, por cuya razon la cueva de la condesa Adosinda tuvo habitadores, durante más de un siglo, que se sucedieron sin que mediase grande interrupcion.

La última penitente, que hacia más de veinte y dos años que derramaba sus lágrimas sobre las frias piedras de la Cruz del lloro, era una anciana judia, conversa al cristianismo.—Así al menos se contaba entre las gentes de la comarca, que al mismo tiempo aseguraban que deberia haber sido una mujer dotada en su juventud de singular hermosura, segun podia juzgarse por los deteriorados restos que habian dejado en su semblante pálido y descarnado el ayuno, los cilicios y los años.

Todas las mañanas, cuando los primeros rayos del sol iluminaban el valle, la penitente se encontraba al pié de la cruz, como una estátua sobre un sepulcro, con los brazos extendidos y los ojos elevados al cielo.

Todas las tardes, y muchas veces durante noches enteras especialmente en ciertos dias del año, la anciana penitente aparecia tambien más pálida, más afligida y más llorosa al pié del piadoso monumento.

Varias jóvenes de aquellos contornos que habian ido á pedirle consejos en sus cuitas, encomiaban su dulzura, su mansedumbre y, sobre todo, su sabiduría, llegando algunas hasta el extremo de asegurar que la penitente estaba dotada de espíritu de profecía.

Y en efecto, varias doncellas hablaban de algunos casamientos verificados por los consejos de la anciana y que los habia predicho.—Vemos, pues, que el gremio de las doncellas, como era natural, estaba muy bien dispuesto en favor de la penitente.

Pero en cambio los mancebos de las cercanías eran de opinion absolutamente contraria, y á la verdad que es difícil saber quiénes eran los que con más razon opinaban.

Los jóvenes, ya fuese de vuelta de sus amorosas aventuras, ya para verificar algun duelo, ó simplemente por curiosidad, frecuentaban más aquel temeroso recinto durante la noche, y como mejor informados, hablaban de mil terribles misterios capaces de hacer erizar los cabellos á una estátua de mármol.

Contaban que en las altas horas de la noche un coro de espectros, la mitad blancos y la mitad negros, bailaban en rededor de la cruz la danza de los muertos, entonando fúnebres cantares, y que despues desaparecian rápidamente por el mismo pedestal de la Cruz del lloro á una seña de la penitente, que con una vara en la mano, semejante á una maga prodigiosa, contemplaba inmóvil tales escenas.

Otros decian que pocos momentos despues se oia un ruido terrible de lamentos y cadenas en una torre ruinosa que se elevaba en la encrucijada de dos caminos, uno

de los cuales se dirigia á Jerez, y el otro al valle de Amarga-cena, y era cosa recibida que la Cruz del lloro tenia comunicacion subterránea con la mencionada torre.

El lector podrá elegir de todo esto lo que mejor le parezca; pero lo que sí podemos asegurar á fuer de narradores concienzudos, es que el tal edificio se denominaba por esta causa, ó por otra que ignoramos, la torre de las *cadenas*, y que aunque ruinosa, estaba habitada por una hermosísima jóven, y por un antiguo guerrero, tio del rey don Rodrigo, es decir, hermano de su madre.

Seria nunca acabar si emprendiésemos la tarea de consignar aquí los infinitos comentarios supersticiosos y absurdos, naturales y fundados otros, que el vulgo hacia con respecto á la penitente, la Cruz del lloro y la torre de las cadenas, por cuya razon nos limitaremos á decir que á este sitio fué adonde se dirigió Daniel cuando le vimos salir de la estancia en que Egilona quedó exánime.

La voz misteriosa que habia oido el médico, era una palabra hebrea convenida de antemano para acudir á una cita en la que debian ventilarse intereses gravísimos y trascendentales á toda la España, especialmente para el pueblo judáico.

Cuando el médico bajó al patio del castillo de Amarga-cena, un hombre se le aproximó con aire misterioso y le dijo en voz muy baja:

—¿Podrá oirnos alguien?

—¿Por qué lo preguntais?

—Porque aquí pudiéramos tener nuestra conferencia, si estais seguro de que nadie ha de oirnos.

—No, no, repuso Daniel muy conmovido aun y tem-

blando al pensar en que el desconocido pudiese penetrar la terrible escena acabada de ocurrir; mejor será que nos dirijamos al punto que me habeis indicado.

—Sea, pues, como gusteis.

Y ambos se dirigieron, como hemos dicho, hácia la Cruz del lloro.

La noche estaba muy avanzada.—Ningun viviente, fuera de aquellos dos hombres extraordinarios, se atreveria á turbar aquel recinto, especialmente á tales horas.

Todo yacía en las más densas tinieblas, en el reposo más profundo.

En medio del silencio universal, resonaba el torrente raudo y espumoso que como una orquesta formidable entonaba con su eterno mugido un himno triunfal á la creacion que le habia dado su armonía y sus cristales.

Largo tiempo caminaron silenciosos por el valle Daniel y su compañero.—Era este un hombre ya bastante anciano, pero de mirada centellante como la del águila, y llevaba vestido un traje talar de extraña forma.

Este personage fué el primero que rompió el silencio.

—Ya sabreis, dijo, cómo ha entrado Tarif Abenzarca con su cuerpo de doce mil combatientes...

—Y tambien sé que el rey ha enviado un ejército á las órdenes de su primo don Sancho.

—Lo cual quiere decir que los cristianos se encuentran ahora muy ocupados con sus enemigos.

—Y que ninguna ocasion sería más á propósito para conseguir el objeto constante de nuestros deseos.

—¿Y qué os parece que hagamos?

—Lo más prudente es aniquilar á un mismo tiempo á los cristianos y á los moros.

—No es necesario que nosotros nos tomemos esa molestia.

—A nadie más que á los nuestros puede importarles en tanto grado el que se verifique la total ruina de unos y otros.

—Convengo, respondió el desconocido; pero lo que yo quiero decir es, que ellos mismos se destruirán sin ser necesaria nuestra intervencion.

—Pues yo no convengo, replicó Daniel, porque los moros vencerán á los cristianos, y despues de la conquista, tan esclavos hemos de ser con ellos como con los godos.

—En ese caso lo mejor sería...

El anciano se detuvo.

—Lo mejor seria sacudir de una vez el yugo, y proclamarnos valientemente una raza, un pueblo, una nacion, dijo fogosamente Daniel terminando la frase comenzada por el anciano.

—¿Y con qué medios podemos contar para una empresa tamaña?

—El medio principal para una empresa es que haya muchos hombres; ahora bien, ¿á cuánto asciende el número de los israelitas?

—Pasan de nuevecientas mil familias, segun el último empadronamiento que se hizo, si bien este número, en el cual están inclusos tambien los de Lusitania, se ha ocultado á los cristianos.

—¿Y á qué aguardamos cuando podemos disponer de

tantos guerreros como ellos, á más de la desesperacion que combatirá en union con nuestra afrenta? ¡Oh mengua! Los descendientes de Josué, ¿hemos de ser incapaces de crearnos una patria? ¿No vale más sucumbir mil veces, que arrastrar una vida miserable con el yugo en la cerviz y las cadenas en las manos?... ¡Morir!... Mil muertes primero que vivir esclavos.

Y Daniel en aquel momento estaba hermoso y radiante de audacia y patriotismo.

Pero el anciano por el contrario permanecia impasible é indiferente á tanta elocuencia y á tan férvido entusiasmo.—A la cuenta el misterioso personage conocia demasiado á fondo á su interlocutor.

—¿Creeis fácil derrocar de su trono al rey don Rodrigo? preguntó.

—Un puñal lo puede hacer en el caso de que nuestros guerreros no saliesen á campaña.

El anciano permaneció durante algunos minutos sumergido en profunda meditacion.

Al fin levantando la cabeza, dijo:

—Bien, estoy resuelto á consultar vuestro plan con el consejo de los ancianos, é interpondré toda mi influencia á fin de que sean secundados nuestros deseos.

—Ya veis que la ocasion no puede ser más favorable.

—Nosotros estamos ocultos no lejos de Jerez; pero no por eso dejamos de tener noticias muy frecuentemente de Toledo...

—Y yo tambien las recibo.

—El rey parece que está muy alarmado con la entrada de los moros.

—Yo tengo siempre á mi disposicion grandes y poderosos medios para atraer al rey á cualquier terreno que pueda convenirnos; conozco sus pasiones y lisonjeándolas...

—Es un secreto admirable para disponer del corazon humano.

Y una sonrisa singular brilló en los labios del anciano, que hizo un gesto que podia traducirse en estas palabras:

—«Lo mismo haré yo contigo, lisonjearé tus pasiones.»

Y volviéndose hácia Daniel, preguntó:

—¿Y cuál es vuestro plan?

—Muy sencillo y de resultados infalibles.

—Decid...

—En primer, lugar escribir secretamente á todas las sinagogas para que en un dia dado tengan disponible el contingente de guerreros que á cada una le corresponda, luego reunirnos en un lugar conveniente, apoderarnos de Toledo por un atrevido golpe de mano, y despues embestir con los que puedan hacernos guerra, ya sean godos ó sarracenos.

—¿Y creeis realizable ese proyecto? preguntó en extremo sorprendido el anciano.

—Lo creo de un éxito seguro, respondió sin vacilar Daniel.—Con la vigorosa y sobre todo inesperada acometida de los nuestros, serán deshechos los godos.—La serpiente que está en el seno es la que menos se teme, pero es la que puede morder más á su salvo.—En cuanto á los moros, es tan escaso su número, que no debemos dudar un punto de la victoria.

—En efecto, á mí me parece un plan atrevido, pero honroso y noble, y el único que en las circunstancias actuales debe adoptar el pueblo de Israel.

—Al menos será una tentativa generosa y digna por nuestra parte.

El anciano al fin no pudo menos de sufrir el prestigio de la lógica inflexible y del entusiasmo del médico.

—Podeis estar seguro, dijo, de que ó dejaré de ser quien soy, ó vuestro deseo se cumplirá.

—Nadie mejor que vos puede hacer que el Consejo de los ancianos lo disponga así.

—La primera condicion que les impondré es que vos seais el caudillo, puesto que vos sois el autor de esta resolucion grande y heróica.

—¡Oh! ¡Gracias! exclamó Daniel estrechando la mano descarnada del anciano.

Y una mirada de insaciable ambicion brilló en sus ojos.

Su compañero sorprendió aquella mirada y agitó su calva cabeza de una manera particular.

—¿Y adónde, preguntó, nos podremos ver para darnos cuenta de todo lo que ocurra?

—En el mismo sitio que esta noche.

—¿Os habeis trasladado tal vez á vivir al castillo de Amarga-cena.

—No, repuso Daniel palideciendo.—Vivo, como antes, en la fortaleza de Jerez, de donde saldré todas las noches para que podamos combinar todos los cabos de nuestra vasta empresa.

El desconocido pareció satisfecho con esta respuesta.

En aquel momento se oyó un ligero rumor á lo lejos.

—¿Oís? preguntó Daniel.

—Sí, me parece que suenan pisadas de caballos.

—Y de vez en cuando se oye como el eco de algunas voces.

—En efecto, cuando el aire sopla hácia esta parte, se distinguen algunas palabras, aunque muy confusas, hácia el camino de Jerez.

—Serán algunos caminantes.

El desconocido se encogió de hombros.

—Si os parece, dijo á Daniel que se habia quedado inmóvil escuchando, si os parece, continuarémos nuestros paseos, porque á fé que el aire de este valle está más frio que conviniera, y no es posible arrostrarlo sin hacer ejercicio.

—Efectivamente, teneis razon; aunque ya empieza á alborear el dia.

—Pues es indispensable separarnos.

—¿Y no me direis, preguntó Daniel despues de un momento de dolorosa reflexion, no me direis las noticias que me prometísteis acerca de mi madre? ¿La conocísteis? ¿Era hermosa? ¿Tenia talento?... ¡Madre mia!

Todas estas preguntas las hizo Daniel en el punto que daban la vuelta de uno de sus paseos hácia la Cruz del lloro, que se vislumbraba á alguna distancia con los primeros albores del dia.

¡Qué espectáculo se presentó á sus ojos!

Daniel estaba absorto, pasmado de admiracion, mientras que el anciano, pálido como un muerto, pero con los ojos inyectados de sangre, daba muestras de un furor re-

concentrado y de un amargo dolor al mismo tiempo; mas nada manifestaba en él que estuviese sorprendido.

La anciana penitente, con su rostro cadavérico, los cabellos blancos como la nieve y despeluznados, estaba arrodillada al pie de la cruz, sumergida, abismada, estasiada en su oracion matutina, con los brazos extendidos y los ojos enrojecidos de llorar.

El anciano entonces asió del brazo al atónito Daniel con una fuerza convulsiva, y lo arrastró hácia la cruz violentamente.

—¡Oh! Que me apretais el brazo como con unas tenazas encendidas.

—Venid, venid, balbuceó el anciano.

Pero cuando estuvo cerca de la penitente se detuvo cual si hubiese echado raices en la tierra.

Aquella mujer, ó por mejor decir aquella figura, que cualquiera hubiera creido pegada á las gradas de piedra, parecia no tener ni movimiento ni vida, semejante á un esqueleto que se sostuviese perpendicularmente.

El anciano, haciendo un supremo esfuerzo, se arrancó de su inmovilidad y llegó á colocarse á dos pasos de la cruz, siempre asido á Daniel.

Tan absorta estaba la penitente, que no advirtió la presencia de aquellos dos hombres hasta que el médico exclamó con enojado acento:

—¡Soltadme, voto á Caifás! ¿Quién pensais que soy yo?

Entonces pasó una cosa terrible, pero rápida como el relámpago.

La penitente volvió la cabeza, su rostro tomó una expresion espantosa, y como impulsada por un resorte, se

«Venid, venid, balbuceó el anciano.»

puso de pié, y lanzando una mirada á un mismo tiempo amenazadora, suplicante... indescriptible, exclamó con una voz semejante á un rugido:

—¡Samuel! ¡Samuel! ¡Maldito seas!... ¡Maldito! ¡Maldito!

É hiriendo fuertemente con el pie una de las gradas de la Cruz del lloro, se abrió una caverna en el pedestal y desapareció como la vision de un sueño, cerrando tras de sí la misteriosa trampa.

CAPITULO XXVI.

De cómo no se debe seguir el consejo del enemigo.

Es imposible pintar la sorpresa, la admiracion, el pasmo que se apoderó del médico al presenciar la escena precedente.

Y en efecto ¿qué oculta analogía, qué misteriosa comunidad podia tener el destino del gran sacerdote de los judíos con aquella pobre mujer, anciana y penitente?—Tal era la pregunta que se repetia sin cesar en el absorto Daniel, hasta que conoció que no estaba á su alcance el penetrar aquel arcano, que debia ser muy terrible.

Samuel en tanto presentaba la imagén viva de Orestes poseido por las Furias.—Y era en verdad espantoso mirar aquellos ojos ensangrentados, los labios cárdenos como las megillas, candados los dientes, dilatada la nariz, crispados los puños; y todo esto en un anciano cuya vitalidad y energía no estaban ciertamente de acuerdo con sus años, repetimos que era tan extraño como terrible.

Así hubieran permanecido largo rato probablemente, si no los hubiese sacado de esta situacion de espíritu un rumor que cada vez se aproximaba más, hasta que clara y distintamente oyeron las pisadas de dos caballos por uno de los caminos que se dirigian al valle de Amarga-cena.

Y tendiendo la vista descubrieron á lo lejos dos jinetes que á más andar se adelantaban hácia ellos.

El sol coronaba ya la cima del monte, y las aguas del torrente heridas en su descenso por los primeros rayos solares presentaban todos los colores del prisma, como una columna inmensa de brillante espuma tachonada de mil chispas rutilantes de rubíes, oro y azul.

La naturaleza expléndida y risueña se ostentaba en esos magníficos momentos en que las flores exhalan sus perfumes coronadas de gotas de rocío, y los pájaros entonan en las floridas ramas sus himnos matinales.

Pero aquella luz era enemiga para los hombres que, como el médico y Samuel, se ocupaban en tenebrosas tramas.

De pronto, el príncipe de los sacerdotes exclamó todo despavorido:

—Adios, Daniel.—Huyamos, huyamos pronto.

—¿Pero adónde vais?

—No puedo detenerme ni un instante.

—¿Pues qué sucede?

—Mirad, respondió Samuel señalando á los caballeros, que estaban muy bastante próximos.

Daniel palideció espantosamente como el hombre que viese aparecer ante sus ojos á su enemigo más implacable á quien hubiese muerto por su propia mano.

—¡Don Pelayo! exclamó helado de terror.

Nuestros lectores recordarán la parte tan activa que Daniel habia tenido en la intriga de la carta para desconceptuar á Florinda con Pelayo, el cual descubrió la trama comprendiendo que el judío estaba de acuerdo con el rey; así que el encuentro del noble caballero podia valerle al astuto médico, por lo menos, una muy buena paliza.

Cuando Daniel volvió en sí de su sorpresa, miró en torno suyo; pero ya habia desaparecido completamente el anciano Samuel; entonces quiso huir, pero ya tampoco era tiempo.

—¡Hola, villano! gritó el caballero que iba con don Pelayo.

Daniel permaneció inmóvil, mudo, sin atreverse á respirar siquiera.

—¿No sabrás guiarnos hácia el campamento del ejercito godo? volvió á preguntar el caballero.

El que así preguntaba era un jóven apuesto y bizarro, y poco más ó ménos de la misma edad que don Pelayo.

El judío se tranquilizó algun tanto pensando que podia suceder muy bien el que don Pelayo no le reconociese, y por otra parte, no siéndole posible esquivar la respuesta, dijo:

—El campamento está muy distante de aquí.

—Pues bien, tú serás nuestro guia.

—Pero, señor...

—No hay remedio, respondió inflexible el caballero.

Don Pelayo, que hasta entonces parecia muy distraido, al oir aquella voz levantó la cabeza como si una víbora le hubiese picado.

Y fijando sus ojos irritados en el judío, exclamó lleno de ira:

—¡Ah, miserable! Ya te tengo en mi poder, y vas á pagar cara tu infamia.—No te han valer ahora ni el rey ni tu vil hipocresía.

Y así diciendo, don Pelayo desenvainó su espada y se precipitó frenético sobre el miserable judío, que cayó de hinojos juntas la manos é implorando la piedad del engañado caballero.

Pero sus últimos instantes habian llegado, y á la verdad ya era tiempo de que la muerte pusiese término á aquella vida llena de crímenes.

Don Pelayo tenia la espada suspendida en alto para descargar el golpe mortal, cuando su compañero se interpuso diciendo:

—Permite, amigo mio, que te haga una reflexion...

El judío respiró.

—Si no es contraria á mi intento, puedes decir lo que gustes, replicó don Pelayo.

—En nada se opone lo que voy á decirte para que despues degüelles á ese malandrin cuando mejor te plazca.

Daniel volvió á su primera agonía.

—Dí, pues, respondió Pelayo.

—Necesitamos un guia que nos conduzca al campamento de don Sancho, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien, este perillan nos viene de perlas para prestarnos ese servicio, y si despues quieres hacerle unos cuantos ojetes en su pellejo con tu daga, nadie te lo impedirá.

—Por Dios, que tienes razon, dijo Pelayo envainando.

Y volviéndose hácia el judío,

—¿Has entendido bien? dijo; condúcenos al campamento de don Sancho, si quieres vivir; aunque no por eso te has de escapar de una paliza, ó de un baño en el rio; en fin, de tu comportamiento dependerá la indulgencia ó gravedad en el castigo.

—Eso es, añadió el otro caballero; por ahora eres nuestro prisionero de guerra.

Daniel empezó á andar delante de los ginetes rápido como una liebre y pensando para sí que habia escapado del peligro, ó que este, por lo menos, se habia disminuido mucho.

Así caminaron largo tiempo en silencio, hasta que el compañero de don Pelayo dijo á este:

—Paréceme que, si no está muy lejos el ejército, lo mejor sería detenernos en alguna parte para que descansasen nuestras cabalgaduras, que están rendidas, y al mismo tiempo para llegar de noche al campamento.

—Sin duda alguna para nuestro proyecto es indispensable llegar de noche, respondió.

—Yo no sé si podré encontrar al que busco para ajustar con él una cuenta pendiente.

—No será difícil.

—Pienso valerme de algunos antiguos servidores de mi padre que deben conocerle, y que me informarán de si se halla en el ejército.

—Es un noble, y no habrá dejado de venir á esta espedicion; por lo demás, fácilmente darás con él, pues el conde don Fruela es demasiado conocido.

—Ya le buscaré yo el corazon á estocadas.

—En verdad, amigo Sisebuto, que el mismo deseo tengo yo de habérmelas con el infame don Sancho.

—Pues esta noche quedarán cumplidos todos nuestros deseos.

—Ahora bien, ¿dónde pudiéramos deternernos para aguardar que las sombras nos ayuden? Porque sin duda no es posible que empleemos todo el dia para llegar al campamento.

Daniel oía este diálogo sin dejar de caminar, pero lleno de interior satisfaccion.—Varias veces sus labios se habian agitado y sus cejas fruncido como acontece á una persona gravemente ocupada en un importante monólogo.

—Allí descubro un castillo, respondió Sisebuto, y en ninguna parte mejor pudiéramos descansar.

La fisonomía del judío tomó una expresion resplandeciente de alegría al oir tales palabras; no obstante, continuó su marcha afectando la mayor indiferencia, si bien para su sayo habia jurado vengarse de aquella soberbia trotada que le habian hecho dar los caballeros, cuyos corceles iban siempre amenazando pisar las piernas del astuto guia.—Este, por su parte, no teniendo otro remedio, trotaba de lo lindo, y los ginetes, creyendo esta ligereza hija de su celo, aguijaban sin cesar á sus cabalgaduras, de modo que aunque el judío iba muy contento, le costaba la pena de ir jadeante de cansancio.

—Oye, Caifás, ó como te llames, dijo Sisebuto, ¿qué castillo es aquel que se distingue allá á la izquierda, junto á la ciudad?

—Es la fortaleza de Jerez, respondió el médico.

—¿Y está guarnecida por tropas del rey?

—Creo que sí.

—¿Está muy lejos de aquí el ejército de don Sancho?

—Como legua y media.

En esto vieron venir por el camino adelante multitud de hidalgos, damas en literas unas, y otras en caballerías, campesinos, menestrales, niños y mujeres, que en confuso tropel se adelantaban pintado el miedo en los semblantes.

Informados nuestros caballeros de la causa de aquel desórden y aturdimiento, supieron cómo los moros se aproximaban por aquella parte haciendo cautivos y desvastando campos y heredades; así que los ciudadanos de Jerez abandonaban sus hogares para buscar un asilo seguro en las montañas.—Igualmente les dijeron que de Medina Sidonia se acercaban los sarracenos, y que á más tardar al dia siguiente entrarian en Jerez.

Grande fué la sorpresa de nuestros ginetes cuando tales nuevas oyeron, mas no por eso abandonaron su camino, antes por el contrario acreció en ambos el deseo de reunirse más pronto á las tropas godas.

Y aunque silenciosos y meditabundos, continuaron impertérritos su ruta.

Daniel, que habia permanecido indiferente á todas las anteriores noticias, empezó á inquietarse sériamente cuando notó el obstinado silencio de los campeones, y sobre todo, al ver que no trataban, segun lo habian indicado, de detenerse en ninguna parte.—Entonces, aun á trueque de que fracasase su torcido intento, se aventuró á decir con el tono más indiferente que pudo encontrar:

—Señores, ¿vamos ahora directamente al campamento?

—No, vive Dios, respondió Sisebuto, al campamento no hemos de ir hasta que esté bien entrada la noche.

—Allí, dijo don Pelayo, veo unas chozas de pastores donde podemos aguardar que oscurezca.

—Si me permiten vuesas mercedes, os haré notar que allí no habrá comodidades para vuesas mercedes ni para vuestras cabalgaduras, dijo Daniel con el tono más insinuante.

—Es que yo no quisiera pasar por la ciudad, replicó don Pelayo.

—Yo os aconsejaría, señores, insistió Daniel, que os alojáseis en la fortaleza que está fuera de la poblacion, puesto que no quereis pasar por ella.—En el castillo podreis alojaros convenientemente, y la razon principal es que si en efecto se aproximan los moros durante el dia, allí estaremos en un lugar seguro, y en caso necesario podremos evadirnos por los subterráneos de la fortaleza que desembocan á gran distancia de estos contornos, segun he oido decir.—Este es un humilde consejo que me tomo la libertad de daros, y que someto á vuestra opinion y voluntad.

—Tu consejo, respondió don Pelayo con altivez, demuestra harto tu cobardía.

—Es que un villano, menos que eso, un mísero judío como yo, no está obligado á ser un héroe, señor caballero, replicó con admirable serenidad el astuto Daniel.

—No seas tan severo, amigo Pelayo, añadió Sisebuto, que no deja de tener razon este pobre diablo en lo que di-

ce; pudiéramos caer en manos de los moros, y entonces, adios nuestros proyectos!... cuyo cumplimiento es sagrado, bien lo sabes.

—Convengo; pero los moros lo mismo pueden aprisionarnos en la fortaleza que en otra cualquiera parte.

—Te equivocas, amigo mio; conozco esa fortaleza hace mucho tiempo, y poseo el secreto de todas sus entradas y salidas subterráneas que nos facilitarían la evasion en caso necesario, como ha dicho muy bien este Caifás ó como se llame.—¡Ah! continuó Sisebuto. ¡Cuántos recuerdos de mis primeros años enciérran para mí esos muros! A medida que nos vamos acercando, voy reconociendo más ese edificio, al que no puedo negar una mirada de ternura... ¡Ay! Yo habité en él cuando mi padre era rey de España...

Una nube sombría oscureció la frente de Pelayo al recuerdo de Witiza, que habia dado muerte á su padre.

Sisebuto conoció sin duda lo que pasaba en el interior de su noble amigo, y volviéndose hácia él, le tendió la mano con un ademan lleno de ternura diciéndole:

—Perdóname, amigo mio; si mis recuerdos te han podido entristecer, ha sido involuntariamente... ¿Qué culpa tenemos nosotros de lo pasado?

La frente de Pelayo se desnubló, y estrechó cordialmente la mano que le presentaba el noble Sisebuto, el cual, volviéndose á Daniel, le dijo:

—Vamos á seguir tu prudente consejo: conque así guia hácia la fortaleza.

Es imposible pintar el júbilo y la presteza con que Daniel obedeció este mandato.

Poco tiempo despues el judío y los dos caballeros se detenian ante la ferrada puerta de la fortaleza de Jerez.

El alcaide Bermudo y el converso Jacob se hallaban, como siempre, de tertulia en su habitacion, situada, segun ya sabemos, en un torreoncillo al lado de la puerta principal.—Precisamente su conversacion en aquel momento giraba sobre las frecuentes y misteriosas desapariciones de su gefe Daniel, así que fué grande su sorpresa cuando le vieron tan acompañado.

Inmediatamente se alzó el puente levadizo, y se franquearon las puertas á la reducida comitiva.

En las casas y castillos de los grandes señores era en aquella época la hospitalidad una virtud general, ó por mejor decir, una costumbre, por lo que no chocó á nuestros caballeros la solícita celeridad con que fueron recibidos.

Seguramente Bermudo ó Jacob hubieran cometido alguna indiscrecion, ó hecho alguna pregunta imprudente capaz de alarmar á los caballeros, si Daniel no les hubiese indicado por un signo que allí debia pasar por un hombre absolutamente desconocido.—Y por lo tanto, se apresuró á manifestar que tanto él como aquellos caballeros solicitaban albergue durante el dia.

Diestros sobremanera los satélites del judío, y acostumbrados además á las frecuentes farsas de aquella imaginacion traviesa, contestaron en los términos convenientes á su demanda, conduciendo las cabalgaduras á la caballeriza, y designando un aposento á los incautos caballeros, que habian caido en la red tan diestramente tendida por el judío.

La habitacion designada á los huéspedes estaba sita en el piso interior del castillo, cuyos muros de cuatro ó cinco varas de espesor á más de su maciza y poco elevada bóveda, le daban el aspecto de un verdadero calabozo.—Una mesa, algunos sitiales y un lecho constituían todo su mueblage.—Las paredes, sin embargo, estaban entapizadas soberbiamente, de manera que contrastaba aquel lujo con el resto del adorno y con el aspecto sombrío de la estancia que, al parecer, se hallaba de mucho tiempo deshabitada.

Cuando Pelayo y Sisebuto estuvieron solos, empezaron á examinar cuidadosamente la estancia, entregado cada cual á muy diversas reflexiones.

—¡Qué aposento tan sombrío es este! dijo don Pelayo.

—Es cierto, sí, respondió Sisebuto; pero no podian haber elegido otro más de mi gusto.

—¡De veras! ¿Y por qué?

—Porque aquí estuve durmiendo más de un mes de resultas de una apuesta.

—¡De una apuesta! ¿Cómo es eso?

—Hice una apuesta con mi hermano y otros jóvenes amigos nuestros de que dormiria solo en este aposento treinta noches.

—¿Y por qué no habias de dormir aunque fuesen sesenta? ¿Qué dificultad podia haber en ello?

—Pues ninguno de nuestros amigos se atrevió, incluso mi hermano.

—¿Y por qué? preguntó sorprendido don Pelayo.

—Hé aquí lo que hizo que mi resolucion se calificase de una hazaña.—El alcaide que habia entonces era un

anciano con más años que Matusalen, y en las largas veladas del invierno nos referia mil cuentos y tradiciones de esta fortaleza, y entre otras, nos dijo una noche cómo en este aposento se habia aparecido varias veces un fantasma.

—¡Vive Dios! ¿Y pudiste creerlo?

—¿Y por qué no, si era muy cierto?

—¡Qué dices!

—La verdad.

—¿Te burlas?

—Nada de eso, como vas a saber.—Nos contó el viejo alcaide que el antiguo castellano de este castillo tenia una hija de maravillosa hermosura, la cual estaba perdida de amores por un bizarro jóven que apareciéndose por casualidad la habia salvado de un peligro de muerte á punto en que la jóven iba á ser devorada por un oso en una cacería.—El jóven lanzó con poderosa mano un venablo certero sobre la fiera, y la víctima quedó salva.—Desde aquel dia una pasion abrasadora se apoderó de ambos jóvenes, y habiéndose apercibido de ello el castellano, empezó á reconvenir y maltratar á su hija por su nuevo amor, queriendo obligarla á que contrajese matrimonio con un rico hidalgo del pais; pero ella se resistió tenazmente.

—Y hacia bien la pobre doncella en amar á su libertador, dijo don Pelayo.

Sisebuto continuó:

—Pudo observarse que de algun tiempo atrás la jóven preferia este aposento, habiéndolo elegido por su habitacion; y la causa de esto, como despues se supo, era que

aquí tenia frecuentes entrevistas con su amante, de donde resultó toda su desventura.

—¿Pues qué sucedió?

—Que la jóven se encontró en cinta, y por fin llegó el momento en que ya no pudo ocultarlo á su padre, y este, irritado hasta lo sumo, trató de remediar el mal lo mejor posible intentando casarla con su amante...

—Pero olvidas decirme de qué modo se verificaron esas amorosas entrevistas...

—¡Ah! Muy fácilmente: este aposento tiene comunicion con un camino cubierto que va á salir más de media legua distante de aquí, y todas las noches el mancebo venia á visitar á la jóven, la cual, de acuerdo con su amante, habia practicado secretamente una abertura detrás de los tapices, facilitando así el único obstáculo que se oponia á sus clandestinos amores.—Hé aquí la historia verdadera que dió márgen á los cuentos de apariciones nocturnas que nos referia el viejo alcaide.

—¿Y la jóven por fin se casó con su amante? preguntó Pelayo.

—Cuando el padre empezó á dar algunos pasos para que se efectuase el casamiento, le hicieron una revelacion espantosa acerca del orígen de su futuro yerno.

—¿Era tal vez su hijo?

—Era una cosa más horrible todavía... si es posible.

—¿Pues quién era el amante?

—Aquel jóven tan bello, tan bizarro y tan valiente, era hijo de un hombre que en la corte de Toledo ejercia el oficio de verdugo.

—¡Qué desgracia! exclamó don Pelayo.

—La jóven al saber tan triste nueva se encerró en un convento, donde murió á poco de pesar y de vergüenza; y el padre, el altivo castellano, cometió un crimen espantoso.

—¿Pues qué hizo?

—Al tierno y desgraciado niño, al hijo de su hija, á su nieto, lo estrelló sin piedad contra una almena de este castillo, no más que porque era tambien nieto del verdugo de Toledo.

—¡Qué horror! ¡Dios mio! ¡Qué horror!

En este instante un estrépito terrible resonó en el espacio.

Nuestros caballeros se miraron mudos de sorpresa.

El eco ronco de atambores, de trompas, de atabales y demás instrumentos bélicos, á la par que voces de hombres, relinchos de caballos y choque de armas, hirió su oido de repente.

Confusos y deseosos de saber la causa de aquel desusado ruido, se precipitaron hácia la puerta á tiempo en que apareció el judío Daniel diciendo:

—Señores, si quereis ver el ejército de don Sancho, no teneis más que seguirme y subir á las torres, pues está pasando ahora mismo á dos tiros de ballesta de este castillo.

—¿Es esa tal vez la causa del ruido? preguntó Pelayo.

—Sí, señor.

—Pues yo creí, dijo Sisebuto, que por lo menos se habian precipitado sobre esta fortaleza todos los moros del Africa.

El militar estruendo continuaba asordando los confines de los fértiles campos jerezanos.

—Vamos, pues, á ver hácia donde se dirigen, dijo Sisebuto.

—Vamos, respondió Pelayo.

Y los dos jóvenes siguieron al judío, que los condujo por una escalera de caracol, llegando por fin á la plataforma de una de las gallardas y macizas torres del castillo que estaba situada al norte.

Magnífico espectáculo se presentó á sus ojos.

Era la tarde: al jubiloso estruendo de las músicas guerreras vieron pasar veloces escuadrones con sus caballeros envueltos en resplandecientes armaduras, con tajantes espadas, fornidas lanzas y dorados yelmos, coronados de penachos y cimeras de todos los matices, de modo que se asemejaban á un prado flotante cubierto con el manto de flores de la primavera.

Luego seguian los peones en ordenadas falanges, erizadas de picas, como un vasto campo cubierto de mieses en el estío.

A los rayos del sol brillaban los cascos, las corazas y los broqueles de los campeones, y los ojos se deslumbraban y se recreaban los oidos al aspecto de la guerrera pompa y al sonoro rumor de las trompetas, que poblaban el espacio de briosos ecos.

Pelayo y Sisebuto, nobles y esforzados, contemplaban palpitantes aquel espectáculo marcial.

Poco á poco el ejército se fué ocultando en una polvorosa nube, y el estruendo se fué cambiando en rumor vago y espirante hasta extinguirse completamente, si bien, como acontece en tales casos, aun creian ver y oir despues de haber pasado las tropas.

—Mis señores, dijo Daniel, tendremos que desandar lo andado para buscar el ejército.

—Y adónde acamparán esta noche? dijo Sisebuto.

—Probablemente muy cerca de estos contornos, respondió el judío.

—Lo más seguro, observó don Pelayo, seria seguirlos á alguna distancia.

—Muy bien pensado, contestó Sisebuto.

—Pues vamos al punto, añadió su compañero.

—Cuando gusteis, mis señores, estoy á vuestras órdenes, respondió Daniel con su sonrisa más amable.

Y los caballeros bajaron la escalera, y seguidos del judío se dirigieron á su aposento, disponiéndose á partir dentro de un rato.

En el camino Daniel encontró al capitan de la guarnicion de la fortaleza, le habló algunas palabras al oido, y otra vez volvió á incorporarse con los que creian tenerle prisionero, sin que estos hubiesen podido notar aquel rapidísimo diálogo.

Cuando estuvieron en su habitacion, ambos jóvenes parecieron algun tanto sorprendidos de la tenacidad con que el judío permanecia en su presencia; pero consideraron esta circunstancia como una prueba de su obediente celo.—Daniel, pues, continuaba de pié, inmóvil, con los brazos cruzados y con una actitud en que se revelaba como un cálculo de agresion, cual si intentase provocar el enojo de los caballeros.

Sisebuto, especialmente, era el que manifestaba mayores deseos de estar solo con su amigo, al cual sin duda tendria necesidad de comunicarle alguna cosa que no de-

bieran escuchar testigos, por cuya razon fué el primero que, algun tanto amostazado, se aventuró á decir:

—Retírate, judío.

—Como soy vuestro prisionero de guerra....

—Por lo mismo harás lo que te se mande.

—Eso será conforme y segun, respondió insolentemente Daniel.

—¿Cómo? exclamó furioso don Pelayo. ¿Así te atreves, ruin y cobarde alimaña, á faltarnos al respeto?

—A cada uno le llega su vez.

—Te he dicho que nos dejes solos; sal de aquí al momento, yo lo mando, dijo colérico Sisebuto.

—Es que aquí quien manda soy yo.

Y Daniel se afirmó sobre sus piernas, miró frente á frente á los caballeros, y en aquel momento creció dos pulgadas.—El judío estaba completamente transfigurado.

Los jóvenes se miraron atónitos.

—Si esta mañana me hubieras dejado desollarlo vivo, no sufriríamos ahora sus insolencias, dijo Pelayo.

—¡Vive Dios! Que todavía no es tarde para clavar en la pared á ese mal bicho.

Y así diciendo, Sisebuto sacó su daga y se precipitó sobre Daniel, que comenzó á gritar:

—¡Capitan! ¡A mí! ¡Soldados! ¡A mí!

—¡Ah, traidor! exclamó don Pelayo desenvainando su espada y conociendo, aunque tarde, el terrible lazo en que habian caido.

Un tropel de soldados con los aceros desnudos se arrojó sobre la puerta del aposento.

Entonces se trabó un combate horroroso y desigual.

CAPITULO XXVII.

Dos desafios.

La noche estaba oscura y fria.

Cerca del valle de Amarga-cena, y no muy lejos de Jerez, se veían las tiendas del campamento de don Sancho al vacilante resplandor de las hogueras, en rededor de las cuales los soldados apiñados referian sus consejas al amor de la lumbre.

Unos contaban mil tradiciones de príncipes y de infantas, varios casos lastimosos, gustosas aventuras de amores, descubrimientos de tesoros, batallas descomunales, descripciones truncadas de lejanas tierras, y en fin, mil peregrinas historias de damas y caballeros.

Otros más supersticiosos decian cuentos de hadas, de aparecidos, de calabozos subterráneos, de monges en pena, de diablos, de fantasmas, de brujas y encantamientos.—Todos hablaban por su turno, todos habian sido testigos, y algunos, protagonistas ó actores de terribles lan-

ces; los veteranos mentian y los bisoños escuchaban con tanta boca abierta.

Y á todo esto se mezclaban los marciales toques, las voces de los centinelas y el murmullo de todo un ejército, semejante al sordo zumbido de una inmensa colmena.

Tal era el aspecto que presentaba el campo de los godos la víspera de ser acometidos por las tropas africanas del general Tarif Abenzarca, el cual era tuerto y tenia el brazo derecho cuatro dedos más largo que el izquierdo; pero no estorbaban estas deformidades el que fuese muy temido y respetado entre los suyos.

Por lo que respecta á don Sancho, se encontraba á la sazon en su tienda espiado por los parciales de don Julian, y tambien por el médico Daniel, que habia despachado secretamente al converso Jacob en seguimiento de las tropas, cuando pasaron próximas á la fortaleza de Jerez, en la que habian encontrado un obstáculo tan funesto para sus planes los dos amigos Pelayo y Sisebuto.

Indecible fué la sorpresa y la indignacion que se apoderó de los valientes caballeros cuando se vieron acometidos tan inesperadamente por los soldados de la guarnicion del castillo que obedecian al pérfido judío.

Pero no obstante lo rudo del ataque y lo aterrador de la sorpresa, los caballeros se defendieron heróicamente, dejando sin vida á dos de sus enemigos y desembarazando la puerta de los restantes, la cual cerró Sisebuto por dentro quedándose con su amigo dueño de la habitacion.

Muy pronto volvieron á la carga los soldados ferozmente escitados por Daniel, y armados de hachas trataron de derribar la puerta que, guarnecida de planchas de

hierro, pudo resistir victoriosamente tan violento empuje.

Entonces los dos jóvenes, resueltos á defender el terreno á palmos, acumularon sobre la puerta los sitiales, la mesa, el lecho y cuantos muebles hallaron á mano para construir una especie de barricada, como se diria en nuestros dias.

Daniel entre tanto por la parte de afuera dirigia sabiamente el ataque, y comprendiendo al punto que no era fácil que la puerta cediese á golpe de hacha, concibió una idea espantosa, diabólica, infernal.

Inmediatamente envió dos soldados á la sala-depósito de los combustibles conocidos en la época y usados en los asedios, que consistian en pez, azufre y alquitran; y aplicando á la puerta estas materias inflamables con una buena porcion de leña, juzgó con razon que el éxito sería seguro, la victoria infalible, su venganza completa.

Pocos momentos despues el siniestro resplandor de una hoguera homicida iluminaba el patio del castillo, la puerta empezó á chisporrotear al impulso devorador de las llamas, y el humo, introduciéndose en la habitacion, puso en el mayor conflicto á los dos valientes caballeros.—¡Terrible y angustiosa por demás era su situacion en aquellos momentos! Dentro, les aguardaba una muerte espantosa, morir asfixiados; afuera, el encarnizamiento de sus enemigos se cebaria en ellos con bárbara crueldad.

—¡Muramos al aire libre! exclamó don Pelayo casi sin poder respirar y dirigiéndose á abrir la puerta.

—Detente, amigo mio, gritó Sisebuto como asaltado por una idea súbita y arrancando los tapices que cubrian el muro de la estancia.

—¿Qué intentas hacer?

—¡Estamos libres! Con la turbacion, la sorpresa y el peligro me habia olvidado de la comunicacion subterránea de este aposento, respondió Sisebuto en voz baja para que no adivinasen su proyecto los enemigos.

Y en seguida se precipitó á un ángulo de la estancia donde estaba practicada la abertura en el muro.

—¡Oh furor! exclamó Sisebuto en el colmo del desconsuelo. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Somos perdidos!... La abertura está cerrada.

Los dos inclinaron la cabeza como heridos de un rayo.—Tan funesta y dolorosa fué la impresion de aquella fugaz esperanza concebida y disipada en un punto mismo.

Los enemigos entre tanto lanzaban gritos de furor agrupados en la puerta, ya próxima á desquiciarse; el empuje de los soldados se redoblaba, las llamas crecian, la puerta no podia tardar en ceder.

Pelayo y Sisebuto, inmóviles, clavados sobre el pavimento, se miraron con una expresion de angustia indescriptible.

Luego, ambos jóvenes volvieron á examinar con una fria desesperacion la abertura tapiada con una piedra de sillería tomada con yeso. No habia remedio, su salvacion era imposible, su muerte inevitable.

De repente Sisebuto dió un salto de alegría abalanzándose con ansia á un objeto que distinguió en un rincon detrás de los tapices que violentamente habia arrancado.

—¡Oh felicidad! exclamó.

—¡Estamos salvos! añadió Pelayo.

En efecto, Sisebuto habia encontrado una enorme bar-

ra de hierro, y armado con ella empezó con un verdadero frenesí á pulverizar el yeso que unia la piedra con el resto del muro, mientras que Pelayo con la espada desnuda contemplaba alternativamente el trabajo de su amigo y las violentas sacudidas que hacian extremecer la puerta.

Muy pronto la actividad y la fuerza prodigiosas de Sisebuto dejaron la piedra completamente aislada de modo que podia removerse; pero á esto se habia reducido todo el resultado.

Dos gritos se oyeron en aquel momento, el uno de desolacion y el otro de alegría.

Pelayo habia visto aparecer en un boquete practicado en la puerta el rostro feroz y medio chamuscado del judío, que volvió á desaparecer para redoblar el ataque con la esperanza de que muy en breve los jóvenes caballeros expiarian cruelmente su tenaz resistencia.—Así fué en efecto; la puerta empezó á conmoverse, despues resonó un gran estrépito metálico, y por último apareció Daniel entre el humo y los demás muebles, seguido de los soldados furiosos.

Sisebuto entre tanto habia conseguido sacar la piedra dos ó tres palmos del muro.

Entonces se inclinó algun tanto, y contrayendo todos sus músculos con una fuerza extraordinaria, se abrazó al enorme sillar desencajándole de la pared y arrojándolo sobre el pavimento con la actitud hercúlea de un Ayax Telamon.

Luego, aunque sudoroso y jadeante, asió del brazo á su amigo diciéndole:

—Sígueme.

En aquel momento Daniel y sus feroces satélites invadieron tumultuosamente la estancia, brillando en sus manos los aceros sedientos de sangre; pero la habitacion estaba desierta.

Una blasfemia espantosa, horrible, resonó entonces en el aposento. Daniel, lo mismo que los soldados, ignoraban aquella comunicacion, pues que los demás subterráneos desembocaban en otro distinto parage de la fortaleza.

Mas no por eso desistió de su propósito el implacable judío, que volviéndose á los soldados, dijo:

—A toda prisa, corramos al campo y apostémonos á la salida de los subterráneos; nosotros llegaremos antes que ellos y no podrán escapar de nuestras manos.

Y sin más desaparecieron.

Los dos amigos, muy á tiempo seguramente, se habian lanzado al subterráneo, por el que con dificultad cabian dos personas de frente; así que Sisebuto, como perfecto conocedor de aquel antro, iba delante y asido á él Pelayo, ambos, por supuesto, con las espadas desnudas.

Penoso, terrible, angustioso fué su tránsito por aquel piso húmedo, por aquel inmenso atahud terminado por una bóveda de piedra, así como sus muros laterales que se hundian y serpeaban por las entrañas de la tierra. Tan profundas eran, digámoslo así, las raices de los edificios de la edad media.

Despues de mucho tiempo de caminar por aquella eterna lobreguez, una ráfaga de viento frio y el canto de algunas aves nocturnas, como la corneja y el mochuelo, les anunció á nuestros caballeros que se hallaba muy próxima la salida.

—¿Sabes, preguntó Pelayo, que me temo que ese demonio de judío haya apostado su gente para sorprendernos al salir?

—Ya he pensado yo tambien en eso mismo; pero no lo creo, respondió Sisebuto.

—¿Y por qué?

—Porque los demás subterráneos desembocan hácia la parte opuesta, y este es un camino cuyo secreto tal vez ignore ese maldito Caifás.

—Es casi imposible que no lo sepa.

—Pues entonces no queda más remedio que batirnos, y á lo menos habremos conseguido la ventaja de hacerlo en el campo y al aire libre.

—Algo es eso, amigo mio; pero, en fin, bueno será que vayamos prevenidos.

—¿Quién lo duda? Nunca sobran precauciones; mas ya hemos llegado á la salida: ojo alerta.

Un ligero ruido se oyó entonces en la desembocadura del subterráneo.

Los dos amigos se extremecieron de terror.

Despues distinguieron á la opaca claridad de la noche (porque la noche era como la luz de un crepúsculo en comparacion de las tinieblas del subterráneo), distinguieron, repetimos, como una negra nube que se agitaba ruidosamente ante sus ojos.

Entonces su terror se disipó completamente conociendo la causa de aquel ruido, y que aquellos vagos objetos que se movian en el aire no eran otra cosa que una bandada innumerable de murciélagos que revoloteaban siniestramente en derredor del tenebroso antro en que anidaban.

Los dos jóvenes por fin se vieron libres en la campiña, pudiendo contemplar seguros el magnífico manto de estrellas con que la noche se adornaba.

No obstante, por espacio de algunos minutos caminaron con precaucion, hasta que al fin se convencieron de que sus perseguidores se habian equivocado seguramente si ya no es que habian desistido de su intento.

Y aspirando con delicia el aire frio, pero perfumado y puro de la noche, los dos amigos se estrecharon afectuosamente las manos elevando sus ojos al cielo como para darle gracias por su libertad, que habian creido imposible.

—¿Sabes dónde nos encontramos? preguntó Sisebuto.

—Me parece, respondió Pelayo, que reconozco este terreno.

—Como que hoy mismo hemos pasado por él.

—Y ahora, ¿qué haremos?

—Llevar á cabo nuestra primera intencion.

—¿Y quién sabe dónde estará el campamento de don Sancho?

—No debe estar muy distante.—Precisamente nos hallamos en la misma direccion por la cual vimos desaparecer al ejército esta tarde.

—Pues marchemos.

No habian caminado una hora cuando Sisebuto exclamó:

—Hé aquí la Cruz del lloro.

—Donde esta mañana, añadió Pelayo, encontramos á ese infame que nos ha vendido.—Te puedo asegurar que nunca creí arrepentirme tanto de no haberle clavado mi espada en el corazon.

—Y en verdad, amigo Pelayo, que á mí tambien me ha pesado en el alma el mal consejo que te dí de que no acabaras con él.

—Peor hicimos nosotros en tomar el suyo cuando nos propuso entrar en la fortaleza.

—Pero al fin no se ha perdido nada.

—¡Nada! ¿Te parece que tan bien nos vendrá el llegar al campamento cansados cuando tendremos que batirnos?

—Nos batiremos á pie, supuesto que nuestros caballos se han quedado en la fortaleza, dijo Sisebuto con una resignacion verdaderamente estóica.

—Admiro tu conformidad; pero ya me lo dirás despues, si por desgracia el campamento de don Sancho está muy lejos.

—Pero por fortuna no es así, respondió Sisebuto deteniéndose de repente. Mira las fogatas de los soldados que se descubren allá, hácia la derecha.

—¡Es verdad, exclamó gozoso Pelayo.

—Ahora bien, dijo Sisebuto. ¿Tendrán nuestros adversarios tantas ganas de batirse como nosotros?

—¡Oh! exclamó don Pelayo, en cuyos ojos brilló un relámpago de ódio, si don Sancho no admite el duelo que voy á proponerle, le despreciaré, le escupiré en el rostro, y no tendrá más remedio que empuñar la espada.

—Lo mismo precisamente pienso yo hacer con el conde don Fruela.

—Y harás bien. Resentimientos como los nuestros solo así, vertiendo sangre, es como pueden extinguirse. ¿Por qué piensas que le he temido hoy á la muerte más que nunca? Porque no queria dejar en el mundo impune

el más espantoso de los delitos, al cual sin duda ha contribuido muy directamente el infame don Sancho con sus consejos y su cooperacion. En cuanto á Rodrigo, ya lo sabes, es mi primo, es mi propia sangre, y además es mi rey... Dios solo tiene el poder de castigarlo y... lo castigará, no lo dudes; pero yo soy caballero y no me queda más recurso que morir de desesperacion... ¡Ay, amigo mio! ¡Si comprendieses cuán cruel es mi tormento! ¡Si supieses cuánto me ha hecho padecer el infame don Sancho! Él tambien fué quien le aconsejó al rey mi prision, porque á no haber sido así, jamás hubiera podido consumarse el atroz atentado que ha llenado para siempre mi pecho de amargura... ¡Oh! Pueda yo saciar mi venganza en el vil don Sancho, y entonces... podré morir. ¿De qué me servirá la vida en adelante? La vida, que antes me sonreía tan dulcemente porque era dichoso, porque era amado, ahora es para mí una carga insoportable.

—¡Pobre amigo mio! murmuró el generoso Sisebuto.

En esto llegaron á los primeros centinelas del campo godo, y esquivando el ser conocidos, lo cual pudieron hacer bien, favorecidos por la noche, llegaron muy en breve cerca de la tienda del general, que se distinguia por su elevacion y magnificencia.

Por su aspecto y continente y marchando á pié, como iban, fueron considerados por todos los soldados y centinelas que más adelante encontraron, como dos caballeros del ejército que departian amigablemente paseando por el campo.

Sisebuto se dirigió á unos escuderos que estaban sentados en torno de una magnífica lumbrada, y les pregun-

tó por el conde don Fruela, y cuál era su alojamiento, si sabian.

—Precisamente, respondió el escudero, es mi señor por quien preguntais.

—¿Y cuál es su tienda?

—Aquella que está aislada, á un lado de la del general.

—¿Sabeis si estará allí ahora?

—Sin duda alguna.

—Gracias.

Los dos jóvenes continuaron su camino, y poco antes de llegar á la tienda de don Sancho, se detuvieron.

—Amigo mio, dijo Sisebuto, el paso que vamos á dar es bastante grave...

—Lo sé.—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que las espadas son ciegas como el furor y el acaso, y que no seria dificil que alguno de los dos sucumbiera.

—¡Oh! ¡Calla por Dios!... Si te toca morir...

—Y si te toca ser vencido...

Ambos jóvenes parecieron muy dolorosamente conmovidos por este pensamiento, que les hacia temblar al uno por el otro.

—Me parecia oportuno, dijo Sisebuto transcurridos algunos momentos, que designásemos un sitio en el cual nos reuniéramos despues de nuestro duelo.

Pelayo reflexionó algunos instantes.

—En ninguna parte, dijo al fin, pudiéramos reunirnos mejor que en la Cruz del lloro.

—Muy bien. ¡Quiera el cielo que ninguno de los dos faltemos á esta cita!

—Sí, sí, contestó enternecido Pelayo, Dios quiera que vayamos ambos, y si no... más vale tambien que faltemos los dos.

—En efecto, será muy cruel que vaya uno solo... Si acaso es así, preferiré que me aguardes.

—Al contrario, amigo mio, en ese caso más quisiera que tú fueses el que esperase.

—En fin, dejémonos de tristes presentimientos.

—Escúchame; se me ocurre una idea...

—¿Cuál?

—Pudiera suceder muy bien que alguno, ó ambos, por alguna causa imprevista, no pudiésemos estar mañana, ni en muchos dias, en la Cruz del lloro, y en ese caso, el que acudiera, padeceria tal vez sin motivo.

—Tienes razon, es cosa que puede suceder fácilmente.

—Pues bien, el que asista á la Cruz del lloro no debe perder la esperanza hasta que no haya transcurrido un mes.

—Es una idea excelente.—Durante treinta dias al salir y al ponerse el sol, deberá encontrarse allí uno para esperar al otro.

—Justamente.

—¿Conque quedamos en eso?

—Sin falta.

—Ahora... abrázame.

—Con toda mi alma.

Los dos jóvenes se estrecharon con los ojos preñados de lágrimas.—Y en verdad que era sublime y tierno aquel grupo formado por la amistad.

—¡Adios!... Sisebuto.

—Pelayo... ¡Adios!

Y el uno se dirigió á la tienda del conde don Fruela y el otro á la de don Sancho.

Una guardia numerosa guarnecia la entrada del alojamiento del general, y algunos *thiufados* (1) se encontraban en una especie de antesala que habia en la misma tienda.

Don Pelayo penetró sin la menor dificultad hasta la mencionada antecámara, donde habiendo preguntado por el general y anunciándose como un portador de nuevas muy importantes acerca de las tropas africanas, un escudero se dispuso á ser su introductor yendo antes á pedir permiso al Dux ó Duque, esto es, al general.

El escudero volvió á poco y le dijo que pasase adelante.

Don Pelayo, con el continente reposado, pero pálido de ira, abrió lentamente una especie de mampara que dividia de la antesala el aposento de don Sancho, ante el cual se detuvo cruzado de brazos, de pié é inmóvil, pero severo, imponente, amenazador.

Hallábase el general con la cabeza inclinada sobre el pecho, entregado, al parecer, á graves meditaciones, y sentado en una ancha banqueta de cordoban que, cerrándose, era cómodamente portátil.

Cuando levantó los ojos y miró al recien venido, es imposible describir la expresion de ódio, de espanto y de estupor que se pintó en su semblante.

---

(1) El *thiufado* era un oficio importante en la guerra, y equivalia al Tribuno de la Legion Romana y á nuestros actuales coroneles, si bien era menor el número de soldados que mandaba; pues la *thiufa*, de donde tomaba su denominacion, solo se componia de 1,000 hombres.

Ahogó un ligero grito, y como impulsado por un resorte, dió un salto sobre su asiento.

Don Pelayo continuaba mudo; pero eran tales la fijeza y el brillo sombrío que destellaban sus ojos, y sobre todo, tan inesperada aquella terrible aparicion, que el general estaba verdaderamente fascinado por aquella mirada, horrorizado en presencia de su más irreconciliable enemigo, que parecia haberse convertido en estátua.

—¡Ah! exclamó con voz ahogada. ¡No habia muerto!

—Si acaso no ha sido por culpa vuestra, respondió Pelayo con sordo acento y apoyando su mano en la empuñadura de su espada.

Durante algunos minutos reinó en la estancia un silencio sepulcral.

Don Sancho, al fin, pasándose la mano por sus ojos espantados como si fuese víctima de una horrible pesadilla, preguntó:

—¡Sois vos! ¿Qué buscais aquí? ¿Qué quereis?

—Yo soy, os busco á vos, y lo que quiero es mataros.

—¡A mí!

—A vos, miserable y ruin caballero.—¿Habeis olvidado ya que fuí preso por vuestro consejo? ¿No recordais el atentado que cometió el rey con una infeliz doncella, á la cual pudísteis amparar en vez de adular al tirano? Y finalmente, ¿habeis olvidado que la noche en que fuí á libertar á la desdichada Florinda me dísteis una estocada creyendo que me habíais muerto? ¿Pensais que tales ofensas se olvidan, y que crímenes como los vuestros quedan impunes?—Ha llegado la hora de que ajustemos nuestras

cuentas, y vive Dios que esta noche me habeis de pagar todas vuestras deudas.

—Llamaré á mis soldados y os mandaré degollar como á un espía ó como á un rebelde.

—No lo extraño, contestó don Pelayo afectando serenidad; pero á pesar de todo, confieso que os habia creido menos abyecto y bajo de lo que sois; habia creido que seríais capaz siquiera de medir vuestra espada con la mia, y si cumplís vuestra amenaza, me convenceré de que además de lo infame y lo criminal, sois... un cobarde.

Contra las esperanzas de don Pelayo, el general permaneció impasible á este insulto.

—¿Pero qué exigís de mí ahora? preguntó.

—Una cosa muy sencilla.

—Decid.

—Que os vengais conmigo á cien pasos del campamento, y allí, como nobles y caballeros, combatir lealmente siquiera una vez.

—No puedo complaceros, respondió don Sancho, que iba recobrando toda su sangre fria.

—¿Y cuál es la causa de que me negueis mi peticion? ¿Es posible, don Sancho, que tengais miedo de batiros?

El general se puso encendido de cólera y llevó convulsivamente la mano á la empuñadura de su espada; pero casi en el mismo instante logró dominar su emocion, y con voz tranquila dijo:

—Puedo aseguraros que no es miedo lo que me impide seguiros esta noche.

—¿Y mañana?

—Tampoco.

—Pues es preciso que tengais una causa bastante poderosa para que no admitais el duelo que os propongo; pero ya lo comprendo, si se tratase de aprisionar á un hombre desarmado, entonces seríais más atrevido seguramente.

—¡Don Pelayo! exclamó el general con los puños crispados de furor, no me exaspereis, no deis lugar á que os haga arrepentir de vuestras palabras temerarias.

—¡Bah! Ya voy viendo que vuestra desesperacion no sabe manejar la espada, y que, cuando más, solo se atreverá á vengarse acompañada de todo un ejército.—¡Sois un bravo general!

—Un general prudente no debe esponerse.

—Admiro vuestra prudencia, á la cual bíen pudiera dársele otro nombre.

Era tal la ironía de las palabras de Pelayo, que don Sancho estuvo segunda vez á pique de saltar la valla.

—¿Conque decididamente, preguntó el hijo de Favila, rehusais el combate?

—Lo rehuso.

—¡Es posible!

—¿Quién mandará el ejército mañana si yo sucumbo esta noche?

Esta razon pareció á don Pelayo algun tanto poderosa; pero volviendo á su ironía, continuó con una calma insultante:

—¡Oh! no os inquieteis por eso, que no faltará quien mande vuestros soldados, probablemente con más acierto que vos.

—Mi obligacion es permanecer fiel al rey.

—Pero no servir de instrumento á sus maldades.

—¿Habeis venido á convertirme?

—Vos sin duda sois el que ha creido que vengo aquí solamente á tener una conferencia.

—Y no me he equivocado.

—Me parece que sí, sopena de que seais el más despreciable de los hombres.

—Es inútil cuanto digais: no lograreis vuestro objeto.

Pelayo, impaciente y ardiendo en ira, exclamó:

—Nunca esperé en vos tanta maldad y tanta bajeza juntas.—Os habia hecho la justicia de que al menos, como caballero, tendríais valor.

Don Sancho se encogió de hombros con la mayor indiferencia.

El jóven exasperado gritó fuera de sí:

—¡Miserable! Puesto que no quieres batirte, te mataré como á un perro, te aplastaré como á reptil inmundo.

—En fin, retiraos de aquí, dijo don Sancho desdeñosamente.

—¡Ah! ¿Conque me arrojais de vuestra tienda?—Pues voy á obedeceros.

Y Pelayo, en vez de salir, se sentó en otra banqueta que estaba en frente del general, quien tembló á vista de tan tenaz empeño.

—¿Pensais que despues de tanto tiempo perderé esta ocasion?—Aun cuando el mundo se desplomara cien veces sobre mi cabeza, no retrocederé de mi propósito.—Creíais haberme muerto, ruin cortesano; pero esta noche os probaré cómo se dán buenas y leales estocadas.—¡Venid!

Y así diciendo, el jóven trabó fuertemente del brazo á don Sancho, que levantándose pareció dispuesto á seguirle; pero luego, como cediendo á un movimiento de terror, ó á un secreto presentimiento, palideció espantosamente y se detuvo diciendo:

—No, no iré.

—¡Ira de Dios! ¿En dónde teneis el corazon? preguntó Pelayo golpeando ásperamente el pecho de su enemigo.

—¡Pelayo! Pelayo!

—¡Miserable! ¡Toma!

Y el jóven dió una terrible bofetada en el rostro del general.

—El más ciego furor, el más vivo deseo de venganza, el frenesí del rencor, la locura de la ira se apoderó de don Sancho, que fuera de sí gritó:

—¡Ah! ¡Esto es demasiado! ¡Venganza! ¡Venganza!

—Ahora, dijo Pelayo con una calma terrible y dirigiéndose hácia la puerta, ahora llamad á vuestros soldados para que laven vuestra afrenta.

—No, no, yo mismo, mi propia mano será la que tome venganza de mi agravio.—¡Vamos!

Los thiufados y escuderos que habia en la antesala vieron pasar dos hombres rebozados en sus capellinas y que, silenciosos como estátuas que hubiesen tenido movimiento, se lanzaron rápidamente de la tienda.

Los escuderos empezaron á hacer mil comentarios de la repentina salida de su general solo con aquel desconocido y á tales horas, atribuyendo este incidente los que más presumian de sagaces á algun reconocimiento militar que se trataba de hacer ocultamente.

Al salir Pelayo dirigió una mirada de inquietud hácia la tienda del conde don Fruela; pero no descubrió á su amigo Sisebuto, que en aquel momento tal vez ya no existia.

Ambos adversarios cruzaron como fantásticas sombras por toda la extension del campo hasta salir fuera de la línea sin hablar una palabra y caminando veloces en alas del rencor que los devoraba.

Cuando por fin se detuvieron se encontraron casi al pie de la Cruz del lloro.—Una fuerza superior y misteriosa, la fuerza inexorable del destino los habia conducido casi sin conocerlo á aquel lugar terrible y sacrílego para un combate, pero consolador para un moribundo.

Era cerca de la media noche, el viento silbaba tristemente en los grietados muros de la Torre de las Cadenas, y negros nubarrones velaban el azul del cielo como un crespon fúnebre.

—¡Aquí! exclamó con voz ahogada por la cólera don Sancho.

—Cuando gusteis, respondió Pelayo.

Entonces se oyó el sonido de dos espadas que se cruzaban lanzando chispas en su choque como otros tantos meteoros siniestros.

Este ruido se prolongó durante un largo espacio, hasta que cesando de pronto, se oyó una voz que dijo:

—¡Dios me valga! ¡Muerto soy!

Luego un hombre desapareció entre las tinieblas huyendo de aquel teatro sangriento.

CAPITULO XXVIII.

La primera batalla entre moros y cristianos.

No sabemos qué especulador curioso y pacienzudo ha sacado en limpio que el número de batallas entre cristianos y moros durante cerca de ochos siglos que subsistió su dominacion, asciende á cinco mil, sin contar las innumerables escaramuzas y retos personales que se verificaban diariamente, y sin incluir tampoco la guerra de los moriscos de las Alpujarras.

Ahora bien, nosotros vamos á presentar al lector el espectáculo de la primera batalla que se dió en España entre moros y cristianos, que fué como el prólogo de un gran poema sangriento, como el pórtico de una infinita galería de cuadros de desolacion y de matanza.

De manera que puede asegurarse que por espacio de ocho siglos no transcurrió un solo dia en que no regase el suelo español sangre goda y africana.—Si en el globo terráqueo hubiese sido posible encontrar otro cáuce para

otro océano, de seguro hubiera podido llenarse con los torrentes de sangre vertida.

Los godos, que desde el Norte helado, precipitándose sobre las luminosas regiones del Mediodia, habian tambien atravesado el Estrecho de Hércules é impuesto su yugo á los Mauros ó antiguos Númidas, sufrieron á su vez la dominacion de los hijos de Agar, que hicieron sus belicosas escursiones en sentido contrario, es decir, del Mediodia al Norte.

Gobernaba la Mauritania propiamente dicha el general Muza el Zanhani, lugarteniente del gran Califa de Damasco el Miramamolin Ulit, cognominado el Bello, que extendió sus dominios desde las apartadas regiones del Asia hasta la peñascosa cima del Pirineo.

El conde don Julian, ardiendo en ira y en deseos de venganza, encarecia al gobernador Muza la facilidad de la empresa, que se reducia á destronar á don Rodrigo con ayuda de los moros, recibiendo estos en cambio la provincia Tingitana, que deberia desmembrarse del cetro hispano.

Era Muza hombre recatado y valeroso, y si bien no le parecian del todo despreciables las brillantes proposiciones de don Julian y sus parciales, no tuvo por conveniente decidir por sí mismo negocio tan delicado y transcendental, creyendo que lo más cuerdo era dar parte de todo al gran Miramamolin, su señor.

Acordóse, pues, entre el gran Califa y Muza, el que ante todas cosas se hiciese prueba de las fuerzas de España, y si las obras de don Julian y demás descontentos correspondian á sus magníficas é incitadoras promesas.—Con

tal intento, enviaron doce mil hombres de lo más floreciente y aguerrido de sus milicias, y eligieron por su general á Tarif, sobrenombrado Abenzarca, tan sabio en el consejo como esforzado en la pelea.

Todas las precauciones parecieron pocas para ocultar á la España el atrevido y aleve golpe que el Africa le asestaba.

Para que el más impenetrable secreto ocultase tan bien urdida trama, se dispuso que el paso de las tropas se verificase en naves de mercaderes, con cuya prudente precaucion no apareció armada en el mar que pudiese inspirar sospechas.—Surgieron en las costas de España apoderándose al punto del monte Calpe y de la ciudad de Heráclea que en él estaba asentada, y desde entonces se llamó Gibraltar de *Gebal*, que en árabe significa monte, y de *Tarif*, el general, de que se formó el vocablo *Cebal-Tarif*, y más adelante por corrupcion Gibraltar.—El mismo general dió su nombre á Tarteso, que desde luego comenzó á llamarse Tarifa.

Hecho el desembarco, encontraron descuidados los habitantes y desguarnecidas hasta las ciudades más principales, de modo que tomaron fácilmente muchos pueblos de Andalucía y Lusitania, saqueando á Sevilla, que se hallaba á la sazon desmantelada y sin fuerzas para defenderse.

Ya hemos dicho dónde se hallaban acampados los godos, cuando al dia siguiente vinieron los corredores anunciando que el general Tarif se adelantaba con intento, al parecer, de presentar la batalla.

Componíase el ejército godo en su mayor parte de gen-

te allegadiza y no acostumbrada al duro ejercicio de Marte, á excepcion de un pequeño número que se hallaban algun tanto aguerridos por haber guarnecido las plazas de la provincia Tingitana, donde habian tenido algunos leves encuentros con los moros.

Grande fué la consternacion del ejército al saber la proximidad del enemigo, y como acontece en tales casos, eran varios los consejos, dudosas las resoluciones, y parecida al miedo la sorpresa que en todos produjo la funesta noticia.

No obstante, reunidos los principales cabos del ejército, determinaron al fin aguardar valerosamente al enemigo y pelear como esforzados para tomar venganza de los desmanes cometidos por las tropas agarenas y reconquistar el rico botin que de la opulenta Andalucía habian sacado.

Pero en esta resolucion tuvo más parte la delicadeza del pundonor que el belicoso entusiasmo de los soldados, que suele ser como el presagio seguro de la victoria.—Todos se pusieron sobre las armas, se doblaron las centinelas, el general tomó sus disposiciones, recorrió las filas seguido de los más experimentados é ilustres del ejército, formó su campo, animó á los peones, se escoltó de los caballeros, y con esto creyó encadenar el triunfo.

Estas disposiciones, si bien acertadas en el intento, eran ejecutadas con prisa semejante á la turbacion y con un desórden más propio de fugitivos que de soldados intrépidos y serenos.

En aquel terrible dia el sol estaba envuelto en un sudario de nubes cual si rehusase dar su luz á los guerre-

ros, estallando una espantosa tempestad mientras que en el campo godo reinaba un silencio aterrador.

De pronto el viento les trajo un rumor de extrañas voces y de instrumentos bélicos, y vieron asomar por una pequeña colina la caballería de los árabes con sus vistosos trages, con doradas corazas y armados de cortantes cimitarras de fino acero damasquino con empuñaduras de marfil labrado.

Los cristianos caballeros se apercibieron esforzadamente á la pelea invocando en sus corazones el recuerdo de la religion y de la patria, por cuya santa causa iban á combatir.—Don Sancho, cubierto de una armadura tersa y brillante, cual si fuese de bruñida plata, y un capacete con vistoso penacho de plumas de colores, y montado sobre un poderoso corcel, caracoleaba gallardamente á la cabeza de la caballería goda, despues de haber dividido sus tropas en tres cuerpos diferentes que, segun la militar usanza de aquel tiempo, debian protegerse y entrar sucesivamente de refresco en el combate.

Tarif, entre tanto, ordenó sus escuadrones, pues la mayor parte de su ejército se componia de caballeros; les arengó en nombre del gran Profeta, y al son de atabales y añafiles y alzando un alarido formidable, se precipitaron rápidos como el rayo sobre el ejército godo, en cuyas armaduras de hierro se estrelló tan violento choque.

Allí el valiente Ruremundo, jóven y hermoso como la aurora, esparcia el terror y la muerte con los furibundos golpes de su tajante espada, hasta que despues de dejar sin vida á algunos de los más esforzados árabes, cayó bañado en su propia sangre bajo la cimitarra de Tarif, como

un tierno lírio bajo la hoz del segador cuando apenas acaba de abrir su aromoso cáliz.

Un grito de desolacion, el grito de un padre que ve morir á un hijo, anunció el desastre del jóven guerrero.—El conde Hilperico, que se hallaba en los umbrales de la vejez, padre de Ruremundo, lanzó un rugido de rabia, y como una tigre hircana á quien arrebatan sus cachorros, empezó á blandir su fornida lanza haciendo morder el polvo á dos campeones que osaron ponérsele delante.—Nada se resistia á su férreo brazo, y frenético de ira y de dolor, se abalanzó contra el feroz guerrero que habia segado en flor la vida del mancebo. Un combate terrible, personal, frente á frente, cuerpo á cuerpo, se trabó entonces entre el anciano Hilperico y Tarif Abenzarca.

Espantoso fué el primer choque, ambos campeones se acertaron de lleno; pero ninguno perdió la silla, si bien se quebró la lanza de Hilperico, que empuñando su fulmínea espada, volvió segunda vez las riendas de su caballo contra su enemigo.—El anciano, impaciente por tomar venganza, hizo el arriesgado movimiento usado en los combates para precipitar al contrario arrancándole de la silla; pero entonces, perdiendo el equilibrio é imposibilitado de parar el golpe certero que Tarif le asestaba, el infeliz anciano cayó sin vida, separada la cabeza del tronco, que muy pronto fué despedazada por las pisadas de los bridones árabes.

El formidable Abenzarca despues de su victoria voló á lo más recio de la pelea, donde un guerrero cristiano habia hecho retroceder cobardemente á los suyos.

Aquel misterioso paladin se le habia visto atravesar á escape por la llanura en el momento de trabarse el combate, señal evidente de que no pertenecia al ejército de don Sancho, y de que solo su patriotismo habia podido conducirle á la batalla.—Nadie habia logrado conocerle llevando, como llevaba, cubierto el rostro con la visera de su casco, si bien todos habian podido admirar su increible fortuna á la vez que su esfuerzo inaudito.

El general moro, abrasado en viva saña, se precipitó furioso sobre el incógnito guerrero que, altivo y arrogante, se adelantó á su encuentro, en el cual la ñudosa lanza del cristiano derribó al agareno.

Tarif el invencible habia sido abatido por el bravo y misterioso paladin.—Un grito universal de júbilo se levantó entonces en las filas de los godos que acudieron á sostener al valeroso incógnito.

Los árabes, empero, viendo el peligro de su general, acudieron en su auxilio, y habiendo este logrado levantarse á duras penas, volvió á cabalgar rápidamente, y animando á sus soldados, redoblaron su furor en una desesperada acometida, en cuya confusion inútilmente trataron de encontrarse despues los dos formidables enemigos.

Don Sancho, entre tanto, daba muestras en aquel memorable dia de que si bien era adulador y servil para con su rey, en ninguna manera podia echársele en cara que le faltaba el valor.—El general godo sembraba en torno suyo la muerte y el espanto, seguido de sus más esforzados guerreros.

El valiente Muley, el gigantesco Abenzaide y el bello

Aliatar, fueron inmolados por su vencedora diestra, consiguiendo de este modo el que, dudosa la victoria, mostrase un momento á los godos su risueño semblante.

Un espantoso estruendo se dilataba por todo el campo producido por los clarines y otros instrumentos bélicos, por el horrísono golpear de las armas, lamentos de los heridos, clamor y algazara de los vencedores.—Don Sancho por una parte y el paladin misterioso por otra, hicieron tanto, que los guerreros africanos retrocedian temerosos, y hasta llegaron á volver la espalda declarándose en completa fuga.

Siguieron los godos el alcance acuchillando sin piedad al enemigo, resonaron las músicas, y gozosos gritos poblaban el aire lanzados por los cristianos en la embriaguez del triunfo.—Tarif volaba en su corcel de raza árabe de una parte á otra, y parecia muy ocupado en dar algunas órdenes más con la serenidad y apacible gesto del vencedor que con el enojo y turbacion del fugitivo.

De repente al dominar una cuesta se alzó un alarido terrible, y un numeroso cuerpo de caballería que estaba emboscado se arrojó furioso sobre los godos, que cebados en el alcance, estaban muy agenos de aquel ardid de guerra.

La carga de los árabes fué tan impetuosa como inesperada, así que, la consternacion, el desórden y el miedo cundió en breve por las filas cristianas.

En vàno el general don Sancho animaba á los suyos con las palabras y el ejemplo, y trató dos veces de rehacer su gente; en vano el caballero incógnito hizo aquel dia increibles proezas; tanto valor, resistencia tan tenaz,

esfuerzo tan heróico, no pudo contener el ímpetu veloz de los caballos del desierto.

Todo el campo estaba cubierto de cadáveres, armas y banderas.—Pocos restaban ya de los cristianos, que solo pudieron encontrar su salvacion encomendándose á la velocidad de sus corceles; pero por su desgracia tomaron la ruta de Medina Sidonia, y en aquellas campiñas fué horrible el estrago y la matanza que en ellos hicieron los moros vencedores.

Más acertado don Sancho, se dirigió hácia el Norte, por donde nadie pensó en seguirle, á excepcion del misterioso caballero, que apenas se apercibió del camino que llevaba el general, procuró no perderle de vista ni un solo momento.

Era al caer la tarde.—Don Sancho, entregado al frenético galope de su caballo y lleno de desesperacion por el mal suceso de la batalla, no habia advertido que el caballero cristiano le seguia cual si fuese su sombra.

Al llegar á la Cruz del lloro, don Sancho se detuvo y pareció contemplar con ademan doliente un lago de sangre reciente aun.—El incógnito caballero se detuvo igualmente á alguna distancia, revelando en su actitud disposiciones hostiles para con don Sancho, pues de pronto se le vió sacar la espada, cuya empuñadura apretaba con mano convulsa.

Un ruido lejano de caballos que galopaban se dejó oir á espaldas del encubierto paladin, el cual murmuró:

—«Concluyamos de una vez... Yo vengaré su muerte.»

Y furioso se precipitó sobre don Sancho.

—¿Quién sois? preguntó este sorprendido en extremo.

—Un instrumento de la Providencia para vengar esa sangre que habeis vertido.

—¡Cómo! ¿Sabeis?...

—Todo lo sé.

—Fuí provocado, yo no queria...

—Acortemos razones, interrumpió el misterioso caballero adelantándose, espada en mano, hácia el atónito don Sancho.

Este por su parte no pudiendo esquivar la pelea, viéndose acometido tan bruscamente, salió al encuentro de su enemigo.

Muy breve fué el combate.—A los pocos momentos la sangre de don Sancho, que habia caido del caballo, se mezclaba á la que él mismo habia derramado la noche anterior, precisamente en el propio sitio.

Cuando el general godo se revolcaba en la tierra, dijo con voz casi suplicante:

—¿Pero no me quereis decir quién sois?

El caballero, que contemplaba en silencio al vencido, levantó entonces la visera de su casco mostrando su semblante al general, que exhaló un grito de espanto mientras que el desconocido desapareció á todo el galope de su caballo.

La causa de esta desaparicion tan repentina era que se aproximaban algunos ginetes que habian tenido la buena fortuna de elegir en su retirada el mismo camino de la Cruz del lloro, libre de la persecucion del enemigo.

Uno de los ginetes se aproximó al herido, al cual reconoció al punto, exclamando con dolorido acento:

—¡Mi señor! ¡Dios mio! ¿Qué ha sido esto? ¿Quién os ha herido, señor?

—¡Theodomiro! exclamó don Sancho reconociendo á su leal escudero.

—Señor, yo soy.

—¡Cuánto me alegro!—Has llegado á tiempo para que pueda morir tranquilo.

—¡Oh! No digais eso, señor, en el instante en que estoy aquí para prestaros socorro.

Y así diciendo, el buen escudero se dispuso á desarmar á su señor con el objeto de vendarle la herida.

—No, Theodomiro, no te molestes inútilmente, dijo don Sancho, cuya voz se debilitaba por instantes; conozco que mi fin se acerca, mi muerte es inevitable; no perdamos un tiempo precioso y oye atentamente lo que voy á decirte, porque de esta revelacion dependerá la tranquilidad de mi conciencia.

—Ya os escucho, señor; decid.

—Júrame antes la mayor fidelidad, y sobre todo, el más profundo secreto.

—Os lo juro por esa Cruz bendita, testigo de vuestra desgracia y de mi dolor, repuso el escudero con los ojos bañados de lágrimas.

—Bien, Theodomiro... oye...

Don Sancho se extremeció convulsimente, cerró pesadamente sus párpados, y permaneció mudo algunos momentos cual si le hubiese acometido un desmayo.

—¡Señor! ¡Señor! exclamó Theodomiro con el mayor desconsuelo.

Don Sancho tornó á abrir sus ojos vidriosos, una pali-

dez mortal cubria su semblante, y á más andar se le escapaba la vida por la ancha herida, de la cual manaba una fuente de sangre negra y espumosa.

—¿Qué me queríais decir?—Mandad, señor, y sereis obdecido.

El general no respondió.

—¡Oh desesperacion! exclamó el religioso escudero.—Si era alguna cosa de conciencia... ¡Desventurado!

De repente don Sancho, haciendo un supremo esfuerzo, se incorporó lívido y convulso como un cadáver que por mágico artificio hubiese recobrado la existencia.

En seguida, con voz en que se revelaba una emocion profunda y un arrepentimiento sincero, dijo:

—Theodomiro, por lo más sagrado que haya en la tierra, por esa santa Cruz, testigo de tu juramento, te suplico que vayas á Toledo y le digas de mi parte al rey que todo cuanto le he referido respecto al adulterio... de la reina Egilona... es... completamente... falso... ¿Lo harás así?

—Descuidad, señor.

—¡Gracias! respondió don Sancho tendiendo una de sus manos yertas á Theodomiro en señal de agradecimiento.

Luego continuó con voz más débil todavía:

—Díle tambien... que yo forjé esta calumnia horrible... por vengarme de los desdenes de su esposa... que rechazó dignamente mi amor criminal... y que Egilona siempre le ha sido fiel... de la cual espero el perdon... lo mismo que de S. A...

—Está bien, señor, dijo el escudero horrorizado de aquella espantosa revelacion.

—Tarde... muy tarde... ha venido el arrepentimiento; pero díle al rey que escarmiente... en mi persona...

—¿Pero quién os ha herido en este sitio?—Por aquí no hay enemigos.

—Un caballero cristiano.

—¡Un caballero cristiano!

—Sí...

—¿Quién?

—Sisebuto.

—¡Gran Dios!

—El hijo... de Witiza... que sin duda... es amigo de don Pelayo... Ahora... ruégale... á Dios, que... me perdone...

Dijo, y espiró.

CAPITULO XXIX.

La madre y la fiebre.

Es imposible que haya en la creacion una cosa más bella, más perfecta ni más halagüeña para el hombre, del cual es parte, ó por mejor decir, complemento, que el amor puro y divino de una vírgen candorosa y tímida. Y cuando siente por la primera vez palpitar su casto seno, y cuando su alma está pendiente de los ojos de su amado, le parece que el sol tiene más brillo, que las flores exhalan más perfume, que el céfiro es más suave y amoroso, que canta el ruiseñor más dulcemente, y que en la noche sosegada la apacible luna vierte rayos de luz más nacarados. Toda la creacion se presenta á sus ojos en una interminable primavera, porque todo lo reviste de explendor la vívida llama que arde en su pecho virginal.

Y su belleza, su pudor, su ternura, dicen tanto á nuestra naturaleza íntima, conmueven tan dulcemente todas las fibras de nuestro corazon, hay una armonía tan

misteriosa y encantadora entre dos séres que se aman, que en sus miradas de fuego el alma penetra en el alma, la tierra desaparece ante sus ojos, y cada uno es para el otro un sol, un cielo, un ángel.

Parece que no hay nada más puro, más desinteresado, más infinito que este amor, que esta emocion divina de dos séres, semejante á dos rayos de luz que se reunen, comparable á las dulces vibraciones de un arpa que se confunden en una armonía sublime.

Existe, sin embargo, otro amor tal vez más grande, y más desinteresado, y más inagotable, porqué resiste á la ingratitud y al aborrecimiento del objeto amado; el amor de una madre.

Cuando la vírgen cambia el blanco velo por el manto de la maternidad, se obra una revolucion completa en todo su sér. Entonces la jóven madre es más sábia, más religiosa, más cariñosa con todo el mundo, por amor de su hijo, cuya sonrisa es para ella el sol de la felicidad.—Y es tal la inmensidad y abnegacion de su amor, que prefiere que amen á su hijo aun cuando á ella la aborrezcan; una madre besará con agradecimiento la mano de su verdugo, con tal que este sea cariñoso para con su hijo; una madre, más que en sí misma, se transforma y vive dentro del tierno y dulce fruto de su amor.

Pero toda su alegría, su complacencia, su resignacion por ganar una sonrisa para su hijo, se convierte en rabia y desesperacion horribles cuando alguno la ofende en su hijo, que es la ofensa más cruel para una madre.—Y si por desgracia tratan de arrebatarle al hijo de sus entrañas... ¡Oh! Entonces no hay dolor semejante en la tierra,

no puede compararse sino á su propia desesperacion y audacia para defender al hijo de sus entrañas, porque entonces la corderilla se trueca en leona, la mujer se convierte en furia, el ángel se transforma en demonio.

Habian transcurrido algunos meses.—En un aposento de la torre del Tajo, situada no muy distante de Toledo, se veían dos mujeres jóvenes tiernamente agrupadas en rededor de una suntuosa cuna de marfil con ricas labores y guirnaldas incrustadas de oro.

Dentro de la cuna dormia un sér lindo, gracioso y débil, un hermoso niño con sus manos delicadas, sus ojos velados por hermosas pestañas, su cuello redondo y blanco como el de un cisne, y su cabellera de oro, entre cuyos sutiles rizos se mezclaba un rayo de luz que penetraba por la ventana entreabierta.

Es imposible presenciar una escena de un encanto más inefable ni de una ternura más íntima. La jóven madre, con el índice puesto sobre sus labios y mirando alternativamente á su compañera y al niño, semejaba al ángel de la guarda velando solícito el sueño de la inocencia.

Las dos jóvenes apenas se atrevian á respirar por temor de interrumpir el sueño tranquilo y dichoso de aquella criatura tan débil y tan linda.—Así permanecieron mucho tiempo en rededor de la cuna inmóviles, absortas, estasiadas, con una actitud que casi rayaba en religiosa.

De repente llamaron á la puerta.

Ambas jóvenes se miraron con inquietud y sobresalto.—Por último, despues de un momento de irresolucion, una de ellas se dirigió á abrir la puerta, andando de puntillas.

Un hombre de repugnante catadura, el negro Agar, apareció en el dintel, donde comenzó á entablarse una extraña pantomima entre la jóven y el esclavo.

Pocos momentos despues el negro desapareció, y la jóven, en extremo pálida y azorada, volvió á reunirse con su señora, que permanecia constantemente al lado de su hijo.

—¿Qué ha sucedido, Clotilde? preguntó. ¡Estás pálida!

—¡Ay, señora! Despues de tanto tiempo, ahora vuelven á renovarse las visitas del rey.

—¡Cómo! ¡Dios mio! exclamó Florinda juntando sus manos con una expresion de indecible terror.

—El esclavo me ha dicho que el rey acaba de llegar, añadió Clotilde.

—¿Y cuál será su intento?

—Señora, me parece que siempre no hemos de estar prisioneras... ¿Quién sabe si esa visita que tanto nos alarma será para nosotras un consuelo?

—¡Ay! Quisiera creerlo así, pero ya no cabe alivio ninguno en nuestra adversa suerte, y lo que más siento, querida Clotilde, es que yo soy la causa de que te hayas enterrado viva en esta prision, cuando podias ser feliz con tu amante Gumildo.

—Señora de mi corazon, yo sabré renunciarlo todo, y lo que sea de vos será de mí.

—Gracias, mi buena Clotilde... Dios, en medio de mi infortunio horrible, no me ha privado de dos ricos manantiales de consuelo, tu amistad...

—Señora...

—Sí, sí, aquí no hay rangos, no hay más que dos mu-

jeres desdichadas que procuran consolarse mútuamente; tú no eres mi servidora, eres mi amiga.

Y la hermosa jóven tendió su mano á su doncella, que la cubrió de besos y de lágrimas.

—Sí, continuó Florinda, tu amistad y el amor de mi querido hijo llenan mi corazon de una felicidad que nunca me hubiera atrevido á esperar en tan terrible situacion. —Sin embargo, ha sido muy cruel para mí renunciar para siempre á mis hermosos sueños, á la suprema dicha que el amor de Pelayo me brindaba... Dia y noche me persigue su adorada imágen, y cuando recuerdo que si me fuese dado el verle habia de mirar con ódio ó con indiferencia á mi hijo, á esa inocente criatura tan desdichada aun antes de nacer... ¡Ah! Se me rompe el corazon, mis ojos vierten amargo llanto, y maldigo mi cruel destino... Si Pelayo hubiese sido mi esposo, si mi hijo pudiese llamarle padre... ¡Cuánta felicidad, Dios mio! yo entonces seria la más orgullosa de las madres, la más feliz de las mujeres.

Y así, diciendo las lágrimas se agolparon á sus ojos.

—Señora mia, dijo Clotilde, os ruego que desecheis tan tristes pensamientos.

—¿Y cómo desecharlos sin morir?—Mi alma, mi corazon, mi vida está identificada con mi amor, esta llama que me devora es la misma que me alimenta, como la luz que consume una antorcha al mismo tiempo que la hace brillar.—Arráncame el alma y desecharé mis pensamientos.

La fiel doncella conoció por experiencia propia de que su señora tenia razon. Clotilde tambien pensaba sin cesar en su amante Gumildo.

Florinda continuó:

—Aquí, eternamente aquí, sin ver la luz del sol, sin respirar el aire libre, con la frente cubierta de opróbio y con un hijo, sér hermoso é inocente, nacido en una cárcel... ¡Felices vosotras, avecillas del cielo, que os entregais á vuestros amores en la inmensidad del espacio y de la luz! —¡Y nosotras aquí, prisioneras y privadas de ver á nuestros deudos! ¿Qué será de mi amado padre y de Pelayo?

—¡Ay, señora! Aun no he podido tranquilizar mi inquietud desde aquella noche fatal en que tan bruscamente fueron acometidos cuando intentaban librarnos.—Yo oí hácia el jardin la voz de Gumildo, que les gritaba:

—«Por aquí os podeis salvar.»

—Yo nada oí, pues sabes me desmayé y no recobré el sentido hasta que me encontré en esta funesta mansion sin saber cómo ni por dónde.

—Por un subterráneo nos condujo el negro Agar, al que he preguntado varias veces y me ha dado á entender que hubo algunos heridos, pero que ignora completamente su paradero.

En este instante se abrió la puerta y apareció un hombre de elevada estatura, ricamente ataviado y con todas las muestras de ser un alto personage en la corte.

Florinda y Clotilde cambiaron una mirada de indecible sorpresa.

—¡Gudila! exclamaron.

—Señora, dijo respetuosamente el caballero dirigiéndose á Florinda, tened la bondad de seguirme.

—¿Adónde?

—A un aposento inmediato.

«Y Florinda presentaba al rey su hijo como su única egida.»

—¿Y para qué?

—S. A. quiere hablaros.

—¡Oh! Prefiero morir antes que verlo.

—Señora... tal vez os sea más útil obedecer.

—Jamás.

—¿Conque os negais abiertamente á seguirme?

—Sí.

—Yo, señora, os aconsejaría...

—Decid al rey, interrumpió Florinda, decidle que no quiero ir.

—En ese caso, vendrá él, dijo una voz, apareciendo un segundo personaje en la estancia.

Florinda lanzó un grito de terror: se hallaba en presencia del rey, de don Rodrigo, que cruzado de brazos la contemplaba inmóvil.

Al grito despertó el niño y empezó á agitar sus manecitas sonriendo á su madre, la cual, tomándole en sus brazos, lo estrechó contra su seno; parecia que la infeliz buscaba un refugio en su hijo como si aquel sér tan débil pudiese defenderla.

El rey, al parecer, contemplaba profundamente enternecido aquella escena muda, pero patética, de ternura maternal y de inocencia infantil.

—¡Mónstruo! Huid de mi presencia. Habeis mancillado mi frente, habeis asesinado mi amor, y acaso hayais vertido la sangre de mi noble padre... ¿Y aun osais presentaros á mi vista? Huid, hombre sin corazon, huid, y respetad la desgracia.

Y la desolada jóven presentaba al rey el inocente niño como si fuese su egida en aquel momento.

—¡Hombre sin corazon decís! ¿Es culpa mia que vuestra hermosura haya logrado inspirarme una pasion tan inmensa como vuestra desgracia y mi atentado? ¿No merecen perdon mi amor y mis pesares? Harto me he contenido ya, hoy no he podido resistir al deseo de veros y de ver tambien á ese niño que estrechais en vuestros brazos... Aun no se ha bautizado, y es preciso que esa ceremonia se verifique; se llamará Chindasvinto como mi abuelo, será proclamado príncipe, y la España entera se prosternará ante ese niño, porque no habreis podido olvidar, señora, que es hijo de un rey, que esa inocente criatura tambien es... ¡mi hijo!

Y así diciendo cubrió de besos al tierno infante, que se sonreía extendiendo sus manos hácia las brillantes joyas del vestido del rey.

La madre en aquel momento estaba casi alegre; no podia amar al rey; pero no podia tampoco aborrecer al hombre que besaba á su hijo con la ternura de un padre, al padre que le ofrecia su explendor, sus riquezas, su corona.

—Ahora, continuó don Rodrigo, quisiera hablar con vos de un asunto muy impòrtante á mi corazon.

La confianza habia renacido en la jóven al observar la conducta inesperada del rey, que haciendo un signo á Gudila, desapareció seguido de Clotilde.

Cuando ambos se quedaron solos, el rey muy conmovido se aproximó á Florinda diciendo:

—Señora, es tan profunda la impresion que en este momento produce en mi alma vuestra celestial belleza, que no me apartaré de aquí hasta tanto que una dichosa

reconciliacion no nos haya hecho olvidar todas las espinas de la flor de nuestros amores.—Os ví, os amé, y ya sabeis cuántos tormentos y amarguras me ha costado esta pasion, tanto más vehemente cuanto ha sido más desdichada.—Pero hoy, hermosa Florinda, mi corazon se complace al veros estrechar vuestro hijo, que en adelante será el dulce emblema de nuestro mútuo amor.—Así lo espero, y os ruego de rodillas que no defraudeis mi amorosa esperanza.

Florinda pareció en extremo sorprendida al oir el lenguage afectuoso y apasionado del monarca.

Y en efecto, don Rodrigo en sus miradas, en sus labios trémulos y en su palidez manifestaba esa profunda emocion propia de una persona que se encuentra en el paroxismo de una pasion ardiente; pero á pesar de su expresion de ternura, notábase en su semblante un no sé qué de resuelto y audaz que rayaba en ferocidad.

—No puedo negaros, señor, dijo al fin Florinda, que vuestras generosas palabras me han llenado de todo el consuelo que puedo esperar en mi horrible desgracia; yo os perdono todo el mal que me habeis hecho, y la eterna amargura que habeis derramado en el corazon de mi noble padre y del infeliz Pelayo; pero decidme, señor, ¿por qué han merecido ambos vuestro encono cuando los habeis ofendido tan injustamente? ¿Por qué les habeis perseguido cuando, como era natural, trataban de libertarme valerosamente de la afrentosa prision en que me teneis? ¿Tanta pasion, ese amor tan profundo que decís me profesais, no ha podido hacer otra cosa mejor que cubrirme de afrenta, abusar pérfidamente de la confianza de un noble

servidor, desgarrar un corazon tan apasionado y leal como el de Pelayo, y por último, el que esta inocente criatura os eche en cara la vergüenza de su nacimiento? —¡Ah! ¡Qué diferencia en vuestro amor impuro y egoista y el amor de Pelayo, inmenso, ideal, divino!—Pelayo amaba como un ángel, vos amábais como un hombre; Pelayo adoraba el corazon de Florinda, vos tan solo habeis apetecido... su hermosura.

—Confieso, señora mia, la verdad de cuanto decís; he cometido grandes crímenes y yerros; pero ¿cuál ha sido la causa sino vuestro amor?—Yo os amaba, vos amábais á Pelayo, yo estaba celoso, vos me despreciábais, yo era rey, lo podia todo, y hé aquí el orígen de la violencia de mi conducta.—Ahora lo conozco, ahora quiero expiar mi crímen y enmendar mis yerros, os pido perdon, y si vuestro justo resentimiento aun no me lo concede, buscaré por mi intercesor...

—¿A quién?

—A este sér inocente, respondió el rey tomando al niño en sus brazos, y le diré: «pide gracia á tu madre para mí, y tu sonrisa angelical tal vez consiga lo que no pueden conseguir las lágrimas de tu padre, hijo mio.»

Era tan patética, tan tierna, tan irresistible esta súplica, que Florinda, á pesar suyo, se sintió dispuesta favorablemente hácia el rey, al cual compadecia de todo corazon en aquel momento.

—Pues bien, dijo la jóven madre, os repito que os perdono, y estad seguro que desde hoy no será vuestro recuerdo odioso para mí.—Privada de mis esperanzas más halagüeñas y de mis ardientes votos, pensé encer-

rarme en un claustro, y despues aborrecí la vida, que solo pudo hacérmela conservar el cariño de mi padre; hoy le temo á la muerte no por mí, sino por la horfandad de mi hijo; este será mi amor, mi porvenir, mi existencia entera que cifraré en él.—Ahora bien, dejadme libre; enviadme con mi padre, y juntos los tres, aunque sea en un desierto, viviremos felices.

El rey permaneció mudo.

—¿O tal vez, añadió Florinda, pensais tenerme eternamente aprisionada?

—No, no, repuso el rey con viveza, vos saldreis de aquí para ser reina y vuestro hijo será príncipe.

La jóven se quedó estupefacta al oir tales palabras.

Despues, como asaltada por un terrible pensamiento, preguntó súbitamente:

—¿Y mi padre? ¿Y Pelayo? ¿Viven? ¿O han sido sacrificados bárbaramente á vuestra venganza y á vuestros celos?

—Señora, aquella noche yo fuí herido por vuestro padre y Pelayo lo fué por don Sancho; pero todos huyeron de nuestras manos.

—¿Y dónde están? volvió á preguntar Florinda mal convencida aun y clavando en el rey una mirada penetrante.

—Lo ignoro absolutamente, y lo siento, á fé mia.

—¡De veras! ¿Y por qué? ¿Puede saberse?

—Porque quisiera que vuestro padre presenciase el acto solemne por medio del cual pienso dejar satisfecho vuestro honor y el suyo.

—No comprendo...

—¿Rehusareis tal vez la mano que os ofrece el rey de España?

Un rayo que hubiese caido á sus piés no habria sorprendido tanto á Florinda como estas palabras.

Y pasando su mano por su frente como si quisiese asegurarse de que no era juguete de un sueño, dijo con voz en que se traslucia la más viva sorpresa:

—¡Vos me ofreceis vuestra mano!

—Sí, mi mano y mi corona.

—¿Y la reina?—He oido decir que la habeis repudiado. ¿Ha sido cierto?

—Sin duda alguna.

—¿Y creeis que el honor del conde don Julian y de su hija permite que repudieis á la infeliz Egilona, que siempre ha sido para mí cariñosa y buena?

—Amada Florinda, solo por vos y por vuestro hijo he hecho aun más que repudiarla.

—¿Qué habeis hecho?

—Escuchadme, Florinda.—No puedo negar las eminentes cualidades de Egilona; pero yo vivia infeliz sin tener herederos, y hé aquí la causa principal, además de otras que no es preciso referir ahora, que me obligó á repudiarla. Despues tuve la dicha de ser padre, y á mayor abundamiento yo os amo con idolatría y pensé dividir con vos mi tálamo y mi trono.—Pero adivinando que en tanto que ella viviese vos no habíais de aceptar mi mano...

El rey se detuvo bruscamente.

—¿Qué? preguntó con ansiedad Florinda.

—Era tan grande mi amor, que hice desaparecer el

único obstáculo que se oponia á nuestra dicha.—Egilona ya no existe, añadió el rey con una sonrisa feroz.

La jóven inclinó su cabeza sorprendida y horrorizada.

Durante algunos momentos reinó en la estancia un silencio sepulcral.

—¡Asesinada! ¡Infeliz! exclamó la sensible Florinda vertiendo amargo llanto.

—Pero el amor que os profeso...

La jóven, clavando con soberano desden su mirada centellante en don Rodrigo, exclamó:

—¡Qué amor!... Me ofreceis una mano teñida de sangre... ¡Qué amor!... ¡El amor de un condenado!

—Pero el bien de nuestro hijo...

—¡Callad! ¡Mónstruo! ¡Callad! respondió indignada la generosa madre.

Y luego, levantando en sus brazos á su hijo, exclamó:

—Aunque yo te siga, aunque mi corazon se arranque á pedazos del pecho por el dolor de perderte, permita el cielo, hijo mio, que mil veces la muerte siegue tu vida antes que algun dia te parezcas al mónstruo que tienes por padre... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Muera yo primero que amamantar en mi seno á un tigre!

Y al concluir esta terrible imprecacion la madre cayó desplomada en un sitial.

El rey con el semblante verdinegro de ira se aproximó á la jóven, que en su desvanecimiento abandonó al inocente niño, que con violencia cayó sobre el marmóreo pavimento.

El niño dió un grito, la sangre corria de su frente.

Don Rodrigo lo tomó en sus brazos despues de ha-

ber sonado un silbato de oro que pendia de su cuello.

Al punto acudieron Gudila y el negro Agar.

Y habiendo examinado la herida no la encontraron peligrosa, pues la sangre provenia de la piel, levemente rozada.

—Llevaos ese niño y haced lo que os tengo ordenado, dijo el rey con aspecto ceñudo á Gudila, que se aventuró á preguntar:

—¿No ha aceptado vuestras proposiciones?

—¡Me desprecia! ¡Ira de Dios! ¡Me desprecia! respondió don Rodrigo crispando los puños de furor.

—En ese caso, recurrirémos al expediente que teníamos trazado.

—Tal vez así consiga ablandar su desden.

—Así lo creo, repuso Gudila; en arrebatándole el hijo...

—Salid, exclamó el rey, salid pronto de aquí, que ya ha hecho un movimiento y no tardará en volver en su acuerdo.

El negro desapareció seguido de Gudila, que se llevó al niño.—Muy pronto el eco triste de su llanto se extinguió completamente.

Debemos advertir que don Rodrigo habia imaginado un medio infernal, caso de que Florinda se resistiese, para obligarla á que accediese á sus deseos, los cuales, como hemos visto, consistian principalmente en obtener una reconciliacion, lo que en buenos términos queria decir, que Florinda se sujetase á todas las exigencias de un amor criminal.

Cuando la desdichada madre volvió en sí y no encon-

tró á su hijo, no hay palabras con que expresar lo que la infeliz Florinda sintió en aquel instante.—Solo una madre puede comprenderlo.

—¡Mi hijo! exclamó con un acento desgarrador. ¡Mi hijo! ¿En dónde está mi hijo?

—Ya no volvereis más á verlo, dijo el rey, que, ciego de ira, media á grandes pasos la estancia.

De repente la jóven, mirando en torno suyo, palideció de una manera espantosa.—Habia visto la infeliz algunas gotas de sangre esparcidas sobre el pavimento.

—¡Sangre! ¡Sangre! Decidme por piedad: ¿ha muerto mi hijo, nuestro hijo?

Y Florinda con las manos cruzadas, el rostro descompuesto y los cabellos desordenados, se arrastraba á los piés de don Rodrigo como la imágen del dolor, repitiendo sin cesar:

—¡Mi hijo! ¿Ha muerto mi hijo?

—No, dijo lacónicamente el rey.

La desdicha madre se precipitó hácia la puerta, pero la encontró cerrada; entonces empezó á golpear su hermosa frente contra los frios muros del aposento con una desesperacion tan inmensa que hubiera podido enternecer á una roca.

Luego, humilde y suplicante, se volvió al rey, diciendo con voz que partia el corazon:

—¿En dónde está? yo quiero verle, yo quiero abrazarle, yo quiero curar su herida con mis labios... ¡Oh, señor! Yo seré toda mi vida vuestra esclava, yo besaré eternamente la tierra que pisen vuestras plantas, yo correré el mundo descalza y pidiendo limosna, si así lo quereis; pe-

ro volvedme mi hijo, señor, y os bendeciré y hasta seré capaz de amaros.

—¡De veras! exclamó gozoso el rey.—Si es así, si me prometeis vuestro amor, sereis feliz, vereis á vuestro hijo, y yo seré el más venturoso de los mortales.

—Sí, sí, mi hijo... ¿Qué me importa todo lo demás? Pero esta sangre...

—No ha sido nada, Florinda.—Cuando os desvanecísteis el niño cayó y se ha herido, pero muy ligeramente.

—Por caridad, señor, haced que yo vea á mi hijo, ó no me queda más remedio que morir... maldiciéndoos.

—Lo vereis, señora; pero antes aseguradme de vuestro amor.

Nada respondió Florinda, que se paseaba por la habitacion inquieta, furiosa y lanzando en torno terribles miradas, semejante á una pantera encerrada en su jaula y acosada por el hambre.

—Entrad en vos misma, señora, dijo el rey despues de un momento, calmaos y pensad en el brillante porvenir, en la dichosa existencia que os aguarda en compañía de vuestro hijo... ¿No es verdad que me amareis?

Florinda al oir estas palabras se detuvo ante el rey, y con ojos extraviados y voz desentonada, dijo:

—¡Amaros!... Sí, sí, el amor es la vida... Yo necesito amar... ¡Cuán felices son los amantes!

—Como lo seremos nosotros, respondió el rey entusiamado.

—¡Pelayo!... ¡Perdona! Soy inocente... Mi alma es pura y mi amor siempre es tuyo... Aun podemos ser felices...

—¡Florinda! ¡Florinda!—Por piedad, no me negueis la dicha que espero de vuestro amor.

—Sí, sí, yo os adoro tambien, gallardo caballero.

—¡Oh felicidad! ¿Me amais? Ya no tengo envidia á los más dichosos.—Venid, Florinda, venid á sentaros sobre el más hermoso trono de la tierra.

—¡Qué placer! ¡Seré reina!... Todos me aclamarán... podré vengarme y tambien podré hacer la felicidad de todos los que amo... Sí, sí, yo quiero un trono, amado mio, yo quiero ser reina.

—¡Conque no mereceré ya tus desdenes!

—¡Yo desdeñarte! ¿Y por qué? ¿No eres el más rendido de los amantes? ¡Te he hecho padecer tanto!... Perdona, amado de mi corazon, perdóname todos los sinsabores que te he causado... He sido inocente, créeme... Llegó el tiempo en que, despues de tantas penas, el amor nos sonria prometiéndonos para siempre una existencia de flores.

—Yo te lo prometo así, yo te juro ser tu esclavo más sumiso, siempre estaré á tu lado, y una mirada de tus ojos será para mí un decreto inexorable.

—¡Qué bueno eres!...¡Cómo te reconozco en tu lenguage apasionado! Tú solo eres el hombre capaz de comprender los inmensos tesoros de amor que encierra el alma mia... Pero quisiera revelarte un secreto, un secreto terrible.

—Dí, amada Florinda, dí todo cuanto quieras, segura de que mi espada, mi amor y mi poder están á tu disposicion, respondió el rey no sin curiosidad y sorpresa al oir aquel extraño lenguaje.

Florinda tomó una de las manos de don Rodrigo, y con aire misterioso lo condujo á un ángulo de la estancia, diciendo:

—Antes de revelarte este arcano fatal, júrame que no dejarás de amarme.

—Te lo juro, amada mia, respondió el rey con una curiosidad creciente.

—¡Oh! Te lo vuelvo á suplicar, no me desprecies, amado mio, por lo que voy á decirte, yo no he tenido la culpa.

—¿De qué?

—Oye.—Tú serás mi protector, tú me defenderás y libertarás la vida amenazada de mi hijo, porque has de saber que tengo un hijo tan bello, tan gracioso, tan lindo. ¡Oh! Si tú lo vieras lo amarias tambien... ¡Y me lo querian quitar!... Tal vez ya no exista en este momento... Mira, mira esta sangre... es de mi hijo!

—¡Florinda! ¡Florinda! ¿Qué estais diciendo? exclamó el rey estupefacto.

—Te he dicho mi secreto... ¡Oh! No te enfades, no me desprecies por piedad; te repito que yo no soy culpable, he sido inocente.

El rey permaneció mudo de sorpresa, de ira y de dolor.—Florinda creia siempre estar hablando con su amante Pelayo, ante el cual queria sincerarse de su afrenta, y este pensamiento atarazaba, emponzoñaba y roia el corazon del celoso monarca.

Despues de algunos minutos de silencio, Florinda exclamó:

—¿Oyes?—¿Esa angélica armonía que resuena en el

espacio, no sabes tú lo que significa? Mira cómo se abren las puertas del cielo, mira aquellas tropas explendentes y vagarosas que agitan sus áureas alas junto al trono del Señor... Son los ángeles y querubines que celebran la llegada de un compañero. El alma de mi hijo bañada en luz se ha remontado á la sublime esfera... ¡Mi hijo ha muerto!

—Señora, dijo el rey profundamente conmovido, por piedad os ruego que desecheis tan horribles pensamientos; volved en vos, vuestro hijo vive, yo estoy aquí, yo, que velo por él y por su madre... ¿No me conoceis? ¿No aceptais la mano de esposa que os ofrece el rey de España para reparar vuestro honor?... Hablad, Florinda... Me espantan vuestras miradas fijas y vidriosas... ¿En qué estais pensando? ¿Es posible que la caida de vuestro hijo haya podido extraviar vuestra imaginacion hasta ese punto?

Florinda, como si nada hubiese oido, continuó señalando á la cuna.

—Mira sus ojos velados por la muerte, erizados sus blondos cabellos, pálidas sus megillas de rosa, su sonrisa se ha helado en sus labios... Y sus vestidos ¡qué horror! empapados en sangre... Tan lindo y tan gracioso ya no es más... que un esqueleto... ¡Dios mio! ¡Dios mio! La cuna, que es el santuario, el altar de una madre, para mí se ha convertido en una tumba... Dadme flores para derramarlas sobre ella... ¡Mi hijo ha muerto! ¡Me lo han robado! ¡Verdugos! ¡Me lo han asesinado!... ¡Esta sangre!... Esta sangre se ha vertido de mi propio corazon... Dame tu espada, yo quiero vengarme... Una madre sin

su hijo es una leona furiosa... ¡Corramos! Corramos pronto á salvarlo; ven, amado mio, ven, yo te daré mi amor en cambio de mi hijo.

Y así diciendo, Florinda con mano convulsa asió del brazo al rey, esforzándose por arrastrarlo consigo hácia la puerta.

Don Rodrigo estaba inmóvil, ceñudo, trémulo y bajo el terrible peso de la múltiple impresion que le producia aquel espectáculo desgarrador, provocado por él mismo, por su criminal audacia para saciar deseos no ménos criminales.

—¿Qué es eso? ¡Ah! ¿No me quieres seguir porque te he revelado que tengo un hijo?... No me desprecies... Si eso es el solo obstáculo de tu cariño... te ruego que no me aborrezcas, porque ya... ¡mi hijo ha muerto!

Y Florinda prorumpió en una insensata carcajada.

La infeliz estaba delirante.

CAPITULO XXX.

La plegaria.

Al oscurecer del dia siguiente se encontraban dos hombres en un aposento de la torre del Tajo, ocupados, al parecer, en un diálogo muy vivo. Eran el rey don Rodrigo y su confidente Gudila.

—¿Conque estais dispuesto á partir? preguntó el monarca.

—Cuando ordene V. A.

—Es inutil advertiros que la marcha deberá verificarse del modo más sigiloso.

—Hay, en efecto, mil razones para que usemos de la más exquisita precaucion.

—Pues entonces á media noche será la mejor hora de partir.

—Así lo creo.

—Y no os separareis de ella hasta que no la hayais

entregado á mi respetable tio el conde don Íñigo, que habita en uno de sus castillos cerca de Jerez.

—¿Y cómo se llama el tal castillo?

—No recuerdo bien, si el Castillo ó la Torre de las Cadenas.

—¿Y del niño, qué hacemos?

—En cuanto al niño lo tendreis á vuestra disposicion llevando constantemente á cierta distancia á la nodriza, y en el caso de que su madre se manifieste tan afligida que pueda correr evidente peligro, se lo devolvereis.

—Está bien, señor.

—Y cuando llegueis allí, os pondreis de acuerdo con Daniel, á quien entregareis el niño para que se encargue de velar por su crianza, debiendo estar la nodriza bajo su inspeccion; pues su lealtad hácia mi persona me asegura de su tierna solicitud para con esa infeliz criatura, dijo el rey algun tanto conmovido.

—Todo eso deberá ejecutarse siempre que en el camino no haya necesidad de entregarle su hijo á Florinda.

—Se entiende; pero eso no se hará sino en el último caso, como ya os lo tengo prevenido.

Gudila hizo un signo de asentimiento.

Durante algunos minutos de meditacion, el semblante del rey fué oscurecido por una nube sombría.

—Yo, dijo al fin, no tardaré mucho en seguiros; pues dentro de breves dias se habrá publicado la guerra en todo el reino, y ahora pienso yo ir á la cabeza del ejército.—Es preciso tomar medidas enérgicas para escarmentar á esos perros infieles, que han cobrado ánimo con su victoria... Daniel me anuncia que preparan una nueva

espedicion con fuerzas más numerosas; pero yo tambien me presentaré al frente de un ejército formidable.

—Yo no creo, dijo Gudila, que se atrevan á volver.

—Pues yo no lo dudo.—Daniel me lo dice, y debo creerlo; porque Daniel es el hombre más astuto y más leal que conozco.—De todas maneras, bueno es estar prevenidos.

—El general Tarif se volvió al Africa.

—Segun el mensage que hoy he recibido, parece que el conde Julian está de acuerdo con el general africano, pues que ambos han regresado juntos á la Mauritania.

—¡Traidor! murmuró Gudila.

—Sí, traidor á su patria y á su rey... Él no ha sabido ser bastante generoso para olvidar su agravio en obsequio de la España entera.—Sin embargo, no es él solo la causa de los trastornos que se preparan.

—Pelayo tal vez...

—¡Oh! No nombreis á Pelayo, mi noble primo; por ofendido que esté, es incapaz de ser traidor; por el contrario, despues de haberlo tenido en una prision, fué tan generoso que me salvó la vida la noche funesta en que me dejásteis solo en el palacio de Harpalús.

Y el rey dió á sus últimas palabras tal inflexion de desden, que Gudila no pudo ménos de sonrojarse recordando el terror pánico de que se vió acometido cuando á él y á don Sancho le hicieron abandonar corbardemente al monarca los negros fantasmas de aquella mansion terrible.

—Conque el desconocido que nos dijísteis se habia interpuesto en favor vuestro...

—Era Pelayo, el mismo á quien si causa habia hecho aprisionar.

—Accion es esa del más cumplido caballero.

—Por eso os digo es imposible que Pelayo sea traidor á su rey, y mucho ménos á su patria.

—Pues entonces, ¿quiénes son los parciales de don Julian?

—He dicho que no es él solo... ¡Ojalá que á imitacion del rey, Sisebuto hubiera tratado de exterminar hasta el último descendiente de esa raza maldita!

—Los judíos tal vez...

—Son los que se han concertado con los moros, y el gran Sacerdote, ese Samuel que Dios confunda, no es el que ménos parte ha tenido en el llamamiento de los mauritanos.

—¿Será posible?

—Así me lo ha escrito últimamente Daniel, el cual interceptó además una carta dirigida al gran Sacerdote, de la que se desprendia que este animaba á los suyos á sacudir el yugo de los godos.—Hoy he podido comprender perfectamente cuál era su intento, que hasta ahora habia calificado de absurdo.

Mientras que ambos caballeros continuaban esta conversacion, en la que el rey multiplicó las instrucciones para Gudila, otra escena triste, dolorosa, pero sublime, tenia lugar en la misma torre del Tajo.

Era ya completamente de noche.

En un aposento amueblado con algunos sitiales, y cuyo pavimento cubria una rica alfombra, veíase en uno de sus testeros sobre una gradería de mármol, una imágen

de la Vírgen con el niño graciosamente reclinado en sus brazos.

La escultura, como propia de la época, estaba privada de cierta suavidad y delicadeza de contornos; pero en cambio el artista habia sabido dar una expresion extremadamente tierna, sublimemente maternal á la actitud y semblante de la Vírgen. El niño la contemplaba elevados hácia ella sus ojos serenos, y con la cabeza levemente inclinada hácia atrás en un escorzo lleno de gracia infantil.

La habitacion estaba iluminada por una pequeña lámpara que pendia delante de la Vírgen, en cuyo seno nadaba una luz opaca y vacilante.

Al pié de la Vírgen se veía arrodillada una jóven de maravillosa hermosura, pero cuya palidez marmórea hacia resaltar su abundante crencha de cabellos negros profusamente esparcidos sobre su airosa espalda.

Sus manos, tersas como el raso y blancas como la cera, estaban convulsivamente cruzadas sobre su pecho, y sus negras pupilas empapadas por el llanto que hilo á hilo corria por su pálidas mejillas.—Tan sobrehumana belleza, tan inmenso dolor la hacian parecerse á una Magdalena llorando al pié de la Cruz.

Es imposible figurarse una angustia más infinita, una expresion más suplicante y una fé más ardiente que la que brillaba en aquel rostro tan pálido y tan bello.

De vez en cuando un ahogado suspiro extremecia su pecho, y con voz entrecortada de sollozos se la oía decir:

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!... Sagrada Vírgen María, estrella del mar, antorcha del cielo, flor de la tierra, consuelo del afligido... ¡Oh! Calmad mi acerbo dolor por el

que murió clavado para redimirnos... Vos, sagrada Vírgen, conocereis la amargura de una pobre madre que ha perdido á su hijo... Mi hijo vive, haced que me lo devuelvan, que yo le bese, y le estreche en mis brazos y le alimente en mi seno... ¿No os compadecereis de mí, Vírgen pura? ¿No comprendereis mis dolores? ¿No sois vos tambien madre?—Pues bien, una madre desolada os ruega que la mireis con ojos de piedad, que le devolvais el único amor que cabe ya en su corazon... ¡El amor de su hijo!... ¡Oh! ¡Vos no me abandonareis, Vírgen santa!... Mirad mi dolor, miradme prosternada á vuestros piés hiriendo las piedras con mi frente y regándolas con mi llanto... ¿Por ventura abandonásteis jamás al desvalido que os implora en su desconsuelo?—Me han quitado á mi hijo, madre mia, bien lo sabeis, para que cometa un crímen... ¡Oh, Vírgen santa! Vos podeis hacerlo, que me lo devuelvan, y si no... seré criminal y me condenaré, sí, haré todo cuanto exijan de mí... porque yo quiero mi hijo, recobrar mi hijo... ¡aunque pierda mi alma!—Perdonadme, Vírgen María, yo no sé lo que digo, el dolor me vuelve loca... ¡Oh! Vos tambien sabeis cuán inmenso es el dolor de una madre que pierde á su hijo... ¿No os acordais de cuando estábais al pié de la cruz contemplando á vuestro hijo espirando entre mil desgarradores tormentos? Acordaos, Vírgen santa, y... tendreis compasion de esta pobre madre.—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿No me direis lo que debo hacer para que mi súplica llegue al cielo? ¡Sagrada Vírgen! ¿No habrá piedad? ¿Será inútil mi ruego? ¿Será estérii mi llanto?—¡No!... ¡No!... Vos entonces seríais cruel, seríais un mármol, y una madre siempre es piadosa, nunca tiene

duro el corazon... ¡Hijo mio! ¡Hijo de mi alma!... Sí, sí, aun podré besar tu frente y tus piés rosados y tus risueños labios... Pero sin ser criminal, Vírgen santa, sin que el tirano emponzoñe con su aliento mi dicha maternal... siempre os he sido devota con fé sincera y pia; mas si acaso os he ofendido, que caiga el castigo en mí, en mí sola, Vírgen pura; pero... ¡volvedme mi hijo!

Y la desolada madre, besando el suelo y desgarrándosele el alma en sollozos, permaneció inmóvil, prosternada y llorosa ante la sagrada imágen.

Mucho tiempo continuó la desdichada en su llanto y en su oracion, único consuelo que podia encontrar en su adversa suerte.

De pronto se abrió la puerta y aparecieron dos hombres.

La hermosa cuanto infeliz Florinda volvió entonces en su acuerdo, levantó sus ojos, y se encontró frente á frente con el rey, acompañado de Gudila.

La jóven madre, como el tigre sobre su presa, se precipitó furiosa sobre el monarca, y rápida como el pensamiento, le arrancó su espada de la cintura, gritando con voz terrible:

—¡Malvado! ¿Y osais poneros en mi presencia? ¿Venís acaso á consumar vuestro impuro intento? Yo soy una mujer; pero una mujer furiosa, y si os atreveis á tocarme, este acero atravesará vuestro ruin corazon.—Mi afrenta guiará mi mano.

El rey y Gudila se miraron espantados al ver tanta resolucion, tan varonil aliento, desesperacion tan ciega.

La jóven, fuera de sí, esgrimiendo la espada, continuó:

—Yo soy una tigre que se lanza contra el robador de sus hijuelos, me siento grande y fuerte; y si es preciso morir, moriré matando al mónstruo execrable que me ha quitado mi honor, mi amor y mi hijo.—¿En dónde está mi hijo?

El rey permaneció silencioso, estupefacto.

Florinda volvió á preguntar con espantosa energía:

—¡Mi hijo! ¿En donde está mi hijo?

—Calmaos, señora, respondió el rey, calmaos, os lo ruego por vuestro bien.

—¿En dónde está mi hijo?

—Precisamente en este momento venia á comunicaros órdenes de cuya pronta obediencia dependerá vuestra felicidad.

—¡Mi felicidad! exclamó Florinda con un acento á la vez triste é incrédulo.

—Creo, señora, que si se tratase de que volviéseis á á ver á vuestro amado hijo, pudiera considerarse feliz una madre tan cariñosa como vos pareceis serlo.

—¡Hijo mio! exclamó la jóven deponiendo todo su furor cuando el rey hubo halagado su esperanza de ver á su hijo.—¡Oh! Decidme, decidme qué debo hacer.

—Una cosa muy sencilla.

—Decid, por Dios.

—Es indispensable que consintais en partir esta misma noche de esta mansion.

—¿Para dónde?

—Para Jerez, en cuyo punto acaso os será fácil ver á vuestro padre.

A este recuerdo, dos lágrimas ardientes se despren-

dieron de los ojos de Florinda, que dirigiéndose al monarca, dijo:

—Quisiera que por una sola vez habláseis conmigo, ya que no como rey, siquiera como caballero.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que si pensais tenerme eternamente prisionera, lejos de mi padre y espuesta á vuestros insultos.

El rey se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—¿Conque despues de haber rehusado mi mano, que os ofrece un trono, ahora os atreveis á decirme eso? ¡A mí!

—A vos, rey de España.

—Decís que os he ofendido, quiero reparar vuestra ofensa, y rechazais el único medio capaz de saciar hasta vuestros más ambiciosos sueños.

Florinda miró al rey de hito en hito durante algunos momentos con una expresion de cólera, de horror y de desprecio.

—¿Habeis creido, dijo con noble altivez, habeis creido que un trono salpicado de sangre puede reparar mi afrenta? ¿Pero de qué me admiro?—Vos no teneis alma para sentir que el honor solo ambiciona su inmaculada pureza.

El rey, no obstante su natural irascible y pronto á estallar á la más mínima contradiccion, logró domeñar los ímpetus de su furor, cuando una mirada de Gudila le hizo comprender que se estaba perdiendo un tiempo precioso.

—¿Vamos, dijo, estais dispuesta á partir?

—Pero ¿no me direis cuáles son vuestras intenciones respecto á mi persona? Porque, señor, es muy cruel la

incertidumbre en que me teneis acerca de mi destino. ¿Me habeis condenado á una reclusion perpétua? ¿Habeis querido enterrarme viva?

El rey permaneció silencioso como si esquivase ó meditase la respuesta.

Luego cambiando una mirada de inteligencia con Gudila, como si este supiese el verdadero objeto de aquella partida tan repentina y misteriosa, dijo:

—Os aseguro que no está lejos el dia de vuestra ansiada libertad.—¿Ahora bien, quereis seguirnos?

La hermosa no respondió, absorta como estaba en una profunda meditacion.

—No olvideis, insistió el monarca, que de vuestra condescendencia depende no tan solo la suerte de vuestro hijo sino tambien el que podais verle, tal vez dentro de muy breve tiempo.

Tales palabras resonaron en los oidos de la jóven como una música deliciosa que entonase un himno á la esperanza.

Y clavando una mirada llena de fé en la imágen de la Vírgen murmuró:

—¡Hijo mio!... ¡Quiera el cielo que vuelva á verte!

La desgracia es profundamente religiosa, y no hay en la tierra iufortunio comparable al de una madre que ha perdido su hijo.

—Vamos, añadió la infeliz, que habia entrevisto un rayo de esperanza en las pérfidas palabras de don Rodrigo.

Despues que hubo recobrado su espada, el rey salió acompañado de Gudila.

La jóven les siguió sin resistencia.

CAPITULO XXXI.

La Torre de las Cadenas.

Nuestros lectores recordarán que á la entrada del valle de Amarga-cena se levantaha una misteriosa torre, la cual, suponia el vulgo, que tenia comunicacion subterránea con la Cruz del lloro y con la cueva habitada por la anciana penitente.—Ya hemos referido el orígen de su nombre, y que, segun contaban, á media noche se oían extraños rumores de ayes y cadenas producidas por séres misteriosos, vestidos con blancos y caprichosos ropages.

La torre ostentaba su altiva frente como un Titan que se hubiese convertido en piedra. Todavía conservaba sus robustos muros, que, á pesar de la injuria de los tiempos, tenian ese bello tinte dorado que adquieren los edificios en las regiones meridionales, don una luz explendorosa presta mágicos perfiles á los adornos arquitectónicos, y hace que las torres y castillos aparezcan como envueltos en un luminoso velo, presentando de una

vez su armonioso conjunto en una perspectiva encantada, radiosa, aérea.

La Torre de las Cadenas era de forma cilíndrica y estaba gallardamente coronada de almenas.

Por única comunicacion tenia un pequeño postigo ó poterna que daba entrada á un patio circular, rodeado en todo su perímetro por una galería formada de arcos góticos.

Era una hermosa noche de primavera.

En el límpido azul del cielo tachonado de estrellas rutilantes se destacaba el blanco disco de la luna derramando sus rayos plateados en toda la extension del valle.

El plácido silbo del viento solia traer de vez en cuando el eco lejano del torrente, vago, quebrado, perdido, como una voz sollozante, cual si las Náyades y Dryadas fiasen á los céfiros quejas lastimeras ó suspiros amorosos. Toda la naturaleza se ostentaba en uno de esos períodos de solemne calma y quietud apacible que infunden una emocion divina, llena de encanto y de misterio.

Dos séres venturosos gozaban de las delicias de aquella noche expléndida y serena en la plataforma de la torre.

Una jóven, casi una niña, vestida de blanco como una vestal, contemplaba con éxtasis á un gallardo caballero que apoyado en una almena, tenia fijos sus hermosos ojos en el estrellado cielo.

Nada más gracioso que la actitud muelle y melancólica de la doncella. Sobre su tersa frente caía un moribundo rayo de luna que se prendia en su rubia cabellera como una brillante diadema de plata. El blanco y onduloso

ropage dibujaba una cintura de abispa. ¡Tan esbelto, tan leve, tan aéreo era su talle!

Sus ojos azules y rasgados revelaban una ternura angelical, una expresion inefable de inocencia y de candor; su nariz perfecta y de una ligera curva indicaba una sensibilidad exquisita, lo mismo que su boca de coral.

Era una vírgen tímida, delicada, casi incorpórea, ideal, como la imágen nacarada y fúlgida del primer ensueño de amor, como las vírgenes de Osian, vaporosas, ligeras y casi intangibles.

Pudiera comparársela á una sensitiva.

El jóven parecia muy distraido, y en la riqueza de su trage y en la bizarría de su persona se echaba de ver su noble alcurnia.

Bello como los semidioses de la Grecia, mostraba no obstante una extremada palidez que más bien realzaba que disminuia el encanto irresistible de su rostro varonil y enérgico, á la par que de una admirable regularidad en sus facciones.

—¿Cómo os encontrais? preguntaba la jóven con su voz de ángel al caballero.

—Perfectamente, amable Gaudiosa.—El aire de la noche, la luz de la luna y vuestra presencia sobre todo, vivifican todo mi sér, disipan todas mis penas y contribuyen poderosamente á que mi salud de dia en dia se vaya restableciendo.

—Me parece que noto en vos cierta inquietud.

—En vano trataria de ocultárosla.—Ya sabeis que hace muchos dias hubiera podido partir de esta torre...

—Pero ¿olvidais el encargo que hizo á la penitente un

caballero desconocido de que le aguardáseis aquí hasta su vuelta?

Y así diciendo la jóven temblaba á la sola idea de que el bizarro caballero tenia necesidad de ausentarse.

—A no ser por esa circunstancia, querida Gaudiosa, ya hubiera tenido el disgusto de separarme de vos.

—¡Oh! exclamó la niña enjugando sus lágrimas, yo tambien sentiré mucho que lejos de mí pueda sucederos otra desgracia como la pasada, y entonces...

—Entonces seguramente que mi muerte sería inevitable, pues en esta ocasion tan solo á vuestros desvelos he debido mi existencia. ¿Qué hubiera sido de mí sin vuestra tierna solicitud?

—Por piedad no hablemos más de eso, que me causa horror solo el pensarlo.—Esas cosas no se repiten dos veces... ¡Dios no puede, Dios no quiere permitirlo! añadió la encantadora jóven juntando sus manos como si dirigiese al cielo una ardiente súplica.

—¡Gracias, Gaudiosa, gracias! respondió muy conmovido el caballero.

La doncella clavó sus ojos dulces y amorosos en el semblante del jóven, al cual miraba con una mezcla de ternura, de respeto é inquietud.—Ella le amaba con delirio, con esa pasion profunda, con ese amor puro é inextinguible, primera centella del alma, cuya luz jamás se apaga.

La tímida Gaudiosa habia visto realizarse sus sueños juveniles, rosadas apariciones que habian tomado la forma, los contornos, la figura de aquel gentil caballero hácia el cual le impelia una fuerza desconocida, magnética, irresistible.

Pudiera decir que ya hacia mucho tiempo que lo amaba, que lo conocia, que lo habia visto en ese mundo ideal donde la imaginacion penetra y el alma encuentra un sér que adora dentro de sí misma.

Empero la pobre niña sufria sin recompensa, pues que el gallardo caballero, si bien le habia prodigado las más afectuosas expresiones de gratitud, no habia pronunciado en cambio ni una palabra de amor.

—¡Cuánto afan, qué lucha tan cruel, qué tormento indecible padece una mujer cuando ama y su amor es desconocido!

La naturaleza y la sociedad la han condenado á un perpétuo dolor y doloroso silencio, y á veces tiene que ser testigo de las galanterías de su amado para con otra belleza; y tal suplicio está obligada á devorarlo sin que una lágrima asome á sus ojos, sin que un suspiro dilate su pecho, á no ser en sus horas de dolor y retraimiento, so pena de ser víctima del ridículo ó del desden. ¡Triste condicion por cierto!

Gaudiosa padecia horriblemente cuando el jóven le hablaba de su imperiosa necesidad de ausentarse de la Torre de las Cadenas, en la cual habia permanecido algunos meses en tanto que se curaba una peligrosa herida en el pecho, de la cual habia sanado casi milagrosamente.

La hermosa doncella creia que este afan por salir de aquella especie de prision, era producido por el deseo de ver á alguna otra dama que, más venturosa que ella, poseia el amor del bizarro mancebo, en el cual sin duda alguna nuestros lectores habrán reconocido á don Pelayo.

Despues del desgraciado duelo en que don Sancho ha-

bia salido vencedor, la caritativa penitente, que habia oido el rumor de las espadas, hizo que condujesen al herido á la Torre de las Cadenas, donde bajo el cuidado y asistencia de la gentil Gaudiosa habia logrado restablecerse casi del todo.

Poco tiempo despues, un caballero desconocido acudia todas las mañanas al salir el sol y todas las tardes al ponerse á la Cruz del lloro, hasta que un dia determinó informarse de la anciana penitente, que no sin curiosidad habia notado la periódica y exacta asistencia del desconocido al pié de la cruz, como si una cita siempre esperada y nunca cumplida le obligase á permanecer en aquel sitio.

—Hermana, preguntó el caballero, ¿podríais decirme por ventura si habeis visto un caballero, cuya sangre se ha derramado cerca de este sitio, si no mienten las señales?

—Ignoro completamente su paradero, y si en efecto murió de resultas de su herida, que por cierto era bastante peligrosa.

La discreta anciana contestó con tanta reserva hasta no cerciorarse de si el herido podia tener algun inconveniente grave en que alguna persona supiese en dónde y cómo estaba, temiendo por otra parte que el que tales preguntas hacia perteneciese al número de sus enemigos.

El caballero pareció muy afligido al oir la contestacion poco satisfactoria de la anciana, la cual añadió:

—Pero si teneis grande interés en averiguar el estado de ese desgraciado jóven, no me será difícil saberlo, puesto que conozco á la persona caritativa que lo recogió para prestarle auxilio.

—¿Y quién es esa persona?

—Un pastor de esta comarca, respondió la penitente clavando una mirada escrutadora en el preguntante.

—¿Podreis decirme dónde le encontraré?

—Hoy no me es posible decíroslo.

—¿Y cuándo lo vereis?

—Probablemente, mañana.

—Es el caso que cuando hoy me he resuelto á informarme de vos, es porque mañana tengo necesidad de emprender un largo viaje.

—En ese caso á vuestro regreso os tendré averiguado todo cuanto apeteceis. —¿Tardareis mucho?

—Dos meses, por lo ménos; pero decidme, ¿la herida fué muy peligrosa?

—Os he dicho que bastante.

—¿Le vísteis vos?

—Sí.

—¿Y no os dijo nada?

—Estaba imposibilitado de hablar, pues habia perdido enteramente el conocimiento.

—¡Ah! exclamó dolorosamente el caballero, preciso es que haya muerto ó que esté en muy gran peligro, cuando él no ha mandado alguna persona á la Cruz del lloro.—¡Pobre amigo mio!

—¿Sois su amigo?

—Le amaba como á un hermano.

—Si quereis decirme vuestro nombre por si acaso vive...

—Decidle que Sisebuto, más venturoso que él, dió muerte á su enemigo, y que por lo tanto no ha faltado á la cita que nos dimos antes del duelo.

—Descuidad, que lo haré así.

—Gracias, anciana.—Dentro de dos meses volveré.

—El cielo os acompañe, caballero.

Tal fué la escena ocurrida entre el buen Sisebuto y la penitente, la cual dió parte de todo á Gaudiosa, que á su vez lo comunicó á don Pelayo.

Aquella noche precisamente espiraba el plazo señalado para el regreso del leal amigo, á quien con suma impaciencia aguardaba el hijo de Favila.

Las horas transcurrian, la noche avanzaba, pero ninguna seña, ningun ruido manifestaba la llegada del infeliz Sisebuto.

—¡Ah! exclamó Pelayo exhalando un doloroso suspiro.—Seguramente ya no viene esta noche.

—¿Quién sabe?... No es muy tarde todavía, respondió Gaudiosa.

—Cuando ya no ha venido...

—¿Qué quereis decir?

—Que sin duda alguna ha muerto mi buen amigo, respondió tristemente Pelayo.

—¿Y si algun inconveniente imprevisto se lo ha impedido?

—Tal vez... ¡Plegue á Dios que así sea!

Y ambos jóvenes volvieron á guardar silencio, embebidos en sus pensamientos.

Gaudiosa contemplaba al bello jóven con ternura íntima, hasta que dos lágrimas se asomaron á sus ojos, que brillaban como dos perlas al pálido reflejo de la luna.

¡Era aquel silencio tan elocuente!

La noche, la soledad, el estrellado cielo, la hermosa

virgen vestida de blanco, su actitud llorosa y tímida, todo convidaba á las sabrosas pláticas de amor.

Pero Pelayo permanecia insensible á tales encantos, ó por mejor decir, todo esto le mortificaba entonces, le hacia daño, le desgarraba el corazon.—El noble jóven recordaba con amargo placer aquellas horas tan bellas como fugaces que en el silencio de la noche, al pálido fulgor de la luna, habia consagrado en otro tiempo á las misteriosas citas de un amor puro y ardiente que le brindaba para el porvenir una existencia de flores.

Aquellas imágenes de oro, aquellos mágicos ensueños de ventura, se habian convertido en el alma del mancebo en negros fantasmas, en recuerdos de sangre y de dolor.

No halagaba ya su fantasía la nacarada imágen de una vírgen, ora vagando perdida en nubes de arrebol, ora á la márgen del rio en el cual reflejaba sus rayos el sol poniente, ora en la arboleda umbría, ora en el verde prado, ó ya en un aposento impregnado de perfumes, ya entonando una dulce cancion de amor, ó ya murmurando su nombre con inmortal ternura.—Antes, en el susurro del aura, en el silencio de la noche, en el disco de la luna, en el tallo gentil de las flores, en todas partes creia ver y oir la figura y la voz de su Florinda.

Ahora, todo habia cambiado; el céfiro le traia suspiros de amargura y desesperacion, la noche le recordaba el crímen, y que un dia más habia transcurrido ensanchando el abismo que le separaba de la infeliz Florinda, deshonrada y prisionera y perdida para siempre.

Y su corazon juvenil, lleno de esperanza y de vida,

experimentaba la necesidad irresistible de amar, porque la vida sin amor es la muerte en el alma y la enfermedad en el cuerpo.—Pero era lo más cruel que el desventurado Pelayo no podia amar sino á Florinda; él necesitaba aspirar el suave aroma del amor y la esperanza; pero este aroma solo podia encontrarlo en una flor deshojada.

Pelayo, sin embargo, miraba con un vivo interés á la bella Gaudiosa, cuya inocencia y candor aumentaban su gratitud hácia ella.

Y notando su llanto y su tristeza, le preguntó con cariñoso acento:

—¿Qué teneis? ¿Por qué llorais?

La encantadora jóven se ruborizó como la rosa de mayo, y visiblemente turbada respondió:

—¡Soy muy desgraciada!

—¡Vos! ¡Tan jóven! ¿Quién ha podido causar vuestra desgracia?—Os ruego que me descubrais vuestro corazon; podeis disponer de mi brazo y persona por si me es dado remediar vuestras penas.

—¡Oh! Mis penas son irremediables.

—No digais eso por Dios.

—Es por desgracia demasiado cierto.

—Pero, decid, ¿qué sucede?... ¿No merezco yo tal vez vuestra confianza?

—Sí, sí, caballero, repuso vivamente Gaudiosa pálida y trémula.—Ya sabeis que jamás he conocido á mi madre, y que por lo tanto toda mi ternura se ha reconcentrado en mi anciano padre, que tambien me ama con idolatría; pero no por eso deja de tener un carácter de hierro y quiere ser ciegamente obedecido.

—Mas yo supongo que vuestro padre nunca os exigirá cosa que pueda causar vuestra desgracia.

—¡Ay! Sí.

—¿Pues qué pretende?

—Se ha empeñado en que dé mi mano á un noble poderoso, el cual parece ocupa un alto puesto en la corte del rey.

Don Pelayo pareció redoblar su atencion.

—¿Y cómo se llama ese caballero? ¿puede saberse?

—El conde Gudila, respondió Gaudiosa.

El jóven palideció ligeramente.

—¿Y le habeis visto vos? preguntó.

—No, jamás.—Él parece que me vió hace dos años cuando durante una temporada estuve en Toledo con mi padre; pero no recuerdo haberle visto.

—¿Y vos sois gustosa en ese casamiento?

—Nunca.—Mi padre me ha dicho terminantemente que elija entre tomar el velo ó dar mi mano al esposo que me ha designado; pero yo me decido más bien por lo del convento.

—Mas yo no comprendo por qué rehusais la mano del conde Gudila sin conocerle, observó Pelayo bastante conmovido.

Gaudiosa bajó sus hermosos ojos, y llena de rubor apenas acertó á responder:

—Sé que me será imposible amarle.

—Ignoro vuestro secreto, amable Gaudiosa; pero permitidme os diga que solamente en otro amor deberá buscarse la causa de vuestra conducta, hasta cierto punto extraña.

La jóven guardó silencio.

—¿No es así, Gaudiosa, no es así? insistió el gallardo caballero.

—Pues bien, sí, os lo confieso francamente, respondió la hermosa vírgen con voz mal segura.

—¿Y por qué no participais á vuestro padre el estado de vuestro corazon?

—¡Ay!... Mi amor no es correspondido.

Y así diciendo la infeliz Gaudiosa derramaba amargo llanto.

—¡Que no sois correspondida! exclamó admirado el caballero.—¿Quién no se creerá venturoso poseyendo el amor puro de vuestra alma virginal?—Ciertamente no comprendo que haya un hombre que permanezca insensible á vuestros encantos.

La jóven miró á Pelayo casi con agradecimiento, despues dió un paso hácia él, luego, como arrepentida de este movimiento involuntario, se retiró silenciosa á un ángulo de la plataforma de la torre.

Pelayo, aproximándose á la doncella, le preguntó afectuosamente:

—¿Por qué no me revelais todas vuestras penas?—Os suplico que me conteis la historia de vuestros amores desgraciados.—A mí tambien me aqueja el mismo mal; el cielo cargó tanto la mano en mi dolor, que, maestro de desventuras, acaso tal vez sepa prestaros algun consuelo.

La jóven pareció querer huir, pero Pelayo la detuvo con dulce autoridad.

Entonces Gaudiosa permaneció algun tiempo inmóvil como víctima de una violenta lucha interna, hasta que

por último el amor alcanzó la victoria sobre su pudor virginal.

Y trémula y confusa empezó á decir:

—Escuchadme, Pelayo, lo que á nadie me he atrevido á confiar.—Hace dos años que, como ya os he dicho, que mi padre me sacó por la primera vez de esta torre para llevarme á Toledo, donde le llamaban asuntos de importancia.—Entonces ví la córte, presencié justas y torneos; conocí la magnificencia y pompa de los reyes, y por último, ví cruzar ante mis ojos mil y mil bizarros caballeros, ricos en juventud y en hermosura.—Pero mi alma á todo permaneció indiferente; yo echaba de ménos los apacibles dias de este retiro silencioso que mi imaginacion poblaba con los fantasmas brillantes de mis ensueños de oro.—Yo siempre recordaba con placer la imágen de un caballero que estaba profundamente grabada en mi corazon; y al cual nunca habia visto.—Era aquello un sueño, un delirio, una mentira; pero una hermosa mentira que yo amaba con pasion, porque tenia la figura de un bizarro caballero, noble, hermoso y valiente, como jamás lo habia visto, como tal vez no existia sino en mi imaginacion.

—¿Conque es decir que estais enamorada de un sér ideal? interrumpió Pelayo en extremo admirado.

—¡Ojalá fuese así! repuso la encantadora jóven suspirando tristemente.

Luego continuó:

—Así pasó mucho tiempo, y de vuelta de nuestro viaje, mi tristeza se aumentaba cada dia más, y tambien mi pasion hácia el fantástico objeto de mi amor.

Y esto diciendo los ojos de la jóven brillaban de entusiasmo y de ternura.

Pelayo escuchaba con un encanto indefinible aquella historia extraordinaria, cuya originalidad le agradaba á la par que despertaba en su corazon dulces y amorosos recuerdos de tiempos más felices.

—Proseguid, Gaudiosa, proseguid vuestra narracion, dijo el jóven; estoy deseando de saber cómo y cuándo encontrásteis el original vivo de vuestro ideal modelo.

—Un dia, ó por mejor decir una noche, estaba sola en mi aposento, cuando de pronto llamaron á la puerta; en extremo sorprendida me levanto, abro, y entonces encontré...

Gaudiosa se detuvo, sus lábios trémulos no pudieron articular una sola palabra, y llena de rubor por haber dicho tal vez demasiado, cubrió su lindo rostro con ambas manos.

El jóven caballero permaneció tambien durante algunos minutos cabizbajo y silencioso.—Acababa de vislumbrar, aunque confusamente, todas las amarguras que aguardaban á la infeliz doncella, dolor inmenso del cual él habria sido la causa involuntaria.

Luego, como queriendo profundizar la exactitud de sus sospechas, preguntó:

—¿Y á quién os encontrásteis?

—Por favor...

—Os suplico que seais franca, Gaudiosa.—¿A quién encontrásteis?

—Al bizarro doncel de mis sueños; pero ¡Dios mio! en qué estado tan lastimoso lo encontré... ¡Qué horror!

Y la jóven palideció espantosamente, extremeciéndose como si tuviese ante sus ojos un espectro ensangrentado.

Despues permaneció inmóvil como una estátua apoyando una de sus manos en una almena.

Pelayo, comprendiendo todo lo que pasaba en aquel corazon tan vírgen, tan sencillo y tan apasionado, exclamó:

—¡Cuán desgraciados hemos nacido!... Yo tambien, bella Gaudiosa, yo tambien padezco todas las angustias de un amor desdichado... Yo adoro eternamente á una mujer celestial... Nuestros corazones están igualmente heridos, el manantial de nuestras lágrimas es el mismo, el amor, el cruel amor ha apurado en ambos sus rigores.—Pues bien, Gaudiosa, lloremos juntos los dos, ya que el destino por único consuelo solo nos brinda la ocasion de comunicarnos nuestras penas.—Sí, desdichada jóven, la amistad endulzará las heridas que no puede curar el amor; no rehuseis mis solícitos desvelos, yo sabré consolaros, bella Gaudiosa, porque tambien, como vos, padezco y amo.

La infeliz doncella estaba más pálida que la luna.—Al confesar don Pelayo que amaba á otra, habia clavado en el corazon de la jóven el ponzoñoso dardo de los primeros celos; la nube sombría del primer desengaño acababa de empañar la límpida atmósfera en que agitaba sus alas de oro el primer amor.

Fué tan dolorosa la impresion que causó en su alma cándida aquel inesperado desengaño, que la jóven no fué dueña de reprimir sus lágrimas.

Pelayo la contemplaba con profunda emocion y no acertaba á explicarse tan repentino y doloroso llanto.

—Os suplico, dijo, que me manifesteis la causa de

vuestra desgracia, que no comprendo.—Me dijísteis que encontrásteis al hombre dotado de todos los encantos de vuestra fantasía...

—Sí, sí, por fin mi sueño se realizó, interrumpió Gaudiosa sollozando.

—¿Pero permaneció indiferente á vuestro amor? ¿Qué hizo, qué dijo, cuál fué su conducta?

Gaudiosa, loca de armor y de celos, salvó la valla y comenzó á decir con voz firme, pero con ademan febril:

—Cuando apareció ante mis ojos el hombre idolatrado que debia recompensar toda mi ternura, el hombre que mi destino, cansado de sus rigores, ponia en mi presencia como una compensacion á mis sufrimientos, que, aunque imaginarios, no eran ménos horribles, el bizarro doncel que yo habia adorado tan ciegamente en mis nacarados ensueños... ¡oh crueldad! me dijo que amaba á otra, en el momento mismo en que yo me felicitaba de haber salvado su preciosa existencia de las garras de la muerte, su existencia, que yo pensaba conservar exclusivamente para mí... ¡Y tan solo me ofreció una amistad yerta y fria, desconociendo los inmensos tesoros de amor que mi corazon guarda para él!—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuán desgraciada soy!

Y la desventurada jóven, cruzando sus manos convulsivamente, alzó sus ojos al cielo con un dolor infinito, en tanto que las estrellas se retrataban en las abundantes lágrimas que surcaban sus megillas.

—¡No! no, por Dios, dijo Pelayó, que habia visto confirmarse sus sospechas, yo no puedo soportar este espectáculo que desgarra mi corazon; es necesario... mi deber y

mi pasion lo exigen, el cielo y la tierra lo ordenan... es necesario que yo os revele un secreto terrible, vos lo sabreis todo ahora mismo, y entonces...

—No, Pelayo, ahora no, os lo ruego... por caridad, por lo más sagrado que exista... En este momento en que mi corazon destrozado quiere arrancarse á pedazos, no me digais nada... Sea la sentencia de mi vida ó de mi muerte, yo no me atrevo á escucharla, no quiero oirla.—¡Oh vergüenza!

Y Gaudiosa, confusa, ruborizada y ligera como una cervatilla, se alejó de Pelayo, dirigiéndose á la escalera de la torre.

El caballero se interpuso diciendo:

—¡Deteneos, Gaudiosa!—Es muy importante lo que tengo que revelaros.

—¡Oh! Dejadme por piedad.

En aquel instante se oyeron tres golpes lentos y sonoros en la poterna de la torre, cuyas puertas estaban forradas con planchas de hierro.

—¿Quién es? preguntó dentro una voz.

—Abrid, respondieron fuera.

—Sin duda es vuestro amigo, que al fin ha cumplido su palabra, dijo Gaudiosa.

—Gracias, Dios mio, exclamó lleno de júbilo Pelayo; al fin llegó el momento de abrazar á mi amado Sisebuto.

Y ambos se apresuraron á bajar las escaleras.

CAPITULO XXXII.

Las dos amigas.

Aquel insólito llamamiento puso en grande alarma á los escasos habitantes de la Torre de las Cadenas, en la cual de ordinario reinaba un silencio sepulcral. El viejo Hermenegildo, que habia acompañado á su señor en su peregrinacion á Tierra Santa, y que ahora hacia las veces de alcaide y escudero, el conde don Iñigo, su hija Gaudiosa y Pelayo, accidentalmente, eran los que habitaban la misteriosa torre, de la cual ya hemos dicho se contaban en la comarca mil fabulosas historias, acaso por su proximidad á la cueva de la penitente. Grande fué la sorpresa de don Pelayo cuando al bajar acompañado de Gaudiosa, vió al alcaide con una antorcha en la mano que precedia á un caballero, al cual conducia hácia el aposento del conde don Iñigo. El jóven exhaló un ligero grito, su semblante se cubrió de una palidez espantosa, un extremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo, é involuntariamen-

te llevó su mano á la empuñadura de su espada. A la dudosa luz de la antorcha, Pelayo habia reconocido al caballero.

—¿Es tal vez vuestro amigo Sisebuto? preguntó Gaudiosa en extremo sorprendida de la súbita turbacion del jóven.

—Sí, no hay duda... le he reconocido... ¡Es él! decia Pelayo como hablando consigo mismo.

—¿Pero quién es?

—Vuestro esposo.

—¡Mi esposo! ¿Estais en vos?

—No tengais la menor duda.—El caballero que ahora mismo está hablando con vuestro padre, es el conde Gudila, vuestro prometido.

—¡Dios mio! ¿Será posible? exclamó Gaudiosa juntando sus manos con desesperacion.

—Su repentina llegada á estas horas me dá mucho en que pensar...

—¿Pero vos le conoceis?

—Demasiado. ¡Ojalá no le conociese!—Os ruego encarecidamente procureis por todos los medios posibles que ese hombre ignore que yo me encuentro aquí.—No olvideis hacerle la misma prevencion á vuestro padre... ¡Adios, Gaudiosa! Yo me retiro á mi aposento, donde permaneceré oculto hasta saber si solamente el objeto de vuestro enlace le ha traido á esta torre... O mucho me engaño, ó tal vez sean muy otros sus intentos.—¡Adios!

Y así diciendo don Pelayo desaparcció rápidamente, dejando á la doncella estupefacta, sumergida en un mar de confusiones. A poco volvió á salir el anciano Herme-

negildo del aposento de su señor, y bajó al patio, en el que se veía un escudero con dos caballos del diestro, algunos hombres, entre los cuales uno se distinguia por su trage hebreo, y una litera con las cortinas corridas. Los caballos fueron conducidos á las caballerizas, á los escuderos se les designó habitacion correspondiente, y despues, dirigiéndose á la litera, el viejo alcaide dijo con voz en que se revelaba el más profundo respeto:

—Señora... Tened la bondad de seguirme.

Una jóven alta y esbelta, de hermoso, aunque pálido semblante, y completamente vestida de negro, salió de la litera, y silenciosa, como una estátua que tuviese movimiento, siguió al anciano. Gudila, entretanto, habia puesto fin á su entrevista con el conde don Íñigo, y acompañado del judío de que hemos hablado, se retiró á su estancia, situada en el piso principal de la torre. Cualquiera creería que en atencion á lo avanzado de la noche, el noble godo debia pensar en entregarse al descanso; pero no sucedió así. Despues de haber cerrado por sí mismo la puerta de su habitacion, tomó asiento en un magnífico sillon con remates dorados, verdadera obra de escultura, y dirigiéndose al hebreo, preguntó:

—¿Conque hoy habeis recibido un mensage del rey?

—Si, señor.

—¿Y qué dice?

—Me habla de muchas cosas reservadas; pero con respecto á vos, me manifiesta su voluntad de que volvais al punto á Toledo.

—¡Es extraño!—Me habia dado órden de que le aguardase en Córdoba.

—Es que S. A. ya no dejará la corte tan pronto como pensaba hacerlo, á causa de que los moros han abandonado completamente el suelo español.

—Pero dicen que acaso intenten otra espedicion aun más importante que la pasada, y en ese caso...

—Permitidme, señor, os diga estais equivocado.—Los moros permanecen en la más completa inaccion, al menos por ahora.

—¿Estais seguro, Daniel?

—Porque lo estoy, se lo he manifestado así al rey, nuestro señor.

Y el judío inclinó la cabeza en señal de respeto hácia la persona que acababa de nombrar, aunque no por eso dejaba de mentir en aquel instante con el descaro y aplomo que le eran característicos.

—En ese caso, partiré mañana mismo, dijo Gudila haciendo un gesto que podia traducirse muy bien en estas palabras:

—«A fé mia, que lo siento.»

Poco á poco la fisonomía del noble godo fué tomando una expresion ceñuda; seguramente la impensada noticia de su repentina marcha le habia contrariado en extremo. Daniel le contemplaba impasible, pero sin perder el más mínimo de los movimientos de su rostro.

—Ahora bien, dijo Gudila despues de algunos minutos de profunda reflexion, ¿os habeis enterado de las órdenes del rey con respecto á la crianza del niño?

—Sí, señor.—La nodriza continuará oculta en la fortaleza de Jerez, donde la habeis dejado, y podeis asegurar á S. A. que en todo será obedecido puntualmente.

—Está bien; retiraos.

—¿Conque mañana partís?

—Sin falta.

—Pues os deseo buen viaje.

—Ya nos veremos antes.—¿No os quedais aquí esta noche?

—No, señor; ahora mismo vuelvo á la fortaleza de Jerez.—El pastor nunca debe abandonar su rebaño, ni el general sus tropas, ni el soldado su puesto.

—Sois muy previsor.—No en vano dice el rey que sois tan inteligente como leal.

—No hago más que cumplir con mi deber, repuso el judío inclinándose hipócritamente.—Adios, señor.

—Adios.

Intranquilo y penoso fué el sueño de Gudila. Muy de mañana se levantó al dia siguiente y se dirigió al aposento del conde don Íñigo. Hallábase este levantado y paseándose por su habitacion, grave al parecer y cuidadoso. Era el conde don Íñigo un hombre de más de sesenta años, de elevada estatura, de noble fisonomía y descarnado, pero todavía vigoroso.—Sus costumbres austeras, su silencio casi contínuo, su frente altiva y ceñuda, hacian de él un personage severo, adusto y glacial, pero dotado de un prestigio irresistible.—En su juventud habia sido tan valiente como hermoso, brillando en la corte de Witiza, cuya hermana se habia prendado de sus gracias hasta el extremo de conceder á su amante algunas secretas y amorosas entrevistas, fruto de las cuales fué la encantadora Gaudiosa. El rey Witiza, informado al fin de las relaciones de su hermana Clotilde con el conde, espió, acompañado de otro

caballero, el instante en que don Íñigo salia por el postigo de un jardin de ver á su amada. —Aquella noche precisamente Clotilde acababa de dar á luz en el secreto de su infortunio á la niña Gaudiosa, la cual llevaba oculta su padre debajo de su capellina para darla á criar secretamente.—De improviso el rey y su compañero se precipitaron sobre el conde don Iñigo, que se defendió heróicamente procurando defender al tierno fruto de su amor; aunque todo su esfuerzo hubiera sido vano, si el leal y valiente Hermenegildo, que estaba escondido en un parage poco distante de allí, no hubiese acudido al ruido del combate en socorro de su señor. Witiza y su compañero desaparecieron temiendo ser conocidos, y desde aquel dia juró la completa ruina de don Íñigo, que por su propia seguridad se vió obligado á ausentarse de la corte.—Extremado é implacable fué el furor que se apoderó del rey cuando se apercibió de la deshonra de su hermana. En vano por medio de sus amigos manifestó el conde que estaba dispuesto á reparar su falta entregando su mano á Clotilde; pero el rey jamás quiso consentir en esta union.—Al contrario, ardiendo en ira, insultó brutalmente á su hermana y la encerró en un convento, en donde la infeliz murió á poco de vergüenza y desesperacion, privada de la vista de su hija y de su amante.—Desde esta época el corazon de don Íñigo se cubrió de luto, y entonces fué cuando para cumplir un voto hizo su peregrinacion á Jerusalen, acompañado de su escudero Hermenegildo. De vuelta de su viaje, el conde don Íñigo, siempre triste, sério y extremadamente rígido en sus costumbres, se dedicó con toda su alma á la educacion y cuidado de su querida Gaudiosa, á la cual siempre ocultó el

secreto de su nacimiento.—Y como sabia que el rey Witiza era implacable en sus venganzas, eligió para su retiro la misteriosa y solitaria Torre de las Cadenas, donde pudo vivir completamente seguro de las asechanzas de su poderoso enemigo, que hasta ignoraba la existencia del infortunado amante de su hermana. El conde, favorecido de las damas y de la fortuna en su juventud, habia sido de carácter ligero y galanteador; pero despues, aleccionado por los rudos golpes de una adversa suerte, se habia convertido en un hombre absolutamente distinto. Ya hemos dicho que era hermano de la esposa del duque Theofredo, y por consiguiente tio de don Rodrigo.—Así, pues, cuando su sobrino ocupaba ya el sólio español, fué cuando se decidió por varias causas á salir de su retraimiento y hacer un viaje á la corte, llevando consigo á su hija, á la cual conoció entonces Gudila, quien se la pidió á su padre por esposa. No le parecia mal á don Íñigo este enlace, perteneciendo como pertenecia el pretendiente á una de las más nobles familias godas, por lo que concedió la demanda á Gudila, si bien con la condicion de que se aplazase esta union atendiendo á la tierna edad de Gaudiosa. Formalmente comprometido don Íñigo, habia propuesto á su hija esta boda, y no fué poco su descontento y sorpresa al encontrar una resistencia tan inesperada como incomprensible, en virtud á que no era ni remotamente probable que la jóven hubiese entregado su corazon á ningun otro. No obstante, como ya sabemos, don Íñigo era hombre de una voluntad firme é imperiosa, y por consiguiente á todo se manifestaba dispuesto menos á ceder en su propósito, á pesar de que, padre cariñoso como lo era, le disgustaba

en sumo grado la necesidad que se habia impuesto de violentar el corazon de su amada hija. En esta contrariedad de ideas y de sentimientos se hallaba envuelto el conde don Íñigo cuando Gudila se presentó en su aposento.

—Os estaba aguardando con impaciencia, dijo el conde.

—Estoy á vuestras órdenes.—Precisamente en este momento tambien tengo necesidad de hablaros, pues dentro de breves instantes deberé partir.

—¡Cómo! ¿Es posible?

—No puedo dejar de obedecer al rey.

—¿Pues no me dijísteis anoche que os detendríais aquí algunos dias?

—Sin duda; pero despues he recibido órden de apresurar mi partida.

El conde miró á Gudila con aire de sorpresa.

—Veo que esta novedad os maravilla; mas no sucederá así cuando os manifieste que el judío que anoche salió de esta torre, ha sido quien me ha transmitido la órden del rey.—Ahora bien, ya conocereis cuánto me contraría semejante incidente, privándome de la satisfaccion de habitar con vos algun tiempo, durante el cual, á fuerza de sumision y respeto, me hubiera granjeado sin duda el cariño de la inocente Gaudiosa.—Tengo mala estrella, don Íñigo; estoy al servicio del rey, me manda partir al punto, y aunque mis sentimientos personales...

—Sí, sí, lo primero es el servicio del rey.—Tambien mis planes se trastornan con vuestra marcha tan repentina, pues en efecto, algunos dias de trato con un caballero tan cumplido como vos, habrian hecho nacer en el corazon de mi hija un sentimiento el cual hasta ahora le es

desconocido.—Cada dia mis fuerzas se disminuyen, mi vida se va extinguiendo como la luz de una antorcha, muy pronto habré desaparecido de la tierra, y me será muy doloroso morir sin dejar á mi adorada hija á cubierto de las tempestades del mundo y de las pasiones con un esposo tierno y virtuoso.

—¡Oh! ¡Gracias, señor! exclamó gozoso Gudila, vuestras palabras me hacen dichoso, puesto que me dais en ellas la esperanza de poseer el objeto de mi más ardiente amor.

—Yo habia pensado en que vuestro enlace se efectuara dentro de algunos dias; pero vuestra partida...

—No será obstáculo, porque tan luego como llegue á la corte, revelaré al rey mi pasion, que hasta ahora le he ocultado, le pediré su permiso, y estoy seguro de obtenerlo, de manera que muy pronto volveré á unir mi suerte para siempre á vuestra encantadora hija.

Una sonrisa de satisfaccion paternal iluminó las facciones casi contínuamente anubladas del noble don Íñigo. En aquel momento se abrió la puerta y se presentó la jóven Gaudiosa resplandeciente de hermosura, como una luminosa aparicion, dejando turbado á Gudila, que, conmovido y deslumbrado por tal belleza, se apresuró á saludar con la más insinuante cortesía. La candorosa doncella habia acudido al aposento del conde, segun su tierna y poética costumbre de visitarlo todas las mañanas para informarse de su salud. Don Íñigo tendió á su hija la mano, que esta besó con respeto, en tanto que el anciano estampó un beso paternal sobre la frente cándida y serena de la hermosa vírgen. Gudila contemplaba con grata emo-

cion aquella escena encantadora de ternura filial. La jóven, que ya sabia quien era el desconocido, puesto que Pelayo se lo habia manifestado, fijó una mirada llena de graciosa timidez en el hombre que, acaso sin saberlo, la causaba tantos y tan amargos sinsabores.

—Hija mia, dijo el conde despues de un momento, tengo el gusto de presentarte á este noble caballero, á quien celebraré mires desde hoy como á una persona de nuestra propia familia.

—Y yo, bella Gaudiosa, me consideraré el más feliz de los mortales, si os dignais concederme una mirada de vuestros ojos, una sonrisa de vuestros lábios y un pensamiento de vuestra alma, dijo Gudila con la más amorosa efusion.

Gaudiosa, pálida, trémula y con los ojos fijos en el suelo, no halló una sola palabra que responder.

—Ya te he manifestado otras veces mi voluntad, continuó don Íñigo, y hoy tengo el placer de anunciarte que muy pronto se habrán cumplido mis deseos, que deben ser tambien los tuyos.

—Puedo aseguraros, Gaudiosa, que solamente la próxima esperanza de ver realizados los más bellos ensueños de mi vida, me hace no morir de desesperacion cuando pienso que al instante debo abandonar esta torre... Pero ¿no me direis una palabra? ¿No abrigaré la esperanza de que durante mi ausencia me consagrareis un recuerdo? preguntó Gudila con sentido acento.

Don Íñigo miró á su hija con expresion que manifestaba sus deseos de que diese una respuesta.

—La voluntad de mi padre es muy respetable pa-

ra mí, murmuró la jóven con voz apenas articulada.

Y ruborizado el semblante y con el corazon destrozado, salió de la estancia á una señal del conde, que atribuyó la turbacion de su hija á la timidez propia de su edad y de su estado.

Así lo creyó tambien Gudila, que continuó aún por algunos momentos en su diálogo con el conde, acerca del proyectado y próximo enlace. Luego don Íñigo preguntó:

—¿Y no sabeis quién es esa dama que habeis puesto bajo mi custodia?—El rey mi sobrino no me dice nada de esto en la carta que me entregásteis anoche, pues solo se limita á encargarme que vigile cuidadosamente sobre ella.

Gudila, segun las instrucciones del monarca, respondió:

—Ignoro absolutamente su nombre.

—¿Y qué causa puede obligar al rey para obrar de esa manera?

—No puedo satisfacer vuestro deseo; la conducta del rey está envuelta en el misterio más profundo.

—Pero es una conducta extraña.

—Sin duda alguna; mas yo no he tenido otro remedio sino obedecer, y aunque...

—En fin, ante todo es el servicio del rey; suya y no nuestra será la responsabilidad, si hay en esto algo de injusticia ó de violencia, interrumpió el anciano Íñigo.

—Tengo tambien que advertiros de parte de S. A. que prodigueis á esa dama los cuidados más afectuosos, á causa de la tristeza de que se halla dominada.

—Sobre eso será complacido... Mi amada hija se ocupará con gusto en velar por esa afligida señora.

—Es muy posible, continuó Gudila, que algunas personas intenten arrebatarla de vuestro poder, si llegan á averiguar su paradero; y si tal cosa sucediese, estoy seguro que nada podria contrariar más cruelmente la voluntad del rey, nuestro señor, y por lo tanto convendrá que tengais sobre ella la más exquisita vigilancia.

—Descuidad que lo haré así.—Yo tambien espero hallar al rey dispuesto en mi favor, y no dudo que muy en breve tendré la satisfaccion de volveros á estrechar entre mis brazos.

Pocos momentos despues se alejaba Gudila de la Torre de las Cadenas, dejando á don Íñigo lisonjeado con la esperanza de que su hija pronto estaria libre de quedar sobre la tierra abandonada y huérfana. Sin embargo, la situacion de Gaudiosa era en aquellos momentos terrible y desesperada. Cuando la jóven salió del aposento de su padre, se dirigió inmediatamente á una estancia, la más suntuosa de la torre, en la cual se veia una mujer de negros cabellos y pálido semblante. Gaudiosa saludó con afecto á la silenciosa jóven, que apoyando la frente en su mano, estaba sentada junto á una mesa en una actitud llena de gracia y meláncolico abandono.—Sus ojos estaban enrojecidos del llanto y del insomnio, pues, al parecer, toda la noche habia permanecido despierta y levantada. Y Gaudiosa notando que el lecho estaba intacto, preguntó con un acento en que se revelaba el más afectuoso interés:

—¿No os habeis acostado esta noche? ¿Qué teneis, señora? ¡Estais pálida!

Florinda fijó sus hermosos ojos en la jóven, y al ver

tanto candor unido á tanta bondad y belleza, no pudo menos de sentirse profundamente conmovida.

—¿No me oís, señora? insistió Gaudiosa con su voz de ángel.—Tened la bondad, si estais triste, de revelarme vuestras penas ó decirme en qué podré aliviaros; yo cifraré toda mi dicha, todo mi cuidado, en endulzar vuestros sufrimientos.

—¿Quién sois, encantadora niña, que así sabeis pronunciar palabras tan dulces y consoladoras como ya hace mucho tiempo no las he escuchado?—Si es verdad que no teneis corazon de fiera como los tiranos que aquí me han encerrado, decidme cuál es mi destino en esta torre sombría, qué piensan hacer de mí, y si sabeis algo de mi hijo, del hijo de mis entrañas.

Y la infeliz Florinda prorumpió en tan amargo llanto, que partia el corazon.

—¡Vuestro hijo!

—¿No sabeis nada?... Tened piedad, amable niña, tened piedad de una madre desolada... ¿No teneis vos madre?

—¡Ay!... No, repuso Gaudiosa suspirando.

—No importa; vos sois buena y generosa, vos tendreis compasion de mí, vos me direis dónde está mi hijo; me prometieron que al llegar aquí me lo entregarian, y...

—¡Yo, señora! exclamó Gaudiosa estupefacta.

Fueron tales el asombro y el dolor que se pintaron en el semblante de Gaudiosa, que la desdichada madre ya no pudo dudar de la sinceridad de la jóven.

—Pero decidme, preguntó Florinda, ¿vos no sabeis por qué y de parte de quién me encuentro aquí?

Florinda.

—Os diré cuanto sepa relativamente á vuestra persona.

—Decid, decid.

—Anoche estaba yo en la plataforma de la torre con un gallardo caballero que aguardaba á un amigo suyo... en fin, ya os contaré esta historia más adelante, dijo Gaudiosa con los ojos anegados en lágrimas.

Luego continuó:

—De pronto oimos llamar á la puerta, y creimos sin la menor duda que sería el amigo del tal caballero; pero cuál no sería mi sorpresa cuando despues supe que en la litera habia venido una dama vestida de negro, acompañada de algunos hombres que parecian esclavos judíos, y que el caballero que os acompañaba, llamado Gudila, era mi prometido, puesto que mi padre se ha empeñado en que le dé mi mano, y... no será así, porque yo no puedo amar á ese hombre.

Florinda á su vez se manifestó tan sorprendida como antes lo habia estado Gaudiosa.

—¡Gudila! exclamó. ¿Es ese el esposo que os destina vuestro padre?

—Sí, señora.—Vos debereis conocerlo.

—Demasiado.—¡Ojalá no le conociese!

—¡Es extraño! exclamó Gaudiosa juntando las manos con la más profunda admiracion.

—¿Qué quereis decir? preguntó Florinda. ¿De qué os admirais?

—Ya vereis, señora, cómo tengo razon para admirarme.—Cuando el buen Hermenegildo os abrió la puerta, nosotros vimos á la luz de una antorcha á Gudila, al cual

reconoció al punto el bizarro doncel que habita en esta torre.—Sus facciones se demudaron horriblemente, y habiéndole yo preguntado si conocia á aquel caballero, me contestó: «*Demasiado... ¡Ojalá que no le conociese!*» es decir, que pronunció las mismas palabras que vos acabais de pronunciar.—Y hé aquí la causa de mi sorpresa.

Es indecible la expresion que tomó en aquel momento el semblante de Florinda.—El más vivo carmin coloró sus megillas, los latidos de su corazon querian romper su pecho, y fué tal la agitacion de su espíritu, que tuvo necesidad de levantarse y dar algunos por la estancia. Al fin consiguió serenarse algun tanto y volvió á tomar asiento, murmurando con aire incrédulo:

—¡Imposible! ¡Imposible!... ¡No es él!

Luego, dirigiéndose á Gaudiosa, dijo:

—Continuad, amable niña, continuad vuestro relato.—Me ha sorprendido en efecto esa idéntica exclamacion que habeis referido.

—No es eso todo, continuó la inocente Gaudiosa, sino que el caballero me suplicó que procurase por todos los medios posibles el que Gudila ignorara su presencia en esta torre, hasta no saber sus intentos de los cuales desconfiaba.

—¡Él! ¿Os ha dicho él eso? preguntó Florinda con una entonacion tan singular, que no pudo menos de sorprender á la cándida doncella

—¿Y qué tiene eso de extraño?—Si es su enemigo, ha hecho muy bien en tomar tales precauciones.

—Sí, sí, ha hecho muy bien, repitió Florinda con voz sorda.

—Y basta que sea su enemigo para que yo rehuse con más razon la mano de Gudila, pues si antes no podia amarlo, ahora ya le aborrezco.

—¿Y por qué? preguntó Florinda trémula y turbada.

—Porque he oido que vos le habeis dado el nombre de tirano, puesto que él es quien os ha encerrado en esta torre, y además, porque... yo amo con delirio al noble doncel de que os he hablado.

Y así diciendo, la encantadora jóven palpitaba de emocion y de ternura.—Cien puñales que se hubiesen clavado en su pecho no habrian desgarrado tanto el corazon de la infeliz Florinda, que acababa de sorprender en las últimas palabras de Gaudiosa el entusiasmo de una pasion ardiente é inextinguible. Tal es el corazon humano. Era indudable que Florinda, despues de la horrible extension de su desgracia que la habia conducido hasta ser madre, daria la existencia por ahorrarse el rubor de presentarse ante el hombre que habia adorado con tan ciega idolatría, que ni un momento habia cesado de amar, y que aun lo amaba acaso más que nunca.—Era tambien cierto que la desventurada hija de don Julian habia perdido para siempre la esperanza de su amor; ella no podia poseer á Pelayo, ni este tampoco, aunque la amase, podia aspirar á su posesion.—El destino con mano inexorable habia levantado entre aquellos corazones tan fieles y tan amantes un muro de bronce, un abismo de deshonra, un infierno de desesperacion. Todas estas reflexiones se agolparon rápidamente en tropel á la mente de la infortunada Florinda, que, no obstante, tanto temia encontrar á Pelayo enamorado, como temblaba al pensar que fuera indiferente.—El amor era

inútil, porque carecia de esperanza; la indiferencia era cruel, porque suponia olvido. ¡Terrible situacion! Sin embargo, Florinda, á pesar de sus sospechas, no podia resignarse á creer que Pelayo fuese el ídolo de la encantadora Gaudiosa.—¿Cómo se encontraba allí? ¿Era verosímil que su amor ardiente se hubiese cambiado tan pronto? ¿Tan pronto su corazon destrozado estaba abierto á otra nueva pasion? ¿No era tambien muy posible que algun otro, por enemistad ú otras causas, tuviese interés en recatarse de Gudila? ¿Por qué habia de ser precisamente Pelayo? Florinda se aferró á este pensamiento como el náufrago se abraza con la tabla en que cifra su última esperanza. Hay momentos en la vida en que diéramos tesoros porque fueran una verdad los más insensatos delirios de nuestra mente; pero tambien hay momentos en que las verdades más claras deseáramos fuesen delirios.—En este caso se hallaba Florinda. Todas sus dudas hubieran podido disiparse solo con preguntar el nombre del misterioso doncel; pero no se atrevió á hacer esta pregunta, temerosa de destruir su ilusion. Al fin dijo:

—¿Conque vos ignorais quién soy yo y por qué me encuentro aquí?

—Lo ignoro absolutamente; pero quien quiera que seais, no se me ha ocultado que sois muy desgraciada; yo tambien, señora, padezco horriblemente, y seré capaz de comprender vuestros pesares.—¡Ah! ¡Yo tambien soy muy desdichada!

Y así diciendo, gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Gaudiosa.

—¿Por qué llorais, amable niña, cuando estais en la

edad en que todo debe sonreiros?—Decís que padeceis horriblemente. ¿Cuál es la causa de vuestras penas? Sed franca conmigo, yo sabré consolaros, y si quereis, seremos amigas, dijo Florinda cariñosamente tendiendo su mano á la doncella.

—Sí, sí, seremos amigas, juntas lloraremos las dos, y juntas sabremos consolarnos.

—Hija mia, los dichosos tienen duro el corazon; solamente los desgraciados saben comprender la desgracia; por eso os ofrezco mi amistad, y si el nombre de amiga os parece poco, sustituid el de hermana, yo lo seré, una vez que el cielo jamás me dió las caricias de un hermano ni los abrazos de una madre.

—¡Ah, señora!—Yo tampoco he conocido á mi madre.

—Hay en nuestros destinos una gran semejanza.

—Las penas comunicadas dicen que se alivian.

—Es el único consuelo de los desgraciados.

—Yo sentiré las vuestras.

—Cada una de nosotras tomará sobre sí una parte del dolor ageno, aliviando á la otra de su pena.

—¡Cuán buena sois!

—Nunca pensé hallar en esta mansion, y cuando menos lo esperaba, un alma tan cándida y generosa.

Y ambas jóvenes se abrazaron formando un grupo encantador. Nada más lindo, ni más gracioso, ni más tierno, que el espectáculo interesante que presentaban aquellas dos cabezas, tan jóvenes y hermosas, confundidas en un abrazo, como dos flores cuyos cálices se besan á impulso del viento, semejantes á dos tortolillas que juntas lloran su viudez entonando roncos arrullos sobre una rama

florida. Gaudiosa, de mediana estatura, de rubia cabellera, de cútis blanco como el mármol de Páros, de ojos azules que respiraban ternura y candor, diáfana, vaporosa, delicada, ideal, tenia la belleza de la inocencia. Florinda, de estatura gentil y magestuosa, de cabellos de ébano, de ojos negros rodeados de un círculo azulado, cuyo efecto aumentaba la magnífica profusion de sus pestañas, de rostro perfectamente ovalado, cuyo recto perfil manifestaba cierta altivez, pálida y llorosa, tenia la belleza de la desgracia. La hija de don Ínigo era una sensitiva que al primer soplo del ábrego habia empezado á doblar tristemente su tímido cáliz. La hija de don Julian era una azucena, que rica de fragancia y granos de oro al desplegar sus altivas galas en el jardin, un insecto roedor se habia apoderado de su seno desgarrando sin piedad su inmaculada pureza. Ambas jóvenes se sintieron más consoladas cuando vertieron recíprocamente sobre sus megillas el delicioso llanto de la amistad.

—Vos tan jóven, tan pura y tan hermosa. ¿Qué motivos teneis para consideraros tan desdichada? preguntó Florinda.

—¡Ay, amiga mia! Cuando he venido á visitaros, acababa mi padre de decirme en presencia de Gudila, que ya debia de mirarlo como á una persona de nuestra propia familia.—¿Os parece que no tengo motivos para llorar?

—Yo no creo esa desgracia tan grande como vos decís.

—Pues yo no puedo imaginar otra que más destroce mi corazon.—Hace mucho tiempo que mi padre no me habia hablado de este casamiento desde una ocasion en

que, irritado por mi negativa, me manifestó terminantemente que entregaria mi mano á Gudila, ó que, de lo contrario, me encerraria en un convento.

—¿Y creeis que vuestro padre sea capaz de cumplir su amenaza?

—¿Quién sabe?—Tal vez sí.

—Segun eso, ¿estais dispuesta á tomar el velo?

—Mil veces antes que casarme con ese hombre.

—¿Pero tanto amais á ese misterioso caballero de que me habeis hablado? preguntó Florinda temblando.

—Le amo con delirio, con pasion, con frenesí, es mi primer amor, es el doncel de mis sueños, no podré olvidarlo nunca.—O soy suya ó de nadie; me encerraré en un claustro; me consagraré al Señor y eternamente lloraré mi desdicha, si el cielo no me concede la ventura de llamarme su esposa.

Y la doncella hablaba con resolucion, con verdad, con todo el fuego de una pasion inmensa.

—¿Y cuándo le habeis conocido?

—Es una historia muy peregrina.—Si quereis os la contaré.

—Tendré mucho gusto en oirla.

—El anciano Hermenegildo, mi padre y yo, somos los únicos habitantes de esta solitaria torre.—Aquí pasaba una existencia oscura y tranquila, pero feliz; cuando hé aquí que una noche llaman á mi habitacion y me encuentro con la penitente, es decir, una virtuosa anciana que habita en una cueva cerca de la Cruz del lloro, aquí, al pié de esta torre.—La pobre mujer traia un bulto cubierto con un manto, y subió jadeante y casi sin aliento.

Ella es un alma santa, y más de una vez ha traido aquí ya algun pobre peregrino extraviado para que se albergue, ya algun pechero desmayado de hambre para suministrarle algun alimento.—Aquella noche, cuando descubrió su pesada carga, se presentó á mis ojos un espectáculo aterrador.—Era un jóven caballero horriblemente ensangrentado, perdido completamente el sentido, y sin esperanzas de tornar en sí de su letargo.—No podeis figuraros, amiga mia, la impresion tan profunda é inexplicable que produjo en mí la vista de aquel jóven, cuyas facciones, aunque pálidas y demudadas, constituian el tipo perfecto de la hermosura varonil, el bello original de un modelo, de una sombra que mi imaginacion se habia fingido, sombra y modelo que yo adoraba ya; y al ver al gallardo caballero no pude menos de idolatrarle, ó por mejor decir, continuar amándolo con la misma pasion que adoraba su imágen, pues yo le conocia de antemano como si antes de nacer nuestras almas se hubieran tocado en la esfera celeste.

Florinda escuchaba gratamente sorprendida el relato extraordinario de aquella jóven entusiasta, en cuyas palabras se traslucia á un mismo tiempo la pureza más platónica y el fuego más apasionado.

—No acierto á comprender, dijo Florinda, una pasion tan extrañamente concebida, á la par que me maravilla el que amáseis un retrato perfecto del que aun no conocíais.

—Hay una edad en la vida, repuso Gaudiosa, en que el alma experimenta la necesidad de amar, y entonces el amor adora al mismo amor como un cielo que se refleja

en sí mismo cuando no tiene un objeto exterior en quien prodigar todos los tesoros de su ternura... Escuchadme, amiga mia.—Yo tocaba el umbral florido de la juventud, una ansiedad vaga se habia apoderado de mi corazon, un sentimiento desconocido, una misteriosa tristeza que tenia un no sé qué de suave y vago como la tímida luz del crepúsculo.—Aquel afan, aquel misterio, aquella luz desconocida, era la rosada aurora de un hermoso dia, era el ocaso de mi infancia, era el oriente de mi juventud.—Una noche, cuando el sueño extendió sobre mis ojos sus alas silenciosas, me encontré perdida en un bosque de sin igual frescura y lozanía; árboles, torrentes, rios, tierra y cielo ostentaban en aquella especie de paraiso más verdura, más armonía, más cristales, más flores y más estrellas.—Este mundo en que vivimos era un informe caos, un pálido bosquejo de aquel mundo ideal y deslumbrador de luz y de colores que mi alma me fingia en las tinieblas de un sueño.—De pronto me sentí caer en las espumosas aguas del torrente, extendí mis manos convulsas, la pálida muerte se me presentó de cerca, mis cabellos se erizaron, mi terror fué grande como ningun pecho humano lo sintió jamás...

—¡Horrible sueño! exclamó Florinda.

—Perdida la esperanza de salvarme, cerré los ojos, murmuré una oracion, y me abandoné al hirviente remolinó de las aguas cuya blanca espuma iba á servir de movible losa á mi sepulcro ignorado... Cuando abrí los ojos me encontré ilesa en un bosque de naranjos floridos junto á un jóven caballero armado de punta en blanco y hermoso como el sol de la mañana.—Quise articular algunas

palabras para significarle mi agradecimiento, y entonces el doncel, mi bello libertador, con un gracioso ademan, me señaló una senda que debia seguir, y luego desapareció.—¡Era él!

—¡Quién! ¿Qué quereis decir? preguntó Florinda cada vez más sorprendida de aquella extraña narracion.

—Cuando desperté por la mañana noté que una completa revolucion se habia obrado en todo mi sér, alguna cosa habia pasado en mi alma, un sentimiento más se hallaba en mi corazon, me habia dormido niña y habia despertado jóven, la imágen del mancebo me perseguia por todas partes, estaba enamorada.

—¡De una sombra!

—Sí, de una sombra, de un sueño, del gallardo caballero que fué mi libertador.—Así pasó mucho tiempo, hasta que por fin, como os he dicho, el jóven caballero era el herido que traía la compasiva penitente, el mismo que ahora habita en este castillo.

—¡Es posible! ¿Tiene precisamente la misma figura que vuestro soñado amante?

—La misma.—¡Es él! ¡Y le amo tanto!

—¿Y cuál fué la causa de su desgraciado duelo?

—Respecto á eso ha guardado conmigo la más absoluta reserva.

—Pero en fin, ¿os casareis con Gudila?

—Jamás, jamás, ya os lo he dicho, ó suya, ó tomaré el velo de las vírgenes del Señor.

—¿Y por qué no descubrís ese amor á vuestro padre?

Los ojos de la hermosa doncella se llenaron de lágri-

mas, y permaneció silenciosa y triste recordando el terrible secreto de que le habia hablado el bizarro doncel la noche anterior en la plataforma de la torre y que ella no tuvo valor para escuchar. Luego, cambiando bruscamente el giro de la conversacion, dijo:

—¿Os encontrais bien en esta habitacion?

—Perfectamente, amiga mia.

—Venid, dijo Gaudiosa abriendo las ventanas que daban al campo y conduciendo hácia ellas á Florinda, venid y mirad el hermoso valle que desde aquí se descubre... Ved... aquella es la cueva donde habita la penitente, y hé allí la Cruz del lloro al pié de la cual cayó bañado en su sangre el infeliz mancebo.

Los rayos del sol de la mañana penetráron en la estancia, y la infortunada Florinda, despues de mucho tiempo, pudo respirar por la primera vez un aire puro y libre, contemplando con éstasis el cielo y el risueño paisaje que se desarrollaba ante sus ojos.

—¡Cuán expléndida se ostenta la naturaleza! exclamó Florinda dando treguas por un momente á sus dolores. ¡Qué hermoso cielo! ¡Qué ambiente tan perfumado!... Si esta es una prision al fin, habrá sido la menos penosa de cuantas he padecido, gracias á vuestra generosa intervencion.

Y Florinda tendió afectuosamente su mano á la jóven Gaudiosa, que esta estrechó con muestras de la más sincera ternura.

—No, dijo la doncella, no permitiré que esta torre sea una prision para vos; al contrario, este retiro apacible y silencioso, en tanto que en él habitemos juntas, sabremos

hacerlo santa morada de la amistad; aquí vivireis libre, como mejor os plazca, y en mí tan solo encontrareis la tierna solicitud de la amiga más cariñosa.—¿Os parece, añadió con encantadora sonrisa, os parece que tengo yo trazas de carcelera?

—No por cierto; aunque tiranizais con vuestros encantos irresistibles.

Gaudiosa, abriendo una puerta que estaba en la misma habitacion y en la cual hasta entonces no habia reparado Florinda, dijo:

—Ved esta puerta que dá á una galería; en aquel testero está mi habitacion, y allí enfrente hay una capilla donde podeis ir cuando gusteis.—La oracion es para los desgraciados como el rocío para las flores.

—¡Oh, amiga mia! exclamó gozosa Florinda. ¿Cómo podré pagaros tantos beneficios?

—Con una cosa muy sencilla, amadme tanto como yo os amaré.

—¿Y podeis dudarlo, adorable niña?

Y ambas jóvenes, como para renovar su juramento de amistad eterna, volvieron á abrazarse, guardando durante algunos momentos un silencio harto más elocuente que las protestas más expresivas y verbosas.

—¡Cuánto siento vuestras amorosas penas! dijo al fin la hija de don Julian.—Si yo pudiera consolarlas...

—Todos los tormentos que pueda sufrir una mujer deben darse por muy bien empleados, tratándose de un hombre tan digno como el objeto de mi amor... ¡Si lo viéseis! ¡Qué continente tan varonil! ¡Qué ojos tan interesantes! ¿Qué vigor y al mismo tiempo qué grave magestad, y

qué hermosura brilla en todo su semblante!... Tiene el el aspecto un poco altivo; pero los hombres deben ser así. ¿No es verdad?

—Deseara conocerlo.

—Fácilmente puede cumplirse vuestro deseo; puesto que habita en esta misma torre, hoy mismo lo conocereis, y vereis cómo tengo razon al decir que es muy diferente de los demás hombres, respondió Gaudiosa entusiasmada al describir la varonil belleza del caballero.

—Es una crueldad que traten de daros un esposo á quien aborreceis.

—¡Ay! amiga mia, cuando recuerdo las palabras que hoy me ha dicho mi padre, no puedo menos de temblar por mi destino.

—Sin duda alguna, pobre niña, yo comprendo muy bien, porque lo sé por experiencia, cuán doloroso es perder la esperanza de un amor que llena toda nuestra alma, respondió Florinda trémula de emocion.—Me habeis avivado el recuerdo de mi amante con la pintura que habeis hecho del vuestro.

—Si ellos se conocieran, no podrian dejar de ser amigos, se querrian tanto como nosotras.

—Es muy posible.

—Pero ni un instante cesa de perseguirme el recuerdo desgarrador de la pérdida de mi adorado Pelayo...

Al oir este nombre Florinda hizo un movimiento tal de sorpresa, que Gaudiosa no pudo menos de admirarse extraordinariamente al notar la espantosa palidez y turbacion que se pintaron en el semblante de la infortunada prisionera.

—¡Amiga mia! ¿Qué teneis? preguntó Gaudiosa alarmada.

Florinda no respondió, continuando inmóvil, muda, con la mirada fija, pálida y desolada.

—¿Pero qué os ha sucedido? ¿Qué os ha dado?... Desechad esos funestos pensamientos que parecen agitar vuestro cerebro... ¡Amiga mia, por piedad! ¿No me oís?—Respondedme.

—¡Ah! pensaba Florinda, mis presentimientos se han realizado... ¡Era él!

Y con la más violenta agitacion empezó á pasearse por la estancia como fuera de sí. Luego, volviéndose á la atónita doncella y asiéndola fuertemente del brazo, exclamó con voz terrible:

—¡Pelayo! ¡Pelayo habeis dicho!... ¡Desgraciada! ¿En dónde, en dónde está? Vamos á verlo ahora mismo.

—¡Dios mio! ¡Qué horrible misterio! ¿Le conoceis tambien vos?

Florinda, sin hacer caso de esta pregunta y siguiendo el hilo de sus pensamientos, continuó:

—¡Ha estado herido!... Y hubiera podido morir sin yo verle en su postrer instante... ¡Qué horror! vamos, vamos.

Y así diciendo, procuraba arrastrar á la tímida Gaudiosa, que aturdida y llena de espanto, contemplaba las descompuestas facciones y extraviados ojos de Florinda. En el momento en que ambas salian de la estancia, se oyó una voz que entre irritada y sorprendida preguntó:

—¿Adónde vais?

Era la voz del conde don Íñigo que iba á hacer la primera visita á su prisionera.

CAPITULO XXXIII.

Despues de Dios la patria.

Mientras que ocurria la escena antecedente tenia lugar otra, no menos interesante para nuestra historia, en el aposento de don Pelayo. Apenas habia partido Gudila despues de su conversacion con el conde don Íñigo, cuando un caballero, montado sobre un poderoso corcel, se llegó á la cueva de la penitente, con la cual estuvo conversando algunos momentos.—El ginete se dirigió en seguida á la Torre de las Cadenas, llamó á la puerta, salió el alcaide Hermenegildo, cambió algunas palabras con el caballero, y por último abrió la poterna.—Don Pelayo habia estado toda la noche entregado á multitud de encontradas reflexiones.—Ya pensaba en la inesperada pasion de Gaudiosa, que no dejaba de interesar á su corazon; ya se afanaba por averiguar la causa de la repentina aparicion de Gudila en aquella torre; ya recordaba su triste suerte con respecto á sus amores, procurando en

vano adivinar el paradero de la hermosa cuanto desgraciada Florinda; y ya, finalmente, se inquietaba por la tardanza de su fiel amigo Sisebuto, tardanza que solo podia atribuir á algun desgraciado suceso en que el jóven caballero habría perdido tal vez la vida, supuesto que cumplido el plazo prefijado aun no habia aparecido. La amistad entre ambos jóvenes habia tomado cada dia un carácter más tierno, más íntimo, y hasta puede decirse más apasionado. Esta simpatia tuvo principio en la primera reunion celebrada en el monte Kalderino por los principales conjurados de la nobleza goda, en cuya asamblea se determinó el apelar al auxilio de los moros, determinacion que pareció harto afrentosa á Sisebuto, á pesar de haberla propuesto y defendido sus hermanos el arzobispo don Oppas y Ebba. Tambien Pelayo se declaró en contra de una resolucion que honraba tan poco á sus autores, y así lo manifestó valientemente en presencia de todos, inclusos el moro Alcama y su compañero. Aquella fué la primera mirada de amistad que cambiaron en su vida, pues á causa de las disensiones de sus mayores, los jóvenes Sisebuto y Pelayo en las pocas ocasiones que se habian reunido, se habian mirado siempre con cierta prevencion hostil. Y aunque ambos mancebos jamás se habian ofendido, no dejaba, sin embargo, de ser disculpable esta secreta propension á la enemistad. En efecto, el rey Witiza fué el que mandó sacar los ojos al duque Theodofredo, padre de don Rodrigo, y el mismo que tambien dió muerte por su propia mano al noble Favila, hermano de Theodofredo y padre de don Pelayo. Pero todas estas tragedias se habian dado al olvido por los dos jóvenes, no-

bles ambos, inocentes, generosos y desgraciados. El amante de Florinda, despues de una noche de insomnio y de inquietud, acababa de levantarse, cuando abriéndose la puerta de su aposento un jóven caballero se le presentó delante aguardando á que don Pelayo le reconociese.

—¡Qué veo! ¡Sisebuto! ¡Amigo mio!

—¡Pelayo!

Y ambos jóvenes quedaron unidos en un estrecho abrazo.

—¿Es posible? ¿Es verdad?... Ya no te aguardaba... ¡Oh venturosa sorpresa! Yo te estrecho contra mi corazon, y siento latir el tuyo... ¡Santa y pura amistad! Tú harás renacer mi dicha... en lo posible; mi espíritu abatido se vivifica en este abrazo.

—Querido Pelayo, este es uno de los momentos más felices de mi vida; habia temido perderte, cuando encontré el rastro de tu sangre junto á la Cruz del lloro; pero ahora tengo el placer de estrecharte entre mis brazos, ya no volveremos á separarnos... Pero estás muy pálido. ¿Fué muy grave la herida?

—Me he salvado casi milagrosamente, y de seguro hubiera sucumbido sin la solícita asistencia de una jóven que habita en esta misma torre.

—¡Vive Dios! ¡Cuán desgraciado fuiste en el duelo!

—Qué quieres, el azar, y no el valor y la justicia, es quien casi siempre decide los combates.

—Sabrás cómo tu enemigo tambien sucumbió al fin.

—¿Quién?

—Don Sancho.

—¿Murió en la batalla?

—No.

—¿Pues en dónde?

—Precisamente espiró en el mismo sitio en que caiste bañado en tu sangre.

—¡En la Cruz del lloro!

—Sí.

—¡Justicia del cielo!—¿Y quién le mató?

—Yo.

—¡Tú! ¿De veras, Sisebuto?

—Sí; estaba convencido de que te habia dado muerte, y quise vengarte.

—¡Amigo mio!

—Creí cumplir un deber sagrado.

—¡Gracias por tu adhesion! exclamó el hijo de Favila estrechando afectuosamente la mano de su amigo.

—No puedes figurarte la angustia que experimenté cuando, conforme á la cita que nos habíamos dado en la Cruz del lloro, vine y no te encontré al dia siguiente.

—Segun eso, tú fuiste más afortunado que yo, pues que venciste á tu enemigo.

—¿No te lo ha enviado á decir la penitente?

—Sí, lo he sabido por la jóven de que te he hablado antes.

—Pues bien, el conde don Fruela quedó tendido á mis piés, despues de un largo combate, á fé mia.

—¿Y saliste herido?

—No, felizmente.

—¿Y cuál ha sido la causa de tu larga ausencia? ¿En dónde has estado?

—En Toledo y en África.

—¡Cómo!

—En Toledo encontré á tu escudero Ferrandez ocupado por órden tuya en averiguar el paradero de tu amada.

Pelayo suspiró.

—¿Y no ha adquirido ninguna noticia?

—Ninguna.—Solo sabe que ya no está en la casa de recreo del rey don Rodrigo.

La noble fisonomía del jóven Pelayo se cubrió de una nube sombría al doloroso recuerdo de sus amores, orígen de todas sus desgracias.

—Y luego ¿qué causa te movió para ir á la Mauritania? preguntó Pelayo despues de algunos instantes de silencio.

—Ya sabes que yo tambien estoy enamorado...

—Sí, lo sé, y que eres más feliz yo.

—Fuí á buscar á mi amada en Toledo, y allí su nodriza me dió una carta en que mi querida Ildura me decia que habia partido para África, pues que su padre el duque Gundemaro ha sido el sucesor de don Julian, nombrado por el rey para gobernador de la Tingitania; é igualmente me manifestaba que su padre queria casarla contra su voluntad con el conde Elipando.—Ya comprenderás lo crítico de mi situacion, y por lo tanto me era indispensable partir al instante.

—Pues el conde Elipando ha sido siempre partidario de vuestra familia.

—En efecto, apenas le manifesté que yo era el amante de Ildura, el noble conde desistió de sus pretensiones.

—Te felicito por tu buena fortuna. Pero díme, ¿no

crees que el duque Gundemaro, hallándose en la Mauritania, podrá descubrir al rey la conjuracion?

—Al contrario, pienso que don Julian ha sabido atraerlo á su partido.

—Pero hallándose el duque al servicio del rey, esa conducta es infame.—Más noblemente obró don Julian, pues al menos, dejó de ser gobernador desde el punto en que fué enemigo de su rey.

—¡Y qué quieres! Todos los hombres no son iguales.

—¿Y has visto á tus hermanos?

—Sí, pero no en África.

—¿Pues en dónde?

—En Toledo.

—¡En Toledo! exclamó con asombro don Pelayo. ¿Y qué hacian allí?

—Conspirar.

—¿Y no temian que el rey los descubriese?

—Estaban disfrazados, lo mismo que yo.

—Segun el acuerdo de la junta del castillo de Consuegra, debian encontrarse en las inmediaciones de Jerez con los demás conjurados.

—Despues de la batalla, todos los descontentos han marchado á Africa, de modo que actualmente solo se encontrarán en estos contornos el gran sacerdote Samuel y sus satélites.

—¿Y el conde don Julian está tambien en Africa?

—Tambien.

—¿Y qué intentan tus hermanos en Toledo?

—¿Querrás creer lo que voy á decirte?

—Dí, pues nada me sorprenderá.

—Que mis hermanos se han recatado de mí.

—¡De veras!

—Como te lo estoy diciendo.

—¿Y por qué?

—Sin duda, respondió Sisebuto sonriéndose, sin duda me tienen por un conjurado sospechoso.

—¡Es posible! ¿Y á qué atribuyes esa extraña conducta?

—A nuestra amistad, y á la oposicion que hicimos cuando se trató de implorar el auxilio vergonzoso de los sarracenos.

—Pero así ponen la patria en peligro, precisamente cuando tratan de libertarla.

—Ellos no comprenden eso.

—En hora buena que se trate de destronar á Rodrigo; pero llamar extranjeros que á su vez quieran dominarnos, es un absurdo, y al mismo tiempo una traicion infame é indigna de los caballeros de España.

—Eso mismo les he dicho, pero inútilmente.

—¿De manera que tú no conoces su intento?

—Verificaban sus misteriosas reuniones en el palacio de Harpalús, donde habita un hebreo llamado Efraim, el cual creo se comunica con los esclavos judíos del palacio del rey, que está espiado incesantemente: así es que el tal Efraim transmite luego todas las noticias que adquiere al gran sacerdote por medio de otros judíos de su confianza.

—¡Raza maldita!

—Yo, sin embargo, he podido deducir que el encargo de mis hermanos se refiere á la organizacion secreta de

las tropas hebreas, las cuales en pequeñas partidas y disimuladamente deberán reunirse al ejército de los moros.

—Y el rey, ¿qué hace?

—Permanece en una inaccion incomprensible.

Don Pelayo pareció reflexionar profundamente.

—¿Y tú qué partido piensas tomar? preguntó al fin.

—Ya sabes que el rey es el enemigo más implacable de mi familia...

—Sí, sí, dejémonos ahora de esos recuerdos.

—Pues bien, á pesar de todo, yo no tomaré jamás las armas contra los guerreros de mi patria; no puedo pelear bajo las banderas del asesino de mi padre; pero permaneceré neutral.—¿Y tú?

Don Pelayo se puso espantosamente pálido.

—Ya sabes, dijo, que me ha robado la dicha, que me ha arrancado el corazon, y que eternamente me ha hecho infeliz.

—¿Y bien?

—Ha cometido el crímen más horroroso, ha cubierto de cieno su corona, es un mónstruo indigno de ver la luz; pero yo seré capaz de matarlo, antes que desenvainar mi espada contra sus tropas.

—Eres un noble caballero, querido Pelayo; nosotros dos seremos los únicos godos dignos de este nombre.—La gloria será el refugio de nuestra desgracia.

—¡Ay! amigo mio, tú no comprendes que hay infortunios que el mismo explendor de la gloria hace más insoportables.—El honor y el deber tan solamente me han dictado la resolucion que acabo de manifestarte.—¡Ojalá que, como en otro tiempo, la esperanza de una gloria im-

perecedera llenase mi corazon con todos los encantos de un primer amor! La brillante fama de los héroes sedujo un dia mis deseos soñando en batallas y laureles para ceñir con ellos la frente de mi Florinda. El amor tiende sus alas al templo de la gloria.—Entonces yo vivia feliz, Florinda llenaba todo mi sér, que el cielo y la tierra no pueden llenar ahora. El corazon de una mujer amada es la verdad de nuestra alma, que sin este amor es una luz sin brillo, una flor sin perfume, un sueño, una apariencia, una mentira. ¿De qué sirven los laureles al guerrero cuyo corazon no late por una hermosura? Los ojos de su dama son para el paladin la luz de la gloria.—Pero yo, amigo mio, temo ya el vivir... ¿Qué es la vida sin amor? El mundo es para mí un desierto, porque mi mundo era Florinda... que he perdido para siempre.

Y dos gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Pelayo. El noble Sisebuto contemplaba á su amigo profundamente conmovido, comprendiendo todos los dolores de aquel corazon destrozado. Despues de algunos momentos de silencio, el hijo de Favila pasó su mano por su pálida frente como para ahuyentar sus pensamientos sombríos.

—¿Y qué nuevas traes de Africa? preguntó al fin.

—Las más fatales para nuestra patria.

—¿Pues qué sucede?

—He visto al conde don Julian, á Requila, á Osmundo, Elipando y una multitud de nobles descontentos que anhelan el instante de ver la corona de Rodrigo hollada por los bridones de los hijos de Agar.

—¿Y cómo fuiste á la Mauritania?

—Recibí un mensage del conde don Julian, el cual ignoraba tu paradero, lo mismo que el de su hija.

—Sí, no le he vuelto á ver desde la infausta noche en que intentemos libertar á Florinda.—Yo, como sabes, fuí herido por don Sancho, y acompañado de Ferrandez me volví al castillo de Consuegra, en tanto que el conde partió con Gumildo aquella misma noche para Africa.

—Además, continuó Sisebuto, queria darme, entre otros encargos, uno de grande importancia...

Pelayo pareció redoblar su atencion.

—En primer lugar, queria que á todo trance nosotros dos nos uniésemos á los descontentos, es decir, que combatiésemos al lado de los enemigos de nuestra religion y nuestra patria.

—Sobre eso ya estamos conformes; permaneceremos neutrales, replicó Pelayo.

—Despues me dijo que procurase ver al gran sacerdote de los judíos, y le manifestase de su parte que estuviese preparado con los suyos, y sobre todo, que sin falta alguna procurase tener ya en su compañia á su hijo para cuando él regresase á España.

—¿Quién? ¡Don Julian! ¡Tiene un hijo! exclamó Pelayo estupefacto.

—Sí, un hijo cuyo nacimiento ha estado oculto hasta ahora.

—¿Pero Samuel qué tiene que ver con ese hijo?

—Esa misma pregunta hice yo á don Julian, y me contestó que el gran sacerdote de los judíos es el único que sabe su paradero.

—Pero dime...

—No puedo decirte más, porque acabo de decirte todo cuanto sé.

—¿Y don Julian piensa volver á España pronto?

—A la mayor brevedad, puesto que sin dilacion alguna están haciendo formidables preparativos.—Una armada inmensa, un ejército innumerable se dispone á caer sobre la España como un torrente asolador ó como un mónstruo gigantesco y fabuloso que amenaza tragarla.

—¡Es posible! ¡Y los mismos godos atraerán sobre su patria tanta ignominia y desventura! exclamó dolorosamente Pelayo.

—Los mismos godos, respondió Sisebuto, han celebrado con las formalidades más solemnes un tratado, por el cual cederán á los moros la hermosa provincia Tingitana, despues de haber destronado á don Rodrigo.

—¡Ah! ¡Quiera el cielo que despues no vuelvan las vencedoras armas contra nuestros pechos! ¿Por qué apelar á extrañas gentes para quitar la corona al que no la merezca? Si supimos dársela, ¿no sabremos colocarla ahora en más dignas sienes? Nuestros antepasados, ¿no han destronado por sí solos á muchos reyes ¡oh dolor! incluso el mismo Wamba, de feliz memoria?—No, querido amigo, no permitiré que se dén batallas contra los godos, sin que me encuentre en ellas y con ellos.—La patria es lo primero, y la patria no es solamente el territorio, es la religion, las creencias, las tradiciones, la gloria, el alma y la vida de una nacion, de un pueblo, de una raza.—Donde quiera que haya godos, allí está nuestra patria. Nuestros mayores conquistaron parte del África y murieron en ella; pero la gloria de sus triunfos ¿no es tambien de nosotros,

que habitamos acuende el estrecho de Hércules?—Sí, la deshonra encorvará nuestras frentes, tanto como sea el abatimiento de los godos.—Los sarracenos quieren amenguar nuestro poder arrebatándonos nuestra hermosa Tingis; luego tal vez querrán ligar nuestras manos, y nuestas vírgenes serán violadas, nuestros templos profanados, y las cenizas de nuestros héroes serán esparcidas al viento por manos sacrílegas... Si la patria existe en el territorio, es precisamente donde están los sepulcros de nuestros padres; que nuestros pechos ensangrentados les sirvan de escudo, y desde el mundo de la verdad, sus sombras sagradas nos dirigirán una sonrisa de gratitud y de orgullo por sus hijos.

—Sí, sí, tienes razon, yo soy feliz en tener por amigo al más noble y leal de los caballeros de España, exclamó entusiasmado Sisebuto estrechando la mano del hijo de Favila.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Lo que tú hagas.

—¿De veras? preguntó Pelayo clavando una profunda mirada en su amigo.

—Me dices eso con un tono...

—Porque temo que te falte el valor.

—¡Cómo! ¿Dudas de mí?

—No dudo, amigo mio; pero hay casos en la vida en que no podemos exigir de los demás una completa abnegacion.

—Te he dicho, respondió Sisebuto un tanto picado, te he dicho que haré lo que tú hagas, y así será, porque creo que tú no harás nada que no sea noble y digno de ambos.

—Gracias por la demasiada fé que tienes en mí.

—Veamos cuál es tu resolucion.

—Óyeme, Sisebuto: nadie como tú sabe la inaudita ofensa que me ha hecho el rey, el cual era además mi deudo y amigo.

—¿Y bien?

—A pesar de todo, en vista de lo que acabas de decirme que traman los enemigos de la España, pienso ofrecerle mi espada y seguir su ejército.

—¡Ofrecerle tu espada! exclamó Sisebuto como herido de un rayo.

En efecto, la magnanimidad de aquella resolucion era tanto más sublime, cuanto mayor y más cruel habia sido la ofensa.

—Sí, replicó Pelayo, ofrecerle mi espada, no á él, pero sí á mi patria.

—Pero tus ofensas...

—Las olvido mientras la nacion goda peligre.

—¡Defender á nuestro enemigo, al asesino de mi padre.

—Desengáñate, Sisebuto, la patria vale más que el rey; el defenderla y morir por ella es la primera obligacion de un caballero... Despues de Dios la patria.

Sisebuto permaneció durante algunos momentos inmóvil y silencioso; era demasiado exigir lo que pretendia su amigo. El noble hijo de Witiza habia jurado vengar á su padre, y no obstante sus generosos sentimientos, creia cometer un sacrilegio y un perjurio defendiendo al matador de su padre, cuya sombra irritada maldeciria su debilidad. Sin embargo, el rey Witiza habia cometido tam-

bien crímenes horrendos, y Pelayo, noble, valiente y generoso como ningun mortal, habia olvidado que Sisebuto era hijo del asesino de Favila; era leal y pundonoroso, y por lo tanto Pelayo se habia declarado su amigo. ¿Qué culpa tenia el hijo de los crímenes del padre? Por otra parte, Pelayo habia recibido del rey la ofensa más cruel que puede afligir á un hombre, y á pesar de todo, el desdichado amante sacrificaba sus justos rencores, sus amarguras indecibles, en aras de la patria. Todas estas reflexiones se agolpaban á la mente de Sisebuto, cuando Pelayo le dijo:

—¿Ves, amigo mio, cómo tuve razon al pensar que acaso te faltaria valor para seguir mi resolucion?

—Pelayo, respondió solemnemente Sisebuto, yo creí que hablaba con un hombre, pero no con un ángel; eres más grande que yo, eres superior á todos los hombres... Jamás esperé que tomases una resolucion semejante... Cuando me dijiste que permaneceriamos neutrales, tuve fuerzas para seguirte, y te miré como á un héroe, ahora te venero como á un Dios.

Y así diciendo, Sisebuto miraba efectivamente á Pelayo con una mezcla de asombro y de respeto.

—Pero en fin, ¿te decides á seguirme? ¿No dijiste que harias lo que yo hiciese? preguntó cariñosamente Pelayo.

Sisebuto guardó silencio algunos momentos. Luego de repente exclamó:

—Sí, tienes razon, mi noble amigo, «despues de Dios la patria.»

CAPITULO XXXIV.

El encuentro.

Llegó la noche. Sisebuto habia partido para buscar al gran sacerdote Samuel, á quien debia participar las prevenciones del conde don Julian, por lo que ambos jóvenes habian diferido su partida para el amanecer del dia siguiente. El gran sacerdote se hallaba en las inmediaciones de Jerez, es decir, á muy corta distancia de la Torre de las Cadenas, á la cual Sisebuto habia prometido volver aquella misma noche. Pelayo en tanto habia quedado solo y sumergido en la más profunda tristeza.—Su corazon experimentaba esa angustia indefinible que se apodera de nosotros al abandonar lugares queridos en que por algunos momentos hemos podido dar treguas á nuestras aflicciones.—La pasion que habia sorprendido en la cándida Gaudiosa no se apartaba un punto de su memoria, y se lamentaba de su adversa fortuna, que le habia hecho inocente instrumento de la desgracia de la infeliz doncella á

quien le debia la vida. Y al pensar en que tenia que despedirse de ella, que tan sinceramente lo amaba y por la que él mismo sentia la más tierna gratitud, y que acaso ya no volverian á verse jamás, el buen Pelayo padecia cruelmente. Comprendia la necesidad de revelarle á todo trance sus desgraciados amores para disculparse algun tanto del delito de verla y no amarla; porque efectivamente, ver á Gaudiosa y no prendarse de sus gracias, tan solo era posible para quien, como Pelayo, tuviese el corazon lacerado por un amor tan ardiente é inextinguible como desdichado. Más de una vez el bizarro caballero abrigó la intencion de patir de la torre sin tener una entrevista con la pudorosa vírgen, entrevista que no sin razon sospechaba debia ser muy dolorosa; no obstante, la reflexion le detuvo resignándose á esta terrible prueba.—Desde una ventana de su aposento, Pelayo habia visto partir á Gudila aquella mañana misma, y esta circunstancia no dejaba de llamar siniestramente su atencion, procurando en vano adivinar el misterioso objeto de aquel personage, para él sospechoso, puesto que era el confidente del rey, esto es, de su más encarnizado enemigo. El jóven no habia vuelto á ver á Gaudiosa despues de la llegada de Florinda. Muchas veces en la capilla que hemos dicho se hallaba situada en la galería á cuyo extremo estaba la habitacion de Gaudiosa, habia encontrado Pelayo á esta jóven entregada á sus oraciones, sin haberse atrevido nunca á turbar su religioso y melancólico recogimiento. Pelayo, en torno de cuya frente volaban mil dolorosos recuerdos, se paseaba triste y agitado por su habitacion aguardando el regreso de su leal amigo Sisebuto para partir en seguida há-

cia Toledo y tomar puesto en el ejército del rey don Rodrigo.—¡Noble y heróica resolucion! La noche en tanto avanzaba. Sisebuto no volvia, y el gallardo caballero no se halló con el valor suficiente para ausentarse de aquella hospitalaria torre, sin despedirse antes, sin ver por la última vez a la encantadora doncella, que acaso moriria de pesar al saber su brusca partida. Así pues, resuelto á hablar á Gaudiosa, y creyendo, no sin razon, que le sería fácil encontrarla á aquellas horas, como otras veces, en la solitaria capilla, salió de su aposento y se dirigió con paso firme hácia la galería en que estaba situada la puerta del santuario. Palpitante de emocion, y vacilando entre el temor y la esperanza de hallar á la hermosa vírgen, llegó el bizarro doncel á la puerta por la cual se irradiaba un vago resplandor semejante á un nebuloso crepúsculo. La puerta cedió á su impulso, y bajando una escalerilla llegó á un aposento donde algunos santos de mármol incrustados en sus nichos, una gran mesa, un crucifijo sobre ella y algunas bancas, veíanse al pálido fulgor de una luz espirante.—Era una especie de sacristía que comunicaba con la gótica capilla. Don Pelayo continuó su camino, y abriendo una segunda puerta permaneció en el dintel, inmóvil y mudo, semejante á un hermoso retrato de Wandik. Una capilla formada por un octágono de no pequeñas dimensiones se presentó ante sus ojos vagamente iluminada por una lámpara de oro, que ardia en su centro. Densas sombras velaban como un fúnebre crespon los confines de la capilla, donde iban á perderse los últimos rayos de una luz moribunda. Aquel recinto parecia una rueda de tinieblas cuyo eje estuviese marcado por un pun-

to luminoso; solamente en el centro se veía alguna claridad, el resto del santuario estaba cubierto por un velo de sombras.—Imponente, grata y melancólica a la vez, es la impresion que siente el alma cuando en el silencio de la noche penetra en un templo bajo cuyas bóvedas parece que se respira un no sé qué de vago y de infinito semejante al aliento de la eternidad.—El pensamiento humano se engrandece, tiende sus alas en el espacio y cree ver el trono del Señor detrás del azul del cielo.—A lo lejos, en la penumbra, al pié del altar, el jóven habia divisado un bulto, una forma vaga, confusa é inmovil. Pelayo no dudó un momento que fuese la encantadora doncella, que religiosa y tímida venia á buscar consuelos para el alma y fuerzas para el corazon, víctima de una lucha cruel. El bizarro doncel, cuyos pasos repetia el eco, se aproximó lentamente, y ya más cerca, descubrió una mujer vestida de negro, con las manos cruzadas y tan abismada en su oracion, que no parecia haber notado su presencia. Durante algunos momentos Pelayo respetó el religioso éxtasis en que se hallaba sumergida la desdichada jóven, muy agena de la sorpresa que le aguarda. Por último, el caballero, trémulo y conmovido, se aproximó hasta colocarse á dos pasos de la jóven, y con voz tímida murmuró:

—Perdonad, encantadora niña, si...

La jóven volvió rápidamente la cabeza, y llena de espanto exclamó:

—¡Un hombre! ¡Huid de aquí! ¿Quién sois?

—¿No me conoceis? Soy yo... Pelayo... pero... ¡Cielos! ¡Qué miro!

Un rayo que hubiese caido sobre la capilla no habria aterrado tanto al mancebo como aquella inesperada aparicion.—Inmóvil cual si hubiese echado raices en el suelo y con los ojos extraviados permaneció largo rato creyéndose el juguete de uua espantosa pesadilla. La jóven por su parte no estaba ménos sorprendida que el caballero, el cual, saliendo de pronto de su estupor, se precipitó en sus brazos gritando con el más vivo transporte de que es capaz el corazon humano:

—¡Ya la encontré, Dios mio, ya la encontré!

—¡Pelayo!

—¡Florinda! ¡Mi amada! ¡Mi prometida!

La jóven despues del primer transporte de su amor, que no fué dueña de reprimir, recordando sus celos y el terrible abismo que la separaba de su amante, se sintió despedazada de desesperacion y de ira contra el cielo, contra el destino y contra el mismo Pelayo.

—¡Pérfido! exclamó fuera de sí. ¿Era á mí á quien buscabas? Huye, huye de aquí, tú que no has sabido ser fiel á mi memoria.

—¡Mi amada! ¡Mi amada!... Tú deliras... ¡Ah! ¡Cuán feliz soy!

—Huye de mí, oh el más desgraciado de los godos, huye de mí.—Pregunta á tu corazon si no miente en este instante, recuerda mis dolores y mírame afrentada... huye, Pelayo, huye de mí para siempre.

—¡Florinda de mi corazon! No me rechaces... ¡Cuán desventurado nací! ¿No volverá ya más el amor á unir nuestros corazones?

—¡Imposible! ¡Imposible!

—¡Cómo! ¿Te hablo de la esperanza, del amor, de la felicidad, y... no me escuchas?

—Me desgarra el corazon...

—Todavía, Florinda, seremos felices; yo te lo digo, yo lo quiero, y así será...

—¡Es tarde!.. ¡Es inútil! ¿Quién me ha traido aquí? ¡Dios mio! ¡Oh desesperacion! ¡Oh! vergüenza! Yo ya he debido morir para Pelayo, tú ya has muerto para mí... La muerte... ¡Oh! Mil veces la muerte, una cosa más horrible, la deshonra está en medio de nosotros.—Además, añadió la desdichada con desentonado acento, mira, mira esta frente, no es solo el deshonor el que ves escrito en ella... ¡Tambien la maldicion de mi padre!—El destino para perseguirme no ha olvidado nada, ninguna espina ha dejado de clavar en mi corazon... Abandonada, maldita, afrentada... ¡Lejos de nosotros las delicias de amor!... El amor no puede ofrecerme más que infernales torturas.

Y un fuego sombrío brillaba en los ojos de la jóven, y un dolor inmenso se veía pintado en su semblante, y una respiracion fatigosa y ronca agitaba su pecho angustiado.

—¡Dios del cielo y de la tierra!... Es verdad, sí, es verdad... ¿Qué he hecho yo? ¿A qué deidad del averno tengo ofendida?... ¡Yo la amo!

Y esto diciendo, el enamorado y gentil caballero volvió á estrechar contra su corazon á la hermosa cuanto infeliz Florinda, que rechazándole exclamó:

—Yo he sido desgraciada, la más desgraciada de las hijas de los godos; pero tú... Huye de mí, hombre pérfido... Tú quieres aun burlarte de una pobre mujer loca de

desesperacion y de celos... El destino ha querido anegarme en mares de desventuras; mas yo sabré sucumbir dignamente antes que... ¿Pero, qué es eso? ¿Lloras, Pelayo? ¡Tú llorar!—Perdona, generoso mortal, perdona si mi labio te ha ofendido, á tí, que á pesar de mi infortunio, todo lo olvidas y viertes dulces lágrimas de amor sobre mi pecho.—Pelayo, amado mio, ¿no recuerdas que esta infeliz es una mujer deshonrada? ¿Sabes á quién estás abrazando, Pelayo?

—A mi amada, á mi prometida, á mi paraiso en la tierra, á mi Florinda, respondió el jóven en toda la embriaguez del amor.

—No me desprecia, Pelayo me ama, yo soy pura como el azul del cielo.—¡Pelayo me ama! ¡Oh, felicidad!—¡Recibe tú las lágrimas de mi reconocimiento, Dios misericordioso! ¡Gracias, Dios mio, porque me has dejado vivir hasta este instante!

Y Florinda cayó de rodillas ante el altar llorando de gozo y diciendo:

—La paz ha vuelto á mi corazon, los sufrimientos se acabaron y el infierno se ha cambiado en paraiso.

—Sí, sí, nosotros seremos felices.—¡Florinda! ¡Florinda! exclamó Pelayo abrazando á su amada.

Ambos jóvenes permanecieron algunos momentos mudos y confundidos en aquel abrazo inefable de amor y felicidad.—Un grito terrible y lastimero resonó en aquel momento en un ángulo de la capilla, y un bulto blanco apareció ante los ojos de los felices amantes. La blanca figura caminaba con pasos cada vez más vacilantes, hasta que por último se desplomó sobre el frio pavimento de la

gótica capilla. Pelayo y Florinda se adelantaron hácia la misteriosa aparicion, la cual ambos sospechaban quién pudiera ser, sospechas que en efecto se realizaron.—Era Gaudiosa, que habiendo visto penetrar á Florinda y despues á Pelayo, se habia ocultado en un ángulo del pequeño santuario y habia presenciado desde el principio hasta el fin la escena entre los dos amantes que hemos procurado bosquejar. Figúrese el lector, si puede, cuánta sería la amargura, los celos, el martirio de la infeliz doncella al contemplar al hombre que tanto amaba rendido á los piés de Florinda, de su amiga y rival á un mismo tiempo.—Cuando el corazon puro y sencillo de la inexperta vírgen pudo comprender, aunque vagamente, las palabras, las reconvenciones, y por último, la reconciliacion de los dos venturosos amantes, las fuerzas la abandonaron, no fué dueña de comprimir un grito desgarrador, y como una masa inerte se desplomó en el suelo. Florinda, á vista de aquel incidente inesperado, volvió otra vez á todos sus temores, á todas sus dudas para con el buen Pelayo.

—¿Me negarás ahora, dijo la desdichada hija de don Julian, me negarás que no has sido fiel á mi memoria, y que mientras yo padecia las más afrentosas asechanzas, tú te entregabas libre y alegremente á los encantos de otro amor?

Disponíase á responder el noble caballero, cuando haciendo un violento esfuerzo la generosa doncella, cuya cabeza sostenia Florinda, respondió con voz débil:

—¿Por qué le culpais?... ¿En qué os ha ofendido?

—¡Cómo! ¿Vos sabeis?...

—¡Todo! ¡Todo lo he comprendido esta noche!

—¡Infeliz! murmuró Pelayo.

Gaudiosa volvió completamente en su acuerdo, y derramando lágrimas se precipitó en los brazos de Florinda, diciendo:

—¡Sed feliz, amiga mia!

Florinda comprendió toda la sublime abnegacion que encerraban estas breves palabras; la llamaba su amiga y la deseaba felicidad, ella, que habia estado próxima á espirar de dolor. La hija de don Julian, gozosa, radiante y satisfecha, estrechó á la encantadora doncella con efusion y queriendo, si le hubiese sido posible, participarle toda la alegría en que rebosaba su alma.—Las nubes de su destino se habian disipado al resplandor de la amorosa hoguera que abrasaba el pecho de los ahora venturosos amantes. El mundo y la naturaleza, el porvenir y el presente se ostentaban á sus ojos con el mágico atractivo que en los primeros años de su juventud. Pasados los vivos transportes de este súbito cambio en todo su sér, ambos amantes se preguntaron mútuamente las causas extraordinarias por qué se habian reunido en aquel santo recinto.—Una y otro se refirieron todo cuanto les habia acaecido desde la célebre noche que habian intentado libertarla del poder de don Rodrigo. Pelayo comprendió la necesidad de hablar al conde don Íñigo, puesto que era el responsable de la persona de Florinda.—La interesante Gaudiosa, que largo rato habia guardado silencio, prometió tambien apoyar para con su padre la pretension de que dejase en libertad, al menos de ser feliz, á su querida amiga. Florinda abrazó cariñosamente á la jóven, y exclamó:

—¡Gracias, generosa niña! Desde hoy partiré mi vida entre el amor y la amistad.

El hermoso caballero, embriagado de placer, estrechaba la mano de su adorada, llorando de alegría y pudiendo contener apenas los tumultuosos latidos de su corazon.

—¡Cuán feliz soy, amada mia!

—¡Querido Pelayo!.. Me ha perseguido la fortuna con tal rigor, que aun me parece un sueño tanta dicha.

—No, no es un sueño. ¡Oh, felicidad! —Al fin quiso el cielo que volviése á mirar los bellos ojos que eternamente llevaba dibujados en mi alma.—Desde hoy brillará para nosotros un nuevo sol de ventura, desde hoy te consagraré mi existencia, y en el delirio de mi amor, Florinda será para mí el universo.

—Dios mio! dadme fuerzas para resistir tanta alegria.

—Hasta hoy he tenido envidia á los más desgraciados, desde ahora ya no envidiaré á los más felices, dijo con transporte el bizarro caballero.

De repente el semblante de Florinda tomó una expresion de horrible inquietud.

—Hijo mio! Hijo mio! exclamó vivamente, para que mi dicha sea completa, solo falta el que pueda reunirme pronto á mi querido hijo.

Aquí renunciamos á pintar, porque es inexplicable, lo que experimentó el alma de Pelayo al oir semejantes palabras. Tal es el poder de la pasion y tan vivas fueron las emociones de Florinda, que en los primeros momentos de aquel encuentro inesperado habia olvidado á su hijo, cuyo recuerdo apareció más vehemente cuando la refle-

xion volvió á tomar sobre su turbado espíritu su ordinario imperio. En cuanto á Pelayo, habia olvidado completamente, sobre todo en aquel instante, el estado en que el viejo médico declaró se hallaba la jóven en Consuegra el mismo dia que fué arrebatada por los satélites de don Rodrigo. Así, pues, aquella súbita revelacion cayó como un rayo sobre el alma del desventurado amante, que inmóvil y pálido como un muerto, semejaba la imágen del espanto. Largo tiempo permaneció en esta actitud, en que la sorpresa y el dolor contraian sus facciones llenando sus ojos de lágrimas de sangre.—El jóven caballero transigia con la desgracia de Florinda, y se creia capaz de amarla aun despues del atentado del rey, por más doloroso que le fuese el haber renunciado al bello ideal de encanto y de pureza con que el primer amor reviste á la vírgen de sus sueños.—Esta concesion, repetimos, le era muy dolorosa, porque el primer amor es muy exigente, quiere una perfeccion ideal como él, y no se satisface sino tambien con un amor primero. Pelayo, no obstante, se encontraba con fuerzas para adorar un lírio marchito en vez del tierno capullo de una fragante rosa. —¿Por ventura tienen las flores culpa de que el aquilon las tronche?—Pero la idea de que Florinda era madre, y de un hijo del infame monarca, de que su corazon abrigaba tesoros de ternura infinita para otro sér, y de que el blanco velo de aquel serafin que idolatraba habia sido desgarrado y mancillado torpemente, le atarazaba el alma y le enloquecia de desesperacion. El desdichado amante aspiraba á la completa posesion de su amada, porque él le daba tambien todo su amor y toda su existencia; pero tenia celos de

aquel inocente niño que no podia menos de poseer el corazon de su madre, el corazon que Pelayo queria poseer todo entero.—El encantado edificio de su puro amor, el terso cristal de sus cándidas ilusiones habia sido para siempre destruido y empañado.—¡De cuán diversa manera habia soñado en la idealidad de sus años juveniles conducir al altar á su idolatrada Florinda!

—Bien lo veo, exclamó la desolada madre, jamás podrás amar á mi querido hijo; esto sería exigir demasiado para un mortal... ¡Pelayo de mi corazon! ¿Qué culpa tengo yo de tanta desventura?

—¿Y yo? dijo con voz ronca el caballero saliendo súbitamente de su estupor.

—¡Oh! ¡Esto es horrible!

—Esto es lo que ningun hombre puede soportar, respondió Pelayo con desesperado acento.

Luego continuó con ceño cada vez más sombrío y como hablando consigo mismo:

—La muerte ha amenazado muchas veces mi cabeza con su guadaña, y no he temblado... Ahora tiemblo de vivir y de pensar, porque la vida con un pensamiento tan roedor es un suplicio del infierno... Llegó la hora de terminar todas las amarguras.

Y dirigiéndose á las jóvenes, dijo lacónicamente:

—¡Adios!

Florinda y Gaudiosa cuando iba ya por la puerta se precipitaron sobre Pelayo que llevaba la espada desnuda. Las jóvenes habian adivinado su intento, y ambas se abrazaron al caballero lanzando un grito desgarrador.

«¿Qué vais á hacer? dijeron, sujetando la espada que el jóven apuntaba contra su pecho.»

—¿Qué vais á hacer? dijeron, sujetando la espada que el jóven apuntaba contra su pecho.

Al grito acudió de repente un nuevo personaje preguntando:

—¿Qué es eso?

—¡Ah! ¿Eres tú? dijo Pelayo.

—Gracias á Dios que te encontré.—Hace más de una hora que te estoy aguardando en tu aposento, hasta que ya aburrido salgo á preguntar por tí, no encuentro á nadie, intento buscarte por las galerías y rincones de esta torre, y cátate que oigo un grito terrible cerca de donde me hallaba, y guiado por el ruido te encuentro con mejor compañía que yo esperaba, dijo Sisebuto mirando y saludando á los jóvenes.

—¿Qué diablos haces aquí, añadió, con la espada desnuda entre estas amables damas?

Todos guardaron el más profundo silencio.

—Vamos, volvió á decir Sisebuto, ahora comprendo todo el enigma; me dijiste que debias la vida á la tierna solicitud de una jóven que habitaba en esta torre, y has venido á despedirte. ¿No es eso?—Nada más justo, y, á la verdad, siento haberte interrumpido.—Pero oye, añadió aproximándose á Pelayo, advierto que son dos las habitantes de esta misteriosa fortaleza.—Son hermanas ¿eh? y hermosas, á fé mia.

Sisebuto, proscrito siempre y lejos de la corte, no conocia á Florinda.

—No, no son hermanas, respondió gravemente Pelayo.

—Pero, ¿no me dirás qué ha sucedido aquí? Vuestros

semblantes están turbados. ¿Qué grito ha sido este? ¿Contra quién has sacado la espada?

—Contra mí.

—¡Qué estás diciendo! exclamó estupefacto Sisebuto. ¿Te burlas?

—Te he dicho la verdad.

La noble y franca fisonomía del buen Sisebuto cambió de repente toda su jovialidad por una expresion de dolorosa inquietud. La interesante Gaudiosa, comprendiendo el embarazo en que se encontraban los amantes, siempre buena, siempre sublime y generosa, llamó al leal amigo de Pelayo, y en breves palabras le informó de todo lo acaecido. Indecible fué la sorpresa del jóven cuando conoció la situacion cruel en que se encontraba el infeliz Pelayo. Y comprendiendo que á él le correspondia arrancarlo de aquel lugar y de aquella escena, se dirigió á su amigo diciéndole con tono de dulce reconvencion:

—¡Pelayo! ¿Es posible? Tú, á quien he admirado hoy como al más superior de los hombres, ¿has podido abrigar un sentimiento tan indigno de tí?

—Querido Sisebuto, respondió el jóven como sonrojado, ¡si pudieras comprender cuánto padezco!... Mas con todo, me avergüenzo de haberme dejado llevar de un primer movimiento...

—¡Pobre amigo mio! Sufres tanto, que te compadezco y te disculpo... Pelayo, tiemblo al pensar tu intento.—En nombre de la amistad, en nombre de tu gloria, por tu misma grandeza, ¿me promentes que no volverás?...

—Nunca, nunca, interrumpió Pelayo.—El huracan conmueve un momento el tronco de la añosa encina, resis-

te, y despues se ostenta ufana reina del bosque.—Un vértigo espantoso, como una nube eclipsa al sol, ha turbado mi corazon un instante.

—Así lo creo, amigo mio.—Este sitio no es bueno para tí, desecha tus tristes pensamientos y acuérdate de ser siempre tan grande como te hizo el cielo.

Pelayo hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Qué, habrás desistido ya de tu noble resolucion?—Ten presente que la patria está en peligro.

—Sí, sí, el dolor no conseguirá la victoria sobre mí, yo quiero cumplir mi destino dignamente.

—Hé aquí mi amigo, te reconozco en esas palabras, dijo Sisebuto tendiendo la mano á Pelayo.

—Tú eres el ángel tutelar que guia mis pasos; Dios me ha enviado tu amistad, como una estrella de bonanza en medio de la negra tormenta que agita mi corazon.

—¿Conque estás dispuesto á seguirme?

—Cuando quieras partiremos, respondió con voz inteligible apenas el desdichado amante.

Luego, dirigiéndose á Florinda con aire de profundo abatimiento, dijo:

—Se acabó... Esto es hecho... La fortuna me ha sido siempre contraria, la esperanza me ha abandonado del todo, mi único consuelo es que mi dolor no me dejará vivir mucho tiempo... ¡Adios, Florinda! Si en la tierra no han podido unirse nuestros corazones, un dia nos veremos allá en el cielo libres de tantas amarguras. ¡Dios mio! Perdida... por siempre perdida para mí... ¡Desgraciado!—Y otro hombre ha tenido la dicha... ¡Oh! El in-

fierno se encierra en este pensamiento horrible... Yo no puedo soportarlo.—Vamos, Sisebuto.

Y trémulo y lloroso, sin atreverse á alzar los ojos, se disponia á salir seguido de su amigo.

—Un instante, Pelayo, un instante, exclamó la desventurada Florinda deteniéndole. ¿Tú te ausentas de mi vista? ¿Es verdad? ¡Abandonada otra vez!... Saca tu espada y traspásame el corazon.

—¡Ah! Déjame por piedad.

Florinda, pálida, desmelenada y llorosa como una Magdalena, se abrazó á las rodillas del jóven, diciendo entre sollozos y con delirante acento:

—¡Pelayo de mi alma, por Dios, por caridad! Yo no quiero más amor, yo conozco que nuestros destinos están en perpétua lucha, que nuestras estrellas son enemigas y se alejan cada dia más una de otra... La muerte, solo la muerte es mi esperanza y mi deseo.—Despues de una ausencia tan larga, despues de haberte encontrado, Pelayo mio... ¡Otra separacion! ¡Abandonada otra vez! ¡Abandonada!... ¿Comprendes tú el sentido de esta palabra en toda su horrible extension?—Yo no tengo valor para resistir una suerte tan funesta, ninguna mujer que ame como yo amo podrá resistirla... Mira, mi mano tiembla, yo no tengo fuerzas para herirme... Si es que te ausentas, haz conmigo lo que tú intentabas hacer poco antes... Acaba de una vez, de un solo golpe, con la más desgraciada de las mujeres, que al morir tendrá la dicha de murmurar tu nombre idolatrado... Pelayo, tú lo podrás oir, no desatiendas mi última súplica. ¿No es cierto que harás por mí esta obra de caridad?—Traspásame el corazon y... ¡soy dichosa!

Era tal el desconsuelo, la actitud y la pasion de aquella amante desolada, que solo pudiera compararse á Dido cuando supo la marcha que en secreto proyectaba el inflexible Eneas.

—¡Morir! exclamó el buen Pelayo traspasado de dolor. ¡Morir!... No nos es dado siquiera ese consuelo.

—La muerte es mi única esperanza.

—¿Y tu hijo, Florinda? ¿Y tu amado hijo?

La jóven se levantó como impulsada por un resorte, su rostro se encendió de repente y sus ojos lanzaron un relámpago de furor y casi de ódio.

—Sí, sí, tienes razon, dijo con voz vibrante de despecho, quiero vivir para ser el apoyo de mi inocente hijo, á quien tú aborreces. ¿Por ventura ha tenido él la culpa de haber nacido?—Una vez que le odias, yo le pido á Dios que no nos volvamos á ver jamás.

—Ten compasion de mí... ¡Tú no sabes cuánto padezco!... ¡Adios, Florinda! ¡Gaudiosa, adios!

Y Pelayo desapareció de aquel lugar con pasos trémulos y casi arrastrado por Sisebuto.

Cuando la desdichada Florinda vió alejarse á su amado, extendió hácia él sus manos suplicantes, el nombre de Pelayo espiró en sus labios y cayó en brazos de la tierna Gaudiosa, que tambien derramaba lágrimas sobre el seno de su amiga.

CAPITULO XXXV.

Al borde del abismo.

Nada hay más doloroso para el corazon humano que verse defraudado en sus esperanzas. Perjudiciales ó halagüeños, el hombre quiere que se realicen sus deseos, que sean una verdad sus ilusiones; pero una verdad exacta, en perfecta correspondencia con su modelo ideal. Por leve que sea la alteracion, por mínima que sea la diferencia, es causa bastante para sumergirnos en el más amargo desconsuelo y para que tambien aborrezcamos el objeto poco antes apetecido. Pelayo sabia la afrenta de Florinda; pero jamás se habia detenido en que pudiera ser madre, á pesar de haberlo declarado así en Consuegra un viejo médico hebreo, segun queda referido.—Pero como en la misma noche fué arrebatada la jóven por los emisarios del rey, aquella impresion fué debilitándose poco á poco, y hasta llegó á creer que acaso no fuese cierto el pronóstico del Galeno. El corazon siempre cree lo que desea.—En

suma, la ardiente pasion del jóven caballero le habia hecho transigir hasta el punto de que no hubiera vacilado en conducirla al altar, si le hubiese sido posible libertar á Florinda de su prision. Pero en este proyecto, ó por mejor decir, en este sueño, jamás se le presentaba la imágen de Florinda sino como una jóven hermosa y pura, víctima de la torpe violencia del monarca.—Su corazon era inocente, y por lo tanto podia recibirlo en cambio del suyo, que él le ofrecia con todo el entusiasmo de una pasion inextinguible. Jamás se le habia ocurrido que, durante el tiempo de su reclusion, Florinda habria podido experimentar una revolucion completa en todo su sér, jamás se la habia figurado como una madre cariñosa, idólatra de su hijo. Y como su pensamiento no se habia acostumbrado á esta faz nueva y para él dolorosa de su amor, fácil es de concebir la profunda tristeza, la repugnancia invencible y la cruel impresion que le produjo la súbita revelacion de la desdichada madre, que no por eso dejaba de ser la más tierna y cariñosa de las amantes. Todas las ilusiones del bizarro doncel se desvanecieron en un punto, la situacion era muy diversa, su porvenir, como hombre y como esposo, se habia cambiado completamente. Pelayo experimentó un trastorno profundo, radical, en todos sus afectos hácia la jóven cuando recibió la infausta nueva; y Pelayo, tipo de la lealtad y de la hidalguía, no era capaz de mentir ni de engañar á Florinda, porque á pesar de todo, en aquel momento la amaba tanto ó acaso más que antes. La causa, pues, de aquel estado imposible de describir en que su corazon se hallaba, no era que la amase ménos, no; era, sí, un movimiento secreto é instintivo,

uno de esos sentimientos vagos é indefinibles á que el gran Moreto dá el nombre de *misterios del alma.* Despues, cuando su emocion, tan profunda como dolorosa, hubo cedido algun tanto y pudo dar lugar á la reflexion, encontró razones muy poderosas para justificar al menos, ya que no para explicar, aquel incomprensible desvío, mezclado á un tiempo de la más tierna compasion y del amor más sincero y ardiente. Pensaba el noble jóven en la terrible afrenta de Florinda que, una vez su esposa, habria procurado borrar y sumergir en el más profundo olvido. Pero pensaba tambien en que sería una insigne injusticia el privar á su esposa de un hijo á quien, como madre, no podria ménos de amar, y aquel hijo, por otra parte, sería un recuerdo viviente de la deshonra de Florinda y del tormento de Pelayo. Además veía la posibilidad de tener otros hijos, á los que él, aun á pesar suyo, miraria con predileccion, y esto sería un orígen de dolorosas reconvenciones.—Añádase á todo esto el desencanto de un amor puro, divino, ideal, como lo concibe un jóven, cuyo dolor es inmenso al ver convertida en una matrona la vírgen de sus sueños nacarados, la Sílfida de sus cándidas ilusiones. —Pelayo antes de abandonar la Torre de las Cadenas, fué á dar las gracias por su generosa hospitalidad al noble conde don Íñigo, y á suplicarle encarecidamente que velase por su prisionera, cuyos infortunios le refirió. El venerable conde le aseguró, que podia estar tranquilo con respecto á las demasías del rey, su sobrino, en tanto que Florinda habitase aquella torre y estuviese bajo su custodia. En seguida partieron los dos amigos. No lejos de la Cruz del lloro se detuvo Sisebuto, diciendo:

—Me parece que he visto un bulto al pié de la Cruz.

—Será la penitente, que todas las noches las pasa en oracion, repuso Pelayo con aire distraido y sin mirar siquiera al sitio señalado.

—Me ha parecido un hombre.

—Te habrás engañado probablemente.

—Yo quisiera cerciorarme.

—¿Pero quién ha de ser á estas horas?

—¿Quién sabe?

—Sea quien quiera. ¿Qué nos importa?

—Vamos, sígueme, dijo Sisebuto dirigiéndose hácia el piadoso monumento.

—¡Pues si no hay nadie! exclamó Pelayo cuando hubieron llegado.

—¡Vive Dios! Es extraño!

—¿El qué?

—Juraria haber visto un hombre andar al pie de la Cruz.

—Pues como no se lo haya tragado la tierra...

—Es verdad, por aquí no parece, dijo Sisebuto derramando una mirada en torno suyo.

Pelayo clavó sus ojos con tristeza en la imponente masa de la torre, que se dibujaba confusamente entre las sombras. Luego murmuró:

—¡Infeliz Florinda!... Y la pobre Gaudiosa no deja de ser tambien desgraciada, añadió suspirando.

Sisebuto, que habia dado algunas vueltas al rededor de la Cruz, volvió diciendo mal convencido aun:

—¡Vamos, seria una ilusion: pero tengo tan buena vista!

Pelayo estaba silencioso y como abismado en hondas reflexiones, lo cual, notado por su amigo, procuró distraerle.

—¿Qué tal te parece ese caballo?

—Excelente, repuso Pelayo con indiferencia.

—Lo he traido expresamente para tí.

—En todo piensas; gracias.

—Los dos son de raza árabe, y los he comprado en Africa.—Vamos, amigo mio, no estés así, anímate.—¿Cómo te encuentras?

—Mejor; el aire fresco de la noche me ha hecho mucho bien.

—¿Vamos á probar los caballos?

—Como quieras.

Un momento despues resonó el rápido galope de dos corceles. Apenas los caballeros se habian perdido en la oscuridad, cuando alzándose la trampa del pedestal de la Cruz del lloro, que ya conocemos, apareció un hombre de elevada estatura y extraño ropage, el cual la dejó abierta. En seguida se oyó una voz que preguntó:

—¿Puedo ya salir?

—Sí, respondió el misterioso personage.

Y una mujer extrañamente ataviada apareció al punto, la cual se sentó en una grada con aire de profundo abatimiento despues de haber cerrado la misteriosa puerta. Sisebuto no se habia equivocado. Durante algunos momentos el hombre estuvo contemplando á su compañera con una expresion inexplicable de ironía, de dolor y de ódio. La mujer en tanto apoyaba la frente en sus manos descarnadas.

—Espero que estarás dispuesta á seguir mis consejos: despues de tantos años de lucha, justo es que demos treguas á nuestros rencores, y ya ves que compadecido de tu larga y terrible espiacion, he venido yo mismo á participarte una esperanza que no te atrevias á soñar siquiera.

—Gracias, Samuel; el arrepentimiento de haberte ofendido me desgarra el corazon; pero yo seré tu esclava y bendeciré tu nombre, si cumples tu promesa, que apenas me atrevo á creer,

—Ya te he contado todo lo que puede interesarte con respecto á este asunto; ahora bien, ¿cuando llegue el momento en que hayas de verle, me prometes seguirme?

—Hasta el fin del mundo, respondió la penitente.

Samuel no fué dueño de ocultar la extremada alegría que le causó esta promesa de la anciana.

—Tú puedes aun ser feliz, dijo el gran sacerdote.

—¡Ah! No te burles, por Dios, de mi infortunio.

—Pero yo, continuó Samuel, jamás veré á mi hijo, muerto bárbaramente por los cristianos, mi querido Joaquin, que... tambien era tu hijo, añadió el hebreo con un acento indefinible de irónica reconvencion.

—No me hableis, Samuel, de esos funestos tiempos cuyo recuerdo me espanta.

—Mas nuestro tierno hijo que murió en la esclavitud no es el que más fatiga tu memoria.

—¿Quién te ha dicho semejante locura?

—El interés vivísimo que te tomas en todo lo concerniente al otro hijo cuya posesion te he prometido.

—¿Y no quieres que me interese por él, sabiendo que vive y es desgraciado?

Samuel parecia dispuesto á contestar; pero se levantó de pronto, diciendo:

—Llegó el momento que aguardaba.—¿No has oido?

—Sí, me parece que ha sonado á lo lejos como el rumor de una bocina.—¿Es tal vez esa la señal del que estás esperando?

—Justamente ya no tardará en llegar.

—¿En dónde le has dado la cita?

—Aquí mismo, al pié de la Cruz.

—¿Conque de seguro me prometes que veré á mi hijo? preguntó la penitente despues de algunos momentos de reflexion.

—Te lo juro... y ya verás cómo yo sé cumplir mis juramentos, respondió Samuel acentuando de una manera extraña sus últimas palabras, cuyo misterioso sentido no pareció comprender la anciana.

—¿Y cuándo podré verlo?

—No pasarán muchos dias.

—¿Lo traerás aquí?

—De ninguna manera.—Ya te he dicho que será necesario el que tú acudas al sitio que yo de antemano te designe, adonde procuraré atraerlo bajo algun pretesto plausible para que lo reconozcas.—Creo que en hacer esto no tendrás ninguna dificultad.

—Absolutamente ninguna; solo desearé que me avises pronto.

Los lábios de Samuel se dilataron con una sonrisa de demonio. Luego continuó:

—Además de que tal vez no seria fácil traerlo aquí, tengo una razon todavía más poderosa para que acudas á

mi cita, cual es evitarle el disgusto de que te encuentre en este miserable estado.

—¡Gracias! exclamó con efusion la anciana, ¡gracias! —Desde hoy, todo lo que te he ofendido me destroza el corazon, todo lo que me has hecho padecer durante veinte y dos años, todo queda olvidado para siempre.

En aquel momento apareció un hombre al pié de la Cruz. Samuel le saludó con muestras del mayor afecto, mientras que el recien llegado se manifestaba asaz sorprendido de la buena inteligencia que, al parecer, mediaba entre el gran sacerdote y la penitente.

—¿Vamos? dijo al fin el recien venido.

—Cuando gusteis, repuso Samuel.

—¡Adios! dijo este volviéndose á la anciana.

—No me olvides, Samuel, avísame cuanto antes.

—Te repito que muy pronto se cumplirán tus deseos. —¡Adios!

Y ambos desaparecieron dejando á la penitente en sus oraciones nocturnas. Apenas se habian separado algunos pasos de la Cruz, cuando el compañero de Samuel le preguntó:

—¿Cómo es que esta noche no os ha causado horror esa pobre mujer?

El médico, que no era otro el recien venido, tenia mucha razon para hacer semejante pregunta, pues como el lector recordará, habia visto en otra ocasion al gran sacerdote y á la penitente lanzarse terribles miradas é imprecaciones.

—Ya hemos capitulado, respondió Samuel con mal reprimido júbilo.

—¿Cómo es eso?

—Muy fácilmente.

—En verdad que no me parece cosa fácil tan repentina reconciliacion despues de las furiosas maldiciones que os lanzó la otra mañana apenas os hubo divisado.

—Pues ahí vereis.

—Lo que veo es una cosa extraña y misteriosa que no comprenderé si no me la explicais.

—En efecto, teneis razon.

—Desde aquel dia, varias veces os he hablado de esta mujer extraordinaria, y siempre habeis esquivado el ocuparos de ella; pero hoy, lo confieso, habeis excitado vivamente mi curiosidad al veros tan amigos.

—Es una historia que os referiré, y entonces comprendereis sin dificultad nuestra inesperada reconciliacion.

—Os oiré con mucho gusto, dijo Daniel deteniéndose.

—No es preciso pararnos para contarla; invertiremos el tiempo en esta narracion, puesto que aun nos queda que andar bastante espacio hasta que lleguemos á la Asamblea de los ancianos.

—Como más os plazca, dijo el médico ofreciendo el apoyo de su brazo al septuagenario sacerdote.

—Habeis de saber que esa anciana penitente es una judía conversa al cristianismo, y en su juventud ha sido una de las mujeres más hermosas que he conocido.—A consecuencia de los inhumanos edictos de los reyes Egica y Sisebuto, los nuestros, como ya sabreis, fueron despojados de sus inmensas riquezas, y muchos de ellos fueron vendidos en almoneda pública, como viles esclavos, lo mismo hombres que mujeres y niños, á los cuales criaban

los sacerdotes de Cristo educándoles en su mala secta.

—¡Oh furor! ¡Mísera raza judía! exclamó el médico.

El gran sacerdote continuó:

—Esa pobre mujer que habeis visto fué tambien vendida con un niño de siete años á uno de los más poderosos condes de la nobleza goda, el cual la trató con tanto cariño, que al fin se hizo cristiana y recibió en sus brazos á su noble señor, de quien perdidamente se hallaba enamoda, olvidando la fé de sus padres y la fidelidad debida á su esposo.

—¡Ah infame!

—Sí, infame, mil veces infame, exclamó Samuel con un furor reconcentrado que daba á su fisonomía una expresion horrible de cólera y venganza.—La pérfida esposa, continuó el anciano, cifró desde entonces todo su cariño en su señor y en el hijo, fruto abominable de un adulterio.

—¿Y el otro hijo? preguntó Daniel.

—El hijo de su esposo, respondió el sumo sacerdote, no pudo dejar de ser entregado á los levitas cristianos para que fuese instruido en su perniciosa doctrina, pues que todos los niños de nuestra raza debian ser forzosamente entregados por sus dueños á los sacerdotes.—Y esta madre se separó de su hijo sin derramar ni una lágrima, bajo el ridículo pretexto de que deseaba que fuese educado en la religion de Cristo.—El Dios de Israel castigó cruelmente su desnaturalizada apostasía, porque más tarde tuvo el disgusto de saber que su hijo habia muerto entre espantosos tormentos en una hoguera donde fué arrojado por los sacerdotes de Cristo.

—¡Santo Dios de Israel! ¿Y qué crímen habia cometido el pobre niño para merecer un castigo tan atroz?

—El niño era de un temple enérgico y vigoroso, como su padre, y lo mismo que este abrigaba un ódio implacable para con los cristianos, ódio que habia subido de punto desde que le separaron bárbaramente de los brazos de su madre.—Así, pues, aunque era de pocos años, no dejaba de estar dotado de inteligencia y de una energía de carácter prodigiosa, atendida su corta edad, la cual, sin embargo, no lo era tanto que no pudiese comprender la feroz violencia que querian ejercer sobre la voluntad de su alma, empapada en las sagradas verdades del Dios de Abraham, por lo que todo cuanto trabajaron los sacerdotes para su conversion fué completamente inútil.—El niño siempre creía en el Dios de sus padres, siempre era israelita de corazon, y siempre y cada dia más aborrecia á los cristianos.

—¡Pobre niño! ¿Y qué hizo por fin?

—Un dia, cuando los cristianos celebran la Pascua, lo condujeron al templo y lo obligaron á la fuerza á que tomase la comunion.—El niño ya habia cumplido doce años, é indignado de aquella violencia, recibió la hostia, la sacó despues de su boca y la pisoteó enfurecido.—Los sacerdotes se precipitaron sobre el desdichado, lo maniataron, y en presencia de todos los niños judíos que se hallaron en el templo, lo arrojaron á una hoguera, donde pereció el infeliz con el valor de los fuertes de Israel, maldiciendo á sus verdugos.

—¿Y el esposo era tambien esclavo?

—No, estaba libre.

—¿Y no supo nada de eso?

—El esposo, es decir, el padre de la víctima, estuvo presenciando entre la multitud todas las torturas, todas las agonías de su hijo, que en medio de horribles convulsiones como una serpiente se retorcia sobre aquel lecho de llamas... ¡Terrible dia!—Entre tanto el padre ignoraba tambien que su esposa le deshonraba amando á su señor, del cual, como ya os he dicho, habia tenido un hijo. En esto llegó el tiempo en que malquistado el rey Witiza con el clero cristiano, mandó que se pudiesen rescatar todos los esclavos judíos, en virtud de cuya autorizacion el padre del niño que fué sentenciado se presentó á reclamar á su esposa, la cual le contestó que ya hacia algunos años que era libre, y que por su propia voluntad estaba resuelta á vivir eternamente en compañía de su señor.—¡Figuraos cuánta no seria la sorpresa, el dolor y la cólera del infeliz esposo!

—¡Qué horror!... No hay ódio bastante en el corazon humano para inventar una venganza suficiente á tanta maldad.

—Oh! Sí, Daniel, sí; el ódio es tan astuto y tan inagotable como el amor, y como este, es tambien una pasion profunda é inmortal; el ódio y el amor no mueren nunca, tienen la misma actividad, la misma vida, y se reparten el corazon humano como se reparten el cielo la noche y el dia, la luz y las tinieblas... Además el Dios de Israel es tambien el Dios de las venganzas.—Oid: el rey Witiza estaba dotado de un carácter muy altanero y dominante, y al mismo tiempo era pariente del poderoso conde, amante y señor de la judía.—El rey, pues, ordenó á su deudo

que se habia de casar con una noble señora de su eleccion, y el conde no tuvo más remedio que obedecer al monarca: al mismo tiempo el esposo halló ocasion de robarle á la conversa su hijo, que ya estaba bautizado; pero como era pequeño, lo educó en la religion de Moisés, haciéndole entender al niño que la voluntad de su madre moribunda era que siempre permaneciese en la ley judáica, es decir, lo contrario de lo que su madre se habia propuesto.

—Ya voy comprendiendo, dijo Daniel, que en efecto el ódio es muy astuto.

—El castigo fué terrible.—La esposa adúltera se vió arrebatar su amante, que, por órden el rey, se unió en matrimonio á la más noble de las hermosuras godas; la madre se vió arrebatar sucesivamente sus dos hijos; sumida en la más acerba desesperacion, acosada siempre por la presencia de su esposo que constantemente la acechaba para oprimirla con sus miradas sangrientamente irónicas, la pobre mujer tomó una resolucion á la verdad inesperada.—El mismo dia en que se verificaron las bodas del conde, desapareció la conversa para siempre de su casa, é implorando la caridad pública, atravesó la España en busca de su hijo, hasta que desesperada y procurando acallar sus remordimientos de esposa y de madre con una expiacion terrible, se retiró á la cueva de la Cruz del lloro para hacer una vida de crueles privaciones y de áspera penitencia.—Ni aun allí la dejó descansar el implacable esposo, que informado de su nuevo y extraño domicilio, tomó la costumbre de aparecérsele la noche del dia en que se cumplia el aniversario de la muerte del que fué arrojado á las llamas.—Por espacio de más de veintidos años

no ha faltado ni una sola vez el esposo á esta terrible y misteriosa cita anual.

—¡Qué inaudita tenacidad! exclamó Daniel.

—Más inauditos y tenaces todavía han sido los amargos sinsabores con que ella ha lacerado el corazon de su esposo, el cual durante un cuarto de siglo ha estado combinando los medios de una venganza tambien inaudita, y que al fin ya está muy próxima á realizarse... ¿Lo entendeis, Daniel? El dia de la venganza está cercano, el esposo todavía no está satisfecho.

Y el sacerdote acentuó estas últimas palabras con una inflexion extraña, amenazadora y sombría.

—No dudo que el esposo esté aún sediento de venganza; cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto, repuso friamente Daniel.

—Ahora bien, solo me resta deciros que el esposo soy yo.

—¡Vos! ¿De veras? dijo el médico en extremo sorprendido.

—Sí, Daniel, la penitente es mi esposa; todos los años una vez he venido á maldecirla por su apostasía y liviandad; pero hoy ya me he compadecido de sus sufrimientos, añadió Samuel con singular sonrisa.

—¡Os habeis compadecido! Eso iba á preguntaros. ¿Por qué hoy os tratábais tan cariñosamente?

—Porque la he prometido entregarle su hijo.

—¿Luego vive?

—Claro está.

—Segun eso, vos fuísteis quien se lo arrebató.

—Sí.

—¿Y pensais cumplir vuestra palabra?

—Jamás falto á mis promesas.

—¿Pues no decís que estais ansioso de venganza?

—Sin duda.

—¿Y cómo es que pensais entregarle su hijo?

—Porque así me vengo.

—No lo comprendo, Samuel.

—Ya lo comprendereis algun dia.

Ambos guardaron silencio, Samuel porque habia terminado su historia, y el médico porque comprendió que seria inútil repetir más preguntas. Es cierto que además tenian que hablar aquella misma noche de asuntos harto importantes, especialmente para el ambicioso médico, cuyos atrevidos planes ya conoce el lector.

—¿Y por fin, preguntó Samuel, habeis podido conseguir que retrase el rey algun tanto sus bélicos preparativos?

—Lo he adormecido perfectamente con mi voz de Sirena.

—¿Estais seguro?

—No tengo la menor duda en que ha creido mis falsas noticias.

—¿Qué le habeis dicho?

—Segun convinimos, le he mandado á decir que los rumores que circulan acerca de una nueva espedicion de los moros, son absolutamente falsos y sin fundamento alguno, y que por lo tanto puede vivir tranquilo hasta que yo le avise.—Así, pues, nuestro plan se realizará sin el menor obstáculo, puesto que habremos podido ganar un tiempo precioso para disponer nuestras tropas y para que

la confusion se apodere de todos los ánimos con la súbita invasion de los moros, cuya alianza á la vez que el terror de los cristianos nos proporcionarán inmensas ventajas.—Samuel, yo os lo aseguro, David y Salomon tendrán sucesores en este hermoso país, los hijos de Israel se constituirán en una nueva monarquía, seremos un pueblo, tendremos una patria; largos dias hemos vivido como huéspedes, demasiado tiempo hemos llorado como esclavos.—Yo me siento con fuerza bastante para cambiar el porvenir de nuestra raza, y si no lo conseguimos, nos quedará al menos la gloria de haberlo intentado; más vale morir en la batalla peleando contra estos filisteos, que no sucumbir inermes en las ciudades bajo el peso del látigo y la cadena.

Daniel hablaba con toda la conviccion, con todo el entusiasmo de su alma, porque en aquella naturaleza depravada existia el gérmen de un hombre superior, puesto que en él se encontraba fuerza de voluntad y de inteligencia, es decir, las alas con que remontan su vuelo los héroes. El sumo sacerdote le escuchaba asombrado de tanta valentía y prevision, de tanto aplomo y exactitud en sus juicios; y si bien queria afectar una fria indiferencia, en el fondo de su corazon se albergaban realmente el terror, el ódio y la venganza.

—Os suplico, Daniel, que dejando aparte vuestro férvido entusiasmo, me digais si estais seguro, si teneis algunos datos positivos é indudables para juzgar que el rey desistirá de sus proyectos.—Esto es lo que quiero saber, pues sin esta seguridad nada nos es posible intentar, como comprendereis fácilmente.

Daniel, que así se vió preguntado, clavó una mirada indescriptible en su interlocutor. Luego, imitando con cierta expresion desdeñosa el tono y las palabras de Samuel, dijo:

—Pues bien, dejando aparte mi entusiasmo, os repito que estoy muy seguro de que el rey no saldrá de Toledo hasta que yo no quiera.

—Es que puede fingir que dá crédito á vuestras palabras, y luego...

—Para que eso sucediese así, interrumpió Daniel, era necesario que el rey desconfiase de mí en la actualidad, y para que os convenzais de lo contrario, os manifestaré dos razones, ó por mejor decir dos hechos; uno probando que el rey ha creido mis falsas noticias, y otro probando que don Rodrigo me dispensa todavía la misma confianza.

—¡Oh! Decid, decid.

—En primer lugar, el noble Gudila, que habia conducido á la hija del conde don Julian á la Torre de las Cadenas, donde aquel debia esperar al rey, ha recibido órden por mi conducto de regresar sin dilacion á Toledo, prueba evidente de que don Rodrigo retarda su marcha.

—¡Es posible! ¡Gudila ha estado en la Torre de las Cadenas!

—Como os he dicho, ya estará en Toledo.

—Seguid, Daniel, seguid.

—En segundo lugar, Gudila me ha entregado por órden de don Rodrigo, para que cuide en secreto de su crianza, al hijo de Florinda, es decir, al hijo del rey, prueba inequívoca de que su confianza no es fingida, sino verdadera é ilimitada.

—¡El hijo de Florinda está en vuestro poder! exclamó el sumo sacerdote estupefacto.—¡Tanta es la confianza que os dispensa el rey?

—Tanta, Samuel, repuso el médico algo picado.

El anciano, durante algunos minutos, pareció sumergido en una profunda reflexion; luego, alzando de repente la cabeza, preguntó:

—¿Y qué fin se ha propuesto el rey al confiaros su hijo?

—Segun puedo juzgar, no ha habido otra causa que el vivir yo próximo á Florinda, á la cual tengo órden de entregarlo, en el caso de que su salud peligrase por la separacion de su hijo, que le ha sido en extremo sensible.

Samuel inclinó la cabeza cual si quisiera dar á entender que se confesaba vencido, pero en realidad era para ocultar el inmenso gozo que esta inesperada noticia le habia causado. El médico creyó en efecto que el sumo sacerdote se declaraba derrotado por su incontestable superioridad, así es que preguntó con aire de triunfo:

—¿Y ahora, Samuel, me negareis que mi entusiasmo era tan disculpable como bien fundado?

—Estoy convencido, respondió el anciano hipócritamente, estoy convencido de que sois un hombre verdaderamente extraordinario, y de que muy pronto trendré el gusto de veros, como otro Josué, conducir á los israelitas á la victoria.

Al oir este cumplimiento, algun tanto bíblico, los ojos de Daniel, que soñaba con ser el caudillo de los hebreos, lanzaron un relámpago de ambicion y de audacia.—El gran sacerdote entretanto murmuraba:

—¡Florinda! ¡Su hijo!... Ya eres mio, yo me vengaré... ¡Pobre loco!

—Espero, dijo el médico á Samuel, apoyareis mis proposiciones en el consejo de los ancianos, segun me habeis prometido.—Ya veis que nuestra causa es comun; vos sois el gefe de la religion, yo seré el caudillo del pueblo.

—¿Y podeis dudarlo, hijo mio?—Ya vereis cómo yo soy capaz de cumplir fielmente mis promesas.

—¡Oh! gracias, Samuel, ¡gracias!

—Pero aún nos queda que andar bastante hasta llegar al fin de nuestro camino.

—Pues aceleremos el paso.

Durante un largo espacio de tiempo, el médico y el sacerdote caminaron con tanta presura como silencio por el valle de Amarga-cena. Era, á la verdad, siniestro y misterioso ver aquellos dos hombres de edad tan diferente, con tan diversos destinos, con ambiciones tan opuestas, caminar por tan solitarios parages, llevando dentro de sí toda la borrascosa agitacion de las pasiones, mientras que á tales horas, las aves del cielo, los peces del mar y hasta las mismas fieras reposaban en la quietud y en el sueño bajo el sombrío manto de la noche. Era tambien repugnante considerar que en los últimos dias del imperio godo, la suerte de una gran nacion dependia en aquellos momentos de un miserable judío que engañaba con astucia á un rey más miserable todavía. Daniel, en cierto modo, hubiera podido aplicarse aquellas palabras de Themístocles, cuando decia á sus amigos: «este niño que veis aquí, es el soberano de toda la Grecia, porque

él gobierna á su madre, su madre me gobierna á mí, yo gobierno á los atenienses, y los atenienses gobiernan á los griegos.»—¡En qué abismo de reflexiones morales no se sumerge el espíritu cnando contempla las pequeñas causas, las secretas miserias, los mezquinos resortes que suelen obrar sobre los señores de las naciones! —La virtud y la inteligencia son los únicos reyes á quienes Dios ha dado una corona eterna.—Volviendo á nuestros nocturnos caminantes, diremos que se dirigian hácia el monte que se levantaba en el valle, semejante á un inmenso túmulo de los tiempos primitivos. Por último llegaron á un espeso bosque de lúgubres cipreses, entre cuyas copas piramidales gemia el viento tristemente. Continuando en silencio su marcha por aquella fúnebre selva, un extenso lago de agua negra y estancada se presentó de repente ante sus ojos. Samuel entonces se detuvo, sacó una bocina, y aplicándola á sus labios, la sonó por tres veces. Pocos momentes despues resonó en la ribera opuesta el eco lejano y lastimero de otra bocina, y muy pronto vieron deslizarse con siniestro rumor por la superficie de las aguas un bulto de extraña forma que se dibujaba entre la bruma de la noche como una sombra más negra dentro de las mismas sombras. Daniel contemplaba aquel pavoroso recinto con ojos espantados. Aquel inmenso lago era producido por las infiltraciones del torrente que no muy lejos, segun hemos dicho, se despeñaba con su eterno mugido sobre el valle de Amarga-cena.

—¿Tardaremos mucho en llegar? preguntó el médico.

—No, repuso el sacerdote, muy pronto estareis en donde deseais.

En esto llegó á la orilla un hombre de elevada estatura y robustos miembros. Su rostro feroz estaba rodeado de espesa y encrespada barba de color rojo que le caia hasta la cintura; un bosque de cabellos del mismo repugnante color cubria su cabeza disforme; sus ojos brotaban llamas, era su edad madura, y todo su continente revelaba la ferocidad del tigre, y la fuerza de un cíclope.—Llevaba vestida una túnica al modo de los hebreos. El formidable personage se aproximó á Samuel, á quien con voz respetuosa que contrastaba singularmente con su espantoso aspecto, dijo:

—Señor, cuándo querrais pasar, vuestro siervo Abacuc está á vuestra disposicion.

—Al instante, repuso el sacerdote.

Y en seguida los tres saltaron en una frágil barquilla que Abacuc habia dejado amarrada á un corpulento ciprés cerca del lago.—Luego se oyó el mismo siniestro rumor que anteriormente, es decir, el compasado ruido de los remos; el fantástico grupo se internó en aquella especie de Estigia y muy pronto se halló en la ribera opuesta. Cuando allí hubieron llegado, el gran sacerdote preguntó:

—¿Han venido todos?

—Sí, respondió Abacuc.

—¿Y los guerreros?

—Tambien.

—¿No aguardas á nadie?

—No, señor.

—Pues amarra el barco y sígueme.

Abacuc obedeció.—Y los tres personajes se dirigieron por una senda flanqueada de ramosos pinos y funestos ci-

preses. Durante aquella marcha solo se oia el murmullo del viento en la arboleda que se mezclaba al sordo ruido de los pasos de nuestros misteriosos expedicionarios. Por último, al cabo de bastante tiempo llegaron á la falda del monte en donde se abria la espaciosa boca de una inmensa caverna, á cuyos lados, como gigantes centinelas que guardasen la entrada, elevaban al cielo sus atrevidas copas un cedro y una palmera, cual si quisiesen recordar á los judíos las selvas del Lívano ó las campiñas abrasadas de la Palestina. El gran sacerdote penetró por las horribles tinieblas de aquella tenebrosa gruta arrastrando consigo al espantado Daniel como el destino ciego y poderoso arrastra á los mortales por las rápidas pendientes de la vida.—El formidable Abacuc los seguia de cerca con un puñal en la mano. Bien pronto percibieron una débil y sombría claridad, distinguiendo tres grandes puertas de bronce practicadas en un muro natural, formado por una roca tajada perpendicularmente y de una elevacion fabulosa. Samuel se detuvo ante la puerta central, y haciendo un signo á Abacuc, este dió sobre ella con un martillo tres rudos golpes, que el eco repitió con son horrendo en todos los tenebrosos ámbitos de aquel misterioso edificio. Inmediatamente se abrió la puerta por una mano invisible.—¡Qué espectáculo se presentó entonces á los atónitos ojos de Daniel!—Siete galerías alumbradas de trecho en trecho por grandes lámparas desembocaban en el salon que servia de ingreso á aquel extraño hipogéo. Es imposible representarse con exactitud la abundancia y singularidad de adornos arquitectónicos de que estaban cubiertos sus muros lo mismo que sus bóvedas, advirtiendo que

aquel prodigioso edificio subterráneo estaba en su mayor parte abierto en la peña viva y ostentaba hasta en sus más insignificantes pormenores una perfeccion desconocida y admirable. Su forma atestiguaba un orígen tan remoto que se perdia en la noche de los tiempos.—Pertenecia á aquellos edificios que en el seno de la tierra construyeron y habitaron las primeras razas, es decir, que correspondia á la primera época del arte, á las construcciones de los Trogloditas.—Aquel vasto subterráneo era un hipogéo como los que aún existen en el Himalaya, en el alto Indostan, en las montañas de Kachemira, en Mesopotamia, en la Arabia Petrea y en las costas de Cirene. Es maravillosa y sorprendente la uniformidad que este primer período del arte presenta en todos los pueblos, por grande que entre ellos sea la distancia, pues se encuentran igualmente monumentos de esta clase en Cuba, en la Georgia, en las islas del Mediterráneo, en Roma, en Etruria, en el Mediodia de Francia, en España y hasta en el país de los Cafres y de los Hotentotes, prueba evidente de que el espíritu humano se desarrolla siempre con arreglo á unas mismas leyes, eternas é inmutables.—Ahora bien, ¿creeremos que el hombre, cualquiera que sea el siglo y país en que viva, es *esencialmente* el mismo, ó que en una época remota extendió su dominio por la superficie del globo una misma raza que escribió *artísticamente* sus creencias idénticas de un modo igual en todas partes?—Mucho nos alejaríamos de nuestro objeto si intentásemos dilucidar este punto.—Bástenos decir que de todas maneras nos sobran razones para explicarnos satisfactoriamente esta noble coincidencia, esta analogia uni-

versal. Ahora añadiremos que los judíos, raza envilecida y despreciada entre los godos, de los cuales sufrieron alternativamente la mayor tolerancia y la más cruel persecucion, tenian perfecto conocimiento de todas las cavernas y edificios de esta clase en la Península, que en aquella época eran muchos, para sustraerse del furor de sus enemigos en caso de necesidad, ó bien para celebrar sus misteriosas reuniones, una de las cuales se verificaba aquella noche. Daniel, mudo de estupor, contemplaba en aquellos muros de granito mil extraños mónstruos vomitando llamas, cabalgados por hombres de una estatura colosal, y que por sus enormes y abiertas bocas presentaban en grotescas actitudes saetas en lugar de lenguas. —Igualmente decoraban las bóvedas y el zócalo de las misteriosas galerías enanos extravagantes con cabezas de leon crinadas de víboras y gigantes con multitud de brazos que recordaban al Briaréo de que nos habla Homero. —En bajos relieves se veian monstruosas sierpes enroscadas con colas de pescados, con alas de dragon, y con rostro de mujer, cuya astucia y disimulo querrian significar probablemente.—Llamaba en particular la atencion un grupo de figuras colosales que á diferencia de las otras estaban desprovistas de brazos, y que, como los cíclopes, solo tenian un ojo en la frente.—La figura principal, que sobresalia entre las otras del pecho arriba, vestia un trage talar, su rostro estaba formado por multitud de ojos, su cabeza estaba coronada de orejas, en una mano tenia levantada en alto una espada, con la otra acariciaba un enorme perro, con sus piés hollaba una serpiente, y sobre sus sienes resplandecia una corona.—Por el grupo de las

estátuas con un solo ojo y sin brazos debia entenderse que se significaban los ministros íntegros, libres de avaricia y atenta la mira á un solo objeto, el bien comun: en cuanto á la figura principal, simbolizaba el modelo de un buen rey, cuya atencion debe cifrarse en verlo y oirlo todo, defender su patria, premiar á los leales y castigar á los traidores.—Más allá veíanse dioses, ídolos, hombres con tres cabezas, caballos alados, toros embetunados de negro con la mitad del cuerpo de escorpion, cuyas figuras, al parecer extravagantes, lo mismo que las primeras que hemos visto, representaban la Calumnia, la Vanidad, el Latrocinio, el Pensamiento, la Falsedad y la Fuerza brutal ó la Violencia; en fin, por todas partes habia geroglíficos, símbolos y mitos, cuyo profundo sentido tomaba mil formas diferentes, ora graciosas y sencillas, ora ininteligibles y monstruosas.—Aquello era un poema, una cosmogonia, una especie de bíblia de piedra.

—¿Conque estais resuelto á penetrar en la asamblea? preguntó el anciano sacerdote dirigiéndose al absorto Daniel.

—Sí, respondió este con voz firme saliendo repentinamente de su estupor.

—Supongo que, como israelita, no ignorareis las terribles ceremonias que deben preceder al acto de entrar en el sagrado recinto.

—Sé que en efecto son muy importantes; pero no tengo una idea exacta, puesto que las tales ceremonias son tan terribles como misteriosas.

—No os habeis engañado.—Son muy terribles, porque es indispensable probar cumplidamente el valor de la per-

sona á quien se ha de confiar el sitio donde está el arca santa; y son misteriosas, porque precisamente se celebran para saber si es capaz del más inviolable secreto el que ha tenido valor para resistir las pruebas.

—¿Y qué tiene que ver el valor para guardar un secreto?

—Jóven, repuso Samuel, para nada se necesita tanto valor como para callar.

—No lo comprendo.

—El valor físico consiste en la fuerza del cuerpo, el valor moral consiste en la fuerza del alma.—Los que tienen el primero son animales robustos, los que tienen el segundo son hombres, los que poseen uno y otros son héroes.—Nosotros, pues, queremos hombres dotados de una voluntad firme, capaces de resistir á la astucia y á la violencia, es decir, que aunque los impacienten con palabras y los arrojen á una hoguera, permanezcan impenetrables... Esto no se puede hacer sin una gran fuerza de voluntad, esto no se puede saber sin grandes pruebas.

—Me rindo á vuestras razones; pero deseara saber cuál es el fin de tanto misterio.

—Ya os lo he indicado.—El objeto principal es que jamás ningun profano sepa dónde se conservan las tablas de la ley y los libros sagrados, únicas reliquias en que cifra su esperanza de salvacion el pueblo de Israel.—En varias ocasiones, cuando los cristianos más se han empeñado en perseguirnos, han intentado arrebatarnos el arca de la alianza ¡impíos! para arrojarla al fuego.—Muchas veces los godos han intentado saber dónde se encontraba nuestro principal tabernáculo, y á muchos sacerdotes de

los nuestros les ha costado perder la vida entre tormentos espantosos, sin que jamás haya habido uno capaz de hacer traicion á su Dios.—Y solo así por tantos y tantos años ha podido conservarse el arca oculta en el palacio de Harpalús, sin que nadie lo haya sospechado, gracias tambien á las terribles tradiciones que hemos sabido sembrar en nuestros enemigos, tan fieros como ignorantes y supersticiosos.—Es verdad, que solamente los sacerdotes, los ancianos y los más distinguidos de nuestras tríbus son los que poseen este secreto, en el cual son iniciados despues de sufrir las pruebas á que vos habeis de sujetaros, si es que efectivamente deseais realizar vuestos heróicos proyectos.

—¡Cómo! exclamó Daniel. ¿Habeis podido dudar ni un solo instante el que yo rehuse sufrir esas pruebas, por más terribles que sean?

—No lo he dudado; pero antes he debido haceros presente todo el peligro, porque luego es imposible de todo punto retroceder.—Os advierto que si quereis volver atrás en medio de las pruebas, os costará la vida.

Daniel reflexionó algunos momentos, al cabo de los cuales, aunque un tanto pálido, dijo con voz firme:

—Estoy resuelto.

Despues de tan terribles preliminares, Samuel cogió de la mano al médico, y conduciéndolo por la galería central, se detuvo al fin ante una puerta planchada de hierro, la cual, abierta por una mano invisible, despues de bajar algunos escalones, daba entrada á un salon inmenso, cubierto con una bóveda muy baja y casi tenebroso, pues que solo pendia en el centro una lámpara que deste-

llaba una luz siniestra y moribunda. Allí aparecieron de repente cuatro ancianos de luenga barba, con ropas talares, cubierta la cabeza con birretes cónicos, y cada uno con una antorcha en la mano. Reinó un instante de silencio. Luego el príncipe de los sacerdotes exclamó:

—¡Hermanos! Aquí teneis al que intenta libertar de su servidumbre al pueblo de Israel; pertenece á nuestra raza, es sábio en la medicina, posee ilimitadamente la confianza del rey, es valeroso, leal, observador de Moisés y enemigo de los cristianos. Este es Daniel, del cual os tengo hablado, y que esta noche se presentará al concejo con voz y voto, si quereis admitirle y si se muestra digno de ello sufriendo las pruebas necesarias.—He dicho.

—Le admitiremos, dijeron lacónicamente los ancianos.

En seguida hicieron arrodillarse á Daniel, los ancianos y el sumo sacerdote desaparecieron, la puerta se cerró estrepitosamente, siguió un silencio profundo, y el imprudente jóven quedó solo y prisionero en aquel tenebroso recinto. Tan angustiosa situacion no duró mucho; pues á poco tiempo la puerta volvió á abrirse y apareció el espantable Abacuc con una lámpara de bronce en una mano y un desmedido puñal en la otra.

—Seguidme, dijo con su áspera voz.

Daniel, pálido y con los cabellos erizados, le siguió silencioso. Abacuc se dirigió á una puertecita situada en el muro del salon, la cual comunicaba con una estancia de figura circular, y en donde al rededor habia practicadas en la pared varias aberturas á manera de armarios, uno de los cuales abrió el terrible judío, y sacando un extraño vestido, se lo presentó á Daniel.

—Poneos este traje, le dijo.

Daniel obedeció en silencio, si bien sorprendido en extremo.—Consistia aquel extraño ropage en una especie de túnica cuya mitad delantera estaba formada con pieles de leon, en tanto que la otra mitad era de pieles de raposo. —Aquella túnica simbolizaba el valor y la astucia. Igualmente le presentó un birrete de seda carmesí y de forma piramidal, en cuyos frentes se veia bordada con varios colores una colmena y abejas revolando en torno, cuya extraña pintura significaba el secreto. Cuando Daniel se hubo vestido aquel traje completamente simbólico, Abacuc le hizo seña de que le siguiese de nuevo. Y ambos emprendieron su marcha por una multitud de aposentos sombríos, hasta bajar una escalera de caracol que se sumergia en la tierra á una profundidad prodigiosa. Al fin se detuvieron en una esplanada ante tres arcos bajos y estrechos, detrás de los cuales se dilataban lúgubres é interminables subterráneos.

—Tomad, dijo Abacuc entregando la lámpara á Daniel.

—¿Y qué debo hacer? preguntó este lleno de espanto.

—Oid bien lo que voy á deciros.—Ahora emprendereis vuestra ruta por el arco central, y os advierto que á una distancia determinada encontrareis varios obstáculos terribles; casi insuperables, pero no teneis mas remedio que continuar adelante, so pena de hallar la muerte si pensais en retroceder.

Daniel permaneció algunos instantes mudo y pensativo.

—Si no os hallais con ánimo para acometer esta em-

presa, todavía es tiempo de que os retireis; pensadlo bien, porque si dais un solo paso ya será tarde.—Por supuesto, añadió Abacuc, que entre nosotros os aguardará eterna infamia; pero podreis escapar con la vida.—Decidíos.

—Adelante, gritó Daniel; jamás se dirá de mí que he retrocedido ante un peligro que otros han superado.

Y así diciendo, con increible audacia se lanzó con la lámpara en la mano por aquel antro tenebroso.—Abacuc le seguia armado de su puñal á cierta distancia oculto entre las tinieblas. Larga y angustiosa fué aquella marcha. De repente Daniel apareció con los ojos desencajados, lívido el semblante, la boca entreabierta, erizados los cabellos, con un pié descansando en tierra, y el otro en la actitud de echar un paso hácia adelante. Si lo hubiera hecho así, su cuerpo hubiera caido destrozado en las profundidades de un precipicio. Felizmente con el auxilio de la lámpara pudo distinguir á tiempo el peligro que le amenazaba, y pasado el primer momento de aquella horrible sorpresa que heló toda su sangre, notó que delante de sus piés se levantaba una piedra de forma cilíndrica, y en cuya planicie superior se leia en grandes letras de relieve esta inexorable palabra: «ADELANTE.» En seguida percibió un cordon que circundaba la piedra. Era una escala de seda que allí estaba amarrada, y que se desprendia perpendicularmente rozando con la pared escarpada. Daniel, despues de algunos momentos de vacilacion, se decidió á practicar aquel espantoso descenso. Pero no habia bajado tres varas, cuando arriba oyó una voz ronca que dijo:

—¡La lámpara!

Fué tal la sorpresa que experimentó el médico, que

estuvo á pique de despeñarse. El aturdido Daniel, en efecto, habia dejada olvidada la lámpara que Abacuc le alargó, diciendo:

—Es condicion indispensable que no abandoneis la luz, si no quereis empezar de nuevo.

Esta circunstancia aumentó la dificultad de aquella peligrosa bajada; no obstante, Daniel consiguió verificarla felizmente.—Cuando pisó la tierra, creyó que habia resucitado. Formaba aquella horrenda sima los muros escarpados de una roca tajada, mediando entre sí el espacio de veinte varas que producia su latitud, pero cuya profundidad era inconmensurable, espantosa, inconcebible. A la impresion de alegría que experimentó Daniel al encontrarse salvo en aquel profundo foso, siguió bien pronto el terror, el embotamiento, la petrificacion de todo su sér; apenas respiraba, ni sentia, ni pensaba, ni veia, porque hasta la luz de la lámpara chisporroteaba, como si maldigese aquel aire mefítico, aquel lugar tenebroso y solitario tan distante del sol y del ruido del mundo. Hubo un momento en que Daniel llegó casi á dudar de su personalidad; sumergido en aquel Océano de tinieblas, en aquel abismo de silencio, le parecia que no estaba vivo, que habia penetrado en un cementerio, en una tumba, en la nada. ¡Oh! El silencio y las tinieblas son el reino de la muerte; la luz y el ruido es el semblante y la voz de la vida. Aquel manto de sombras que se dilataba ante sus ojos le oprimia, como si fuese de plomo, aquel aire frio rozaba su piel, como si fuese un sudario. De pronto un siniestro rumor le sacó de aquella especie de letargo, y dirigiendo su vista hácia la escala, distinguió un bulto á

corta distancia del suelo, y la opaca luz de la lámpara se reflejó en un objeto.—Era el puñal de Abacuc. Daniel entonces recobró súbitamente toda su energía y se lanzó denodado por aquel fangoso piso, jamás visitado del sol. Despues de una marcha interminable creyó percibir un ruido de cadenas que á medida que adelantaba sus pasos se hacia más claro y distinto.—Luego vió en la oscuridad, fosfóricos y movibles, dos carbones encendidos, que tales parecian los ojos de un horrendo animal que estaba atravesado en el foso.—Era un perro negro de prodigioso tamaño, y cuyos roncos y aterradores ladridos pusieran espanto en un corazon de diamante. El médico tembló á la vista de aquel nuevo peligro, del cual le era imposible libertarse, y por espacio de algunos minutos permaneció inmóvil.—Dudoso al fin volvió la cabeza y lanzó un grito de horror. Habia visto crudamente iluminado por su lámpara un rostro espantoso y un puñal levantado en alto. Colocado, pues, como suele decirse, entre la espada y la pared, se decidió á continuar su camino con la velocidad del rayo, si bien tomando la precaucion de dirigirse hácia el lado opuesto al en que se hallaba el formidable Cerbero, que en el mismo instante con una furia espantosa se precipitó sobre el desdichado médico. El horrible animal, sin embargo, no pasó de la mitad del foso, pues que solamente hasta allí alcanzaba la pesada cadena que le sujetaba; así que, Daniel salió ileso de este lance. Pero no bien habia andado algunos pasos, cuando se sintió detenido por una mano de hierro.

—¿Adónde vais? preguntó el más anciano de tres hombres que le habian salido al encuentro. Jóven, habeis

escapado casi milagrosamente de un peligro que no es más que un pálido reflejo de los que aun os quedan por vencer.

El médico sintió helársele el corazon.

—Yo, continuó el anciano, vengo á proponeros si quereis desistir de vuestro intento.

—¿Y eso es posible?

—En este sitio, sí.

—Pues desde luego desisto.

—Pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que permanecereis para siempre en estos subterráneos.

—¡Nunca! respondió Daniel sin vacilar.—¡Morir mil veces primero!

—Pues entonces, seguidme.

El médico obedeció.—Y los cuatro comenzaron á caminar en silencio hasta que llegaron á una puerta practicada en la misma roca; despues habia una trampa formada de gruesos barrotes de hierro, y principiaron á subir una escalera. A medida que iban ascendiendo respiraban un aire más puro, y la lámpara destellaba una luz más viva y explendorosa. Por último, salieron á la superficie de la tierra por una boca de la gruta semejante á aquella por donde Daniel habia entrado primero con el gran sacerdote y Abacuc, si bien aquella salida estaba en direccion opuesta. El médico aspiró con delicia el aire fresco y puro de la noche. Grande fué su sorpresa al hallarse en un dilatado bosque de pinos y cipreses. A los pocos pasos encontraron el lago, á cuya orilla se detuvieron.

—Dadme la lámpara, dijo el anciano.

—Tomad, repuso Daniel.

—Ahora ha llegado la ocasion de que desplegueis todo vuestro valor.

—Estoy dispuesto á lo que se quiera exigir de mí; pero no veo en este sitio que exista peligro alguno.—Ademas aquí es otra cosa, pues siquiera se ve el cielo.

—Preparad antes vuestro espíritu por la oracion.

Y así diciendo, el anciano se arrodilló, imitándole todos los demás. En esta piadosa actitud permanecieron algun tiempo; despues el anciano se levantó, y haciendo un signo á sus compañeros, estos se precipitaron sobre el desdichado Daniel, y asiéndole de los brazos, lo arrojaron al lago. Un grito ahogado de desesperacion resonó en el aire, luego las aguas se agitaron á impulso de un cuerpo extraño, y despues nada más se vió sino algunas ondulaciones que rizaban la tersa superficie de la laguna. Aquellas ondulaciones escribian en signos misteriosos un epitafio, debajo de las aguas yacía un cadáver, el lago acababa de servir de tumba.—Así al menos lo creyeron los tres misteriosos personages que inmóviles permanecian en la orilla. Y en efecto, durante algunos minutos Daniel estuvo sumergido completamente á causa de la brusca sacudida que habia experimentado; pero gracias á su vigor y destreza pudo salir á flor de agua en medio del lago, consiguiendo por último llegar salvo á la orilla opuesta, en donde al punto aparecieron otros tres ancianos. Daniel fué conducido por una senda á cuya extremidad se divisaba una puerta con dos anillas de metal á guisa de aldabas ó llamadores. Es de advertir que para llegar á aquella misteriosa puerta era indispensable atravesar un lóbrego abis-

mo por medio de un tablon de encina que servia de puente. Cuando el médico se aproximó al borde de aquella insondable sima, retrocedió horrorizado.

—Allí terminan las pruebas, dijo uno de los ancianos señalando á la puerta.

—¿Y qué debo yo hacer ahora? preguntó el infortunado médico derramando en torno suyo una mirada recelosa, pues cada uno de los ancianos iba armado con un puñal.

—Despues de atravesar el puente debeis llamar á la puerta, y si no se abre á un tiempo determinado, os asireis á las anillas.

—¿Y quién determinará ese tiempo?

—Yo daré tres palmadas desde la parte opuesta del puente.—¡Marchad!

Daniel en efecto llegó á la puerta embriagado de júbilo, pues que ya no sospechaba ningun peligro. Inútilmente llamó por tres veces; tan solo el eco repitió aquellos golpes lentos y sonoros. El anciano dió tres palmadas, y el médico entonces se agarró á las anillas de la puerta. Luego se oyó un ruido espantoso.—El tablon que servia de puente fué arrojado de pronto en las profundidades de aquella sima horrrenda. Daniel quedó suspendido sobre el borde del abismo.

CAPITULO XXXVI.

El engañador engañado.

En un espacioso salon del extraño edificio que hemos procurado bosquejar, se hallaban varios ancianos y sacerdotes, entre los que se distinguian Samuel por su aspecto grave y meditabundo. Multitud de lámparas esparcia un torrente de luz en aquel aposento, en uno de cuyos frentes veíase una especie de tabernáculo, erigido sobre una gradería de mármol.—Aquel era el lugar sagrado donde estaba el arca que contenia las tablas de la ley. Samuel, dirigiéndose á los ancianos y demás sacerdotes, dijo:

—Los hijos de Witiza, Ebba y el arzobispo don Oppas, no deberán penetrar aquí hasta que no hayamos despachado con Daniel.

—Si sale triunfante de las pruebas, dijo uno.

—Lo cual es bastante dificil, añadió otro.

—Seria una gran desgracia que sucumbiese, respon-

dió Samuel, en cuyo semblante se leia la más viva inquietud.

—¿Pues no habeis dicho que en nada nos separaremos de nuestro plan y del convenio celebrado con los moros? observó un sacerdote.

—¿Y qué, será una farsa todo cuanto se hable con Daniel acerca del establecimiento de una monarquía hebrea? añadió un segundo.

—Es cierto que lo he dicho, y repito que así es necesario que se verifique.

—Pues entonces...

—Entonces quiere decir que no por eso dejará de ser una desgracia el que Daniel no salga triunfante, porque yo necesito la vida de ese hombre tanto como la mia propia.

Las palabras de Samuel encerraban una contradiccion evidente; pero fué tal la firmeza con que las pronunció, que nadie fué osado á insistir para sondar aquel misterio. Y despues de algunos momentos de reflexion, el sumo sacerdote volvió á romper el silencio, diciendo:

—Yo solamente sé el partido que puedo sacar de ese jóven médico, y por lo tanto os ruego que de ninguna manera dejeis de alentar sus ambiciosos proyectos, aun cuando no sea más que en la apariencia.

—Descuidad, dijeron á un tiempo ancianos y sacerdotes.—Tal era el prestigio que sobre los demás ejercia el venerable Samuel.

—Espero igualmente, añadió este, que aprobeis todas las condiciones que yo le imponga bajo el fingido pretexto de que accedemos á sus proyectos descabellados.

—Todo cuanto digais será apoyado por nosotros.

Al llegar aquí apareció en la puerta del salon un hombre de horrible aspecto.—Era el formidable Abacuc.

—¿Qué tenemos? preguntó impaciente Samuel.

—Que ha salido libre, respondió Abacuc.

—¡Ha triunfado! exclamaron los sacerdotes con asombro.

—¡Ha vencido! exclamó Samuel con alegría.

—En la puerta está aguardando vuestras órdenes, respondió el terrible judío.

—Condúcele aquí, al instante.

Abacuc desapareció.—Dejamos á Daniel en la terrible situacion de que cuando se hubiesen cansado sus manos de tenerle asido á las anillas, se habria hecho pedazos en las horrorosas cavidades de aquel abismo sin fondo; pero afortunadamente la puerta cedió despues de algun tiempo, y se encontró sano y salvo en un anchuroso patio conducido en brazos del vigoroso Abacuc.—En cuanto á Samuel, es indecible el gozo que se pintó en su fisonomía cuando llegó á saber que el médico habia salido triunfante de las terribles pruebas. Pocos momentos despues fué introducido Daniel en el salon donde se celebraba el concejo de los ancianos y sacerdotes del pueblo de Israel.

—¡Hermanos! exclamó el príncipe de los sacerdotes, llegó por fin el venturoso dia en que el pueblo israelita pueda abrigar fundadas esperanzas de sacudir para siempre la dura esclavitud á que se halla condenado.—Y esperanzas tan lisonjeras solamente es capaz de realizarlas el valeroso Daniel, que acaba de salir triunfante de las pruebas más difíciles; él será nuestro caudillo, él nos con-

ducirá á la victoria, y bajo la noble enseña del nuevo Josué tendrá fin nuestro cautiverio y una nueva era de gloria comenzará para los hijos de Jacob.—No os maraville la magnitud de la empresa, puesto que es propio del pueblo de Israel intentar cosas grandes; no desconfieis del buen éxito al mirar la insolencia y poder de nuestros enemigos; el Dios de Sabaot ensalza á los humildes y humilla á los soberbios; el arrogante Aman se vió elevado sobre las cimas de los sublimes cedros, y despues toda su gloria se disipó como el humo.—El monarca godo se ostenta ahora fiero y altivo como otro Faraon, alzando la arrogante cerviz contra el Dios de Israel; pero muy pronto caerá su soberbia como un monte derrocado en los abismos del mar.—Hemos visto esclavas y deshonradas á nuestras esposas, nuestros hijos tienen encadenados los vigorosos brazos, y las vírgenes de Israel han olvidado sus alegres cánticos por lágrimas de opresion y de afrenta.—Pero no dudeis que ellos á su vez implorarán con la frente en el polvo nuestra misericordia y no serán oidos, porque ellos fueron sordos á nuestros clamores.—Ha llegado el dia de la venganza, si consentís en fiar vuestra salvacion al esfuerzo del valeroso mancebo que ha sabido adormecer al tirano.—El Africa viene en nuestro auxilio, nuestros guerreros están dispuestos, don Rodrigo descuidado, gracias á Daniel; solo nos falta poner manos á la obra y elegir un caudillo.

Y el gran sacerdote extendiendo la mano sobre el médico, añadió:

—Yo nombro á Daniel.

Este, despues de las violentas emociones que acababa

de sufrir, solo habia vuelto á recobrar su energía característica lisongeado por la esperanza de realizar sus proyectos tan ambiciosos como audaces. Pero en aquel momento se hallaba acaso más conmovido que durante las terribles y misteriosas pruebas que le hemos visto soportar.—Pálido y trémulo aguardaba con ansiedad indecible el fallo de los demás ancianos y sacerdotes, que todos repitieron unánimes:

—Que sea Daniel nuestro caudillo.

Cuando tal oyó el ambicioso médico, tuvo necesidad de apoyarse contra el muro, pues apenas podia sostenerse.—Tan intensa era su agitacion. Despues de algunos momentos, ya más tranquilo, se adelantó hácia el centro del salon, diciendo resplandeciente de audacia y de valor:

—Hermanos mios, por la sangre y por la religion, no encuentro en este instante palabras suficientes para explicaros la gratitud y el gozo que experimento, no tanto por la honra y merced que me dispensais, cuanto por la noble y heróica disposicion en que os veo de morir lidiando por nuestro Dios y nuestra libertad.—Arrogancia es ciertamente el que un mancebo dirija de este modo su inexperta voz á los ancianos y sacerdotes de Israel; pero creedme, no hay otro espectáculo más digno y grato á los ojos de Jehová que un pueblo que prodiga su sangre por romper sus cadenas; el escudo del Señor será el escudo de nuestros guerreros, y yo tendré la gloria de morir en la demanda ó de obtener la emancipacion del pueblo hebreo.

—¿Y con qué medios contais para tamaña empresa? preguntó uno de los ancianos.

—El gran sacerdote los sabe muy bien, repuso Daniel,

que continuó:—En primer lugar, cada familia israelita dará un guerrero, lo cual ya se ha verificado, y en segundo, los árabes nos prestarán su auxilio, tanto más eficaz cuanto es ménos esperada su invasion.

—¿Pues qué, no sabe el rey?...

—Yo he asegurado á don Rodrigo, el cual lo ha creido así, que son falsos cuantos rumores circulen acerca de una nueva expedicion de los moros contra España.—Así, pues, el rey está descuidado, y por lo tanto la sorpresa ayudará sobremanera á nuestro esfuerzo para alcanzar la victoria.

Durante este tiempo Samuel habia estado hablando en voz baja con uno de los ancianos, el cual sin duda recibió algunas instrucciones del gran sacerdote, con arreglo á las cuales dijo:

—¿Y teneis algunas pruebas de que el rey os ha creido?

—Las más incontestables, repuso Daniel.

—¿Y pueden saberse?

—Bastara deciros que el rey me ha entregado su hijo.

El anciano y Samuel cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Y quién nos asegura de vuestra lealtad? preguntó el viejo hebreo en tanto que Samuel permanecia silencioso y como del todo extraño á la cuestion.

—¡Cómo! ¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que por nuestra parte no encuentro ningun inconveniente en que seais nombrado el caudillo y, si es necesario, el rey de Israel; pero tambien es indispensable que vos nos garanticeis de la lealtad de vuestras intenciones, puesto que no debeis ignorar que muchas ve-

ces hemos sido víctimas de nuestros buenos deseos y de la perfidia de nuestros enemigos.

—¡Yo traidor! exclamó indignado Daniel.

—No he querido decir tanto, continuó el anciano con imperturbable calma, pero sí repito que en una empresa de tamaña transcendencia, en la cual se libra la vida ó la muerte de un pueblo, es necesario proceder con mucho pulso. —Creo que no me negareis esta verdad.

—Antes por el contrario, soy de la misma opinion; pero no comprendo lo que quereis exigir de mí.

—Una cosa tan natural como justa.

—Decid.

—Que nos deis no palabras, sino pruebas, ó por mejor decir, hechos que nos aseguren la más ilimitada confianza hácia vuestra persona, porque de lo contrario, ni vuestra autoridad será firme, ni vuestra obediencia dejará de ser remisa y desconfiada.

—Ya os he dicho...

—Os repito que aquí no se trata de dichos, sino de hechos, interrumpió inflexible el anciano.

—Pero en fin, ¿qué quereis, qué exigís, qué mandais? preguntó Daniel algo mostazado.

—Queremos y exigimos y mandamos que nos ofrezcais seguridades, garantías y rehenes.

—¿Pues yo mismo, no me entrego en vuestras manos?

—En ese caso sereis más bien nuestro esclavo que nuestro caudillo.

—¿Y qué otros rehenes puedo yo daros?

—Vedlo vos; eso es cosa que os atañe exclusivamente.

Apurada era la situacion de Daniel, que en el colmo

de su alegría se vió turbado por tan inesperadas exigencias. Ya hemos visto en más de una ocasion que el médico estaba dotado de una imaginacion asaz fecunda; pero á la verdad que en aquel momento no hallaba un medio hábil para satisfacer la desconfianza, hasta cierto punto disculpable, de los ancianos. Daniel, pues, volvió maquinalmente los ojos hácia el gran sacerdote, del cual esperaba alguna ayuda en aquel lance, y, en efecto, no se equivocó.

—Recuerdo me habeis dicho que teneis en vuestro poder al hijo del rey y de Florinda, dijo Samuel.

—Y es muy cierto, añadió el médico.

—Igualmente, insistió el gran sacerdote, conocereis que es bastante justa la exigencia de nuestros hermanos.

—No lo niego.

—Pues bien, yo no puedo dejar de prestaros mi proteccion...

—¡Gracias! ¡Gracias! interrumpió el médico.

—Y en tal concepto continuó Samuel, voy á haceros una pregunta que, segun imagino, aceptareis con gusto en este momento, como el único recurso que os queda para inspirar la mayor confianza.

—Ya os escucho.

Entonces el gran sacerdote, dirigiéndose á los ancianos, continuó:

—Supuesto que hay algunos entre nosotros que abrigan el temor de una asechanza del rey, me parece que Daniel pudiera prestar seguridades ó rehenes de tal valía, que hasta los más descontentadizos no dejarán de darse por satisfechos.

—¿Y en qué consisten esas seguridades? preguntó el anciano que, digámoslo así, hacia la oposicion.

—Consisten, respondió el sumo sacerdote, en que Daniel ponga á nuestra disposicion el hijo de don Rodrigo, y así tendremos siempre un triunfo de reserva tanto para el rey, como para nuestro caudillo.—¿Os dais por satisfechos? ¿No os parece esta suficiente garantía?

—Sin duda alguna, no podemos exigir más.

Y Samuel, volviéndose al médico, dijo:

—¿Accedeis á esta condicion?—Advertid que es el único medio de que todos se satisfagan.

—Accedo sin la menor dificultad, repuso el ambicioso médico, que entrevió en aquel instante una corona.

Pero si grande fué el júbilo que se retrató en el semblante de Daniel, fué todavía mayor el del sumo sacerdote, el cual, despues de algunos momentos, dijo:

—Ahora bien, solamente nos queda combinar algunos medios para la empresa.

—De los principales ya hemos tratado alguna vez, dijo el médico; pero en este momento es preciso hablarlo todo.—La norma de conducta que debemos seguir para que el pueblo hebreo quebrante sus hierros, es esta: supongo que á ninguno de los presentes se le oculta la imposibilidad de obtener nosotros mismos la victoria, y que por lo tanto, los moros serán nuestros más poderosos auxiliares.

—En efecto, nuestras fuerzas son escasas para triunfar de una vez de la nacion goda, dijo un anciano.

—No son escasas, observó Daniel; la dificultad consiste en que no poseemos ni una ciudad, ni un castillo, ni

una torre; todas las fortalezas, armas y poblaciones están en poder de nuestros enemigos, que apenas nos dejan un rincon para enterrar á nuestros padres.

—Decís bien, Daniel, esa es la verdadera causa de nuestra inferioridad, continuó el gran sacerdote, y por esa razon debemos tejer la trama en las negras sombras del misterio y aguardar pacientemente la venida de los africanos para dar el golpe con éxito.—Solo entonces será el momento oportuno.

—Pero entre tanto es indispensable armar las tropas...

—Ya lo están.

—Y reunirlas.

—Eso no es tan fácil de hacer sin despertar sospechas.

—Pero se pueden aproximar por diversos puntos, tomando las precauciones necesarias.

—Esa es precisamente mi opinion.

—Pues desde mañana se puede empezar.

—Y se llamarán; pero os advierto, Daniel, que hasta que yo os avise, debeis habitar en la fortaleza de Jerez, la que á su tiempo será ocupada por los nuestros.

—¿Quién lo duda?

—Al mismo tiempo es tambien forzoso que conserveis la misma buena inteligencia que hasta aquí con don Rodrigo, pues ya conocereis que esta circunstancia, hábilmente manejada, puede servirnos de mucho.

—Descuidad, que lo haré así.

—En aquel momento Abacuc se aproximó á Samuel, y le habló algunas palabras en voz muy baja.

—Diles que aguarden un poco, respondió en el mismo tono el gran sacerdote.

Abacuc desapareció.—En seguida Samuel se levantó, é imitándole todos los ancianos, formaron un semicírculo delante del tabernáculo, y despues de algunas oraciones, el gran sacerdote sacó una llave y abrió el arca con suma reverencia. Todos cayeron de rodillas.

—Venid, Daniel, gritó el anciano Levita.

Daniel se aproximó, y tambien se arrodilló delante de Samuel, que sacando las tablas de Moisés, las coloco sobre el ara del tabernáculo. Luego hizo que Daniel extendiese su mano derecha sobre las sagradas tablas; y el gran sacerdote con voz imponente, dijo:

—¿Juras no revelar á ningun mortal la existencia de este santuario?

—Sí, juro.

—¿Juras defender hasta morir la ley de Moisés?

—Sí, juro.

—¿Juras cumplir tu promesa de entregarnos al hijo del rey?

—Sí, juro.

—Que el Dios de Judá te premie y te bendiga á tí y á tus hijos, á los cuales veas hasta la quinta generacion si cumplieres tu juramento; pero si fueres perjuro, que el Dios de Judá abrase con fuego tu lengua y te maldiga á tí y á tus hijos hasta la quinta generacion.

Concluidas estas terribles palabras, el sacerdote tornó á cerrar el arca, los ancianos se levantaron, y todos volvieron á ocupar sus primitivos puestos.—Luego Samuel preguntó:

—¿Y cuándo traereis al hijo de Florinda?

—Mañana mismo.

—¿Sabeis si está bautizado?

—Segun me ha dicho Gudila, lo bautizaron momentos antes de partir de Toledo.

—¿Y cómo se llama?

—Chindasvinto.

—¡Viva el caudillo de Israel! exclamó de repente el gran sacerdote, sin ser dueño de reprimir su alegría.

Todos repitieron el mismo grito, de manera que aquello fué una verdadera aclamacion. Mientras Daniel saboreaba con delicia aquellas manifestaciones y se despedia de los demás, el anciano con quien antes hemos visto departir á Samuel, se aproximó á este y le dijo:

—Por fin accedió á vuestra proposicion, como deseábais.

—¡Oh! exclamo gozoso Samuel, los rehenes que nos ha ofrecido, sobrepujan todas mis esperanzas.

—¿Y creeis que cumplirá su palabra?

—Estoy seguro de ello.—La ambicion le ciega, y es capaz de todo por realizar sus proyectos.

—Pues una vez que él engaña tan villanamente al rey, y hasta le vende su hijo, justo es que nosotros le engañemos.

—En efecto, repuso Samuel, hé aquí al engañador engañado.

CAPITULO XXXVII.

Verdadera conspiracion de los judíos.

Apenas salió Daniel de aquella misteriosa reunion, cuando entró el formidable Abacuc, diciendo al gran sacerdote:

—Señor, me habíais encargado que no se viesen...

—¡Qué! ¿Los ha visto Daniel? interrumpió colérico el anciano.

—No, señor; pero estuvieron á punto de encontrarse en el camino.

—¿Y en dónde están ahora?

—Acabo de dar órden á Simon que los conduzca á vuestra presencia.

—¡Hélos aquí!

Y en efecto, en aquel instante aparecieron en el salon cuatro hombres de muy diversos trages y cataduras. Todos los ancianos y sacerdotes dieron muestras de la ale-

gría más insensata al aspecto de los recien llegados, que eran dos moros y dos cristianos.—El de más edad de estos vestía ropas clericales, y sus pómulos en extremo prominentes, su mirada oblícua y sus labios delgados y fruncidos, daban á su fisonomía una expresion pérfida, avarienta é irónica, que contrastaba siniestramente con su estatura gigantesca. El segundo era un hermoso jóven de veinte y ocho á treinta años, vestido á usanza de los godos, y de cuya cintura pendia una ancha espada de Toledo. Por lo que respecta á los otros personages, ya hemos dicho que eran africanos.—El uno de ellos, de color cetrino, negra barba, alto, descarnado y huesoso, manifestaba ser un hombre irascible, astuto y circunspecto; en tanto que su compañero, de pequeña estatura, alto, grueso, de color más claro y de mirada alegre, daba á entender desde luego que era decidor sutil é insinuante. A ambos personages hemos visto ya en otra ocasion en el castillo de Consuegra, puesto que los moros no eran otros que Alcama y Mahomet, enviados del gran Miramamolin Ulit para tratar á todo trance de ocupar la hermosa Península ibérica, cuyas costas podian ver sus vasallos desde la otra parte del Estrecho de Hércules.—El gran sacerdote, despues de los primeros cumplimientos, dijo:

—¿Y presentásteis á Muza y á Tarif las condiciones bajo las cuales Israel se ofrecia á prestarle su poderoso auxilio?

—Aquí traemos el contrato.

—Nosotros tambien lo tenemos escrito hace ya mucho tiempo.

—¿Desde cuándo? preguntó Alcama.

—Hace cerca de un siglo que mis antecesores, viéndose oprimidos por los godos, hicieron á los árabes proposiciones idénticas á las que ya, segun decís, se han aceptado.—El Dios de Israel al fin se ha compadecido de su pueblo.

—Muy pronto estareis todos libres de la dominacion de vuestros enemigos, dijo Mahomet.

Los dos cristianos escuchaban este diálogo con visibles muestras de descontento, así que el que vestía ropas clericales, dirigiéndose á Samuel, dijo:

—Gran sacerdote de los judíos, nosotros tenemos necesidad de partir al punto, y por consiguiente, si te place, hablemos de nuestra comision, puesto que estamos de prisa.

—Sí, sí, nosotros estamos despacio, respondieron los moros, procurando disimular el disgusto que les causaba el altivo lenguage de los cristianos.

—Sea como deseais, nobles hijos de Witiza, respondió Samuel con respetuosa deferencia.

En efecto, los dos cristianos eran Ebba y el arzobispo don Oppas.

—Ya sabeis, dijo este, el designio de nuestra marcha á Toledo; todo va perfectamente, pues el rey ignora, al parecer, de todo punto la tempestad que brama sobre su cabeza, y seguramente ha creido que los moros se han dado por satisfechos con una batalla, cuyo único resultado, funesto para él, ha sido la muerte de su primo don Sancho Íñigo.—Respecto á la organizacion de las tropas hebreas, debo participaros que ya se han reunido en bastante número en los alrededores de Toledo, y que muchos están

ocultos á las órdenes de Efraim en el palacio de Harpalús.

—Así efectivamente me lo ha escrito el buen Efraim, respondió Samuel.

Don Oppas continuó:

—Pero para evitar el que tarde ó temprano inspiren sospechas al rey tales reuniones, hemos creido oportuno tomar una resolucion, cuyo éxito no puede menos de ser sumamente favorable á nuestros intentos.—Ya os he hablado en otras ocasiones de lo mismo.

—¿Y cuál es esa resolucion? preguntó un anciano.

—Atendiendo á que, por muy sigilosamente que los moros desembarquen en España, el rey al fin tendrá que saberlo, hemos proyectado un golpe tanto más certero cuanto es más inesperado.

—¡Decid! ¡Decid! exclamaron á la vez moros y judíos, llenos de impaciencia.

—El rey ya ha publicado la guerra á pesar de todo, sin duda para estar preparado en caso de necesidad; pues bien, todos los guerreros judíos deben acudir á alistarse bajo las banderas del rey don Rodrigo; y vos, Samuel, ya me oísteis decir en Consuegra cuál era el objeto...

Una tempestad de contradicciones estalló en aquel instante diciendo varias voces:

—¿Y es ese el gran proyecto?

—¡Qué locura!

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Para qué sirve eso?

Don Oppas permaneció impasible y sin dignarse mirar siquiera á los que tales objeciones le hacian. Samuel fué el único que comprendió el verdadero sentido de las pa-

labras del arzobispo, recordando la opinion que habia manifestado en el castillo de Requila.

—Ya ha llegado la hora de obrar, dijo don Oppas; ¿qué os parece mi pensamiento?

—Como siempre ¡famoso! respondió Samuel; la dificultad está en realizarlo.

—Nada más fácil: nosotros partimos al instante á ofrecer al rey nuestra espada y...

—¡Qué está diciendo! exclamaron algunos.

—¡Silencio! gritó el sacerdote dirigiéndose á los suyos; ya sabreis á su tiempo la importancia de este enigma.—Continuad, señor, añadió volviéndose á don Oppas.

—Decia, prosiguió este, que mi hermano y yo, estando en el ejército del rey, es muy probable que se nos confiera algun puesto importante despues de nuestra aparente reconciliacion, en cuyo caso en lo más recio de la pelea, ó cuando parezca más oportuno, á una señal convenida, todos los guerreros israelitas acometerán á los godos por la espalda, y hé aquí asegurada infaliblemente la victoria.

—Sin duda alguna, respondió Samuel, siempre lo he creido así desde que por la primera vez os oí sostener esa opinion; pero ¿no temeis que don Rodrigo sospeche de vuestra reconciliacion?

—Es imposible, respondió el arzobispo.

Su hermano Ebba, que hasta entonces habia guardado silencio, observó:

—Y aun cuando sospechase personalmente de nosotros, no por eso sospechará de los israelitas, que de todas maneras podrán realizar nuestro proyecto, aunque mi

hermano y yo estuviésemos en el campamento de los moros.

—¡Es verdad! Teneis razon, repuso Samuel.

—Sin contar con que reuniéndose los israelitas á las tropas reales, se evitaria el más grave inconveniente que nos amenaza, añadió el arzobispo.

—¿Cuál? preguntó el gran sacerdote.

—El que descubra el rey nuestras tropas, cuyas reuniones necesariamente tienen que ser peligrosas lo mismo que sus marchas.—¿Creeis fácil que un ejército atraviese la España sin que lo noten los partidarios del rey?

Esta consideracion pareció á Samuel de mucho peso. Y conociéndolo asi don Oppas, insistió:

—Mi objeto principal al venir aquí, es manifestaros la conveniencia de que escribais á Efraim para que todos los guerreros judíos tomen las armas bajo las banderas reales.

—Hoy mismo mandaré un mensagero comunicándole á Efraim mis instrucciones.

—Pues en ese caso, nosotros partimos al punto para tratar de conseguir nuestro intento.—Ya procuraremos daros aviso de cuanto nos ocurra y sea necesario que sepais.

Y don Oppas y su hermano se despidieron afectuosamente de Samuel y demás ancianos, mientras que inclinaron ligeramente la cabeza al pasar por delante de Alcama y Mahomet. No se habia ocultado á los hijos de Witiza la desmedida ambicion de los moros, circunstancias que les hacia mirarlos con verdadero rencor, no obstante haber recurrido á ellos, cual si presintiesen que los que

venian como auxiliares habian de quedar como dueños. Y la traicion que meditaba don Oppas se limitaba solamente á destronar á don Rodrigo, á quien aborrecia como enemigo personal; pero en honor de la verdad debemos decir que este ódio no llegaba á tanto como á desear que la España fuese dominada por los árabes.—Cuando los dos cristianos hubieron desaparecido, Alcama, dirigiéndose á Samuel, dijo:

—Ahora ya sin testigos, nos será fácil hablar de nuestro tratado.

—¿Lo traeis ya escrito?

—Aquí está.

Y así diciendo, Alcama sacó de una bolsa de tafilete un rollo de pergamino que empezó á leer.

—«Solo Alá es grande, omnipotente y sábio como su»mo hacedor de todas las cosas, lámpara de lámparas, ami»go de los buenos y confundidor de los malos.—A vos, »el muy venerable Samuel Jehú, hijo de Manasés, de al »tribu de Leví, envian salud los muy nobles, poderosos y »acatados Tarif Abenzarca y Muza el Zanhaní, sustenta»dores del Coran, de ilustre progénie, hazañosos y lidia»dores, alcaides y humildísimos siervos del muy sábio, »temido y justiciero Miramamolin Ulit, gran Califa de »Damasco en la Síria, descendiente del gran Profeta, y »señor de la Arabia y de Berbería en la Libia, rey de »alteza y potestad no decibles.—Por cuanto habemos »sabido las grandes injusticias y desafueros que en vos y »en los de vuestro linage y ley cometen y han cometido »los godos dominadores de esas fértiles regiones en que »habitais, y porque además, muchas veces vuestros pre-

»decesores, y últimamente vos mismo y vuestros ancia-
»nos nos habeis rogado que os dispensemos nuestra pro-
»teccion, para libertaros de tan pesado yugo; y sabiendo
»el descontento general que á la sazon reina entre los
»magnates godos contra su rey por el desman y afrenta
»inaudita que ha cometido en la hija del muy podero-
»so conde don Julian, hemos venido, de acuerdo con
»nuestro señor el potente Miramamolin, en entrar por
»tierra de España con poderosa hueste para castigar las
»insolencias y demasías del rey don Rodrigo.—Y como,
»segun nos han informado, esa hermosa region es de todo
»punto semejante á la Arabia feliz, donde el sol, el cielo
»y las campiñas ostentan en interminable primavera luz
»y verdura, y no separándoles de la Libia sujeta á nues-
»tro poder más que un corto estrecho de mar, hemos re-
»suelto su conquista, aprovechando la ocasion de las pre-
»sentes disensiones entre los godos, y por creer que en las
»tales y tan oportunas circunstancias referidas, los altos
»é impenetrables juicios del grande Alá nos brindan allí
»largos y gloriosos dias de dominio.—Y como nuestra
»ayuda no tendrá buen resultado sin contar con vuestros
»guerreros y buenos oficios, segun que así nos los habe-
»des prometido, por ser los godos muy belicosos y pujan-
»tes en lides, os participamos á que esteis prontos y dis-
»puestos, porque muy en breve nuestra armada se hallará
»en las costas de España.—Y os otorgamos, como nos ha-
»beis demandado, que bajo nuestro dominio podais ejercer
«libremente vuestro culto y creencia, así como tanbien
»edificar templos, cediéndoos de cada cincuenta de los
»conquistados, un pueblo con su campo correspondiente

»para vuestra subsistencia y habitacion, y aun más, si »fuese necesario y lo mereciéredes por la eficacia y valía »de vuestro auxilio.—Todo lo cual, en nombre del gran»de Miramamolin, os ofrecemos y juramos guardar y »cumplir, siempre que vos guardeis y cumplais vuestras »promesas; y de lo contrario, que el poderoso Alá aniquile »con fuego al que de ambas partes fuese perjuro.—Dado »en la ciudad de Tingis en el primer dia de la luna de »Muharran del año de la Egira noventa y tres (1).—Tarif »Abenzarca.—Muzar el Zanhaní.»

Cuando Alcama hubo concluido la lectura del tratado, besó respetuosamente las firmas de los dos caudillos árabes y lo puso en manos del príncipe de los sacerdotes, que, lo mismo que todos los ancianos, dió muestras de aprobacion y de júbilo. En seguida Samuel se levantó, y acompañado de algunos sacerdotes, se dirigió al tabernáculo, abrió el arca, y colocó dentro el venturoso pergamino que contenia la libertad del pueblo de Israel.

—Es inútil advertiros, dijo Alcama, que el más impenetrable secreto debe envolver este tratado, puesto que el conde don Julian y sus parciales han convenido, como ya sabeis, con mis hermanos, en que les presten auxilio solamente para destronar á don Rodrigo...

—Cediendo á los vuestros en cambio de tal servicio la Mauritania Tingitana, interrumpió Samuel.

—Así es la verdad.

—Ya lo sabia yo, y vosotros mismos, añadió señalando á Alcama y Mahomet, vosotros mismos estábais pre-

(1) Equivale á 1.º de abril del 714 de J. C.

sentes cuando así se acordó en el castillo del conde Requila.

—Pues ya conocereis la necesidad de que este convenio permanezca oculto.

—Tanto por nosotros como por los vuestros, pues si los godos receláran tal cosa, todo nuestro gran proyecto se inutilizaba.

—Guardaos de que alguna imprudencia pueda revelarles...

—No abrigueis tales temores, repuso Samuel sonriéndose.

—Pero permitidme que os diga, insistió Alcama, que si descubren el pergamino podrán enterarse de todo. En fin, yo os aconsejo que tomeis las más exquisitas precauciones.

—Ya están tomadas, y para que os convenzais de que es absolutamente imposible que nadie sepa la existencia del tal pergamino ni el lugar donde está, os voy á revelar un misterio que nadie lo sabe todavía en España, y que ha sido el terror de todos los monarcas godos durante más de un siglo.

Mucho aguijaron estas palabras la curiosidad de los arábes.

—Venid, dijo Samuel.

Y los condujo al tabernáculo, y sacando del arca los misteriosos cuadros que habia visto don Rodrigo en el palacio encantado, les preguntó:

—¿Entendeis vosotros el significado de estas pinturas?

—¡Oh! exclamaron admirados los moros, aquí se ven representadas batallas entre berberiscos y godos.

—¿Y estas inscripciones? Ved aquí, la una está sobre el dosel del trono de los reyes godos, y la otra al pié de los escuadrones berberiscos que se ostentan vencedores.

—No entendemos nada de esto.

—Pues bien, yo os lo explicaré.—Algunos de mis predecesores, viéndose tan cruelmente oprimidos por los godos, que no les permitian ni celebrar su culto, y que hasta los despojaron de sus grandes riquezas, recogieron las sagradas tablas de la ley, y guardándolas en este arca del Viejo Testamento, se refugiaron á un palacio llamado de Harpalús, poco distante de Toledo, en cuyo tenebroso recinto celebraban las sagradas ceremonias ocultos como los más viles criminales.—La persecucion, no obstante, continuaba cada dia más sangrienta, llegando hasta el extremo de vender nuestras mujeres é hijos como esclavos.—En tal situacion, nuestros ascendientes imploraron á los vuestros socorro contra sus opresores, y habiéndolos escuchado, celebraron otro tratado en un todo semejante al que hace poco habeis leido, y como la escritura hubiera podido venderlos, hé aquí la causa de que estos pergaminos representen exactamente por medio de la pintura las mismas condiciones del convenio que hemos verificado con Tarif y Muza.

—¡Es verdad! exclamó Mahomet, ahora lo comprendo todo.

—¿Y cómo no se verificó entonces la conquista? preguntó Alcama.

—Porque á su vez tambien los berberiscos fueron sojuzgados.—Por aquel mismo tiempo fué cuando desde Damasco y Bagdad principiaron á extender los árabes su in-

mensa dominacion, y al fin se precipitaron sobre la Libia sujetándola con sus armas, y como los berberiscos tuvieron que atender á su defensa mejor que á la agena, el contrato poco antes celebrado, y escrito de la extraña manera que veis, quedó sin resultado.

—Yo lo creo, dijo Mahomet; cabalmente nosotros, aunque nacidos en Africa, somos descendientes de los árabes vencedores.

—Hoy, observó Alcama, moros y árabes están bajo la misma dominacion del gran Califa de Damasco, y á ambos pueblos deberá Israel su libertad.

—Así lo espero, repuso Samuel, que prosiguió: mis ascendientes, entre tanto, continuaban bajo la más insoportable tiranía; pero luego tuvieron en su condicion diversas alternativas, segun era la índole del rey, y aun algunos monarcas, como Witiza, llegaron hasta proteger á los judíos.—No obstante, si bien algunos médicos y astrólogos de nuestra raza lograron tener la entrada y grande favor en palacio, nuestra creencia era siempre despreciada, y nuestros mayores se vieron en la dura necesidad de ocultar el arca del Viejo Testamento y celebrar las solemnidades religiosas en el misterioso recinto del palacio de Harpalús.

—¿Pero cuál es el secreto que decís aterraba á los reyes godos? preguntó Alcama.

—Ahí precisamente voy á parar.—Por último, los sacerdotes, mis predecesores y de mi tríbu, se dieron por satisfechos con que en la mansion de Harpalús los dejasen tranquilos, y para que nadie los inquietase en aquel refugio de nuestra santa creencia, trataron de que este sitio

inspirase horror, aprovechándose de la rudeza y superstición de nuestros enemigos.—Así, pues, valiéndose de los médicos, astrólogos, mercaderes y demás indivíduos de nuestro pueblo, que son los que casi exclusivamente ejercen estos oficios, supieron implantar en el vulgo con notable sagacidad una tradicion terrible que suponia que el rey que se atreviese á entrar en la sala donde estaba el arca sagrada perderia el reino y la vida.

—¿Y lo creyeron? preguntaron ambos moros.

—Lo creyeron de tal manera, que se hizo una costumbre de que todos los reyes godos al subir al trono, en vez de intentar abrir la puerta, mandaban poner un nuevo candado, por lo que aquella habitacion es conocida en toda España por la sala de los *Candados*.—Ya veis que nuestros padres lograron su objeto, pues desde entonces los dejaron celebrar allí tranquilamente sus ceremonias, y, sobre todo, el arca del Viejo Testamento estaba en completa seguridad.

—¿Y solamente allí celebraban los vuestros sus solemnidades? preguntó Mahomet.

—No, porque los nuestros son muy numerosos en toda España, y existen en toda ella muchas sinagogas, á manera de las parroquias cristianas, con sus correspondientes sacerdotes; pero si bien las llamamos sinagogas, no son otra cosa que grutas ó subterráneos, lugares escondidos donde celebran las ceremonias de nuestro culto.

—¿Y qué significa este pergamino? preguntó Alcama mirando en el fondo del arca.

El moro señalaba á la extraña pintura que vió don Rodrigo, la cual representaba en un gran círculo los doce

signos del zodiaco, debajo de los que se veian doce hombres con ropas talares, luengas barbas y fisonomía augusta y patriarcal. Como ya hemos indicado, rodeaban este círculo doce inscripciones en lengua desconocida, y grabadas en doce triángulos en figura de estrella. Alcama intentó sacar del arca el misterioso pergamino; empero el gran sacerdote le asió fuertemente del brazo, gritando:

—¡Detente! ¿Qué vas á hacer, profano? ¡No las toques!

—¡Por Alá que no os comprendo! ¿Quiénes son estos doce hombres que se ven aquí pintados?

—Estos son los doce profetas de Israel, y las doce inscripciones que veis en estos triángulos son las sagradas tablas de la ley que dió Moisés al pueblo hebreo, las promesas del Dios del Sinaí para los hijos de Jacob.

Los moros escuchaban con extrañeza aquellas explicaciones. Samuel continuó:

—La tradicion de que os iba hablando, funesta para los godos, no creais que estaba destituida de fundamento, porque en el instante mismo en que algun monarca se atreviese á profanar aquel sagrado recinto, nosotros, segun las instrucciones transmitidas de padres á hijos, debiamos inmediatamente implorar el socorro de los árabes que, ya en el apogeo de su poder, han fijado muchas veces sus ambiciosas miradas en las regiones de más acá del Estrecho. Y estas pinturas eran para nosotros un tratado misterioso que, en el momento de vernos atacados en nuestro último refugio, debiamos renovar, como lo hemos hecho. Muchas veces tambien nuestro palacio sirvió de guarida á los mismos godos que conspiraban contra sus monarcas; mas nosotros solamente nos limitábamos á

prestarles un asilo seguro, atentos á las ventajas que su triunfo pudiera reportarnos; pero sin que jamás les revelásemos que el arca sagrada del Viejo Testamento era la que allí se ocultaba, objeto del terror del vulgo.

—¿Y cómo es que al fin habeis implorado nuestro socorro? preguntó Mahomet.

—Al principio, nosotros no teníamos interés alguno en perjudicar á don Rodrigo, siéndonos indiferente que reinase él, lo mismo que otro cualquiera; despues nos adherimos á los hijos de Witiza y demás parciales que conspiraban para destronar á don Rodrigo, y nuestros servicios se extendian no más que á ocultarlos en los inmensos é inaccesibles subterráneos de nuestra misteriosa mansion; pero luego el monarca, llevado de la codicia ó de una indiscreta curiosidad, penetró una noche en el lugar vedado, derribó el tabernáculo é hizo rodar con mano sacrílega el arca sagrada por el suelo... Desde aquella noche fatal está decretada la ruina de don Rodrigo.

—¿Y no más que por eso? preguntó Mahomet mirando al arca con indiferencia casi desdeñosa.

—¿Y os parece poco? exclamó exaltado Samuel. Además, continuó, que luego hemos tenido razones para acelerar el golpe antes que él lo descargue sobre nuestras cabezas, porque don Rodrigo sabe muy bien que nosotros conspiramos contra él.

—¿Y quién se lo ha dicho?

—Ha interceptado una carta que un sacerdote me dirigia, en la cual se hablaba de nuestra conjuracion.

Samuel aludia á la carta interceptada por el médico

á José, mensagero del esclavo Benjamin, degollado en Córdoba.

—Pues ese es un grave inconveniente, dijo Alcama.

—Además, el rey ha jurado no dejar piedra sobre piedra en el palacio de Harpalús.

—Entonces decís bien, no hay más que apresurar el golpe y guardar sigilo para con los godos, cuyas miras solo se extienden á destronar á don Rodrigo ó vengarse personalmente de él.

—Respecto á sigilo, nada tenemos que temer.—Durante más de un siglo han estado estas misteriosas pinturas ocultas á todo el mundo; y si es ahora, ya veis que en este prodigioso edificio no es fácil que nadie acierte con nuestra guarida.—Para que os convenzais de esta verdad, os he referido el impenetrable misterio que ha rodeado siempre nuestras reuniones.

—Ahora bien, dijo Alcama; nosotros partimos sin dilacion, y os encargamos la mayor actividad posible para secundar por todos los medios imaginables nuestras armas, porque os advierto que á estas horas nuestro muy valeroso general Tarif acaso esté pisando tierra española. Alá os guarde y os conceda su gracia para ayudarnos á llevar á cima nuestra santa empresa.

—El Dios de Israel vaya con vosotros.

Y ambos moros salieron guiados por un anciano hasta conducirlos á la orilla del lago donde casi constantemente estaba el terrible Abacuc.

En aquel mismo momento aparecieron otros dos nuevos personages, el uno todo pálido y turbado, mientras que en el semblante del otro resplandecia el siniés-

tro brillo del gozo que proporciona una venganza satisfecha.

—¡Efraim! ¡don Julian! exclamó Samuel atónito.

Ellos eran en efecto.

CAPITULO XXXVIII.

Quien la hace al fin la paga.

Nuestros lectores recordarán sin duda que el ayudante del alcaide del torreon de Sta. Leocadia habia abandonado su oficio por seguir, bajo las órdenes del esclavo Benjamin, á la reina Egilona para prestar sus servicios á Daniel, se entiende, con su cuenta y razon: ya hemos visto tambien que el converso Jacob, ó sea el que hizo el papel de lego en aquella expedicion, lo mismo que Bermudo, continuaba bajo las órdenes del médico en la fortaleza de Jerez, donde últimamente por espacio de algun tiempo permaneció prisionera la infeliz Egilona hasta que su guardian, esto es, Daniel, recibió órden de don Rodrigo para que fuese envenenada. Toda la desgracia de la pobre reina habia dimanado, primero, por haberse manifestado justamente ofendida de las infidelidades y crímenes de su esposo, y despues, por las pérfidas é infames sugestiones de D. Sancho, que habia querido vengarse

con la más atroz calumnia de la justa indignacion con que aquella habia rechazado todas las proposiciones que este le hizo de un amor impuro y criminal.—Don Sancho, como ya sabemos, pues él mismo lo confesó antes de morir, habia hecho creer á don Rodrigo que su esposa era adúltera, y aunque tarde, quiso reparar su infamia suplicando á su escudero Theodomiro en el momento solemne de espirar, que vindicase el honor de la virtuosa Egilona para con su esposo, manifestándole la causa de su conducta inícua. Pero el malhadado escudero, aunque en extremo leal á su señor, la primera persona que se echó á la cara, como vulgarmente se dice, apenas llegó á Toledo, fué el buen Ferrandez, que, segun hemos oido á Sisebuto manifestarlo á Pelayo, continuaba en la corte procurando adquirir noticias de Florinda. Ambos se conocian, y el rencoroso Theodomiro, llevado del espíritu de la época y tambien de su natural vengativo, creyó hacer una obra meritoria dando una buena estocada á Ferrandez, escudero de don Pelayo, en venganza de cuya muerte, segun le habia dicho don Sancho, su señor, creia Theodomiro que Sisebuto habia muerto á este, en lo cual ciertamente no se equivocaba. Así, pues, cuando el leal Ferrandez entendió que su señor habia perdido la vida á manos de don Sancho, su dolor no tuvo límites, si bien despues se consoló algun tanto al saber por boca del mismo Theodomiro que don Sancho, á su vez, habia sucumbido bajo el acero vengador de Sisebuto, el noble amigo de don Pelayo. Y el buen Ferrandez no pudo dejar de manifestar su satisfaccion por la suerte de don Sancho, con lo cual, airado sobremanera su escudero, se precipitó espada en mano so-

bre su adversario, que, atónito é indignado, se apercibió al combate, tan injustamente provocado por Theodomiro. Ya sabemos que el bueno de Ferrandez era bastante duro de puños, y por consiguiente, como enemigo, debia de reputarse asaz temible. Resultó, pues, de la escuderil contienda, que Theodomiro quedase tendido en tierra con una peligrosa estocada que en vez de darla, recibió junto á la cintura, mientras que Ferrandez se ausentó muy bonitamente de aquel sitio, encomendando á Dios el alma de su enemigo y el cuerpo á la caridad de los transeuntes. Algunos dias despues de esta escena fué cuando Sisebuto llegó á Toledo, y en su entrevista con Ferrandez le manifestó cómo no era una cosa todavía segura la muerte de su señor, que aun no debian perderse las esperanzas, y que, por último, él se encargaria de hacer las pesquisas necesarias para saber su paradero.—Ya hemos visto que Sisebuto, gracias á la penitente de la Cruz del lloro, consiguió por fin reunirse con su amigo.

Era una hermosa mañana de abril de 714. El sol doraba las torres de la fortaleza de Jerez, en cuyo recinto se notaba más animacion que de costumbre. Multitud de guerreros ocupaban las plataformas, los patios y las habitaciones de aquel soberbio edificio, mudo testigo en otro tiempo de mil gloriosas hazañas, y en cuyo seno se albergaba ahora la más horrenda traicion.—Daniel habia entregado la fortaleza de Jerez á los soldados israelitas. En un aposento situado en el piso bajo de la misma fortaleza, y en el que ya en otra ocasion hemos visto al médico combinar sus planes para obtener la posesion de la reina Egilona, se hallaban un jóven y un anciano muy engolfados

en un coloquio al parecer harto importante. Inútil será decir que el jóven era Daniel, y el anciano el príncipe de los sacerdotes.

—No puedo encareceros cuán agradecido estoy á vuestros buenos oficios en mi favor para con el concejo de los ancianos, decia Daniel.

—Pues á pesar de que ya me habeis entregado al hijo del rey lo mismo que esta fortaleza, aun desconfia el concejo de la lealtad de vuestra conducta.

—¡Desconfian de mí! exclamó Daniel palideciendo.

—Sí, respondió lacónicamente el sumo sacerdote.

—¿Pues qué más quieren para convencerse de mi sinceridad?

—En efecto, parece que son extremadamente suspicaces...

—No lo parece, sino que lo son, interrumpió el ambicioso jóven.

—Yo por mi parte digo...

—Que son injustos. ¿No es cierto?

—Al contrario, Daniel, creo que tienen razon para desconfiar de vos.

—¡Qué decís!

—La verdad... sin que por esto deje de ser vuestro amigo...

—Pero ¿en qué fundan esa desconfianza?

—En razones muy poderosas.

—¡Decidlas!—Os suplico que me las digais.

Samuel pareció reflexionar algunos momentos; al fin dijo:

—Efraim ha venido de Toledo, y nos ha manifestado

que el rey ha practicado un escrupuloso reconocimiento en el palacio de Harpalús, y que por último le ha prendido fuego.

—¡Ha hecho eso el rey!

—Sí, dejando nuestra mansion favorita reducida á un monton de escombros, y no es eso lo peor, sino que igualmente han sido allí sepultados inmensos tesoros, ya muy dificil, si no imposible de hallar.

Y Samuel suspiró de la manera que suspira un judío que ha sufrido grandes pérdidas.

—¿Y cogieron á alguno de los nuestros?

—No, felizmente, porque los esclavos de palacio avisaron antes á Efraim; pero los tesoros...

—¿Cómo es que no los sacaron de allí, supuesto ese aviso tan oportuno?

—Porque la tal resolucion ha sido tomada con tal reserva, que apenas pudieron los esclavos participarla á Efraim pocos momentos antes del registro que verificaron los *espatarios* del rey... ¡Los tesoros se han perdido!

—Muy lamentable sin duda es lo que acabais de referirme: pero ¿qué tiene eso que ver con mi fidelidad á los hebreos?

—No es eso solo, continuó Samuel, el rey ha publicado la guerra, y ya habrá salido con su ejército de Toledo.

—¡Es posible! exclamó Daniel estupefacto.

—Nada hay más cierto; así que, amigo Daniel, los ancianos tienen razon en desconfiar de vuestras palabras, supuesto que vos habíais dicho que el rey no saldria de Toledo hasta que no le avisáseis, porque á vos solamente parece que don Rodrigo habia dado el encargo de estar

alerta para participarle el arribo de los moros, caso de verificarse.—De todo lo cual resulta que vos nos habeis vendido.

—Lo que resulta de todo eso es que el rey no se ha fiado de mí, y que ha enviado otros emisarios, repuso Daniel pálido como la muerte.

Luego añadió con iracundo semblante:

—Mas por el Dios de Abraham os juro que yo me vengaré de quien me haya indispuesto con el rey.

—¿Sospechais de alguno?

—En este momento no sé á quién atribuir... pero descuidad, que ya descubriré yo al traidor.

—Ya veis que es disculpable la suspicacia de los ancianos.

—Mas tambien conocereis que yo he obrado con la mejor buena fé, y así lo prueba el haberos entregado el hijo del rey.—No es culpa mia, si me han hecho traicion.

—En cuanto á eso, amigo mio, estamos conformes.

—Siendo así, espero que tendreis la bondad de imponer vuestra opinion á los ancianos, y disipar todas las dudas que pudiesen abrigar hácia mi persona.

—Muy fácil será tranquilizarlos con respecto á este punto, gracias á que ellos ignoran otro cargo del cual os sería imposible disculparos.

—¡Cómo! ¡Qué quereis decir! preguntó muy alarmado el médico.

—Quiero decir que no siempre habeis sido rigorosamente fiel á los judíos.

—Explicaos, venerable Samuel; estais en un error.

—Pues yo afirmo que digo la verdad.

—Os juro por el Dios de Israel que siempre he servido con fidelidad la causa de los nuestros.—Creedme, príncipe de los sacerdotes, estais equivocado.

Samuel por algunos instantes miró de hito en hito al médico. Luego, sacudiendo la cabeza con aire incrédulo, dijo:

—¡Bien!... Sea así, como decís.

—¿Pero no me explicareis?...

—Mejor será dejarlo para otra ocasion más oportuna.

—No, no; os suplico que me lo digais ahora.

—Es cosa muy larga de contar, y ya sabeis que no tenemos tiempo para tanto; por lo demás, debeis estar seguro de mi discrecion.

Daniel comprendió dos cosas: la primera, que no teniendo muy limpia su conciencia en tiempos anteriores, podia ser muy fácil que el gran sacerdote supiese alguna de sus innumerables travesuras, como él las llamaba; y la segunda, que el buen Samuel habia resuelto permanecer inaccesible, y que de seguro no diria ya más de lo que habia manifestado, por lo cual se resignó á no insistir sobre aquella explicacion que podia tornarse harto escabrosa.—El gran sacerdote, despues de algunos momentos, dijo:

—Me parece que todas nuestras tropas deberian reunirse en estas inmediaciones.

—Sin duda alguna, este es el punto conveniente, respondió el médico con el tono de un capitan general.

—¿Teneis un hombre fiel disponible?

—Dos solamente tengo á mi servicio en esta fortaleza, pues que los soldados godos ya sabeis que han sido degollados mientras dormian.

—Basta solo con uno.

—¿Para qué lo quereis?

—Para que lleve una carta al sacerdote Jonatás, avisándole que se dirija hácia aquí con los suyos.

—¿Está muy lejos?

—No, cerca de la costa del mar, en Moguer.

—Pero convendria enviar aviso á todos los sacerdotes de España, observó el médico.

—Ya he mandado muchos mensageros con el mismo aviso; á estas horas todos mis servidores están de viaje, y hé aquí por qué he recurrido á vos para que me deis un recadero leal.

—¿Conque ya habeis enviado mensageros en todas direcciones?

—Solo me falta enviar á Córdoba, donde el sacerdote Nepthalí estará aguardando nuestras órdenes con algunos miles de guerreros.

—Pues bien, irán los dos hombres que tengo á mi servicio, uno á Moguer y otro á Córdoba.

—Os repito que no es necesario más que uno, pues el que ha de ir á Córdoba me está esperando poco distante de aquí.

—Como gusteis.

Daniel, aproximándose á la puerta, llamó:

—«Bermudo.»

El antiguo carcelero de la torre de Santa Leocadia se presentó al punto.

—¿Qué mandais, señor?

—¿Estás solo? preguntó el médico.

—Sí, señor.

—¿Y tu compañero Jacob?

—Ha salido, como tiene de costumbre, á dar su paseo matutino, respondió Bermudo con ese tono benévolamente acusador, propio de todos los servidores, que no perdonan la ocasion de acriminar á sus compañeros.

Daniel hizo un signo de disgusto; el gran sacerdote hizo un gesto marcado de sorpresa é indignacion.

—Si quereis, Bermudo puede desempeñar vuestro encargo, dijo el médico dirigiéndose á Samuel.

—Sí, sí, repuso vivamente, mejor es que vaya Bermudo.

Y así diciendo, el gran sacerdote le entregó un pergamino para que lo pusiese en manos del sacerdote Jonatás.

Bermudo salió en seguida.

—Cuando vuelva Jacob, si gustais, puede ir á Córdoba, dijo él médico.

—¡Jamás! ¡Jamás! respondió Samuel con acento extraño.

Samuel recordó que Efraim, hermano del converso, le habia dicho en el castillo de Requila que Jacob se habia convertido á la ley de Cristo; apostasía que en el príncipe de los sacerdotes habia despertado un sentimiento de ódio irreconciliable hácia el converso. Ahora debemos advertir que el objeto verdadero de Samuel al enviar sus mensages á los sacerdotes, era explicarles la conveniencia de que todos los israelitas tomasen armas en el ejército del rey, por cuya razon el anciano nunca hubiera permitido que nadie, sin merecer su más íntima confianza llevase el aviso á Córdoba; en tanto que no tuvo inconveniente en enviar con Bermudo la carta á Moguer, porque estan-

do este pueblo más allá de Jerez, necesariamente los israelitas debian pasar por este punto, donde le sería fácil enterar de palabra á Jonatás de la intriga que se tramaba.—Daniel por su parte habia oido con la mayor sorpresa la extraña entonacion con que el gran sacerdote hablára del converso, y aun debemos añadir que su semblante se habia cubierto de una nube cargada de ceño y amenazas.—Y efectivamente, en el ánimo del médico se habian despertado las sospechas, que ya en otras ocasiones habia abrigado, de que el converso le vendia para con el rey.—Aquellos temores habian tomado consistencia con la revelacion que acababa de hacerle Samuel, relativa á la inesperada marcha de don Rodrigo.

—¿Conoceis á Jacob? preguntó el médico de repente.

—Demasiado, repuso Samuel.

—¿Sabeis?...

—Solo sé, interrumpió el sacerdote, que es un hombre infernal, un malvado y un apóstata.—¡Qué diferencia entre los dos hermanos!

—Ignoraba que tuviese un hermano. ¿Quién es?

—El leal, el valiente Efraim.

—¡Efraim!

—Sí, el mismo que no ha vacilado en abandonar á Toledo, donde estaba al servicio del rey, por venir en persona á darme aviso de todo lo acaecido. Ya veis que si el monarca descubriese su paradero, su muerte era inevitable.

—Estos paseos matutinos de Jacob... me dán mucho en que pensar, murmuraba Daniel.

—Desconfiad de Jacob, dijo el sacerdote; el que reniega de su Dios no puede ser fiel á los hombres.

—¡Dios de Israel! exclamó el médico crispando los puños de furor.—Yo tenia mis sospechas, pero si llego á confirmarlas ¡ay del converso!

Por espacio de algunos instantes reinó en la estancia un silencio profundo. Samuel lo rompió al fin diciendo:

—Sabeis que hoy tenemos que repartir en nuestra oculta mansion multitud de armas, y que además, no lejos de aquí, me está aguardando el mensagero que ha de llevar mis instrucciones al sacerdote Nepthalí, por lo que, si gustais, partiremos cuanto antes.

El médico por toda contestacion se levantó y se dispuso á acompañar al anciano hácia el prodigioso edificio subterráneo que servia de guarida á los judíos.—Ahora bien, durante la escena que acabamos de describir, ó mejor dicho toda aquella mañana, habia podido observarse á un caballero cabalgando sobre un poderoso alazan, vagar por aquellas campiñas con esa vacilacion propia de quien busca un punto ó un lugar cuya situacion no conoce á punto fijo. Era el caballero de agradable aspecto, de cabellos rubios, ojos azules, brillantes é intrépidos, de tez sonrosada y de estatura gigantesca que revelaba una fuerza hercúlea.—Era el tipo perfecto de la raza indogermánica. El desconocido se dirigia á paso largo hácia la fortaleza de Jerez, cuando encontrándose de pronto con otro ginete, detuvo su caballo, sus ojos lanzaron relámpagos de furor, todas sus facciones se contrajeron horriblemente, y una espantosa imprecacion salió de su labios.—Pálido como el criminal al pie del suplicio, trémulo, abatido, se manifestaba entre tanto el otro ginete, incapaz hasta de arrimar los acicates á su corcel para huir de su

enemigo, porque sin duda alguna ambos cabelleros eran enemigos irreconciliables. Despues del primer momento, la fisonomía del más alto de los dos ginetes cambió su expresion amenazadora y ceñuda por una sonrisa más amenazadora todavía.

—¡Hola, buena pieza! dijo. Al fin el cielo me ha oido, ya te encontré solo y de dia; ahora veremos, traidor, quién te liberta de mis manos.

—¡Ferrandez! exclamó Bermudo con suplicante acento.

Era efectivamente el escudero de don Pelayo que, concluida su comision en Toledo y guiado por las escasas noticias que le dió Sisebuto del sitio en que se verificó el desafio entre el amante de Florinda y don Sancho, habia emprendido aquel viaje sin más objeto que buscar á su jóven y querido señor.—Lo demás lo habia hecho la casualidad, y, segun Ferrandez, la Providencia le habia proporcionado aquel encuentro para vengarse de la mala pasada que le jugó Bermudo la noche en que alevosamente le hirió en un brazo al pie de la torre de Santa Leocadia. El bravo escudero al ver delante de sí trémulo á su enemigo, exclamó.

—¡Qué es eso! ¿Tiemblas, ruin? ¿Creiste que me habias muerto?—Eres sobrado traidor y poco valiente para que tu débil brazo lográra asesinarme.

—Yo creí que abusaríais de mi secreto... perdonad, fué un instante de fascinacion...

—Y en aquel instante resolviste quitarme la vida. ¿No es eso?

—¡Señor!...

—¡Miserable! Ahora te enseñaré yo cómo se hacen heridas mortales.

Y así diciendo, Ferrandez desenvainó su espada, mientras que su adversario permanecia inmóvil y repitiendo:

—¡Perdon!

—¡Yo perdonarte!... Si me hubieras acometido cara á cara, al encontrarte ahora, estrecharia tu mano como la de un valiente y la de un amigo; pero perdonar á un traidor!... ¡Dios me libre!

Bermudo en efecto era traidor porque era cobarde.—Así es que en aquel momento hubiera querido mejor que la tierra lo hubiese tragado antes que encontrarse frente á frente con su noble y valeroso enemigo, cuyas miradas amenazadoras llegaban hasta su corazon frias y agudas como puñales.

—Defiéndete ó te mato como á un perro, gritó Ferrandez cansado de aquella inmovilidad.

Bermudo, impulsado por el miedo, se resolvió por fin á huir espoleando á su caballo. El escudero, esgrimiendo su espada, se precipitó como un rayo sobre el cobarde asesino. A los pocos momentos la espada de Ferrandez habia atravesado de parte á parte á Bermudo, que cayó sin vida bañado en su sangre. El escudero, creyéndose solo, paseó una mirada escrutadora en torno suyo; pero entonces comprendió que tres testigos habian presenciado aquella sanguinaria escena.—Al lado del camino y en una pequeña eminencia, se veia un hombre de pie é inmóvil, con la actitud de quien espera la hora de una cita. Aquel hombre vestia una túnica talar de color morado sujeta por un cinturon de cuero, y su cabeza estaba cubierta con un

gorro á manera de turbante. El escudero conoció desde luego que pertenecia á la raza judáica, y á la verdad no se equivocaba, pues aquel era el mensagero que aguardaba á Samuel. Por el camino adelante, y sin duda con la intencion de auxiliar á Bermudo, venian á todo correr otros dos hombres, un jóven y un anciano, es decir, Daniel y el gran sacerdote. Cuando ambos llegaron junto á Ferrandez, este se hallaba limpiando tranquilamente su espada con su capellina, mientras que lanzaba una mirada desdeñosa á los recien aparecidos. Por fortuna de Daniel, el escudero no le conocia, pues á haber sabido este el infame lazo que aquel tendió á los amigos Pelayo y Sisebuto en la fortaleza de Jerez, de seguro que allí feneciera el judío sin que remedio humano le salvase.

—¡Qué habeis hecho! exclamó Daniel mirando el cadáver de Bermudo.

—Cobrar una deuda, respondió reposadamente el escudero.

—¡Vos le conoceis!

—Muy á fondo.—Era un traidor y me habia hecho una de las suyas; pero quien la hace al fin la paga.

Y así diciendo, Ferrandez picó á su caballo y desapareció rápidamente, en tanto que el anciano Samuel repetia con aire sombrío las fatídicas palabras del escudero.

—«*Quien la hace al fin la paga.*»

Esta fórmula, digámoslo así, expresaba en toda su extension hasta los más íntimos pensamientos de Samuel, cuya alma estaba absorta contínuamente en combinar los medios de una venganza ruidosa. El médico contemplaba

con extrañeza y curiosidad al anciano, el cual, alzando de pronto su rugosa frente, preguntó:

—¿No queríais saber el cargo indisculpable que tenia que haceros?

—Sí; pero me dijísteis que era mejor dejarlo para ocasion más oportuna...

—Y así lo he hecho, repuso Samuel; ahora es la ocasion de probaros que habeis sido infiel á los judíos.

El médico estaba verdaderamente aturdido con aquella inesperada salida y procurando en vano adivinar cuál fuese el objeto del gran sacerdote. No obstante, con el descaro y astucia que ya le conocemos, Daniel se dispuso á la defensa de aquel tenebroso ataque, cuyos golpes tanto ignoraba de dónde partian como á dónde iban á parar. Y en efecto, á pesar de su sangre fria é indisputable perspicacia, Daniel estaba muy ajeno de soñar siquiera la terrible sorpresa que se le preparaba. El gran sacerdote, volviéndose hácia el mensagero que le estaba aguardando, preguntó al médico:

—¿Conoceis á aquel hombre?

Un rayo que hubiese caido á sus piés, no habria aterrado tanto á Daniel como la vista de aquel hombre que se adelantaba furioso con un puñal en la mano.

—¡José! exclamó el médico retrocediendo espantado, como si tuviese un espectro delante de sí.

Daniel, inerme como estaba, creyó que su última hora habia llegado sin remedio. Y de seguro el rencoroso judío habria puesto término á la vida y crímenes del médico, si el gran sacerdote no hubiese intervenido, diciendo con voz irresistiblemente imperiosa:

—¡Detente, José!

—Por piedad, permitidme que sacie mi venganza en su sangre aborrecida.—¡Es un traidor!

—No importa que lo haya sido; está bajo mi proteccion, dijo el gran sacerdote extendiendo su mano sobre la cabeza del atónito Daniel.

—Pero ¿habeis olvidado que ese infame fué quien me hirió casi mortalmente para interceptar la carta que os enviaba el sacerdote Nepthalí?

Y en el judío se leian grandes deseos de herir á su contrario.

—Daniel ahora es el caudillo del pueblo hebreo, es tu gefe y debes respetarle; si ha sido infiel á los nuestros, ya no lo es; antes por el contrario, está prestando inmensos servicios á nuestra causa.

Y así diciendo, Samuel cambió algunas palabras misteriosas con José, que al punto, envainando su puñal, se alejó de allí con rapidez. Cuando ambos se encontraron solos, el gran sacerdote dijo con aire triunfante:

—¿Y ahora, me negareis vuestra perfidia? ¿No jurásteis por el Dios de Israel que jamás habíais hecho traicion á los judíos?... ¿Veis cómo tuve razon al decir que no hallaríais disculpa?

Daniel estaba encorvado bajo el peso de estas palabras y sorprendido hasta cierto punto de la decidida proteccion que le habia dispensado el gran sacerdote, en el cual habia creido hasta entonces tener un rival ó un enemigo encubierto, suposicion que acababa de desechar en vista de lo acaecido; pero ¿cuál era la causa de tan inesperada adhesion por parte del anciano? Tal era la pregunta que

se hacia el desconfiado médico. Más adelante tendremos ocasion de comprender el verdadero móvil de la conducta de Samuel, que continuó:

—No por eso desconfieis de mí, pues que yo seré discreto siempre que no vuelvan á repetirse tales escenas, porque en tal caso conviene que tengais muy presente que «*Quien la hace al fin la paga.*»

CAPITULO XXXIX.

El ermitaño de la ermita de Santa Elena.

Mientras que moros y judíos y, lo que es peor, algunos godos combinaban sus planes para labrar la ruina de España, don Pelayo y Sisebuto, á diferencia de sus hermanos, caminaban hácia Toledo con la noble resolucion de reunirse al ejército de don Rodrigo y combatir en defensa de su patria. Triste y penosa era la marcha de los dos amigos, puesto que el buen Pelayo no habia podido olvidar ni un solo instante á la infeliz Florinda, sin que bastasen á consolar un punto su amarga pena las fértiles orillas del Guadalquivir por las cuales caminaban.—Todo era triste y sombrío á sus ojos, porque para un corazon destrozado hasta el mismo sol es noche oscura. El leal Sisebuto procuraba, ya que no consolar, porque era imposible, al menos no molestar á su amigo con importunos diálogos; respetaba su silencio, porque su amistad adivinaba que el dolor es mudo, que gusta de sí mismo, y que

su herida solamente se cura con sus lágrimas.—El dolor ama la noche y la soledad; un rayo de luz ó un grito de alegría es un insulto para el desgraciado: cuando el alma padece sin esperanza y lo que siente no cabe en las palabras, su único consuelo está en el llanto, su elocuencia más sublime consiste en el silencio.—Pelayo y Sisebuto, lo mismo que don Julian y los demás conjurados, se habian dirigido á Jerez por una antigua *via* que, atravesando los montes Marianos, venia á espirar en la orilla derecha del Bétis, algunas leguas más abajo de Córdoba por cuya razon el amante de Florinda no habia pasado por esta ciudad. Debemos abvertir que Pelayo y Rodrigo habian nacido en aquella poblacion, donde por mucho tiempo residieron sus padres Favila y Theodofredo.—El que por sus vicios perdió á España nació en el mismo lugar que el que la restauró por sus virtudes; á aquella noble familia estaba reservado el colmo de la infamia y de la gloria; con el hijo de Theodofredo murió la España en Guadalete; con el hijo de Favila resucitó en Covadonga; el último rey de los godos pertenecia á la misma raza que el primer monarca de los españoles. ¡Qué diferencia de destinos!—En un mismo punto se encontraron el ocaso y la aurora, la abyeccion y el heroismo, la llaga y el cauterio. ¡Oh, Providencia!

Era la tarde: los últimos rayos del sol poniente, como la melancólica sonrisa de una vírgen que abandona el suelo, iluminaban suavemente los edificios de la ciudad de Córdoba, que se contempla retratada eternamente en el movible espejo del olivífero Bétis, cual si otra ciudad de voluptuosas ondinas habitase en el seno de las aguas. So-

lo aquellos que despues de una larga ausencia hayan vuelto á saludar su amada patria, podrán comprender lo que sintió Pelayo al descubrir desde una altura á la hermosa ciudad natal.—¡Ay! ¡Cuán doloroso es, para el que vuelve despues de largos años, ver que la casa paterna ha desaparecido y que la senda que conduce al sepulcro de sus padres está cubierta de musgo! Nadie, durante su ausencia, ha ido á consagrar un recuerdo ni á tributar una lágrima á aquellas cenizas, sagradas para el pobre peregrino. ¡Cuántas dulces memorias de la infancia! ¡Qué gozo tan puro y saludable experimentó Pelayo al pisar el suelo querido de la patria! Entonces por primera vez durante su viaje aspiró su pecho con delicia el perfumado ambiente, y una lágrima consoladora humedeció sus ojos, fijos tenazmente sobre el techo bajo el cual se perdieron sus ilusiones de niño. Cuando ya estuvieron cerca del suntuoso alcázar de Theodofredo (1), don Pelayo se detuvo y permaneció por espacio de muchos minutos inmóvil y silencioso.

—¡Oh! dijo luego dirigiéndose á su amigo, hé aquí el prado y la apacible vega que me vieron feliz en mi infancia... ¡Y ahora en la juventud vuelven á verme sumido en la desesperacion!

—Por Dios te ruego, respondió Sisebuto, que deseches tan tristes pensamientos.—Huyamos de aquí cuanto antes, puesto que estos sitios solo pueden inspirarte recuerdos dolorosos.

---

(1) Segun el célebre cronista cordobés Ambrosio de Morales, este magnífico palacio, que despues se llamó de don Rodrigo, se levantaba en el sitio hoy denominado la dehesa de *Casa blanca*, poco distante de Córdoba, siguiendo la corriente del rio.

—No, amigo mio, por grandes que sean nuestros pesares, las flores de la patria embalsaman nuestras heridas é infunden en el alma esa dulce melancolía que es el único gozo que pueden experimentar los desdichados.

—Pero, al menos, vamos hácia la ciudad.

—Antes, querido Sisebuto, me es indispensable cumplir un deber sagrado. Sería el más impío de los mortales si no lo hiciese así.

—¿Qué intentas hacer? preguntó no sin curiosidad Sisebuto.

—En este palacio está el panteon de nuestra familia.—En él yacen el desdichado duque de Córdoba y mi padre el duque de Cantabria, que despues de su trágica muerte, tambien fué conducido aquí... ¡Quiero visitar las cenizas de mi amado padre!

Y dos lágrimas se desprendieron de los ojos de Pelayo, á cuyo noble rostro añadia nueva hermosura el santo dolor filial.—Sisebuto, recordando aquellas dos muertes que habia cometido su padre Witiza tan injusta como cruelmente, pensó para sí que era un deber suyo tambien el acompañar á su amigo. ¡Qué contraste! El padre cometió dos asesinatos, y el hijo iba á orar por el verdugo á la vez que por las víctimas. Poco á poco la noche habia extendido sobre la creacion su velo de sombras, y el cielo se habia engalanado con su manto de estrellas. Un bosque respetuoso de álamos y encinas circundaba el palacio, cerca del cual veíase una ermita casi arruinada. Al lado del santuario se levantaba una tapia formando un anchuroso patio cubierto de maleza, en uno de cuyos ángulos se veía un arco que servia de entrada á una extensa y tenebrosa

galería, terminada por una maciza bóveda. Allí se detuvieron los dos amigos, despues de dejar amarradas á un árbol sus cabalgaduras.

—¿No entramos en el palacio? preguntó Sisebuto.

—Quiero mejor, respondió Pelayo, entrar por estos sitios que tantas veces frecuenté en mi infancia... Además el alcázar tal vez esté deshabitado.

—Sea, pues, como tú quieras.

Y sin más, ambos jóvenes penetraron denodados por la galería. Al cabo de algun tiempo una débil claridad comenzó á vislumbrarse entre las tinieblas, y por último se encontraron en una espaciosa rotonda, lóbrega, fria, y semejante en su estructura á los enterramientos de los romanos.—En el centro de aquel extenso círculo ardía una lámpara que destellaba una luz agonizante.—Los muros de aquella especie de catacumba estaban decorados con algunos nichos. Dos de ellos se veían cubiertos con lápidas, en las que se leían inscripciones latinas. Aquellos eran los epitafios de los desdichados Theodofredo y Favila, aquel edificio era el panteon de la familia del último rey de los godos.—Frente por frente se veían dos arcos, entre los que mediaba un camino embaldosado que, como un diámetro, dividia en dos semicírculos aquel vasto cementerio. Uno de los arcos habia dado entrada á los dos amigos, el opuesto era la continuacion de la galería que comunicaba con el interior del palacio. El camino de que hemos hecho mencion estaba, por decirlo así, exento, necesitándose bajar algunas gradas á derecha é izquierda para dirigirse á cada uno de los dos compartimientos semicirculares, de modo que el camino y las gradas, como

un tabique, separaban completamente el edificio en dos mitades. Pelayo, trémulo, pálido y lloroso, cayó de rodillas besando con religiosa ternura la lápida sepulcral que encerraba las cenizas de su padre.—Así permaneció mucho tiempo.

Sisebuto contemplaba á su amigo con una expresion de profundo respeto y ternura.—El hijo de Witiza tambien rogaba por su padre. Era verdaderamente patético ver á aquellos dos caballeros tan jóvenes, tan hermosos y fuertes prosternados en una tumba, altar misterioso ante el que todos los mortales reconocen su pequeñez, abismados en lo infinito, abrumados bajo el peso de la inmensidad de Dios que nunca muere. Un silencio realmente sepulcral reinaba en aquel recinto fúnebre. De pronto Sisebuto pareció muy sorprendido, y tocando en el hombro á su amigo, preguntó:

—¿Has oido?

—¡El qué! exclamó Pelayo saliendo de su religioso éxtasis.

En aquel momento oyeron poco distante un prolongado gemido. Ambos jóvenes se miraron llenos de estupor.

—¿No te lo decia, Pelayo?

—¿Y quién podrá ser aquí?

—Esto es horrible.

—Tal vez algun prisionero...

—Pues no es difícil salir de la duda.

—Vamos á registrar el panteon.

—Vamos.

Y así diciendo, los dos amigos se disponian á verificar su peligroso exámen, cuando segunda vez sonó un rumor

de pasos y cadenas en el otro semicírculo que no podian ver á no subir las gradas que lo impedian. Al mismo tiempo llegaron á sus oidos las siguientes palabras:

—¿Eres tú Remigio? preguntó una voz doliente.

—Yo soy, respondió otra voz; cuando querais podeis comer, ya os he dejado en la reja vuestra racion.

En seguida sonaron alejarse unos pasos; luego nada más se oyó en aquel pavoroso recinto, sino alguno que otro sollozo lastimero. Don Pelayo y Sisebuto se lanzaron rápidamente al otro departamento del panteon, resueltos á averiguar quién era el desgraciado viviente que alli habitaba en la mansion de los muertos. Al pálido fulgor que con tanta avaricia derramaba en ambas divisiones la lámpara central, descubrieron junto al muro como una nube confusa y negra dentro de la cual se agitaba un bulto blanquecino.

—¿No decias que el palacio estaria deshabitado? observó en voz baja Sisebuto.

—¿Quién habia de creer que hasta en el panteon habia habitantes?

—¿Sabes tú quién es Remigio?

—Recuerdo que es el nombre del antiguo conserje del palacio.

—Si el que hemos oido es un prisionero, ¿cómo no tienen cegada la comunicacion con la ermita?

—Porque acaso la ignore hasta el mismo guardian.

—¿Con quién hablas, Remigio? ¿Estás ahí todavía? dijo una voz; creí que ya te habias marchado; por caridad, tráeme un poco de lumbre... ¡Tengo tanto frio!

—¿Quién sois? preguntaron ambos jóvenes á la vez.

—¡Ah! me he equivocado... Tened compasion del más infeliz de los mortales!

Y los dos amigos vieron entonces adelantarse lentamente hácia ellos con siniestro rumor de cadenas un anciano lívido y descarnado como un esqueleto, blanca la barba, canos los cabellos y amarilla la andrajosa túnica que le cubria. De repente se detuvo el anciano como si algun obstáculo le impidiese aproximarse más á los recien llegados, cuya presencia en aquel sitio parecia haber causado una profunda admiracion en aquel vivo enterrado. —Muy pronto los jóvenes comprendieron la absoluta imposibilidad de que el prisionero diese un paso más adelante.—Acababan de reconocer un cubo perfecto, es decir, de doce pies en todos sentidos, en longitud, latitud y altura, formado por fuertes barrotes de hierro verticales y horizontales, y techado con algunas vigas y tableros de encina.—Pendiente de un gancho de la reja veíase un cesto que habia dejado Remigio con algunas provisiones todavía intactas. Aquella era la famosa jaula de hierro, ó por mejor decir, el sepulcro que durante muchos años habitó el duque Theodofredo despues que el rey Witiza le mandó sacar los ojos y le confiscó todos sus bienes incluso el magnífico palacio que sirvió de tumba y cárcel á su dueño.

—¿Sois tal vez mis libertadores?... ¿Ha muerto don Rodrigo? ¿Ha perdido el trono? preguntó el prisionero.

—¡Esa voz! exclamó Pelayo.—Me parece que la reconozco.

—Tampoco me es á mí desconocida, dijo Sisebuto.

—Sin duda alguna, buen anciano, nosotros os daremos libertad, aunque mil dragones guardasen la puerta de

vuestra prision.—¿En dónde está la entrada? preguntó Pelayo.

—No os lo puedo decir, noble caballero; esta clase de puertas no sirve más que para entrar.

—¿Pero no la vísteis cuando entrásteis.

—¡Ay! no.—Cuando entré acababan de sacarme los ojos, y despues en vano he procurado por el tacto buscar la puerta... La jaula por todas partes presenta la misma construccion, la puerta debe estar muy disimulada.

—¡Ah! exclamó dolorosamente Pelayo. ¿Estais ciego? ¿Hace mucho tiempo que estais aquí?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Quién sois?

Durante este diálogo, el buen Sisebuto se habia dirigido á la lámpara, y habiéndola descolgado fácilmente, volvió provisto de luz, que era lo que más necesitaban en aquella ocasion para libertar al prisionero. Cuando los jóvenes descubrieron el semblante cadavérico de aquel desgraciado, lanzaron á la vez un grito espantoso, el uno de horror, el otro de indignacion y sorpresa.—Pelayo, no obstante lo increiblemente demudado que estaba, habia reconocido al prisionero; Sisebuto se habia espantado al ver aquel viviente, semejante á un esqueleto que por el conjuro de un mago hubiese recobrado el poder de levantarse de su tumba. Las órbitas güeras del anciano, cóncavas, vacías como las de una calavera, le daban un aspecto fantástico, extraño, horrible, pero que desgarraba el corazon. Es indecible la dolorosa sorpresa, la admiracion, el pasmo, el furor que se pintó en el semblante de Pelayo al descubrir las facciones del infeliz anciano.

—¡El ermitaño de la ermita de Santa Elena! exclamó estupefacto.

—¡Ah! ¡Sois vos!... ¡Pelayo!

Y así diciendo, el enjaulado retrocedió súbitamente haciendo un gesto de horror, un gesto espantoso en aquella cara ciega.—Tal vez no haya olvidado el lector que los ojos del ermitaño siempre que miraba á Pelayo, se humedecian con una lágrima, al parecer, de ternura, pero en la que un atento observador hubiera podido vislumbrar algo semejante á un remordimiento. Pelayo, sin embargo, ignoraba que el ermitaño le hubiese ofendido, y aun cuando lo supiera, su corazon generoso le habria hablado del mismo modo en favor de tanto aislamiento, de tan inmensa desventura. Pero lo que verdaderamente sorprendia á los jóvenes, era la causa que hubiese tenido el rey para tratar con rigor tan inaudito á un hombre cuya edad y santa vida le ponia de todo punto á cubierto de las asechanzas de los cortesanos, de las suposiciones de conspirador ó ambicioso.—En cuanto á Pelayo, no habia podido menos de notar la horrible contraccion de las facciones del prisionero cuando este le hubo reconocido; pero la atribuyó á cualquiera otra causa que á la verdadera.—Así es que el jóven volvió á preguntarle con acento de profunda compasion:

—Pero ¿no me direis cuánto tiempo hace que estais aquí?

—Desde poco despues que por la última vez estuvísteis en la ermita... Hace más de un año que estoy sepultado en este lúgubre panteon, privado de la vista, del sol, del aire; en que no oigo más voz humana que la de mi

carcelero; donde solamente turban el silencio sepulcral los gritos siniestros y pavorosos que lanza el buho, y que me hacen conocer cuando es noche... ¡Una noche de un año!... Una eternidad he vivido así.—Nadie ha venido á consolarme, ni una palabra de ternura... ¡Todo es hierro y piedra al rededor mio!

—Alegraos, noble anciano, que mi amigo y yo os daremos libertad...

—¡Ay! interrumpió el prisionero con una voz desgarradora, hasta en eso ha querido Dios castigarme... ¡Oh! Recibir la libertad de vuestra mano es para mí el más cruel tormento... La Providencia tambien sabe, como los hombres, el arte de destrozar el corazon; pero Dios solamente castiga al culpable, en tanto que los hombres casi siempre se ensañan contra el inocente.—El Señor me ha castigado por mis crímenes en que vos seais mi libertador.

Los dos jóvenes se miraron mudos de sorpresa.

—¿Qué quereis decir? preguntó Pelayo despues de algunos momentos de reflexion. ¿Qué castigo puede haber en que yo os saque del miserable estado en que os hallais?

—Ya vereis cómo tengo razon, yo os lo contaré todo.

—Sí, sí, os escuchamos, dijeron vivamente los dos amigos.

El enjaulado hizo un movimiento como quien procura recordar algunos sucesos lejanos y terribles. Ya se disponia á empezar su misteriosa relacion, cuando Sisebuto observó:

—¿Vendrá alguien á interrumpirnos?

—No tienen costumbre de venir, sino todas las noches

á traer mi miserable alimento... Ya lo han puesto aquí y es probable que nadie venga, dijo el anciano.

—De todos modos, por lo que pueda suceder, insistió Sisebuto, me parece conveniente que os saquemos antes de esa horrible prision, pues una vez fuera, no es fácil que os vuelvan á encerrar en ella, aun cuando viniesen todos los carceleros del mundo.

—En efecto, tienes razon, dijo Pelayo.

Y ambos jóvenes comenzaron á examinar muy minuciosamente el inflexible enrejado de aquel calabozo, que por todas partes presentaba la misma regularidad y profusion de barras verticales y horizontales; ninguna abertura, ningun resorte manifestaba la existencia de una puerta. De pronto Pelayo notó que dos barras perpendiculares no estaban remachadas en el ancho liston de hierro que servia de base á todas las demás, y que por el contrario, descansaban en el marmóreo pavimento.—En seguida observó que las anillas de las barras transversales correspondientes eran más anchas que las otras, en cuyo caso ya no dudó de que aquella fuese la entrada, muy semejante á la de una verdadera jaula de alambre. Y en efecto, haciendo alarde de su fuerza heróica, probó á levantar las barras, lo cual consiguió, no sin trabajo. Pero aun quedaba una dificultad que vencer, puesto que el pequeño espacio que mediaba entre las otras dos barras transversales, imposibilitaba de todo punto la salida de un hombre. El fuerte Sisebuto, examinando las barras horizontales, comprendió que una de ellas habia sido puesta despues de encerrado el prisionero, el cual, entendiendo la pena que por libertarle se tomaban los jóvenes, exclamó:

—No os molesteis, nobles caballeros; ya poco tiempo me queda que estar aquí, pues siento que mis fuerzas se van extinguiendo por instantes... Además, mis crímenes os causarán horror, y cuando os los refiera, conocereis que mi castigo es merecido.

—Aunque fuérais el mismo diablo en persona, dijo Sisebuto, seria siempre cruelísima esta prision.—¿No basta con que hayais perdido la vista?

—¡Ay! ¿Y adónde voy yo, ciego, anciano y moribundo? ¿Qué es la libertad para un ciego?... ¡Todo el universo es para mí un calabozo!

Y el pobre enjaulado principió á sollozar.—El buen Pelayo, contemplando al anciano, pensaba con horror en las terribles angustias que durante tantos años habria padecido el hermano de su padre, el infeliz Theodofredo.

—Veamos, dijo de pronto dirigiéndose á su amigo, veamos si entre los dos podemos violentar esta maldita barra; con que logremos bajarla un pié, habremos libertado á ese infeliz.

—Vamos, pues, respondió Sisebuto.

Los dos vigorosos mancebos se colgaron, digámoslo así, del barrote; todos sus músculos se contrajeron, sus robustos pechos comprimieron la respiracion lanzando un ronco gemido, toda aquella armazon de hierro se extremeció, á tan violento empuje la barra comenzó á rechinar, y por último, se doblegó bajo sus manos de acero.

—¡Ya estais libre! exclamaron los jóvenes jadeantes de cansancio y de gozo.

É introduciendo Sisebuto sus brazos por la abertura, mientras Pelayo con ambas manos sostenia las barras ver-

ticales, sacó al desventurado anciano, que lloraba á un tiempo y sonreía al verse libre. En seguida, despues de quitarle una pesada cadena que le caía desde la cintura á los piés lo condujeron al otro departamento del panteon, y le hicieron sentarse en la última grada, precisamente junto al sepulcro de Favila.

—Ahora bien, venerable anciano, dijo Pelayo, ¿qué causa ha tenido el inícuo Rodrigo para ensañarse tan bárbaramente contra un pobre ermitaño?

—¡Ay! El rey era mi enemigo mortal desde hace mucho tiempo, y cuando aun no habia pisado el umbral de la vejez, intentó darme la muerte por medio de asesinos que habia comprado con el oro.—Yo que lo sabia, les prometí hartar su codicia, siempre que me salvasen del peligro que me amenazaba; empero la dificultad consistia en que el rey quisiese ver mi cadáver, pues al dia siguiente debia morir emponzoñado...

—¡Qué horror! exclamaron los jóvenes.

—Los viles asesinos aceptaron mis ofertas, y para cumplir con el rey envenenaron á un compañero suyo á quien pusieron mis vestidos, en tanto que á mí me condujeron á parage seguro hasta que llegase la noche.—Don Rodrigo, en efecto, presenció mi entierro, es decir, el del que ocupaba mi lugar, sin apercibirse de este cambio, gracias á las tinieblas y á que los asesinos habian tenido la horrible precaucion de desfigurar el rostro del muerto, que era de mi estatura, atribuyéndolo á la actividad del veneno.—Don Rodrigo, pues, se retiró muy satisfecho despues de haber recompensado magníficamente á sus infames esclavos, á quienes yo habia ofrecido llevar al

pie de un laurel, junto á la ermita de Santa Elena...

—¡Dios mio! ¡Qué extraña coincidencia! exclamó Pelayo estupefacto.

—Os comprendo, repuso el anciano; en el tronco de aquel árbol escribísteis vos muchos años despues un juramento de amor eterno á Florinda, la hija del noble conde don Julian.

—Sí, dijo dolorosamente Pelayo, allí solia ir muchas veces en tiempos más felices acompañada de su padre.

—Y de vos; recuerdo que nunca faltábais; yo era entonces ya el ermitaño que habitaba la ermita.

Pelayo suspiró como suspira un amante desgraciado.

—¡Qué misterios! exclamó Sisebuto asombrado de tan extraña narracion.

—Pues, como iba diciendo, continuó el anciano, al pie de aquel corpulento laurel tenia yo enterrados inmensos tesoros, que entregué fielmente á los asesinos, puesto que ellos por su parte habian cumplido tambien con fidelidad su promesa.—En seguida nos separamos, despues de habernos prometido mútua y solemnemente guardar el más impenetrable secreto, tan importante para ellos como para mí, pues que en el caso contrario jugábamos la vida.—Yo, pues, habia muerto verdaderamente para el mundo; mis hijos estaban tambien perseguidos y errantes; mi conciencia abrumada por crueles remordimientos; y por último, desengañado de las pompas y miserables goces de los humanos, resolví permanecer ignorado y solitario en la ermita, deshabitada á la sazon por haber muerto poco antes el que en ella vivia.—El silencio, la soledad y la meditacion habian restituido á mi agitado espíritu una calma

deliciosa, si bien algunas veces los recuerdos de mis pasados desvaríos solian atormentarme; pero la idea de una vida austera y penitente, de que habia renunciado á ver á mi familia, en una palabra, de que me habia enterrado vivo, me infundia la consoladora esperanza de obtener el perdon de todas mis culpas por una expiacion tan prolongada y terrible como ellas.—¡Ay! ¡Tan dolorosa expiacion no era bastante!

—¿Pero cómo ha sabido el rey que aun vivíais? preguntó Pelayo.

—¿Y quién ha podido revelarle el sitio de vuestra habitacion? añadió Sisebuto.

—Eso es todavía un misterio para mí, repuso el anciano.—Despues de tantos años que vivia en paz, algun demonio se hubo de mezclar en mi destino... Pero no, no... Yo he sido muy culpable, Dios me ha castigado, Dios, que nunca deja impune al criminal... Yo tambien habia hecho padecer horrorosos tormentos, que á mi vez he padecido; la venganza fué mi ídolo, y á su vez esta diosa implacable y sanguinaria ha clavado en mi corazon sus venenosos puñales... ¡Dios mio, tened compasion de mí!

—¡Infeliz anciano! murmuraron los dos amigos con el acento de la más profunda compasion.

—Un dia, continuó el ermitaño, estaba yo tranquilamente rezando mis oraciones de costumbre, cuando de pronto sentí resonar en todo el monte estruendo de voces, y sabuesos... Era que el rey don Rodrigo, acompañado de algunos caballeros, se entregaba á la diversion de la caza. —¡Cuán ageno estaba yo en aquel instante del peligro que me amenazaba! Dos servidores del rey, don Sancho

y Gudila, seguidos de algunos espatarios, invadieron de repente mi humilde morada, se precipitaron sobre mí, y atándome de piés y manos y poniéndome una mordaza, me condujeron al alcázar del rey.

—¿Y quién os condujo despues á esta horrible mansion? preguntó Sisebuto.

—El hombre más astuto que he conocido, un judío...

—¿Sabeis su nombre? preguntó vivamente Pelayo.

—Sí, es un médico hebreo llamado Daniel.

—¡Daniel! exclamaron á la vez ambos jóvenes crispando sus puños de furor.

—¡Ah! ¿Le conoceis vosotros?

Los mancebos refirieron al ermitaño la mala pasada que últimamente les habia jugado el médico en la fortaleza de Jerez. El lector recordará igualmente las precauciones y amenazas del rey cuando confió á Daniel un secreto de suma importancia que, como acabamos de saber, se referia precisamente á la tenebrosa prision del ermitaño. Este, despues de algunos momentos, continuó:

—Cuando me trajeron á este palacio aun era yo feliz, porque veia la luz: ¡ah! vosotros no sabeis qué tormento tan cruel es el perder la vista, el más bello de todos los sentidos; por él nos comunicamos con la creacion, única imágen verdadera, única forma digna bajo la que el mortal puede comprender la figura de Dios: ¡ay! por los ojos sabemos lo que es el sol, el cielo y las estrellas... Ahora mi alma está cubierta de una noche eterna; no bastaba esta oscura prision, sino que la mano de un verdugo extendiese ante mis ojos una doble é impenetrable cortina de negras sombras... ¡Qué horror!

Y el infeliz anciano sollozaba amargamente.—Sus ojos ya no veian, pero aun lloraban; el dolor es lo último que se extingue en el miserable sér humano.

—¿Y no habeis visto más á los dos asesinos que por el oro consintieron en salvaros? preguntó Sisebuto.

—Sí; precisamente cuando el judío Daniel me condujo á este palacio se le presentó uno de ellos, llamado Jacobo al cual reconocí inmediatamente despues de tantos años, porque hay circunstancias en la vida en que una vez visto un semblante, permanece grabado en nuestra alma con caractéres de fuego.—Despues, yendo con el médico por una galería, oí un grito desgarrador en un patio, me asomo por un balcon, y ví saltar una cabeza bajo el hacha del verdugo... Yo cerré los ojos horrorizado de aquel espectáculo sangriento.

—¿Era tal vez otro desgraciado preso, como vos, por órden del rey? preguntaron los jóvenes.

—Aquella cabeza era la del otro asesino, llamado Benjamin; aquel verdugo era el que en seguida debia sacarme los ojos con hierros candentes.

—¡Oh furor! exclamó Pelayo.

—¡Esto es capaz de conmover á una roca! murmuró Sisebuto muy afectado.

—Es inútil que yo os quiera referir todas las penas, todas las angustias, el horrible martirio que me hicieron padecer mis verdugos... Es indecible.—Perdí completamente el sentido, y cuando volví en mí, me encontré ciego y sepultado en un sepulcro, que así debia llamarse esa jaula de hierro, de la cual ya no esperaba salir, á no haberme enviado el cielo tan generosos libertadores.—Cuan-

do comprendí todo el horror de mi destino entre la confusion en que se hallaba mi espíritu, la ira me abrasaba el corazon, y tropezando y cayendo, empecé á pasearme por la jaula como un tigre enfurecido. Dí voces, el eco solamente las repitió; lloraba, nadie acudió á consolar mi llanto... Solo, solo en aquel sepulcro, pensé que me habian condenado á morir de hambre, y la sed me consumia.—El aire estancado de esta caverna, el frio contínuo, el abismo de terror en que me hallaba sumergido debilitaron mis fuerzas, y padecia tanto, que temblaba al pensar que aun podia vivir algun tiempo... Una sola súplica dirigia entonces á Dios, una súplica ardiente: ¡ah! ¡cuán feliz hubiera sido si el Señor hubiese escuchado mis votos!... Mi plegaria no fué oida, aunque mil veces, vertiendo amargas lágrimas, de rodillas, hiriendo el suelo con mi frente, rogué á Dios que me concediese la gracia de morir, único consuelo que podia hallar mi infortunio.—Pero la justicia divina aun no estaba satisfecha: yo necesitaba para borrar mis faltas una expiacion todavía más dolorosa, más lenta, más terrible.—Yo habia hecho padecer tambien horriblemente á mis enemigos, y á algunos habia mandado sacar los ojos y encerrarlos en una prision exactamente lo mismo que la mia... La espada de la venganza me ha herido precisamente por los mismos filos con que yo habia herido... ¡Dios es justo!

—Continuad, continuad, dijeron los jóvenes pálidos como espectros.

El anciano, dirigiéndose al amante de Florinda, prosiguió:

—Ahora, noble Pelayo, se acerca el momento de re-

velaros un misterio terrible, capaz de poner en combustion á toda la España si se supiese... y perdonad tambien si más adelante encontrais algun motivo de queja en mi conducta... ¡He sido tan desgraciado!... Me he visto y me veo próximo á exhalar el último suspiro solo, ciego y anciano, sin tener cerca de mí á ninguno de mis hijos... Vos no sabeis cuán doloroso es para un anciano pensar en morir sin abrazar antes á las prendas queridas á quienes ha dado el sér. ¡Hace tantos años que no los he visto! Tenia tres hijos, é ignoro cuál es su suerte; el más pequeño le llamaba yo mi Benjamin, porque, como Jacob, lo habia tenido ya en mi edad madura.—¡Además, se parecia tanto á mi padre!... Por eso él era mi hijo predilecto, y no he vuelto á verle desde que era niño... ¡Ah! Mi pobre Sisebuto no abrazará á su padre antes de morir...

—¿Pero cuál es ese terrible misterio que decís? interrumpió Pelayo.

—¿Quién sois, noble anciano, quien sois? preguntó Sisebuto con ansiedad.

—Yo he sido el rey Witiza...

—¡Padre mio! ¡Padre de mi corazon! ¡Mi pobre padre!

Y así diciendo el jóven Sisebuto, llorando amargamente, se precipitó en los brazos de Witiza, repitiendo sin cesar con voz á la vez tierna é iracunda:

—Un pobre anciano, débil, profanado, prisionero y ciego... ¡Padre mio! ¡Padre mio!

Fué tal la turbacion, la sorpresa, la alegría inefable que se pintó en el rostro descarnado del anciano, que renunciamos á describirlas.—El pobre enjaulado, estrechan-

do contra su corazon al bizarro mancebo, permaneció así mucho tiempo, agitado, pudiendo respirar apenas, imposibilitado de hablar una sola palabra.—Es verdad que nada habia más tierno ni más elocuente que el prolongado sollozo que salia de su pecho. Luego, llorando, riendo, suspirando, todo á un mismo tiempo, empezó á besar á su hijo, tocando su cara, sus brazos, su pecho, y procurando averiguar por el tacto la estatura y continente de su amado Sisebuto.

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio! exclamó al fin el anciano con voz trémula y fatigosa. ¡Qué hermoso eres, qué alto y fornido! ¡Ah! Estoy ciego, hijo de mi alma, pero abrazándote me parece que te veo... Debes ser tan hermoso como eres robusto... Ahora tendrás veinte y cinco años. ¿No es verdad que eres un gallardo caballero? ¡Hijo de mi corazon!—El Señor ha querido que yo pueda morir en paz abrazando antes á mi querido Benjamin. ¿Te acuerdas de que así acostumbraba yo á llamarte? Tal vez no te acuerdes. ¡Eras muy pequeño!

Y volviéndose á Pelayo, que bajo la influencia de mil opuestas emociones contemplaba aquella escena, continuó con voz débil y doliente:

—Ya sabeis quién soy, y sospecho que vuestra nobleza ha perdonado mi memoria, puesto que sois amigo de mi buen Sisebuto... Perdonad, generoso Pelayo, las ofensas que haya podido hacer á vuestra familia. ¡He padecido tanto! ¡Me han acosado tan crueles remordimientos! Figuraos que durante más de un año, ciego y abandonado, he vivido en la misma jaula, en la misma horrible prision que yo destiné al duque Theodofredo... ¡Qué horror!

—No hablemos más de lo pasado, dijo Pelayo.

—Sí, sí, olvidemos para siempre tan dolorosos recuerdos, añadió Sisebuto.—Yo sé que mi noble amigo es capaz de cambiar sus deseos de venganza en profunda compasion hácia un débil anciano en el colmo del infortunio.

Los dos jóvenes se estrecharon las manos afectuosamente.

—¡Cuánto me place saber que sois los dos amigos! exclamó gozoso Witiza.—Ambos sereis de una misma edad, y me parece que de una misma estatura... ¡Hijo mio! Bésame... ¡Hijo de mi corazon!—Tanta alegría no esperada me hace daño... Mi pecho arde... Un poco de agua.—Y tus hermanos? ¿Dónde están? ¡Ay! Esto no será nada, pronto pasará... El placer de encontrarte cuando menos lo pensaba...

Y el anciano estrechaba convulsivamente en sus brazos á su amado Sisebuto, que tampoco dejaba de besar cariñosamente el venerable rostro de su padre.—De pronto el desolado jóven lanzó un grito desgarrador. Sintió que el cuerpo del anciano se desplomaba inerte, comprendió que era un cadáver el que estrechaba entre sus brazos.—Una grande alegría mata lo mismo que un gran dolor, los vivos rayos solares ciegan los ojos igualmente que las tinieblas.

—¡Oh, Providencia! pensó Pelayo. ¡El verdugo ha venido á espirar sobre la tumba de sus víctimas!

«Sisebuto comprendió que era un cadáver el que estrecha-
ba entre sus brazos.»

CAPITULO XL.

La abadía de Benevivere.

Durante mucho tiempo Sisebuto permaneció inmóvil, mudo, casi estúpido de dolor y desesperacion junto al cadáver de su anciano padre. Pelayo contemplaba en silencion á su desolado amigo, respetando su inmenso dolor y pensando tambien en los desgraciados Favila y Theodofredo, cuyas lápidas sepulcrales se ofrecian á su vista.—El noble mancebo miraba con horror el crímen, y jamás habia aprobado las violencias de su primo don Rodrigo.—Pero en honor de la verdad debemos decir que en aquel momento su corazon no condenaba al rey, puesto que creía hasta laudable la expiatoria determinacion de haber encerrado á Witiza, despues de haberle sacado los ojos, precisamente en la misma prision en que por tantos años habia llorado el infeliz duque de Córdoba, privado de la luz, de la libertad y de la vista de su hijo. El rey Witiza habia muerto tambien violentamente á Favila, esto es, al padre de Pelayo, porque, enamorado aquel de

su esposa, pensó allanar de este modo el principal obstáculo de sus amores. En cuanto á Theodofredo, solo una criminal ambicion ó un mezquino sentimiento de envidia pudo inspirar á Witiza tan bárbara crueldad. Theodofredo y Favila eran hijos del gran Chindasvinto, uno de los reyes más ilustres que tuvieron los godos; pero como el duque de Córdoba era el primogénito, Witiza, en la instabilidad electiva que caracterizó aquel sangriento período de la monarquia gótica, temia que Theodofredo, bien quisto y de todos estimado por sus nobles prendas, pudiese presentarse en las turbulencias que agitaron su reinado como candidato á la corona.—Este temor, ó por mejor decir esta envidia, fué la única causa de la desgracia y ruina del noble duque.

Cuando el buen Sisebuto, despues de besar mil veces el rostro yerto de su padre, de aplicar sus labios á sus labios cárdenos, y poner la mano sobre su corazon, se hubo convencido de que ya no existia, las lágrimas se agolparon á sus ojos, el furor abrasó su pecho y una frenética actividad se apoderó de todo su sér, despues de la especie de marasmo que durante algun tiempo, habia tenido como suspensas todas sus facultades. Era verdaderamente un espectáculo digno de compasion aquel hermoso jóven arrodillado junto al cadáver del anciano, sobre cuyos cabellos blancos derramaba hilo á hilo amargas lágrimas.—De pronto sus ojos se secaron, se enderezó rápidamente, y con voz que resonó como un timbal exclamó furioso:

—¡Venganza! ¡Ira de Dios! ¡Venganza!

Luego, modulando su voz con el acento de la ternura y desesperacion más profundas, continuó:

—¡Oh, padre mio! Anciano, débil, ultrajado y afligido has espirado entre mis brazos en el momento mismo de conocerte... Yo queria tener á mi padre, oir su voz, mirar su venerable rostro, aun cuando los años y el cruel martirio que le han hecho padecer le tuviesen inmóvil y privado de ver un gozo celestial en el semblante de su hijo al estrechar á su padre contra su corazon... ¡Y ya no existe, y ya no volveré más á verlo! ¡Padre mio! ¡Padre mio!—Mas yo vengaré tus ultrajes, tu desnudez, tu frio, tu miseria espantosa... ¡El rey! ¡La Patria!... No valen tanto como el padre de mi corazon. El rey es un tirano, solamente veo mi patria en este cadáver sagrado.—Desde ahora yo rompo todos los lazos que puedan ligarme, yo no tengo ya más rey ni más patria que las cenizas y la memoria de mi padre, mi único Dios será la venganza.

Y con una actitud á la vez solemne y terrible extendió su mano derecha sobre los cabellos encanecidos de su padre, y continuó:

—En este panteon, asilo de la muerte, en medio del horror de la noche, invocando las sombras de los muertos, á vista de tu espantosa prision, sobre tu cadáver sagrado, por tus venerables canas, por mi salvacion, yo juro (y que el rayo de Dios me aniquile si falto á mi juramento), yo juro ¡oh padre mio! guerra implacable, combatir á tu indigno ofensor sin tregua ni descanso, con mis pensamientos, palabras y obras, en las tinieblas y á la luz del sol, hasta causar su muerte y pisar su cráneo y su corona.

Un silencio sepulcral siguió á estas espantosas palabras. Pelayo estaba pensativo, ceñudo, triste y á la vez

horrorizado, como si oyera conmoverse en sus lechos de piedra los esqueletos de las víctimas del anciano Witiza, indignadas de aquel terrible juramento. Sisebuto, desmelenado, los ojos centelleantes, inflamado en ira el bello rostro, altivo y amenazador, parecia el ángel de las venganzas. El hijo de Favila fué el primero que rompió aquel prolongado silencio.

—¿Y ahora, qué piensas hacer? preguntó mirando al cadáver de Witiza.

—Sígueme, respondió Sisebuto.

Y el mancebo, tomando en sus brazos el cuerpo inanimado de su padre, se dirigió hácia la tenebrosa galería por donde habian entrado, muy agenos de la terrible sorpresa que les aguardaba. Pelayo lanzó una última y dolorosa mirada á la tumba de su amado padre, despues pareció murmurar una oracion, y por último, se dispuso á salir delante de su amigo con la lámpara del panteon en la mano. Fantástica, en verdad, era la marcha de los dos jóvenes por aquel camino, conduciendo un cadáver é iluminados por una luz tambien casi moribunda. Sisebuto, piadoso como Eneas cuando salvó llevando en sus hombros á su padre Anchises, no quiso dejar abandonado é insepulto el cuerpo de Witiza; si bien el héroe troyano, más dichoso que Sisebuto, logró sacar ileso á su padre del incendio de la famosa Ilion.—Por fin llegaron al patio que hemos dicho estaba junto á la ermita, poco distante del alcázar de Theodofredo. Allí encontraron sus cabalgadaras.

—¿Adónde vamos? preguntó Pelayo enternecido de los piadosos cuidados de su amigo.

—A un monasterio, cuyo abad es pariente nuestro.

—¿Está muy distante de aquí?

—Necesitamos toda esta noche para llegar allá. Quiero que el venerable Amasvindo deposite en su abadía estos restos, preciosos para mí, dijo Sisebuto con los ojos inundados de lágrimas.

Pelayo, despues que ayudó á su amigo para colocar su carga funesta, cabalgó en silencio y se dispuso á seguir á Sisebuto, que se lanzó al galope. En aquella época no era comun la costumbre de enterrar en los templos, como más adelante sucedió, si bien los reyes y los héroes encontraban siempre un asilo en el recinto sagrado, y bajo este concepto, el arte monumental y la historia por consiguiente, han debido mucho al cristianismo.—En cuanto á Witiza, si no era héroe; habia sido rey; además el abad era su pariente, y por último, la desgracia es tambien una especie de heroismo. Nuestros caballeros caminaron toda la noche y aun parte de la mañana; pero no eran ellos solamente los que se dirigian al monasterio. Tambien otros caminantes, y con más anticipacion que nuestros jóvenes, se dirijian al mismo punto.—Era al romper del alba. Una suave claridad comenzaba á extenderse hácia el oriente matizado de nácar y arrebol. La noche huía despavorida al vislumbrar el refulgente carro de la aurora cuyos primeros albores envolvian en una gasa luminosa la elevada torre de la abadía de Benevivere. Pertenecia este magnífico monasterio á aquel género de arquitectura que caracterizó los primeros siglos de la Iglesia en que la basílica romana en su última época habia recibido todas las modificaciones que pudieron nacer de la fe-

cunda y múltiple inspiracion cristiana.—El estilo, pues, de la abadía de Benivivere no era completamente bizantino. Al ver sus arcos en forma de semicírculo levantarse sobre macizos pilares en la iglesia, y sobre la sólida aunque esbelta columna romana en el claustro, no podia menos de conocerse que la antigua abadía participaba algo de los recuerdos clásicos, como si el genio moribundo de Roma hubiese buscado su refugio y su esperanza en los templos del cristianismo, fuente generadora del hombre, de la ciencia y del arte. La abadía de Benivivere podia incluirse en el número de aquellas iglesias que pertenecen al género romano-bizantino, del cual han quedado muy pocas muestras. No obstante, pueden aun citarse en el dia algunos monumentos de esta especie. Tales son en Roma las iglesias de Santa Inés, Santa Constanza, Santa María de Transtevere, y el Baptisterio de Constantino.—A diez leguas de Córdoba, en la márgen derecha del Guadalquivir y siguiendo su corriente, se levantaba sobre una colina la magestuosa abadía en un lugar solitario, pero delicioso y pintoresco. Algunos olmos y nogales rodeaban el monasterio cual si quisiesen prodigarles sus expléndidos pabellones de verdura. Frondosos y altos montes se extendian hácia el norte, en tanto que al sud una apacible vega se dilataba hácia la florida márgen del cristalino rio, que retrataba en su seno las plateadas copas de los álamos.—Allí recreaba el alma el suave ruido de las brisas matinales, y los trinos meláncolicos de los ruiseñores y los roncos arrullos de las tórtolas se mezclaban al alegre y variado concierto de multitud de aves que saludaban al nuevo dia. Pero todos estos acentos de la creacion agrade-

cida, del rio, de los árboles, de las brisas y de las aves, eran dominados por una voz que se dilataba en el espacio metálica y vibrante.—Tambien la abadía cristiana saludaba á la aurora con su lengua de bronce, tambien la creacion del arte manifestaba su regocijo y gratitud como la creacion de Dios. Las campanas del monasterio tocaban á primas convocando á los monges al coro para entonar la oracion de la mañana. Mientras que por los dilatados tránsitos del convento, débilmente iluminados por la primera claridad del dia, veíanse cruzar algunos monges que humildes y silenciosos se dirigian hácia el coro, dos caminantes arribaron á la portería.—Un monge pálido y descarnado salió á abrirles, al cual preguntaron los recien llegados por el venerable abad Amasvindo.

—Ahora no podeis verle, respondió el monge.

—¿Pues cuándo?

—Cuando salga del coro.

—En ese caso, dijo uno de los caminantes, aguardaremos en la iglesia haciendo tambien oracion.

—Pues vamos, hijos, que Dios nos llama, repuso el monge con solemne acento.

Despues de haber conducido sus cabalgaduras á la caballeriza, ambos caballeros se encaminaron á la iglesia, inundada de esa luz misteriosa, semejante á un crespúsculo, que sumerge al alma en una vaguedad infinita. Eran los dos recien llegados un jóven y un vigoroso anciano. Pocas fisonomías podian encontrarse más enérgicas y resueltas; ambos eran de elevada estatura, y en ambos se notaba ese andar franco, esa mirada altiva, ese continente noble y apuesto sin afectacion que caracteriza á los

hombres acostumbrados á despreciar los peligros. Sin embargo, en ambos caballeros podia distinguirse una tinta de melancolía que daba á sus semblantes cierta expresion irresistible de prestigio, de altivez y resignacion á un mismo tiempo. Los dos misteriosos personages se arrodillaron devotamente, y, á juzgar por su actitud, irremediables y profundas aflicciones destrozaban su corazon. Tal era el fervor, la fé, la humildad con que, prosternados ante el altar, parecian elevar al Eterno sus ardientes plegarias, mientras que el rezo solemne y pausado de los monges en el coro llenaba todos los ámbitos del templo.—Los dos guerreros, acostumbrados al fragor de los combates, se humillaban á la par que los religiosos en el sagrado recinto de la antigua abadía. Concluido el rezo, el monge que hacia de portero vino á buscar á los dos caminantes para conducirlos á la celda del abad.

—Aguárdame en el claustro, dijo el anciano caballero al jóven, que hizo un signo de asentimiento.

En seguida el monge y el anciano se dirigieron á la modesta habitacion del venerable Amasvindo, que ya esperaba impaciente al caballero, á quien habia reconocido en la iglesia desde el coro. Cualquiera, por poco fisonomista que fuese, hubiera podido notar una semejanza prodigiosa entre el semblante del anciano guerrero y el de Amasvindo, señal infalible de que los lazos de la sangre unian á aquellos dos hombres de profesiones tan diversas. El abad salió hasta la puerta para recibir al caballero.

—¡Amasvindo! ¡Hermano mio! exclamó el recien llegado precipitándose en los brazos del monge.

—¡Querido Julian!

Los dos hermanos durante algunos minutos permanecieron estrechamente abrazados, llorando de alegría.

—¡Cuán demudado estás! dijo al fin Amasvindo.—Dos años hace que nos vimos la última vez, y has envejecido como si hubiesen trascurrido veinte.— Yo leo en tu semblante la huella de un dolor profundo. ¿Qué males te aquejan, querido hermano? ¿Puedo yo consolarte? Habla, Julian.

El noble conde exhaló un profundo suspiro.

—¿Y tu hija? volvió á preguntar el abad, que sin saberlo heria rudamente la llaga de su hermano. ¿Cómo está la angelical Florinda?

Don Julian guardó silencio durante algunos instantes.

—¿No has sabido nada, Amasvindo? dijo al fin con dolorido acento.

—¿De qué? preguntó el monge.

—De mi desgracia, de la tuya, de la afliccion que ha caido sobre toda nuestra familia.

—¡Yo!... No sé nada; ¿pero qué ha sucedido?

—¡Es posible que lo ignores!

—Julian, dijo el monge con voz solemne, te repito que nada he oido; debes tener presente que el mundo acaba en los muros de esta abadía, y que, á no ser contigo, hace más de veinte años que no he hablado con ningun viviente de los que habitan en las ciudades y saben las cosas que ocurren en el mundo.—Nosotros, en este parage solitario, estamos completamente separados de los vivos, aunque roguemos por ellos en nuestras oraciones.—Nuestra vista solo se fija en la iglesia y en el cementerio, nuestra tarea en esta vida es rezar y hacer penitencia; el fin

de nuestras miserias humanas lo vemos en el sepulcro, el principio de nuestros goces divinos lo esperamos en el cielo.—Ahora bien, ¿qué ha sucedido? ¿Ha muerto tal vez Florinda? No es una desgracia tan grande que deba afligirnos fuera de término. ¡Feliz ella que ha abandonado pura y hermosa este valle de lágrimas! La muerte, querido hermano, es el fin inevitable de nuestra jornada; todos los que nacen están condenados á morir, la vida no es más que el camino de la muerte, el sabió la recibe como es natural, el cristiano la aguarda como el náufrago aguarda ver su ribera natal. Más allá de la muerte es donde está nuestra verdadera patria, el ataud es la barca que nos conduce del piélago de la vida, al océano sin orillas que se llama eternidad. ¡Bienaventurados los que, limpios de corazon, llegan á surcar aquellas aguas misteriosas!

Don Julian habia escuchado á su hermano en silencio y con muestras del más profundo respeto. Al fin dijo:

—No ha muerto Florinda, pero tal vez fuese menor nuestra desgracia si hubiese sucedido así... Por lo ménos, añadió el conde con amargura, no me habria yo lanzado á la corriente rápida del crímen, en la cual ya no me es dado retroceder.

—¡Que te has lanzado al crímen! ¿Qué desgracia es esa?—Acaba, hermano mio.

—Florinda ha sido deshonrada.

—¡Dios mio! ¡Tu hija, mi sobrina, la perla de nuestra familia deshonrada! exclamó dolorosamente Amasvindo. ¿Y quién ha sido tu ofensor?

—El rey.

—¡El rey! ¡Es posible! exclamó el abad en extremo sorprendido é indignado.

Y el afligido conde refirió á su hermano su infeliz historia, é igualmente la ruidosa venganza que de su afrenta pensaba tomar. Durante mucho tiempo reinó en la celda un silencio sepulcral, que al fin rompió el monge diciendo:

—¿Y estás seguro de que con el auxilio de esos infieles podrá destronarse á don Rodrigo?

—Infaliblemente.

—Pero en cambio parece que debeis cederle la Tingitania.

—Ya ves que no han de servirnos sin recompensa.

El conde ocultó á su hermano sus temores acerca de la ambicion y perfidia de los moros.

—Sin embargo, querido Julian, tu venganza es un crímen, como tú mismo has dicho.—Grande es nuestra ofensa, indecible el dolor que me ha causado esa funesta nueva, porque ha sido horrendo el atentado del monarca; pero Dios dice: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.»

Y en los ojos del venerable abad brillaban dos lágrimas de amargura, porque la noticia que le habia dado su hermano, á pesar de su mansedumbre evangélica, desgarraba su corazon. Era un espectáculo singular ver aquellos dos hombres dotados de un alma, digámoslo así, tan diversa, cuando por otra parte parecian gemelos por su semejanza física, tan prodigiosa que no hubiera sido fácil distinguirlos si ambos vistiesen un mismo trage. El uno,

si bien de noble carácter, era tenaz, violento, iracundo, celoso de su honra y capaz, por vengar una afrenta, de precipitarse en un volcan, siempre que abrazado con él cayese su enemigo. El otro por el contrario, dócil, apacible y humilde hasta ser afrentado por salvar á su mayor enemigo; pero no se crea por esto que le faltaba energía y valor. Cuando se trataba de sus ofensas personales, sabia ser generoso hasta la abnegacion más sublime. Enemigo de la violencia, era fuerte para el fuerte y caritativo con el débil. Al rey don Rodrigo, cara á cara, hubiera sido capaz de afearle su crímen en los términos más duros, en tanto que con un mendigo, igualmente criminal, habria usado más blandura. —Cuanto es más alto el árbol, decia, debe exigírsele más sombra y más fruto. Ahora bien, el monge en su juventud, cuando vivia en el mundo, habia sido altanero, ambicioso, galante y reñidor, así que la mayor parte de sus virtuosas cualidades habia sido adquirida. ¡Tal y tan grande es el poder de la voluntad humana, y tal es la virtud, cuya celestial belleza enamora á todas las almas cuando en ella fijan sus ojos!

—¡Hermano mio! exclamó el abad despues de algunos momentos de reflexion; quisiera pedirte un favor que espero no me negarás.

—Habla, Amasvindo. ¿Qué cosa habrá que yo pueda negarte? dijo el conde no sin cierta inquietud.

Ya se disponia Amasvindo á hacer su peticion á su hermano, cuando al mismo tiempo se abrió la puerta de la celda y aparecieron otros dos personages. No es posible figurarse la sorpresa y alegria de que dieron muestras el abad, el conde y los recien llegados.

—¡Padre mio!

—¡Hijo mio! exclamó el conde, que, como ya sabemos, trataba paternalmente á Pelayo.

—¡Venerable Amasvindo!

—¡Sisebuto!... ¿Qué causa te trae por aquí? preguntó el abad.

El jóven suspirando tristemente respondió:

—Un crímen del rey nos ha conducido á vuestra presencia.

—¡De veras! Decid, decid, repuso el conde visiblemente alarmado.

—Os suplico que bajemos á la iglesia, dijo Sisebuto.

—¿Y para qué? preguntó Amasvindo.

—Allí os contaré hasta dónde llega la maldad, la infamia, la inaudita crueldad del rey.

El conde, ignorando como ignoraba el paradero de su hija, creyó que sin duda aquel nuevo crímen tendria relacion con su desdicha. El buen Pelayo, comprendiendo lo que pasaba en el corazon de don Julian, le tranquilizó con una mirada. Amasvindo, asaz admirado de la palidez y descompuestas facciones de su deudo, se dispuso á condescender con sus deseos, dirigiéndose hácia la iglesia. Todos le siguieron.—Cuando penetraron en el santuario, Amasvindo y don Julian se quedaron mudos de estupor. A la medrosa luz del templo habian distinguido una mesa cubierta con un paño negro, sobre la cual estaba el cadáver del anciano Witiza, tan desfigurado, que ni el monge ni don Julian le reconocieron. Es verdad tambien que ambos le creían muerto mucho tiempo hacia, y

que por consiguiente ignoraban el terrible misterio de su suerte.

—¿Quién ha traido aquí este cadáver? preguntó el abad.

—Nosotros, respondió Sisebuto.—El portero, á instancia nuestra, le ha colocado sobre ese paño fúnebre, mientras hemos subido á vuestra celda.

—Supongo, pues que no tiene lesion alguna visible, que este pobre anciano habrá fallecido de muerte natural.

—Más bien pudiera decirse que el rey lo ha asesinado.

—¿De qué modo?—Explicaos, Sisebuto, dijo don Julian.

—¿No conoceis á ese desgraciado? preguntó el jóven invitando con un signo al abad y al conde para que examinasen con detencion aquellas facciones heladas por la muerte.

—Yo no recuerdo haber visto nunca tal semblante, dijo al fin el abad.

—Me es completamente desconocido, añadió el conde.

—Pues la sangre que circula por vuestras venas es la misma que circuló en ese cadáver.

—¿Es de nuestra familia? preguntaron los hermanos cada vez más confusos.

—Sin duda alguna, es uno de vuestros deudos más ilustres.

—¿Pero, en fin, quién es?

—¡Un rey!... Mi padre, mi querido padre, dijo Sisebuto sollozando.

—¡Witiza! exclamaron á la vez los dos hermanos con el mayor asombro.

Pero inmediatamente despues de esta primera impresion de inexplicable sorpresa, el monge y don Julian manifestaron algunas dudas, que al fin se desvanecieron cuando los jóvenes les hubieron referido la escena relatada en el capítulo precedente. Llenos de admiracion y de horror, indignados y compadecidos de tan inmenso infortunio, se alejaron de aquel triste lugar el monge y su hermano, seguidos de los dos jóvenes, despues que Amasvindo hubo tomado todas las disposiciones necesarias para que, segun los deseos del inconsolable Sisebuto, se verificasen con la posible pompa los funerales del desdichado Witiza.

Pelayo comprendia muy bien que, despues de aquel golpe tan doloroso como inesperado, y del terrible juramento hecho sobre el cadáver de su padre, era imposible reducir á su amigo á que llevase á cabo su primer proyecto de ofrecer su espada al rey; bien es verdad que para tamaño sacrificio se necesitaban una virtud sobrehumana, una abnegacion tan grande como la de Pelayo, el más ilustre de los godos por su patriotismo, el más generoso de los mortales. No obstante, el noble m ancebo aguardaba ocasion oportuna para censurar en la conducta de su amigo lo que realmente habia de reprensible.—Creía muy justo su dolor filial; pero reputaba insensato su juramento y su deseo de venganza. Pelayo, á pesar de su tierna amistad, queria hacer conocer á Sisebuto que su padre tambien habia cometido graves faltas, ó mejor dicho, crímenes horrendos, cuya consecuencia forzosa, tarde ó temprano, es la desdicha, el remordimiento, la expiacion. Despues que volvieron á la celda del abad, durante

mucho tiempo continuaron todos nuestros personages sumergidos en el silencio más profundo, que al fin interrumpió don Julian diciendo:

—Y ahora, querido hermano, ¿te convences de que es imposible perdonar al rey, manchado con los más negros crímenes? ¿Conoces ahora que será una obra meritoria aniquilar á ese mónstruo que se burla de todas las leyes divinas y humanas?

Y el conde, con tales palabras, creia desconcertar la inalterable rectitud del buen Amasvindo, que con acento reposado contestó:

—Precisamente don Rodrigo no ha hecho más que cumplir una ley divina.

—¡Cómo! exclamó don Julian.

—¡Qué estais diciendo! añadió Sisebuto, mientras que Pelayo hacia un signo de asentimiento.

—¿Es una ley divina, preguntó el conde con una voz de trueno, es ley divina deshonrar doncellas y asesinar ancianos?

—Querido hermano, repuso el abad con sin igual mansedumbre, es una ley divina que el criminal sea castigado.—Tal vez en el desastroso fin de nuestro desdichado deudo Witiza, tú no verás otra cosa sino la ferocidad del rey don Rodrigo; yo tambien lo creo así; pero Dios sin perjudicar el libre alvedrío de los hombres, se vale de sus mismas pasiones como instrumentos no de su venganza, sino de su justicia.—El rey Witiza (perdona, amado Sisebuto, pero yo en este caso no tengo que guardar consideraciones con los pobres príncipes de la tierra), el rey Witiza hizo padecer horriblemente al noble duque Theodo-

fredo, y en presencia de toda su corte asesinó bárbara é injustamente á Favila; fué licencioso y disoluto, y cometió todo género de desórdenes, llegando hasta mandar que los sacerdotes pudiesen tener concubinas, y otras cosas que no es necesario decir.—La noble familia de Chindasvinto fué perseguida cruelmente; y por fin, admira la providencia de Dios, don Rodrigo subió al trono, Witiza fué despojado de la corona, y en la misma prision, precisamente en la misma prision de Theodofredo, ha espirado anciano, hambriento, andrajoso y privado de la vista, como él hizo morir á otros.—Hermano mio, quien á hierro mata á hierro muere, dice el libro de los proverbios; la venganza es una espada de dos filos que hiere lo mismo al verdugo que á la víctima; el bien y el mal son inflexiblemente lógicos; el bien siempre acarrea bendiciones, el mal siempre viene seguido de un negro coro de fantasmas, que son los remordimientos.

Calló Amasvindo. Don Julian estaba confuso, pálido Sisebuto y tranquilo Pelayo. Despues de algunos momentos, el hijo de Witiza con una ironía sorda y sangrienta preguntó:

—¿Con que es decir que el buen Rodrigo es un instrumento de que Dios se ha valido para castigar á mi padre y deshonrar á vuestra sobrina?

—Y tiene mucha razon. ¿Qué respondes á esto? preguntó don Julian.

—Respondo, hermano mio, que tambien el rey será castigado.—El infeliz Witiza ha sufrido el peso de sus crímenes, á su vez Rodrigo sufrirá el peso de los suyos.

—¿Pues no decís que Dios se ha valido de su brazo?

¿Será culpable Rodrigo por haber cumplido la voluntad de Dios? preguntó Sisebuto con el mismo acento incisivo.

—He dicho que, sin perjudicar á la libertad humana, Dios se vale hasta del mismo mal para castigar á los hombres, toda vez que estos eligen la senda torcida, porque es tan grande el poder del Altísimo, que entre sus manos hasta el crímen se convierte en un instrumento de justicia, sin que por esto, lo repito, el criminal deje de ser responsable; así es que don Rodrigo no será perdonado, porque no ha sabido perdonar. — Este es el precepto de Dios, y este es el único medio de romper la horrible cadena del crímen, pues de otro modo se perpetuaria de venganza en venganza, de generacion en generacion, de siglo en siglo, eternamente.

Todos guardaron un profundo silencio. Despues de algunos momentos el venerable y sábio Amasvindo continuó:

—Os voy á referir un ejemplo que os demostrará palpablemente lo que acabo de manifestaros.

—Decid, decid, repuso Pelayo, que habia encontrado, sin esperarlo, un poderoso auxiliar para convencer á su amigo de lo mismo que él pensaba decirle.

—Lo que voy á contar, dijo Amasvindo, es una historia verdadera.

—Ya te escuchamos, respondió el conde con cierta curiosidad que se hizo extensiva á Sisebuto, á pesar de manifestarse algo displicente.

El abad comenzó á relatar su historia de esta manera:

—Habitaba en un castillo, no lejos de estos contornos, un noble anciano de los más poderosos, señor de muchas

tierras y feudos. —No tenia más que un hijo, al cual amaba con singular ternura, tanto por ser único, cuanto porque el jóven, de hermosa presencia y valeroso, prometia las más bellas esperanzas.—Estas, como suele suceder muchas veces, se desvanecieron muy pronto, pues el mancebo sedujo muchas doncellas aldeanas, y algunas pertenecientes á las más nobles familias de la comarca; escaló conventos de monjas, cometió asesinatos, y por último, llegó hasta maltratar á su anciano padre porque no le daba todo el dinero que apetecia para satisfacer sus desórdenes y liviandades.—Un dia el mancebo, despues de un terrible altercado con su padre, se atrevió á darle una bofetada, y deseoso el jóven de heredar sus riquezas, lo encerró en un horrible calabozo, é hizo correr la voz de que su padre habia muerto.

—¡Qué horror! exclamaron á la vez todos los oyentes.

—El desdichado padre, continuó el abad, murió efectivamente al poco tiempo, más que de hambre y desnudez, del dolor inconsolable que le habia causado la espantosa ingratitud de su hijo, del único sér en la tierra de quien hubiera debido esperar más respeto y más ternura. El anciano murió en su abandonado calabozo entre gemidos y quejas, pero la última palabra que pronunciaron sus lábios fué una maldicion para su hijo.

—Maldicion que tenia bien merecida, observó el conde.

—Hasta las fieras se horrorizarían de tamaño crímen, dijeron los jóvenes.

—Aquel execrable acontecimiento quedó velado en el misterio más profundo. El jóven, ya dueño de inmen-

sas riquezas, quiso ahogar en el estrépito de infames orgías los gritos de su conciencia; pero ¡ay! en vano procuraba huir de sí mismo; de noche, la sombra irritada de su padre se le aparecia en sus sueños; de dia, pensaba que todo el mundo leía su horroroso crímen en su rostro desencajado; en medio de sus placeres, en el lecho, en la mesa, en el bosque, en la tierra, en el aire, hasta en la iglesia, creía oir una voz lastimera que le gritaba sin cesar ¡Parricida!... ¡Parricida!... Despierto y soñando, siempre, siempre oía la misma voz, el infierno le seguia á todas partes, porque la voz estaba en él mismo, porque los verdaderos demonios son los remordimientos.—Por fin, al cabo de algunos años, y despues de un sincero arrepentimiento, contrajo matrimonio con una jóven ilustre y virtuosa, de la cual tuvo un hijo, que le costó la vida á su madre. El desolado esposo, privado de su dulce compañera, cada vez más austero, más rígido y penitente, procuró reparar todos los males que habia ocasionado, y se dedicó exclusivamente á la educacion de aquel hijo, objeto de sus más cariñosos desvelos, concediéndole Dios una vejez dichosa que le permitiese ver coronado el fruto de sus afanes para con su hijo.—Este, sin embargo, creyó que no era muy necesaria la vida de un anciano débil é impertinente que le impedia satisfacer sus violentas pasiones.—Una noche se rebeló contra su padre, le dió una bofetada y lo condujo al mismo calabozo en que su abuelo habia espirado maldiciendo á su hijo.

Durante algunos minutos, un silencio sepulcral reinó en la celda. Luego Amasvindo añadió:

—El crímen no puede engendrar más que el crímen,

cuya misteriosa cadena, como ya os he dicho, solo puede romperse cumpliendo los preceptos de Dios, es decir, practicando la virtud.—Aquel hijo pudo muy bien haber respetado á su padre; pero él quiso ser criminal, y ya que lo quiso, parece que la Providencia le inspiró aquella horrible identidad en el modo, para que su padre á su vez expiase su horrible falta.—Ahora bien, querido hermano, y tú, buen Sisebuto, arrojad de vuestros pechos vuestra vengativa saña, sed generosos y magnánimos, perdonad para que os perdonen, y no olvideis que la venganza tiene dos caras, que sonríe por delante y llora por detrás, que el orgullo la busca y la conciencia la huye, que para la ira es pronta y para el arrepentimiento tardía, que la paz del corazon la abandona y el remordimiento la sigue, el remordimiento, que es la venganza que Dios envía al alma del vengativo.

—Yo he jurado vengar á mi padre sobre su mismo cadáver, y... cumpliré mi juramento, dijo resueltamente Sisebuto.

—Yo, dijo don Julian, tengo ya empeñada mi palabra, he firmado solemnemente un tratado con los moros, y muchos se han comprometido por mi causa.—¿Te parece bien que yo los abandone ahora?

El buen abad, dirigiéndose alternativamente á Sisebuto y á su hermano, respondió:

—¡Juramentos! ¡Compromisos! ¡Miserable código mundano! Dios no quiere que esos juramentos de sangre se cumplan, Dios no quiere que se contraigan más compromisos que los que no están en contradiccion con sus preceptos.

—¡Imposible! ¡Me es imposible retroceder!—La afrenta de mi hija...

—Querido hermano, interrumpió el abad, cuando entraron estos jóvenes recordarás que iba á pedirte un favor.

—Sí, sí, repuso vivamente don Julian, pídeme lo que quieras, Amasvindo.

—Quiero decirte que ya vas entrando en años, que las cosas mundanas te distraen mucho, que mi corazon necesita de tu afecto, y, en una palabra, deseo que no nos separemos ya más; aquí puedes vivir tranquilo, esta vida apacible y solitaria curará la llaga de tu dolor, y al mismo tiempo será un consuelo para mí el que estemos reunidos. ¿Negarás á tu hermano esta súplica?

El buen don Julian no sabia qué responder, porque realmente amaba mucho á su hermano, no obstante su diversidad de caractéres; así es que con los ojos preñados de lágrimas contestó:

—¡Soy muy desgraciado! Ya te he dicho que no puedo retroceder en mi camino.

—Pero me parece que sigues la senda torcida.

—¡Oh! ¡Mi hija deshonrada!

—Tú debieras quedarte aquí, y buscar un esposo para tu pobre hija, que no reparará en su...

—¡Un esposo! interrumpió con extrañeza don Julian mirando alternativamente á su hermano y á Pelayo.—¿Es posible, querido Amasvindo, que despues de lo que ya sabes, me hagas tal proposicion?

—Sí, querido Julian, y te lo repito.—Tu hija no tiene ya más esperanza que ser esposa de Jesucristo, que no

reparará en su infortunio, antes por el contrario, los desgraciados son los que prefiere en su divino amor.

—Pero si hasta ignoro su paradero.—¿No te he contado ya que la noche que tratábamos de libertarla, no pudimos conseguir nuestro intento?—Aquí tienes á Pelayo, que quedó herido en el castillo de Requila, en tanto que yo partí para el Africa, donde despues me dijo Sisebuto que el mismo don Sancho le habia hecho una segunda herida, todavía más peligrosa que la primera.

El noble Pelayo, si bien tenia muchas cosas que decir y preguntar al padre de su amada, lo habia diferido, porque la pretension de su amigo Sisebuto no permitia dilacíon, á fin de que el abad tratase de dar sepultura cuanto antes al desgraciado Witiza.

—Aun no hemos tenido tiempo de hablar, dijo el jóven; pero yo os informaré de la residencia de Florinda.

—¿En dónde, en dónde está? preguntó gozoso el padre.

—En la Torre de las Cadenas.

Y Pelayo refirió al conde todo lo que ya sabe el lector.

—¿Conque don Iñigo te ha prometido protegerla, caso de que el rey fuese á la torre?

—Y estoy seguro de que lo hará así.

—¡Oh, placer! exclamó don Julian; yo parto ahora mismo, no quiero perder ni un instante para ver á mi pobre Florinda, antes de abandonarla acaso para siempre.

—¡Hermano mio! ¿Adónde vas tan pronto?

—A ver á mi hija.—Tú no sabes, querido Amasvindo, el gozo que experimenta un padre cuando abraza á su hija.

Y el conde se disponia á salir para llamar á su escudero que, como ya sabemos, le estaba aguardando en el claustro, cuando abriéndose la puerta, se presentó Gumildo, acompañado de un hombre, cuya inesperada aparicion causó la más grata sorpresa en todos los circunstantes.

CAPITULO LXI.

La despedida.

El viento de la noche mecia blandamente los olmos y nogales plantados en el cláustro de la abadía de Benevivere, y penetrando en la iglesia por la entreabierta portada, hacia oscilar la llama de algunos círios que ardian en torno de un atahud.—La confusa claridad de la luna, irradiándose al través de los vídrios de las ventanas y bañando la extremidad superior de los robustos pilares, cuyo resto estaba rodeado de sombras, les hacia parecerse á gigantescos fantasmas con la cabeza cubierta por blancos cendales. El ámbito dilatado de la antigua abadía se hallaba invadido por las más densas tinieblas, á excepcion del círculo iluminado por las fúnebres antorchas, á cuyo siniestro resplandor veíase dentro del atahud el cadáver, ó mejor dicho, el esqueleto del anciano Witiza envuelto en un negro ropage.—Un silencio mortuorio reinaba en rededor, interrumpido solamente por el chispor-

roteo de los melancólicos blandones. Transcurrido algun tiempo, el tañido sollozante de una campana anunció que iba á verificarse una fúnebre ceremonia. Luego atravesaron la silenciosa nave cinco caballeros, que se arrodillaron junto al atahud, mientras que el anciano Amasvindo á la cabeza de la comunidad empezó á entonar con voz melancólica y pausada el *de profundis*. Hay un no sé qué de vago, de misterioso y solemne en un entierro, que embarga los sentidos y despierta un sentimiento inexplicable en el alma que se pierde en el vacío del no ser y rechaza á un mismo tiempo con toda su fuerza divina la idea solitaria y muda de la nada. Terminada la ceremonia más lúgubre que puede existir para un hijo, el cadáver fué conducido á una capilla situada á la derecha del altar mayor, la cual estaba cerrada con grandes verjas de hierro. En ella se veian varios sepulcros de los abades del monasterio, de los que simplemente se leia el nombre en señal de humildad. Entre aquellas modestas tumbas era fácil distinguir una que estaba vacía, y que, de improviso se habia destinado para Witiza, si bien habia sido construida con anterioridad para Amasvindo, pues tal era entonces la costumbre entre los monges. Cuando el abad visitaba la fúnebre capilla, lo primero que se ofrecia á sus ojos era la huesa donde algun dia debia reposar para siempre. Figúrese el lector ahora la mirada que clavó el desolado Sisebuto en las facciones lívidas y desfiguradas de su difunto padre en el momento mismo de ser colocado en aquel lecho de piedra, símbolo del eterno sueño. Sisebuto lanzó un grito desgarrador, un grito que solo comprenderán bien los hijos que hayan presenciado el entier-

ro de su padre. El desdichado jóven quiso aun abrazarle por última vez; pero su amigo Pelayo y don Julian se apresuraron á sacarle de aquel fúnebre recinto.

Era la hora en que el sol comenzaba á elevarse en el oriente, cuando Amasvindo llegó á la celda, despues de haber tributado á su deudo Witiza los últimos honores. Don Julian, Pelayo y Sisebuto, se hallaban pálidos, silenciosos y al parecer, absortos en sus pensamientos, mientras que Gumildo y su compañero, es decir, el recien llegado, estaban de pié, aguardando respetuosamente las órdenes de sus señores. Estamos seguros de que el lector ha reconocido en el recien llegado al buen Ferrandez, á quien una casualidad tan feliz como inesperada habia favorecido con el encuentro de su señor.—Ya sabemos que el leal escudero hacia algun tiempo que caminaba sin otro fin que buscar á su querido don Pelayo.—Este, aguijado por una parte de la curiosidad, y por otra, deseoso de poner término á aquel prolongado y triste silencio, dijo:

—Vamos, buen Ferrandez, ahora es tiempo de que nos cuentes tus noticias y la causa de haber permanecido tanto tiempo en la corte.

—Allí me he detenido para averiguar, segun me encargásteis, el paradero de Florinda; pero por desgracia todas mis diligencias han sido inútiles.

—Yo he sido más afortunado.

—¿Sabeis vos?...

—Sé perfectamente la residencia de Florinda.

—¿Y cómo lo habeis conseguido?

—Por una casualidad semejante á la que ha hecho que nos encontremos aquí.

Y Pelayo refirió tanto á Ferrandez como á don Julian todo lo que le ocurrió despues de su desafío con don Sancho. Luego Ferrandez, dirigiéndose á su señor, dijo:

—Desde que partísteis de Consuegra para Jerez y yo me quedé en Toledo, tomé la costumbre cotidiana de apostarme en las avenidas del alcázar de don Rodrigo y examinar cuidadosamente cuantas personas entraban y salian en palacio.—Un dia, ó por mejor decir, una noche, pues comenzaba á oscurecer, ví salir dos hombres rebozados y encubiertos, pero que á pesar de sus precauciones, yo reconocí al punto.—Eran el rey y su confidente Gudila, los cuales se dirigieron hácia el campo, donde les aguardaba un escudero con dos caballos de la brida. Al momento conocí que se encaminaban al lugar donde estarian Florinda y Clotilde, puesto que el escudero me lo indicó así.

—¿Pues quién era el escudero? preguntó Gumildo.

—Era el negrazo que habia en la casa de recreo.

—¿Y los seguiste?

—Sí, pero con bastante trabajo, porque la noche estaba muy oscura, y además, porque yo iba á pie.

—¡Ah, buen Ferrandez! exclamaron don Pelayo y don Julian.

—Despues de andar como unas tres leguas, se detuvieron ante una torre situada á orillas del Tajo, y distante de la casa de recreo como una legua.—Desde aquel dia, continuó Ferrandez dirigiéndose á don Julian, no dudé que allí se encontraban vuestra hija y Clotilde, á quienes habian hecho variar de domicilio á causa de nuestra estéril expedicion. Entonces cambié de plan, y por espacio de muchos dias no dejé de emboscarme en los contornos

de la solitaria torre, hasta que al fin noté que las precauciones que al principio tomaban no eran tan rigorosas, de modo que llegué á sospechar que ya no estaban allí nuestras prisioneras: un incidente inesperado me hizo conocer la verdad, proporcionándome al mismo tiempo la satisfaccion de salvar á Clotilde, satisfaccion que yo gocé á medias, pues ya comprendereis el disgusto y la inquietud que me causaba el ignorar el paradero de la desdichada Florinda.

—¿Y cuál fué ese incidente? preguntó Gumildo lleno de júbilo.

—Una mañana observé que en una de las ventanas de la torre habia una jóven, cuya circunstancia llamó mucho mi atencion, y aun cuando estaba muy alta la reja, conocí á Clotilde, la cual tambien me reconoció.—Entonces entablamos por medio de signos un diálogo que, aunque difícil, fué suficiente para comunicarnos, habiéndome dado á entender que su señora habia sido separada de ella y que ignoraba su suerte: del mismo modo me manifestó que el negro Agar era el único que la guardaba. Con tales antecedentes, me volví á Toledo, donde me proporcioné un pito de metal, con el que logré imitar perfectamente el sonido de que se valian el rey ó sus confidentes para llamar al negro sordo-mudo.—En efecto, al oscurecer del siguiente dia me dirigí á la torre, llamo por tres veces repitiendo el misterioso sonido, sale el negro, me precipito sobre él, lo derribo sin vida á mis piés, y me lanzo en el interior de la torre hácia un punto en que distinguí una luz. Aquella linterna, segun pude deducir, la habia dejado el negro sobre una mesa antes de abrirme la puerta.

Luego, durante algunos minutos, me encontré verdaderamente perplejo y confuso, sin saber en qué direccion encaminar mis pasos; pero al fin, orientándome y calculando hácia dónde caia la ventana en que habia visto el dia anterior á la doncella, logré encontrarla, muy agena de creer que ya estaba en libertad.

—¿Y adónde la conduciste? preguntó Gumildo.

—En seguida me dirigí á la abadía de Valdecaba, y enterado de todo el buen Ervigio, me recomendó á uno de los arrendadores del monasterio, en cuya casa, poco distante de allí, fué recogida con mucho agasajo tu amada.

—¡Gracias! ¡Gracias, querido Ferrandez! exclamó Gumildo estrechando afectuosamente la mano del valeroso escudero.

—Despues, prosiguió dirigiéndose á Sisebuto, no teniendo nada que hacer en la córte, pensé marchar hácia donde me dijísteis que se habia verificado el desafio de mi señor con don Sancho, á cuyo escudero Theodomiro antes de salir de Toledo, tuve el gusto de dar una buena estocada.

Amasvindo frunció el entrecejo; empero Ferrandez continuó:

—Habiendo, pues, emprendido mi viaje hácia Jerez, cerca de una fortaleza tuve un encuentro inesperado que tambien me proporcionó la satisfacion de cobrar una antigua deuda, atravesando de parte á parte á Bermudo, el infame carcelero de la Torre de Santa Leocadia.

Y Ferrandez refirió todas las circunstancias del hecho que ya conoce el lector.

—¡Desventurados mortales! exclamó el buen abad;

siempre están respirando sangre y venganza... La inevitable muerte no basta á sus rencores, su furor la busca y la anticipa por todos los medios posibles.—¡Iluminadnos, Dios mio!

Hubo un momento de silencio. Todos aquellos corazones sentian el peso de la verdad de estas palabras; empero una causa desconocida, el génio del mal, la naturaleza inferior del hombre impulsaba irresistiblemente á Julian y á Sisebuto á vengarse de sus resentimientos.—El alma es un cielo de límpida tersura; pero los negros vapores de la materia son las nubes que oscurecen este cielo. ¡Tan unido está el lodo al espíritu! El hombre es una unidad, sí, pero es un todo *contradiccion*. ¡Luz y sombras! Hé aquí al hombre.

—Al fin nos hemos reunido, buen Ferrandez, y no puedo menos de manifestarte mi agradecimiento por tu lealtad, dijo afectuosamente don Pelayo.

Los ojos del buen escudero centellearon de gozo al escuchar estas palabras, que eran el único premio que anhelaba su fidelidad sin límites hácia su señor.

—Ahora, dijo Ferrandez, tengo que daros una noticia de gran importancia. El rey parece que ha debido dormir esta noche en Córdoba.

—Segun eso, el rey está sobre aviso, dijo Pelayo con cierta alegría.

—Y hace muy bien, añadió el abad.

—¡Ira de Dios! exclamó el conde.

Despues, volviéndose á Gumildo, gritó:

—¡Los caballos! ¡Al instante!

Pelayo hizo á su vez una seña á su escudero, que desapareció detrás de Gumildo.

—¿Por fin, hermano mio, es irrevocable tu resolucion?

—Irrevocable, Amasvindo, irrevocable.

—Pero reflexiona lo que vas á hacer, Julian; tengo el presentimiento de que ha de serte funesta tu venganza.

—No puedo retroceder, Amasvindo, y no retrocederé aunque el cielo se desplome sobre mi cabeza.

—Y yo os seguiré, añadió Sisebuto.

Pelayo y Amasvindo hicieron un gesto de dolor. Luego el abad, volviéndose hácia Pelayo, preguntó:

—Y vos, querido Pelayo, ¿qué pensais hacer?

—Nadie está más ofendido que yo; el rey me ha hecho eternamente desgraciado, ha desgarrado mi corazon; la felicidad de mi vida, las flores de mi esperanza, mis ilusiones más puras se han desvanecido al soplo inmundo de su horrible crímen; pero á pesar de todo, sabré llevar á cabo mi primer designio, que es poner mi espada á disposicion del rey, en quien en este momento no miro á mi indigno ofensor, sino á mi patria que él representa, á mi patria amenazada, y ya lo hemos dicho dicho, añadió dirigiéndose á Sisebuto, despues de Dios la patria.

—¡Noble caballero! exclamó el abad tendiendo sus brazos al magnánimo jóven.—¡El Señor derrame sus bendiciones sobre vuestra cabeza! Vuestro proceder es evangélico, noble y glorioso. Si alguna vez es lícito verter sangre, es en defensa de la patria, porque es lícito defender la propia vida.—Yo os saludo, jóven guerrero, y me prosterno á vuestras plantas, porque sois un justo y un héroe.

Y efectivamente el anciano Amasvindo se inclinó de-

lante del jóven, á quien miraba con admiracion y respeto. ¡Oh mágia de la virtud! Don Pelayo, no obstante, estaba sonrojado á vista de tales demostraciones. ¡Tan propio es de las almas verdaderamente grandes el ser modestas! El conde y Sisebuto no podian menos de acatar en lo íntimo de su corazon tan noble proceder, tan hidalgo desprendimiento, abnegacion tan sublime; así es que ambos estaban confusos y casi avergonzados de su miserable rencor, que, aun cuando disculpable, querian hacerlo superior á los más sagrados deberes, á su religion, á su patria, y aun á su propia gloria. Amasvindo, queriendo á toda costa apartar á su hermano y á Sisebuto de su propósito, dijo:

—Tened en cuenta los infinitos males que causa la guerra: tú, Julian, quieres vengar la afrenta de tu hija, y no vacilas en derramar torrentes de sangre. ¡Cuántas hijas llorarán á sus padres! ¡Cuántos padres verán morir á sus hijos! ¡Cuántas esposas llorarán viudas! ¡Cuántas madres maldecirán al autor de tan horrible guerra!—Piensa en esto, hermano mio, y extremécete.—Vos, amado Sisebuto, olvidais todos vuestros deberes por satisfacer una venganza que acarreará males sin cuento sobre vos y sobre millares de inocentes.—Hé aquí, amados mios, cómo os haceis horrorosamente egoistas, ved vuestro rencor en toda su espantosa deformidad; como padre y como hijo quereis saciar vuestra venganza, ¡ay de mí! y titubeais en llenar de amargura, de luto y horfandad el corazon de muchos hijos y de muchos padres.—Pensad en esto, os repito, y abandonad vuestros proyectos.

—¡Oh! ¡Mi hija deshonrada! exclamó don Julian crispando los puños de furor. Es tan inmensa la amargura

que rebosa mi corazon, que desearia trasladarla al corazon de todos los padres.

—Y yo quisiera que mi sed de venganza abrasara á todos los hijos, respondió Sisebuto.—¡Mi padre ha muerto, y... apenas llegué á conocerle!

—¿Y creeis que los crímenes del rey quedarán impunes? Estad seguro de que Dios le castigará.

—Sí, sí, Dios le castigará, pero por nuestras propias manos, repuso vivamente don Julian, que volviéndose á don Pelayo, continuó:

—Y tú, hijo mio, tú tambien debieras seguirnos.

—Padre mio, respondió el noble jóven con acento doloroso, aunque firme; padre mio, yo al punto os seguiria, si solo se tratase de dar la muerte á don Rodrigo; pero jamás me resolveré á combatir contra la nacion goda.

—¿Y serás capaz de abandonarnos? preguntó Sisebuto.

—Amigo mio, creo que tú eres quien me abandona.—Acuérdate de que tú mismo dijiste tambien en la Torre de las Cadenas «*despues de Dios la patria.*»

A pesar del tono afectuoso con que Pelayo pronunció estas palabras, Sisebuto reconoció en ellas una reconvencion tanto más enérgica, cuanto era más indulgente la actitud de su amigo. En cuanto á don Julian, habian hecho en su ánimo mucha impresion las palabras de don Pelayo relativas á dar la muerte al rey Rodrigo, con lo cual se ahuyentaba de España el mónstruo de la guerra.—El conde, pues, continuaba sumergido en un silencio profundo; acaso estaba meditando en provocar un duelo ó consumar un asesinato. Amasvindo, creyendo tal vez que el silencio de su hermano era una señal de vacilacion, y con-

templando además á Sisebuto, que parecia algun tanto abatido, se arrodilló delante de ellos, diciendo con voz llorosa:

—Hermano mio, tú eres el único lazo que me liga al mundo, y estoy convencido de que si sales de aquí ¡ay! no volveré más á verte.—¿Tanto se ha endurecido tu corazon, que puedes permanecer insensible á la súplica de tu hermano? No, no, querido Julian, tú no te separarás ya de mi lado; mira el abismo que está delante de tus piés, aun es tiempo de volver atrás, yo te lo suplico de... rodillas.

Pelayo, profundamente conmovido al ver la actitud suplicante del anciano abad, cayó tambien de rodillas uniendo su súplica á la del venerable Amasvindo.

—¡Padre mio! exclamó. ¡Querido amigo! No permita el cielo que yo vea son traidores á su patria dos ilustres godos, que por otra parte están dotados de las más bellas cualidades; seguidme, y, á trueque de no atraer la guerra y la desolacion sobre nuestra amada patria, yo me comprometo á buscar al rey, desafiarlo y darle la muerte. ¡Que no se mancille vuestro esfuerzo derramando sangre goda y combatiendo al lado de los sarracenos! Jamás me he humillado ante ningun mortal; pues bien, miradme ahora postrado á vuestros piés.

—Sí, sí, querido Julian, amado Sisebuto, imitad á Pelayo, añadió Amasvindo.

—Pelayo, repuso airado el conde, Pelayo no tiene sangre en las venas cuando habla y obra así.

—Mejor le sentaria el sayal del monge que la coraza del caballero, dijo Sisebuto con desden.

Pelayo lanzó un rugido de furor, sus ojos destellaron un relámpago sombrío, y su mano se dirigió maquinalmente á la empuñadura de su espada.—De un salto se puso en pié, y era tal su actitud amenazadora, que parecia un genio fabuloso. El abad exhaló un profundo suspiro, se levantó rápidamente, y se interpuso entre los adversarios, diciendo al noble guerrero:

—Perdonadlos, que no saben lo que hacen.

A estas evangélicas palabras Pelayo permaneció inmóvil. En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron Gumildo y Ferrandez anunciando que estaban listos los caballos. Todos guardaron el más profundo silencio. Despues don Julian y Sisebuto salieron de la celda, y, seguidos de Pelayo y Amasvindo, se dirigieron hácia el patio del claustro. Los escuderos fueron por las cabalgaduras. Pelayo y el conde estaban ya á caballo, cuando advirtieron que faltaba Sisebuto. Pocos momentos despues apareció el jóven, que, á pesar de todo, habia ido á la capilla donde reposaba su padre á tributar una lágríma y una oracion á su memoria. Un templo y una tumba desarma siempre el furor de los mortales; así es que cuando volvió Sisebuto no se atrevia á levantar los ojos delante de Pelayo, de su generoso amigo, á quien tan sin razon acababa de ofender.—En el rostro de don Julian tambien se leian inequívocas muestras de arrepentimiento; empero el jóven ni los miraba siquiera. Todos estaban ya dispuestos para partir, mientras que el buen Amasvindo con los brazos cruzados y traspasada el alma de dolor, los contemplaba inmóvil y lloroso. Pelayo, comprendiendo toda la amargura del abad, que deploraba en silencio los ex-

travíos ó, por mejor decir, el infortunio de su hermano, tendió sus brazos al monge, diciendo:

—Venerable Amasvindo, dadme vuestra bendicion y rogad al cielo por vuestra amada patria.

—Adios, Pelayo, y estad seguro de que la Providencia premiará al fin vuestra propia conducta.

En seguida el conde abrazó á su hermano, y durante mucho tiempo ambos permanecieron inmóviles y silenciosos sin acertar á decir una sola palabra. Tal era su emocion. Sisebuto entre tanto se dirigió á Pelayo diciendo:

—Amigo mio, reconozco y admiro tu nobleza, á pesar de que una fatalidad inevitable nos ha hecho seguir diversos caminos.—¿No es verdad, Pelayo, que me perdonas mis palabras imprudentes?

Pelayo por toda contestacion estrechó afectuosamente la mano de su amigo. Este movimiento fué notado por el conde, que no queriendo ser ménos, tuvo tambien el valor de reconocer su yerro y decir al noble hijo de Favila:

—Perdona, querido Pelayo, si en un momento de furor he podido ofenderte; pero debo advertirte que mi enojo solamente era producido por la dolorosa verdad que no podia ménos de reconocer en tus palabras.—Yo he sido el principal agente de la terrible tempestad que se prepara; miro la luz y las tinieblas, el céfiro y el huracan; pero me dejo arrastrar del torbellino, porque no puedo renunciar á la idea de vengarme del que ha destruido mi felicidad; hay una cosa en mi alma que se revela contra el pensamiento de no aniquilar al que me hace padecer tan cruelmente.—Tú sabes muy bien que en Consuegra me opuse con toda la energía de que soy capaz á que se implorase

el socorro de los sarracenos; pero tambien recordarás que el rapto de mi hija fué el que me decidió á condescender con todo; sin embargo, tal vez me hubiese retirado de esta conjuracion en que se apelaba á la ayuda de los moros, si aquella funesta noche hubiésemos conseguido salvar á mi pobre Florinda; ya viste lo que conseguimos, tú fuiste herido por don Sancho y gracias que pudimos salvarte y salvarnos.—Tantas contradicciones han desesperado mi corazon hasta la rabia más frenética; tú no sabes, hijo mio, lo que en hombres constituidos como yo producen las contrariedades; así es que exasperado por ellas, y con tal que logre mi designio, no me espantará ni el infierno... Te repito que, no obstante lo que acabo de decirte, mi corazon siente la verdad de tus palabras; pero tambien experimenta la imposibilidad de imitar tu conducta.

Amasvindo, que escuchaba este razonamiento, suspiró tristemente.

—¡Padre mio! respondió el generoso Pelayo, no teníais necesidad de pronunciar ni una sola palabra para que yo os hubiese perdonado.—Conozco todos vuestros sufrimientos, y por lo tanto os compadezco y diera hasta la última gota de mi sangre porque, ya que nos ha sucedido tal desgracia, vos llegáseis á comprender todo el valor de esta palabra ¡resignacion!... Empero llegó la hora de partir...

—Y ya no volveremos á vernos, interrumpió con dolorido acento el venerable abad.

Todos nuestros personages se abrazaron en silencio, y esta despedida muda entre personas que realmente se estimaban á pesar de sus diferencias, era mucho más elo-

cuente que los sollozos y los gemidos. Partieron: Pelayo se dirigió hácia Córdoba, en cuyo camino creía encontrar el ejército del rey; Sisebuto y don Julian se encaminaron hácia Jerez. El desolado Amasvindo permaneció con los brazos cruzados en la portada de la antigua abadía, fijos los turbios ojos en su hermano, triste é inmóvil como una estátua sobre un sepulcro.

CAPITULO XLII.

A un pícaro otro mayor.

Grande sorpresa causó á Daniel la noticia que el esclavo Efraim participó al gran sacerdote de los judíos, anunciándole que despues de haber arrasado completamente el palacio de Harpalús, el rey se dirigia hácia los campos jerezanos á la cabeza de un formidable ejército, precisamente al mismo tiempo que los generales Muza y Tarif desembarcaban en España.—Esta circunstancia convenció á Daniel de que el rey no se fiaba exclusivamente en sus avisos. Desde entonces tomó todas las medidas que creyó oportunas para sustraerse del alcance del rey, suponiendo con harto fundamento que aquella resolucion, más que á una prudente difidencia, debia atribuirse á la maquinaciou de alguno de sus muchos enemigos. Ya sabemos que las siniestras intenciones del médico se dirigian á adormecer al monarca con la falsa idea de que no habia que recelar ninguna tentativa por parte de los mo-

ros.—El objeto del judío era sorprender á su tiempo á don Rodrigo para lograr sus ambiciosos planes; pues no dudaba de la sinceridad de Samuel, y que por consecuencia le sería fácil, á favor de las hondas turbaciones que se preparaban, el constituir una monarquía hebrea. Él habia sido ya nombrado solemnemente caudillo de los soldados israelitas, todos los ancianos, y en especial Samuel, habian ofrecido secundar sus deseos, la ocasion era la más á propósito, y el proyecto, en su esencia, noble y digno para el pueblo hebreo.—Así es que el ambicioso judío señaba noche y dia con la corona de David y de Saul. ¿Quién si no él, pensaba, debería ser el rey de los judíos? Suyo era el proyecto, suyo el mando de las tropas, suyas serían las victorias, y para él sería la corona.—Veamos, pues, que el genio del médico, impulsado por ciertos estímulos que manifestaremos más adelante, habia tomado un vuelo prodigioso y soberano, porque realmente el gigantesco plan que habia concebido, no era imposible del todo, atendidas las circunstancias críticas en que se hallaban ó se hallarian muy pronto los cristianos. Fácilmente se comprenderá que á Daniel le importaba en sumo grado el tener bajo su inspiracion, ó digámoslo así bajo su dominio, al rey, cuyas resoluciones podian en gran manera favorecer ó contrariar sus atrevidos manejos.—Hé aquí por qué razon queria á toda costa continuar en su doble juego, es decir, conspirando con Samuel y sirviendo lealmente, en apariencia, á don Rodrigo.

Ya le hemos oido jurar, cuando el gran sacerdote le dió la nueva de la partida del ejército cristiano, que él descubriria al que le vendia para con el rey, y que toma-

ria una venganza ejemplar.—Daniel era sobrado astuto para no descubrir, proponiéndoselo, el más recóndito secreto, y era tambien sobrado rencoroso para dejar que nadie impunemente le ofendiese. Sin embargo, por más diabólica que fuese su astucia, en la ocasion presente era poco menos que imposible el que Daniel descubriese á su enemigo. Y en efecto, cuando Gudila llegó á Toledo, el rey habia recibido avisos secretos y completamente contradictorios con los que habia enviado Daniel.—En consecuencia la guerra fué publicada, y segun la costumbre de los godos, corrieron á las armas, sin excepcion de edades, todos los que por su extremada ancianidad ó sus dolencias no estaban impedidos para ello. Respecto á los magnates, todos los que permanecian fieles, acudieron sin tardanza al llamamiento del rey. Los magnates godos poseian muchos esclavos, y en caso de guerra estaban obligados á llevar por lo menos la décima parte, armada y mantenida á su costa. Estas tropas señoriales fueron las que despues se llamaron *mesnadas*. Igualmente se enviaron mensageros á los obispos de la Península para que estuviesen apercibidos á la defensa, si acaso de repente era invadida la tierra desprovista de tropas.—Tales eran las costumbres de aquellos tiempos, en que el rey mandaba á los obispos de cien millas en contorno que capitaneando á sus sacerdotes saliesen á la defensa del país en súbitos rebatos. Inútil parece encarecer la alarma y consternacion que cundieron desde el palacio del opulento magnate hasta la choza del pastor, á la noticia de esta guerra de vida ó muerte para la nacion goda.—Los sacerdotes, el pueblo y los nobles se helaron de espanto al pensar que podian ser aco-

metidos por los guerreros africanos que el año antecedente habian sembrado el terror y la devastacion en toda la Andalucía y parte de la Lusitania, y que con la rapidez del rayo habian deshecho y vencido el ejército de don Sancho.—Creíase generalmente que el primo del rey habia muerto en la batalla, pues que tan solamente el escudero Theodomiro y Sisebuto sabian el secreto de su muerte. Hemos dicho, pues, que la nacion entera de los godos experimentaba un misterioso y secreto terror, porque instintivamente conocia que en el libro del destino se habia decretado su fin, que estaba próxima la hora en que debia desaparecer de la haz de la tierra; y debemos añadir que la conciencia de un pueblo, los presentimientos de una nacion casi siempre son infalibles. La lucha, sin embargo, debia ser espantosa.—Los magnates acudieron, no con la décima parte, sino con todos sus esclavos; el pueblo entero corrió á ponerse bajo la bandera real, y en pocos dias se reunió en Toledo un ejército de más de cien mil combatientes. Iban además en la comitiva del rey muchos prelados y sacerdotes, y, á la cabeza de todos ellos, el venerable arzobispo Urbano, cuyo irresistible prestigio y consejos habian sacado al rey de su letárgica y afrentosa inaccion. Don Rodrigo, lleno de bélico ardor y resuelto á luchar valerosamente contra el hado funesto que le dominaba, se puso al punto en marcha con su ejército en los primeros dias de abril del año 714, y con rapidez increible se adelantó hácia Jerez, en cuyo punto, segun le habian avisado, se hallaba el ejército sarraceno. Durante su marcha solo se detuvo un dia en Córdoba, tanto para dar descanso á sus tropas, cuanto para respirar, por última

vez, el delicioso ambiente de la patria. Allí, no obstante, le aguardaba una noticia que le sumergió en la mayor inquietud y desconsuelo. El buen Remigio, el anciano conserge del palacio de Theodofredo, le participó, temblando, la inesperada y misteriosa desaparicion del enjaulado. Grande fué el enojo del rey cuando tal supo, y á no ser por su ancianidad y eminentes servicios, sín duda que en el primer momento hubiera sacrificado á su furor al inocente Remigio. El rey se perdia en mil comentarios y conjeturas acerca de este acontecimiento; pero nunca podia acertar con la verdad.—En Córdoba el ejército recibió un refuerzo considerable, y de todas partes acudia á cada momento multitud de aventureros á alistarse para la próxima campaña. Acabamos de ver que las noticias que dió Ferrandez á Pelayo y á don Julian, no podian ser más exactas, y que por momentos se acercaba el desenlace de aquel sangriento drama de guerra y de venganza.

Hallábase el rey acampado una buena jornada distante de Jerez, es decir, como unas tres leguas más allá de Osuna hácia el sud. Llamaba la atencion entre todas una magnífica tienda cubierta con damasco carmesí, y que se levantaba exenta en el centro del campamento. A alguna distancia veíanse otras varias que, aunque suntuosas, no lo eran tanto como la primera. Aquella era la tienda del rey, las inmediatas pertenecian á los obispos y magnates que le acompañaban. La noche estaba oscura, los soldados yacían en sus tiendas, y solo se oía de vez en cuando la voz de los centinelas. Don Rodrigo, abrumado de inquietud y remordimientos, solo hallaba algun alívio departiendo con Urbano, cuyas palabras, aunque severas,

conocia el rey que eran prudentes y leales. Así es que mientras todo el ejército se entregaba al sueño bienhechor, el monarca, desvelado en su tienda, procuraba en vano desechar sus temores y zozobras hablando con el venerable arzobispo de Toledo.

—Tengo pocas esperanzas, decia el rey.

—Dios no abandona nunca á los suyos, respondió Urbano, que despues de su última entrevista con don Rodrigo, cuando la consulta de la terrible profecía, se habia reconciliado con él en vista de sus sufrimientos.

—Creo que todo será inútil...

—El hombre debe hacer todo cuanto esté de su parte, y si las cosas suceden de otra manera, el verdadero valor entonces consiste en acatar la voluntad divina.

—¡Me encuentro tan desalentado! ¡Tengo tan poca confianza en mis fuerzas! ¡Ay! Para siempre huyó de mí aquella energía indomable, aquella fé, aquel entusiasmo de mi primera juventud.

—Si V. A. recobrára la fé, volveria á recobrar tambien la energía y el entusiasmo.

—¡Recobrar la fé! exclamó dolorosamente el rey.—Nunca la flor vuelve á adquirir el aroma que una vez pierde.

—Pero tambien el árbol deshojado por las tempestades del invierno se cubre de hojas y de flores en la primavera.

—Las fuerzas de los enemigos son formidabes.

—No lo son menos las vuestras.

—Y lo que más me duele, es saber que el conde don Julian y los israelitas son los que han atraido esta calamidad sobre muestra patria.

—Tales son las consecuencias del crímen.—La conducta de don Julian, á pesar de todo, es disculpable... póngase V. A. en su lugar, y comprenderá que tengo razon. En cuanto á los israelitas, es preciso convenir en que los cristianos han abusado de su poder hasta hacerles insoportable su yugo. Los godos han olvidado que el Dios de los cristianos es Dios de paz y no de violencia.

—Ya no nos queda más remedio que combatir.

—El Dios de los ejércitos dará la victoria á aquellos que, segun sus altos fines, la merezcan.

—¡Ay! Tal vez los cristianos serán los vencidos.

—Siempre debemos pedir y esperar.—A cada instante, como veis, están llegando millares de soldados ganosos de derramar su sangre por su patria y por su religion. Si de este modo sigue aumentándose vuestro ejército, antes del dia del combate tendreis una muchedumbre inmensa de guerreros.

En aquel momento se presentó en la tienda el *protospatario* ó capitan de la guardia del rey, diciendo que dos caballeros demandaban con mucha instancia el favor de hablarle. El rey dió su permiso; el capitan volvió á salir y el arzobispo le siguió, creyendo que acaso su presencia pudiese ser molesta, ó al menos importuna, para el rey ó los recien llegados. Pocos momentos despues aparecieron en la tienda los dos caballeros. Imposible sería decir la sorpresa que se pintó en el semblante del rey al aspecto de los recien llegados.

—¿Qué buscais? ¿Qué quereis? preguntó el monarca con cierta mezcla de cólera y terror.

—Buscamos á V. A., y queremos prestarle un gran

servicio, respondió el de más edad de los dos desconocidos.

—¡Prestarme un servicio! ¡Vosotros!

—¿Qué os admira, señor?

—Demasiado bien conoceis que tengo razon para admirarme, dijo el rey.

El que tenia la palabra respondió acentuando con marcada intencion.

—¿Es posible, señor, que despues de todo lo que por vuestra causa hemos padecido, aun nos guardeis rencor?

—Habeis desobedecido mis órdenes, replicó con calor el monarca.

—¿Y por qué? preguntó friamente el que hasta entonces habia guardado silencio.

—Porque os veo en este sitio. ¿Quereis más desobediencia?

—No tal, señor, no ha habido tal desobediencia por nuestra parte.

—¡Cómo! ¿Pensais chancearos conmigo?

—Repito, señor, que no desobedecen á V. A. dos hombres á quienes hallándose presos se les dice: salid, y salen.

—Cosa muy natural, señor, añadió el de más edad, que tenia todo el aire de un eclesiástico, aunque en aquel momento no vestía ropas clericales.

—Yo siempre creí más bien que os habíais escapado...

—Era tal nuestra prision, que demasiado conocerá V. A. la imposibilidad de nuestra evasion.

—Nunca esperé que Requila os diese libertad sin órden mia, y aun me parece imposible.

—Viéndolo está V. A.

Parece inútil decir que los recien llegados no eran otros

que el arzobispo don Oppas y su hermano Ebba. El rey, despues de algunos momentos de meditacion, preguntó:

—¿Y cuál es vuestro objeto al venir aquí á estas horas?

—Alistarnos bajo vuestras banderas, respondió Ebba.

—¡Vosotros! exclamó el rey en extremo sorprendido.

—No solamente nosotros, sino tambien una gran porcion de hombres de armas, dijo Ebba.

—Este es el servicio de que hemos hablado á V. A., añadió don Oppas. Sabeis, señor, que á pesar de nuestras desgracias, aun poseemos bastantes tierras y castillos...

—Sí, sí, lo sé, interrumpió secamente el rey.

—Pues bien, no obstante nuestra enemistad, porque siempre seremos enemigos de V. A...

—¡Don Oppas!

—Aguardad, señor, que aun no he concluido.—Decia, pues, que sin negar nuestra enemistad, nosotros ante todas cosas somos godos, y creyendo que la patria se encuentra en peligro, no vacilamos en dar treguas á nuestros resentimientos y ofreceros nuestra espada.

El rey pareció muy sorprendido de este lenguage, que jamás esperaba de sus más encarnizados enemigos. Luego cruzó por su mente una sospecha, clavó una mirada escrutadora en los hijos de Witiza, y reconoció tal sinceridad en su gesto, que no pudo menos de agradecerles aquella noble resolucion; pues don Rodrigo, á pesar de sus extravíos, era capaz de sentimientos generosos.

—No, dijo, jamás de hoy en adelante seremos ya enemigos. Yo agradezco en todo lo que vale vuestra abnegacion en estos momentos críticos para la España, y es-

pero que no me negareis vuestra amistad, como yo no os negaré mi agradecimiento. No quiero que me venzais en generosidad. ¡Seamos amigos!

Y el monarca tendió sus brazos á los hijos de Witiza, que, aunque un poco á disgusto, abrazaron tambien al enemigo de su familia.

—¡Ojalá, continuó don Rodrigo, ojalá que muchos nobles godos imitasen vuestra heróica conducta!

—No todos son capaces de comprender en toda su extension los sagrados deberes que nos impone la defensa de la patria, respondió don Oppas.

—En este momento, añadió Ebba, están poco distantes de vuestro campo cuatro mil hombres que obedecen nuestra voz.

—¡Gracias! ¡Gracias, amigos mios! exclamó gozoso el rey.—¿No teneis nada que pedirme? ¡Cuánto me alegraria de poder recompensar un servicio tan señalado!

—Yo demandaria á V. A. un favor que le agradeceria en gran manera, dijo Ebba cambiando una sonrisa con su hermano.

—Decid, decid, repuso con viveza don Rodrigo.

—El favor se limita á que me conceda V. A. la gracia de mandar mis tropas.

—No permitiré yo tal cosa, repuso el rey, pues quiero probaros mi agradecimiento confiriéndoos el mando del ala izquierda de mi ejército, y á vuestro hermano don Oppas el del ala derecha.

—Señor, respondió Ebba con voz conmovida, eso es mucho más de lo que nosotros acertáramos á desear y á pedir.

—No obstante, se apresuró á decir don Oppas, no obstante, admitimos tan honoríficos cargos (1) para probar á V. A. con nuestro arrojo que somos dignos de tal confianza.

—Así lo espero, amigos mios.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los dos hermanos cambiaron una mirada de inteligencia y de feroz alegría. Don Rodrigo, muy satisfecho de esta entrevista, sonó un silbato de oro, y al punto acudió el conde de los camareros, á quien dijo:

—Alojad á estos caballeros en uno de los aposentos de mi tienda, y haced que sean servidos como mi misma persona.

Los dos hermanos saludaron al monarca con las más vivas muestras de agradecimiento, y en seguida salieron, precedidos por el conde ó maestre-sala. El rey, como hemos dicho, habia experimentado una gran satisfaccion al reconciliarse con sus antiguos y encarnizados enemigos. Ya pensaba que con tanto inesperado refuerzo la victoria coronaría sus buenos intentos, sus temores se desvanecian, y la esperanza comenzaba á renacer en su agitado corazon. Don Rodrigo, pues, se hallaba animado y casi alegre en aquellos momentos. La noche avanzaba, y á favor de las tinieblas veíase adelantarse un hombre hácia la

(1) Además de que realmente el arzobispo don Oppas se halló en la batalla de Guadalete, no debe sorprender en un eclesiástico este belicoso lenguage, pues tal era el espíritu de la época y el carácter particular de este personage, tan revoltoso y astuto como vengativo y ambicioso.—Todavía muchos siglos despues, en tiempo de las Comunidades de Castilla, se vió una milicia de clérigos zamoranos capitaneados por su obispo Acuña, quien en vista de las grandes dotes de soldado que descubrió, hubiera manejado mejor la espada que el báculo.

tienda de don Rodrigo. Aquel hombre caminaba con paso lento, pero firme, á diferencia de otro personage que de lejos le seguia, y que á cada momento se encorvaba, se tendia en tierra comprimiendo la respiracion, se levantaba, y volvia otra vez á emprender su marcha con las mismas precauciones que un experimentado cazador. El que iba delante se encaminó sin vacilar á la puerta del alojamiento del rey, en tanto que el segundo se dirigió hácia la parte posterior de la tienda, en uno de cuyos ángulos ó esquinas se acurrucó de tal manera, que habria sido imposible columbrarlo á no estar á un paso de distancia. Estaba, pues, literalmente envuelto en el damasco que cubria la tienda, la cual se hallaba distribuida de modo que contenia numerosos aposentos, y en el último era donde habitaba el rey. Un sitial, una mesa y una luz constituian todo el adorno de aquella habitacion, cuyas flexibles paredes de seda estaban conmovidas en aquel momento por el desconocido. De pronto un pálido é imperceptible rayo de luz brilló sobre su frente. El misterioso personage habia hecho una abertura con su puñal en el damasco que cubria la tienda por fuera y en el tapiz que la decoraba por dentro. De esta manera podia ver al rey de espaldas, y de cara al hombre cuyos pasos habia ido siguiendo. Entre tanto, el que se dirigió á la puerta del real alojamiento habia demandado permiso para hablar á don Rodrigo. Este, contento de su anterior visita, no vaciló en acceder á la demanda del recien llegado, esperando tal vez alguna otra noticia favorable. Y en efecto, á los pocos instantes se presentó en la estancia un hombre, á quien recibió el rey con tanta sorpresa como alegría. Era el recien

venido un hombre más bien pequeño que alto, de cabellos rubios, de mirar tímido y astuto, de redomada sonrisa y voz melosa.

—¡Ah, buen Jacob! exclamó el rey. ¿Qué hay de bueno?

—Señor, de bueno no hay mucho, pero de nuevo sí.

—¿Pues qué sucede? Habla.

Jacob paseó una mirada en torno de la habitacion, como si quisiera convencerse de que se hallaban indudablemente solos. El converso satisfecho de su exámen, respondió:

—Señor, bien sabe V. A. que mi único deseo es ser útil á vuestra causa...

—No puedo dudarlo, Jacob.

—He llegado hasta el extremo de sacrificar á mis hermanos en religion y renegar de la ley de mis padres.

Debemos advertir que el buen Jacob fué quien reveló al rey la fingida muerte de Witiza, y que este habitaba últimamente en la ermita de Santa Elena. Como era natural, Jacob, que habia tenido la misma parte que Benjamin en la superchería á favor de la cual habia logrado engañar al rey, cargó toda la culpa á su compañero, y esta habia sido la verdadera causa de la muerte que el rey mandó dar á Benjamin.—Es verdad que Daniel habia manifestado al monarca una nueva prueba de infidelidad en las cartas interceptadas de José; pero esto quiere decir que el esclavo bajo cuya custodia se hallaba la reina en Córdoba, no podia escaparse, por muchos motivos, de ser degollado. Don Rodrigo, por su parte, habia afectado para con Daniel, que la infidelidad de la carta diri-

gida al gran sacerdote, era la única causa de la sentencia de Benjamin; pero esto lo hizo antes de decidirse á comunicar al médico el terrible secreto del enjaulado, ocultándole cuidadosamente que además de Benjamin habia otra persona que poseía sin duda más á fondo tan tenebroso misterio. Esta persona era Jacob, que habia librado su completa seguridad en su reciente conversion al cristianismo, cuya circunstancia le habia valido además una magnífica recompensa por parte del rey.

Respecto al médico, debemos añadir que no habiendo despues don Rodrigo dádole más explicaciones, creyó lisa y llanamente que la muerte de Benjamin y su sustitucion en el cargo de carcelero de la reina, se debia exclusivamente á su buena ocurrencia de interceptar las cartas. Una casualidad, funesta ó providencial, habia hecho que Daniel, ignorando la vida pasada de Jacob, eligiese á este para su lego, cuando disfrazado de fraile, intentó seguir todos los pasos de la desdichada Egilona. Jacob y Bermudo, completamente á las órdenes de Daniel, que renumeraba expléndidamente sus servicios, le habian obedecido siempre con lealtad. El converso, sin embargo, por maldad ó por avaricia, pues esperaba grandes recompensas del rey, quiso aprovechar la circunstancia de vivir al lado del médico, escribiendo secretamente á don Rodrigo que no se fiase de los avisos de Daniel relativos á la entrada de los moros en España. Y esta fué la causa que impulsó al monarca á publicar la guerra cuanto antes y apresurar su partida de Toledo, resolucion que, como ya hemos visto, habia alarmado en gran manera al médico, muy distante de sospechar que Jacob le

vendia. Este refirió al monarca punto por punto toda la trama de Daniel, su inteligencia con el gran sacerdote, el degüello de la guarnicion, la entrega de la fortaleza á los israelitas, y por último, los ambiciosos planes del médico que habia sorprendido en sus conversaciones con el viejo Samuel, á quien el converso aborrecia mortalmente á causa de las severas reprimendas que le echó por haber abandonado la religion de sus mayores. El rey al principio defendió obstinadamente la lealtad de Daniel, atribuyendo sus avisos inexactos á que hasta la última hora no habria querido tal vez darle una mala noticia, y dudando de la posibilidad de sus tramas, tan inícuas como ambiciosas. Sin embargo, fueron tales las pruebas y datos que alegó el converso, que ya no hubo medio de dudar, por lo que el monarca experimentó el dolor más intenso al convencerse de la exactitud y verdad de tan desagradables nuevas.

El recuerdo de su amado hijo era el que en aquellos momentos llenaba toda su alma de inquietud por la suerte de un sér tan frágil y tan querido. Entonces se arrepintió de habérselo arrebatado á Florinda, entonces comprendió que el regazo de una madre es el santuario que ofrece á un mismo tiempo dicha y seguridad para un hijo. Añadíase á esto el dolor que siempre causa la desilusion, el descubrimiento de ser engañado, dolor en que toman parte todas las pasiones, desde el santo amor á la verdad, hasta el miserable amor propio que nos echa en cara nuestro engaño como un insulto. Don Rodrigo, pues, en aquel momento solo anhelaba vengarse del pérfido judío y conquistar la fortaleza de Jerez; pero á esta venganza y á

esta conquista asociaba el rey la salvacion de su hijo, el secreto de la muerte de Egilona y la conveniencia de poseer un castillo cerca del lugar donde se hallaban sus enemigos, es decir, los moros.

—Es preciso que yo posea ese castillo, Jacob, dijo el rey como cediendo á sus pensamientos interiores.

Despues de un largo diálogo, Jocob convino en asesinar al centinela de la fortaleza de Jerez, levantar el puente y dar entrada á los soldados del rey haciendo la señal con un cuerno que le entregó el mismo monarca. Estas tropas estarian emboscadas de antemano en un lugar poco distante del castillo, habiendo quedado el converso en ir al anochecer para arreglarlo todo á la tienda de don Rodrigo, que ya deberia encontrarse acampado en las orillas del Guadalete.

—Dentro de tres dias, á media noche, daremos el golpe, dijo al fin el converso.

—Pues lo dicho, dicho, repuso el rey; cuando yo pise la fortaleza de Jerez, Jacob será expléndidamente recompensado, al mismo tiempo que sobre el patio del castillo rodará la cabeza de Daniel.

Jacob se inclinó respetuosamente y salió de la tienda de don Rodrigo. El converso se habia proporcionado para aquel viaje un caballo que habia dejado amarrado á un árbol, como á unos trescientos pasos del campamento.—El converso iba temiendo no encontrar su cabalgadura; pero ¡cuál no seria su admiracion cuando en lugar de uno se encontró dos caballos atados al mismo árbol! sorprendido en extremo de aquella circunstancia, miró por todas partes en rededor suyo, pero á nadie descubrió.—En con-

secuencia, el bueno del converso, que hubiera podido ser en tiempos más modernos un excelente ministro de Hacienda, cabalgó en su caballo, y tomando de la brida al ageno, comenzó á caminar tan tranquilo como gozoso. No obstante, de vez en cuando solia volver la cabeza para ver si alguno le seguia; pero la noche estaba en extremo oscura y era imposible distinguir un hombre á veinte pasos. Ya se habia alejado una milla del campamento, y no habiendo parecido el dueño del caballo, comenzó á caminar al trote, muy contento por su reciente hallazgo.—De pronto sintió que el troton que llevaba del diestro hacia mala reata, y queriendo investigar la causa, volvió el rostro y se encontró con un ginete delante de sus narices, es decir, un hombre tranquilamente montado sobre el caballo que habia creido apropiarse. El susto de Jacob fué grande; pero subió aun de punto cuando el desconocido con voz entre jovial y colérica dijo:

—Vamos, mal judío y peor cristiano, no seas tan egoista...

—¡Señor!... interrumpió el converso juntando las manos con actitud suplicante.

—¿Me pides piedad porque te llamo egoista?—Amado Jacob, llevas dos caballos, mientras que yo he venido siguiéndote á pié, y echando los bofes. ¿Te parece poco egoismo?

Habia una entonacion tan irónica y al mismo tiempo tan amenazadora en las palabras del recien llegado, que Jacob temblaba de piés á cabeza. El converso era osado para acometer traidoramente y despues de haber premeditado y medido hasta la extension de una puñalada; pero

frente á frente con el peligro, y á mayor abundamiento un peligro inesperado, era cobarde como una liebre. Su valor era la sorpresa del bandido, como el salteador del tigre, que escondido en la espesura, se lanza sobre su descuidada víctima.

—¡Perdon! murmuraba Jacob.

—¿Pero por qué me pides perdon? preguntó sonriendo el misterioso personage, en el cual estamos seguros que nuestros lectores habrán reconocido al astuto y valiente Daniel.

—Señor, por haberos desobedecido, porque sin vuestro permiso me he alejado de la fortaleza de Jerez.

—¡Calla! replicó Daniel sonriéndose; á fé que eres un servidor sumiso y leal como pocos.—¿De dónde vienes, querido Jacob?

El converso, cuya imaginacion era bastante fecunda, creyó que aun no se habia perdido todo, y que cabia enmienda en su yerro.

—Señor, dijo casi del todo tranquilizado, conociendo yo que os convenia saber las fuerzas del ejército de don Rodrigo y el lugar que ocupaba, he venido á informarme de todo.—Además, como ahora habeis tomado la costumbre de no parecer en muchos dias por la fortaleza y vos no necesitábais mis servicios, yo, que estoy dotado de una gran actividad que me obliga á tener el pensamiento ocupado en alguna cosa importante, he creido que en nada mejor podia emplear el tiempo que en prestar un servicio muy señalado al que me alimenta y me paga.—Mi intencion ha sido buena, señor, y si acaso os he enojado, ha sido involuntariamente, por lo que espero que me perdonareis.

Daniel no pudo contener la risa al oir al converso disculparse de tan peregrina manera.

—¡Hola! ¿Tan buena habia sido tu intencion? Si yo lo decia, querido Jacob; es preciso proclamarte perla, flor y nata de los servidores de estos tiempos.—¿Y no has tenido ninguna otra razon para esta especie de paseo militar?

—Nada más me ha movido, señor; puedo aseguraros que solamente el tédio que me devoraba y el buen deseo de serviros, me han conducido á intentar la averiguacion de que os he hablado.

—¿Habráse visto humorada como ella? ¿Conque te devoraba el tédio? ¡Pobre Jacob! ¿Y qué has averiguado, hijo mio? Supongo que no habrán sido infructuosos tus pasos.

El converso creyó que la tempestad se habia disipado, viendo que Daniel parecia tomar el asunto á broma, y así no dudó que sería fácil engañarle.

—Señor, dijo, he sabido que el rey viene á la cabeza de cien mil combatientes, y que pasado mañana estará en los campos de Jerez...

—Pero antes, interrumpió Daniel, voy á hacerte una pregunta, carísimo Jacob: díme, ¿quién te ha dicho que á mí me convenia saber las fuerzas que el rey traía ni el sitio en donde estaba acampado?

—Yo lo he oido decir...

—¿A quién?

—A vos mismo.

—¡De veras! ¿Y cuándo?

—Una noche os oí hablar con el gran sacerdote...

—Buena pieza. ¿Y quién te ha mandado espiar mis conversaciones?

—Señor, mi lealtad...

—¡Ay! Ya caigo, replicó con sorna el médico. ¡Tu lealtad! ¿Has sido tú alguna vez leal? Naciste en la ley de Moisés, y renegaste de ella; te has convertido á la ley de Cristo, y serás capaz de venderlo, como dicen los cristianos que Judas le vendió; has sido infiel para tu Dios, ¿y quieres hacerme creer que no lo eres para los hombres?—¡Eres un mal bicho!

—Carísimo señor, yo seré bicho y diablo si quereis, pero estad seguro de que os he servido fielmente.

—¿Sí? Pues vamos, refiéreme tu conversacion con el rey.

—¡Qué decis! exclamó Jacob temblando; yo no he visto al rey, señor.

—Yo te digo que no solo le has visto, sino tambien hablado.

El converso temió en un principio que Daniel conociese el objeto de su expedicion; pero considerando la absoluta imposibilidad de que así fuese, se tranquilizó completamente.

—Señor, dijo, estais en un error lamentable; yo os juro por Moisés y por Cristo que no he tenido para qué ver al rey.

—En su tienda esta noche, añadió el médico.

—Os digo que...

—Le has prometido entregar pasado mañana la fortaleza de Jerez.

Cuando tal oyó el converso se quedó con la boca en-

treabierta, su rostro tomó los colores del íris, y comenzó á gesticular como un poeta trágico buscando un consonante dificil.

—¿Quién ha podido deciros?... preguntó al fin Jacob pasándose la mano por los ojos como si tuviese telarañas.

—Desde que saliste de la fortaleza te ha venido siguiendo un hombre sin perderte de vista ni un solo instante; cuando entraste en la tienda del rey, practicó una abertura en el mismo aposento, y ha logrado sorprender todos tus pasos y palabras.

—Ved que os han engañado, señor.

—No se me engaña á mí tan fácilmente, tú mismo tienes la prueba.

—¡Señor! ¡Señor! exclamó el converso juntando las manos.

—Todo lo he oido.

Jacob, ya completamente repuesto de su primera sorpresa y comprendiendo que estaba perdido, hizo un movimiento que fué al punto notado por Daniel, si bien este afectó no haberlo advertido. El converso habia desenvainado un puñal que llevaba pendiente de su cintura, pues habia resuelto vender cara su vida.

—¿Te crees muy astuto? preguntó repentinamente el médico cogiendo las riendas del caballo de Jacob.

—¿Por qué me lo preguntais? respondió el converso todo confuso.

—Porque quiero hacerte una advertencia.—Mira, aunque seamos muy inteligentes, muy fuertes y muy astutos, debemos estar seguros de que siempre habrá quien nos aventaje en inteligencia, en fuerza y en astucia.

—¿Y qué me quereis decir?

—Que no olvides que para un gran pícaro nunca falta otro pícaro mayor.

Y así diciendo, Daniel con un movimiento rápido como el rayo derribó en el suelo á su adversario. El médico acababa de arrancarse la máscara de irónica indulgencia que habia afectado hasta entonces. En seguida echó pié á tierra, y antes que el converso tuviese tiempo de incorporarse le atravesó el corazon con su espada.

CAPITULO XLII.

Recuerdos.

Una flor que se marchita y reverdece, una estrella que se oculta y vuelve á aparecer, una ponzoña mortal y un néctar delicióso, un soberano calmante y un filtro calenturiento, una lágrima y una sonrisa, un cielo entonces y un infierno ahora, mirtos y rosas en el pasado, cipreses fúnebres en el presente, una cadena misteriosa que enlaza hombres y lugares desde la cuna hasta el atahud, desde el uno al otro polo, hé aquí lo que son los *recuerdos*. ¡Dulces memorias del bien que hemos gozado! ¡Pensamientos tristes por el bien que se ha perdido.—Hay una edad deliciosa en que la esperanza bate sus alas de oro sobre nuestros encantadores delirios, cuando la juventud rozagante galopa desbocada por el florido campo de la vida, cuando el raudo pensamiento contempla el cielo, las estrellas, los mares, las flores, las aves, y con indecible afan late el corazon dulcemente conmovido y mira el

universo como un paraiso consagrado á la feliz embriaguez de los amores, como una region encantada que nos promete aromas é ilusiones entre torrentes de luz, de armonía y de inacabable bienandanza.—Allí el ángel del amor y la amistad embellece nuestros dias; vemos el sol en unos ojos y la tempestad en una lágrima. Nuestra alma es otro universo, y si puede tener alguna forma, es la del cuerpo humano.—En aquella edad nuestra imaginacion ardiente poblaría mil desiertos con los fantasmas seductores á quienes ella misma presta sus expléndidas galas; entonces la noche serena, la rosada luz de la mañana, la solitaria y amena selva, todo convida al placer y á los amores.

Pero ¡ay! que el horizonte se viste luego de negras nubes, brama el aquilon, marchítanse las flores, la esperanza nos abandona, los cabellos se vuelven blancos, el vigoroso latido del corazon se extingue, y el campo de la vida, antes tan risueño y florido, conviértese ahora en un árido desierto donde el mísero viajero desfallece abrumado por los recuerdos, tanto más crueles, cuanto son más lisonjeros pintando al alma fatigada sus perdidas alegrías. La existencia entonces es un mar embravecido, flota nuestro bajel á merced de las airadas olas, y en medio del horror y la negrura del cielo, no encontramos ni una isla donde reposar, ni una estrella que nos guie. El huracan nos arrebata, y sin rumbo fijo, pero siempre bogando, arribamos por fin á las misteriosas playas de la eternidad; la muerte abre una puerta, ciérrase despues, y el sueño de la tumba es la única verdad duradera que consigue el hombre.

Los recuerdos tambien son las mortajas de las ilusiones.--Al anochecer del 21 de abril del año 714, en la cueva que estaba frente de la Cruz del lloro, una mujer golpeaba con desesperacion su cráneo contra el terroso pavimento de aquella inmunda caverna; sus ojos eran dos fuentes, y de vez en cuando un prolongado gemido agitaba aquel pecho de esqueleto. Cuando la noche hubo extendido completamente sus sombras, la anciana salió de su cueva y se dirigió con lento paso hácia el pedestal de la Cruz. Allí se arrodilló inclinando la frente sobre las frias gradas, que besaba con fervor. Durante mucho tiempo permaneció así abismada en su estática plegaria; luego comenzó á salmodiar su oracion con voz monótona y sombría, pero que desgarraba el corazon. Quien hubiera visto despues de algunos meses á la infeliz anciana, no hubiera podido reconocerla. Sus ojos parecian más grandes á causa de que sus mejillas se habian enflaquecido aun mucho más que antes, sus cabellos estaban más blancos, sus lábios más cárdenos, sus brazos más descarnados y su sayal más andrajoso. Solamente su mirada parecia haber cobrado una expresion más dolorosa, un brillo más intenso, una resignacion más sublime, cual si la vitalidad que habia huido del resto de su cuerpo se hubiese refugiado á sus ojos.—Más que los recuerdos de veinte años, una esperanza de algunos dias habia producido tan grande estrago en aquel corazon hecho ruinas. La impaciencia de la esperanza (sobre todo cuando esta esperanza es de una madre que aguarda ver á su hijo) es más febril, más activa, más devoradora que la lenta carcoma de los recuerdos. La pobre penitente, durante su larga y dolorosa ex-

piacion, habia rogado al cielo muchas veces que pusiese término á su existencia; pero desde que Samuel, su esposo, le habia dicho que vivia su hijo, la infeliz madre temblaba á la idea de morir antes de estrechar contra su corazon á aquel hijo tanto tiempo perdido, tan tiernamente llorado.

Nuestros lectores recordarán que, segun la historia que el gran sacerdote contó á Daniel, aquella anciana, que era su esposa, habia sido en su juventud hermosísima, y que su hijo primogénito, el hijo de Samuel, habia sido arrojado á una hoguera por los cristianos. Despues tuvo otro hijo de un poderoso conde, y este era el que habia prometido entregarle su esposo Samuel. Ya hemos dicho que en ciertos dias del año la devota anciana permanecia orando al pié de la Cruz durante toda la noche. Esto se verificaba cuatro veces al año, cuatro fechas misteriosas y crueles, cuatro arpones que desgarraban aquel corazon tan apasionado, pero al mismo tiempo tan creyente como bondadoso.—Los aniversarios, pues, que celebraba la penitente con más ayuno y más oracion aún que de costumbre, eran: el de la muerte de su hijo primogénito, el de su llegada á la Cruz del lloro, el del casamiento de su señor, á quien habia amado con idolatría, y por último, el de la desaparicion de su segundo hijo. Todos estos acontecimientos formaban en su mente un horrible grupo, estas eran las llagas que nunca se cerraban en su corazon, porque afectaban las dos fibras más sensibles de la mujer, el amor y la maternidad, esto es su dicha y su destino.—Nada hay en la tierra que más padezca que una mujer que ha perdido su hijo y su aman-

te; es el verdadero ángel de los dolores. Aquel dia, ó por mejor decir aquella noche, la penitente celebraba un aniversario. Tambien en la soledad forman los recuerdos un horrible calendario, tambien el infortunio tiene sus solemnidades. Hay ciertos dolores cuya inmensidad extremece; á este número pertenecian los de la infeliz penitente.

—¡Dios mio! murmuraba, tened compasion de mí. ¡He padecido ya tanto! ¡Cuán cruel es la memoria! Yo sería feliz ahora, si no recordase que mi primer hijo fué devorado por las llamas. ¡Hoy hace treinta años! Yo tuve la culpa, yo quise obligarlo á que se convirtiese á la fé de Cristo... ¡Hijo mio! Yo queria tu bien.—Es verdad, Señor, lo confieso, que yo queria que todo el mundo fuese cristiano, porque lo era el gallardo guerrero á quien yo amaba. ¡Qué bizarría! ¡Qué deliciosas horas aquellas! El noble... ¡Maldicion! Siempre este pensamiento. ¡Maldicion!

Y pasóse su mano descarnada por su frente, como para ahuyentar la idea que le perseguia á todas horas; durante su sueño, en su vigilia, al pié de la cruz, en sus oraciones, siempre se mezclaba el recuerdo y el nombre de su amante. Luego continuó:

—¡Perdon, Dios mio! ¿Por qué no haceis que mi pensamiento no se fije jamás en aquellas horas, las más criminales de mi vida, y las que recuerdo sin cesar y con placer? ¡Cuán miserable y frágil soy! Veinte y dos años de penitencia, de ayuno y cilicio, no han bastado para reducir á cenizas mi amorosa hoguera.—Siempre el bullicio de las bodas de aquel bizarro guerrero me está zumbando en los oidos. ¿Por qué lo conocí, Dios mio? ¿No sabíais

que me habia de ser imposible, en viéndole, resistir á su amor? ¿No sabíais que habia de ser infiel á mi esposo? Harto tiempo luché, pero fué en vano. Mi yerto corazon aun palpita por aquella sombra querida; jamás olvidaré aquellos dulces momentos de abandono y de delicias. ¡Ay! los recuerdos, Dios mio, los recuerdos me asesinan.—Yo no sabia lo que era amar hasta que no conocí á aquel gallardo mancebo; yo nunca habia amado á Samuel, á quien conocí en el momento mismo de ser su esposa. ¡Era tan imperioso y tan adusto! Mis padres lo quisieron, y yo me sacrifiqué á su voluntad.—¿Tan grande ha sido mi culpa que no haya podido borrarla lo infinito de mi dolor, la inmensidad de mi expiacion?—¿Pero qué digo? Sí, sí, Dios justo, castigadme, porque mi lábio impuro profiere las palabras de amor cuando ya me encuentro cerca de la tumba, porque mi corazon empedernido no ahuyenta hoy tales recuerdos. En este dia es una blasfemia, sí, yo misma lo conozco. ¡Dios mio! Tened misericordia de esta pobre mujer.—Hoy no debo pensar más que en mi desventurado hijo, víctima de su imprudencia y del rigor de los cristianos. ¡Querido Joaquin! Este dia de derecho te pertenece, debo consagrártelo; y aquel que en otro tiempo fué mi... ¡Otra vez pienso en él! ¡Vírgen María! Os ruego que por piedad me arranqueis la memoria. ¡Es un martirio tan cruel abrigar recuerdos!

Y aquel sér desolado por grandes pasiones é infortunios que le habian hecho envejecer prematuramente, regaba con su llanto y golpeaba con su cabeza el frio pedestal de la cruz.—Entre tanto un caballero se habia dirigido á la Torre de las Cadenas, en cuya puerta repetidas veces

habia llamado con todas sus fuerzas, pero inútilmente. El recien llegado, asaz mohino por aquel obstinado silencio, miró en rededor de sí, y entonces reparó con gran sorpresa en la cruz y en la penitente, que, por su parte, nada habia visto ni oido, estasiada como estaba en sus pensamientos y oraciones. Grande parecia ser el disgusto que al caballero causó el que no le respondiesen en la Torre de las Cadenas. Y dirigiéndose hácia la anciana, le preguntó en voz bastante alta:

—Buena mujer, ¿querreis decirme si conoceis á los habitantes de esta torre?

La penitente salió de su devota abstraccion como si despertase de un penoso sueño. No sería posible decir el efecto que aquella voz produjo en todo su sér. Trémula y pálida, como si tuviese un espectro delante de sí, preguntó con acento balbuciente:

—¿Quién sois? ¡A estas horas y en este dia! ¿Quién sois?

El caballero atribuyó naturalmente esta turbacion á la sorpresa que le habia causado su repentina presencia. La penitente por fin, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, logró dominar su emocion, pues en efecto habia reconocido al misterioso personage, que insistió:

—¿Sabreis decirme quiénes son los habitantes de la torre?

—Ahora ningunos.

—¡Qué decis! exclamó dolorosamente sorprendido el caballero.

—Digo que, como parece que han entrado unos extranjeros y que la guerra arderá en estos contornos, el ancia-

no conde Íñigo se ha ausentado con su hija Gaudiosa de esta torre.

—¿Y no sabeis si habitaba alguien más con el conde Íñigo?

—Su escudero Hermenegildo y una hermosa jóven de poco tiempo á esta parte.

—¿Y se han ausentado todos?

—Sí, señor.

—¿Y no sabeis á dónde han ido?

—Creo que se han dirigido hácia Toledo.

El caballero sintió desprenderse dos lágrimas de sus ojos.

—Está decretado, murmuró, que no he de verla antes de morir.

La penitente, que le observaba en silencio y con muestras del más vivo interés, añadió:

—Tengo entendido que esa jóven era perseguida por enemigos muy poderosos, los cuales, con motivo de la guerra, deberán aproximarse á estos lugares; y el conde Íñigo por esta razon ha tratado de ponerla en seguridad como si fuese su propia hija.

—¡Noble conde! exclamó el caballero; yo te agradezco tu resolucion; pero ¡ay! hubiera querido verla antes.

Mientras que este diálogo se verificaba, otros dos hombres se acercaban á pié hácia la misma Cruz del lloro.

—En verdad, amigo mio, que ya os estaba echando de ménos y no sabia á qué atribuir vuestra repentina ausencia, decia el más anciano de los dos interlocutores.

—Ya os he dicho la causa, y de buena nos hemos librado, respondió el más jóven.

—¡Con que tan buena pieza era Jacob! ¿No os lo decia? un converso nunca puede ser bueno.

—Ya ha pagado todas sus deudas.

Inútil parece decir que estos dos personages no eran otros que el gran sacerdote de los judíos y el médico. Samuel, exhalando un profundo suspiro, respondió:

—¡Cuánto me alegro! Solamente deseara que les sucediese otro tanto á algunas personas, cuya venganza por mi parte espero que sea tan terrible como merecen.—Hoy 21 de abril hace treinta años que juré vengarme de una manera infernal; treinta años hace, Daniel, que con una paciencia de araña estoy reuniendo todos los cabos para tejer una tela que ya está terminada.—Una entrevista más y mi venganza será completa.

—¿Tal vez por eso vais á ver á la penitente?

—Lo habeis acertado; esa es una de las personas con quienes necesito hablar algunos minutos, y al dia siguiente... soy feliz.

—¡Cómo! ¿En qué consiste vuestra felicidad?

—En la venganza, repuso el anciano con voz reconcentrada y feroz.—¡Si vos comprendiéseis el júbilo que inunda mi corazon al pensar que la obra de toda mi vida la veré muy pronto realizada. El que fué autor de mi deshonra será tambien afrentado; ya está próximo el feliz momento en que pueda verle morir de desesperacion.—La felicidad consiste en la realizacion de los deseos.

—Pues no sois poco lento para vuestras venganzas. ¡Treinta años! ¿Y si hubiérais muerto?

—Tambien me hubiera vengado.—Decís que soy lento para mis venganzas, es cierto; pero tambien estoy se-

guro de que nadie habrá imaginado una venganza del género de la mia, aunque hubiese invocado al mismo Satanás.—Os he dicho que sin yo vivir me hubiera vengado, y es la verdad, pues con hacer algunas revelaciones, ellos mismos, mis enemigos, se habrian devorado unos á otros como fieras; los conozco muy bien y hubiera muerto tranquilo, porque desde más allá de la tumba mis últimas palabras les hubieran perseguido cono puñales envenenados.

—Siendo así, ya es otra cosa.

El gran sacerdote continuó:

—Es una trama tan bien urdida, una venganza tan infernal, una combinacion tan feliz, que no puedo ocultar mi gozo, á medida que se va acercando el desenlace.—Despues de realizar mi intento, la vida me es del todo indiferente, la vida, que he consagrado á llevar á cima mi pensamiento.—Mi destino, mi mision sobre la tierra ha sido solamente llevar la trama al estado en que se encuentra. ¡Oh felicidad! Un dia más y ya puedo morir.

Y los ojos del anciano brotaban llamas, su pecho latia bajo el delirante extremecimiento de la venganza, su cabeza hervia en fantasmas de sangre y en feroz júbilo, y sus labios caducos se dilataron en una siniestra carcajada. —El genio del mal, el ángel de las venganzas no hubieran podido tomar una figura más amenazadora ni repugnante.

Quien hubiera visto en aquel momento al anciano se hubiera extremecido hasta la punta de sus cabellos. El mismo Daniel, el malvado médico que tan infamemente contribuyó á la deshonra de Florinda, le contemplaba mudo de horror y de espanto. Cuando ya estuvieron próxi-

mos á la Cruz del lloro, Samuel pareció que volvia en sí de su espantoso delirio.

—Daniel, dijo el anciano con un ademan soberanamente imperioso, os mando que jamás os acordeis de lo que os he dicho esta noche.

—Descuidad, que yo sé guardar un secreto, repuso el médico.—Pero, mirad, mirad, exclamó este de pronto: ¿no veis allí, junto á la Cruz, un hombre á caballo?

—Sí, sí, ya lo distingo.

—¿Quién será?

El anciano detuvo su marcha por algunos momentos, durante los cuales pareció reflexionar profundamente, luego murmuró, como hablando consigo mismo:—«El es sin duda; el 21 de abril prometió volver á la gruta.» Y dirigiéndose al médico, dijo:—Ahora, añadió el gran sacerdote, ahora ya podeis retiraros.

—Pero ¿os vais á volver solo luego tarde á la gruta? preguntó Daniel.

—No, repuso el gran sacerdote; yo iré esta noche á la fortaleza de Jerez, donde debereis aguardarme por si acaso, á pesar de la muerte del converso, intentase el rey alguna sorpresa.

—En efecto, para esta noche habian concertado dar el golpe; pero es probable que no habiendo vuelto Jacob, haya el rey desistido.

—Sin embargo, las tropas reales no deben estar muy distantes de estos contornos, y es de temer cualquiera tentativa por su parte; al ménos así lo sospecho.

—Yo soy capaz de desvanecer vuestras sospechas y las del rey, dijo con cierta arrogancia el médico.

—¿Y cómo? preguntó con curiosidad el sacerdote.

Daniel ya sabemos que pertenecia al número de esos hombres aventureros é intrépidos que encuentran cierta complacencia en las situaciones más peligrosas.

—Vamos, decid, volvió á preguntar Samuel. ¿Cómo pudiérais hacer que el rey no sospechase?

—Presentándome en la tienda de don Rodrigo, el cual, no teniendo ningun dato positivo en qué fundar mi felicidad, estoy seguro de que me creerá, pues segun la conversacion que sorprendí en la tienda, el rey no se hallaba muy dispuesto á admitir las sugestiones del maldito converso; y como este no volverá ya más á su presencia, añadió el médico sonriéndose, don Rodrigo en último caso no podrá ménos de restituirme su antigua confianza.—Estoy convencido de que así sucederia, si yo diese este paso.

Samuel no dejó de admirar la intrépida astucia del médico, y despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—Está bien, luego resolveremos lo que mejor convenga.

Y despidió con un signo á Daniel, que se encaminó hácia la fortaleza. A los pocos minutos el gran sacerdote se encontró detrás del conde don Julian, precisamente cuando este se despedia de la anciana con el alma traspasada de dolor por la imposibilidad de ver á su hija antes del terrible trance que se preparaba.

—¡Samuel! exclamó el conde sorprendido. Precisamente iba á buscaros á vuestra gruta ahora mismo.

—Y allí tambien habia yo dejado órden de que me aguardáseis hasta mi regreso, pues no dudaba que hoy volveríais de vuestro viage.

—¿Y á dónde vais por aquí á estas horas?

—Venia á ver á esta pobre penitente para cumplirle una promesa que le tengo hecha.

—¡Oh! exclamó la anciana con la más elocuente expresion de júbilo. ¿Será cierto? ¿Podré por fin verle antes de morir? ¡Gracias! ¡Gracias, Samuel!

El conde no pudo menos de mirar con sorpresa á la anciana, y haciendo un movimiento como para retirarse, dijo:

—Samuel, si teneis que hablar con esa pobre mujer, luego nos veremos.

—Nada de eso, señor, dijo el sacerdote con una entonacion particular que solo podia comprender la penitente, nada de eso; esta desdichada anciana debe saber que vos y ella son las únicas personas á quienes yo trato con particular afecto é ilimitada confianza.

La penitente permanecia con los ojos fijos en el suelo, trémula y extraordinariamente conmovida. Samuel la contemplaba con una sonrisa cruel.

—¿Pensabas que no iba á venir? preguntó.

—Ciertamente que no te esperaba, repuso la anciana.

—¿Y cómo no habia de venir? Sin duda has olvidado que hoy es un dia en que no he podido dejar ni un solo instante de acordarme de tí. ¡Cuán gratos recuerdos! Todo un mundo pasado se me ha presentado á la memoria. ¡Hoy estamos á 21 de abril!

—¡Es verdad! exclamó dolorosamente la anciana.

—Ya ves que tengo muy buena memoria.

—Pero en fin, dijo la penitente como queriendo poner término á sus dudas y á aquel diálogo que evidentemente

le mortificaba, pero en fin, ¿cuándo podré verle? Dímelo por piedad.

—Mañana mismo lo verás, respondió con voz solemne el gran sacerdote.

—¿Y en dónde? preguntó con indecible ansiedad la penitente.—Díme, Samuel, no me engañes por Dios, yo te amaré, yo te bendeciré; pero díme, ¿en dónde podré verlo?

—Te repito que mañana ó pasado mañana á más tardar le verás, si acudes á las ruinas de la abadía de San Mancio?

Es imposible describir la emocion, la alegría, la insensatez, la locura, el tumulto, en fin, de afectos distintos y opuestos que en aquel instante expresaba la fisonomía de la penitente. A un tiempo lloraba, reía, y por último, con una expresion de suprema gratitud, abrazó las rodillas del anciano Samuel, que la contemplaba impasible, mientras que don Julian parecia muy sorprendido de aquella turbacion tan violenta como repentina.

—Adios, dijo Samuel, yo vendré á avisarte la hora á que has de ir á las ruinas de la abadía de San Mancio, donde verás á tu hijo.

—Gracias, Samuel, el cielo te bendiga.

Y en seguida el sacerdote se alejó lentamente de la Cruz del lloro, seguido del conde, que no pudo contenerse en preguntar:

—¿Le habeis prometido á esa pobre mujer entregarle su hijo?

—Sí, respondió el gran sacerdote.

—¿Y vuestra promesa, Samuel, cuándo me la cumplireis? Acordaos de que yo tambien tengo un hijo, y de

que el dia funesto se acerca, el dia de la batalla está próximo, y que nada más deseo en este mundo sino abrazarlo antes de morir.

—¿Os he faltado alguna vez á mi palabra? preguntó con cierto ceño Samuel.

—No, respondió el conde.

—Pues bien, pasado mañana estoy seguro de que podré tambien cumpliros la palabra que hace tanto tiempo os tengo empeñada de entregaros vuestro hijo.

—¡Querido Samuel! Yo seré eternamente vuestro esclavo.—Ahora bien, me dijísteis que tambien podríais tener en vuestro poder á mi... nieto, dijo el conde con una entonacion dolorosa imposible de describir.

—Vuestro hijo y vuestro nieto os serán entregados en un mismo instante.

—¡De veras! exclamó el conde fuera de sí de gozo.

—Como he tenido el honor de decíroslo.

—¡Ah! ¡Qué felicidad! Hace ya mucho tiempo que no he recibido una impresion de alegría semejante á la que acaban de infundirme vuestras palabras.—¿Y cómo es mi hijo? ¿Le conoceis? ¿Es hermoso? ¿Es valiente?

—No le conozco; pero tiene fama de valeroso y entendido...

—¡Hijo mio! interrumpió el noble don Julian alborozado.

—Segun me ha manifestado mi amigo el médico, que es quien me ha prometido traerle á mi presencia mañana ó pasado, dijo Samuel terminando la frase interrumpida.

—¿Ese médico es vuestro amigo el de Toledo?

—Justamente, el que ha educado á vuestro hijo, y el que por último ha descubierto su residencia.

Durante algunos minutos el conde permaneció sumergido en el más profundo silencio. El lector recordará que don Julian cuando llegó al Africa se vió con el gran sacerdote en la cueva ó hipogeo que junto al castillo de Amarga-cena hemos descrito, y que servia de asilo á los judios.—Así es que Samuel sabia el objeto de la breve ausencia del conde, y este sabia, aunque no muy á fondo, que Samuel tendria medios de entregarle además al hijo de Florinda. El gran sacerdote rompió al fin aquel prolongado silencio, diciendo:

—¿Y habeis tardado todos estos dias en ir á despediros de vuestro hermano?

—Sí.

—¿Y no sabeis nada del rey?

—Está acampado á media legua de este sitio.

—¡De veras! exclamó muy sorprendido el anciano. Yo sabia que se encaminaba hácia Jerez, pero nunca creí se hallase tan próximo. ¿Y quién os lo ha dicho?

—Yo mismo acabo de pasar por medio del campamento real.

—¡Vos! ¿Y no habeis temido esponeros á la cólera del rey?

—Antes por el contrario, he penetrado en su misma tienda.

—¿Y para qué? preguntó cada vez más admirado el viejo judío.

—Para retarlo y para que, una vez que es personal la querella y el agravio, que sea tambien personal la satis-

faccion ó la venganza.—Nuestro principal objeto es destronar á don Rodrigo; pero á mí me duele envolver mi patria en una guerra, tal vez más desastrosa de lo que pensamos, solamente por vengar una afrenta grande, sí, pero cuya deshonra y amargura me pertenecen exclusivamente.—Pelayo piensa de este modo, y bien sabeis que Pelayo en materias de honra y de valor puede ser el maestro y el modelo de todos los caballeros godos.

Debemos advertir que las palabras que Pelayo pronunció en la abadía de Benevivere produjeron honda impresion en el ánimo de don Julian, y que si este llegó á irritarse contra el que llamaba cariñosamente su *hijo*, habia sido precisamente porque las razones del jóven eran incontestables; pues nada hay que más nos contraríe y mortifique que un adversario en quien, á pesar nuestro, oigamos la poderosa voz de la razon y la justicia. El conde, sin embargo, no podia olvidar estas nobles palabras que Pelayo pronunció de rodillas: «Seguidme, y á trueque de no atraer la guerra y la desolacion sobre nuestra patria, yo me comprometo á buscar al rey, desafiarlo y darle la muerte; pero que no se mancille vuestro esfuerzo derramando sangre goda y combatiendo al lado de los sarracenos.» Don Julian, pues, desde el momento mismo en que se separó de Amasvido y Pelayo, habia concebido el proyecto de buscar y retar al rey para terminar entrambos su querella.

—¿Y qué os ha contestado don Rodrigo? preguntó Samuel.

—Atravesé el campamento, y me dirigí rectamente á la tienda real, en cuyo ingreso encontré al buen Fagildo,

el ayo del monarca, á quien pregunté por su señor.—Maravillado el anciano escudero de mi presencia en aquel sitio, penetró en la tienda y participó al rey mi llegada. En seguida salió y me mandó entrar de órden de don Rodrigo, mientras que en la parte de afuera quedaron aguardándome mi escudero Gumildo y Sisebuto, el hijo menor de Witiza...

—¿Ha abrazado tambien Sisebuto nuestro partido? preguntó el anciano Samuel.

—Por último se ha resuelto á seguirme.

—¿Y cómo es que no os acompaña?

—Pensando dirigirme á la gruta en que os albergais, y comprendiendo yo con cuánta razon procurais ocultar vuestro asilo á todas las miradas, les mandé que me dejasen solo cerca de la Torre de las Cadenas, desde cuyo punto ellos se encaminaron al campamento de los moros; pero dejando esto aparte, oid lo que me sucedió con don Rodrigo.

—Ya os escucho, decid.

—Entré en la tienda, y le manifesté que no era razon que la España toda ardiera por una querella en que solamente dos personas se hallaban interesadas...

—¿Y el rey qué hizo?

—Su primer movimiento fué aceptar el reto que yo le propuse; pero hallándose presentes Gudila y el buen arzobispo Urbano, estos le representaron que ya la guerra de ningun modo podia evitarse, y que en vísperas de una gran batalla no debia exponer su persona al azar de un duelo, pues que los moros en ninguna manera dejarian de acometer á su ejército, el cual, privado de su rey y cau-

dillo, fácilmente pudiera ser derrotado y por consiguiente sojuzgada la España.—Tales razones produjeron un gran efecto en el rey, que me ha parecido muy cambiado, porque á pesar de mis denuestos y de su carácter impetuoso é irascible, se mostró muy tolerante limitándose á mandarme salir de su presencia, y manifestándome que debia estar tranquilo con respecto á mi seguridad personal, si bien mi desacato y lenguage merecian un ejemplar castigo.—Confieso que sus palabras lo mismo que su actitud modesta é indulgente me desarmaron algun tanto; pero inmediatamente salí de allí, habiendo concebido otro proyecto, para el cual necesito de vuestra ayuda, que espero no me negareis.

Esta inesperada salida del conde pareció sorprender sobremanera al gran sacerdote, que, sin embargo, preguntó:

—¿Y cuál es vuestro intento y para qué necesitais mi ayuda?

—Preciso es convenir en que las razones del arzobispo serian muy poderosas, si una vez muerto el rey, no estuviese en mi mano el hacer que los moros se volviesen á Africa.

—¡Vos podeis hacer eso! exclamó Samuel con mucho terror.

—Sin duda alguna, repuso el conde sin notar la turbacion del anciano.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente.—Segun el contrato que, á nombre de los descontentos, he celebrado con los moros, estos se comprometen á prestarme ayuda con soldados y basti-

mentos para destronar á don Rodrigo, verificado lo cual, deberán volverse á sus tierras, si bien los conjurados, es decir, los más ilustres de los godos, é igualmente el nuevo sucesor, entregarán por via de recompensa ó galardon á los generales Muza y Tariff la provincia Tingitana, que actualmente poseen los godos en la costa de Africa.

Samuel se sonrió de la necia credulidad del conde, pues como ya sabe el lector, el gran sacerdote, en nombre de todo el pueblo judío, habia celebrado con Muza y Tariff otro contrato muy diverso en el cual se proyectaba la conquista de España, cediéndoles á los hebreos un pueblo de cada cincuenta á trueque de que estos secundasen la empresa. Empero Samuel se guardó muy bien de hacer al conde la más mínima objecion que pudiese hacerle vislumbrar siquiera este terrible misterio, causa principal que despertó la mala fé de los moros, y por consiguiente orígen directo de la total perdicion de España. Así es que el gran sacerdote solo se limitó á decir:

—Hasta ahora no veo en qué podeis necesitar mi ayuda.

—Atendiendo á las bases del contrato celebrado que yo no estaba en el caso de manifestar en presencia del rey, quisiera yo provocarle á singular desafío antes que la guerra se encendiese, pues así pudiera evitarse este azote que efectivamente me duele atraer sobre la España.—Y para hacer que el rey no pudiese esquivar mi reto, desearia que me ayudáseis, porque tambien debo advertiros que, aun cuando todo el universo se redujera á cenizas, mi venganza me pareceria siempre inútil y pequeña, si yo no siento crujir mi espada al hundirla en el pecho del que

tan villanamente me ha ofendido.—Me parece que yo mismo tendria músculos, sensibilidad, tacto y vida hasta la punta de mi acero inanimado.

Y así diciendo, los ojos del conde chispeaban en la oscuridad como los de un tigre.

—¿Y cómo quereis que yo os ayude en semejante proyecto? preguntó el anciano.

—Me habeis dicho, si no me engaño, cuando vine de Africa que un amigo vuestro, el mismo á cuyo cargo estaba la crianza del hijo de Florinda, tenia gran intimidad y privanza con el rey. ¿No es así?

—Efectivamente, es cierto todo cuanto decís, respondió el sacerdote sin saber á dónde iria á parar su interlocutor.

—Pues bien, continuó don Julian, yo desearia que con cualquier pretexto, una conspiracion, una confidencia de un espía, una noticia ó cosa por el estilo, procurase ese vuestro amigo atraer al rey solo á un sitio, aunque fuese poco distante del campamento, en cuyo caso yo me presentaria, y no teniendo á su lado quien le aconseje y modere su natural impetuoso, estoy seguro de que insultado por mí, aceptaria el singular combate que le he propuesto, con lo cual yo moriria tranquilo, si llegaba el caso, ó viviria con la satisfaccion de haber hecho todo lo posible humanamente para evitar á mi patria la afrenta y el peligro que la amenazan.—Tal es mi deseo grande, vivo, enérgico, y, Samuel, os ruego que lo secundeis.

El gran sacerdote permanecia ya hacia algun tiempo silencioso y meditabundo. De repente en sus labios vagó el preludio de una sonrisa, y sus ojos despidieron un re-

lámpago, como si un pensamiento ó un recuerdo hubiese herido vivamente su imaginacion.—En efecto, Samuel acababa de concebir un proyecto infernal, pero cuya apariencia debia ser la de secundar los vehementes deseos que el conde habia manifestado de atraer al rey á un sitio solitario para satisfacer su venganza.—El gran sacerdote habia recordado lo que pocos momentos antes le habia dicho Daniel acerca de que era capaz y se hallaba dispuesto á ir al campamento y desimpresionar al rey de todas las sospechas que hubiese podido infundirle el malaventurado Jacob.—Esta circunstancia vino poderosamente en auxilio del plan diabólico que acababa de ocurrírsele al astuto anciano.

—¿Con que vuestro amigo podrá hacer al fin lo que os he suplicado? insistió don Julian.

—Es tal la dependencia en que mi amigo, como vos decís, está respecto á mí, que no dudo hará lo posible por complacernos.—Os he manifestado que no es mi amigo; es, sí, un hombre tan malvado como astuto, del cual me he valido en algunas ocasiones...

—Y del cual nos valdremos, aun cuando sea el mismo diablo en persona, interrumpió el conde.

—Felizmente él me ha indicado que abriga deseos de tener una conferencia con el rey, circunstancia que favorece vuestros intentos.

—¡Cuánto me alegro! exclamó gozoso don Julian.—¿Y cuándo podré saber el éxito de su comision?

—Esta misma noche le daré el encargo, mañana verá al rey, y pasado mañana al amanecer podrá darnos cuenta de lo que ha conseguido.

—Entonces quiere decir, que cuando me entregueis mi hijo y mi nieto, podreis á la vez participarme si ha logrado nuestro deseo.

—Justamente, repuso muy satisfecho Samuel, que apenas podia ocultar su alegria.

—¿Quereis que os acompañe hasta vuestra gruta?

—Gracias, no voy allá esta noche.

—¿Pues á dónde vais á quedaros?

—Voy á la fortaleza de Jerez, donde está el que ha de ayudaros en vuestra venganza.

—Entonces llevamos un mismo camino.

—Pero vos os quedareis en el campamento de los moros, yo sigo más adelante.

—Sin duda, me está aguardando el buen Requila.

Y los dos amigos continuaron su marcha hasta que ya cerca del campo moro se separaron.

—Samuel, dijo el conde, bien sabeis que siempre he tenido en vos todas mis esperanzas; yo os suplico que en esta ocasion no falteis á vuestra palabra.

—Ya os lo he dicho; pasado mañana vereis á vuestro hijo, os entregaré vuestro nieto, y tal vez lograreis vuestro deseo de vengaros del rey.

—¡Oh! me parece mentira tanta dicha.—¿Y en dónde nos veremos?

—En las ruinas de la abadía de San Mancio, junto al torrente de Amarga-cena.

—¡Cómo! ¡Allí habeis citado tambien á la penitente!

—Sí; pasado mañana es dia de hacer buenas obras y de arreglar todas nuestras cuentas, antes de la batalla.

Esta reflexion pareció conmover muy profundamente á don Julian.

—¡Mi pobre Florinda! exclamó el desdichado padre sin ser dueño de contener dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos.

—¿Y á qué hora estareis allí? volvió á preguntar el conde.

—Al amanecer, respondió el judío.

—Que no falteis, Samuel.

—Tengo mucho interés en serviros, Julian, contestó el anciano con una inflexion de voz que habria aterrado al conde, si hubiese podido comprenderla.

CAPITULO XLIV.

El sueño.

Mientras que don Julian se encaminaba á la tienda de Gudila, que estaba á las órdenes de los generales africanos, el gran sacerdote de los judíos se dirigió á la fortaleza de Jerez, donde ya le estaba aguardando el médico. Apenas fué reconocido por el alcaide, Samuel penetró sin dificultad en el castillo, é inmediatamente se le presentó un personage con muestras de la mayor sumision y respeto. El gran sacerdote tenia el aspecto de un hombre gravemente preocupado por pensamientos de la más transcedental importancia.—De pronto el anciano se dió una palmada en la frente, como si se le hubiese ocurrido súbitamente una idea luminosa ó una solucion feliz para el proyecto que parecia estar madurando. Y aproximándose á la mesa que habia en el aposento, tomó un pedazo de pergamino y se puso á escribir una carta. Durante algunos instantes reinó en la estancia el más profnndo silencio. El mis-

terioso personage contemplaba á su señor de pié é inmóvil como una estátua. Cuando el gran sacerdote hubo terminado y leido su epístola, una sombra indescriptible dilató sus labios. Luego murmuró: «Ahora veremos si está en tus manos alejar cuando quieras á los moros.» Y en seguida, dirigiéndose al personage que hemos dicho estaba presente, preguntó:

—¿Y Daniel?

—Ya hace mucho tiempo que vino.

—¿En dónde está?

—En su aposento. ¿Quereis que vaya á llamarlo?

—Aguarda, luego le llamarás, dijo Samuel despues de un momento.—Ahora, Efraim, voy á darte un encargo muy importante.

Excusado parece decir que el servidor del gran sacerdote no era otro que el esclavo Efraim, el cual, para darle aviso á Samuel del registro é incendio verificado en el palacio de Harpalús, habia abandonado al rey, si bien con gran riesgo.—El esclavo, pues, desde que le vimos llegar á la gruta con la funesta noticia, permaneció al servicio del gran sacerdote.

—Podeis disponer de mí, señor, respondió el esclavo.

—Vas á ir al campamento de los moros y buscarás la tienda del general Muza, á quien le entregarás de mi parte esta carta.

—Está muy bien, señor.—¿Cuándo he de ir?

—Ahora mismo. Es necesario que esto se verifique con tanta rapidez como sigilo.

—Estoy dispuesto á obedeceros, señor, respondió Efraim tomando la carta que le alargaba Samuel.

—Haz de modo que no te vean los caballeros cristianos aliados de los moros, y especialmente recátate de don Julian y de Requila.

Efraim hizo un signo de asentimiento, y ya se disponia á salir de la estancia, cuando su señor le dijo:

—Ahora procuras salir de la fortaleza con cualquier pretexto, y cuidado que nadie, absolutamente nadie debe tener noticia de este mensage.—Antes avísale á Daniel para que inmediatamente venga aquí.

—Podeis estar seguro de que todo se hará como deseais.

El esclavo salió, y efectivamente, á los pocos momentos un nuevo personage se presentó en la estancia del gran sacerdote.—Era Daniel.

—Os he mandado llamar, dijo el gran sacerdote, porque quiero que aprovecheis una buena ocasion para ejecutar el proyecto de que me hablásteis esta noche, cerca de la Cruz del lloro.

—Desde la gruta hasta el punto en que nos separamos, hemos hablado de tantas cosas, que no recuerdo á qué proyecto os referís.

—Me refiero á lo que dijísteis de que os atrevíais á presentaros al rey, seguro de desvanecer las sospechas que hubiese podido infundirle Jacob.—¿Insistís en vuestra idea?

—Repito que soy capaz de hacer lo que he dicho, respondió algo confuso Daniel.

—¿Vos conoceis á don Julian? preguntó el anciano de pronto como siguiendo el hilo de sus pensammientos.

—No por cierto.

—Pero habiendo vivido en la corte...

—Jamás le he visto, porque cuando el rey se dignó llamarme para recurrrir á mi ciencia, ya estaba ausente el conde don Julian en su gobierno de la Tingitania.

—En efecto, el conde estaba en Africa cuando preparásteis el brebage para su hija...

—¿Quién os ha dicho?... interrumpió el médico palideciendo horriblemente.

—Vos mismo.—A fé que teneis mala memoria, dijo el anciano con la mayor sencillez.

—No recuerdo que yo haya hablado jamás de tal cosa.

—¡Bah! No dudeis que lo habeis dicho.

—¿Cuándo?

—El mismo dia que me entregásteis al niño Chindasvinto, me dijísteis tambien lo que acabo de recordaros, con objeto de probarme qne era inmenso vuestro ascendiente sobre el ánimo del monarca, lo cual yo creí desde luego, cuando me hicísteis tales revelaciones.

Daniel conoció entonces que su ambicion por ser nombrado caudillo de los soldados hebreos le habia hecho cometer una imprudencia imperdonable.

—¿Y qué buena ocasion es esa que me habeis dicho para que pueda ver al rey? preguntó el médico.

El gran sacerdote pareció reflexionar algun tiempo su respuesta, que no tuvo mucho de verídica.

—Despues que nos separamos, dijo al fin, encontré á varias personas, y entre ellas á una que me ha manifestado deseaba hablar con el rey en un sitio solitario para hacerle, segun imagino, revelaciones muy importantes.—Se trata, pues, de que vos hagais este imposible.

El buen Daniel estaba realmente aturdido, sin poder adivinar cuál fuese la verdadera intencion del anciano por entre tantos rodeos.

—Efectivamente, respondió el médico, teneis razon en calificar de imposible semejante proyecto.

—Pero supongo que no lo habreis entendido al pié de la letra, replicó Samuel con maliciosa sonrisa.

—Pues explicaos, si gustais, para saber de qué modo debo entenderlo, contestó Daniel cada vez más confundido.

—Hablemos francamente, yo sé que vos sois muy aficionado al dinero...

—¿Qué quereis decir? interrumpió Daniel, que al oir hablar de oro quiso ponerse sério; pero no le era posible disimular su alegría.

—Quiero decir que se os presenta una ocasion excelente para ganar algunas libras de oro.

El médico no pudo contenerse en preguntar vivamente:

—¿Y cómo?—Decid.

—Muy fácilmente.—Vos debereis aparentar que aceptais este encargo, quedando en completa libertad para hacer lo que más os plazca; es decir, que si quereis ver al rey lo veis, y si no le fingís cualquiera fábula á la persona de que os he hablado.

—En ese caso, dijo Daniel radiante, solo se trata de ganar, como vos decís, algunas libras de oro.

—Justamente.

El médico, que por obedecer aquella noche las órdenes del gran sacerdote habia sido muy contrariado en sus deseos, encontró en este incidente la ocasion de realizarlos. Así es que no titubeó en decir:

—Inmediatamente acepto.

—¿Y vais al campamento de don Rodrigo?

—Con eso la veré, pensó el médico; y en seguida añadió en voz alta:—Ahora mismo, si vos no sois de contraria opinion.

—Me parece muy bien; pero ¿cuándo y en dónde nos veremos?

—Vos lo habeis de decir.

Samuel, como un hombre que medita en la distribucion de su tiempo, respondió:

—Mañana no estaré aquí, tengo mucho que hacer... en fin, pasado mañana al amanecer os aguardaré con el caballero por cuenta de quien vais á trabajar.

—¿Y en dónde me aguardareis?

—En las ruinas de la abadía de San Mancio.

—¿Y quién es ese caballero?

—Probablemente no le conoceis.

—¿Cómo se llama.

Esta pregunta no gustó mucho á Samuel.

—No recuerdo bien su nombre, dijo; me parece que es Childebrando.

—En efecto, repuso Daniel, no le conozco ni aun de nombre.

—Se me olvidaba deciros que el consejo de los ancianos ha resuelto que os entregueis pasado mañana del mando de nuestras tropas.

—¡Oh, venerable Samuel! ¡Cuánto os debo!—Por fin nuestro pueblo llegará á sacudir el yugo.

—Nuestros sueños se realizarán al fin, querido Daniel; pero no falteis á la cita, porque precisamente es el mis-

mo dia señalado para empezar á hostilizar á moros y cristianos, es decir, que pasado mañana debemos quitarnos la máscara.

Y Samuel pronunció estas palabras con una inflexion de voz imposible de describir.

—Descuidad, que no faltaré, respondió el médico; nuestro lema será la independencia.

—Eso es. ¡Cuánta esperanza me infunde vuestro entusiasmo!—¿Conque hasta el amanecer de pasado mañana?

—Estaré sin falta en las ruinas de la abadía de San Mancio.

Y en seguida el médico salió de la fortaleza; pero en vez de dirigirse al campamento de los godos, se alejó en direccion opuesta. Daniel hubiera obedecido fielmente al gran sacerdote, si este no le hubiese dejado en completa libertad para ver ó no ver á don Rodrigo, por cuya razon se encaminó á otro punto donde con preferencia le importaba acudir, confiado en su fecunda imaginacion para engañar al supuesto Childebrando con cualquiera pretexto. El gran sacerdote, muy satisfecho porque todo le sucedia á medida de sus deseos, resolvió no acostarse hasta tanto que no regresase el esclavo Efraim. A los pocos momentos llamaron fuertemente á la puerta de la fortaleza, y en seguida se presentó el alcaide en la estancia del anciano Samuel.

—¿Qué sucede? preguntó este.

—Señor, repuso el alcaide, un hombre acaba de llamar y me ha preguntado por vos.

—¿Y no ha dicho su nombre?

—No señor; pero me ha encargado que os diga estas palabras...

El alcaide hizo un movimiento como para recordar.

—¿Qué palabras? Decid.

—¡Eso es! exclamó el alcaide; hé aquí la contraseña: »*el lobo con piel de cordero.*»

—Inmediatamente, abridle la puerta, dijo el anciano.

El alcaide salió, y un hermoso mancebo se presentó á los pocos minutos en el aposento de Samuel.

—¡Ebba! exclamó el gran sacerdote: creí que sería vuestro hermano.—¿Y qué tenemos?

El recien llegado era en efecto el hermano segundo de don Oppas.

—¿Y por fin, qué se ha conseguido? volvió á preguntar el gran sacerdote.

—Traigo muy buenas noticias.

Y el jóven refirió á Samuel todo lo que ya sabe el lector relativo á la primera entrevista de los dos hermanos con don Rodrigo, cuando estaba acampado en las inmediaciones de Osuna.

—¡Conque tan bien os ha recibido el rey! exclamó el anciano fuera de sí de gozo. ¿Y no ha sospechado nada?

—Absolutamente nada; todos se han alistado como aventureros godos, y otra gran parte como vasallos nuestros, y á nadie se le ha ocurrido que abrigan la serpiente en su seno.

—¡Oh! ¡Qué placer!—Pero vuestro hermano habrá procurado que todos los israelitas estén á sus órdenes para cuando llegue la ocasion de acometer al enemigo por la espalda.

—Es claro; todos están en el cuerpo que manda mi hermano, dada la contraseña y avisados los gefes.—Ahora bien, el objeto de mi venida, á más de daros este aviso para que así se lo comuniqueis á Alcama ó á Muza, es tambien para preveniros que la batalla se dará dentro de tres ó cuatro dias, y que por lo tanto aprovecheis este tiempo á fin de que á la desbandada y disimuladamente acudan al momento todas las tropas israelitas que están ocultas en estas inmediaciones y en el subterráneo donde últimamente os habeis refugiado.

—Pues decidle á don Oppas que entre mañana y pasado se presentarán todos los nuestros en el campamento de don Rodrigo.

—¿Y son muchos?

—Todavía pueden reunirse más de tres mil.

—Perfectamente.—Es inútil advertiros prevengais á los gefes que ante todas cosas se presenten á mi hermano, con quien deberán ponerse de acuerdo.

—Ya saben ellos que solo á don Oppas deben reconocer por su general.

—¡Ah! Se me olvidaba una cosa muy importante, dijo el jóven, que ya se disponia á marchar.

—¿El qué? preguntó el anciano.

—Que parece que si don Rodrigo no es el primero en acometer, los moros permanecerán á la espectativa hasta tanto que vos no hagais la señal.

—Es muy cierto.—A fin de que tengamos lugar de hacer nuestras combinaciones y prepararlo todo, hemos convenido en hacer una señal que indique el momento oportuno de la refriega.

—Y está muy bien pensado así.

—Solamente en el caso de que don Rodrigo encienda la batalla primero, es cuando deberá faltarse á este pacto.

—Pues á mi hermano tambien le convendrá saber el momento decisivo, por cuya razon me ha encargado os pregunte cuál es la señal.

—Decidle que cuando vea brillar una inmensa hoguera en el monte que se eleva solitario en el valle de Amarga-cena, es señal de que el trono de don Rodrigo está reducido á cenizas.—Desde el sitio en que están los los reales de don Rodrigo se divisa perfectamente la cresta del monte.

—¿Y no sabeis á punto fijo cuándo dareis la señal?

—Es muy probable que sea al amanecer de pasado mañana.

—Está muy bien; solo tengo que recordaros que no dejen mañana de acudir vuestros soldados.

—Descuidad, que no faltarán.

Y sin más, el mancebo se despidió del gran sacerdote, que estaba verdaderamente embriagado y hasta rejuvenecido de júbilo. Durante un largo espacio de tiempo, Samuel continuó paseando por la estancia á pasos agigantados. Luego se detuvo de pronto y murmuró:—«Sin embargo, esta es la noche prefijada por don Rodrigo... Bueno es estar alerta por lo que pueda suceder.» Y en seguida tomó una linterna y salió de la estancia para recorrer por sí mismo todos los puntos y centinelas de la fortaleza. Despues de haber recomendado la más exquisita vigilancia á los soldados, y de dar sus órdenes al alcaide, regresó á su aposento para entregarse al sueño,

considerando que Efraim acaso no volvería á la fortaleza hasta la mañana siguiente. Aquella noche se durmió murmurando:—«Aunque yo no despertara, los judíos ya serán libres... Daniel será engañado... don Rodrigo vencido... la penitente asesinada de dolor... Preciso es confesar que la trama está bien urdida.» Y una sonrisa de condenado brilló sobre aquel rostro de esqueleto.

Respecto á don Rodrigo debemos decir que efectivamente se habia dirigido con su ejército hácia las cercanías de Jerez, y aunque confuso y sorprendido por la desaparicion del converso, no dejó de pensar en apoderarse de la fortaleza en que suponia hallarse aun su hijo y Daniel. Pero habiendo establecido sus reales en una llanura por la parte que pasa el rio Guadalete, y habiendo tomado lenguas donde se hallaban acampados los moros, comprendió que la fortaleza de Jerez quedaba á espaldas del ejército africano, por cuya razon desistió de su intento, reconocida la imposibilidad de romper ó atravesar sin gran riesgo la línea del enemigo. El rey, á consecuencia de la inmensa catástrofe que presentia, y por efecto de la saludable influencia del arzobispo Urbano, habia modificado en gran manera su carácter arrebatado y violento.—Contínuamente se lamentaba de sus pasados errores, sus palabras estaban llenas de dulzura y melancolía, y, como dice el historiador Mariana, «*era acosado dia y noche por tristes ensueños y lastimosas representaciones.*» La noche avanzaba, y el más completo silencio reinaba en el campo cristiano. Don Rodrigo se habia recogido en su tienda para disfrutar algun descanso despues de las fatigas del dia. Todos los servidores del rey yacian sumergidos en

profundo sueño; uno solamente velaba en la antecámara real. Aquel fiel servidor jamás se habia mezclado en las intrigas de la corte, siempre habia vivido oscuro y retirado en el alcázar de don Rodrigo, y siempre habia llorado en silencio las violencias y extravíos de su amado señor, el cual por su parte procuraba ocultárselos en lo posible al buen anciano. Pero cuando algun peligro amenazaba la vida del rey, ó alguna afliccion ó enfermedad, él era el primero que velaba constantemente en la antecámara de su señor, y procuraba prestarle alivio, consuelo y seguridad, ya con su vigilancia, con sus sábios consejos ó paternales cuidados.—El leal Fagildo, el ayo del rey que mereció la confianza de su padre Theodofredo, amaba á su señor como si fuese su propio hijo.—Una luz moribunda iluminaba tristemente el interior de aquella estancia, á cuyo pálido resplandor se veía al anciano aplicar el oido de vez en cuando á la puerta de la alcoba inmediata en que dormia el rey. De pronto resonó un grito sordo, ahogado, lúgubre, que nada tenia de humano. El buen Fagildo, todo turbado, tomó la luz y se encaminó rápidamente hácia la puerta del dormitorio de don Rodrigo. En aquel mismo instante apareció este en la antecámara desmelenado y pálido como un espectro. A tan inesperada aparicion llegó á su colmo la angustia y aturdimiento del buen anciano, que dejó caer la luz.

—¡Santa Vírgen María! exclamó Fagildo. ¡Señor! ¿Qué es eso?

—¡Traicion! ¡Traicion! Los espíritus del averno, los espectros de las tumbas, el tenebroso imperio de los muertos, sacudiendo su sueño de piedra, brama contra

mí... ¡Asesino! ¡Asesino! ¿Quién ha gritado así? ¿Quién eres tú?

Y así diciendo con delirante acento, el infeliz monarca asió con mano convulsa al aturdido anciano.

—¡Señor! exclamó este con indecible ansiedad. ¡Señor! ¿Sois vos quien ha gritado de una manera tan horrible?—Vais á despertar á todos los que están durmiendo.

—Sí, sí, hasta los que duermen el sueño de la muerte se despiertan en contra mia. ¡Qué noche!... ¡Qué vértigo tan espantoso! ¡Cuánta negra vision ha turbado mis ojos! Me he sentido ahogar en mares de sangre, me he sentido aplastado por una inmensa montaña de osamentas humanas que crujían sobre mí... ¡Ay! ¿Durará esta noche una eternidad? Tú no te has separado de aquí, ¿no es verdad, Fagildo?

—No, señor, yo he estado velando mientras vos habeis estado durmiendo.—No me he apartado ni un instante de la antecámara.

—¿Y no has oido cerca de tí un inmenso tumulto, ayes lastimeros, gritos de victoria, cantos fúnebres, himnos marciales, galope de caballos, carcajadas de condenados?

—¡Señor! ¡Señor! exclamaba el buen anciano creyendo que el rey habia perdido el juicio. ¿Qué decís? Estais verdaderamente enfermo. ¿Quereis que vaya por una luz?

—Sí, sí, buen Fagildo, respondió el rey con agradecimiento; una luz me hará mucho bien, la luz es enemiga de los sueños y de las visiones.—Trae una luz al instante.

El anciano salió, y entre tanto el rey permaneció en la oscuridad inmóvil y aterrado con los mil fantasmas que veía revolar ante sus ojos. Fagildo inmediatamente

volvió con una luz, á cuyo aspecto sintió el monarca lo que sentiria un enterrado vivo que viese de pronto levantada la losa de su sepulcro.

—Señor, tranquilizaos, dijo el anciano.

—No, Fagildo, ya no tiemblo, repuso el rey paseando una mirada en torno de sí y mirando casi con delicia la habitacion iluminada.—Esto no ha sido más que una vana vision... Los muertos no resucitan. Mírame, ya no tiemblo, ya no estoy pálido. ¿No es verdad?

—Señor, estais pálido como la muerte y vuestra voz es trémula y ahogada.—Os digo que estais verdaderamente enfermo.

—Sí, sí, tengo una fiebre que me devora y turba mi razon... Eso ha sido un delirio y nada más. ¡Estúpido cerebro humano! ¿No es verdad que nuestra cabeza inventa cosas extremadamente ridículas? Toda la batahola de visiones que me han acosado tanto no es más que una mentira, un delirio de mi imaginacion enferma. ¡Pues está bueno! ¿Y he de temblar yo por eso?

Y así diciendo el monarca procuró reirse; pero aquella risa espiró en una mueca horrible. Luego se levantó con aire abatido y extraviado, como un hombre que se despierta y procura reconocer el lugar en que se halla.

—¿En dónde estoy? ¿Eres tú, Fagildo? ¿Qué he dicho?... ¡Ay! No hagas caso, todo cuanto haya dicho es mentira.

—Señor, yo voy á pedir socorro, á llamar á vuestros servidores...

—No, no, interrumpió vivamente el rey; permanece aquí conmigo, ya estoy mejor.

—Pero al menos procurad dormir.

—No tengo sueño.

—El reposo os convendria mucho despues de tanta agitacion.

—Nada de eso, Fagildo: me horroriza solo la idea de volver á dormirme.—Ahora quiero que te sientes aquí, á mi lado.

Ambos se sentaron, si bien Fagildo no apartaba un instante sus ojos del rey.

—¿Pero no me direis qué ha sido eso, señor? preguntó el anciano despues de algunos momentos.

—Te lo voy á contar, Fagildo, respondió el rey suspirando.—Has de saber que he tenido un sueño, pero con tan vivos colores, que jamás he recibido despierto impresiones tan profundas como esta noche soñando.—Era un hermoso dia de primavera; el sol brillaba en la mitad de su curso como un torrente de explendor suspendido en el zénit; era el cielo más azul, más verdes los montes, más pintadas las flores, más suaves sus perfumes; era una region encantada, una vida más gozosa, más aérea, menos terrenal que la vida de los mortales.—Yo me hallaba en un valle ameno y dilatado, por el que veía cruzar multitud de gentes de todos los pueblos y naciones; un inmenso ruido, una animacion y un movimiento indecibles llenaban aquel ámbito delicioso; aquel era el magnífico pórtico de la vida, aquel ruido era la voz de toda la creacion. Acá resonaban cánticos y danzas, allá himnos marciales y estruendo de batallas, aquí veíanse expléndidas cabalgatas, allí mujeres de una belleza angelical brindando amores y placeres, en cuyas delicias me hallaba sumer-

gido... De repente, en la mitad de aquel explendoroso dia, resonó un trueno bramador, se oscureció el cielo y me ví arrojado en un océano de sangre, sobre el cual bogaba seguido de un ejército de esqueletos que á cada oleada se aumentaban como si todos los hombres que habian habitado la tierra abandonasen sus tumbas y corriesen á alistarse bajo mi bandera, que ondeaba á merced del huracan en mi bajel. Era esta bandera negra, en cuyo centro se destacaba una figura blanca, pero horrible y con una guadaña en la mano... Mi estandarte era un paño mortuorio, y mi barca, construida de huesos humanos, tenia la figura de un atahud.

—¡Qué horror! exclamó Fagildo.

—Poco á poco aquellos esqueletos fueron desapareciendo, la oscuridad iba aumentando, y ya no descubrí más que un inmenso lago de sangre negra y humeante, y dos mugeres, ó por mejor decir, dos sombras blancas que tenian la figura de mujer. Una de ellas ostentaba en el sitio que ocupaba el corazon una mancha de sangre, y la otra acariciaba en sus brazos un niño. Ambas me perseguian con encarnizamiento, eran las únicas que de tantos millones de sombras no me habian abandonado. Yo procuraba huir del oriente al occidente, del septentrion al mediodia, hasta que me pareció que habia recorrido toda la tierra bogando siempre en aquel mar de sangre, en aquella barca mortuoria, pero siempre perseguido por aquellas dos sombras que me helaban de espanto.

—¡Dios mio! Tened misericordia de él.

—Por último, llegué á una playa árida y desierta en que reinaba la oscuridad del caos y el silencio de la nada.

Aquella oscuridad y aquel silencio eran solamente interrumpidos por el brillo siniestro que lanzaban los ojos de las sombras, fijos en mí con espantosa tenacidad, y por una voz que se dilataba por aquella llanura sin límites, una voz que parecia resonar en el abismo á una inmensa distancia, pero que yo escuchaba en mi propio corazon, y cuyo timbre lúgubre como el último suspiro y resonante como el mugido de una catarata, asordaba mis oidos y helaba hasta la médula de mis huesos... La voz repetia sin cesar: ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

—¡Dios nos ayude! ¡El Señor sea con nosotros! exclamó el buen escudero juntando sus manos con terror.

El rey despues de algunos momentos continuó con voz doliente:

—Luego observé con horror que por todas partes iba dejando un rastro sangriento, mis cabellos destilaban sangre, mis manos estaban teñidas en sangre... En medio de aquella estéril llanura ví dos sendas, una cuya entrada estaba erizada de rocas y precipicios, estrecha y tortuosa, pero que á lo lejos se ensanchaba; otra de ámplia entrada pero de estrecha salida y cortada por muchas sendas transversales. Multitud de sombras cruzaban estas sendas, estrellándose rudamente contra el que caminaba por la senda principal. Al principio de cada uno de estos dos caminos diversos veíanse dos puertas fronteras y coronadas por dos figuras que parecian contemplarse con gesto amenazador. Eran un hombre y una mujer.—El hombre era un gigante de fabulosa estatura; tenia en sus hercúleas manos una cadena de prodigioso tamaño, una cadena capaz de arrastrar el mundo; de tiempo en tiempo hacia un

esfuerzo titánico, la cadena crujía, y multitud de hombres y mugeres asida á los eslabones se precipitaba, á pesar suyo, en el recinto, cuya entrada guardaba el terrible gigante. Cada sacudimiento de la formidable cadena me parecia que resonaba en el corazon de todos los mortales.—La muger era una vírgen de sobrehumana belleza, pero en cuyos hermosos ojos brillaba una energía divina. Sus miradas estaban casi siempre fijas en el cielo; en una mano tenia un globo y en la otra una palanca, y cuando la vírgen hacia un movimiento, el universo se conmovia y el gigante lanzaba un suspiro de furor.—Algunos, muy pocos, de los que venian asidos á la cadena, al contemplar la hermosa vírgen, hacian un esfuerzo y lograban penetrar por la puerta misteriosa que guardaba la doncella.—Sobre la puerta de la derecha se leia en caractéres de oro: «VOLUNTAD,» y sobre la de la izquierda en caractéres de bronce «DESTINO.»—Yo pensé dirigirme hácia la derecha, porque me pareció que la vírgen habia fijado en mí tristemente sus ojos; pero una fuerza invencible empujaba mis piés hácia la puerta contraria, y cuando quise retroceder ya era tarde: la puerta del destino se habia cerrado detrás de mí por la poderosa mano del gigante.—Yo entonces fatigado de tanta lucha me marché á cierra ojos por la espaciosa senda y durante algun tiempo respiré un aire puro y embalsamado, las sombras habian desaparecido, y ya creí que mis angustias habian cesado; pero ¡ay! de pronto por dos de aquellas sendas transversales, en direcciones opuestas, se estrellaron contra mí dos sombras; otra vez me ví acosado por aquellas dos mujeres implacables; yo huía de ellas con la velocidad del rayo,

pero ellas siempre iban detrás de mí á un paso de distancia.—La que parecia más jóven de las dos, desesperada de poderme alcanzar, arrojó su hijo á mis piés. El niño dió un grito espantoso que resonó en lo más íntimo de mis entrañas, y compadecido de la pobre criatura, que alargaba sus manecitas como implorando mi auxilio, le tomé en mis brazos y empezó á sonreirme... Pero aquella sonrisa inteligente, irónica, infernal, en el rostro de un niño, me hacia extremecer de terror...

—¡Qué pesadilla tan terrible! exclamó Fagildo mirando con inquietud á don Rodrigo.

—Entre tanto la voz, más fuerte que nunca, repetia: ¡Asesino! ¡Asesino!... Entonces sucedió una cosa tan extraña que creí morir de espanto... Yo, al oir la fatídica voz, me estrecho con el niño, y ¡qué horror! cuando vuelvo á mirar su rostro infantil, me encuentro abrazado con una serpiente escamosa, de una magnitud indecible, que me oprimia y hacia crujir mis huesos entre sus verdinegros anillos. En aquella lucha, la agonía, la fatiga, el terror, me abrumaban con su manto de plomo. De repente el vacío circundó mis piés, y me sentí caer en un abismo sin fondo, de una profundidad maravillosa, inconcebible, ilimitada, eterna. Yo iba cayendo, cayendo, abrazado con el reptil, oprimido por complicadas espirales y salpicado el rostro por la espumosa é inmunda baba de la serpiente... Hubo un momento, durante aquella caida sin fin, en que su asquerosa cabeza se reclinó en mi megilla, y sentí una cosa inexplicable, como si un témpano de nieve me rozase el rostro, como si un muerto me tocase con su cráneo descarnado, huesoso y yerto; toda compa-

racion es débil, no cabe en el idioma humano expresar lo que yo sentí... Aquella impresion helada; aquel contacto frio y espeluznador, me arrancó un grito terrible; y entonces sudoroso, jadeante, casi ahogado, desperté.

—Ese grito fué sin duda el que yo oí poco antes de que saliéseis de vuestra alcoba.

—¡Ay qué noche, Fagildo!

—¿Pero no os sentís más aliviado?

—Sí, ya estoy mejor, aunque me atormenta un deseo que acaso te parecerá extraño.

—¿Y qué desea V. A.?

—¿No has leido la historia de José?

—Sí, señor, la Bíblia es mi lectura favorita.

—¿Y no recuerdas los sueños que José descifró al rey Faraon?

—Muy bien que me acuerdo. ¿Quereis que os los refiera.

—No, Fagildo; pero sí deseara encontrar quien me interpretase este sueño funesto.

—V. A. comprenderá que eso no es fácil... Además, señor, que debeis desechar esos pensamientos lúgubres que os agitan.

Aquí llegaban nuestros dos interlocutores cuando ya comenzaba á sonreir el alba.—El ejército volvia á dar señales de vida; las guardias se relevaban, los esploradores salian á correr la campiña, y se confundian en el espacio las voces de los gefes, el eco de los clarines y el relincho de los caballos. Fagildo rogó á su señor que reposase algunas horas, empero el rey temblaba á la idea de que otro nuevo sueño le atormentase tan cruelmente

como el pasado. En aquel instante se oyó el galope de un caballo, que se detuvo en la puerta de la tienda del rey. Un jóven gallardo, aunque pálido en extremo, echó pié á tierra, y dirigiéndose á uno de los espatarios que guardaban la puerta, preguntó:

—¿Está despierto el rey?

—Lo ignoro.

—¿Y el protospatario?

—Está ausente.

—¿Pues quién manda la guardia del rey?

—Un thiufado lugar-teniente del protospatario Gudila.

—Hacedme el favor de llamarle.

El soldado entró en la tienda y á poco salió el gefe de los espatarios, el cual sin duda conocia al jóven de antemano, á juzgar por el afectuoso saludo que ambos se hicieron. Apenas el recien llegado cambió algunas palabras con el thiufado, cuando este volvió á entrar en la tienda y se dirigió á la antecámara real.

—Señor, dijo, un caballero acaba de llegar ahora mismo y demanda el permiso para hablar á V. A.

—¿Quién es? preguntó don Rodrigo.

El thiufado se aproximó al rey y pronunció algunas palabras en voz casi imperceptible.

—¡Un importante secreto! exclamó el monarca sorprendido sobremanera.

—Así me lo ha dicho.

—Pues haced que entre al instante.

Pocos momentos despues el jóven se hallaba en presencia del rey.

—¿Qué teneis que decirme? preguntó don Rodri-

go, cuya impaciencia era fácil de leer en su semblante.

—Señor...

El jóven se detuvo cubriendo con una mirada al anciano Fagildo, como si quisiese dar á entender que la importancia del secreto que iba á manifestar no permitia la presencia de una tercera persona. Don Rodrigo comprendió perfectamente aquella mirada.

—Este anciano, dijo, merece toda mi confianza.

—Es que...

—Os digo que no importa que esté presente, hablad, yo os lo mando.

El jóven se encogió de hombros haciendo un gesto que hubiera podido traducirse por estas palabras: —«Pues bien, hablaré si así lo quereis; pero quizás os pese despues.»

—Vamos, decid, insistió el monarca.

—Señor, vengo á participaros un secreto terrible que hace algunos meses he debido comunicaros, segun lo prometí solemnemente á un moribundo...

—¿Y por qué no habeis procurado verme antes? interrumpió el rey.

—Señor, porque el mismo dia que pensaba presentarme á V. A. en el alcázar de Toledo, recibí una senda estocada que por poco no me envía al otro mundo con el secreto.

—¿Y quién os hirió?

—Ferrandez, el escudero de don Pelayo.

El rey fijó entonces sus ojos tenazmente en el jóven como si tratase de conocerle.

—¡Theodomiro! exclamó de pronto. ¿No eras tú el escudero de mi primo don Sancho?

—Sí, señor, y no puedo menos de manifestar á V. A. mi reconocimiento por haberse acordado de mi humilde persona.—Precisamente, añadió el escudero, es de mi señor don Sancho de quien vengo á hablaros.

—No ha podido averiguarse si murió en la batalla ó á manos de algun enemigo encubierto; los más extraños rumores han corrido acerca de su muerte; pero, en fin, nada se sabe de cierto. ¡Pobre don Sancho!

Theodomiro refirió al rey todo lo que ya sabe el lector relativamente á la muerte de don Sancho verificada por el hijo de Witiza, es decir, por Sisebuto.

—Señor, añadió el escudero con evidente repugnancia, al morir mi amo me suplicó que para tranquilizar vuestro corazon y su conciencia os manifestase...

—¿El qué? Habla pronto, dijo el rey viendo que el escudero se detenia.

—Que él habia pretendido en vano alcanzar el amor de una hermosa matrona que, siempre fiel á sus deberes, le habia desdeñado y afeado sus torpes deseos; pero que don Sancho, resentido de sus desaires, habia infundido al esposo de la dama sospechas de que era adúltera, lo cual hizo por vengarse.

El rey estaba pálido como un muerto recordando á pesar suyo que tal vez habia mandado envenenar á su esposa, siendo inocente, á influjo de las sugestiones del pérfido don Sancho.

No obstante, como si esperase convencerse de que aquel pensamiento que le desgarraba el corazon era una

mentira ó un temor infundado, preguntó con voz trémula:

—¿Y quién era esa dama?

Theodomiro no respondió.

—El nombre de esa dama, ¿no lo oyes? ¡Su nombre!

—Egilona, murmuró el escudero.

—¡Condenacion! gritó el rey con el semblante de azufre, como si los fantasmas de su espantoso sueño volviesen á revolar ante sus ojos.

El escudero, que no podia comprender la inmensa desesperacion que sus palabras habian derramado en el pecho del monarca, insistió:

—Me dijo que era inocente vuestra esposa, que os demandase perdon, que...

—¡Que el rayo te vuelva mudo, espíritu de mentira! Voy á mandar que te arranquen tu lengua maldita.

El rey se levantó y empezó á medir la estancia con ademan feroz.

—¡Era inocente! murmuraba. ¡Era inocente!... ¡Por eso su sombra ensangrentada turba mi sueño!

El aturdimiento del buen Theodomiro llegó á su colmo, mientras que el anciano Fagildo contemplaba estupefacto al monarca y al escudero.

—Señor, dijo este, me parece que semejante noticia debiera más bien regocijar á V. A...

—¡Calla, infeliz!—Huye de mi presencia ¡ira de Dios! ó te atravieso con mi espada.

El malhadado escudero no aguardó á que le repitiesen segunda vez esta órden, y desapareció rápidamente.

Don Rodrigo entretanto cayó sobre su asiento con la cabeza entre las manos, abatido y con una desesperacion comparable solo á la del suicida, que, ya descargado el golpe mortal, se arrepiente.

CAPITULO XLV.

La Misa.

Imposible sería pintar la sorpresa que causó en el ánimo del monarca la noticia del escudero de don Sancho. Hasta entonces siempre que la imágen de Egilona se le aparecia, le atormentaba cruelmente, sí; pero no obstante, la idea de que su esposa habia sido criminal justificaba algun tanto á sus ojos la órden de envenenamiento que habia dado al astuto Daniel. El rey continuaba en su tienda acompañado del leal Fagildo y departiendo acerca de las alarmantes noticias que habian traido los corredores, anunciando que el campo moro se disponia, segun todas las probabilidades, á empeñar la batalla al dia siguiente. Esta noticia por una parte y el recuerdo de la desdicha Egilona cruel é injustamente sacrificada á un ciego furor, habian sumergido al rey en un estado de ansiedad y desconsuelo tanto más extraño y digno de interés, cuanto era generalmente reconocido su carácter enérgico y valiente.

Aquel funesto y crítico combate que deberia decidir la suerte de una gran nacion, el recuerdo de su atentado con Florinda, la incertidumbre de la suerte de su hijo, la desconsoladora revelacion del escudero de don Sancho, todos estos sucesos eran otros tantos remordimientos que, como el buitre de Prometeo, le devoraban las entrañas.

Las imágenes sombrías que le habian turbado la noche anterior durante su sueño, no eran un delirio, no eran una fantasmagoría vana; eran una realidad evidente y espantosa. El rey de vez en cuando lanzaba miradas delirantes y extraviadas, como si el espectro de Egilona le demandase cuenta de su infidelidad y su asesinato.

—No comprendo, dijo el anciano, por qué os afligís cuando habeis recibido una agradable noticia.

—¡Y tú tambien, Fagildo! ¡Ay! No desgarres mi corazon.

Fagildo ignoraba, como todo el mundo, la muerte que el rey habia mandado dar á Egilona.

—Pero señor, V. A. ha tenido disgustos con la reina, tal vez por eso supongo que la habeis repudiado y sumido en una prision; mas ahora estais en el caso de restituirla vuestra gracia en reparacion de vuestra injusticia y su inocencia.

—¡Ojalá pudiese hacerlo así! exclamó el rey conmovido en extremo.

—¿Pues qué inconveniente tiene V. A.?

El monarca exhaló un profundo suspiro. Despues de algunos momentos exclamó:

—Yo ¡infeliz de mí! creyendo que la reina me habia ofendido, y además porque deseaba contraer nuevas

nupcias, mandé que Egilona fuese envenenada... ¡Qué horror!

Y don Rodrigo se cubrió el rostro con ambas manos. El leal escudero lanzó un gemido de dolor; pero contemplando la inmensa afliccion del rey, procuró consolarle, diciendo:

—Ya, señor, es una desgracia que no tiene remedio, una desgracia de que habeis sido víctima más bien que culpable.

—Quisiera creerlo así; mas siempre me parece que estoy viendo salir de su tumba la sombra de una esposa inocente que demanda venganza.

—No ha sido V. A. quien le ha dado la muerte; otros han sido los culpables de tan inícuo asesinato.

—Que yo he dado órden para que se ejecute.

—Señor, las pasiones, la juventud, los deseos inmoderados, y sobre todo, los malos consejos, conducen muchas veces á los hombres á cometer acciones criminales.—Un malvado supo aprovecharse de vuestro carácter fogoso para realizar sus infames proyectos, V. A. cayó en el lazo; pero don Sancho es el verdadero autor de este crímen espantoso, en tanto que vos, funestamente engañado, vengásteis un adulterio con un asesinato.—No obstante, el malvado que así se burló del deudo y de la amistad, queriendo vengarse de una pobre mujer por medio de un crímen, fué tambien víctima de la venganza de Sisebuto, que le dió una muerte tan cruel como merecida, porque la venganza nos amarra siempre con una cadena de crímenes.

—Y la terrible muerte de Egilona será vengada ade-

más por otra muerte más desastrosa todavía. ¡Ay, Fagildo! Tú pronuncias mi sentencia en el momento mismo en que pretendes consolarme.—¡He conocido tantos crímenes! ¡Qué terribles presentimientos agitan mi corazon! La noticia de la infamia de don Sancho ha venido á aumentar mis terrores.

Y el rey quedó por algun tiempo sumergido en las más dolorosas reflexiones. Luego de pronto exclamó siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—Mañana es el gran dia... ¡Qué ansiedad tan cruel!... Dia terrible, dia de luto ó de regocijo segun venza el sarraceno ó triunfe el godo. ¡Oh Dios de los ejércitos! Mira con piedad nuestra bandera.

—Señor, vuestros guerreros aguardan con impaciencia el momento de escarmentar á los enemigos de su Dios; habeis sido desgraciado, pero la España entera no merece por eso ser condenada á la esclavitud, nuestra patria sabrá romper los hierros que amenazan subyugarla.—Además, ¿qué os falta para vencer? Teneis un ejército numeroso y valiente, los godos defienden sus hogares, los sarracenos invaden nuestro territorio, la razon y la bravura están de nuestra parte; tened, pues, confianza, que la victoria no será dudosa.

—¡Es verdad! exclamó el rey. Tus palabras vierten un bálsamo consolador en mi pecho; sin embargo, á pesar de tus razones, me hace falta un hombre para vencer.

—¡Un hombre!

—O por mejor decir, un héroe. El único digno por su valor de ser caudillo de mi ejército.—Mil veces ha triunfado en las escaramuzas que de mucho tiempo atrás em-

peñaban en la Tingitania los moros con los nuestros. Todos mis guerreros le aman tanto como le respetan, y la primera condicion para conseguir la victoria, es que un ejército tenga fé en su general.

—Sin duda alguna habla V. A. del gran Pelayo.

—Sí, de mi primo, de mi antiguo amigo, ¡ay! á quien le robé su amada, su prometida... Yo le he hecho eternamente desdichado, mi crímen le cerró las puertas de la felicidad que el amor le prometia... Ahora reconozco toda la inmensidad y transcendencia de mi atentado, ahora lo conozco, cuando ya no tiene remedio.

—Sin embargo, él es tan noble, que acaso se presente en vuestro ejército, porque Pelayo es incapaz de combatir al lado de los moros.

—He sido muy injusto y cruel para esperar su ayuda. ¡Si yo supiera en dónde se hallaba! Yo me humillaria, le pediria perdon de mi terrible ofensa, lo llamaria á mi lado, y entonces... tal vez conseguiria calmar su justo enojo.—Pero al contrario, estoy seguro de que él me mira con desprecio; el único hombre con cuya amistad pudieran honrarse todos los reyes de la tierra, solo guarda para mí desden ó encono. ¡Qué martirio tan insufrible!

—Tal vez aguarde á la última hora para venir.

—No, Fagildo, no; era preciso no ser hombre, era necesario ser Dios para ostentar una magnanimidad semejante, que no cabe en el corazon de ningun mortal.—No, no, Pelayo no vendrá, y mi ejército será derrotado, y yo no tendré el consuelo de morir en sus brazos, despues de demandarle perdon...

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un

caballero armado de punta en blanco, calzadas las espuelas, y con todas las muestras, en fin, de quien acaba de hacer un viaje. Ya era bien entrado el dia, y el anciano Fagildo, habiendo reconocido al favorito de su señor, salió de su aposento para entender en los quehaceres de su servicio, y tambien por no parecer importuno.

—¿Qué tenemos? preguntó el rey con evidente ansiedad.

—Señor, han desaparecido, respondió el preguntado con dolorido acento.

—¡Es posible! Explicaos, Gudila.

—Nada más tengo que decir á V. A., sino que ya no están en la Torre de las Cadenas ni Florinda, ni Gaudiosa, ni su padre.

—¿Y quién os ha dado semejante noticia?

—La penitente de la Cruz del lloro.—El conde don Iñigo parece que se ha ausentado de la torre temiendo los accidentes de la guerra.

—¡Oh! ¡No poder ver á Florinda! exclamó el rey.

—¡Ni yo á Gaudiosa! dijo mentalmente Gudila.

—Pero á pesar de todo, volvió á decir el rey, me alegro de que se hayan alejado de este sitio, que mañana será sangriento palenque de moros y cristianos. ¡Quiera el cielo que pueda volver á verla!

—Don Iñigo me habrá estado aguardando...

—¿Y para qué? interrumpió el rey.

—Para que se verificase mi casamiento con su hija Gaudiosa.—¿Se ha olvidado V. A. de mi aplazado enlace?

Y Gudila suspiró.

—Os aguardaba con impaciencia, exclamó de pronto

don Rodrigo sin responder á Gudila, y mirando hácia la puerta, por la que penetró un respetable anciano.

—Traigo á V. A. una nueva feliz, dijo el recien venido.

—¡De veras! Hablad, venerable Urbano, hablad.

—En este instante acaba de llegar al campamento un gran refuerzo, que sin duda sorprenderá á V. A.

—¡Ah! ¿Quién es? preguntó el rey con visible emocion. Decid pronto su nombre.

—En verdad que seria imposible satisfacer tal pregunta, dijo el buen arzobispo.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque tendria necesidad de repetir tres mil nombres.

—¿Cómo es eso? Explicaos.

—Más de tres mil guerreros se han unido á vuestro ejército, la mayor parte vasallos de los amigos de don Oppas, que, comprendiendo al fin el peligro inminente en que se encuentra la patria, ha olvidado antiguas rencillas, mostrándose en esta ocasion tan celoso del nombre cristiano, como acreedor á su alta dignidad.

Excusado parece decir que el astuto don Oppas habia sabido con su fingido celo é hipócritas palabras captarse la benevolencia y confianza del buen arzobispo Urbano, que estaba muy lejos de sospechar la infame traicion que el ejército de don Rodrigo abrigaba en su seno.—Los tres mil guerreros recien llegados al campo cristiano, eran el remanente de las tropas israelitas que la noche anterior Samuel habia prometido á Ebba en la fortaleza de Jerez enviar al dia siguiente á las órdenes de su hermano don

Oppas. El gran sacerdote habia cumplido su palabra. Don Rodrigo, ignorante de tan espantosa trama, no pudo menos de celebrar la inesperada noticia del arzobispo, si bien no era esto lo que aquel esperaba.

—El combate, dijo Urbano, sin duda se empeñará mañana á más tardar, y por lo tanto, segun la usanza de nuestros padres, conviene preparar nuestros guerreros á la lid por medio de la oracion. El Dios de los ejércitos es el que dispensa las victorias; roguémosle, pues, que corone nuestras armas con el laurel, ya que vamos á combatir por la gloria de su nombre y por la libertad de nuestra patria.

—Sí, venerable Urbano; aunque he sido muy criminal, yo confio en que Dios mirará con misericordia nuestro infortunio.

—La voz de la desgracia siempre llega hasta el cielo.

—Gudila, dijo el rey, disponed que se forme y se engalane nuestro ejército para asistir al santo sacrificio de la Misa que hoy ha de celebrar el venerable Urbano.—Yo, continuó don Rodrigo dirigiéndose al arzobispo, yo asistiré vestido de tosco sayal, y despues de confesar mis grandes faltas, espero que me dareis la absolucion. En tan penoso trance debemos contar con Dios, Señor de todas las cosas, y despues, hágase su voluntad.

—¡Cuánto me place, señor, oir de vuestra boca palabras tan resignadas! Cúmplase la voluntad de Dios; de su poderosa mano debemos recibir con ánimo igual la palma de la victoria, lo mismo que el yugo del esclavo. Vencedores ó vencidos, acatemos siempre los designios del Criador.—Yo voy á disponerme para la sagrada ceremonia; adios, señor.

—Dentro de breves instantes tambien estaré dispuesto á seguiros, venerable Urbano.

Imediatamente se oyeron las músicas guerreras y el galopar de los corceles, y el ruido, en fin, de todo el ejército cristiano, que se aprestaba para asistir á la piadosa ceremonia. En medio de una colina que se levantaba hácia los confines del campamento, se habia erigido un altar para celebrar la Misa. Luego el rey salió de su tienda, destocada la cabeza, á pié, descalzo y con el sayal de la penitencia. Un numeroso grupo de ancianos obispos y guerreros seguia al monarca con actitud devota y reverente. El numeroso ejército, bajo el cual retemblaba la tierra, ostentaba sus armas brilladoras á los rayos del sol, que se hallaba en mitad de su carrera. Los nobles godos, al contemplar á su rey en aquel estado que revelaba el más sincero arrepentimiento, no pudieron dejar de prorumpir en gritos de gozo y de esperanza. Al pié del altar, el rey, con lágrimas en los ojos y lleno el corazon de remordimientos, confesó todos sus crímenes al venerable arzobispo, y este, á vista de todo el ejército, absolvió al contrito monarca, que permanecia á los piés del anciano con la frente hundida en el polvo. En seguida Urbano, revestido de las vestiduras pontificales, se aproximó al altar, en el que campeaba una gran cruz con una imágen del Redentor, y empezó la augusta solemnidad, acompañado de otros dos obispos. Cuando entre el humo del incienso que en caprichoso giro vagaba por la region del aire el santo sacerdote alzó el sagrado vaso en sus manos descarnadas, las tropas guerreras entonaron súbitamente un himno triunfal al Dios de los ejércitos. A las belicosas

músicas mezclábase el acento de los sacerdotes, que elevaban al cielo sagradas preces por la salud de su patria. ¡Magnífico espectáculo! Aquel altar, sobre el que descollaba la Cruz, signo de salvacion, tenia por techumbre la inmensidad de los cielos, y por lámpara el refulgente disco del sol. Aquella augusta persona tenia por auditorio cien mil guerreros de rodillas. ¡Quién se atreverá á pintar aquella escena de devocion, de entusiasmo, de esperanza y de bravura! Aquellos semblantes varoniles tostados y altivos, se habian dulcificado, aquellos cuerpos robustos sepultados en acero se habian inclinado, aquellas miradas fieras y arrogantes se habian empañado con una lágrima ante el altar de su Dios. En el momento de terminarse la ceremonia, y cuando los sacerdotes se disponian á bendecir la bandera de don Rodrigo, un jóven guerrero cayó á los piés del venerable Urbano, el cual, apenas le hubo reconocido, cuando exclamó con indecible gozo:

—¡Pelayo! ¡Tú aquí! Valeroso mortal, gloria y orgullo de los campeones godos, en este momento solemne es cuando has debido aparecer.—Abrázame, hijo mio, y el cielo te bendiga, porque has acudido espontáneamente al santo llamamiento de la patria.

—¡Venerable Urbano! sollozó el gallardo jóven.

Y ambos se estrecharon afectuosamente; pero mientras que el buen anciano le prodigaba palabras de ternura, Pelayo permanecia silencioso, abrumado por el cruel recuerdo de la afrenta de su amada y vertiendo amargas lágrimas por su adversa suerte. El rey, al contemplar este cuadro patético, y reconociéndose única causa de la desdicha del más generoso de los hombres, se cubrió el rostro

con ambas manos para ocultar su dolor y su vergüenza.

—Calma tu justo enojo, dijo el arzobispo; ahora, hijo mio, solo es tiempo de ser grande y heróico; el hijo de Favila solo debe pensar en ser el salvador de su patria, olvidando sus dolores. Cuanto es más grande el sacrificio, tanto mayor es el mérito. —Hé allí al rey; prudencia y resignacion, noble Pelayo.

Y el buen sacerdote condujo de la mano al jóven á la presencia de don Rodrigo, cuyo rostro inundado de lágrimas daba harto á entender cuánto padecia en aquel instante. Los dos antiguos amigos, entre los cuales ahora mediaba un abismo, despues de una primer mirada indescriptible, bajaron sus ojos y continuaron silenciosos. El rey fué el primero que rompió aquel silencio, exclamando:

—¡Perdon! Yo te lo ruego; pero has venido, y esto me dice que el deudo y la tierna amistad que en otro tiempo más feliz nos profesamos, te han inspirado compasion de mi infortunio.—Créeme, noble Pelayo, he sido muy desgraciado en causar tu desgracia, perdóname y... soy feliz.

—Yo te suplico que no permanezcamos mucho tiempo juntos... Ahórrame el suplicio de verte; aquí tienes mi espada.

—¡Oh! ¡Mi primo! ¡Mi leal amigo!

—¡Nunca! Cuenta con un guerrero y nada más.

—¿No quieres ser mi amigo? ¡Ah! No lo merezco; pero ¿es posible, generoso Pelayo, que me rehuses tu amistad, cuando estás viendo mi dolor? ¡Cuánto padezco al mirar tu adusto ceño! Permíteme que derrame entre tus brazos lágrimas de arrepentimiento; no rechaces á tu deudo, á tu antiguo amigo que reconoce su error, que

quisiera borrarlo con su sangre, que descalzo y vestido el tosco sayal de la penitencia implora de su Dios el perdon de sus faltas, y ruega al noble hijo de Favila que le devuelva su amistad... Yo te lo pido de rodillas.

El generoso Pelayo levantó al monarca y le tendió sus brazos, pero sin hablar una sola palabra. Patética era aquella escena. Todos los circunstantes la presenciaban en extremo conmovidos. El ofensor, que era un rey, habia tenido el valor de pedir arrodillado su perdon, y el ofendido tuvo la magnanimidad de perdonar la ofensa más cruel que puede hacerse á un mortal. Don Rodrigo reclinó su cabeza en el seno del bizarro jóven, que no fué dueño de dominar su emocion á vista de tanta ternura por parte del rey.

—¡Al fin has venido! exclamó este. La patria se ha salvado.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Mandar cien mil guerreros.

—¡Estando tú presente! El mando le corresponde al rey.

—El rey se dará por satisfecho con obedecer el primero tus órdenes.

—¡Bien dicho, señor! exclamó el buen Urbano, en extremo gozoso de aquella reconciliacion.

—¡Viva el gran Pelayo! ¡Viva el rey! gritó el ejército entusiasmado.

—Ahora ya tenemos quien dignamente defienda nuestro estandarte, dijo el rey.

En seguida los sacerdotes verificaron la ceremonia interrumpida, es decir, la bendicion de la bandera real.

«El generoso Pelayo levantó al monarca y le tendió sus brazos.»

Imposible sería describir el gozo y la esperanza que infundió en todos los corazones la llegada del esforzado Pelayo, modelo de virtud y patriotismo.

—Toma, noble hijo de Favila, esta será la enseña que conducirá nuestras huestes á la victoria.

Y así diciendo, el anciano arzobispo entregó al jóven guerrero una bandera azul, en cuyo fondo se destacaba un leon rapante de color rojo en campo de plata.

CAPITULO XLVI.

En el que se prueba que el amor suele triunfar de la ambicion.

En las altas horas de la noche del mismo dia en que Pelayo llegó al ejército cristiano, veíase un hombre vagar por los temerosos tránsitos del solitario castillo de Amarga-cena. Llevaba una luz en la mano y fué recorriendo varios aposentos deshabitados y sin muebles, hasta que por fin se detuvo en un cubículo únicamente amueblado con una mesa y un sitial. El misterioso personage dejó la luz sobre la mesa, y empezó á pasearse por la pequeña estancia con muestras de la más viva agitacion.

—¡Huir! murmuraba. ¡Nunca! Yo debo luchar hasta el fin. ¿Qué inconveniente hay en que mis proyectos se realicen? ¿No me ha prometido Samuel que yo seré el caudillo de los israelitas?—Mañana, mañana mismo, yo seré el gefe de mi pueblo... Soy un esclavo, un mísero judío que todo el mundo desprecia, abatido, sin nombre, sin padres, sin gloria; yo soy un objeto inútil, un indivi-

duo que para vivir tiene necesidad de ponerse al servicio de otro, un instrumento, una máquina que recibe movimiento de su amo... Pero no, no... Yo soy algo más que esto; es verdad que los godos pueden aspirar á la gloria y al trono. ¿Y por qué no he de aspirar yo tambien? Yo soy un pensamiento viviente, estoy dotado de actividad propia, y tengo por límites el tiempo y espacio lo mismo que un rey. ¡Yo soy un hombre! El sol y las estrellas valen menos que un hombre... Pero hay unos que mandan y otros que obedecen; la mitad de los hombres es enemiga de la otra mitad; grillos y cadenas, hambre y muerte, es lo que guarda el amo para el esclavo. ¡Hipócritas! ¡Y luego dicen que todos somos hermanos!... Hasta los padres son peores que las fieras; á mí me abandonaron, pobre niño, que jamás he dormido en el regazo maternal... El que me recogió me trataba como á un mueble; es verdad que me enseñó la medicina; pero ¿por qué? Porque me esplotaba... Nadie me ha hecho todavía un bien, nadie me ha dado un pedazo de pan, á no ser que haya aguardado de mí otro servicio en cambio... ¡Las virtudes de los hombres son una mercancía!

Y en la fisonomía á un tiempo triste y sardónica de Daniel brilló una carcajada indescriptible. Luego continuó haciendo un gesto que indicaba haber experimentado una brusca transicion en sus pensamientos.

—Samuel es un obstáculo que es preciso suprimir; si yo empuño el mando, yo seré el primero de los judíos... El es autor de mi engrandecimiento, ha favorecido mis planes. ¿Y qué importa? El mundo es un teatro inmenso, hay muchos espectadores, y no quedará lugar para los

últimos, si no desaparecen los primeros.—Samuel desaparecerá mañana, porque ya no lo necesito... Esto no es un crímen, es el instinto de la propia conservacion. ¿Tengo la culpa de haber nacido? los hombres devoran multitud de animales, esto es, inutilizan muchas cosas para vivir. Pues bien, vivir es pensar, sentir, desear, y el hombre muchas veces para cumplir sus deseos, necesita inutilizar un hombre... ¡Esto es todo!—¿Puedo yo evitar el tener deseos que se opongan á la existencia de Samuel? Además, que en todo caso, esto no es más que ayudar á la naturaleza, la cual destruirá mañana el débil cuerpo de un anciano, sin más objeto que destruirlo... Yo lo destruiré hoy, pero con la ventaja de que así su muerte será un medio para un fin, para un objeto, para un deseo que abriga mi corazon, deseo que debe cumplirse, puesto que Dios me lo ha infundido... Los deseos nacen y mueren á su arbitrio; nosotros no somos dueños de tener deseos, como no lo somos de haber venido á este mundo.

Y el médico se dejó caer en su sitial y apoyó su cabeza en ambas manos con la actitud de un hombre que procura ahuyentar de su espíritu algunas dudas. Así permaneció mucho tiempo, sombrío, meditabundo, sumergido en un abismo de reflexiones. Luego el judío continuó:

—Voluntad... Razon... Nocion del bien y del mal... Libre albedrío... Lucha... Mérito... Conciencia... ¡Cosas de los cristianos! Egoistas, sanguinarios, opresores. ¡Y se atreven á hablarnos de todo esto! ¡Los remordientos extremecen el corazon humano! ¡Mentira! ¡Mentira!—Yo dí un brebage á Florinda por complacer al que me pagaba,

he dado muerte á Jacob y á otros muchos. ¿Y qué? Yo no tengo remordimientos, yo no tiemblo.

Y como para tranquilizarse del todo murmuró estas palabras, sin duda de gran significacion para el médico.

—Moléculas... Nervios... Masa encefálica... Organismo, y no hay otra cosa.—Si es así, ¿por qué temblar?—Todos los que hablan de premio y de castigo no conocen al hombre, no son médicos como yo; que estudien la medicina y desaparecerán esas locas visiones que ha forjado su cerebro enfermo.

Pero no obstante el estúpido orgullo que revelaban estas palabras, el bueno del médico se extremecia á pesar suyo hasta la punta de sus cabellos, como si una voz gritase en el fondo de su corazon:

—¡Espíritu! ¡Espíritu!

Y su mirada febril se clavó en un punto con extraordinaria fijeza, cual si un círculo de espectros se agitase delante de sus ojos. Hay una cosa en el hombre que protesta enérgicamente contra el aniquilamiento absoluto; es una concepcion primitiva, esencial, inexplicable, pero que está en su naturaleza; y porque el espíritu humano está hecho así, es independiente de su voluntad.—Despues de mucho tiempo Daniel, ya más tranquilo, pareció que desechaba este órden de ideas, y se pasó la mano por la frente como para ocuparse de sus ambiciosos planes.

—Sea lo que quiera, exclamó de pronto, yo necesito cumplir mis vehementes deseos para no aborrecer la vida. —Ya he adelantado mucho para ser feliz, ya he vencido imposibles; pero aun es preciso terminar la obra... La felicidad posible en la tierra está en el amor. ¡Ay! La felici-

dad es un Océano rodeado de rocas escarpadas; yo he trepado ya á esas rocas, y me encuentro en la orilla del Océano hasta donde llega la mayor parte de los hombres, pero luego se anegan en la travesía los que intentan pasar más adelante... El que puede nadar suele conseguir abordar en la otra ribera, aunque esto lo alcanzan muy pocos, entregados solamente á sus propias fuerzas. Los poderosos de la tierra atraviesan este mar sobre un puente de esclavos ó de cadáveres.—Ahora bien, yo no tengo otros medios que mi inteligencia; yo debo valerme indiferentemente de la astucia y de lo que llaman crímen, porque siendo un mísero judío despreciado de todo el mundo, necesito abrirme camino y... entre los godos es imposible. ¡Si yo hubiese nacido noble y poderoso!... Tal vez la hiel de la impotencia y de la humillacion no habria amargado mi naturaleza... Pero la sociedad me rechaza, y cuando se siente uno activo é inteligente, ¿qué importan los medios? es preciso llegar al fin... Yo soy un águila con las alas cortadas; pero necesito remontarme hasta el sol y... lo conseguiré.

En aquel momento turbó el espacio una música suavísima, aunque lejana y melancólica, que se dilataba en el silencio de la noche por todos los ámbitos del solitario castillo. Daniel hizo un movimiento de júbilo, tómo la luz, y se dirigió por aquellas interminables galerías hácia donde sonaban los melodiosos acentos de un laud que llevaban á su oido las brisas de una noche de abril. Pocos momentos despues el judío se encontró en un delicioso jardin, más bello por sus árboles y flores que por su estancia y artísticos departamentos. Era aquel recinto un

anchuroso patio que hemos calificado de jardin por las fragantes rosas, pomposos olmos y verdes parras que le decoraban, sin otro artificio que la encantadora sencillez de la naturaleza. ¡Qué delicioso aroma, qué céfiro tan suave se respiraba en aquella mansion! Junto á una cristalina fuente cuyo dosel de verdura formaban algunos olmos y fresnos entretegidos de yedras, veíase una mujer vestida de blanco y engalanada su negra cabellera con una guirnalda de cándidas rosas pulsando con dulce emocion las cuerdas de un laud. Aquella muger en las altas horas de la noche, bajo el hermoso cielo de Andalucía tachonado de estrellas, entonando una cancion tierna y melancólica, parecia la imágen viva de la primavera, coronada de flores y prometiendo amor y esperanza á los mortales. El judío se aproximó lentamente hasta que se detuvo á algunos pasos de la bella cantora. Las facciones duras y sombrías del médico aparecieron de pronto iluminadas por una alegría inefable. Escuchaba el judío aquella cancion lleno de un feliz arrobamiento, embriagado y estático, hasta que al fin la hermosa terminó su canto con un suspiro. Entonces Daniel cayó de rodillas á sus piés y besó la linda mano de la dama, que pareció gozosa de la llegada del judío.

—¡Adorada Egilona! exclamó este.

—¡Daniel! ¿En dónde has estado? ¿Por qué ya no me visitas en mi soledad tan frecuentemente como antes? preguntó la reina con cariño.

—Porque te adoro como la mariposa ama la luz, como las flores al céfiro, como las aves al sol.

—¡Me adoras y no vienes á verme!

—Sí, hermosa de mi corazon.

—Ese es un enigma.

—Que comprenderás así que yo te lo esplique. Mira, amada Egilona, tú eres mi vida, mi felicidad, mi universo; por merecer tu amor, por ser digno de tí, deseára yo ser príncipe, rey, emperador, genio, ángel, Dios.—Pues bien, ¿sabes por qué no tengo ahora tanto tiempo para venir? Porque los moros están ya en España, porque el reinado de los godos está próximo á su ocaso, y porque mañana, hermosa mia, yo seré el gefe de los guerreros de Israel; todos mis planes, todas mi maquinaciones, mis noches de vigilia, mis dias de inquietud, no han tenido otro objeto que realizar mis sueños de ambicion y de gloria, sueños que tú me has inspirado, porque quiero que no te avergüences del amor de un pobre judío, aunque este amor sea más sincero, más inmenso y ardiente que el de un rey.

Antes de continuar, es bueno advertir que Egilona en la soledad del castillo habia accedido á las amorosas instancias del judío, que le habia salvado la vida contra la voluntad del rey, cuya carta, ó mejor dicho sentencia de muerte, habia manifestado á la infeliz reina. Fácil es de concebir la indignacion que se apoderó de Egilona cuando supo que su mismo esposo habia ordenado á Daniel que la envenenase. Horrorizada del inminente peligro que la habia amenazado, sintió nacer un ódio invencible hácia su esposo, á la par que en el fondo de su corazon no pudo menos de agradecer la conducta que con ella habia observado el médico. Ya sabemos las frecuentes desapariciones del médico de la fortaleza de Jerez, y el lector comprenderá facilmente que no era otra la causa sino la be-

lla cautiva, que, oculta á todo el mundo, habia encontrado un asilo salvador en el castillo de Amarga-cena, en donde Daniel procuraba abastecerla de las cosas necesarias. Por lo demás, el médico habia hecho cundir la noticia de la muerte de Egilona, segun las órdenes de don Rodrigo, á quien le escribió manifestándole que ya estaban cumplidos sus deseos. Es verdad que Daniel habia echado unos polvos soporíferos en el vino que sirvió á Egilona la primera noche que habitó en el castillo de Amarga-cena, lo cual hizo con una intencion torcida que, sin embargo, no pudo verificar á causa del encuentro de Pelayo y Sisebuto, quienes milagrosamente escaparon del lazo tendido por el astuto médico. Cuando este al dia siguiente fué al castillo en que habia dejado á la reina narcotizada, acababa esta de recobrar sus sentidos y se encontraba en la más aflictiva situacion, creyéndose abandonada á una muerte segura en aquella mansion funesta.

En resolucion, diremos que la reina, informada del terrible misterio que encerraba la carta últimamente recibida del rey, convencida de que aquel castillo ignorado debia ser su sepulcro, indignada justamente contra la infame crueldad de su esposo, y por último, penetrada de gratitud por la afectuosa adhesion de Daniel, no pudo continuar sorda á sus amantes quejas.—La mujer siempre necesita amar, porque en esta pasion consiste su vida, y á mayor abundamiento, la soledad es amiga del amor, el abandono engendra ternura hácia el único ser que nos protege, y la naturaleza es una fuente cuyo venero puede comprimirse, pero que al fin revienta si no se le opone una fuerza superior que en moral llamaríamos virtud heróica. Esta

fuerza, sin embargo, no es muy comun en la mujer, especialmente si se cree ofendida. La mujer, bella creacion, es un sér hermoso, muy fuerte para el dolor, pero frágil, muy frágil para el placer. El dolor la sublima, el placer la subyuga... La mujer es un misterio de seductora belleza; es capaz de arrastrarse por el fango si cree encontrar la perla del amor, único tesoro de su existencia, tesoro que ella quiere conceder, pero que nunca es posible arrancarle. Por la violencia rechazará á un rey, por la ternura la cautivará un mendigo. Las cadenas del amor no son de hierro, son flores que brotan espontáneas.—Durante muchos meses Daniel era el amparo de Egilona, que se creía feliz en aquel retiro despues de tantas amarguras como habian destrozado su corazon. El amor fué la isla adonde arribó despues de la tempestad.

—¿Y qué pretendes con ser gefe de los israelitas? preguntó la reina.

—Quiero ser rey.

—¡Qué estás diciendo! exclamó Egilona con extrañeza.

—Te parece un delirio, ¿no es verdad? Pues yo te probaré lo contrario.

—Es imposible.—Parece que no conoces á los godos, y que ignoras lo que un judío supone entre ellos.

—No importa.—Las abejas, los chorlitos y las grullas tienen sus capitanes á quienes obedecen.

—¿Y qué quieres decir?

—Quiero decir que cada especie de séres tiene sus grandes y pequeños, y que lo mismo sucede á los hombres.—Yo no podré nunca ser considerado entre los godos, pero puedo serlo entre los mios, entre los israelitas,

que anhelan quebrantar sus cadenas, y yo seré su gefe, yo, hermosa mia, los conduciré al combate, á la gloria y á la libertad. Y cuando todas las manos estén sin ligaduras y cuando todas las cabezas puedan erguirse, y cuando los israelitas sean un pueblo, tú serás su reina, porque tu amor me ha inspirado el valor de arrostrarlo todo para conseguir el triunfo.—Yo quiero merecer que tu amor sea el premio de mis hazañas.

Y Daniel en aquel momento estaba radiante de valor y de entusiasmo. La reina le escuchaba con esa complacencia propia de la mujer cuando reconoce en su amante ese varonil aliento que tanto la halaga porque carece de él, por más que ella lo haya inspirado. No obstante, la reina temblaba á la idea de perder á Daniel, único vínculo que la ligaba á la vida y al amor.

—¿Y no comprendes, dijo, que para el amor no hay más que un premio digno?

—¿Cuál? preguntó el médico.

—El amor mismo.

—Sí, sí, amada Egilona, lo comprendo; pero no puedo soportar el verte eternamente prisionera. El amor sin la libertad es el canto de un ave enjaulada, es una flor privada de los rayos del sol. Aire y luz, amor y mundo, es lo que yo necesito para ser feliz; yo obedezco á esta ley de mi naturaleza inexorablemente como la piedra arrojada que no puede menos de caer, como el pajarillo en el bosque que no puede menos de trinar.

—Y esos trinos sirven de guia al cazador para lanzar con más acierto su mortífera saeta. ¡Ay Daniel! Cuando estamos muy altos, la cabeza se desvanece y es fácil la

caida. Yo nunca me he considerado más dichosa que al presente en nuestra oscuridad. ¿No pudiéramos prolongar nuestro estado? Hablas de libertad; yo, querido Daniel, ya he muerto para todos, excepto para tí. ¿No tenemos bastante con este castillo, el ruido de este torrente, las flores de este jardin y nuestro amor? ¿Se necesita más para ser felices? Precisamente los recuerdos de mi pasada grandeza son los que me causan algunas horas de amargura; si yo perdiera la memoria sería completamente dichosa, si yo no hubiera estado tan alta ¡ay! no hubiera caido tan bajo.—Créeme, Daniel, nunca debemos extender el deseo sino adonde alcance nuestra mano. Ahora vivimos seguros y tranquilos, mañana tal vez la agitacion de la tempestad sumerja para siempre esta isla salvadora adonde hemos llegado despues de tan contrarios vientos. La débil caña resiste al huracan, en tanto que la robusta encina es víctima de su temeraria resistencia.

Y Egilona estrechaba entre sus manos las del judío, que permanecia silencioso.

—¿Qué será de mí, añadió la hermosa, si sucumbes en tu empresa?

Esta consideracion pareció impresionar fuertemente el ánimo del audaz judío, que contemplaba con éxtasis á Egilona. En aquel momento hubiera sido incapaz de un crímen. El amor es un sol que purifica cuando es correspondido, aunque tambien es un lago hediondo cuando es rechazado. Un ángel que no fuese amado se convertiria en demonio. Empero Daniel en aquel momento era dichoso, y por lo tanto meditaba en que verdaderamente la inocencia del corazon es indispensable para la felicidad. Estaba

arrepentido, sonrojado de sı mismo, y hasta llegó á hacer un propósito firme de no hacer llorar á nadie en lo sucesivo. Tal y tan grande es el prestigio del amor y la hermosura.

—¡Qué hermosa noche! exclamó Egilona mirando al cielo.

—¡Cuánto te amo! dijo Daniel clavando sus negros ojos en aquella muger resplandeciente de belleza y juventud.

—¿De veras? ¡Ah! No me engañes.

—¿Puedes dudarlo?

Y Daniel estampó un beso apasionado en aquel hermoso cuello de cisne. De pronto Egilona se levantó dejando á un lado su laud, dió algunos paseos en torno de la bullidora fuente, y por último se inclinó para coger una rosa que colocó sobre su turgente seno. Aquel talle inclinado, esbelto y flexible, parecia pedir una mano que le rodease, en tanto que el rostro moreno y enérgico del jóven respiraba un ardor febril, contemplando la magnífica cabellera de ébano que cubria la airosa espalda de la gentil Egilona. Sim embargo, en la mirada del judío, aunque profunda y ardiente, se notaba una expresion inexplicable de tristeza. Daniel, obedeciendo á la impresion interior que le causaban sus pensamientos, exhaló un doloroso suspiro.

—¿Por qué suspiras? preguntó Egilona.

—Por nada, ha sido involuntariamente, respondió el mancebo.

—Sé franco, Daniel. ¿No me dirás en qué estabas pensando?

—¿Y para qué quieres saberlo? Es una cosa muy triste.

—¡Una cosa muy triste! Dímelo, querido Daniel; yo quiero, yo necesito que me lo digas. ¿Tendrás valor para no escuchar mi súplica?—Vamos, confíame tus pesares, yo quiero saber tus pensamientos, añadió la hermosa con acento irresistible.

—Pues bien, te lo voy á decir.—Estaba pensando en que tal vez algun dia mi amor pudiera cansarte... ¡Ah! ¡Cuán desgraciado sería entonces! No me quedaba más remedio que morir.—Mira, amada de mi corazon, yo no soy más que un infeliz abandonado hasta de sus padres, yo he tenido que llevar en mi frente la humillacion y la infamia para abrirme campo en mi afanosa vida, yo hubiera fallecido de hambre, si no me hubiese valido de mi inteligencia y de mi astucia, yo he recibido del cielo algunas dotes que he encenagado en mi miseria... ¡Ay! Yo hubiera podido dirigirlas hácia el bien, si no me hubiese visto abandonado y despreciado de todo el mundo.—En las justas, en los torneos, en los saraos, cuando miraba á los guerreros godos resplandecientes de hermosura y de joyas saludar á sus bellas damas y á sus amigos, mi corazon se oprimia de amargura al pensar que ni una mujer, ni un amigo consolaban mis pesares.—No hay cosa más cruel, adorada Egilona, que verse solo como en un desierto en medio de una ciudad populosa. Toledo para mí no era más que un bosque de hombres. Los pinos de la selva se me mostraban más compasivos, porque al menos me ofrecian su apacible sombra.—La voz humana que yo creía hecha para el amor y la amistad, no llevaba á

mi oido más que palabras de escarnio y de ódio. Tenia que renegar hasta de mi Dios, porque si decia que era judío, me apaleaban y me herian el rostro impunemente, indefenso y niño como era. ¡Pobre niño abandonado! ¡Cuántas amarguras padecí, cuántas lágrimas derramé hasta llegar á la edad en que pude devolver insultos por insultos y golpes por golpes!

Egilona escuchaba profundamente enternecida. El judío continuó:

—Solo deseaba llegar á ser hombre para ser fuerte, porque á pesar de mis pocos años bien se me alcanzaba que los hombres son tan mezquinos que insultan al débil inocente y respetan al fuerte criminal. Pero desde que pude defenderme ya no me insultaban.—Luego te ví, te amé, y nunca hasta entonces habia sentido en tanto grado mi bajeza; yo hubiera querido tener cien tronos para ponerlos á tus plantas. Por eso he soñado conquistar laureles y he tendido las alas de mi ambicion. ¿Hay cosa más bella que el fragor de los combates? ¡Cuán magnífico es ver un guerrero invencible á los piés de una muger querida! Cuando otra vez mi cabeza repose sobre tu seno y contemples mi tajante espada, no podrás menos de decir: ¡Es la espada de un valiente!—Entonces seré dichoso, hermosa mia; nada de oscuridad ni de retiro; el cielo y la tierra quiero que se admiren de mis hazañas, y á la luz del sol tú serás saludada por todos aquellos que obedezcan mi voz.—Yo amo la gloria y el dominio para que tú mandes, sin tí aborrezco la vida. ¡Vivir sin tu amor! ¡Imposible! Quiero morir mil veces primero, idolatrada Egilona.

Aquel lenguage enérgico y valiente sentaba tan bien á

las facciones varoniles del judío, que la reina le contemplaba con delicia.

—Yo solo te suplico, continuó Daniel con indecible ternura, que no me ofendas ni aun con tus recuerdos de otros dias y de otro amor. Yo te amo, bella Egilona, como nadie en la tierra es capaz de amarte; es verdad que tú eres una gran señora, que has sido reina y mereces serlo de todo el mundo; ¿pero qué importa? ¿Tengo yo culpa de haber nacido tan oscuro y desgraciado? Pero ¿qué tienes? ¿En qué estas pensando, amada mia?

Egilona, en efecto, hacia ya algunos instantes que parecia absorta en una vaga meditacion.

—¡Ay, Daniel! exclamó de pronto, bien veo que tú no me amas.

Palideció el judío y dejó caer tristemente su cabeza sobre el pecho para ocultar sus lágrimas.

—¡Que no te amo, Egilona! dijo al fin. ¡Ah! No me has escuchado siquiera, estoy seguro. ¡Que no te amo!—Egilona mia, cerca de aquí sabes que hay un torrente que se despeña sobre horribles precipicios; el hombre que se arrojase á esa furiosa catarata se destrozaria antes de llegar al suelo.—Pues bien, yo me arrojaria á ese torrente, si tú me lo ordenases. ¡Y te atreves á decir que no te amo! ¡Cruel! ¿No tienes compasion de mí?

—Si eso fuese cierto, no tratarias de contrariar mis deseos.

—¡Yo! Habla, dime en qué he podido disgustarte.

Egilona clavó sus hermosos ojos en el judío, que la contemplaba con idolatría.

—Te he manifestado, dijo, mi repugnancia á que em-

prendas tus ambiciosos proyectos, y sin embargo persistes en realizarlos.

—¿Y no sabes por qué, amada mia? Porque quiero que no te avergüences de mi amor.—Pero una vez que así lo deseas, renunciaré á todos mis planes y haré solamente lo que tú me mandes: tú eres la señora, yo soy el esclavo.

Y la voz del judío vibraba tristemente, porque se conocia en efecto que le costaba mucho trabajo hacer aquel sacrificio. Por el contrario, el rostro de Egilona se iluminó con una sonrisa de satisfaccion, que fácilmente comprenderán todas las mujeres.

—Habla, añadió Daniel, yo haré lo que tú quieras, hermosa mia.

—Pues bien, dijo Egilona sentándose junto al judío, voy á decirte mis deseos, que no dudo procurarás cumplir.—Tú mismo me has dicho que esta mansion es el retiro más seguro que pudiéramos hallar, y yo misma lo creo así. Los peligros que nos amenazan si abandonamos este asilo protector, no tengo necesidad de encarecértelos; por lo tanto, yo quisiera que abandonases todos tus proyectos, que rompieses toda inteligencia con el rey y no te separases nunca de mi lado. Aqui pudiéramos vivir seguros y dichosos. ¿No quieres complacerme? Yo te lo suplico.

La fisonomía de Daniel tomó de pronto una expresion indecible de alegría, como si aquel momento feliz le brindase la ocasion oportuna de realizar sus deseos más ardientes.

—¿Qué me respondes? volvió á preguntar Egilona.

—Te digo que desde ahora tomaré mis medidas para complacerte, y al satisfacer tus deseos, podré tambien verificar una cosa que en otras ocasiones me has exigido y que yo habia rehusado porque de todo punto se oponia á mis planes.

Egilona apoyó el índice sobre su frente con la actitud de una persona que procura evocar sus recuerdos.

—¿Y qué es lo que te he exigido en otras ocasiones? preguntó al fin.

—Que abrazase la fé de Cristo.

—¡Y lo harás así! exclamó Egilona en extremo sorprendida de semejante resolucion.

—Yo haré en tanto que tenga vida todo lo que pueda agradarte. Además, despues quisiera...

El judío pareció como ruborizado, y no se atrevió á continuar.

—Vamos, habla, dijo Egilona.

—Quisiera que despues no rehusases admitirme por tu esposo.

A esta inesperada declaracion el rostro de Egilona tomó tal expresion de desden, de sorpresa y repugnancia, que no se ocultó al enamorado Daniel. Ambos permanecieron silenciosos durante mucho tiempo, Egilona muy pensativa, el judío cubierto de una mortal palidez y con los ojos preñados de lágrimas. Egilona, por más que fuese triste y abyecta su situacion, siempre miraba á aquel hombre, único vínculo que la ligaba á la vida, con cierta superioridad. Su corazon solamente abrigaba para el judío un sentimiento de profunda gratitud. Por lo demás, el amor de Egilona era semejante á la embriaguez ó al letar-

go del desgraciado que en el vino ó en el ópio busca un alivio á sus pesares. Quien hubiera visto en aquel momento el rostro pálido y triste de Daniel, le habria compadecido. Tan inmenso era el dolor que revelaba.

—¡Oh Egilona! exclamó el judío con voz dulce, suplicante y resignada, despréciame, díme que mi loca pasion me ha hecho olvidar mi nacimiento y mi condicion oscura; insúltame, quítame hasta los medios que con tanta paciencia me habia procurado para realizar mis ambiciosos sueños; búrlate de mí, hiere mi rostro, escupe en mi frente, haz lo que quieras de tu esclavo, yo te pertenezco, yo soy tuyo, manda y obedeceré. ¡Yo te amo!... ¡Bien! No nos casaremos. ¡Qué locura! Tú eres una mujer hermosa, una gran señora, hija de un ilustre duque de los godos, una reina, en tanto que yo ¡miserable de mí! ¿Quién soy yo? Una criatura inmunda y abyecta, un asqueroso judío, un sér despreciable y despreciado de todo el mundo... ¡Oh! Yo te agradezco el que siquiera me mires, y el que me permitas vivir contigo: yo te protegeré, yo te defenderé; pero no me niegues el placer de verte, no me rehuses esta obra de caridad. ¿No es cierto, Egilona de mi alma, que me concederás este favor?—Al amanecer debo asistir á una cita, luego iré á la fortaleza de Jerez, donde tengo ocultas todas mis riquezas, porque yo he ganado mucho oro; todo lo traeré aquí y ya no volveremos á separarnos.—Yo te cuidaré como una madre cuida á su hijo, te defenderé como un leon, velaré tu sueño con la lealtad de un perro, te obedeceré como un esclavo, te idolatraré como el más rendido de los amantes. Y cuando no acierte á darte gusto, amada mia, podrás castigarme; y

cuando te llegues á cansar de mí, señora de mi corazon, yo mismo te ayudaré á proporcionarte placeres, yo mismo te serviré en tus amores. Nobles caballeros, hermosos paladines te entonarán trovas amorosas durante la noche, y tú los escucharás con apacible semblante; yo tu esclavo, los serviré de rodillas si tú me lo mandas. Entonces una mirada de tus hermosos ojos ó una sonrisa de tus labios, será el premio de mis afanes y hará toda mi felicidad.—Yo no tengo más que ofrecerte, mujer adorada; te doy mi vida y mi amor. ¡Ah! ¿Y no estarás contenta todavía?

Y así diciendo el enamorado judío besaba suplicante las manos de Egilona, que regaba con sus lágrimas, mientras que ella no podia menos de escuchar muy conmovida apuella pasion tan profunda como volcánica, aquella abnegacion sin límites, tanto más extraña y lisongera para una mujer, cuanto el carácter del judío era más enérgico y resuelto.

—¡Ah! No te ofendas, añadió Daniel, si mi humilde labio te ha dicho sin reserva todo lo que siente mi corazon. ¡No te ofendas! Porque no es un delito, señora de mi vida, el que un enfermo se queje de su dolencia.

La luna brillaba en el límpido azul del cielo, y las rosas embalsamaban las brisas que recogian en sus alas fugitivas el blando murmurio de la fuente. Todo era encanto, soledad y misterio, todo respiraba placer y ternura en el ameno jardin. Egilona, oyendo hablar al judío, tenia fijos en él sus hermosos ojos empapados en esa dulce languidez de amor que conmueve hasta las últimas fibras del corazon del hombre. La hermosura es un delicioso bre-

baje que turba agradablemente los sentidos. El alma de Daniel se hallaba envuelta por la impalpable y vaporosa nube de la ilusion, un dulce fuego serpeaba por sus venas, el vigoroso latido de su corazon amenazaba romper su ardiente pecho, y ciñó sus brazos en torno del cuello alabastrino de su amada, que le rodeó con los suyos, blancos y tersos como dos bandas de seda. Luego el judío estampó un beso delirante en los húmedos labios de la hermosa, que, perdidos los ojos en las estrellas, palpitaba trémula y feliz bajo aquel beso de amor.

CAPITULO XLVII.

Las ruinas de la abadía de San Mancio.

Cuando la aurora empezó á esparcir sobre la tierra su purpurina luz, asomando por las puertas del oriente como una vírgen engalanada con su toca de carmin, bajo un aéreo dosel de blandas nubes de oro y azul que mecian suavemente los céfiros matinales, un venerable anciano de luenga barba y exótico ropage apareció sentado en las ruinas de la abadía poco distantes del torrente y del castillo de Amarga-cena.—Junto al anciano veíase un envoltorio que contenia un sér lindo y gracioso profundamente dormido. Aquel niño era el nieto de don Julian. Con la cabeza apoyada en ambas manos, el gran sacerdote Samuel tenia todas las apariencias de un hombre sumergido en profundas reflexiones. Así permaneció durante algun tiempo, hasta que al fin levantó su rugosa frente murmurando:

—¡Si no viniera don Julian! ¡Oh! Entonces todo se

habria perdido... Pero no, yo en mi carta le decia al general Muza que hoy le dejara libre, por si en efecto mataba al rey, y que despues podia... Veremos si Daniel ha hablado con don Rodrigo... ¡Qué impaciencia, Dios de Israel!—¡Y Efraim tampoco viene!

Como si hubiese adivinado el pensamiento del gran sacerdote, en aquel instante apareció Efraim cargado con una porcion de haces y una víctima, es decir, un cordero más blanco que la nieve.

—¡Viniste al fin! ¡Con cuánta impaciencia te aguardaba! ¿Y los ancianos? preguntó Samuel.

—Señor, me estarán aguardando en el otro extremo del monte, respondió Efraim.

—¿Y has observado esta noche, como te dije, el campamento de los godos?

—He cumplido fielmente vuestras órdenes.

—¿Pudiste hablar con don Oppas?

—Sí, señor, y me ha dicho que don Pelayo en persona va á dirigir la batalla...

—¡Rayos de Jehová! interrumpió furioso el anciano. ¿Es posible que Pelayo combata en favor del que tan infamemente le ha ofendido?—Oye, Efraim. ¿Habrá sabido tal vez Pelayo que la verdadera intencion de los moros es conquistar la España?

—No lo sé, señor; pero don Oppas no me ha dicho nada.

—¿Y cuándo piensan los godos empeñar el combate?

—Don Oppas cree que aguardarán en sus puestos la acometida de los sarracenos.

Esta noticia pareció tranquilizar algun tanto á Samuel.

—Pues en ese caso, dijo, es necesario que al punto demos la señal que á un mismo tiempo servirá para los nuestros que manda don Oppas y tambien para los moros.—Te encargo, y hazlo presente así á todos los nuestros, que se custodie muy cuidadosamente el arca sagrada, que hasta la última hora, á nadie, ni aun á los moros reveleis nuestro asilo, y que permanezcais en la cima del monte orando mientras dure la batalla.

—¿Pero y vos, señor?

—Yo tal vez no vea el desenlace de este espantoso drama, dijo con voz lúgubre el anciano.

—¡Señor! ¡Qué estais diciendo! ¿Qué será del pueblo de Israel, si falta su gefe?

—Puede suceder que yo falte; pero no es seguro, querido Efraim, respondió el anciano haciendo un esfuerzo por sonreirse.—De cualquier manera es preciso preveerlo todo, y por lo tanto te doy este documento, que encierra la salud y libertad de Israel, para que se lo entregues de mi parte á los ancianos. Es el contrato celebrado entre el pueblo hebreo y los generales Muza y Tarif.

Y así diciendo, Samuel entregó el pergamino á Efraim, no menos sorprendido de aquellas terribles precauciones que de las misteriosas palabras del gran sacerdote.

—Ahora, añadió este, apresúrate á reunirte con los ancianos, y tan luego como celebreis el sacrificio, cuidad de que la hoguera haga mucho humo para que puedan divisarlo los moros, y más particularmente don Oppas, á fin de que tome todas las precauciones que crea oportunas.

—¿Y á qué hora hemos de dar la señal, es decir, encender la hoguera?

Samuel permaneció algunos minutos pensativo; luego paseó una mirada en torno suyo, y habiendo visto á un hombre á lo lejos, dijo de repente:

—Dentro de una hora... ¡Adios, querido Efraim! ¡El Dios de Israel sea con vosotros!

Y el anciano, cuyos ojos empañaba una lágrima, abrazó cariñosamente á Efraim. Pocos momentos despues que este hubo desaparecido, se presentó en las ruinas por direccion opuesta un nuevo personage. El gran sacerdote le salió al encuentro, y con evidente ansiedad le pregunto:

—¿Habeis visto al rey?

—No, señor, repuso Daniel, que era el recien llegado.

—¡Cómo! ¿Y qué respondereis al conde Childebrando?

—Que lo he visto, repuso el médico con imperturbable sangre fria.—¿No me dijísteis que os era indiferente, y que dejábais á mi eleccion el ver ó no al rey? En todo esto no he visto más que una amable solicitud por vuestra parte para que yo gane algunas libras de oro.

El médico creyó que en nada se oponia á los nuevos propósitos que habia hecho á instancia de Egilona el dar aquel golpe, que debia ser el postrero, para aumentar su ya bien provista escarcela.

—Si es así, dijo Samuel, tendreis que manifestar al conde que el rey ha dado su negativa para la entrevista que solicitaba.

—Nada de eso, señor.

—¿Pues qué vais á decirle?

—Lo primero es que me pague, y para conseguirlo es necesario darle algunas esperanzas.

Al oir tales palabras, Samuel no pudo disimular su alegría.

—Ya os están aguardando las tropas en las inmediaciones de la fortaleza de Jerez; hoy vereis cumplidos vuestros deseos, dijo el anciano creyendo halagar al médico con semejante noticia.

Daniel no juzgó aquella ocasion oportuna para manifestarle sus nuevos proyectos, ya fuese que pensase desaparecer en silencio, ó ya porque le conviniese ir antes á la fortaleza donde tenia ocultos sus tesoros.

—Mirad, dijo al anciano aprovechando aquel incidente para mudar de conversacion, mirad aquel hombre que se dirige hácia nosotros. ¿Es tal vez el conde Childebrando de quien me habeis hablado?

—Justamente, repuso Samuel visiblemente conmovido á la aparicion del supuesto Childebrando.

—¡Hola! ¿Qué es eso? preguntó muy admirado Daniel, que hasta entonces no habia reparado en el envoltorio que estaba junto á las ruinas. ¿Habeis traido á Chindasvinto?

—Sí, respondió algo confuso el anciano; he pensado llevarlo á una nodriza, una pastora que habita algunas millas de aquí, para ponerlo á cubierto de los accidentes de la guerra y de las pesquisas del rey.—Siempre es bueno tener rehenes.

Daniel se quedó muy pensativo y entregado á las más tristes reflexiones durante algunos minutos. Pensó que el gran sacerdote traía entre manos negocios de gran impor-

tancia que este no habia querido revelarle. Recordó con pesar todos los crímenes que habia cometido, todas las lágrimas que habia hecho derramar, y una afliccion indefinible se apoderó de todo su sér. El noble sentimiento del amor habia, digámoslo así, regenerado su alma, y ahora sentia una especie de aversion invencible hácia las maquinaciones que otras veces habian constituido su dicha y su fortuna. Daniel se hallaba casi arrepentido y pensaba sériamente en vivir tranquilo y feliz con su amada. Sin embargo, por una debilidad harto comun en el corazon del hombre que por largo tiempo ha sufrido el férreo yugo del vicio, Daniel se habia prestado á la supercheria que el gran sacerdote le habia exigido para con el conde Childebrando, que no era otro que don Julian. El anciano tenia sus razones para ocultar el verdadero nombre del padre de Florinda. En cuanto á Daniel, como su principal defecto consistia en la vil codicia que le devoraba, pensó en que esta farsa le valdria dinero, y transigió consigo mismo, considerando que era la última picardigüela que haria. Esta idea le tranquilizó.—El dragon de los vicios cuando ha sentado su nido en nuestra alma, necesita muchos saetazos de voluntad para que espire, y aun así deja dolor hasta tanto que no se comprende toda la heroicidad que encierra el sacrificio.

—Os aconsejo, dijo Samuel, que os mostreis travieso con Childebrando, y que le hagais entender, como mejor sepais, que teneis mucha influencia sobre el ánimo del rey. En esto principalmente estriba que su recompensa sea magnífica.

—Gracias, por el consejo, respondió gozoso Da-

riel; pero descuidad, que ya sabré yo explotar la mina.

El sitio en que se encontraban nuestros interlocutores era una esplanada que se hacia en el monte donde antiguamente se levantaba la abadía de San Mancio. Todavía se conservaban algunos arcos cubiertos de plantas parietarias, muros destrozados y algunas columnas enhiestas en cuyos capiteles anidaban algunas cigüeñas, única generacion de vivientes que aun continuaba en tranquila posesion en aquellos escombros, donde agitaban sus alas como el genio melancólico de las ruinas. Lápidas sepulcrales y osamentas humanas veíanse esparcidas en el mismo lugar en que otras veces resonaron los cánticos religiosos. Todo aquel lúgubre recinto tenia ese aspecto desconsolador, solemne y misterioso propio de las ruinas, despojos del tiempo y galas de la muerte. Aquel silencio de la obra de los hombres contrastaba de una manera singular con el eterno mugido del torrente que por la parte opuesta del monte se desgajaba sobre el valle. Algunas veces, cuando las ráfagas del viento soplaban hácia las ruinas, era indispensable alzar mucho la voz para poder entenderse. Junto al herboso muro en que se hallaban Samuel y el médico, sonó de pronto un confuso rumor de ayes y lamentos. Nuestros personages asomaron la cabeza por cima del muro y vieron á una pobre mujer arrodillada al pié de una cruz destrozada que sobresalia entre los escombros. Aquella anciana era la penitente, que, como ya sabe el lector, estaba citada por Samuel en las ruinas de San Mancio. La infeliz anciana alzó sus ojos, y habiendo visto al gran sacerdote, corrió exhalada á su encuentro. La penitente estaba más pálida, más descarnada, más esqueleto que nun-

ca; pero sus ojos brillaban de un modo extraordinario, y en su frente resplandecian una ternura y felicidad inefables. Hubiera podido compararse á un árbol seco cuya copa apareciese chispeante de oro por los últimos rayos de un sol poniente.

—¿Hace mucho tiempo que estás aquí? preguntó Samuel.

—He pasado toda la noche en estas ruinas haciendo oracion, repuso la anciana.

—A fé mia que eres puntual.

—¡Y no lo he de ser! Hace tres noches que mis ojos no se cierran pensando siempre en el venturoso momento de abrazar al hijo de mis entrañas. ¿Tardará mucho? preguntó la anciana mirando alternativamente á Samuel y á su compañero.

—Todavía aguardo á tres personas que muy pronto estarán aquí, una de ellas es tu hijo.

—¡Oh! exclamó la penitente regando con sus lágrimas los piés del anciano, yo te agradeceré eternamente tu generosidad; tú me harás bendecir mi muerte, porque ya no moriré sin abrazar á mi hijo; ¿pero qué tienes, amado Samuel? ¿Por qué tiemblas?

—¡Ah! No puedo permanecer indiferente á tu emocion. ¡Yo tambien me acuerdo de mi hijo!... Pero ya que el mio no existe, al menos tendré el placer de entregarte el tuyo. ¡Pobre madre! Despues de tantos años de expiacion, ¡me inspiras una compasion tan profunda! Mucho me has hecho padecer, pero...

—De rodillas te lo pido, Samuel, perdóname, perdona todas las amarguras que haya podido causarte. ¡Te he ofen-

dido tan cruelmente! Y en cambio me devuelves mi hijo, el fruto de un amor criminal que ha llenado mi alma de hiel... Desde hoy yo seré capaz de besar la tierra que pises, mi vida y mi corazon te pertenecerán. ¡Oh! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Sabes tú lo que una madre es capaz de hacer por el que le devuelva su hijo perdido? ¡Y en tí esta accion vale tanto! Yo, aunque fuese reina de todo el mundo, no pudiera recompensar tanta generosidad. ¡Dios te lo premiará en el cielo! Dios, que es el único que puede encontrar un premio suficiente á una virtud tan grande. Yo se lo rogaré. Y el Señor te conceda tanta dicha como mereces, esposo mio. ¡Desgraciada de mí! porque he emponzoñado tus dias con mi amor criminal.

Samuel se adelantó algunos pasos á recibir á un nuevo personage que acababa de llegar á la planicie del monte. En aquella rápida evolucion, observadores menos preocupados que Daniel y la penitente, habrian podido conocer que la intencion del anciano era cambiar sin testigos algunas palabras con el recien venido, es decir, con don Julian.

—¿Y mi hijo? preguntó este con viveza.

—Muy poco debe tardar. Hoy se cumplirán todos vuestros deseos.

—¿Quién es ese jóven que os acompaña?

—El amigo de que os hablé la otra noche, quien ha tomado á su cargo el proporcionaros una entrevista con el rey.

—¡Oh! exclamó gozoso el conde. ¿Y lo conseguirá?

—Creo que sí.

—¡Oh, Samuel! Vos sois mi ángel bueno.

—Tiene una influencia maravillosa sobre don Rodrigo.

—¡De veras! ¿Y no sabeis la causa? dijo el conde con curiosidad.

—La ignoro completamente.

Don Julian hizo un gesto de disgusto.

—Acaso vos podais conseguir que os la diga. Os aconsejo que seais pródigo en ofrecerle dinero, añadió Samuel.

—Descuidad.—Es un medio excelente para descubrir secretos.

—¡Ah! Se me olvidaba deciros que debeis llamaros Childebrando, pues he creido oportuno que no figure vuestro nombre.

—¿Y por qué? Me es igual, dijo con indiferencia el conde.

—No es igual, señor, porque así es más fácil que el rey caiga en el lazo, pues aceptará una entrevista con un caballero desconocido bajo cualquier pretesto, en tanto que si se trata de vos, adivinará desde luego el motivo y se negará á hablaros.

—Teneis razon; ¡vive Dios que estais en todo!

Y ambos se dirigieron adonde estaban Daniel y la penitente, el uno muy pensativo, la otra muy conmovida. Don Julian saludó afectuosamente al médico, y miró con curiosidad á la anciana, que, con los ojos fijos en la tierra y los brazos cruzados sobre su pecho, semejaba á la estátua del dolor.

—¿Podemos hablar? dijo Daniel interrogando con una mirada á Samuel.

—Cuando gusteis, mi querido amigo, respondió el anciano con su sonrisa más amable.

—Sí, sí, estoy impaciente por saber el resultado de vuestra entrevista con el rey, añadió el supuesto Childebrando.

—Señor, dijo Daniel con voz melíflua, yo he creido conveniente, salvo mejor parecer, manifestar al rey que dos caballeros cristianos me habian dado el encargo de hacerle presente: Que si les ofrecia cierta recompensa, estaban dispuestos á introducirse de noche en el campamento de los moros y traerle las cabezas de los generales Muza y Tarif, con lo cual desapareceria el peligro que amenazaba á su reino y á su trono.

—Eso haria mucha impresion en el ánimo de don Rodrigo, dijo Childebrando.

—Sin duda alguna, respondió el astuto narrador. ¿Y qué recompensa quieren? me preguntó con viveza el monarca. Yo le respondí «que los caballeros querian tener una entrevista con S. A., pues que la tal reconpensa debia ser de naturaleza reservada, atendiendo á que no habian querido comunicármela, limitándose solamente á autorizarme para proponerle una cita secreta junto á la Cruz del lloro.» Estas palabras, continuó Daniel, escitaron vivamente la curiosidad del rey, curiosidad que yo procuré aumentar por todos los medios posibles.

—Lo creo así, dijo Samuel con solapada sonrisa dirigiéndose á Childebrando, lo creo así, señor, porque mi amigo, además de ser naturalmente muy persuasivo é insinuante, posee medios infalibles para obligar al rey á ejecutar aquello que nos parezca más difícil.

Daniel respondió á este irónico cumplimiento con una inclinacion de cabeza más irónica todavía.

—Pero en fin, dijo Childebrando, ¿qué resolvió don Rodrigo?

—Durante mucho tiempo permaneció en una actitud profundamente meditabunda, hasta que por último me manifestó que la victoria adquirida por medio de un crímen semejante repugnaba á la lealtad de un guerrero; que no obstante, lo pensaria detenidamente, y que de todos modos deseaba conocer á los caballeros que se habian atrevido á concebir tan extraño proyecto. Y me mandó que esta tarde volviese para manifestarme su última resolucion.

—¿Y creeis que irá con vos á la Cruz del lloro? preguntó Childebrando.

—¡Oh señor! No me es posible dar una respuesta afirmativa.

—Yo creo, caro amigo, que vos podreis decidir al monarca á que dé ese paso, dijo Samuel.

—Es preciso que lo consigais, añadió el conde.

Y recordando que el anciano le habia advertido que se manifestase pródigo, acompañó las anteriores palabras con un argumento que creyó irresistible.—El supuesto Childebrando alargó al médico una bolsa asaz bien provista de oro, que despues de algunos fingidos melindres el médico no tuvo inconveniente en aceptar. Samuel volvió rápidamente la cabeza hácia el otro extremo del monte, como si un súbito recuerdo se hubiese presentado á su imaginacion. Miró, en efecto, y vió una densa columna de humo que en caprichoso giro se elvaba al cielo. La señal del combate ya estaba dada, y fué tan violenta la agitaciou que se apoderó de su alma, que para no caerse tuvo nece-

sidad de apoyarse contra el muro, cerca del cual se hallaba. Todo esto pasó con la rapidez del rayo; Samuel logró dominarse, y los demás interlocutores continuaron su diálogo, muy agenos de que ya era humanamente imposible conjurar la tempestad que bramaba sobre sus cabezas. El gran sacerdote, despues de algunos momentos, dirigiéndose á Childebrando, con un tono extraordinario de firmeza, dijo:

—Yo os aseguro que, como mi amigo quiera, vos conseguireis vuestro objeto.

—Pues entonces yo le ruego muy encarecidamente que quiera, dijo Childebrando.

—Pero eso es mucho decir, señores. ¿Puedo yo disponer de la voluntad de otro?

—Tratándose de don Rodrigo, yo sé muy bien que sí podeis decidir su voluntad á gusto de la vuestra, insistió Samuel.

El médico, que en las palabras del gran sacerdote solo veia un deseo de proporcionarle la ocasion de ganar algunas libras de oro exagerando su influencia para con el rey, empezó á hacerse el misterioso, atendida la importancia que á los ojos de Childebrando le daban los encomios del gran sacerdote.

—Permitidme, dijo don Julian dirigiéndose al médico, que manifieste mi sorpresa; pues á la verdad, no deja de parecerme extraño el que tengais tanto ascendiente sobre el ánimo de don Rodrigo, cuyo carácter no es el más á propósito para dejarse dominar.

—Os sorprende esa circunstancia, ¿no es cierto? dijo Samuel.

—Y mucho más tratándose de un sugeto tan oscuro como yo, añadió el médico con socarronería.

—Confieso francamente que mi sorpresa es tan grande como mi deseo de saber la causa de tan extraordinaria influencia.

—Es muy sencilla. Héla aquí, dijo Daniel subyugado por el oro que habia recibido, y mostrando al conde el envoltorio que estaba junto á las ruinas.—Palideció espantosamente Samuel é hizo una seña á don Julian para que guardase su incógnito. Don Julian comprendió aquella seña, y contestó afirmativamente. Samuel entónces respiró, apresurándose á decir:

—Este es el nieto del conde don Julian, cuya trágica historia es imposible que no sepais.

El conde se aproximó al niño; sus facciones se alteraron visiblemente, y de seguro le habria estrechado entre sus brazos, si una segunda mirada de Daniel no le hubiese aconsejado prudencia y dominio sobre sí mismo.

Don Julian fué dueño de reprimir su tierna espansion; pero clavó una mirada triste y colérica á un tiempo sobre la linda criatura, semejante á un angel dormido.

—Quisiera saber cómo habeis llegado á merecer tan en alto grado la confianza del rey, dijo don Julian dirigiéndose al médico.

—Tened presente que mi amigo está dotado de la más severa discrecion, observó el gran sacerdote.

—Sí, sí, dijo Daniel, no puedo negar que efectivamente mis secretos cuestan caros.

—¿Qué quereis decir? preguntó don Julian.

—Mi amigo quiere derir, respondió Samuel, que vende los secretos.

El médico, dirigiéndose al conde, dijo:

—Y como os habeis manifestado tan pródigo con vuestro humilde servidor, voy á revelaros la causa de mi privanza con el rey. Yo soy médico, señor, y ya comprendereis que un médico puede prestar á un rey eminentes servicios, y de paso debo decir que pocos pagarán tan generosamente como don Rodrigo, sobre todo si su amor se interesa. Sin duda habreis sabido la ardiente pasion que el monarca profesa á la hija del conde don Julian...

—Sí, sí, ya lo sé, interrumpió el supuesto Childebrando con voz sorda.

—Pues bien, continuó el médico, es inútil deciros que yo serví al rey en el logro de sus deseos, por lo que me recompensó expléndidamente, y despues me entregó para que cuidase de su crianza al fruto de su amor, es decir, á este niño que he puesto en manos de mi amigo Samuel por motivos que, si él quiere, podrá manifestaros. —En cuanto á mi humilde persona, debo decir que desde entonces me distinguió el rey con su confianza, agradecido á los servicios importantes que yo le habia prestado en su amorosa empresa.

Don Julian escuchó estas palabras con una emocion profunda, pero que pasó inadvertida para el médico.—Samuel en tanto fijó sus ojos llenos de júbilo en la llanura del valle invadido por una cuadrilla de ginetes árabes. Luego vió el humo, que cada vez más denso anunciaba el momento de la pelea, y le pareció oir el lejano rumor de atabales, trompas y demás instrumentos bélicos.

—Ya es tiempo, murmuró el gran sacerdote; al fin Muza ha seguido en un todo las instrucciones de mi carta...

—¡Samuel! exclamó la penitente, que habia permanecido silenciosa y retirada del grupo de los interlocutores, querido Samuel, ¿deberé aun esperar mucho tiempo? ¡Cuán grande es mi impaciencia!

—Muy pronto verás cumplidos todos tus deseos.

—¡Dios te bendiga! exclamó la anciana vertiendo lágrimas de ternura, de esperanza y de gratitud.

El supuesto Childebrando permanecia indiferente á todo cuanto pasaba en torno suyo. Una sola idea absorbia todo su sér, un sentimiento de impaciente curiosidad devoraba su alma; el conde queria saber de qué modo el médico habia contribuido á la consecucion de los criminales deseos del monarca. Don Julian ignoraba todos los pormenores del lastimoso suceso de su hija.

—¿Y qué hicísteis, preguntó, para que Florinda no escapase de los brazos del rey?

—Una cosa muy sencilla. En mi calidad de médico, le administré una bebida soporífera, y durante su letargo don Rodrigo abusó...

—¡Rayos del cielo! gritó frenético el conde, que desenvainando rápidamente su espada, la hundió en el pecho de Daniel antes que este tuviese lugar de sospechar siquiera el intento del irritado caballero.

El médico desenvainó instintivamente su puñal é hizo un movimiento para arrojarse sobre su enemigo. Luego extendió sus brazos como para buscar un apoyo; una ancha fuente de sangre brotó de su pecho, sus ojos se cerra-

ron á la luz, la palidez de la muerte cubrió su semblante y se desplomó en el suelo. Samuel entonces prorumpió en una estrepitosa carcajada que nada tenia de humano. La fisonomía del viejo sacerdote tomó una expresion indescriptible de ironía sangrienta, de gozo satánico, y de refinada crueldad. Espantoso y terrible estaba el anciano en aquel momento.—La penitente contemplaba llena de estupor y de lástima aquel sangriento espectáculo. El gran sacerdote se retiró algunos pasos, y con voz de trueno gritó:

—¡Conde don Julian! ¡Ahí teneis á vuestro hijo!... ¡Raquel! Ahi tienes el fruto de tu adulterio.—Vosotros fuísteis los autores de mi deshonra y de la muerte de mi pobre hijo, de mi querido Joaquin... ¡Me he vengado! ¡Me he vengado!

No pretendemos describir, porque es imposible, la emocion, el furor, la angustia, la amargura, la desesperacion, que tales palabras produjeron en la engañada penitente.—La infeliz anciana se precipitó sobre el cuerpo ensangrentado de Daniel, y le estrechaba contra su corazon y besaba sus ojos, su rostro, su boca, como si intentase infundirle nueva vida con sus caricias maternales. ¡Terrible cuadro!

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio! ¡Hijo de de mi corazon! exclamó la desolada madre.

Luego no pronunció ni una sola palabra; inclinó su cabeza sobre el pecho de aquel hijo tan amado, y solo un ronco estertor anunciaba que aun vivia.—Durante algunos minutos el conde don Julian permaneció estupefacto, inmóvil, petrificado de horror. Al fin haciendo un violen-

to esfuerzo y pasando la mano por sus ojos, cual si se creyese juguete de una espantosa pesadilla, se aproximó al cadáver del médico y le arrancó el puñal, que aun apretaba con la última crispacion de la agonía. Don Julian lanzó un grito terrible.

—¡Mi puñal! exclamó con voz ahogada de ira y de dolor.

El conde habia leido en la empuñadura este nombre: «*Raquel*.»—Acaso el lector no haya olvidado que el médico dijo en una ocasion á Egilona que cuando encontrase al dueño de aquel puñal habia encontrado á su padre. En cuanto á don Julian, ya no le quedó la menor duda de que la penitente era su amada, de que el médico era su hijo, á quien su propia mano acababa de arrancar la vida. Dos lágrimas ardientes se desprendieron de los ojos del conde, que elevó al cielo una mirada de desesperacion, una mirada en que pudo leerse una espantosa blasfemia contra el Dios que así le perseguia, contra el destino que tan cruelmente le trataba.

—¡Oh! exclamó el desdichado padre con un acento desgarrador. ¡Yo lo he muerto! ¡Yo mismo lo he muerto!... ¡Y no puedo esperar de él una mirada como padre, ni que me perdone como á su asesino!

Daniel, que habia comprendido á pesar de su desvanecimiento las palabras del anciano sacerdote y del afligido conde, abrió sus ojos, tendió una mano á la penitente y otra á don Julian, murmurando:

—¡Madre de mi corazon!... ¡Padre mio!... Yo os perdono... ¡Florinda era mi hermana! yo hubiera querido mil veces...

No pudo acabar; un extremecimiento nervioso sacudió su rostro, una convulsion suprema recorrió su cuerpo, lanzó un gemido y espiró.

—¡Me ha perdonado! exclamó don Julian cayendo de rodillas junto al cadáver de su hijo, y allí quedó como insensato, estúpido, embotado de dolor.

El infernal Samuel gritó con voz incisiva é irónica:

—He cumplido mi promesa; he contado contigo para vengar á mi hijo, y te he restituido el tuyo; ahí le tienes con la hermosa esclava judía, tu querida de otros tiempos, la pérfida Raquel... ¡Conde don Julian! Yo he guardado tu hijo muchos años cerca de mí para entregártelo muerto por tu propia mano. ¡Imbécil! Te he engañado como á un niño; ahora comprenderás lo que es el dolor de un padre; he querido enseñarte á padecer... Te creías desgraciado. ¡Insensato! Ahora aprenderás á maldecir la hora en que naciste.

El conde, saliendo de su estupor, se abalanzó como un tigre al diabólico Samuel con la espada desnuda.

—¿Piensas acaso que temo á la muerte? Despues de haber llevado á cabo mi exterminio, ¿para qué necesito vivir? Yo me he vengado; pero permanezco inaccesible á tu venganza, y tú serás víctima de los mismos que has llamado para vengar tu afrenta... ¿Y no te acordabas de la mia? ¿Pensabas que iba á quedar impune porque recayese en un mísero judío cuyo nombre no te habias cuidado de saber? ¡Estúpido y ciego! Los tuyos te maldecirán hasta la última generacion; has esclavizado á tu patria, has dado muerte á tu hijo; maldícete á tí mismo si vives, condénate si mueres... ¡Me he vengado! ¡Me he vengado!

«¡Me he vengado!»

Y una risa satánica estalló en los labios de aquel hombre cruel y rencoroso, semejante á un ángel de exterminio.—Don Julian, sin hablar una palabra, habia acometido al anciano, que se fué retirando hácia el punto en que una gran cavidad del monte servia de cauce al torrente. Samuel, acosado por el irritado conde, se detuvo en la orilla del precipicio.

—¡Perro judío! El infierno te ha vomitado para atormentarme; pero juro á Dios que tu martirio ha de ser horrible, te he de quemar á fuego lento, y mandaré curar tus llagas para renovarlas despues, y te daria mil veces la vida para darte otras tantas muertes entre torturas espantosas; no huyas, quiero tenerte vivo. ¡Viejo vil é hipócrita! Las furias del averno me prestarán todas sus ingeniosas crueldades para saciarlas en tí ¡perro judío!

Y don Julian envainó su espada y extendió sus nervudos brazos para asir del cuello al terrible Samuel.

Ya no te escaparás de mi venganza, añadió el conde viendo que un abismo se abría detrás de su enemigo, y que le era imposible huir.

El príncipe de los sacerdotes lanzó una carcajada infernal, gritando:

—¡Necio! No lograrás tu intento, yo sí he logrado el mio... ¡Me he vengado! ¡Me he vengado!

Y al pronunciar estas palabras, que llenaban su rostro de una alegría infernal, y que en aquel momento constituian todo el gozo de un condenado, se arrojó de espaldas al torrente, dió una vuelta sobre sí mismo en el vacío, y al fin su cráneo se rompió rebotando contra las rocas. Luego las aguas espumosas del torrente cubrieron el

cuerpo destrozado, y sobre aquella líquida tumba nada más se vió sino un cándido remolino de espuma que se rizaba á su propio impulso como el plumage de un cisne al soplo de los céfiros. Don Julian, al borde del precipicio, habia contemplado aquella escena tan rápida como terrible. Despues, cediendo á la fascinacion que siempre causa en nuestro espíritu la vista de un abismo, sintió un desvanecimiento inexplicable, un vértigo espantoso, causado por aquel zumbido bramador, que le impulsaba á sepultar los dolores de su alma en el fondo del torrente. El conde retrocedió horrorizado, y lleno de amargura y de afliccion indecibles, se dirigió paso á paso hácia las ruinas, cerca de las cuales veíase á la penitente sobre el cuerpo ensangrentado de su hijo. Allí se detuvo con los brazos cruzados, los ojos fijos y tristes, y oprimido el corazon. Así continuó mucho tiempo sombrío, lúgubre y pensativo.—La anciana permanecia con su rostro descarnado junto al rostro lívido de Daniel, y una de las manos de aquella cubria la herida del jóven, como si la pobre madre hubiese querido cerrar la entrada á la muerte. De pronto don Julian se dirigió á la anciana, la tomó en sus brazos y procuró arrancarla de aquel sitio. La penitente volvió á desplomarse como una cosa sin vida ni movimiento, como una masa inerte. ¡La infeliz estaba muerta!... Entonces aquel hombre tan enérgico y valeroso prorumpió en amargo llanto:

—¡Mi hijo! exclamó al fin entre sollozos. ¡Mi hijo muerto por mi propia mano!... ¡Y Florinda desbonrada por mi hijo!... ¡Qué horror!... ¡Eran hermanos! El la sacrificó, yo lo sacrifiqué. ¡Todos unos contra otros nos he-

mos estrellado rudamente en nuestro camino!... ¡Oh fatalidad! ¡Maldito rey! El ha tenido la culpa de todo. ¡Maldito! ¡Maldito!

Lo que entonces pasó en su alma contemplando aquel tierno y horrible grupo de la madre y del hijo, solo Dios ha podido saberlo; no es posible á un mortal escribirlo.— Al fin rompió su silencio diciendo:

—¡Desdichada Raquel!... Pero no, no. Tú viste á tu hijo y has muerto; tú ya eres feliz... Yo lo he visto tambien, le he quitado la vida. ¡Y aun vivo!

Y el conde sacó su acero manchado con la sangre de Daniel é hizo un movimiento para traspasarse el corazon. En aquel instante oyó cerca de las ruinas un débil vagido que poco á poco se fué aumentando hasta que claramente pudo distinguirse el llanto de una criatura. Era el niño Chindasvinto, que acababa de despertar. El conde corrió á él exhalado, y le tomó en sus brazos cariñosamente.

—¡Pobre niño! murmuró. Te habia olvidado en medio de mi dolor egoista... Tú eres lo único que me queda de todo cuanto he amado en el mundo. ¡Ay! Ya no volveré á ver á tu madre, á mi querida Florinda. ¡Infeliz!... Yo no debo morir hasta no haberte salvado, inocente niño. ¿Quién sabe lo que tú serás un dia?

Y tomándolo en su brazos, el conde cubria su lindo rostro de besos y de lágrimas. Luego se dirigió adonde tenia su caballo amarrado á un árbol, y desapareció rapidamente cuando ya las primeras *algaradas* (1) de los moros anunciaban el momento de empeñar el combate.

---

(1) Alaridos ó gritería con que acostumbran los moros entrar en la pelea.

CAPITULO XLVIII.

La batalla del Guadalete.

Don Julian se encaminó al galope á su tienda, situada en el campamento árabe. Iba tan dolorosamente preocupado con las escenas que acabamos de bosquejar, que no advirtió siquiera el movimiento que reinaba en el ejército africano.—El fiel Gumildo salió á recibirle apenas llegó á su tienda, en la cual se alojaban el conde, Requila y Sisebuto. Don Julian supo por su escudero cómo Requila estaba armándose para el combate, y que Sisebuto ya hacia algun tiempo que habia desaparecido.—El conde penetró en la tienda y refirió á su amigo todo cuanto acababa de sucederle. Fácil es de comprender la indignacion, la sorpresa y dolor que tales noticias produjeron en el ánimo del buen Requila, el cual tan sinceramente amaba á don Julian como deudo y como amigo.—En seguida el conde se puso á escribir con mano trémula y

convulsa. Terminada su tarea se levantó y entregó el pergamino al leal Requila.

—¿Qué me dais aquí? preguntó este.

—Mi testamento, respondió el conde; tened la bondad de leerle.

—¡Oh! exclamó Requila despues de haber leido, comprendo perfectamente vuestra intencion.

—Os voy á exigir un favor, el último que acaso os pida vuestro amigo.

—Decid, decid.

—Que inmediatamente monteis á caballo y os retireis á uno de vuestros castillos, donde procurareis educar á este pobre niño como si fuese vuestro propio hijo.—Ya sabeis cuál es mi objeto, él heredará todos mis bienes; pero cuando tenga edad suficiente es necesario que haga lo que le ordeno, y si vos me empeñais vuestra palabra de secundar en un todo mis designios, moriré contento y bendiciendo vuestro nombre.

—¿Pero por qué habeis de morir?

—Querido Requila, el tiempo es precioso, yo necesito permanecer aquí, y es casi seguro que no escape de esta batalla, que aun no se ha comenzado, pero que por su causa y sus efectos tal vez dure su memoria eternamente.

—Pues bien, estoy dispuesto á complaceros.

—¡Gracias! ¡Querido amigo, gracias! exclamó el conde con efusion.—Ahí llevais las instrucciones necesarias, que espero cumplireis fielmente.—¿No os parece que será merecida la venganza? ¡Maldito rey! ¿Sabeis por qué os he dado este encargo? Porque pienso buscarle yo mismo en la batalla, y saciar en su sangre maldecida mi rabiosa

sed de venganza. Si logro mi deseo, yo iré á buscaros y á mi pobre nieto; si el rey no sucumbe, si yo muero, ya sabeis cual es mi última voluntad.—Partid, partid pronto, querido amigo, antes que la tardanza imposibilite nuestros proyectos.

Los dos guerreros se abrazaron afectuosa y fraternalmente. Luego el conde tomó al niño, y despues de besarlo por última vez con una ternura infinita, se lo entregó á Requila, que se dispuso á partir inmediatamente, jurando realizar los deseos del desdichado conde. Y en verdad que fué tierna y patética la despedida de los dos amigos.—Don Julian, cuando vió desaparecer al buen Requila con el precioso depósito que se le habia confiado, respiró como si un enorme peso se hubiese descargado de su corazon, Y en seguida se vistió su armadura, llamó á su escudero Gumildo, le pidió su caballo de batalla, empuñó una fornida lanza, y se aprestó á entrar en el combate ardiéndole en ira el corazon y deseando encontrar á Rodrigo para vengar no solo su afrenta, sino tambien la muerte de su hijo causada por el rey, que en una sola ofensa habia deshonrado á Florinda y manchado á Daniel con el crímen más negro y horroroso, con el crímen de haber contribuido á la deshonra de su propia hermana.—Pero en el momento en que acababa de montar en su corcel, se presentó el moro Alcama y le intimó de parte del general Muza la órden de que permaneciese encerrado en su tienda. El noble conde, tan sorprendido como irritado de aquella extraña violencia, se negó á obedecer y quiso arrollar con su caballo al enviado de Muza. Gumildo igualmente se apercibió á la defensa de su señor; pero algunos

ginetes árabes se precipitaron inesperadamente sobre ambos, les derribaron en el suelo, y mal de su grado les condujeron á su tienda, ahora convertida en su prision. —El padre de Florinda recordó entonces las fatídicas palabras de Samuel, el cual le anunció que sería víctima de los mismos á quienes habia llamado para vengar su afrenta; pero en su dolorosa preocupacion, don Julian no habia advertido que una cuadrilla de ginetes árabes habia venido espiando todos sus pasos desde que bajó de las ruinas de la abadía de San Mancio hasta llegar al campamento. Para comprender tan extraña y desleal conducta por parte de los generales árabes, es necesario tener presente que la infernal astucia del gran sacerdote perseguia al desdichado don Julian, aun despues de la muerte de aquel. El lector acaso recordará la carta que Samuel escribió al general Muza despues de haber prometido al conde entregarle su hijo y secundar sus deseos de una entrevista con el rey. Ahora bien, el rencoroso anciano, para coronar su horrible venganza, creyó oportuno manifestar al caudillo moro que don Julian pensaba desafiar á don Rodrigo, y que una vez destronado este ó vencido, el padre de Florinda se opondria con todas sus fuerzas al proyecto de los árabes. Añadia la carta que convenia le dejasen libre para asistir al duelo que, si en último caso se verificaba sucumbiendo Rodrigo, siempre sería favorable á moros y judios, puesto que desbandado el ejército real, se aseguraba la victoria; y que despúes de aquella entrevista que debia tener lugar en las ruinas de la abadía de San Mancio, el general Muza era muy dueño de hacer del conde don Julian lo que más fuese de su agrado ó de su

conveniencia.—Fácil es de concebir que el objeto del gran sacerdote al escribir esta carta, era atraer al conde á la cita en que tan bárbara venganza le aguardaba, y además conseguir la total ruina de su enemigo, aun cuando él ya no existiese. Ya hemos visto que la maquiavélica y tenebrosa trama del anciano estaba bien urdida como despues fué bien ejecutada. Los generales Muza y Tarif, habiendo observado al amanecer la señal convenida, habian formado su campo y dado la órden de acometer al enemigo. Muza, vestido una tersa armadura y empuñando una cimitarra de fino acero damasquino, recorrió las filas de sus soldados alentándoles á la pelea. Mandaba Muza el ala izquierda del ejército agareno, y obedecian sus órdenes los Mauros ó antiguos Numidas, que regian caballos veloces como ciervos; los Etiopes, de tenebrosos rostros y diestros en el arte de disparar flechas emponzoñadas; los Núbios, tambien de bronceado color y hábiles honderos; y por último, componian su guardia algunos escuadrones de tostados árabes, terribles en la pelea y voluptuosos trovadores en el harem.—Tarif mandaba el ala derecha, y formaban su hueste peones egipcios armados de picas, ginetes moros empuñando fornidas lanzas y ciñendo corvos alfanges, gran número de descontentos godos que, viles ó rencorosos, habian ofrecido su brazo al enemigo de su patria, multitud de flecheros de todas las partes del Asia que obedecian al gran Califa de Damasco, y por fin, la caballería árabe, compuesta de Jeques ó nobles, resplandecientes de oro y pedrería, y gobernando *koclanes* de generosa raza, ardientes como el rayo y veloces como el céfiro. Luego seguia un numeroso coro de Alfaquíes ó

sacerdotes con la Sagrada Manga levantada en alto y entonando cánticos guerreros al sublime Profeta. El valeroso Tarif, caracoleando bizarramente en su árabe troton, ofreció recompensas y esperanzas de botin á los soldados, gloria y honores á los gefes, desagravio á los godos que le acompañaban; recordó á los árabes su valor y hazañas que habian conquistado toda el Asia y gran parte del Africa, les encareció la mayor gloria y ensalzamiento que por este medio conseguiria el Coran, cuyos enemigos eran los cristianos, haciéndoles presentes sus disturbios intestinos que tanto facilitaban la victoria, y citándoles el triunfo del año anterior; por último, les ponderó la dulzura del clima, la riqueza del país y la hermosura de sus mujeres.—El bravo caudillo con sus palabras sagaces supo infundir un generoso ardor marcial á sus soldados, que, impacientes como el corcel que tasca el freno, se ostentaban fieros y ganosos de lidiar alzando terribles algaradas, señal cierta de su enojo y su bravura. En aquel instante un apuesto ginete, seguido de un escudero núbio, se presentó al general Tarif, y le dijo:

—Vengo á demandarte licencia de retar al rey de los cristianos á singular batalla, pues si sucumbe al filo de mi cimitarra, acaso podrá escusarse la pelea, ó al meno el triunfo no será dudoso.

—Mucho me place, valiente caballero, tu bizarro intento. Tienes mi permiso, respondió Tarif con apacible gesto.

Gozoso el campeon con tal respuesta, clavó los acicates á su volador caballo dirigiéndose á la tienda de don Rodrigo, adonde envió el negro que le servia para que

propusiese el reto de parte de un Jeque ó caballero árabe. Entre tanto el ejército cristiano en aquel memorable dia se ostentaba digno de su nombre. El gran Pelayo, en su corcel de batalla, vestida una armadura resplandeciente cual de bruñida plata y cubierta la cabeza con un dorado yelmo engalanado con su plumosa cimera, ordenó sus guerreros colocando los peones en el centro y la caballería en las dos alas del ejército.—¡Cuán bello y arrogante parecia el jóven héroe! Reuniendo la floreciente juventud de Apolo á la belleza varonil de Antinoo, recorria las filas noble y fiero como si los expléndidos destinos de la España venidera reposasen sobre su augusta frente. Al través de la visera sus vívidos ojos destellaban rayos de gloria y de valor. No parecia humana criatura, sino el ángel de las batallas. Tal era la atmósfera de luz y de prestigio que, como una radiosa nube, le circundaba.—Despues de recorrer el campo se detuvo junto á la tienda del rey, donde se hallaba la flor de los caballeros godos.

—Llegó el dia, les dijo con voz vibrante y fiera, en que podais mostrar al mundo que el valor indomable de los godos aun se alberga en vuestros robustos pechos. ¿Y quiénes son nuestros enemigos? El Asia adúltera y el Africa venenosa, que nos asestan sus aleves tiros, olvidando que nuestros mayores las amarraron al carro de sus triunfos. Hoy les probareis que sois godos todavía peleando por vuestro Dios, vuestra patria y vuestra libertad. No os asombre esa muchedumbre de enemigos de diversas naciones, sin disciplina ni concierto. Esas turbas se disiparán como sombras al fiero resplandor de vuestras espadas; Dios nos ha puesto delante todos nuestros enemigos

reunidos para que de un solo golpe acabemos con su poder. Acordaos de vuestros padres ancianos, de vuestras esposas, de vuestros hijos, y sereis invencibles. Esos africanos son traidores é injustos; pero vosotros defendeis vuestro hogar.—¡Alegraos! Hoy es un dia de gloria; dias como este anhelan los valientes. ¡Al combate! ¡Al combate!... Vamos, que en vuestras fieras miradas estoy ya leyendo la victoria.

Y el héore estaba radiante de entusiasmo, de confianza y de valor. Las músicas resonaron, el dios de la guerra infundió en cada corazon una rabiosa sed de sangre, el ejército cristiano empezó á moverse hácia el enemigo, y el Guadalete contemplaba con asombro tanta guerrera pompa.—¡Cuánto gallardo ginete! ¡Cuánta bandera! ¡Cuánto datilado borceguí! ¡Cuánta garzota mecia el viento! ¡Cuánto oro, acero, armas y colores reverberaban los rayos del sol! Los espumosos corceles relinchaban lanzando fuego y humo; los dos contrarios ejércitos empuñando sus lanzas se aproximaban como dos selvas impelidas por el huracan; las trompas y clarines del cristiano respondian «guerra» á los atabales y atambores del arabe que clamaban «guerra.» ¡Bello y terrible cuadro en que el horror y el marcial alborozo se confundian á un mismo tiempo!—De repente ambos ejércitos se detuvieron mirando caracolear bizarramente á un apuesto caballero árabe, seguido de un escudero negro. El anciano Fagildo se llegó entonces al valeroso Pelayo, y le dijo de órden del rey que le siguiese á su tienda. Obedeció el caudillo cristiano. El arzobispo de Toledo y gran número de prelados, y caballeros godos acompañaban al rey, que acababa de armar-

se y parecia dispuesto á tomar parte en la terrible lucha.

—Querido Pelayo, dijo el rey, te he mandado llamar para que digas tu parecer acerca de un incidente inesperado que acaba de ocurrir.

Don Rodrigo refirió á su primo cómo un caballero árabe le habia retado á singular batalla.

—Tú eres noble y valiente, continuó el monarca, y por lo mismo en esta ocasion espero me aconsejarás lo que mejor se avenga con mi nobleza y mi valor. ¿No es verdad que debo aceptar el reto?

Don Pelayo permaneció silencioso. Una sospecha acababa de herir súbitamente su espíritu como un relámpago que cruza la esfera en una noche tenebrosa. Habiéndole parecido extraño aquel reto personal, pensó en que tal vez el padre de Florinda, para vengar cuerpo á cuerpo su afrenta, se habria disfrazado de árabe y desafiado al monarca.

—¿En qué estás pensando? preguntó este con alguna impaciencia.

Pelayo, despues de un momento de irresolucion, manifestó francamente sus temores.

—En cuanto á eso, dijo el arzobispo Urbano, casi puede asegurarse de que es un árabe, pues un escudero núbio ha venido á proponer el reto de parte de su señor.

—Eso no seria una dificultad; pero me convenzo de que mis temores son infundados, porque habiendo visto al árabe aunque llevaba el rostro cubierto con la visera de su almete, creo que en nada se parece á don Julian.

—¿Y en dónde está? preguntó el rey.

—Anda paseando á caballo entre el espacio que media

entre los dos ejércitos, y como he visto que le seguia un negro, supongo que será el que ha venido á retaros.

—Pero en fin, sea quien fuere, dijo el rey. ¿Qué harias tú en mi caso?

—Siendo rey, y en el momento que va á empeñarse una gran batalla de la cual depende la suerte de nuestra patria...

—Te sacrificarias en su obsequio, interrumpió don Rodrigo. ¿No es esa tu opinion?

—Al contrario, señor, no espondria sin la más imperiosa necesidad mi vida, porque de su conservacion dependia el destino de la nacion goda.

—¿Lo veis, señor?—Pelayo, has dicho exactamente lo mismo que he manifestado á S. A., dijo el venerable arzobispo dirigiéndose al jóven.

—¡Ira de Dios! exclamó el rey furioso. Es el caso que ya no puedo rehusar el duelo.

—Pero yo no puedo permitir que se verifique, Rodrigo.

—Eres un noble caballero, Pelayo; tú miras por mi existencia con una lealtad que no merezco. ¡Ah! Otro hombre en lugar tuyo desearia mi muerte.

El generoso Pelayo bajó los ojos y guardó silencio.

—¿Y por qué no podeis rehusar el duelo? preguntó el arzobispo.

—Porque he dicho al mensagero que acepto el combate, respondió el rey.

—Pues bien, en ese caso yo lo arreglaré todo, dijo Pelayo.—V. A. no debe esponerse, pues ya comprendereis la impresion que vuestra muerte produciria en el ejér-

cito, si por desgracia sucumbiéseis en el duelo.—Yo me batiré en vuestro lugar.

—Nunca, nunca, querido Pelayo, respondió el rey abrazando con efusion al noble hijo de Favila.

—¿Y qué necesidad hay de que ese desafío se lleve á cabo? Si tú sucumbes, amado Pelayo, tambien será una desgracia irremediable, dijo el arzobispo.

—Decís bien, Urbano, replicó el rey; yo no puedo dejar de medir mi lanza con ese infiel que ha provocado mi enojo.

—Hacedme el favor de darme vuestro casco, dijo Pelayo quitándose su yelmo; ahora, señores, os recomiendo que oreis por nuestra patria y no es preciso que nadie se entere de este cambio. Nuestra estatura y nuestra edad, añadió dirigiéndose al rey, son muy semejantes, por lo que ese infiel creerá, si llega á darme muerte, que ha vencido al rey de España, en cuyo caso V. A. sabrá demostrar á nuestros enemigos que ha sido inútil su astucia.

—En efecto, observó un caballero godo, es muy posible que los moros intenten hacer consistir el éxito de la batalla en una escaramuza particular.

—Pues en ese caso se engañan.

Y don Pelayo desapareció rápidamente de la tienda, en seguida cabalgó en su troton y partió como un rayo hácia su enemigo. Un silencio solemne y aterrador reinaba en ambos ejércitos, que contemplaban absortos la encarnizada lucha. El cristiano, enristrada la lanza y con la impetuosidad de un torrente, cayó sobre el árabe, que apercibido y osado aguardó el violento choque. Rotas las lan-

zas, el uno puso mano á la espada y el otro á su corva cimitarra. Los dos guerreros eran diestros y fuertes; si uno intenta acometer, el otro logra guardarse; si uno recurre á la fuerza, el otro se muestra más vigoroso; si recurre á las mañas, es igual en ambos la destreza. El tiempo corria, la ansiedad aumentaba entre moros y cristianos, y la victoria agitaba sus alas indecisa sobre los dos paladines. Lleno el pecho de rabia y de vergüenza á vista de los suyos, cada uno de los campeones se esforzaba inútilmente por rendir á su adversario. Cuando el honor sagrado se contempla en público no hay hazañas que le basten ni peligros que no supere.—Furioso Pelayo de tanta resistencia, asestó sobre el acerado almete de su enemigo tan fuerte golpe, que aturdido inclinó la cabeza sobre el arzon de su caballo. Repuesto el árabe, y cuando intentaba acometer al cristiano, recibió una estocada en el pecho, sus manos abandonaron las riendas y la cimitarra, el verde prado se enrojeció con la caliente sangre, y el moro cayó en tierra.—Dos gritos terribles resonaron en aquel momento, el uno de furor en el campo árabe, el otro de triunfo en el ejército cristiano.—Don Pelayo descabalgó con intento de cortar la cabeza de su enemigo para llevarla por trofeo á la tienda del monarca.

—¡Maldito seas, rey de España! exclamó el moribundo animándose súbitamente de una manera terrible. ¡Que la sangre del hijo y la muerte del padre pesen como una maldicion sobre tu frente! ¡Asesino! ¡Asesino!

¡Quién pudiera pintar la afliccion inmensa del buen Pelayo cuando en tales palabras reconoció al hijo de Witiza!

—¡Sisebuto! ¡Amigo mio! exclamó el héroe levantando la visera de su casco.

—¡Pelayo! ¿Eres tú? ¡Ah! ¡Y yo creí que era el rey!... Me he disfrazado para vengar personalmente á mi pobre padre...

—Yo he venido en lugar del rey... ¡Qué desgraciado he nacido! Perdóname, amigo mio, perdóname!

Y el noble Pelayo, habiendo quitado el almete á Sisebuto, derramaba tiernas lágrimas sobre su lívido rostro.

—Tú eres quien debe perdonarme por no haber seguido tus consejos... Bien decia Amasvindo... La venganza me ha sido funesta. ¡Patria mia!... ¡Querido Pelayo!... ¡Adios!

Con el corazon oprimido y vertiendo lágrimas de sangre permaneció el héroe largo tiempo junto al cadáver de su amigo. Entre tanto los árabes, dando terribles algaradas, se adelantaron hácia los godos, y el combate entonces se trabó con horrible encarnizamiento. El hijo de Favila cabalgó rápidamente, y á la cabeza de sus caballeros se lanzó al combate furioso como un leon herido y procurando olvidar su dolor en el fragoroso tumulto de la pelea. ¿Quién podrá nombrar al primero que hirió? ¿Quién podrá contar los modos de morir? Unos caen al impulso de una lanza, otros abatidos al rudo golpe de una piedra, aquel atravesado de una flecha, este bajo el cortante filo de una cimitarra, quién espira pisoteado por los bridones. El gran Pelayo, animando á los suyos con las palabras y el ejemplo, volaba en su corcel esgrimiendo su fulmínea espada semejante á un genio fabuloso. Nada se le resiste, todos huyen espantados del formidable guerrero, cuya po-

derosa diestra se ensañó contra un grupo de traidores ¡oh mengua! que rodeaban al belicoso Tarif. En aquellos godos bastardos cebó su furia el ínclito Pelayo, haciendo morder el polvo á Osmundo, á Elipando y al último gobernador de la Tingitania el conde Gundemaro. Sigue adelante el héroe sembrando la muerte y la desolacion en las filas africanas, esparciendo y derribando árabes como el viento dobla al pasar los ondulantes trigos. El valeroso Muza le salió al encuentro; pero Pelayo lo derribó de un golpe y continuó su homicida carrera, en tanto que multitud de árabes acudió en socorro de su general, á quien levantaron gravemente herido. Muza se retiró de la batalla. En seguida el esforzado Mahomet se le presenta, y desguarneciéndole una hombrera, le hirió en el brazo izquierdo. Furioso revuelve Pelayo contra su enemigo, á quien de un tajo derribó el almete, y de un segundo golpe digno de su robusto brazo le hendió la cabeza hasta los dientes. Luego el terrible Alcama se precipita sobre el hijo de Favila, y despues de un combate algo reñido, el moro cayó atravesado por la nervuda diestra del cristiano... Llegó la noche, envolviendo en su manto de tinieblas el estrago y la matanza. Ni el árabe ni el godo habian conseguido ventaja alguna decisiva; hierro contra hierro, diamante contra diamante, solo habian comprendido unos y otros que el valor era igual por ambas partes, retirándose todos á sus tiendas para entregar al descanso y al sueño los cuerpos que habian escapado de la muerte.—Cuando el sol derramaba su nueva luz por el mundo, las trompas y clarines resonaron, y gozoso Marte volvió á recrear sus ojos crueles en el sangriento espectáculo. ¡Batalla inaudita!

Siete veces el sol mostró á los mortales su refulgente carro y otras tantas volvió á ocultarse en occidente sin lograr ver el fin de la bárbara contienda. El octavo dia volvió á empezarse de nuevo.—Durante la última noche, el blanco alquicel de un árabe habria podido vislumbrarse al cruzar el campo cristiano y dirigirse á la tienda de don Oppas, que mandaba la derecha del ejército godo-judío. Despues de una hora de conferencia, la blanca sombra volvió á salir, y aquella noche es fama que el traidor entrevió en su sueño una corona. Lasos y débiles, despues de tan prolongada lucha, se encontraban ya los dos ejércitos; empero el ódio les prestó nuevo aliento. Aquel dia, segun todas las apariencias, debia decidirse la suerte de la infortunada España. El venerable arzobispo Urbano y todos los prelados y sacerdotes que acompañaban al monarca, se retiraron á la colina donde se elevaba el altar coronado por una cruz, y allí de hinojos imploraban al Eterno una mirada de piedad para la hermosa patria, que tan heróicamente defendian sus valerosos hijos. ¡Bello espectáculo el de aquellos ancianos que oraban mientras los jóvenes guerreros combatian!—Impaciente por terminar el combate, y contra los enemigos de sus leales servidores, el rey se puso aquel dia á la cabeza de su ejército resuelto á morir ó vencer. A usanza de los monarcas godos cuando entraban en lides, Rodrigo se vistió sobre su armadura una túnica de riquísima tela de oro y recamados, y desde su carro de marfil habló á los suyos, infundiéndoles nuevo aliento con su presencia y sus palabras.—Pelayo por su parte se habia cubierto de inmarcesible gloria durante aquel combate maravilloso, cuya increible duracion debia prolongar-

se siglos. El gran Pelayo, que sin cesar recorria las filas, notó que uno de los enemigos que más estrago hacia en los cristianos, era un guerrero de negra tez y estatura gigantesca que mandaba á los flecheros Etiopes armado de una desmedida cimitarra. Cual suele el segador tronzar las mieses á golpes compasados con la respiracion tranquila, avanzando á paso igual y sereno con el cuerpo ligeramente inclinado, así el formidable negro esgrimia su cimitarra, abriendo en torno suyo un ancho círculo de miembros palpitantes entre los peones godos. El hijo de Favila se dirigió al terrible negro, el cual al primer golpe desjarretó el caballo del cristiano, y á no valerle su prodigiosa destreza, de seguro la cimitarra del infiel habria puesto término á sus hazañas. Pelayo se levantó, ligero como un corzo, abandonando su corcel caido, y entonces se trabó una lucha terrible á pié y cuerpo á cuerpo entre el africano y el godo. A los pocos momentos una ancha fuente de sangre negra y espumosa brotaba del pecho del Etiope. — En seguida acometió á Pelayo el formidable Arbolah, guerrero árabe y de alta reputacion entre los suyos. El incansable campeon sostuvo con este nuevo adversario una reñidísima y desigual lucha, hasta que por fin lo derribó de un golpe furibundo, y el amante de Florinda cabalgó en el árabe corcel de su enemigo, despojo de su bravura. Parecia que cuantos más contrarios se le oponian al héroe, mayor fortaleza alentaba su corazon y su brazo á la manera que el mar brama tanto más furioso cuanto más altas rocas se le oponen. — Vagaba por el campo el esforzado paladin como el genio del exterminio. Él hizo morder el sanguinoso suelo al feroz Ismael, al valiente Yusuf y al gallardo Ab-

del Mohumen. Nunca espumante jabalí acosado por los sabuesos mostró sus colmillos tan ensangrentados como el hijo de Favila ostentaba los filos homicidas de su acero. ¡Inútil heroismo!—Al mediodía, y en lo más recio de la pelea, se oyó un alarido formidable entre los africanos, y otro grito semejante resonó como un eco á espalda de los godos, que de improviso se vieron acometidos por sus mismos compañeros. El infame y vil don Oppas habia dado la señal á los aleves israelitas, crecen la turbacion y el espanto, caen los valientes heridos por detrás mientras que sus nobles pechos servian de invencibles muros á los contrarios, los gritos suben al cielo, el furor y la rabia hacen desesperada la defensa; conocida la traicion los más fuertes desmayan, y ya solo anhelan morir matando.—Entonces Rodrigo abandona su carro de marfil y oro, salta sobre su caballo *Orelia*, empuña una ñudosa lanza, y como tigre hircano se precipita en el combate; pero ¡ay! el ejército casi ha desaparecido; Oppas y Ebba con su numerosa hueste se han pasado al campo árabe; y solo quedan algunos leales que en breve sucumbirán. Lanzó un gemido el desdichado rey, y se arrojó en las lanzas africanas buscando honrosa muerte.—Entre tanto los traidores se retiraron de la batalla en compañía de Tarif, que dejó un cuerpo de refresco al mando de Albucacim para que sostuviese el ya débil combate, y para que despues siguiese el alcance á los escasos restos del ejército godo. Cuando Oppas y Ebba llegaron á la tienda del general africano, este les hizo tomar asiento con muestras de la mayor deferencia y gratitud. Tarif salió en seguida á dar algunas órdenes á sus subalternos, pero volvió á poco tiem-

po. Gozoso el vil don Oppas de su obra inícua felizmente terminada, pidió al general que lo pusiese en posesion del trono de su padre, que él le cederia la Mauritania Tingitana, y que por último seria siempre su aliado y amigo, segun habia estipulado la noche anterior con Albucacim. Una insultante carcajada fué la respuesta del general cuando exigió el traidor el cumplimiento de sus ofertas.

—Señor, insistió don Oppas, habeis empeñado vuestra palabra, nosotros hemos cumplido nuestra promesa, y además ofrecemos cederos la Tingitania...

—¿Y para qué necesito que me la cedais, si ya es mia lo mismo que la España entera?

—¡Traicion! exclamó Ebba empuñando su espada.

—Donoso es por cierto que hableis de traicion, vosotros que habeis vendido á vuestra patria y á vuestro rey, contestó sonriendo desdeñosamente el caudillo árabe.

—Los judios...

—Los judíos al menos eran enemigos y como tales obraban, interrumpió Tarif.

En este momento entraron en la tienda algunos soldados que á un signo de su general se precipitaron sobre los dos hermanos, y despues de desarmados y con las manos atadas, fueron conducidos á otra tienda que servia, digámoslo así, de déposito de prisioneros. Muchos godos habian sido cautivos por los infieles, y todos lamentaban su propia suerte y la de su patria amada; pero no eran tratados con rigor ni estaban amarrados como los viles hijos de Witiza.—Llamaba la atencion entre los cautivos un hombre ya entrado en años, pero de semblante enérgico y que se paseaba entre los demás inquieto, sombrío, ha-

blando consigo mismo, y con todas las señales del más insensato furor ó del más completo delirio. Un jóven y otro prisionero ya de edad viril le contemplaban con profundo enternecimiento. Entre tanto los infieles conducian á cada instante muchos nobles cautivos, de los cuales algunos hicieron un movimiento para lanzarse sobre el que hemos dicho parecia muy agitado, en quien fácilmente el lector habrá reconocido al padre de Florinda. El jóven y el otro prisionero salieron á su defensa, y á falta de otras armas, esgrimieron sus robustos puños en favor del desdichado conde, mientras los centinelas africanos miraban con indiferencia aquella lucha y aquellos insultos. El jóven era el leal Gumildo, que habia sido encerrado con su señor; el otro prisionero era un modesto personage que, no obstante su humildad, se le habia visto en la batalla seguir constantemente al gran Pelayo, hasta que al fin despues de batirse como un leon habia caido en manos de los moros. Era el buen Ferrandez, el escudero del hijo de Favila.—De pronto se abrió la puerta, los centinelas se inclinaron con respeto, y apareció el general Tarif seguido de algunos de sus oficiales.

—¡Infame! ¿Por qué me tienes aquí? gritó furioso el conde.

—A fé mia, que lo siento, Julian, respondió el moro.

É informado de los insultos que muchos nobles habian dirigido á don Julian como el causador de la ruina de España, les dijo señalando á don Opppas y Ebba:

—Hé aquí los más viles y despreciables de los godos! estos son los traidores que hoy han vuelto sus armas con-

tra sus hermanos, y para que veais el desprecio que me inspiran, ahora mismo van á ser degollados.

Y varios soldados etiopes sacaron de la tienda á los dos hermanos para cumplir al punto la sentencia de su general, que continuó dirigiéndose al conde:

—Tú, Julian, eres un noble caballero, un padre desgraciado, y todo cuanto has hecho para vengar tu afrenta lo hubiera yo intentado hallándome en tu lugar.—Samuel nos habia escrito tus proyectos de desafiar al rey y hacernos volver al Africa, y esta última circunstancia ha sido la causa de tu encierro. Ahora la España pertenece al gran Miramamolin: ya estás libre, Alá te ayude y te consuele.

Todos los circunstantes oyeron con admiracion las palabras del moro, que, á pesar de su fiereza, se manifestaba justo y hasta generoso. Empero el conde don Julian sintió el dolor más profundo, la desesperacion más inmensa cuando comprendió que sus temores se habian realizado, que la prediccion de Pelayo se habia cumplido, pues que su patria ya era esclava del sarraceno.

—¡Y tú tambien eres traidor! exclamó al fin lleno de ira el generoso conde. Yo queria vengar mi afrenta y destronar á Rodrigo; solo para esto imploré vuestra ayuda, y así solemnemente lo hemos contratado. ¡Tarif! añadió con acento suplicante, abandona la España, cumple tus promesas, y yo te acompañaré como tu más humilde esclavo. Yo te pido de rodillas que no hagas caer sobre mi frente el eterno baldón de que he vendido á mi patria amada.—¿Para qué me has dado la libertad? ¿Crees que he de ir adonde oiga voces cristianas que me acusen de traidor? Compadécete de mí: por lavar la mancha de mi honor lo

he intentado todo; ¿y quieres ahora hacer que solo haya conseguido el mancillarlo eternamente?

—Yo obedezco á mi amo, Julian, repuso el moro enternecido.

—El honor es primero.

—Así estaba escrito.—Confórmate.

Don Julian inclinó tristemente la cabeza, luego un brillo sombrio animó sus ojos, y por último, sacó el puñal que habia arrancado á Daniel y que llevaba oculto cuando le encerraron.

—¡Cautivos godos! exclamó. Todos sabeis mi triste historia y todos acabais de oir que ha habido traidores cristianos y judíos que han vendido á nuestra cara patria; pero si algun dia cobrais libertad y la vil calumnia quiere mancillar mi nombre, rechazad en voz alta la mentira, y decid á vuestros hijos que los moros tambien fueron traidores; que regué con mi sangre el tratado que ellos no cumplieron, y que el que fué hasta criminal por ser honrado, pudo serlo todo menos traidor.

Y el infeliz conde sacó el pergamino que contenia el tratado con Tarif y Muza, lo colocó sobre su pecho, y en seguida se atravesó el corazon con el misterioso puñal de su hijo Daniel. Todo esto fué tan instantáneo como un relámpago; Gumildo en vano procuró ayudar á su señor, Ferrandez lloraba, todos los cautivos estaban suspensos y conmovidos, y hasta el mismo Tarif se retiró de aquel teatro sangriento enternecido y admirado. Entre tanto el combate continuaba entre pocos guerreros, pero que peleaban con el frenesí de la desesperacion. El gran Pelayo, comprendiendo que todo estaba perdido, habia mandado

á algunos de los suyos para que por sendas extraviadas condujesen al venerable Urbano y á los demás prelados hasta ponerlos en seguridad, mientras que el caudillo cristiano con algunos escuadrones hacia un esfuerzo de valor heróico para contener las tropas de Albucacim.—Era la tarde, y el octavo sol caminaba á dar su luz á otro hemisferio espantado de tan terrible lucha y del lastimoso desastre de los godos. El Guadalete corria amedrantado á ocultarse en el mar teñido en sangre goda y africana. ¡Qué cruento espectáculo presentaba el campo de batalla! Por todas partes veíanse esparcidas armas, banderas, montes de cadáveres y cuerpos aun palpitantes mordiendo con furor el sanguinoso suelo. Todo aquello que antes se vió de lujo y pompa en armaduras, garzotas y colores, ahora estaba empapado en sangre y pisoteado por los combatientes. Yacía el bridon tendido junto al amo, el compañero cerca del compañero, el enemigo asido al enemigo, y el muerto junto aquèl á quien antes diera muerte. Un rumor indefinible vagaba por el campo; unos murmuran al espirar el nombre de su amada, otros recuerdan sus pequeños hijos, aquel repite el nombre de su madre, otro suspira por su amante esposa, y de vez en cuando turba el aire el lamento del herido ó los ayes plañideros del moribundo.—Las últimas fuerzas se agotaron, y los míseros godos tuvieron que fiar su salvacion á la velocidad de sus corceles. Seguian los moros el alcance, y muchos desdichados encontraban en el Guadalete la tumba que la batalla les negára. Otros más acertados se encaminaban hácia el monte de Amarga-cena, donde la maleza patrocinaba su fuga. Pelayo tuvo la dicha de tomar este último camino,

y á todo el correr de su caballo avanzaba hácia donde debia encontrar al arzobispo y su pequeña escolta. De repente al cruzar un sendero se le apareció sobre un caballo espumoso un hombre pálido, erizados los cabellos, cubierto de sangre, de polvo y sudor, y rasgado el rico manto que le cubria. El desconocido fijó sus ojos desencajados y tristes en el héroe cristiano, diciendo con voz doliente:

—¡Mira! No te detengas ni un momento.

—¡Rodrigo! exclamó Pelayo profundamente conmovido al contemplar al rey en tan infeliz estado.

—¡Mira! volvió á decir.

Pelayo tornó la cabeza hácia donde señalaba el rey, y vió adelantarse al galope un numeroso escuadron de árabes.

—Huye, noble hijo de Favila, huye del bárbaro africano que ya es dueño de la opulenta Andalucía. Aun resuena el clamor de su triunfo; por ahora bastante se ha peleado ya por la patria y por mi trono... La España te encomienda su salvacion, conserva tu vida, cumple tus destinos, fia en la Providencia, reune á los nuestros, y vuelve un dia á estos campos para lavar en ellos la infame afrenta del imperio godo. Dios me ha castigado por mis crímenes, y ni siquiera me ha concedido el consuelo de hallar famosa muerte... Tú serás digno rey de mi pueblo. ¡Perdóname! ¡Adios!

Dijo, y arrancando profundos solloozs de su pecho, el mísero monarca desapareció por la espesura en su volador caballo. El amante de Florinda, traspasado el corazon de pena y reuniendo á cuantos fugitivos encontraba, procuró salvarlos y salvarse.—Rodrigo, ó por mejor decir su caballo desbocado, se internó en el monte de Amarga-

cena. El fogoso animal subia las colinas y bajaba las cuestas con la velocidad del rayo, y el ginete, perdidos los estribos, afianzado á las espumosas crines, desencajados los ojos, sudoroso y sangriento el rostro, dilatada la nariz, entreabierta la boca, palpitante el pecho, crispadas las piernas sobre los hijares, jadeaba, corria, volaba sobre el frenético bruto inobediente al freno y solo dócil á la espuela. Los valles y los montes, el cielo y la tierra se confundia para él en esa ilusion óptica, en esa fantasmagoría atronada que zumba en los oidos, que escita los nervios, que aturde en la rapidez de una carrera desenfrenada, cuando parece que todos los objetos, que el mundo entero se mueve, se agita, salta y rebota.—El rey distinguió ó creyó distinguir al pasar por una senda inmediata á un castillo una mujer jóven, pero desmelenada, con el rostro cadavérico y vestida con un rico trage, aunque desdeñado y descompuesto.

—¡Vil Rodrigo! gritó aquella terrible mujer con bronco acento y crispando los puños de furor al vislumbrar al monarca. ¡Que el puñal atraviese tu corazon y el veneno emponzoñe tus entrañas de tigre! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!

Aturdido y aterrado el infeliz monarca al oir aquella terrible imprecacion que le parecia venir del infierno, procuró, aunque en vano, detener su bridon para convencerse de que no era un sueño. El desdichado Rodrigo acababa de ver á Egilona, la cual abandonada en el solitario castillo de Amarga-cena, inútilmente habia aguardado el regreso del judío Daniel. Habiendo consumido todas sus provisiones la desdichada Egilona, se resolvió al fin á sa-

lir de su encierro; pero no se habia atrevido á bajar á poblado comprendiendo por el lejano clamoreo que llegaba hasta su oido que se habia trabado el combate entre moros y cristianos, y ya hacia dos dias que se sustentaba de algunas frutas secas. Aquella infeliz mujer abandonada, perseguida y hambrienta, estaba verdaderamente espantosa de rábia y desesperacion. Los ginetes árabes que hemos dicho seguian el alcance á los fugitivos godos, la aprisionaron y la condujeron á su general. Empero Rodrigo no habia podido ver esta escena arrastrado por el impetuoso bruto que, lleno de espanto, redoblaba su carrera frenética á medida que el caballero daba mayores voces para detenerle. Rotas las riendas, mascando el sangriento freno, saltaba zanjas, atravesaba llanuras, traspasaba breñas, y el triste don Rodrigo volaba como si un espíritu infernal le envolviese en sus tenebrosas alas. A su espalda creía oir bramar las ondas espumosas de un mar de sangre; ante sus ojos le parecia ver constantemente amenazadora é inmovil la espantosa figura de Egilona, y fué tal el terror que experimentó el desdichado rey, que cerró los ojos para no ver, pero la terrible vision se dibujaba en su alma. Entonces creyó que su sueño en la víspera de la batalla era una realidad.—Entre tanto su caballo *Orelia* ardiente, humeante, polvoroso y veloz como un torbellino, volaba sin cesar; no era aquello un hombre y un caballo, era un sueño, un vértigo, una tempestad en figura de Centáuro. Al fin el último rey de los godos, ya asombrado, ya loco, ya idiota, mezclando juramentos, rezos, blasfemias y sollozos, desapareció entre las primeras sombras de la noche.

CAPITULO XLIX.

Muerta para el mundo.

¡España sucumbió! El dolor y el luto fueron universales, la yerma asolacion tendió sus alas destructoras sobre la rica Iberia, y el gemido de un pueblo moribundo resonó del uno al otro confin de la península. Desoladas viudas, doncellas huérfanas, padres ancianos poblaban el viento de amargos ayes y regaban la tierra con su acerbo llanto. La España toda estaba convertida en un inmenso cementerio. En la parte meridional principalmente no se veia más que ciudades desiertas, casas arruinadas, castillos abandonados, heredades incultas, villas y aldeas devoradas por el incendio.—De vez en cuando interrumpia el silencio y la soledad de los campos el galope de los caballos árabes que en todas direcciones recorrian las fértiles campiñas de la Bética. Los victoriosos hijos de Agar, nuevos huéspedes que la providencia ó la fortuna habia arrojado sobre nuestro suelo, eran los únicos habitantes

del mediodia de la España, mientras que los godos huian despavoridos de las risueñas márgenes del Bétis y del Tajo procurándose un asilo seguro en las asperezas de los montes septentrionales. Las vírgenes del Señor abandonaban sus claustros, los austeros monges dejaban sus apacibles retiros, y descalzos, cubiertos de cilicios, con la cruz á la cabeza de la comunidad, caminaban por montes y yermos conduciendo las reliquias, los vasos sagrados y los libros. Señores y siervos, pecheros y campesinos, damas y pastoras, todos huian en confusa muchedumbre con susto en el corazon y llanto en los ojos antecogiendo los ganados y llevando sobre acémilas todo la más precioso que poseian de alhajas y vestidos. La angustia, la desolacion y las lágrimas que derramaban los míseros cristianos al abandonar los lugares de su nacimiento solo podian compararse á la amargura que ocho siglos despues experimentó el pueblo de Boabdil cuando arrojado de Granada, su postrer baluarte, volvia atrás la cabeza llorando para contemplar por última vez su querida ciudad. ¡Espantosa expiacion de los moros invasores, cuyos descendientes fueron tambien expulsados! Parece que las razas, lo mismo que los indivíduos, están sujetas á la ley y á la espada de la justicia. Aun cuando la emigracion de los cristianos se dirigia en gran parte á los Pirineos, todavía era más numerosa hácia la ramificacion llamada antiguamente por los romanos *Vindios*, y *Montes Erbáreos* ó *de Europa* en la edad media. Hoy con el nombre genérico de Montes Cántabros es conocida toda la cordillera que parte de las montañas de Santander y termina en el cabo de Ortegal, dividiendo el Principado de Asturias de la provincia de Leon.

—Es indecible la heterogénea multitud que coronaba los elevados montes y caminaba por los verdes valles de aquella region encantadora, que se ofrecia á los ojos de los fugitivos como una fortaleza inespugnable, como una nueva patria al abrigo de la invasion sarracénica. Sobre la cumbre de un monte veíanse algunos ancianos obispos, un monge benedictino y un jóven guerrero, separados de la inmensa muchedumbre que se encaminaba hácia las márgenes del Deva. Todos estaban arrodillados ante una arquita cubierta de chapas de plata primorosamente labradas, y que el arzobispo Urbano acababa de cerrar y envolver cuidadosamente en lienzos encerados, colocándola despues en una caja de plomo. Aquel arca contenia las sagradas reliquias que los cristianos habian llevado de Toledo temiendo que fuesen profanadas por los infieles. Despues de una ardiente plegaria rogando al cielo por la salud de la la patria, el venerable arzobispo ocultó aquel sagrado depósito en un profundo hoyo practicado sigilosamente de antemano en la cima del monte que desde entonces fué llamado *Monte sacro*, nombre que aun conserva (1). Concluida la piadosa ceremonia, todos nuestros personages se reunieron á un numeroso escuadron de guerreros que les aguardaba al pié del monte. Aquellos campeones habian escapado de la derrota del Guadalete, y cada dia acudian

(1) En el dia por corrupcion dicen *Monsagro*. Don Alonso II, y segun otros don Alonso III, el magno, mandó conducir este arca á Oviedo en solemne procesion, depositándola en la capilla de S. Miguel, que por esto se llamó *Cámara santa*, que el rey solo con este fin hizo labrar y aun allí subsiste. Ambrosio de Morales refiere muy por menor las estimables y maravillosas reliquias que de Jerusalen vinieron á Africa, de aquí á Toledo, y que por último escondió en este monte el arzobispo Urbano.

nuevos fugitivos engrosando las filas cristianas, que reconocian por su gefe natural al jóven guerrero que hemos dicho acompañaba á los prelados, esto es, al hijo de Favila. Este, dirigiéndose al monge benedictino, que no era otro que el abad del monasterio de Valdecaba, preguntó como si anudase un diálogo interrumpido:

—¿Y qué sabeis del conde don Íñigo?

—Ya te he dicho hace algunos meses que estuvo á visitar la abadía, y como antiguos amigos me manifestó la desdichada historia de Florinda, é igualmente que esta era muy amiga de su hija Gaudiosa, y que por precaucion se habia retirado con ambas del teatro de la guerra, aun á riesgo de disgustar al rey, su sobrino, cuando supiese la desaparicion de Florinda.

—El noble don Íñigo me prometió protegerla contra las agresiones del rey...

—Y ha cumplido fielmente su promesa, interrumpió el abad.

—¿Y no sabeis su paradero?

—Es probable que le encontremos esta noche.

—El buen Ferrandez me dijo que Clotilde estaba en casa de unos arrendadores de la abadía de Valdecaba por intercesion vuestra...

—Así es la verdad.

—¿Y no sabeis qué ha sido de esa pobre muchacha despues de tantos trastornos?

—Cuando pasó don Iñigo por Valdecaba mandó llamar á Clotilde para que viese á su señora, y desde entonces ya no se separaron.

Pelayo exhaló un profundo suspiro pensando en las

desgracias de Florinda; pero debemos decir que tambien ocupaba su corazon el recuerdo de la bella Gaudiosa.—El monge y el guerrero, que se habian separado algun tanto de la cabalgata, se aguardaron para incorporarse al venerable arzobispo, que, seguido de varios prelados, magnates y caballeros, se adelantaba montado en una mula. Frecuentemente veíanse obligados los guerreros á echar pié á tierra á causa de la aspereza del terreno, que imposibilitaba de todo punto el caminar á caballo. De pronto al bajar la sierra, en un delicioso valle de árboles y flores, y junto á un cristalino rio que como una luciente y anchurosa banda de plata ceñía aquellas praderas de esmeraldas, distiguieron una porcion de eminencias coronadas por columnas llenas de inscripciones latinas.

—¿Me quereis decir qué significa este monte Calvario? preguntó al arzobispo un magnate que parecia mirar de reojo á don Pelayo.

—Esos son túmulos romanos de los más famosos guerreros de Augusto César que perecieron en estos contornos cuando intentaron sujetar á los cántabros y astures. Hé aquí recuerdos gloriosos del valor de los españoles que, aun cuando al fin fueron vencidos, resistieron con heróica tenacidad á los invasores que sobre todo el universo arrojó el Lacio (1). Entonces fueron sojuzgados, porque no hubo entre ellos union ni concierto; ahora nos

---

(1) En efecto, estos túmulos existieron cerca de Covadonga, fortaleza natural á la que se refugiaron en tiempo de Augusto los antiguos y belicosos habitantes del pais.—Cuatro ó cinco leguas de aquí hácia la Marina levantaron los romanos las famosas *Aras Sextianas* en conmemoracion de su triunfo, bien costoso por cierto, sobre los cántabros y astures.

vemos en el mismo caso; otros invasores injustos y crueles han quemado nuestros templos y ciudades, han deshonrado á nuestras vírgenes y degollado á nuestros héroes. Pero si el amor y el patriotismo nos unen, de estas grutas y asperezas volverá á salir la cruz más triunfante y España más poderosa y fuerte. Credme, hijos mios, esta será la cuna de nuestra libertad, si llevais siempre á Dios en los corazones y el hierro en las manos.

Un brillo sublime destallaron los ojos de Pelayo al escuchar en boca del anciano arzobispo estas palabras llenas de uncion y de esperanza.

—Por eso, añadió Urbano, debemos dar gracias á Dios que nos ha conducido á estos lugares, cuya situacion nos defienda y cuyos recuerdos nos alienten.

En esto vieron venir hácia ellos por el valle adelante un hombre á caballo, y que al punto fué reconocido por Ervigio y don Pelayo. Era un anciano; pero todavía ágil y nervudo, de vivo mirar, fisonomía inteligente y exterior modesto y bondadoso. El recien llegado saludó lleno de júbilo á Ervigio y á Pelayo, que le recibieron con las más cordiales muestras de alegría. Despues de los primeros cumplimientos el abad de Valdecaba dirigiéndose al anciano, dijo:

—Recibí el mensage que me enviásteis de órden de vuestro señor ofreciéndonos un asilo en su castillo de Santa Olalla.

—¿Y lo habeis hecho tambien presente así al venerable arzobispo de Toledo?

—Sin duda alguna, respondió el abad; aquí teneis al venerable Urbano, añadió Ervigio designándosele al re-

cien venido, que se apresuró á besar la mano y el anillo del anciano prelado.

—¿Está muy distante el castillo de Santa Olalla? preguntó Urbano.

—No, señor; siguiendo la corriente arriba del rio Bueña, está poco más de una legua, de modo que antes de ponerse el sol podremos llegar allá.

Y todos empezaron á caminar con presura hácia el castillo en que pensaban encontrar comodidad y descanso.—El caballero que hemos dicho miraba con cierta prevencion á don Pelayo, se aproximó al recien llegado y entabló con él un largo diálogo preguntándole por la hija de su señor, á la cual amaba con frenesí mucho tiempo hacia. Pelayo, no sin alguna mortificacion, escuchaba aquel coloquio, que comprendia mucho mejor de lo que el noble godo hubiera podido imaginar. En efecto, el caballero enamorado era Gudila; el poderoso señor que ofrecia un asilo al arzobispo y al abad era el conde don Íñigo, que poseia feudos considerables en Asturias; y por último, el anciano recien llegado era Hermenegildo, escudero del padre de Gaudiosa. A medida que avanzaba nuestra cabalgata se iba estrechando el camino que conducia á una elevada sierra cuyos piés besaba el cristalino rio. Sobre la cumbre divisábanse las gallardas y altivas torres del castillo de Santa Olalla, y en el declive del monte veíase un convento de monjas del mismo nombre, fundacion de los ascendientes de don Iñigo. Algunas casas diseminadas en torno de la iglesia y del castillo, y que blanqueaban como una bandada de palomas posadas sobre la verde copa de una encina, completaban aquel paisage risueño

y encantador. Los últimos rayos del sol que se hundia en Occidente con su manto de purpúreos celages, doraban las almenas del castillo, que descollaba ufano sobre la cima como el rey de las montañas. En aquella hora apacible y misteriosa llegaron nuestros caminantes á la hospitalaria mansion, saliendo á recibirles el anciano conde, en cuya compañía se instalaron el arzobispo y demás prelados, Ervigio, Pelayo, Gudila y gran número de hombres de armas. En cuanto á los demás guerreros, menestrales y campesinos, se alojaron en las casas inmedatas y en chozas y tiendas que construyeron. Mucha fué la alegria de don Iñigo al hospedar á los más ilustres personages de los godos, é indecible el placer que experimentó al ver sano y salvo al conde Gudila, con el que á todo trance intentaba casar á la bella Gaudiosa. Don Iñigo obsequió á sus huéspedes con un opíparo banquete en el gran salon del castillo, y alzados los manteles comenzó á tratarse de sobre-mesa de la conveniente situacion de aquellos montes para guarecerse de la invasion africana, opinando todos unánimemente que allí debian establecer su residencia y fortificarse para en caso de ser acometidos. Ya bien entrada la noche, se retiraron á sus aposentos para entregarse al descanso de que en gran manera necesitaban despues de tan largos dias de inquietud y privaciones. Mientras que todos en el castillo se entregaban al sueño, tres hermosas jóvenes velaban en una celda del solitario convento de Santa Olalla. Una de ellas, sentada junto á una mesa sobre la que habia un Crucifijo, apoyada su pálida frente en una de sus manos con actitud dolorida y meditabunda, en tanto que sus dos

compañeras se ocupaban en colocar sobre un azafate un magnífico vestido de sirgo brillantemente recamado de oro, una expléndida piocha de diamantes, costosos brazaletes y riquísimos collares. Terminada esta operacion, la que parecia más jóven vino á sentarse junto á la llorosa dama, á la cual en vano procuraba consolar. La tercera parecia tambien muy afligida, y de pié, inmóvil y silenciosa, se esforzaba por ahogar sus sollozos.

—¿En qué estás pensando, amiga mia? preguntó cariñosamente una rubia encantadora, en la que el lector sin duda ha reconocido ya á la bella Gaudiosa.

—¡Ay! En mi padre, en mi hijo, en Pelayo... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuán desgraciada he nacido!

Al recuerdo de Pelayo la hija de don Iñigo se puso como una amapola.

—Cuando esta tarde, continuó Florinda, le ví desde el mirador y mi padre no le acompañaba, mi corazon se oprimió como si la losa de un sepulcro se hubiese desplomado sobre mi pecho. ¡Mi padre ya no existe!

—¿Y quién le habia de decir que nos hallamos en este sitio? Vamos, amiga mia, no te aflijas, ignora tu paradero, y esta sin duda es la causa de que no haya venido á buscarte. Ten confianza en Dios, que nunca abandona á los suyos, y cuando menos te acuerdes te concederá la dicha de ver á tu padre y á tu hijo. En cuanto á Pelayo, añadió Gaudiosa, ya sabemos que ha escapado bueno y salvo de esa sangrienta batalla.

—¡Mi buen Gumildo! murmuró Clotilde sollozando.

La generosa Florinda, comprendiendo todo el dolor de su fiel doncella, á quien amaba tiernamente, procuró

tranquilizarla y poner término á aquella escena de recuerdos desgarradores.

—Gaudiosa tiene razon; espera en Dios, y serás feliz, dijo haciendo un esfuerzo por sonreirse; créeme, Clotilde, todavía has de ser esposa de Gumildo.

Clotilde conoció el heroismo que encerraba la sonrisa de su señora, y se esforzó tambien por enjugar su llanto para no afligirla. Gaudiosa por su parte se abstuvo de manifestar que entre los recien venidos estaba Gudila, segun le habia hecho saber su padre por medio de Hermenegildo aquella misma tarde, circunstancia que otra vez volvia á despertar todos sus temores acerca del violento enlace que el conde don Iñigo se empeñaba en llevar á cabo. Aquellos generosos corazones querian guardar para sí todo su dolor.—En seguida la hija de don Julian trazó con mano trémula sobre un pergamino algunas líneas que borraba con su llanto. Cuando hubo concluido su tarea entregó á su doncella el pergamino, diciendo:

—Haz que llegue á manos de Pelayo.

Clotilde hizo un signo de asentimiento, Gaudiosa estaba séria y triste. Florinda lo notó, y volviendo á pedir el pergamino á su doncella, se lo presentó á su amiga.

—Toma, dijo, y lée mis últimas palabras para el mundo que son una especie de testamento, puesto que este edificio será mi tumba.

Gaudiosa leyó, y en seguida se precipitó en brazos de Florinda, exclamando con la más tierna emocion:

—¡Amiga mia! ¡Generosa amiga!... ¡Eres una mujer sublime! ¡Ah! ¿Por qué has sido tan desgraciada?

Entre tanto la noche avanzaba y ninguna de aquellas

hermosas y doloridas jóvenes parecia estar dispuesta para entregarse al sueño, antes por el contrario, se pusieron á hacer mil preparativos para el dia siguiente.—Cuando empezó á rayar el alba, pura sonrisa del dia, la voz de las campanas del convento se dilató llena de ruido y de júbilo por el apacible valle de Santa Olalla, despertando á los habitantes del castillo y de las casas circunvecinas. Sabida por el venerable Urbano la religiosa y solemne ceremonia que iba á verificarse, quiso oficiar en ella, y el conde don Iñigo invitó á sus huéspedes para que le acompañasen. Seguidos de un inmenso concurso llegaron á la iglesia, cuyo recinto sombrío y magestuoso despertaba en todos los corazones el sublime sentimiento de la inmensidad de Dios. Junto á la reja del coro se levantaba un dosel cubriendo una mesa, semejante á un retablo con tapete de damasco carmesí, sobre la que se veía un devoto Crucifijo iluminado por cuatro círios, que resplandecian como estrellas en el ámbito misterioso del templo. Por fin apareció la hermosa jóven engalanada con todas las pompas del mundo, resplandeciente de galas y joyas como una desposada que es conducida al banquete nupcial. Su presencia escitó un murmullo de admiracion, de sorpresa y de ternura. ¡Brillaba en su rostro una expresion tan divina! ¡Era tan hermosa! ¡Parecia tan desgraciada! El venerable arzobispo se colocó bajo el dosel, y entonces empezó el sacrificio al resplandor de las antorchas, en medio de flores y entre el humo del incienso que en vagoroso giro se perdia en las sagradas bóvedas. Al llegar al ofertorio, el anciano arzobispo en una plática breve, pero llena de uncion y de elocuencia, pintó la gozosa paz,

la bienventurada calma de los corazones que, lejos de las borrascas del mundo, se consagran al Señor en un santo y silencioso retiro. En seguida continuó el sacrificio, dentro resonó el órgano, y fuera rimbombaban las campanas como si la santa morada de las vírgenes se regocijase al prestar asilo á su nueva compañera. Florinda, palpitante de emocion, el bello rostro inundado en lágrimas, se arrodilló sostenida por dos jóvenes religiosas que la fueron despojando de sus expléndidas galas. En aquel momento crítico y solemne la encantadora novicia levantó sus hermosos ojos y se encontraron con los de un jóven guerrero que, apoyado contra la reja, la contemplaba pálido, trémulo y lloroso. La infeliz Florinda se sintió desfallecer, los latidos de su corazon rompian su pecho, ahogó un suspiro, cruzó sus manos, elevó al cielo una mirada sublime de resignacion, y volvió á inclinar tristemente su cabeza. La mirada que cambiaron los desdichados amantes encerraba todo un mundo de recuerdos por parte de Florinda, todo un infierno de desesperacion por parte de Pelayo. Luego la abadesa desmadejó la abundante y negra cabellera de la jóven, que la envolvia como un manto de terciopelo, y armada con las sagradas tijeras, cortó de un golpe sus hermosas trenzas. Pelayo lanzó un grito desgarrador, y se cubrió el rostro con ambas manos. En seguida el hábito de estameña reemplazó á los adornos y joyas del siglo, la pudorosa toca ocultó su frente de marfil, y el misterioso velo, doble símbolo de la virginidad y de la religion, envolvió su cabeza. Nunca, sin embargo, habia aparecido más hermosa que en aquel momento.

De pronto las sonoras vibraciones del órgano se extin-

«Muerta para el mundo.»

guieron y las bulliciosas campanas trocaron sus ecos de alegria en fúnebres tañidos. ¡Florinda habia muerto para el mundo!... Entonces se prosternó en tierra sobre un paño mortuorio, cuatro blandones iluminaban los extremos, cesaron los cánticos, y un silencio solemne, el silencio de la muerte, se apoderó del templo. Para morir era necesario pasar por la tumba. Todos los circunstantes contemplaban llenos de emocion y religioso recogimiento la terrible y lúgubre ceremonia.—Transcurrido algun tiempo, el anciano arzobispo, con la estola al cuello y el libro en la mano, comenzó el oficio de difuntos, y las vírgenes del Señor continuaron con voz melancólica y pausada los fúnebres salmos. Concluida la ceremonia, la multitud abandonó la iglesia, no sin alguna precipitacion. Una terrible noticia acababa de circular entre los guerreros y demás habitantes de las cercanías de Santa Olalla. Solo Pelayo, ageno á todo lo que en torno suyo pasaba, permanecia en la iglesia mudo é inmóvil como una estátua, pálido y lloroso como la imágen de la desolacion. Por último, un ruido de voces y de alarma le sacó de su enagenamiento, y se dispuso á salir para averiguar la causa. Al pasar junto al torno se le aproximó el sacristan del convento y le entregó un pergamino. El jóven leyó:

«*El amor sin esperanza ha encontrado un refugio en el claus-*
»*tro. Tú aun puedes ser dichoso; bien sabes que Gaudiosa te ido-*
»*latra; es mi amiga y digna de tí; no seas ingrato á su amor.*
»*Si alguna vez he merecido tu ternura, pruébamelo ahora acce-*
»*diendo á la última súplica de la que ya no existe para el mun-*
»*do... ¡Adios para siempre!*

FLORINDA.»

P. D. «*Cuando veas á tu hermana Hormesinda dale un abrazo de mi parte.*»

—¡Muger divina! exclamó Pelayo regando con sus lágrimas aquellas palabras llenas de sublime abnegacion. ¡Y tambien se acuerda de mi pobre hermana, cuya suerte ignoro! murmuró despues dando un suspiro.

Entre tanto por todas parte resonaban gritos de mugeres, voces de hombres y ruido de armas y de caballos. El jóven, aguijado por la curiosidad, se dirigió á algunos grupos que habia en el átrio del convento, y preguntó la causa de semejante alboroto.

—Señor, dijo un soldado, acaba de llegar una multitud de familias fugitivas, y aseguran que los moros, dueños de toda la España, han recibido de Africa un innumerable refuerzo.

—Y es lo peor, añadió otro, que dicen que antes de tres dias invadirá estas montañas un ejército formidable.

El valeroso Pelayo inmediatamente se dirigió hácia el castillo para acordar con los más principales y experimentados lo que en tales circunstancias deberia hacerse; pero á la parte exterior del monasterio una inmensa multitud se apiñaba comentando y propagaudo de mil modos la nueva fatal. Al salir el héroe una inmensa aclamacion le recibió, como si los desolados cristianos tuviesen toda su esperanza en el bizarro jóven.

—¿Adónde iremos? ¿Continuaremos aun nuestra fuga? gritaban muchos que parecian dispuestos á abandonar la España y refugiarse al otro lado de los Pirineos.

—Valientes godos, exclamó Pelayo ardiendo en ira al ver que pensaban en huir en vez de aguardar al enemigo,

valientes godos, bastante tierra hemos cedido ya á los infieles; el que piense dar un paso más adelante es indigno de vivir; al abrigo de estas montañas yo confio en que serán vencidos, y si está decretado que ellos sean los vencedores, más vale morir matando como valientes, que no huir como cobardes alimañas. ¿Son por ventura los moros hombres de distinta naturaleza que vosotros? vencer ó morir es nuestra única esperanza.

—Sí, sí, vencer ó morir, manda y obedeceremos... ¡Viva el gran Pelayo! gritaron todos á una voz.

—Pues bien, no tengais miedo á la muerte ni al peligro, porque un destino inexorable pesa sobre nosotros, porque ninguno podrá escapar de morir, ó esclavo de los moros, ó pisoteado por sus caballos, ó en el fragor de la batalla. Yo por mi parte os juro morir peleando antes que abandonar estos montes.

Un hombre solo permaneció mudo y sombrío mientras que todos aclamaban al héroe.

—Has jurado morir peleando, murmuró, y has contado varios géneros de muerte... Pero has olvidado el puñal y el veneno!

Aquel hombre era Gudila.

CAPITULO L.

Epílogo.

En las márgenes del rio Mondego y poco distante de Viseo, ciudad de Portugal, se levantaba un castillo solitario y casi ruinoso, el cual habia permanecido deshabitado por mucho tiempo, al decir de las gentes de la comarca. Sin embargo, podemos asegurar que tres personages se alojaban en el mencionado castillo la noche del 29 de abril del año 730, es decir, diez y seis años despues de los acontecimientos de nuestra verídica historia. El anciano que recientemente habia comprado el castillo de Mondego con todas sus tierras, términos y adherencias, era sin duda un gran personage, segun suponian los aldeanos del contorno, que se deshacian en elogios de un gallardo mancebo, quien parecia ser hijo de aquel, y cuyo carácter bondadoso y caritativo se habia granjeado la simpatía de aquellas sencillas gentes. Era además el jóven por extremo agraciado de rostro y gentil de talle, y si bien apenas le co-

menzaba á apuntar el bozo, no por eso dejaba de ser muy robusto, fornido y diestro en todas armas. Pero en lo que verdaderamente sobresalia como un prodigio, era en montar á caballo y arrojar venablos con mano certera á los ciervos y jabalíes, que perseguia con el encarnizamiento y entusiasmo propios del cazador más consumado. La noche estaba fria y lluviosa, y en el salon principal del castillo ardía una inmensa hoguera en una espaciosa chimenea con encajes góticos. Al amor de la lumbre veíase al anciano caballero reclinado en un sitial con el codo sobre la rodilla y apoyando su rugosa frente en su mano derecha. En un sillon frontero, y mirándole de hito en hito, estaba el jóven con una expresion á la vez respetuosa, tímida é inquieta. El anciano por su parte parecia muy conmovido, ya fuese porque le mortificasen dolorosos recuerdos, ó ya porque temiese por la suerte del tierno y bizarro mancebo, á quien miraba de vez en cuando con una mezcla indefinible de alegría y ansiedad.

—¿Por qué suspirais esta noche y estais más triste que de costumbre? preguntó cariñosamente el jóven despues de algunos momentos.

—¡Hijo mio! respondió el anciano con voz grave y dolorida, mañana es el aniversario del luto de la España y de la muerte del imperio godo. ¡Funesto dia! Religion y gloria, patria y amigos, todo quedó sepultado en las sanguinosas ondas del Guadalete. ¡Amada España! ¡Patria mia! ¿Cuándo sacudirás el yugo de tus opresores viles? ¿Cuándo otra vez levantarás tu frente ufana y altiva entre las naciones?

Y una lágrima de patriotismo humedeció las descarna-

das megillas del anciano. Luego, animándose repentinamente, dijo:

—Mañana es el dia destinado para terminar el importante asunto de que tantas veces te tengo hablado. ¿Estás resuelto, hijo mio?

—¡Y me lo preguntais! exclamó el mancebo con aire sentido. Solo el respeto que os debo ha enfrenado mi lengua para no importunaros muchas veces con el fin de que aceleráseis el dichoso dia en que yo pudiera cumplir un deber tan sagrado.

—¡Bien, hijo mio! exclamó el anciano despues de contemplar con gozosa efusion al mancebo; no esperaba yo menos de tu valor y tu nobleza.

—¿Y cuándo deberemos partir? ¿En dónde está? ¡Ah! Me consume la impaciencia, dijo el jóven levantándose.

—Partiremos antes del amanecer, pues *él* habita en un lugar solitario cuatro leguas distante de este castillo.

En seguida el anciano dió sus órdenes al único escudero que les acompañaba en la soledad de aquella mansion para que inmediatamente ensillase dos caballos. Grande fué la sorpresa del escudero al oir que sus señores partian solos cuando todavía era de noche, devanándose inútilmente los sesos por acertar con la causa de tan intempestiva espedicion. Por fin tuvo que resignarse á ver partir sin su compañía á los dos caballeros, quienes le ordenaron que por ningun pretesto saliese del castillo hasta su vuelta, que debia ser en el mismo dia. Aunque el punto hácia donde parecian dirigirse nuestros caminantes no distaba más que cuatro leguas, segun hemos oido decir al anciano, con todo era ya bien entrado el dia, y aun no habian

llegado al término de su viaje, á causa de las ásperas sierras por las cuales caminaban. A la pálida aurora de un dia lluvioso habia seguido una mañana fria y nebulosa que envolvia en su velo de vapores las altas crestas de las montañas. Los dos caballeros subian un camino que serpenteaba por las sierras y conducia á un monasterio situado en aquellas asperezas, y cuya mole severa é imponente despertaba en el ánimo mil apacibles sentimientos desnudos de la agitacion mundana. Más lejos descubríanse algunos descarnados picos, ora lanzándose hácia las nubes, ora arrojándose horizontalmente amenazando desmoronarse en las profundas cavidades de aquellos abismos. No se oia allí el canto del ruiseñor, ni el suave sollozo del céfiro: las águilas y los buitres, soberbios habitadores de las rocas, eran las únicas aves que se cernian sobre aquel magestuoso y agreste recinto, y el rumor de un riachuelo que se despeñaba por su hondísimo y peñascoso cauce, era el único ruido que turbaba el solitario yermo, cuando no era reemplazado por las furiosas ventiscas y tormentas que allí frecuentemente estallaban. En uno de aquellos picos, el más elevado de todos, que dominaba al monasterio del cual distaba media legua, se levantaba una ermita sobre el escarpado precipicio por cuyo fondo se desgajaba el rio, y rodeada por todas partes de montes altísimos, enmarañados bosques y riscos inaccesibles. El ermitaño que allí habitaba tenia fama de virtud y santidad, y era muy respetado de los monges y del abad del monasterio al cual pertenecia la ermita. Nuestros caballeros habian dejado sus cabalgaduras al pié de la ágria cuesta, y se dirigian hácia la mansion del solitario, que en aquel

momento estaba en el dintel de la ermita con los brazos cruzados sobre el pecho, calada la capucha y fijos los turbios ojos en la tierra, como sumergido en dolorosos pensamientos. Cuando ya estuvieron más cerca los dos caminantes, el jóven, apretando los puños de furor y señalando al ermitaño, preguntó:

—¿Es aquel?

—Aquel es, respondió el anciano. Ya sabes lo que tienes que hacer, cierras la puerta, despachas tu negocio, y yo por aquí aguardaré que me llames, pues ya sabes que necesito tambien hablarle á última hora. ¡El cielo vaya contigo, hijo mio!

Abrazáronse ambos caballeros con grandísimo enternecimiento, y en seguida el jóven se encaminó rápidamente hácia la ermita. Esta estaba dedicada á Nuestra Señora del *Consuelo,* y aun cuando era muy reducida, siempre ardia una lámpara delante del altar y cada cosa estaba en su punto, pues el solitario cuidaba con extraordinario esmero del culto de aquel sagrado y pequeño recinto. Al lado de la ermita veíase otra puerta que daba entrada á un aposento donde ordinariamente moraba el ermitaño.

—¡Dios os guarde! dijo el jóven, que acababa de pararse delante de la ermita.

—La paz del señor sea con vos, dijo gravemente el ermitaño despues de haber fijado una mirada penetrante en el mancebo, que á pesar suyo bajó los ojos en presencia del santo cenobita. Era este un hombre alto, vigoroso, de luenga barba, de rostro pálido, de mirada profunda y meláncolica, y que frisaba en los sesenta años, si ya no es que sus padecimientos y las asperezas de su vida peniten-

te no le hicieran parecer de más edad que la que realmente tenia.

—¿Jóven, quereis pasar al santuario? ¿Qué causa os conduce á esta soledad? Parece que estais muy agitado.

—¡Padre mio! exclamó el jóven que se habia repuesto de su primera turbacion, necesito consultar un asunto muy importante. ¿En dónde podremos hablar?

—Seguidme, respondió lacónicamente el ermitaño dirigiéndose al pequeño aposento contiguo á la ermita.

En el interior de aquella estancia habia un monton de heno cubierto por una estera que servia de lecho al solitario, y en un ángulo junto á una ventanilla veíase colgada una armadura toda llena de orin, así como una espada que no obstante conservaba restos de su magnífica y dorada empuñadura. A juzgar por estas señales, el ermitaño habia sido en su juventud algun noble guerrero. Despues que el cenobita tomó asiento sobre su miserable lecho, invitó al recien llegado á que hiciese lo mismo, si bien este permaneció de pié y rebozado en su capellina.

—Decid, jóven, decid vuestras cuitas, y estad seguro de que procuraré aconsejaros lo mejor que sepa, dijo al fin el ermitaño en extremo aficionado á la gracia y gentileza del mancebo.

—Seré muy breve. Vos dísteis muerte á mis padres, y vengo á mataros.

Y esto diciendo, el jóven se desembozó y presentó dos espadas al solitario para que eligiese.

—Jóven, dijo el cenobita con voz doliente y pudiendo apenas dominar su sorpresa, yo he cometido muchos crímenes, no lo niego; pero es probable que en lo que decís

esteis muy equivocado. ¿Quiénes eran vuestros padres?

—Vos teneis la culpa de que nunca los conociese, solo sé que les quitásteis la vida.

—Jóven temerario, os engañais: vos no sabeis siquiera quién yo soy.

—Sé que antes habeis sido un malvado, y que ahora sois un hipócrita.

Los ojos del ermitaño lanzaron un relámpago; pero en seguida logró serenarse, y dijo con voz llena de humildad y arrepentimiento:

—Hijo mio, he cometido numerosas faltas, é ignoro si es cierta la que me acumulais; pero de cualquier modo, Dios manda que perdonemos nuestras ofensas, y os ruego de rodillas que me perdoneis.

Estas palabras y esta actitud produjeron un efecto inexplicable en el mancebo, que sintiendo flaquear su primitiva resolucion, desenvainó su espada y dijo con voz ronca:

—Defendeos, ¡vive Dios! si no quereis que os mate como á un perro.

—¡Oh! ¡Por piedad! no cargueis vuestro corazon tan jóven con el peso de un asesinato.

—¡Miserable! ¡Defiéndete!

Y el mancebo dió una terrible bofetada al ermitaño que ahogó un rugido de furor, elevó sus ojos al cielo, y murmuró:

—Grande es la tentacion. ¡Dios mio, dadme fuerzas!

—¿Es posible que no quieras batirte, ruin hipócrita?

—No, no me batiré, dijo el solitario con voz ahogada.

El jóven permaneció algunos momentos pensativo, lue-

go encajó la puerta, y la habitacion quedó débilmente iluminada por la escasa luz que penetraba por la ventanilla.

—¡No hay remedio! exclamó al fin. Es un deber sagrado, es un mandato de más allá de la tumba, y sería un mal hijo y un cobarde si no le cumpliese. Aquí vais á morir; ya os defendereis, porque hasta los ciervos se defienden cuando se ven acosados.

Y el mancebo cogió al ermitaño por su luenga barba, lo arrastró por el suelo, y en seguida lo escupió en el rostro. Furioso como un tigre, se arrojó el ermitaño sobre una de las éspadas, y frenético y espumante de rabia se abalanzó hácia su enemigo. Entonces se trabó entre ambos un horroroso combate. Entretanto el anciano aguardaba impaciente en la parte exterior que le llamase el mancebo, segun de antemano habian convenido. Al fin receloso de tanta tardanza, se aproximó á la puerta para escuchar; pero dentro reinaba el más profundo silencio. Solo le pareció oir de vez en cuando un ruido semejante al estertor de un moribundo. La ansiedad del anciano llegó á su colmo, hasta que por último se decidió á penetrar en la pequeña estancia. ¡Gran Dios! ¡Qué espectáculo se presentó á su vista! El ermitaño, cruzado de brazos é inmovil, con los ojos que parecian querer saltársele de sus órbitas, pero con una fijeza horrible, contemplaba al infeliz mancebo, que bañado en su propia sangre exhalaba el último suspiro. El desolado anciano lanzó un grito desgarrador. Entonces el ermitaño volvió á recobrar el sentimiento de la realidad, clavó una mirada atónita en el recien llegado, y preguntó:

—¿Quién sois?

—¿No me conoceis?

—Me parece que os he visto alguna vez.

—Una de ellas fué dos dias despues de la batalla del Guadalete cuando íbais á pié porque se habia reventado vuestro caballo. ¿No recordais que en un bosque cerca de un castillo encontrásteis un hombre, á quien preguntásteis por el camino de Portugal? Pues bien, aquel hombre jamás os ha perdido de vista, y á pesar de la voz que falsamente se ha esparcido de vuestra muerte, él siempre ha sabido vuestro paradero. Ese hombre soy yo, la sombra de vuestros crímenes, el brazo de la justicia divina. Tomad y leed vuestra sentencia en este pergamino.

El ermitaño despues de algunos momentos, leyó:

»Todos los mencionados feudos, dominios y castillos, »serán heredados por mi nieto; pero con la expresa con»dicion de que en cumpliendo diez y seis años, si el rey »escapa de la batalla, le busque en donde quiera que se »halle y le dé muerte, haciéndole creer á mi nieto que ha »sido el matador de sus padres. Mi buen amigo Requila »estará presente, y antes que espire el rey, le hará saber »que ha recibido la muerte de su mismo hijo, á quien co»nocerá precisamente en el momento de abandonar la vi»da.—Todo lo cual es mi voluntad que así se ejecute para »que el vil Rodrigo experimente un martirio algo seme»jante al que yo sentí cuando asesiné al médico que, por »causa del ruin monarca, contribuyó á la deshonra de mi »hija y de su propia hermana. ¡Daniel era mi hijo!...»

El cenobita no pudo continuar la lectura de aquel pergamino, que le abrasaba las manos.

—¡Condenacion! ¡Condenacion! gritó horrorizado.

El anciano, es decir, Requila, señalando al cadáver del jóven dijo:

—Mi buen amigo Julian, en el delirio de su venganza, queria que el hijo diese muerte al padre pero precisamente os ha sucedido lo mismo que le sucedió á él, á causa de vuestro crímen. ¡El padre ha muerto tambien al hijo! ¡La Providencia es más sábia que los hombres!

El rey estaba mudo de amargura y desesperacion. Despues de un largo rato, exclamó con un acento imposible de describir, con una entonacion á la vez blasfema y resignada:

—¡Dios es justo! ¡Quien á hierro mata á hierro muere! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Hijo de mi corazon!

Y se precipitó sobre el cuerpo inanimado de Chindasvinto, cubriéndolo de besos y de lágrimas. El viejo Requila se ausentó de aquel teatro sangriento con el corazon traspasado de dolor. Segun nuestras noticias, el fiel amigo de don Julian murió siendo abad de un convento, á cuya fundacion destinó los inmensos bienes que constituian la herencia del malogrado Chindasvinto. En cuanto á don Rodrigo, debemos decir que sucumbió muy pronto, al dolor inconsolable de esta desastrosa escena, y á los ayunos y ásperas penitencias con que maceraba su cuerpo.—Algunos años despues se encontró en el monasterio cercano á la ermita una lápida sepulcral con una inscripcion latina que decia: «*Hic requiescit Rudericus, últimus Rex Gothorum.*»

FIN DE LA PRIMERA PARTE. (1)

---

(1) A continuacion publicamos la 2.ª parte que se titula: *Pelayo*.

ÍNDICE.

		Páginas.
Capitulo I.	—Los rivales.	3
— II.	—El narcótico..	17
— III.	—La carta..	37
— IV.	—El torreon de Santa Leocadia.	52
— V.	—Tres preludios en un laud.	62
— VI.	—El palacio encantado.	75
— VII.	—La entrevista.	105
— VIII.	—La astucia vence al amor.	120
— IX.	—El padre y la hija.	141
— X.	—El amante.	162
— XI.	—El hábito no hace al monge.	181
— XII.	—El mensajero.	204
— XIII.	—De cómo al fin se sabe quién era el pájaro destinado para la famosa jaula de hierro.	224
— XIV.	—Una esperanza y un desengaño.	243
— XV.	—Fatalidad..	257

Páginas.

Capitulo XVI.—El peregrino. 278
— XVII.—Coincidencias. 290
— XVIII.—Descubrimientos. 302
— XIX.—La cita. 317
— XX.—La casa de recreo del rey don Rodrigo. 332
— XXI.—Tentativas. 350
— XXII.—Vox populi, vox cæli. . . . 366
— XXIII.—En el que se verá el buen partido que sabe sacar un médico de las situaciones más apuradas. 389
— XXIV.—El castillo de Amarga-cena. . . 403
— XXV.—La penitente.. 419
— XXVI.—De cómo no se debe seguir el consejo del enemigo. 432
— XXVII.—Dos desafios.. 449
— XXVIII.—La primera batalla entre moros y cristianos. 468
— XXIX.—La madre y la fiebre. 481
— XXX.—La plegaria. 501
— XXXI.—La torre de las Cadenas. . . . 511
— XXXII.—Las dos amigas.. 528
— XXXIII.—Despues de Dios la patria.. . . 555
— XXXIV.—El encuentro. 569
— XXXV.—Al borde del abismo. 586
— XXXVI.—El engañador engañado. . , . 621
— XXXVII.—Verdadera conspiracion de los judios. 633

Páginas.

Capitulo XXXVIII.—Quien la hace al fin la paga. 650
— XXXIX.—El ermitaño de la ermita de Santa Elena. 667
— XL.—La abadía de Benevivere. . . . 689
— XLI.—La despedida. 713
— XLII.—A un pícaro otro mayor. . . . 728
— XLIII.—Recuerdos. 750
— XLIV.—El sueño. 774
— XLV.—La misa. 799
— XLVI.—En el que se prueba que el amor suele triunfar de la ambicion. 812
— XLVII.—Las ruinas de la abadía de San Mancio. 832
— XLVIII.—La batalla del Guadalete. . . 854
— XLIX.—Muerta para el mundo. 879
— L.—Epílogo. 894

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Páginas.
Portada.	
«¡Rodrigo! exclamaron á la vez ambos jóvenes petrificados de espanto.»	16
«Envainad, conde, y seguidme.».	103
«¡Oh tierra! exclamó don Pelayo.—Abrete, y trágame en tu abismo!»	177
«¡Daniel! exclamó la reina reconociéndole.» . .	203
«No brillará un rayo de luz sobre tus megillas hasta que la sangre del tirano haya lavado la mancha de tu honor.»	252
«No perdamos ni un instante.»	364
«Venid, venid, balbuceó el anciano.»	430
«Y Florinda presentaba al rey su hijo como su única egida.»	487

Páginas.

«Florinda.» 540
«¿Qué vais á hacer? dijeron, sujetando la espada que el jóven apuntaba contra su pecho.» . . 581
«Sisebuto comprendió que era un cadáver el que estrechaba entre sus brazos.» 688
«El generoso Pelayo levantó al monarca y le tendió sus brazos.». 810
«¡Me he vengado!» 851
«Muerta para el mundo.» 890

202405 LS.
M827lf

Author Mora, Juan de Dios de

Title Florinda; o, La Caba, novela historica.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 25 06 017 7